





LAS CAMPAÑAS DE MARRUECOS Y LA  
OPINIÓN PÚBLICA

El ejemplo de Salamanca y su prensa  
(1906-1927)

---

MOROCCO CAMPAIGNS AND PUBLIC  
OPINION

The example of Salamanca and its press  
(1906-1927)

Autora:  
María GAJATE BAJO

María GAJATE BAJO

**LAS CAMPAÑAS DE MARRUECOS Y  
LA OPINIÓN PÚBLICA  
El ejemplo de Salamanca y su prensa  
(1906-1927)**



**INSTITUTO UNIVERSITARIO GENERAL GUTIÉRREZ MELLADO – UNED  
2012**

© Copyright by  
Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado  
de Investigación sobre la Paz, la Seguridad y la Defensa  
c/ Princesa 36  
28008 Madrid  
Teléfono: 91 7580011  
Fax: 91 7580030

info@igm.uned.es  
www.iugm.es

El IUGM aplica a sus procesos de producción editorial los criterios de calidad establecidos por la ANECA, la CNEAI y la ANEP. La política y la gestión editorial del IUGM garantizan un riguroso proceso de selección y evaluación de los trabajos recibidos.

Madrid, 2012

ISBN: 978-84-615-9842-7  
Depósito Legal: M-25793-2012

Maquetación e Impresión:  
Doppel, S.L.  
c/ Bruselas 46 A - EURÓPOLIS  
28232 Las Rozas (Madrid)  
91 637 73 49  
doppel@reprodoppel.com

# ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b> .....	11
<b>ABREVIATURAS</b> .....	15
<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	17
<b>1. PUESTA EN ESCENA</b> .....	29
1.1. Las raíces de la presencia española en Marruecos .....	29
1.2. La opinión pública española y los asuntos marroquíes. Hipótesis iniciales.....	33
1.3. Un breve esbozo de las campañas de Marruecos .....	38
1.4. Nuestro escenario: Salamanca al filo del siglo XX.....	46
<b>2. OPINIÓN PÚBLICA Y OPINIÓN PUBLICADA. LA CONTROVERTIDA RELACIÓN DE UN INQUEBRANTABLE MATRIMONIO</b> .....	63
2.1. Fases para la construcción de un imaginario de la realidad .....	63
2.2. Periodismo y periodistas a principios del siglo XX .....	70
2.2.1. La misión del periodismo: la visión de Walter Lippmann.....	70
2.2.2. La función social del informador. El largo camino hacia su reconocimiento profesional en España .....	75
2.2.3. La libertad de expresión en la España de Alfonso XIII. La prensa durante la Restauración .....	77
2.3. La opinión pública: un concepto escurridizo .....	95
2.3.1. La opinión pública como objeto social .....	95
2.3.2. Breve historia de la investigación del proceso de comunicación .....	100
2.3.3. La opinión pública como sujeto social .....	103
2.4. Marruecos en el horizonte de la prensa española.....	106
2.4.1. La percepción en España de la política exterior. Creadores de esa percepción: el corresponsal de guerra en Marruecos y el “estratega de café” .....	106
2.4.2. Periodistas <i>sui generis</i> : Marruecos y los intelectuales .....	114

<b>3. LOS INICIOS DE LA AVENTURA COLONIAL: DE ALGECIRAS</b>	
<b>A LA GUERRA DE MELILLA (1906-1909)</b> .....	119
3.1. Antecedentes: los primeros tratados para el reparto de Marruecos .....	119
3.1.1. El Tratado non nato de 1902.....	121
3.1.2. El Tratado hispano-francés de 1904 .....	126
3.2. La Conferencia de Algeciras.....	130
3.2.1. Antecedentes: El “trompetazo” de Tánger.....	130
3.2.2. El desarrollo de la Conferencia de Algeciras.....	132
3.3. La opinión pública, testigo de los acuerdos de Cartagena ....	142
3.4. El drama de Casablanca.....	147
<b>4. LA GUERRA DE MELILLA (1909-1911)</b> .....	167
4.1. Los antecedentes de la campaña militar de 1909.....	167
4.1.1. La ocupación de la Mar Chica .....	168
4.1.2. La Nota franco-alemana del 9 de febrero de 1909, la embajada de Merry y la indisimulada carrera contra Francia.....	171
4.1.3. Primeros rumores de guerra. La Nota del gobierno Maura .....	174
4.1.4. La delicada situación de Hafid.....	176
4.2. La Guerra de Melilla a través de la prensa local.....	177
4.2.1. El relato periodístico de los primeros enfrentamientos. La censura .....	178
4.2.2. Tiempos de propaganda bélica.....	185
4.2.3. Los nuevos avances.....	194
4.2.4. Hacia el fin de la campaña... ..	205
4.3. La ciudad y sus soldados.....	220
4.3.1. El envío de soldados salmantinos .....	220
4.3.2. Los gestos de apoyo de los salmantinos para sus combatientes .....	222
4.3.3. ¿Y las críticas hacia la campaña?.....	231
<b>5. NUEVAS TORMENTAS EN EL HORIZONTE AFRICANO (1911-1918)</b> .....	247
5.1. Ecos de una crisis internacional: Agadir y la gestación del Convenio hispano-francés de 1912.....	247
5.2. La guerra del Kert.....	267
5.3. La nueva reglamentación del servicio militar .....	277
5.4. Los inicios del Protectorado: la conquista de Tetuán y la guerra contra El Raisuni .....	281



5.5. Salamanca y la cuestión marroquí durante la Primera Guerra Mundial .....	307
<b>6.LA RUTA HACIA EL DESASTRE (1918-1923) .....</b>	<b>327</b>
6.1. Los antecedentes del desastre marroquí .....	327
6.2. La tormenta de Annual.....	335
6.2.1. Los periódicos locales ante el magno Desastre. Reacciones inmediatas ¿Quiénes son los patriotas? ...	339
6.2.2. La Victoria en la guerra. El afecto salmantino hacia sus expedicionarios.....	350
6.3. El cielo no escampa.....	355
6.3.1. Patriotismos que flaquean. Las variadas actitudes de la prensa .....	356
6.3.2. La Victoria y los salmantinos .....	377
6.3.3. ¿Merecemos estos gobiernos? .....	388
6.3.4. Miguel de Unamuno: líder anticolonialista en la Salamanca de los años 20 .....	405
<b>7.EL FINAL DE LA PESADILLA (1923-1927) .....</b>	<b>433</b>
7.1. Primeros pasos del Directorio en Marruecos .....	433
7.2. Los soldados salmantinos en Marruecos.....	447
7.3. El desembarco de Alhucemas y el término del conflicto .....	451
<b>8. CONCLUSIONES .....</b>	<b>467</b>
<b>9. FUENTES Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....</b>	<b>477</b>
A. Archivos consultados .....	477
B. Publicaciones periódicas .....	477
C. Libros, folletos y monografías.....	479
D. Bibliografía publicada recientemente.....	480



## PRÓLOGO

Como director que fui tanto de su tesis de licenciatura como de su tesis doctoral, trabajos de investigación sobre los que se fundamenta el presente libro, no podía negarme a aceptar la gentil invitación que su autora, María Gajate Bajo, me hizo para pergeñar un prólogo al mismo. Y aunque entre mis escasos méritos científicos no figura precisamente el de especialista en historia militar ni de la colonización española en Marruecos, aquella relación y el seguimiento puntual y directo de una trayectoria de trabajo tan cuajada como la que ha hecho posible esta obra, creo que justifican sobradamente lo que de otra manera podría entenderse como una osadía o una ligereza intelectual. Por otro lado, he de reconocer que las singularidades de esta investigación, a las que enseguida me referiré, me permitieron establecer con la autora una dinámica de laboreo conjunto, de contraste de pareceres y aun de criterios de fondo, conceptuales y metodológicos, que, sin representar en rigor originalidad alguna en cuanto a lo que debe ser la función de formadores de profesionales que nos exige nuestra condición de profesores universitarios, me estimulaba a acoger con gratitud, sintiéndome además muy honrado por ello, la solicitud de esta joven y prometedora historiadora.

La historia militar goza desde hace algún tiempo de muy buena salud en España, aunque no siempre fue así y todavía persiste en algunos círculos académicos una visión peyorativa de la misma, como si se tratase de una parcela menor o subsidiaria de otros campos de la historiografía. En realidad y por lo que hace a la época contemporánea esta postura no sólo no tiene en cuenta la propia dinámica de nuestra historia, donde pocas instituciones han podido competir con la militar en peso y determinación a la hora de entender y explicar aquélla, sino que resulta a todas luces injusta tanto con el cada vez más amplio y competente número de investigadores que han hecho de la historia militar su área de investigación como con la renovación que han impulsado de la historiografía contemporánea mediante aportaciones muy relevantes en asuntos tan variados y complejos como las relaciones del ejército con la política y los grupos políticos, su papel e influencia en y sobre el Estado, la conformación de unas determinadas mentalidades e ideologías militares, su cambiante

protagonismo en el desarrollo del colonialismo hispano, las relaciones con el pueblo y las fuerzas sociales, su papel e influencia en los medios de comunicación o, por no hacer más larga la cita, su presencia e incardinación en la vida y las instituciones municipales. Es indiscutible que sin tener en cuenta la historia militar en sus múltiples contactos e intersecciones con la historia social, política, cultural o de las mentalidades, la historia contemporánea de España resultaría ininteligible.

En la amplia renovación de este campo historiográfico que hemos conocido en las últimas décadas una parte nada desdeñable de la misma ha venido orientada por su entronque con la historia local. Analizados los grandes lineamientos en temas como los que antes mencioné y otros más, y que nos han permitido reconstruir -en gran parte, ciertamente, gracias a la suma de originales trabajos individuales y a falta durante largo tiempo de la definitiva obra de conjunto, que todavía echamos en falta pese a algunos intentos parciales muy meritorios- una visión general de nuestra historia militar, ha sido y está siendo su aplicación a la dimensión municipal, provincial o regional la que ofrece un mayor y más enriquecedor rimero de novedades e innovaciones tanto temáticas como metodológicas. La trascendencia de las realidades locales en la construcción histórica de la España contemporánea está sin duda en la raíz de estas propuestas. En gran medida, la percepción por parte de la población y de los diferentes grupos sociales de las situaciones militares y de todo aquello que tenía relación con el ejército sólo puede ser estudiada y comprendida a través del tamiz de lo local, de sus instituciones, de sus asociaciones, de su entramado socio-profesional, del desarrollo de su red educativa, del funcionamiento del sistema de reclutamiento, del nivel de concienciación política, del desarrollo de su prensa, etc. Son estas variables las que, como indicadores que son del diferente nivel de desarrollo o modernidad de España en cada momento, nos permiten un análisis depurado de la “realidad militar” y facilitan, por otro lado, estudios comparados sin los que resultaría difícil, por no decir imposible, una aprehensión rigurosa de los fenómenos investigados.

María Gajate Bajo nos presenta en este libro una combinación perfecta de historia militar e historia local en el sentido que acabamos de apuntar. Su análisis del impacto de la guerra de Marruecos en

Salamanca durante un periodo tan trascendental de la historia de España como el que aquí se aborda es ejemplar en muchos aspectos, no siendo los menores aquellos que estudian los complejos nexos entre opinión pública y opinión publicada, las relaciones entre la prensa y los diferentes intereses políticos y económicos de la ciudad, la gestión de los asuntos marroquíes por parte de las autoridades y gobernantes, las experiencias de los soldados salmantinos, las colaboraciones periodísticas de un rimero de afamados corresponsales y columnistas, las posturas, siempre decisivas, de Miguel de Unamuno, la imagen del combatiente rifeño, el deseo popular de revancha o las diferencias entre un generalizado antimilitarismo y un mucho más matizado y controvertido anticolonialismo. Siendo como fue una guerra de tan larga duración, la autora ha sabido conjugar tiempos, actores y actitudes muy cambiantes en su desarrollo así como profundizar en los factores que provocaron esos giros. Se despliega así el dibujo de una ciudad y de una opinión pública sobre las que las intermitentes campañas de Marruecos ejercieron un impacto notable, coadyuvando a una creciente concienciación política que la dictadura de Primo de Rivera buscó domesticar o adormecer sirviéndose de unos planteamientos regeneracionistas y de “salvación nacional” a los que nadie, tampoco en la vieja ciudad del Tormes, quiso o supo resistirse, al menos temporalmente.

En definitiva, María Gajate ha sabido aunar en este libro juventud y madurez para acercarse a un espacio y un tiempo de nuestra historia, la Salamanca, modelo de ciudad del interior, levítica “*ma non troppo*”, que desde el alborear del siglo XX hasta los primeros tiempos del primorrriverismo va a vivir una experiencia decisiva en su dinámica interna y hasta en sus “sentimientos colectivos” como consecuencia de la guerra de Marruecos. Su prosa precisa y ágil, el rigor con el que ha acometido su investigación, sus numerosas aportaciones, el cauteloso y científico tratamiento de la prensa local, fuente fundamental pero no única de su trabajo, o de las complejas y gráciles relaciones entre opinión pública y opinión publicada, uno más de los muchos logros que atesora este libro, la torrencial bibliografía consultada o las precisas conclusiones que presenta, nos reconcilian con lo mejor del oficio del historiador y nos permiten albergar fundadas esperanzas sobre el futuro de nuestra disciplina. En tiempos revueltos y difíciles como los que vivimos, su tesón y determinación, reflejo y ejemplo de la actitud de una

generación de jóvenes investigadores que avanza con paso firme pese a todos los inconvenientes actuales, es algo que debe ser reconocido primero y recompensado después. Para mí, personalmente, su trabajo y la posibilidad de aprender con él han sido ya suficiente recompensa. Espero y deseo que a los lectores les ocurra otro tanto cuando den por finalizada la lectura de este libro.

Francisco DE LUIS MARTÍN  
Madrid, julio de 2012

## ABREVIATURAS

ABC

EA: *El Adelanto*

EC: *El Castellano*

LC: *La Ciudad*

LCE: *La Correspondencia de España*

ED: *El Debate*

EDI: *El Día*

LE: *La Época*

LGR: *La Gaceta Regional*

HM: *Heraldo de Madrid*

HL: *Hojas Libres*

EI: *El Imparcial*

EL: *El Lábaro*

ELI: *El Liberal*

LL: *La Libertad*

LLU: *La Lucha*

LLC: *La Lucha de Clases*

EMV: *El Mercantil Valenciano*

LN: *La Nación*

NM: *Nuevo Mundo*

EO: *El Obrero*

EPA: *El País*

- EP: *El Pueblo*  
ES: *El Salmantino*  
SVN: *Semanario de la Vida Nacional*  
ESO: *El Socialista*  
ELS: *El Sol*  
LTE: *La Tribuna. Revista Estudiantil*  
LV: *La Vanguardia*  
LVE: *La Verdad*



## INTRODUCCIÓN

Los intermitentes enfrentamientos entre la vieja Castilla y Marruecos para controlar, desde época medieval, la navegación por el Estrecho de Gibraltar constituyen el núcleo temático de una vasta historiografía, cuyos enfoques han oscilado desde la más pura historia militar hasta recientes y sugerentes monografías con una variopinta temática sociocultural. ¿Era, por lo tanto, preciso un libro más sobre el asunto?

Lo cierto es que no deja de sorprender el relativo desconocimiento, olvido, que impera entre los ciudadanos españoles a propósito de las relaciones hispano-marroquíes. Sin la Reconquista, por de pronto, nuestra historia sería incomprensible. Y no hablemos ya, centrándonos en la época contemporánea, del Desastre de Annual. Es verdad que suele encabezar algún epígrafe en todo manual de Ciencias Sociales de Secundaria y se asocia habitualmente a los nombres de Abd-el-Krim y del general Silvestre. Pero no deja de constituir un punto oscuro y lamentable, como tantos otros, en el reinado de Alfonso XIII.

Aquella batalla, sin embargo, supuso muchísimo más que un simple fracaso de un ejército colonial a manos de “un puñado de salvajes”. Las campañas de Marruecos, jalonadas con estruendosos fracasos, ejemplificaron ciertamente el creciente desgaste de la monarquía de Alfonso XIII. Pero las consecuencias revistieron mayor seriedad: el proyecto dinástico de regeneración, tanto en el interior como en el exterior, quedó convertido en agua de borrajas porque la creación de una sólida conciencia nacional debía fundamentarse en la eficiencia y el éxito, generando –al convencer, que no imponer– un sentimiento de orgullo por pertenecer a un grupo. Desde luego, no era el caso.

Todavía a día de hoy, hay quienes piensan y asumen que el año 1898 marcó el final del imperio español. No fue así. Algo quedaba en el norte de Marruecos. Y ese algo, defendido casi que con uñas y dientes, concedía a España una pequeña relevancia en el concierto de

las naciones. Por eso la conmoción experimentada durante aquel verano llega hasta nosotros, sobre todo, a través de los testimonios de nuestros mayores. Ellos sí recuerdan con una increíble precisión nombres de militares, emplazamientos, canciones, batallas y, sobre todo, el miedo imperante entre los jóvenes de aquella época.

El objeto de la presente obra, por ir concretando, es determinar cómo las sucesivas campañas marroquíes afectaron a la población de Salamanca: una población en un altísimo porcentaje de procedencia agraria, inculta, endogámica y bastante intimidada por una élite caciquil con mucho arraigo. La opinión pública de la capital salmantina, por tanto, se convierte en la protagonista. Entendemos que es este concepto precisamente, el de opinión pública, uno de los que se erige como fundamental para la comprensión de la modernidad. Pero dada la ausencia de instrumentos para su medición, en boca de cualquier político, intelectual o periodista de la Restauración se transformó en un elemento de prestigio y autoridad, con una mágica facultad: la de provocar un efecto psicológico en el auditorio. Todos ellos, gobernantes de distinta filiación, pensadores y cronistas, en reiteradas ocasiones, defendieron que representaban a la opinión, eran sus portavoces o adalides y en nombre de ella, de sus pensamientos y emociones, reclamaban una cosa y, paralelamente, su contraria.

Ahora bien, ¿por qué Salamanca? Pues porque al amparo de su Universidad y durante casi seis años se realizó lo que originalmente constituyó una tesis doctoral. Al resumirla y revisarla, se ha buscado dotarla de un mayor carácter divulgativo, aunque sin renunciar a una exposición clara y documentada. Cabe advertir, no obstante, que éste no es un trabajo de historia local. Salamanca constituye, en gran medida, un pretexto para reflexionar sobre las estrategias comunicativas del periodo; y su prensa, como se comprobará, un reflejo de lo que se barajaba en tantos otros periódicos nacionales. Por este motivo nos esforzaremos a la hora de mostrar empíricamente la existencia de paralelismos considerables.

Y, también, por supuesto, resaltaremos algunas diferencias. Lo cual es absolutamente lógico: ¿Acaso la guerra se pudo sentir del mismo modo en una ciudad industrial, con puerto y fuerte sentimiento nacionalista –pongamos por caso Barcelona– que en una ciudad agraria, caciquil y del interior? Parece lógico pronosticar que

Salamanca estuvo alejada del modelo de desarrollo existente en otras zonas más avanzadas del país y esta circunstancia no dejó de tener consecuencias, de variado signo, en la percepción del conflicto bélico. Asimismo, es preciso señalar que mientras que los rotativos de las grandes ciudades, pecaron de una excesiva proximidad al Poder, el periodismo de provincias (y también los individuos que actuaron como líderes locales de la opinión) pudo servir como reducto de las tesis más críticas con el sistema.

Pretendemos, en primer lugar, saber hasta qué punto los salmantinos estuvieron al tanto de lo que ocurría en el imperio jerifiano para, a partir de ahí, establecer un nexo entre la opinión publicada y la pública. Conscientes de que el régimen canovista nunca tuvo un carácter auténticamente representativo, se persigue un acercamiento a las informaciones, más o menos numerosas, más o menos verídicas, y más o menos independientes, que los habitantes de la capital del Tormes tuvieron a su disposición y contribuyeron a que se posicionasen, si es que lo hicieron, sobre un asunto tan controvertido y verdaderamente absorbente como fueron las campañas militares africanas de principios del siglo XX.

En cuanto al modo de proceder, para empezar, olvidémonos de los sondeos de opinión cuya fiabilidad es hoy notablemente sobrevalorada. Entonces, al comenzar la centuria, ni existían. Tendremos que olvidarnos también de algunas categorías analíticas modernas de la Comunicación Política, tales como la circulación, la audiencia, el alcance, frecuencia y exposición ante los mensajes informativos. A muy duras penas podemos aproximarnos a los datos de tirada de algunos rotativos. Para continuar, piénsese que la sociedad de masas y veloces telecomunicaciones hoy existente era por aquellos años, en la Salamanca del bravucón Martín Veloz, de un emprendedor Juan Mirat y del eterno Unamuno, algo incipiente.

El mundo no era un pañuelo. El concepto “globalización” no existía y el analfabetismo constituía una lacra con la que convivían la inmensa mayoría de los gobiernos. Por cierto, deteniéndonos aquí, sabido es que la influencia de la prensa oscila según el grado de cultura del público, atendiendo al interés que éste muestre por un tema y según se publiciten o no variados posicionamientos sobre un asunto desde distintos órganos de opinión (o, incluso, dentro del mismo). Así,

en condiciones idílicas de cultura, interés y pluralidad ideológica el público se convierte en auténtico sujeto de opinión; en el caso contrario, el público se transforma en una marioneta, constituye sólo teóricamente un poder social, pero quien lo ejerce en la práctica son las empresas de comunicación.

¿A qué nos enfrentamos nosotros? Pues bien, si ya resulta complicado conocer las tasas de alfabetización de Salamanca durante el primer tercio del siglo XX, mayores dificultades se presentan a la hora de calibrar el interés de sus gentes hacia las cuestiones marroquíes. Aunque éste es evidente coincidiendo con los reveses militares, constituye un atrevimiento hacer extensible esta afirmación para los periodos de inactividad bélica. Así que aquí se partirá de una concepción bastante pasiva de la relación emisor/receptor del mensaje periodístico; relación que fue el producto de la conjunción entre unos poderosos medios y un público casi siempre alejado de la realidad marroquí.

En cualquier caso, sí que se dispone de suficientes instrumentos para valorar la pluralidad de las informaciones manejadas por los salmantinos curiosos. Por conformar el grueso de la documentación primaria utilizada, empezaremos refiriéndonos a la prensa local. Salamanca y su provincia gozaron de una increíble buena salud periodística a lo largo del periodo analizado. Aunque no todos los diarios y semanarios pudieron presumir de una larga vida, sí que todos contribuyeron a la gestación de una época dorada para el periodismo salmantino, la que siguió a la aprobación de la Ley de Policía de Imprenta de 1883.

Es necesario advertir que cuando se maneja y analiza la prensa hay que actuar con ciertas prevenciones, con prudencia. Pecando de reduccionistas, existen dos grandes tipos de información periodística: la descriptiva, en la que se informa llanamente sobre lo ocurrido, y la valorativa, en la que se cuela consciente y voluntariamente una opinión. Para distinguirlas, siempre hay que evaluar el grado de precisión de la noticia y su calidad. Si bien sobre estas cuestiones se abundará en el siguiente capítulo, como anticipo, señalaremos que el tan cacareado afán de objetividad del periodista tropieza con procesos mentales tales como la selección de datos, la omisión de otros, su minusvaloración, la extensión... La información nunca puede ser

puramente objetiva. Y, además, su misma ubicación en el periódico supone una forma inevitable de manipulación.

Como norma habitual, la influencia de los periódicos es tanto mayor en cuanto recurre a los géneros valorativos. Sobre todo en los editoriales, los hechos vienen distorsionados por el juicio del propietario de la cabecera. Se transmiten ideas y también se interpretan. El artículo firmado por una autoridad o un testigo presencial de los hechos, por su parte, plasma un sentir que redundan en el periódico en forma de prestigio y, simultáneamente, le permite distanciarse de ese posicionamiento individual, no asumiendo responsabilidades demasiado directas. El otro principio esencial de funcionamiento es que la influencia de la prensa también es mayor cuanto más presume de su capacidad de identificación con los lectores. Con este objetivo, los periódicos recurren a equiparar la opinión pública con su particular ideología.

Expuestas estas generalidades, centrémonos en la breve presentación de los periódicos seleccionados. Los cuatro primeros rotativos, por ser los de mayor vigencia temporal, son los que hemos explotado más intensamente:

- *El Adelanto* es el más antiguo de los diarios manejados, aparecido el 22 de julio de 1883 y editado en la imprenta de Francisco Núñez Izquierdo, uno de los empresarios más conocidos en la capital que también se hizo con su propiedad un año después. Su hijo, Mariano Núñez Alegría, ejerció la dirección de este rotativo desde 1905 hasta 1937. Se trataba de un periódico diario, bastante ecléctico y defensor de una ideología a caballo entre el liberalismo progresista y el republicanismo. Contó con un considerable respaldo social de las clases media y obrera salmantinas, fruto de esa línea editorial tan pragmática. Hacia 1927, y según la Estadística de Prensa, su tirada era de 7.000 ejemplares, cifra que convertía a *El Adelanto* en el periódico más leído de la capital.
- *El Lábaro* se funda en marzo de 1897 y rapidísimamente adquiere periodicidad diaria. Sobrevive hasta el 21 de noviembre de 1910. El obispo fray Tomás Cámara y Castro se había introducido en el mundo de la prensa, en la temprana fecha de 1886, con la promoción del semanario *La Semana Católica de Salamanca*.

Siempre a la gresca con los liberales y acosado por los integristas, *El Lábaro* representó el paso más rotundo del obispo agustino para defender los ideales de la Buena Prensa. Dirigido por Martín Domínguez Berrueta (con la salvedad del año 1907, en el que asumió el timón Florencio Marcos Martín; y durante el último mes de vida del rotativo, cuando la función fue desempeñada por Fernando Íscar Peyra), este diario fue el adalid del conservadurismo católico.

- *El Castellano* salió a la calle entre 1904 y 1915, pero su publicación se hizo bisemanal desde 1910 hasta finales de 1914. Los números que se corresponden con este lapso temporal no se hallan disponibles, lamentablemente, en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca. Aunque sí podemos aprovechar sus informaciones para acercarnos al convulso año de 1909. Desde el 1 de octubre de 1914 se convierte nuevamente en diario. Dirigido por el poeta Cándido Rodríguez Pinilla, mantuvo un tono tranquilo, presentándose como “bien informado, serio y respetuoso, lo menos político posible”. Entre sus colaboradores frecuentes figuró Unamuno.
- *El Salmantino* comenzó su andadura en octubre de 1907 y desde junio de 1910 adoptó un carácter diario. A partir de julio de 1919 retornó, nuevamente, a una periodicidad semanal y terminó por desaparecer tres meses después. Fue el órgano de prensa del integrismo salmantino y propiedad del terrateniente Juan Lamamié de Clairac, vicepresidente de la Junta Carlista. En él colaboraron, entre otros, Manuel Sánchez Asensio, el más convencido de los periodistas del integrismo, y Nicasio Sánchez Mata, jefe del Círculo Tradicionalista de la región. Este último adquirió, junto con José García Revillo, el diario en 1910. Fue un rotativo con clarísimo afán adoctrinador, con constantes editoriales en los que se vituperaba al Liberalismo y a los católicos no tradicionalistas. La información fue escasa y, al contrario, la publicidad, abundante.
- *El Obrero*: disponemos de algunos números de 1909 y correspondientes al periodo 1915-1917. Pertenecía a la Federación Obrera de Salamanca, poseyó una periodicidad mensual y entre sus colaboradores figuraron Dorado Montero, el concejal Santa Cecilia y el incombustible Unamuno. De manera muy tangencial,

también he empleado, como instrumentos del pensamiento socialista y republicano *La Verdad* y *La Lucha*.

- *La Ciudad* existió, con carácter semanal, entre diciembre de 1911 y mayo de 1913. Dirigida por Fernando Íscar Peyra, luchó por constituir un ejemplo de pluralismo y contó con las firmas de Unamuno, Luis Maldonado o Cándido R. Pinilla. Se cerró lamentando el ambiente de creciente opresión por el que se veía rodeada: “Las cosas han llegado a un punto de pasión en el ambiente moral que respiramos que se nos hace imposible no escribir con pasión, y preferimos no escribir”.
- *La Libertad*, con carácter semanal, salió a la calle entre febrero de 1913 y julio de 1916. Órgano por excelencia del pensamiento maurista en Salamanca –se titulaba con la famosa sentencia “La libertad se ha hecho conservadora”–, una de sus notas constantes fue el empeño por dirigirse de modo muy directo a los sectores obreros para desvirtuar las ideologías de izquierdas.
- *La Gaceta Regional* vio la luz el 20 de agosto de 1920. Editada por la Editorial Salmantina, esta publicación era propiedad de la sociedad anónima “Sociedad Castellana”, que tenía como máximos accionistas a José María Gil Robles, José Cimas Leal y muchos otros miembros del Bloque Agrario Salmantino. La dirección recayó inicialmente en Buenaventura Benito Núñez, y desde diciembre de ese año, quedó en manos de Fernando Íscar Peyra. Nació, como se podrá deducir, para defender los intereses del latifundismo, y también estrechamente vinculada a la opinión católica. A partir de los datos proporcionados por la Estadística de Prensa de 1927, se puede cifrar su tirada en 3.000 ejemplares diarios. Su antecesor directo fue *El Salmantino*, del que empleó, incluso, tanto las mismas instalaciones en la vieja iglesia de San Isidro como su plantilla de redactores.
- *El Pueblo* es el semanario imprescindible para conocer la opinión del grupo social extra-dinástico más relevante de la época (si bien en el terreno estrictamente mediático, resultó bastante más vocinglero el integrismo). Este rotativo nació en 1920, aunque lamentablemente la Biblioteca General de la Universidad de Salamanca sólo cuenta con los fondos publicados a partir de abril

de 1921. Fue un periódico quincenal, propiedad de la Federación Obrera Salmantina, dirigido por Rafael de Castro y editado en Béjar. Su publicación siempre estuvo limitada por muchísimas dificultades financieras, hasta el extremo de que el 12 de mayo de 1923 se interrumpió su edición. Reapareció en marzo de 1924, y comenzó, en esta nueva fase de su andadura, a imprimirse en Salamanca. Socialmente, dispuso del respaldo de obreros y jornaleros pero se desconocen los datos de la Estadística de Prensa de 1927 sobre su tirada. Precisamente, en este año echó el cierre.

El “vaciado” o “peinado” de las publicaciones periódicas salmantinas, un total de 11.409 ejemplares, y ordenación de los artículos ha sido posible gracias a la construcción de una base de datos. En ella han sido recogidas todas las noticias y editoriales según su ubicación en el periódico y atendiendo a una división en grandes bloques cronológicos y en casi una veintena de apartados temáticos.

El resultado ha sido la recopilación de un total de 6.169 noticias/fichas que admiten múltiples criterios de búsqueda y ordenación. Si a esta cifra se le restan las informaciones alusivas al contexto urbano y nacional, obtenemos que 4.081 se refieren directamente a Marruecos. Es una cantidad de considerable magnitud: la suficiente para pensar que la cuestión marroquí despertó curiosidad y preocupación entre los salmantinos. Quizás, si el tema no hubiese interesado, la prensa local no se habría molestado en concederle tanto espacio. Por lo que respecta a la metodología, el objetivo ha sido conocer la actitud de cada periódico en su coyuntura espacio-temporal, o dicho de otro modo, perfilar cómo evoluciona cada línea informativa en relación con el contexto histórico. Se analizan, por tanto, sus mensajes de manera longitudinal, diacrónicamente y sin recurso al muestreo. No se ambiciona, en consecuencia, hacer una historia de cada periódico seleccionado ni de las empresas que los sustentaban.

A la consulta de la prensa local, debe sumarse el empleo puntual de la prensa nacional, con órganos tales como *El Imparcial*, *La Época*, *ABC*, *El Mercantil Valenciano*, *El Socialista*, *La Vanguardia*, etc. Y la abundante publicística del momento. Es colosal la cantidad de bibliografía publicada sobre Marruecos por políticos, militares y periodistas, a lo largo del primer tercio del siglo XX. Gabriel Maura Gamazo, con *La cuestión de Marruecos desde el punto*



*de vista español*, fue el primero en indagar, desde una posición pretendidamente legitimadora del proceder de su padre, en asuntos tales como la opinión española ante el problema africano y sus intereses en aquellos territorios. Le seguirían muchísimos otros publicistas, casi siempre con el velado propósito de coaccionar a su clientela, de no permanecer al margen de los hechos. Se diría que pretendieron actuar como perros lazarillos para sus lectores, tanto a favor como en contra de la acción colonial.

Con posterioridad al desembarco de Alhucemas, aunque se siguieron publicando algunas obras de carácter muy general sobre el Protectorado, el interés hacia las campañas marroquíes, poco a poco, fue decayendo. Habría que esperar, por lo tanto, hasta el momento final de la dictadura franquista para que recobrase vigor el estudio del colonialismo español en Marruecos. Casi todos estos libros se pueden consultar tanto en la Biblioteca Nacional Española como en la Biblioteca Tomás Navarro Tomás, perteneciente al CSIC. En ellos, insistimos, destaca su tremenda carga ideológica, generalmente muy superior a su pretensión didáctica. Al fin y al cabo, son libros y folletos que no nacen con un interés científico, sino fruto de un afán o bien apologetico o bien censor. Sirven como sustento de una atmósfera siempre proclive a la discusión, al contraste de ideas y como aproximación al sentir de algunos de los directamente implicados en los hechos bélicos o en la política.

También se ha prestado atención a los discursos parlamentarios del obrerismo español, con la esperanza, sobre todo, de poder ahondar en el pensamiento abandonista de *El Pueblo*, y al expediente Picasso, fundamental para profundizar en el debate sobre las responsabilidades militares del Desastre de 1921. La documentación de la Casa-Museo Unamuno ha resultado, por otra parte, vital para conocer el pensamiento, próximo al socialismo, del más célebre rector de la Universidad de Salamanca, así como de algún otro miembro del profesorado de esta casa.

Además, de fuentes hemerográficas y de la publicística, también se han empleado fuentes de archivo. Porque determinante del clima de opinión existente entre 1906 y 1927 fue, igualmente, la situación de los soldados expedicionarios salmantinos en África. De sus movimientos tenemos constancia a través de los historiales

conservados actualmente en el Archivo General Militar de Madrid. Por otra parte, la consulta de las actas municipales y de los boletines de la Diputación y del Obispado nos ha ayudado a conocer las gestiones de carácter asistencial organizadas por las autoridades civiles y religiosas de Salamanca. Por último, los fondos del Centro de Documentación de la Cruz Roja Española, con sede en Madrid, han sido útiles a la hora de conocer las actividades de la delegación local de esta institución a favor de los combatientes.

En cuanto a la bibliografía reciente, muchas son las obras que merecen ser citadas aquí. Así, de la década de los 70 datan los primeros trabajos de Pedro Gómez Aparicio, Víctor Morales Lezcano, Bernabé López García y María Rosa de Madariaga, que significaron una inicial aproximación, todavía tangencial y restrictiva, a la materia. Ya en los años inmediatos, casi todas las obras a las que hemos de referirnos son tesis doctorales que o bien abordan de modo directo, monográfico, la cuestión (Desvois, García de la Rasilla y Bachoud) o bien indagan en la relevancia de la prensa y de la opinión pública como elementos condicionantes de los agentes colonizadores (Elisa Pérez Molina).

Los años 90 constituyen, sin duda, el momento de afianzamiento de los trabajos a propósito de la relación entre la opinión pública y las campañas de Marruecos. El interés deriva del estudio de los motores y secuelas de la colonización (Pablo La Porte), pero también la opinión pública adquiere vigor como elemento condicionante, y en ocasiones determinante, de los contactos diplomáticos de España con otros países europeos (Susana Sueiro Seoane, M<sup>a</sup> del Carmen García Velilla). El número de aportaciones en este campo se ha multiplicado desde 2006, coincidiendo con el aniversario de la Conferencia de Algeciras. Son, por otra parte, investigaciones cada vez más centradas en marcos geográficos reducidos. Pensamos, sobre todo, en los trabajos de Javier Ramiro de la Mata, Balfour, Eloy Martín Corrales, Antonio Rubio Campaña, Enrique Cerro Aguilar, etc. Pese a terminar conformando un puzle de carácter fragmentado, el futuro no parece demasiado oscuro.

Atendiendo ya, a la estructura del presente estudio, señalemos que éste se inicia con una contextualización muy amplia y con una reflexión sobre esa complicada vinculación entre la opinión pública y

la publicada. La explicación es simple: como vehículo idóneo para la transmisión de la propaganda de guerra y campo fecundo para las más diversas técnicas de desinformación, la prensa hizo de la opinión pública un instrumento al servicio de la política exterior. Conviene reparar en ello.

En los siguientes cinco capítulos o bloques lo que se persigue es analizar y explicar el proceso evolutivo – y subrayamos “proceso” porque es algo rebosante de vida y, como tal, nace, se desarrolla y muere– de la opinión pública ante los acontecimientos marroquíes: un apartado inicial se dedicará a la gestación, casi siempre rodeada de misterio, de los tratados internacionales que permitieron el reparto del Sultanato. En el siguiente capítulo, nos referiremos al primer gran tropiezo militar de España en Marruecos, el Desastre en el Barranco del Lobo. En el tercer epígrafe, cronológicamente muy extenso, fijaremos nuestra atención en el significado de la crisis internacional de Agadir, el establecimiento del doble Protectorado y su administración durante el periodo de la Guerra Mundial. El cuarto apartado versará sobre el Desastre de Annual, el episodio más célebre de toda esta triste historia, y sus derivaciones, llegando hasta el advenimiento de la Dictadura. Y, finalmente, nos ocuparemos del desembarco de Alhucemas. Por descontado, se terminará con unas imprescindibles conclusiones generales, que se sumarán a las parciales de cada bloque, y con una sección referida a los archivos y la bibliografía.

No queremos acabar esta introducción sin agradecer a algunas personas e instituciones la ayuda brindada. Este trabajo sería del todo impensable sin el respaldo del Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea de la Universidad de Salamanca, del Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, de la UNED, y de la Junta de Castilla y León. De inestimable valor, igualmente, nos ha resultado la ayuda prestada por todo el personal de archivos y bibliotecas. Recordatorio muy especial merece el director de aquella tesis, Francisco de Luis Martín, por su infinita paciencia y consideración. También nos sentimos en deuda con el profesor Fernando Puell de la Villa, por su tan excelente disposición para el trabajo. No olvidamos las sugerencias y consejos de Manuel Redero San Román, Santiago Díez Cano, Susana Sueiro Seoane y Eloy Martín Corrales.

En un terreno más personal, quisiera mencionar el incesante apoyo de Luis Arias; de los compañeros y amigos becarios en la Facultad de Geografía e Historia de Salamanca; de mi familia y, ante todo, de mis padres.

Por su cariño y ánimo les estoy profunda y eternamente agradecida.

# **1. PUESTA EN ESCENA**

## **1.1. LAS RAÍCES DE LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN MARRUECOS**

Los lazos históricos entre los territorios que hoy constituyen los Reinos de España y Marruecos se remontan a la época prehistórica. La permeabilidad demográfica entre ambas orillas del Estrecho no es algo novedoso, del mismo modo que la búsqueda de una mayor prosperidad económica tampoco es la única razón explicativa de ese continuo peregrinaje en el que unos invasores suceden a otros. Las cuestiones estratégicas y comerciales, entendidas como garantes de la soberanía y el prestigio nacional, han ejercido un destacado protagonismo en este devenir reiteradamente entrelazado entre ambos países. Como consecuencia, el diálogo internacional ha resultado complejo y, al mismo tiempo, inevitable, ya que la vecindad física nunca se puede ignorar (Dezcallar, 2007, 31-42; Barrio Jala, 2002, 209-255).

Fue a principios del siglo XX, coincidiendo con la celebración de la Conferencia de Algeciras, cuando a España y Francia se les asignó el papel de colonizadoras de Marruecos, si bien la carrera imperialista entre las grandes potencias se había iniciado ya en la década de 1870. En el caso del continente africano, el pistoletazo de salida para su ocupación se produjo en 1884, año en que tuvo lugar la Conferencia de Berlín. España poseía, desde mucho tiempo atrás, varias plazas en las costas del Rif con pleno dominio: Melilla, desde 1497; el peñón de Vélez de la Gomera, desde 1508; Ceuta, desde 1668; el peñón de Alhucemas, desde 1673; y las Islas Chafarinas desde 1848. Así que tanto por motivaciones de índole cultural y religiosa, como por una renovada voluntad de enriquecimiento y de consecución de una buena reputación en el exterior, el gobierno de Madrid aceptó el área de influencia (después protectorado) que se le confirió.

El argumento al que recurrentemente apelaron los políticos de turno para justificar su participación en el reparto colonial consistió en asegurar que si España no actuaba, sus competidores europeos, y principalmente Francia, tomarían la delantera. Mientras tanto, el

interés por los minerales de la región quedó, al menos en la esfera de lo oficial y público, relegado a un segundo plano.

La política interior española de todo este periodo se caracterizó, sin embargo, por la inestabilidad: los ejecutivos se sucedían a un ritmo vertiginoso e, incluso, muy atropelladamente a partir de 1917, y ello dificultaba la definición de unas claras pautas de actuación diplomática. La derrota militar ante EEUU había hecho de España una muy modesta nación, cuya única relevancia en el escenario internacional derivaba del interés británico por controlar el Estrecho de Gibraltar. A decir verdad, el 98 provocó una honda crisis de la conciencia nacional, que no de la economía, y el surgimiento de múltiples exigencias de renovación política. En este sentido, con el advenimiento del jovencísimo Alfonso XIII, en 1902, dio comienzo una nueva etapa del régimen de la Restauración, una fase impregnada de regeneracionismo. Primero, Antonio Maura, con su anhelada “revolución desde arriba” y, posteriormente, José Canalejas y su reformismo social encarnarían este insaciable, ambiguo y también contagioso espíritu de la época.

Hasta ese momento, el sistema político creado por Antonio Cánovas del Castillo había logrado alejar el fantasma del pronunciamiento militar, tan característico del turbulento siglo XIX. Durante el reinado de Alfonso XII y a lo largo de la regencia de María Cristina se había construido un estado centralizado, apoyado en un fraudulento sistema bipartidista y con una Constitución, la de 1876, que conjugaba la defensa de valores típicamente tradicionales, tales como la propiedad, la religión y el orden, con un muy tenue apoyo estatal a las clases sociales más desfavorecidas.

En la esfera internacional, el periodo de recogimiento, auspiciado igualmente por Cánovas del Castillo, había concluido. Y no había salido de balde. Al contrario, su precio fue la pérdida de las últimas colonias ultramarinas porque España se halló sin aliados frente a los EEUU. El “autismo” no podía ser una opción en tiempos de plena efervescencia imperialista. A muy duras penas, tanto los conservadores como los liberales, tras el calamitoso 1898, concretarían los objetivos de la acción española en el afianzamiento de la dinastía y del régimen, la salvaguarda de la integridad territorial de la nación y la defensa de los derechos españoles en Marruecos. Pero

sus pasos siempre fueron titubeantes ya que ambos partidos dinásticos actuaron bajo la coacción de la alta política europea y ante el retraimiento (¿espontaneo o forzoso?), aunque no siempre, como ya se comprobará, de la opinión pública.

En todo este proceso también intervino como agente diplomático de primerísimo orden el mismo Alfonso XIII, con sus caprichos iberistas y sus ensueños africanos. Conviene advertir, además, que el monarca siempre se sintió muy identificado con los intereses del Ejército, al que consideraba esencia histórica y moral de la nación (Ferrera Cuesta, 2004, 237-266).

Con certeza, pues, el descalabro español sufrido en 1898 tuvo una repercusión muy directa en el ánimo de muchos ministros; y especialmente la tendría en el destino de Marruecos<sup>1</sup>. Las tradicionales reivindicaciones de los pensadores africanistas, sin excesivo arraigo social, lograron entonces un verdadero eco político. Desde una posición de pretendida inhibición, aunque en la práctica complaciente con la política antifrancesa de Bismarck, y por paradójico que resulte, España, acabaría por vincularse a la Entente franco-británica, a través de la firma de un tratado con Francia, en octubre de 1904, y de su participación en los Acuerdos de Cartagena de 1907. Sólo posteriormente estas alianzas serían puestas en entredicho por algunos sectores políticos y sociales, sobre todo, al estallar la Gran Guerra y también durante la campaña de “reconquista” que siguió al Desastre de Annual.

Asimismo, jamás debe perderse de vista el hecho de que el Ejército necesitaba recuperar su prestigio ante la opinión pública y también su credibilidad en el Parlamento<sup>2</sup>. En semejantes

---

<sup>1</sup> Aunque, ya se habrá deducido, el Desastre de 1898 no actuó como motor único para el desenvolvimiento del colonialismo español en el Noroeste de África. La política africana no debe ser interpretada sólo en clave de gestión interior. La pérdida de las colonias antillanas y de Filipinas, eso sí, sirvió para acentuar un interés hispano antiguo, aunque también algo difuso y discontinuado, por el Sultanato (Martín Corrales, 1999, 145-158).

<sup>2</sup> A propósito de la pérdida de Cuba, afirmaba Gabriel Cardona lo siguiente: “El Ejército que salió del Desastre cubano de 1898 estaba moralmente abatido y exasperado [...] Un Ejército sin enemigos pierde toda perspectiva

circunstancias, el Rif ofrecía la posibilidad de dar rienda suelta al espíritu imperialista de muchos oficiales y de hacer brillantes carreras con rápidos ascensos. Mientras, en las guarniciones peninsulares, la oficialidad menos temeraria estaría condenada a llevar una vida grisácea. Su descontento profesional y malestar económico cristalizaría, en 1917, en el movimiento de las Juntas de Defensa, que tan contradictorios juicios ha merecido.

El primer choque militar contemporáneo entre España y Marruecos había estallado algunas décadas antes de procederse al reparto de zonas de influencia, constituyendo lo que se denominó la Guerra de África (1859-1860). De esta primera campaña causa asombro lo intrascendente de su detonante y el precedente simbólico que generó entre los soldados españoles que la protagonizaron, ya que el patriotismo más vocinglero inundó toda la propaganda periodística, artística y literaria. Quizás, el ejemplo más conocido es el de Pedro Antonio de Alarcón y su triunfalista *Diario de un testigo de la Guerra de África*. Aunque lejos de su glorioso relato, la campaña fue durísima, caracterizada por torrenciales lluvias y una espeluznante epidemia de cólera que ocasionó enormes estragos. Indudablemente, éste constituyó uno de los escasísimos momentos del siglo XIX, casi excepcional, en que se consolidó un ideal común entre los españoles.

En cambio, en las contiendas marroquíes posteriores, es decir, durante las campañas de Melilla de 1893 y, más tarde, 1909 con la celeberrima derrota española en el Barranco del Lobo, en las operaciones del Kert, los enfrentamientos de 1913 y la sangrienta Guerra del Rif, ese apoyo incondicional de los ciudadanos acabaría esfumándose. ¿Por qué?

Semejante cambio de pareceres suele atribuirse al protagonismo creciente de las ideologías de izquierda, de algunos nacionalismos periféricos y a la pasmosa y prolongada ineptitud gubernamental. Aunque en este punto no se agotan las explicaciones.

---

de misión y de utilidad social. Desde el 98 esta misión y esta utilidad se concretaron en el mantenimiento del orden público, y en la lucha contra las reivindicaciones catalanas y vascas. En 1909 se abrió la nueva posibilidad de intervenir en Marruecos” (Cardona, 1983, 19-20).



Y es que nos hallamos ante un fenómeno, la evolución del “sentir popular”, que por su carácter discontinuo e intermitente, repleto de “vuelcos” y siempre tan complicado, merece ser atentamente analizado.

## **1.2. LA OPINIÓN PÚBLICA ESPAÑOLA Y LOS ASUNTOS MARROQUÍES. HIPÓTESIS INICIALES**

Hace algo más de tres décadas, un combativo Miguel Martín, pseudónimo que entonces empleaba el periodista Fernando López Agudín, sentenciaba:

Ningún proletariado de país colonizador se opuso con la firmeza de la clase obrera española a las aventuras colonialistas [...] los sindicatos y partidos obreros españoles mantuvieron sistemáticamente una oposición a la conquista colonial y una defensa de la independencia del Estado marroquí, escribiendo páginas heroicas en la historia del movimiento obrero español (M. Martín, 1973, 33).

Bastante más recientemente y rescatando un comentario de José Manuel Allendesalazar, Oscar Javier Sánchez Sanz, en su concienzuda tesis doctoral sobre la política exterior española durante el periodo 1890-1914, afirmaba también lo siguiente:

La opinión mayoritaria española no deseaba esa guerra colonial. Aunque un viciado sistema electoral impidiese que este sentimiento llegase en toda su intensidad a las Cortes españolas, era evidente que, a diferencia de 1859, toda acción militar en Marruecos durante el siglo XX iba a ser percibida por la opinión española como un acto insolidario, y por tanto, impopular y repulsivo (Sánchez Sanz, 2006, 516).

Ante tales aseveraciones cabe preguntarse cómo se gestó este cambio de actitud entre la campaña de 1859 y las posteriores luchas del siglo XX. ¿Por qué la ocupación de Marruecos acabó convirtiéndose en una empresa impopular, únicamente sostenida por

las oligarquías económica y castrense? ¿La condena hacia las operaciones militares en el Sultanato fue constante a lo largo del primer tercio del siglo XX? ¿Y fue compartida por todo el país?

Historiadores como Jesús Menéndez Pérez han puesto en duda la fuerza del anticolonialismo con anterioridad a 1914. A su juicio, la opinión pública que se opuso a la expansión colonial fue escasa y, además, se hallaba mal organizada. La realidad se caracterizaba porque:

Con frecuencia eran problemas internos, reveses militares, por ejemplo, los que movían a la opinión pública en contra de aventuras coloniales. La idea del “derecho de los pueblos a disponer de sí mismos” era extraña, y más aún referida a las naciones colonizadas. En cambio, la idea de la comunicación entre “civilizados” y “bárbaros” había calado profundamente en Europa, y no fue puesta en discusión (Menéndez Pérez, 1999-2000, 126).

El autor sostiene, por tanto, que el darwinismo social, esa idea de que “quien no crece perece”, había logrado un enorme respaldo público. Es la misma valoración que la defendida recientemente por especialistas como José Antonio González Alcantud y Eloy Martín Corrales:

Las sucesivas derrotas coloniales agravaron las crecientes fracturas de la sociedad española [...] Sin embargo, no hay que creer que, a tenor de lo expuesto anteriormente, en el seno de la sociedad española se hubieran forjado una o varias corrientes anticolonialistas. Nada más lejos de la realidad: las simpatías para con la expansión colonial eran profundas y estaban generalizadas (González Alcantud y Martín Corrales, 2007, 14-15).

Pero sigamos desenredando esta liadísima madeja historiográfica: frente a lo apuntado por Menéndez Pérez, hoy en día la tesis más en boga en el análisis de la opinión pública y la cuestión

marroquí es la de Javier Ramiro de la Mata. Básicamente, este profesor entiende que la reacción ciudadana ante las intermitentes campañas bélicas en el norte africano no fue lineal: se rigió por un constante dualismo euforia-tragedia. Las soflamas en defensa de un honor supuestamente pisoteado se desataban únicamente coincidiendo con los descalabros de nuestras armas, mientras que normalmente lo que primaba era un sentimiento de apatía, de absoluto mutismo, cuando no miedo, hacia cualquier aventura en el exterior (Ramiro de la Mata, 2001, 209-265).

Hechas estas presentaciones, cabe sostener que la actitud mostrada por la opinión pública ante las operaciones militares allende el Estrecho posee bastante atractivo historiográfico y despierta reflexiones muy contradictorias, además de un notable interés académico. Quizás porque la opinión pública es un sujeto histórico de vital importancia para la correcta comprensión de la España contemporánea.

Mientras que Miguel Martín y Sánchez Sanz aluden a una oposición pública constante ante los choques armados –y sistemática en el caso del primer autor– desde que se inicia la nueva centuria, Menéndez Pérez hace hincapié en que las críticas ciudadanas contra las aventuras coloniales se desencadenan exclusivamente cuando se producen derrotas militares y que, además, en los años previos a la Primera Guerra Mundial, no revistieron excesiva gravedad. Por tanto, la imagen que nos presenta es la de una opinión pública conformista. Sobre todo, en los momentos de tranquilidad, ésta se muestra entre benévola e indiferente. En este punto, sólo en éste, coincide con Ramiro de la Mata. Porque, al contrario, según este último investigador, las tragedias en Marruecos sirvieron de estímulo no ya para las protestas, sino para las exaltaciones nacionalistas.

Un planteamiento bastante similar a este último, que no idéntico, es el que defiende Pablo La Porte. He aquí la explicación: Ramiro de la Mata resalta, con todo, algunas diferencias presentes entre las actitudes exhibidas por los españoles en 1909 y en 1921. Así que, en cierto modo, con sutileza, modera o matiza su apuesta por esa dualidad euforia-tragedia. Atendiendo a su criterio, la oleada de fervor patriótico desatada en 1909 rebasó a la del cataclismo de Annual. El cansancio o “aletargamiento de la conciencia nacional de revancha”,

la desilusión era más claramente perceptible en los años veinte porque el sistema político se hallaba, también, mucho más desgastado y porque la magnitud de la catástrofe era muy superior a la del Barranco del Lobo. Ya no se confiaba en una solución rápida del problema y únicamente los africanistas conservaban el sueño colonial.

En cuanto a La Porte, en efecto, también reconoció en su tesis doctoral que una ola de fervor patriótico, plasmada en infinidad de gestos caritativos, sacudió a las ciudades españolas tras conocerse el descalabro de Annual; y aseguró que el apoyo a la campaña fue continuado hasta diciembre de 1921 (La Porte, 1997, 232-233 y 279-287). En cambio, la violencia desatada en 1909 ejemplificó los peligros de adquirir compromisos internacionales sin informar previamente al pueblo<sup>3</sup>. El tono belicoso de la prensa se empezó a moderar, sin embargo, desde principios de 1922 y la opinión se polarizó en torno a cuestiones como el rescate de los prisioneros, las responsabilidades, la repatriación y la prolongación de las operaciones hasta despejar el camino, ese famoso “plano inclinado”, hacia una dictadura.

En definitiva, estos últimos investigadores alcanzan similares conclusiones cuando analizan el comportamiento de la opinión pública nacional en periodos de paz, pero no cuando estalla el conflicto. Quizás, porque todos ellos –también Miguel Martín y Sánchez Sanz– tienden a contemplar la opinión pública, en un periodo puntual, como algo monolítico.

Una visión dual de la opinión pública, en cambio, es la que nos ofreció Jean-Michel Desvois, autor de un trabajo clásico sobre el Desastre de Annual y sus efectos en la prensa nacional de mayor tirada (Desvois, 1982, 233-234). Él sí que trazó una frontera entre un discurso mayoritario y otro menos representativo socialmente. Para la

---

<sup>3</sup> Obsérvese que esta lectura de los hechos es antagónica a la efectuada por Ramiro de la Mata. No obstante, puede entenderse que cuando La Porte alude a la violencia de 1909, está pensando, sobre todo, en el caso catalán. Por otra parte, cuando Ramiro de la Mata se refiere al impacto público de la derrota de 1921 no tiene en mente tanto el mes de julio como los meses y el desánimo algo posteriores.

opinión hegemónica Annual no fue más que un contratiempo pasajero causado por la ineficiencia de los políticos, el fuerte temperamento del general Silvestre y la defección de las tropas indígenas. El patriotismo demostrado por las gentes debía ser correspondido con el esclarecimiento de lo ocurrido, pero la obligación prioritaria del país era recuperar el territorio perdido. Frente a estos argumentos, un sentir minoritario defendía que España no estaba preparada para asumir tareas civilizadoras en África y la responsabilidad de la catástrofe de Annual recaía, en último término, en la figura de Alfonso XIII.

Desvois atribuyó, lo reiteramos, a la opinión pública un carácter eminentemente dicotómico y disparejo, si bien no ocultó la existencia de un amplio consenso entre la prensa y el gobierno en los días inmediatos al mazazo militar. La prensa se convirtió, por lo tanto, en un elemento importantísimo de cohesión social. ¿O no? Volveremos sobre este asunto más adelante. Por de pronto, adelantemos que a nuestro juicio, ambas interpretaciones rescatadas por el profesor francés coexistieron, innegablemente, pero ni fueron las únicas ni presentaron unos contornos tan claros.

Se sostendrá aquí, como hipótesis de partida, que la opinión pública española no se mostró unánimemente en contra de las campañas bélicas en Marruecos. Ni las apoyó al unísono. Tampoco la opinión pública española fue sencillamente dual ni, por descontado, la mera suma de todas las opiniones individuales. Porque la opinión pública es y fue siempre, por naturaleza, un fenómeno de carácter poliédrico, complejo, escurridizo y cambiante.

La opinión pública, en consecuencia, sólo puede comprenderse de forma adecuada cuando se examina su evolución haciendo hincapié en la distinción entre el corto y largo plazo; y, además, definiendo unas coordenadas espaciales concretas. Éste es el único camino viable para encontrar una explicación a esos bruscos “vuelcos” o cambios de opinión que se registran entre los momentos de inactividad y de combate en Marruecos. Se impone, asimismo, caminar con muchísima cautela a la hora de emplear conceptos tales como anticolonialismo, antibelicismo y antimilitarismo. No son sinónimos: el antimilitarismo tiene un componente de espontaneidad mucho más acentuado que el anticolonialismo. En cuanto al antibelicismo, habrá que asumir, y resulta obvio, el hecho de que para

oponerse a una guerra, primero es necesario saber que ésta existe. Por ello nos preguntamos cuándo se le habló a la población peninsular abiertamente de ésta: ¿cuándo se abandonaron las cansinas alusiones a “operaciones de policía”, “escarceos”, “breves refriegas”, “escaramuzas” o “recientes días de intranquilidad”?

Por último, cabe apuntar que esos periodos de tregua, el sosiego que precedía a la tempestad, tuvieron una importancia crucial, tal vez no lo suficientemente valorada por la historiografía, en la conformación de la opinión. Ese alto el fuego suponía un pequeño respiro para el gabinete de turno y permitía reforzar la tendencia al secretismo con la que los diplomáticos y la administración solían proceder al sur de Tarifa. Además, ese parón era recibido con inimaginable alivio entre los sectores sociales más desfavorecidos. Éstos sufrían de elevadísimas tasas de analfabetismo y eran propensos a desinteresarse de las cuestiones internacionales complejas, y más si les resultaban lejanas. Pero, simultáneamente se sabían condenados a padecer las angustias y penalidades de la contienda porque el sistema de reclutamiento vigente tenía cauces que lo permitían. Deseaban, innegablemente, vivir de espaldas al vecino marroquí. Necesitaban creerse la ficción de que Marruecos no desgarraría a sus familias.

En suma, los círculos oficiales callaban y un sufrido pueblo se complacía con ese silencio. Pero, ¿también se calló la prensa? ¿Y los publicistas de la época? ¿Qué protagonismo público asumieron? ¿Cómo se relacionaron una y otros con las élites políticas? Serán también cuestiones a las que se intentará responder en estas páginas.

### **1.3. UN BREVE ESBOZO DE LAS CAMPAÑAS DE MARRUECOS**

Las pretensiones españolas respecto al imperio jerifiano habían oscilado tradicionalmente entre el respeto al *statu quo* y el deseo de intervención, acabando por imponerse esta última aspiración. En gran medida, porque desde 1830 Francia estaba asentada en Argelia y contemplaba Marruecos como el espacio natural para su expansión en el Norte de África. Pero, además, porque Gran Bretaña velaba discretamente por el control del tráfico comercial mediterráneo a través de Gibraltar y Suez. Con este propósito, su gobierno luchaba

por evitar el enfrentamiento directo con Francia y también su excesivo enriquecimiento.

Debido a esta confluencia de razones, irónicamente, España asumió formalmente en 1912 un protectorado que buscaba imponer un modelo europeo de administración, cuando la propia metrópoli se hallaba en un estado permanente de crisis. Incluso, un año después, un intelectual como Unamuno defendía públicamente el intervencionismo en Marruecos porque creía que “el dinero y la vida que costaría la campaña sería una cuestión secundaria frente a la posibilidad que se nos ofrece de hacer una patria” (Unamuno, *NM*, 12-07-1913).

La zona norte del Marruecos español, según lo acordado en 1912, contaba con una superficie de 22.790 kilómetros cuadrados, que representaban una mínima concesión ante los 415.000 kilómetros cuadrados de Protectorado francés. Se trataba, como se sabe, de un terreno bastante montañoso, con un régimen hidrográfico muy pobre – únicamente el Muluya y el Lucus tienen un caudal permanente, aunque ríos como el Kert, el Nekur y el Guis riegan valles bastante fértiles– y una climatología poco propicia. La población entonces era de unos 750.000 habitantes, con una fuerte densidad de poblamiento – entre 50 y 100 habitantes por kilómetro cuadrado– y predominio étnico de los beréberes. Vivían en este espacio 66 tribus diferentes y el terreno agrícola aprovechable no representaba más que el quince por ciento de la superficie total, por lo que se puede imaginar que el estilo de vida de estas gentes era durísimo (Aziza, 2003, 29-40). Además del cultivo, fundamentalmente de cereal y leguminosas, debían recurrir a la pesca, la ganadería, la artesanía, la piratería y la emigración coyuntural. Sin embargo, la implantación de la economía colonial acarrearía la proletarización de la población, al ser empleada ésta en el trabajo en la minas, la construcción de vías férreas y como peones agrícolas.

Lejos del reconocimiento de supuestos derechos históricos, sin validez desde la Conferencia de Berlín, la posición que España ocupaba en Marruecos era subsidiaria de la francesa. España no había regido ninguna de las negociaciones previas al reparto y hubo de aceptar la internacionalización de Tánger, cuyo estatuto no se aprobaría hasta febrero de 1924, y la competencia exclusiva del

Residente General, Lyautey, para todo lo relacionado con la política exterior marroquí.

La ocupación efectiva de la costa marroquí se había emprendido, sin embargo, ya en 1908 con la toma de La Restinga y Cabo del Agua. El general Marina intentaba así limitar el contrabando y, sobre todo, frenar los pies a El Rogui, un cabecilla local enriquecido a costa de negociar con los europeos y de amedrentar a los cabileños. Pero la deriva violenta de los acontecimientos condujo a la guerra. Esta campaña, la de 1909, fue, en general, mal acogida por la opinión pública, desencadenándose los ya conocidísimos sucesos de la Semana Trágica. Para el militar de carrera, en cambio, este conflicto marcó el nacimiento de una nueva identidad con una sobresaliente orientación militarista: veía la luz la figura del militar africanista.

En realidad, la lucha no había hecho sino empezar: al enfrentamiento de 1909 le seguiría la conocida como guerra del Kert. Y tan pronto como se calmaron las aguas en las cercanías de Melilla, el 19 de febrero de 1913, las tropas del general Alfau, primer Alto Comisario de España en Marruecos, ocuparon Tetuán. Ésta sería la capital del Protectorado español y el lugar de residencia del jalifa como delegado del sultán. Ya previamente España había ocupado Larache, Alcazarquivir y Arcila, contando con el inestimable apoyo, por cierto, de otro de los más legendarios protagonistas de esta historia: el jerife Muley Ahmed El Raisuni. Sin embargo, muy celoso de su autoridad, no tardaría en enemistarse con Silvestre, el jefe de las fuerzas militares en esta área.

Impotente, Alfau fue sustituido por el general Marina en agosto de 1913. Mientras que al nuevo Alto Comisario se le encomendó la tarea de reanudar las negociaciones con el jerife de Yebala, Silvestre se obcecó en la idea de una fuerte contraofensiva. De hecho, estuvo a punto de frustrar un acuerdo debido a su turbia implicación en el asesinato de Sid Alí Alkalay, un emisario que viajaba con salvoconducto. El incidente, en mayo de 1915, supuso la instantánea dimisión del Alto Comisario, siendo reemplazado por el general Gómez Jordana. También significó el traslado de Silvestre a la península, como jefe de la Casa Militar del Rey. Aquí permanecería hasta agosto de 1919 cuando, por iniciativa regia, fue nombrado Comandante general de Ceuta.



Gómez Jordana, por su parte, concluyó en septiembre de 1915 las negociaciones emprendidas con El Raisuni. Además del trato de favor que éste logró, coincidiendo con el estallido de la Primera Guerra Mundial, se impuso en la zona occidental una política de transigencia hacia este cabecilla, que le permitió alcanzar enormes cotas de poder.

La finalización de la Gran Guerra vino a coincidir con el nombramiento de Dámaso Berenguer como nuevo Alto Comisario. Sucedió así a Gómez Jordana, quien había muerto desfallecido, sobre su mesa de trabajo, y humillado por el obligado repliegue a la voluntad de El Raisuni. El más firme deseo del nuevo mando consistía en el avance hacia un protectorado de carácter civil. Pero el paso previo ineludible era la pacificación del territorio, y ello requería, a su vez, de una considerable inversión de capital. Para lograr el dominio real del Marruecos español, el Alto Comisario pensaba en asentarse en el interior de Yebala, en un primer momento, y sólo después de lograr este objetivo, iniciar la ocupación del Rif. Su estrategia consistía en lo que se ha dado en llamar “el método de la mancha de aceite”: un avance lento, siempre asegurando la retaguardia, mediante la construcción de pequeños puestos defensivos o blocaos.

El sistema requería de una “preparación política” del territorio y de un despliegue muy meditado de las tropas. Resultaba una estrategia espléndida para un país en el que la guerra era impopular, pero creaba la falsa imagen de ahorro de fuerzas militares. En la región occidental, sobre todo, Berenguer tenía la firme voluntad de acabar con las políticas “blandas” ante El Raisuni, captando para ello la amistad de los jefes locales enfrentados con el jerife. Su objetivo pareció del todo tangible después de la toma de Xauen, que finalmente se produjo el 13 de octubre de 1920. Con ella el Alto Comisario pudo bloquear las relaciones entre el jerife y sus aliados de Gomara. Y acto seguido procedió a estrechar el cerco sobre el enemigo refugiado en Tazarut. Las tropas españolas penetraron, por fin, en la cábila de Beni Aros a comienzos de julio de 1921, preparadas ya para el asalto definitivo. Pero, desafortunadamente, la noticia del Desastre de Annual, en las proximidades de Melilla, libró una vez más al escurridizo cabecilla de su captura.

La evacuación de este enclave, Annual, se convirtió, de hecho, en una desbandada, una fuga muy precipitada en la que acabó por imponerse el pánico, “el sálvese quien pueda”. Por este motivo su nombre ha quedado almacenado en la memoria de nuestros ancianos como sinónimo del terror. Silvestre, al mando de la Comandancia de Melilla desde enero de 1921, pereció allí no se sabe bien en qué circunstancias. Los que no cayeron extenuados en la huída o fueron hechos presos, llegaron a Ben Tieb. Desde aquí se desplazaron a Dar Drius, seguros de que en esta posición podrían resistir. Pero el general Navarro, nombrado comandante en jefe tras la desaparición de Silvestre, ordenó nuevamente la evacuación. La tropa se dirigió de Drius a Batel, seguidamente a Tistutin, y por último, a Monte Arruit.

Aquí resistieron hasta el 10 de agosto, cuando la carencia de agua, víveres, municiones y medicinas, les obligó a rendirse. En muy pocos días, se había hundido toda la Comandancia General de Melilla, con la única excepción de la capital, y se habían echado por tierra todos los avances logrados desde 1909.

El levantamiento rifeño se dejó sentir en todo el Protectorado y nuevos líderes rebeldes proliferaron por doquier. Resultó imposible precisar el número de fallecidos, ya fuese por heridas de combate, sed, agotamiento, disentería o paludismo. El gobierno Allendesalazar impuso, desde el día 25, la censura para ralentizar y suavizar el impacto de la hecatombe, pero la tempestad política fue inevitable. El gabinete tuvo que dimitir y fue reemplazado por otro bajo la presidencia de Maura y con La Cierva en la cartera de Guerra. Tras el calvario que se inició en Igueriben y Annual, no se volvió a hablar de la “aventura” marroquí, sino de la “pesadilla”, el “avispero” o el “cáncer” marroquí. Annual se convirtió en el más triste símbolo de la ineptitud de los partidos dinásticos.

No obstante, y pese a dramática marcha de los acontecimientos, apenas transcurridas siete semanas de la caída de esta plaza comenzó la contraofensiva. El espíritu de venganza fue el motor impulsor del Ejército colonial en los años siguientes al descalabro de 1921. Inmediatamente se abandonó la vieja estrategia de control territorial mediante blocaos, potenciándose ahora las unidades móviles sostenidas a través del pillaje. Los soldados españoles

reconquistaron Nador el día 17 de septiembre; Zeluán, el 14 de octubre; y Monte Arruit, diez días después.

Ocupado Dar Drius, Maura convocó una conferencia en la ciudad malagueña de Pizarra, en febrero de 1922. Pero las escisiones internas echaron por tierra todo proyecto de futuro. Al político mallorquín le sucedió el también conservador Sánchez Guerra. Además, la dimisión de Berenguer y su sustitución por el general Burguete, el 15 de julio de 1922, supuso, en la zona occidental, el retorno a la política pactista con El Raisuni, y en la zona oriental, ante la imposibilidad financiera de ejecutar un desembarco en Alhucemas que permitiese cercar a Abd-el-Krim, el retorno a la política del palo y la zanahoria, con el objeto de mermar el número de adeptos a la causa del celeberrimo cabecilla del Rif.

Sin embargo, el gobierno de Sánchez Guerra se sintió desbordado ante el asunto de las responsabilidades. El liberal García Prieto fue entonces llamado a formar un nuevo gobierno al finalizar 1922 y Santiago Alba, como ministro de Estado, se convirtió en el principal promotor de los trámites para el rescate de los prisioneros hechos por los rifeños durante la estampida. El cambio de ejecutivo también acarreó relevos en la Alta Comisaría: Burguete fue sustituido por un civil, Villanueva. Pero dados los problemas de salud de éste, el mando del Marruecos español recayó en otro civil, Luis Silvela. No obstante, no tardó dicho personaje en imbuirse en el espíritu militar de los mandos africanistas.

Pese a ello, el gabinete, en su firme determinación por avanzar hacia la instalación de un protectorado civil, emprendió una serie de negociaciones de paz con Abd-el-Krim, primero valiéndose de Castro Girona como intermediario, y posteriormente empleando los servicios del empresario vasco Echevarrieta. Las negociaciones se interrumpieron después de dos ataques rifeños a Tizzi-Azza (en mayo y en agosto de 1923). El avance militar español quedó entonces paralizado y las conversaciones con Abd-el-Krim, también. Alba pasó a constituir el blanco de todas las críticas de los militaristas, por su modo de proceder en el rescate de los prisioneros, y el gobierno del marqués de Alhucemas se vio obligado a dar largas acerca de su promesa de iniciar la repatriación de las tropas españolas.

El apoyo que el Ejército colonial prestó, llegado septiembre de 1923, a Primo de Rivera pudiera resultar, a primera vista, bastante incomprensible, ya que sus ideas abandonistas eran bien conocidas y sus contundentes y apasionados discursos sobre la cuestión le habían ocasionado más de un disgusto. Sin embargo, Primo de Rivera apostaba firmemente por acabar con todo el ambiente responsabilista y en él era muy palpable el rechazo hacia la clase política española, sentimientos ambos compartidos con la oficialidad africanista.

En lo relativo a la estrategia a seguir, ante la imposibilidad de retirar a España de sus compromisos internacionales –de hecho, esperaba ilusamente poder conmutar con Gran Bretaña la ciudad de Ceuta y el peñón de Gibraltar– el dictador optó por intentar negociar la paz, y ya se ha perdido la cuenta de los esfuerzos en esta dirección, con El Raisuni y con Abd-el-Krim. De este modo, el jerezano pudo renovar en octubre de 1923 el compromiso de colaboración con el cabecilla de Yebala, aunque su acuerdo de lucha conjunta contra Abd-el-Krim fue interpretado por los militares africanistas como una gran ofensa.

Mucho más dificultoso le resultó, de hecho, el acercamiento al rebelde de Axdir, pues éste no estaba dispuesto a aceptar ningún acuerdo sin el previo reconocimiento de la independencia completa del Rif. No obstante, Primo de Rivera, previendo el fracaso, se dispuso a retirar las tropas coloniales hasta una nueva línea fortificada: la línea de Estella.

Los rifeños, convencidos de que este repliegue era una manifestación de debilidad, respondieron llegando hasta las puertas de Ceuta y bombardeando Tetuán. Incluso, en enero de 1925, los hombres de Abd-el-Krim apresaron a El Raisuni, quien finalmente falleció en cautiverio pocos meses después. Ante la reactivación, pues, de la lucha, se impuso la necesidad de buscar una nueva estrategia.

Así fue como se gestó el exitoso desembarco aéreo-naval de Alhucemas y la ocupación de la capital del recién fundado Estado Rifeño. Todo ello contando, no debe olvidarse, con la colaboración francesa. Le seguirían la rendición de Abd-el-Krim y las últimas campañas para la definitiva pacificación del territorio. Abd-el-Krim al final se equivocó al sobrevalorar sus fuerzas y emprender un ataque

contra los franceses en dirección a Fez y Taza. Sólo entonces Francia, que hasta entonces había observado con pasividad e, incluso, con cierto regodeo, los descalabros españoles en Marruecos, optó por unir sus fuerzas a las del dictador.

Desde el inicio de la aventura africana, para terminar, la contraposición entre penetración pacífica y armada no había sido clara, pues la primera se había mostrado improductiva apenas a 60 kilómetros de Melilla, quedando sin controlar gran parte del país. Así, cuando las tropas españolas, acabada la Guerra Mundial y reanudados los avances que habían quedado temporalmente interrumpidos, alcanzaron el límite de su elasticidad, sobrevino una gran hecatombe militar. Para España, el Desastre de Annual, en 1921, supuso la derrota más costosa de su larga nómina colonial y aceleró la crisis del sistema restauracionista. Aunque en Marruecos, Abd-el-Krim se afianzó en su puesto de caudillo del movimiento de resistencia marroquí, en la Península, Annual se convirtió en el asunto más espinoso del debate parlamentario y de las polémicas de la prensa, precipitó un golpe de Estado y aupó, tras el desembarco de Alhucemas, a una facción militar ultranacionalista y extremadamente violenta a la cumbre de la gobernación del país.

Al margen de la discusión sobre su fuerza real, las dos posturas más fácilmente defendibles ante la opinión pública fueron, pese a su carácter diametralmente opuesto, la abandonista y la del avance “a sangre y fuego”<sup>4</sup>. Pero entre ambas, y esto es lo que se pretenderá mostrar, hubo muchas otras actitudes intermedias.

---

<sup>4</sup> Historiadores como Salafranca sostienen esta última opción: “La acción en Marruecos se planteaba o debía haberse planteado desde el principio como una acción militar, o por el contrario no debíamos habernos comprometido internacionalmente. El intentar jugar a las dos barajas y decidirse tímidamente a destiempo y sin medios por la acción militar –única posible en el Rif– nos condujo a tres campañas llenas de desastres, la de 1909, la de 1911-12 y la de 1921-27” (Salafranca, 2001, 117).

#### **1.4. NUESTRO ESCENARIO: SALAMANCA AL FILO DEL SIGLO XX**

Existen los suficientes indicios para afirmar que Salamanca no fue durante el periodo de la Restauración una ciudad ajena a los problemas nacionales, aun cuando las investigaciones en el ámbito local han presentado un carácter muy desigual.

En 1989, el profesor Ricardo Robledo equiparaba el desarrollo historiográfico de esta provincia no ya con un edificio en ruinas, sino con una construcción inexistente. Se lamentaba de los cuantiosos vacíos temáticos, de la escasísima atención al territorio rural y de que las publicaciones fuesen mayoritariamente artículos de revista (Robledo, 1992, 10-14). Una década después, Santiago Díez Cano denunciaba igualmente el deplorable estado de la historiografía local (Díez Cano, 2003, 268-274). Y es que, efectivamente, no se puede obviar el hecho de que existen en ella enormes lagunas. Por de pronto, casi nada se sabe sobre la evolución histórica de la opinión pública.

Es, por cierto, Díez Cano quien, junto con Pedro Carasa Soto, menciona para Salamanca, la existencia de tres etapas distintas en el desarrollo de la Restauración (Carasa Soto y Díez Cano, 2001, 523-535). Para empezar, el lustro final de los años setenta del siglo XIX se caracterizó por la proclividad hacia la violencia; la segunda fase, los años ochenta, representaron, en cambio, un periodo de significativa apertura: el momento del “germinar de espacios alternativos a la política oficial” debido a una eclosión periodística y a una creciente tendencia al asociacionismo. Por último, la década final de esa centuria, y pese a la trascendencia de la implantación del sufragio universal, supuso una progresiva crisis del sistema que se acentuó después de 1898. No obstante, y con mayor claridad que nunca antes, se pudo constatar también la capacidad adaptativa del turno, ya que era todavía muy considerable tanto la influencia económica como el arraigo de los latifundistas.

Al iniciarse el siglo XX, la imagen de una capital de provincia moribunda, aferrada a su pasado, tal y como la presentaban algunos viajeros, era constantemente combatida por una variopinta y abundante prensa que acogía la opinión de partidos dinásticos, republicanos, católicos, obreros, grupos profesionales, etc. Pero el

aspecto exterior de la ciudad resultaba por completo desolador. En el imaginario colectivo, nada sorprendía la identificación de Salamanca con un poblado rifeño; totalmente sintomática, dicho sea de paso, de la aversión que lo moruno suscitaba entre los vecinos de la capital. Así lo confesaba Muñoz Orea: “Con haber merecido Salamanca por sus monumentos el nombre de Roma la Chica, merece por sus casas el dictado de aduar africano. Hemos visitado algunas y dudamos que las chozas morunas sean peores” (Muñoz Orea, 1911, 28-29).

Al menos, ya no era esa “ciudad cerrada [...] por murallas” de la que hablaba Sánchez Estevan (ápu*d* Santamaría, 1986, 87). Y, aun conservando su tradicional carácter ganadero, universitario y clerical, hay que reconocer que se comenzaban a percibir aires de renovación y se registraba cierto crecimiento demográfico<sup>5</sup>. Además, parecían inagotables las esperanzas depositadas en el futuro, en el resurgimiento de “Roma la Chica”. Así, los dos proyectos de mejora más sobresalientes del periodo fueron unas muy ansiadas obras de alcantarillado, llevadas a término tras un fatigosísimo y embrolloso proceso legal que implicó al Ayuntamiento y la empresa concesionaria de los trabajos; y la construcción de dos cuarteles, uno para la caballería y otro para la infantería. En el ámbito provincial, no conviene olvidar el dificultoso y ambicioso proyecto, por sus implicaciones internacionales, de los Saltos del Duero (Chapa, 1999); ni de la apertura de minas de wolframio en Barruecopardo y Navasfrías (R. Fernández, 2001, 18).

Comenzando por el tema de los cuarteles, conviene apuntar que durante las dos primeras décadas del siglo XX, las fuerzas públicas y la Cámara de Comercio se preocuparon sobremanera por traer a la ciudad algún regimiento y por dotarlo con unas instalaciones apropiadas. El mismo anhelo era compartido por casi todos los

---

<sup>5</sup> En 1900 Salamanca contaba con 23.756 habitantes, mientras que en 1920 la capital registraba una población de 29.451 habitantes. El incremento de habitantes se explicaba por las aportaciones de las zonas rurales. Por otro lado, entre 1900 y 1930, casi 90.000 personas abandonaron la provincia. Junto a las motivaciones económicas, el temor a las quintas también estuvo igualmente presente en el imaginario colectivo (Esteban de Vega, González Gómez y Redero San Román, 1992).

salmantinos. Y es que el Regimiento de Caballería Albuera n.º 18, de guarnición en Salamanca, se hallaba entonces con un contingente muy mermado y pésimamente alojado en el conocido como edificio del Trilingüe. Además, la llegada de nuevos soldados serviría, y así machaconamente se recogía en la prensa local, como estímulo para el comercio y las mismas obras de construcción de un edificio militar se traducirían en nuevos puestos de trabajo.

Pero durante mucho tiempo, más de diez años, el Ministerio de Guerra desatendió esa pretensión. Un creciente sentimiento de abandono fue así apoderándose de los salmantinos, mientras que los rumores sobre la marcha de la exigua tropa a Medina del Campo se convirtieron en recurrentes. Desde la Capitanía General de Valladolid, por su parte, se encargaba al Ayuntamiento para que rehabilitase el mencionado Trilingüe. Pero en este punto se planteaba un problema: el inmueble había sido cedido temporalmente por la Junta de Colegios de la Universidad de Salamanca al Consistorio, pero aquélla se negaba a acometer las obras por tratarse de un edificio que debiera estar destinado a fines benéficos. El Ayuntamiento igualmente arrojaba balones fuera pretextando que las obras excedían a sus obligaciones y proponía, como remedio, la cesión de unos terrenos al Ministerio para que éste acometiera la construcción de un cuartel<sup>6</sup>.

Al final, el 2 de agosto de 1915, se confirmó la mala y tan temida nueva: un escuadrón del Albuera había de marchar a Medina del Campo. Salamanca quedaba por tanto casi desguarnecida, con un único escuadrón<sup>7</sup>. La Cámara de Comercio intentó entonces organizar una manifestación de protesta, aunque sin éxito (EA, 02-08-1915). Habría que esperar hasta abril de 1918 para que el alcalde, Miguel

---

<sup>6</sup> Entre otros, se puede citar el ofrecimiento municipal en la sesión del 21 de agosto de 1912: *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1912, fol. 132. Un nuevo ofrecimiento a Guerra se registra en la sesión municipal del 13 de noviembre. Además, en esta reunión, se debate sobre la negativa de la Junta de Colegios a emprender las reformas en el Trilingüe: *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1912, fol. 170-171 (v).

<sup>7</sup> Los ofrecimientos municipales de terrenos para el ramo de Guerra se habían reiterado en una sesión celebrada el 9 de febrero de 1914: *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1914, fol. 26 (v).



Íscar Peyra, junto con Mirat, como representante de los comerciantes locales, lograron la definitiva cesión del Trilingüe a Guerra.

Hubo luz, por consiguiente, al final del túnel: el Ministerio asumiría el coste de las reformas necesarias para el cómodo alojamiento del Albuera. Y más aún: en agosto de 1918 se notificó la asignación a Salamanca en la nueva organización divisoria regional de un segundo regimiento, el de Infantería de La Victoria n.º 76. Hasta tal punto llegó el entusiasmo que desde el Ayuntamiento se reivindicó la necesidad de dos cuarteles, uno de infantería y otro de caballería, alegando que el Trilingüe ya no satisfacía las “aspiraciones modernas” de la ciudad (*EA*, 31-08-1918; 02-09-1918). Con tales esperanzas, se acabó también cediendo al Ministerio una parcela ubicada en la Glorieta y un solar en la antigua Calzada de Toro, hoy Federico Anaya.

Otra vez los salmantinos fueron escuchados, si bien la construcción de los cuarteles no se inició hasta finales de 1919 y tardaría más de un lustro en concluirse. Diego Martín Veloz, célebre cacique urbano, cobraría entretanto un enorme protagonismo. Y es que el de La Victoria tuvo que ser alojado temporalmente en el Palacio de Anaya, un edificio perteneciente a la Junta de Colegios de la Universidad de Salamanca. Pero Miguel de Unamuno, convencido de que competía al Estado un todavía mayor grado de implicación con la ciudad, jamás lo contempló con buenos ojos. Pocos le secundarían: enardecidos por la retórica bullanguera de Martín Veloz, los salmantinos habían podido asistir a un mitin informativo en el Teatro Moderno, el 2 de noviembre de 1919, a favor de los cuarteles. Tan efectiva resultó la propaganda del diputado a Cortes por la capital que, durante el desarrollo del acto, se desataron los improperios contra Unamuno, incluidas peticiones de ahorcamiento<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Martín Veloz pensaba en las ventajas económicas para la ciudad y en el incremento del número de matrículas universitarias. El argumento de Unamuno contra el aumento de la guarnición salmantina era más simple y emotivo: él pagaría la cuota de sus hijos para evitar su alejamiento, pero temía que algún día hubieran de detenerle a él mismo. En suma, no entendía el porqué de esa obsesión con el orden público (Málaga Guerrero, 1998, 177-194).

No deja de resultar insólita, de todos modos, esa tardanza, el abandono para con una ciudad bastante bien comunicada con Madrid, tan cercana a Portugal y, por lo tanto, vital en caso de necesitarse movilizar tropas para una intervención armada en el país vecino. De hecho, desde 1908, coincidiendo con el asesinato de Carlos I, la situación lusa había preocupado de forma constante a Alfonso XIII, convencido de que una república supondría un apoyo muy peligroso para sus correligionarios en España. Su deseo, consecuentemente, había sido tener una fuerza cerca de la frontera y en pie de guerra (Hall, 2005, 105).

La voluntad de cambio, pasando a otra materia, también cristalizó en el terreno de la política. Porque en contra de lo que acostumbra a pensarse, no todo era paz y armonía en la ciudad del Tormes (Carasa Soto y Diez Cano, 1997, 311-348; 2001, 90). Así, por ejemplo, la presencia socialista en el Consistorio fue muy temprana. Pero temprana no es sinónimo de fuerte. La Federación Obrera de Salamanca se constituyó en 1900 y la Agrupación Socialista de Salamanca nació dos años después. Su líder, Primitivo Santa Cecilia asumió una concejalía, de forma continuada, entre 1905 y 1917.

Parece, sin embargo, que esta ideología no tuvo una excesiva implantación entre los depauperados obreros, al menos en la primera década del siglo. Ello obedeció, principalmente, al alto nivel de atomización empresarial de la ciudad. En Salamanca no existían centros industriales en los que se aglomerasen cientos de trabajadores. Al contrario, lo que encontramos son relaciones laborales caracterizadas por el paternalismo patronal; una atmósfera muy dominada por la doctrina social de la Iglesia; una escasa tradición sindical; y gran organización y concienciación entre las clases

---

Casi un año y medio después del mitin del Moderno, Unamuno, indignado porque algunos domicilios de salmantinos habían sido registrados tras el asesinato de Dato, escribía lo siguiente: “Hay aquí un pobre desequilibrado que sufre ataques de exhibicionismo histriónico, y ahora, como consecuencia de ello, de manía persecutoria, y este infeliz logra, no sabemos por qué medios suggestionar o intimidar a las autoridades gubernativas, que, sin la debida sal en la mollera se prestan a satisfacer sus caprichos frenopáticos”. La alusión a Martín Veloz era muy evidente (Miguel de Unamuno, *EMV*, 24-03-1921).

dominantes frente a la “amenaza marxista” (Fernández Trillo y Mciniis, 1985, 87-63). Desde luego, la minoría obrera militante en Salamanca tuvo enormes dificultades para movilizar a la totalidad de la clase en un momento tan crucial de su historia como lo fue el año 1909. Cuando el 13 de julio intentaron celebrar un mitin para protestar contra la movilización de los reservistas, el gobernador civil lo prohibió y ellos lo acataron sin parecer molestos (Bachoud, 1988, 167).

Más fuerza reunía por aquellas fechas la asociación El Fomento. Y es que en un contexto marcado por el acuciante problema del abastecimiento de agua, se creyó ver una solución milagrosa en la fundación, en diciembre de 1908, de este nuevo agente social. La explicación es simple: esta capital, ante todo y sobre todo, se sentía olvidada y abandonada por el poder central. Hasta el extremo de que ya finalizada la Guerra de Melilla y a la vista de las incontables disposiciones dictadas para Marruecos, *El Adelanto* lamentó las escasas inversiones para la mejora agrícola de la provincia, clamando: “¡Mejor estar en el Rif!” (EA, 12-01-1910).

El investigador Ricardo Fernández, abundando en este asunto, ha puesto últimamente de relieve lo fácil que era crear, por esa misma razón, un estado de ánimo propicio para marchar a Madrid cuando los diarios locales situaban al enemigo en las Cortes o en Valladolid (R. Fernández, 2001, 45).

Aunque la aspiración confesa de El Fomento consistía en atender los requerimientos de la opinión pública local, en la práctica, constituía una alcaldía paralela a la oficial y desestabilizaba, más si cabía, la situación política salmantina. Precisamente, sus actuaciones reclamando muchísima mayor atención para la higiene urbana, monopolizaban toda la atención de la opinión pública salmantina en el momento en que se desencadenó el conflicto de 1909 (EA, 23-01-1909; 13-03-1909; EL, 06-10-1909; EC, 18-11-1909).

En realidad, también la sensación de abandono que motivó el surgimiento de El Fomento había entregado la victoria en las elecciones municipales de mayo a los republicanos. Aunque no fue más que un triunfo efímero, pues pronto se vieron sobrepasados por la seriedad de los problemas sanitarios y, a la postre, económicos de la

ciudad. En una fecha tan calamitosa como la del 23 de julio de 1909, Fernando Felipe, uno de los pioneros del socialismo salmantino, además de redactor de *El Adelanto*, comentaba con un tono verdaderamente apocalíptico:

Malo es, malísimo, que los moros maten a los españoles, pero si así lo exige la dignidad de la patria, habrá que soportarlo como una desgracia casi inevitable. Lo que es malísimo y fácil de evitar, es que un día se maten aquí españoles y españolas porque las fuentes de la población les den motivo o siquiera pretexto para ello (“Juan de Salamanca”, *EA*, 23-07-1909).

La resignación con la que se contemplaba la política africana no hallaba parangón cuando se debatía sobre preocupaciones de carácter local. No es algo que deba sorprender a nadie: todos los órganos de prensa sabían entonces, lo saben hoy también, que un esmerado seguimiento de los problemas de carácter local constituía una de las claves de su éxito empresarial. Pero no adelantemos acontecimientos.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, las tradicionales crisis de subsistencia se agudizaron. Además, la inoportuna supresión del impuesto de consumos, siempre tan perjudicial para la clase obrera, vino a colocar al Ayuntamiento en una situación de completa desesperación. En un principio, la solicitud catalana de creación de zonas neutras provocó encendidas diatribas entre los sectores agrarios castellanos porque la concesión de dicha franquicia para el puerto de Barcelona era contemplada como una muy peligrosa amenaza para la carne y el cereal de la región. Pero la neutralidad, sabido es, se tradujo en una demanda adicional de bienes por parte de los contendientes. Por eso se aumentó la superficie provincial dedicada al cereal.

Y al tiempo que se exportaba más trigo o harina, se recortaba la oferta interior. La escalada de precios fue particularmente notoria en la capital. Afectó no sólo al pan, sino también a los precios del bacalao, el azúcar y los huevos, llegando a duplicarse en el sexenio 1914-1920. Aunque fue cierto que los salarios nominales también

mejoraron en este lapso temporal, de 25,10 pesetas a la semana hasta 39,20, el incremento no bastó (Robledo, 2001, 65).

Salamanca se estaba transformando en una olla a presión: las huelgas se extendían, sobre todo, entre los panaderos, herreros y empleados de la construcción. El paro estacional amenazaba, asimismo, a cientos de trabajadores. La queja más constante era la de que las tasas oficiales sobre los productos de primera necesidad se incumplían sistemáticamente. La tensión social sólo disminuía coincidiendo con la celebración de las tradicionales ferias de septiembre, mientras la nota anecdótica la ponían algunos conocidos visitantes de Martín Veloz, tales como sus buenos amigos Burguete y Silvestre, y sus paseos turísticos por la capital del Tormes.

El incidente más violento tuvo lugar en mayo de 1915, cuando una muchedumbre de salmantinos enfurecidos, que primero se congregaron en la Plaza Mayor y obligaron a los comerciantes a echar el cierre por temor a posibles disturbios, se presentó en la estación y asaltó los trenes, cargados de cereal, para evitar su salida (EA, 11-05-1915). En el primer ejemplar de *El Obrero* publicado con posterioridad a estos hechos, Rafael de Castro pintaba un cuadro repleto de dramatismo para los trabajadores salmantinos:

El precio de los artículos llamados de primera necesidad es elevadísimo; las ropas que necesitamos para cubrir nuestros cuerpos son sumamente caras; por las mismas circunstancias no podemos usar el calzado [...] se nos niega el trabajo, se consiente sucumbamos hambrientos en el arroyo de la calle, pues hasta de nuestras viviendas nos expulsarán [...] ¡Aún nos llaman descontentadizos y exigentes! [...] Patria mía, ¿no te defendemos nosotros cuando te vemos en peligro? ¿No derramamos nuestra propia sangre porque tu inmortal nombre se respete en todas partes? (Rafael de Castro, EO, 06-06-1915).

Como los acaparadores de trigo se resistían a entregar las existencias a las autoridades municipales y los fabricantes de harinas se dedicaban a adulterar su producción, la Junta Municipal de Subsistencias hubo de proceder al método de las incautaciones

forzosas y a la puesta en funcionamiento de una tahona municipal<sup>9</sup>. Lógicamente, ésta atrajo los odios de los patronos panaderos de inmediato, pero también el aplauso unánime de los sectores sociales más desfavorecidos (*EA*, 26-08-1915; *EC*, 01-09-1915; *EO*, 05-11-1916).

Fueron, al mismo tiempo, habituales las demandas de subidas de sueldo y reducción de la jornada laboral, así como también se convirtieron en muy frecuentes las demostraciones de solidaridad con los obreros despedidos. La Federación Obrera obtuvo, por todo ello, una creciente presencia pública durante estos años. Su protagonismo, sobre todo, fue destacado en muchas huelgas vinculadas con el sector de la construcción.

Particularmente dramático, en el terreno político y social, resultó el año 1917. Comencemos por un fugaz repaso de lo primero: por la alcaldía desfilaron cinco hombres, todos ellos incapaces de librarse de la daga de la insolvencia y de combatir la carestía de las subsistencias. Emulando en el ámbito civil a las Juntas de Defensa, la convocatoria catalana de una Asamblea de Parlamentarios y, en particular, su petición de un mayor grado de autonomía para los organismos locales, despertó cuantiosos sueños de renovación entre las élites políticas salmantinas. Aunque, sobre todo, la iniciativa caló en el hombre que entonces ocupaba la poltrona municipal: Vázquez de Parga. Pero enfrentado con sus correligionarios madrileños, acabó siendo remplazado, mediante real orden, por el también conservador Vicente Junquera. Eso sí, al acto de investidura no asistió ningún concejal<sup>10</sup>.

En el ámbito social, decíamos, 1917 tampoco se presentó más venturoso para Salamanca. En febrero, los ebanistas se declararon en huelga para reclamar una mejora salarial y, después de dos meses de infructuosa lucha, acordaron trabajar en colectividad en un taller propio. Los patronos respondieron contratando a trabajadores foráneos,

---

<sup>9</sup> *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1915, fol. 85-88; 93-95.

<sup>10</sup> *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1917, fol. 112.

pero finalmente tuvieron que reconocer a la asociación de obreros. En julio, además, estalló una nueva huelga, ahora de curtidores, y pronto fue secundada por toda la Federación. La solución sería el resultado de una larga negociación, con renunciaciones por parte de ambas partes. En agosto, para remate, la huelga general revolucionaria dejó paralizada la ciudad durante una semana, aunque sin llegar a detectarse incidentes violentos. También las publicaciones periódicas fueron suspendidas y personajes como Santa Cecilia, José Sánchez Rojas y Villalobos fueron encarcelados, al tiempo que se fortaleció la conciencia de clase obrera (*EA*, 20-08-1917; *ES*, 20-08-1917).

El año 1918 no depararía ninguna mejora sustancial. Fue muy sonado el conflicto protagonizado por los candidatos a representante en Cortes, Isidro Pérez Oliva y Lamamié de Clairac. La victoria resultó muy amplia para el candidato liberal y ejemplificó cómo la oligarquía terrateniente iba perdiendo su hegemonía económica. No obstante, la contraofensiva no se haría esperar y en 1919 asistimos a la victoria electoral del líder de la Liga de Agricultores y Ganaderos, Martín Veloz.

También la insalubridad urbana siguió constituyendo un problema pendiente del municipio al término del conflicto. Es el momento de reparar en este tema: desde principios de 1915, se había comentado que un consorcio de Valladolid se haría cargo de la ejecución de las obras de alcantarillado, pendientes desde que en 1912 se firmase un contrato con una sociedad francesa (*EA*, 09-01-1915). Y en efecto, en diciembre de aquel año, tras muchísimas idas y venidas, el Ayuntamiento pudo pactar unas nuevas bases con dicha empresa castellana (*EA*, 22-12-1915). No obstante, el ritmo que se imprimió a los trabajos fue muy lento, llegando en ocasiones a la parálisis. Toda esta situación generó un consecuente y notable malestar social durante años, en concreto, hasta 1922.

En la sesión municipal celebrada el 15 de marzo de este año se aprobó la rescisión del contrato mantenido con la Sociedad Franco-Española de Aguas y Saneamientos y la incautación del servicio. Hartos los abonados de sufrir cortes en el suministro y de intentos fallidos de negociación, se optó por una solución radical.

El primer intento, sin embargo, fracasó porque el señor Carnicero, que se encontraba en la sala de depósitos como administrador local de la compañía, se negó a colaborar<sup>11</sup>. A la segunda, eso sí, fue la vencida. El 14 de mayo de 1922 varios cargos municipales forzaron sin más las puertas de los depósitos y se adueñaron de los mismos. El señor Carnicero, al igual que en la previa intentona, no se mostró nada solícito. Pero de nada le sirvió y, acto seguido, la misma actuación se repitió en la sala de máquinas.

El protagonismo de todo este episodio recayó en un recién llegado a la Alcaldía: Federico Anaya Simón. Su aterrizaje en el Consistorio había sido un tanto accidentado, fruto del rechazo de su antecesor, Vicente Junquera, a secundar todo método violento de actuación; rechazo que, a su vez, le había granjeado la enemistad de Acción Ciudadana. Y es que la Junta de Defensa de los Intereses Ciudadanos, más comúnmente conocida como Acción Ciudadana, era una agrupación social que venía defendiendo los intereses de los abonados bajo el amparo de las leyes públicas de reunión. Conocida la actitud de Junquera, esta implacable asociación vecinal organizó un paro de la industria y el comercio. Desde luego, el alcalde entendió rápidamente el mensaje y dimitió el 27 de abril<sup>12</sup>. Qué duda cabe, con este feroz gesto se evidenciaba que la fuerza de esta renovada forma de asociacionismo salmantino empezaba a resultar incontestable.

Federico Anaya, conocido empresario urbano y lerrouxista, para más señas, marcaría con su llegada a la alcaldía el inicio de una nueva y crucial etapa en la historia de Salamanca<sup>13</sup>. Con la salvedad de una cierta discrepancia inicial por parte de *La Gaceta Regional*, la acogida que le dispensaron los salmantinos fue excelente. Incluso *El Pueblo* lo contemplaba como un hombre laborioso y dialogante (“Uno”, *EP*, 12-08-1922). Anaya era uno de los miembros más

---

<sup>11</sup> *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1921-1922, fol. 430-441.

<sup>12</sup> *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1922-1923, fol. 69 (v).

<sup>13</sup> *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1922-1923, fol. 75 (v). La investidura del nuevo alcalde tuvo lugar el 29 de abril de 1922.



dinámicos de Acción Ciudadana y también uno de los concejales que más tempranamente había apostado por la rescisión del contrato con la Sociedad de Aguas. Así, se había granjeado el apoyo de las clases acomodadas salmantinas. No obstante, para el diario conservador no dejaba de resultar muy extraño que este republicano hubiese conseguido el voto de muchos ediles que hasta hacía poco más de un mes habían sido partidarios de que el ministro de Gobernación designase al alcalde y habían concedido todo su apoyo a Junquera (Juan Mirat, *LGR*, 03-05-1922). Por eso el periódico barajaba la idea de que Anaya hubiese sido votado mayoritariamente por sus compañeros no para satisfacer una demanda de la opinión pública salmantina, sino con el objeto de hundirlo en un previsible pleito legal con la Sociedad de Aguas.

Al hacerse pública la noticia de la incautación, la euforia de *El Adelanto* se desbordó. Llegó a calificar este acto como “el más interesante de la historia municipal salmantina”. Y, como demostración de esa atmósfera entusiasta, los abonados se reunieron a los pocos días para acordar el modo de pago de los recibos atrasados y también para preparar un acto de homenaje hacia don Federico.

Sin embargo, el gobernador civil, el señor Longoria, lo prohibió. Aunque de nada le valió. Fulminantemente, Acción Ciudadana, por segunda vez, anunció un cierre del comercio y una paralización de la industria y los trabajos para el 17 de mayo. Y, efectivamente, el día fijado y en un ambiente de cordialidad, se celebró el previsto acto conmemorativo (Juan Mirat, *LGR*, 31-05-1922).

El enfrentamiento con el gobernador civil no había desde luego concluido. Otra embestida del mismo contra el Ayuntamiento se produjo al dictar una resolución de rechazo al nuevo proyecto de presupuesto extraordinario, confeccionado para atender los pagos e ingresos generados por el servicio de aguas. Y un tercer ataque tuvo lugar, ahora contra Acción Ciudadana, cuando Longoria prohibió la celebración de un mitin de carácter informativo en la Plaza de Toros, convocado para el 16 de julio. Su popularidad estaba cayendo en picado y a comienzos de septiembre se marchó de modo repentino a Madrid, mientras la prensa daba por sentado que no regresaría. Entretanto, si bien aún no era posible el suministro de agua potable,

Anaya aprovechó las ferias para garantizarse el apoyo del vecindario con la inauguración de varias obras ejecutadas para mejorar el suministro.

Al final, y satisfactoriamente para muchos, el gobernador fue reemplazado por Agustín Van Bauberghen. Tras la caída de Junquera, esta otra forzada retirada constituyó el segundo gran golpe de efecto de Acción Ciudadana. La nueva autoridad civil, por su parte, dedicó muchos esfuerzos al acondicionamiento de Salamanca para la primera visita regia que tenía lugar desde 1904. Porque Van Bauberghen supo apreciar con sagacidad las posibilidades de promoción que para Salamanca significaban los festejos con motivo del centenario de la canonización de Santa Teresa y su investidura como doctora *honoris causa*.

Asimismo, Van Bauberghen también se volcó en el asunto del saneamiento urbano y sirvió como formidable mediador entre el Ayuntamiento y la Sociedad. A él correspondió en gran medida la anhelada solución del pleito de las aguas. No obstante, su mandato fue tan breve que cuando se publicó la fórmula de arreglo definitivo y se cancelaron oficialmente todas las relaciones contractuales entre los litigantes, él ya había abandonado el cargo. En cualquier caso, Van Bauberghen se ocupó de gestionar que ambas instituciones presentasen dos fórmulas de arreglo para su posterior discusión y elaboración de una conjunta.

El Consistorio asumió a partir de entonces el servicio de abastecimiento de aguas. Pero esta nueva realidad, sin duda, trasladó hasta el primer plano de la actualidad el problema de fondo: la falta de solvencia económica. La solución vendría de la mano de un Proyecto de Empréstito por valor de cinco millones. Anaya pudo así devolver la fianza a la Sociedad de Aguas, en agosto de 1923, y liquidar las obligaciones amortizadas pendiente de pago. Aunque en 1927 se haría necesaria la aprobación de unas nuevas Bases Generales y Adicionales para poder financiar el Plan Extraordinario de Mejoras Urbanas. Por primera vez, la Banca Local se hizo cargo entonces de este proyecto (Senabre López, 1998, 66). En cuanto al suministro de agua, los colectores aún tardaron en concluirse. En 1928 todavía se trabajaba en el del oeste. En el este, las obras estuvieron condicionadas por la

apertura de la Gran Vía y los trabajos se prolongaron hasta 1935 (Díez Elcuaz, 2003, 217).

Un último aspecto a reseñar de la conducta de Acción Ciudadana tiene que ver con las elecciones del 29 de abril de 1923, fecha en la que Veloz perdió su acta de diputado por Salamanca. Durante casi dos meses Salamanca conoció sorprendentes niveles de movilización social, conjugándose de forma armónica viejas y modernas formas de entender la política. Se recurrió a los banquetes-homenajes, a la publicación de manifiestos en los periódicos locales y a las visitas a los pueblos y secciones del distrito. Pero también pervivieron, de igual modo, los cruces de acusaciones difamatorias. Aunque todos los esfuerzos de Veloz frente al imparable Juan Mirat resultaron baldíos. La victoria fue para el industrial salmantino, si bien el célebre cacique demostró su sólido arraigo en el medio rural. Y no sólo eso: poco después logró el acta por el distrito de Peñaranda.

El apoyo de Acción Ciudadana constituyó uno de los puntos fuertes de la candidatura de Juan Mirat en estas elecciones legislativas. Como agrupación vecinal, Acción Ciudadana simbolizó probablemente el mejor ejemplo de la inusitada fuerza asociativa que conoció Salamanca en estos años. En realidad, ya se sabe, nació no como una organización interclasista, sino de un modo un tanto improvisado, con el objeto de aunar y guiar la conducta de los abonados al servicio de aguas ante los continuos desplantes de la Sociedad suministradora. No obstante, con el tiempo, este colectivo se acabó transformando en un poderoso grupo de presión política, prestando todo su cobijo a Anaya y Mirat.

La inestabilidad del poder concejil evidenciaba, de día en día, el desmoronamiento del sistema: hombres que se sucedían, impotentes ante el pleito de las aguas y también desbordados por la precariedad de la hacienda municipal. El más dispuesto a plantar cara a la Sociedad, Federico Anaya, únicamente pudo llegar a la presidencia del Consistorio debido a un error de cálculo cometido por sus enemigos políticos. Por fortuna, Anaya dispuso siempre de la plena colaboración material y moral de Acción Ciudadana y también de un creciente respeto y admiración social, tan sólo cuestionado por el obrerismo coincidiendo con el desarrollo de una larguísima huelga de la construcción durante la primavera de 1923. Por esta razón, su

mandato, no exento de algunos gestos populistas, fue el más duradero de este crítico periodo y también el que mayores satisfacciones proporcionó a los salmantinos.

No es verdad que Acción Ciudadana tuviese como prioridad desbancar al diputado a Cortes de su escaño, pero sí que con sus gestiones hizo mella en la autoridad del “villano”. Entender su caída como el fruto de las presiones de la asociación o como el resultado indeseado de sus propios excesos violentos es una cuestión de punto de vista. Quizás, sencillamente ambos factores se conjugaron.

El verano de 1923, ya para concluir, se presentó como uno de los más turbulentos del reinado de Alfonso XIII y estuvo dominado por el nerviosismo desatado a raíz del debate sobre las responsabilidades del Desastre. Hasta el punto de que al iniciarse la nueva estación, mientras Salamanca se disponía a celebrar sus tradicionales ferias, la permanencia del gabinete del marqués de Alhucemas en el Poder pendía de un hilo. El mismo día 13 de septiembre, en las páginas de *La Gaceta*, saltaba la voz de alarma (“E.”, *LGR*, 13-09-1923). Y a la jornada siguiente, en la sección de *El Adelanto* dedicada a las informaciones de carácter telegráfico y telefónico, Rivera también se hacía eco de unos “gravísimos sucesos” que se desarrollaban en Barcelona. La confusión era enorme y la instalación de la censura no presagiaba nada bueno (Alfredo Rivera, *EA*, 14-09-1923).

En la noche del 13, las fuerzas estacionarias del Regimiento de La Victoria, acompañadas por su banda de música y recibidas en la Plaza Mayor con vivas al Ejército y a España, entre aplausos, leyeron un bando de aplicación en la capital y en la provincia. Quedaba declarado el estado de guerra y se anunciaba la dimisión del gobernador civil. Asumió entonces el mando militar Luis de Navarro y Alonso de Celada.

*El Adelanto*, días después, publicó una carta de Juan Mirat en la que éste abogaba por la colaboración ciudadana para el triunfo del movimiento armado y confesaba su desengaño ante la política seguida por García Prieto. *La Gaceta*, a su vez, reproducía un mensaje de adhesión redactado por varios concejales y un telegrama remitido desde la Liga de Agricultores. El periódico conservador también

dejaba constancia de la comedida disposición hacia el dictador de personajes como Federico Anaya o Esperabé.

Pero aún así, en la sesión municipal del 19 de septiembre se acordó que el Consistorio no se adheriría oficialmente al nuevo régimen<sup>14</sup>. En octubre, tras la aprobación de un real orden para la disolución de los Ayuntamientos, Anaya y los demás concejales fueron reemplazados por una Junta Municipal de Asociados, bajo la presidencia de Jacinto Elena Sánchez, un afín a Martín Veloz. Se iniciaba aquí un proceso de cambio de equilibrios conducente a la construcción de un nuevo bloque de poder hegemónico (Hernández Hernández, 1997, 108).

La actitud ciudadana fue de absoluta resignación. Con la notable salvedad, eso sí, de Miguel de Unamuno. Éste terminaría recibiendo una orden de destierro tras hacerse eco del famoso incidente de La Caoba (Rabaté, 2009, 446). Una resignación, sin embargo, alimentada por la amargura, la falta de expectativas y el miedo. La desesperación, al final, había logrado que el golpe contase con el respaldo general de la prensa y de los salmantinos. La ciudadanía responsabilizaba al caciquismo del desastre en que estaba sumido el país, mientras que la simplicidad del mensaje regeneracionista de Primo de Rivera hizo renacer las esperanzas de la gente. Ni siquiera le faltó el beneplácito regio.

Modernización y el progreso. Esos fueron los rasgos definitorios de la Salamanca de principios del siglo XX. También apatía. Porque Salamanca cambió, aunque con un ritmo pausado, miedoso, porque con miedo vivían los salmantinos: miedo al hambre; a la enfermedad; al desahucio; pavor durante largos años hacia *Dieguito*, el tirano local; y, por supuesto, terror ante la amenaza de una guerra.

---

<sup>14</sup> *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1923-1924, fol. 260 (r).



## **2. OPINIÓN PÚBLICA Y OPINIÓN PUBLICADA. LA CONTROVERTIDA RELACIÓN DE UN INQUEBRANTABLE MATRIMONIO**

### **2.1. FASES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UN IMAGINARIO DE LA REALIDAD**

¡La voz del pueblo! ¿Pero es que el pueblo tiene lenguaje articulado, tiene algo que decir y lo dice? He aquí lo que se preguntan muchos. Y hay que confesar que lo más de nuestro pueblo es un pueblo mudo. Nada dice, o porque nada tiene que decir o porque no sabe decirlo. Aun hay más, y es que por no saber decirlo no tiene nada que decir. Y no me toméis a paradoja. Muchas veces los niños no saben dónde les duele hasta que, requeridos por sus padres, que les oyen quejarse, tienen que fijarse y averiguan dónde radica el mal (Unamuno, *LLC*, 17-06-1905).

La opinión pública y la opinión publicada guardan una estrechísima conexión. Parece algo incuestionable. Por eso a diario escuchamos que la gente cree lo que lee. Seguramente más que lo que ve o escucha<sup>15</sup>. No resulta tan sencillo, sin embargo, precisar en qué consiste esa relación, cuál es el lazo entre la opinión pública y la publicada.

La opinión publicada puede moldear o configurar la opinión pública. Recuérdese lo ocurrido en 1898. Muchos de nuestros antepasados creían entonces, a pies juntillas, que la letra de molde no mentía. Los periódicos, al unísono, jalearon a sus lectores para enfrentarse con la armada estadounidense. ¿Alguien se atrevió a dudar de la fuerza del quijotismo español? Muy pocos; y luego, cuando llegó

---

<sup>15</sup> Hoy en día los medios de información escrita están siendo desplazados por los medios informáticos. Pero hace un siglo no ocurría esto y la fe en la información publicada en papel era, incluso, muy superior a la actual (Amando de Miguel, 2002, 357-362).

el momento de la depuración de responsabilidades, los periódicos se lavaron las manos y descargaron su culpa en los políticos y militares. Atrás quedaba una campaña propagandística marcada por la imprudencia y el sensacionalismo. Transitoriamente, tan sólo eso, la prensa sufrió el mayor de los descréditos, mientras que el desinterés por las cuestiones exteriores se convirtió en patrón habitual de conducta.

En otras ocasiones, a la inversa, parece ser la opinión pública la que encauza a la opinión publicada; es la primera la que demanda informaciones concretas. Las noticias de carácter económico constituyen un buen ejemplo, tal vez porque de modo más o menos directo afectan a los ahorros de la mayoría.

¿Es la opinión publicada la generadora de la opinión pública?

¿O es, a la inversa, la opinión pública la que actúa como fuerza conductora de la opinión publicada?

Acaso, ¿siempre opera una como comparsa de la otra?

Ocasionalmente, la opinión pública y la publicada se han mostrado del todo coincidentes, como si una fuese el espejo en donde se reflejase, sin la más nimia distorsión, la otra. Pero también hemos tenido la oportunidad de comprobar que la opinión pública y la publicada no siempre corren de la mano. De hecho, incluso, pueden apuntar en direcciones absolutamente divergentes. Sigamos, por tanto, planteándonos más interrogantes:

¿Por qué en ocasiones opinión pública y publicada convergen y en qué circunstancias sus caminos se bifurcan? ¿Cómo se relacionan la opinión pública y la censura? ¿De qué forma se origina la opinión pública en materia de política internacional? ¿Desempeña la opinión pública un papel importante a la hora de diseñar las relaciones diplomáticas? ¿Lo hace hoy igual que ayer? Y por otro lado: ¿Hay, de verdad, sólo una opinión pública? ¿O, por el contrario, tiene una manifestación dual? ¿Es, acaso, un fenómeno multiforme?...



No es posible hallar respuestas simples para cuestiones tan complejas. Y no lo es porque en todas las incógnitas planteadas figura un enigmático fenómeno. Todas pivotan en torno al mismo eje: la opinión pública. A ella acuden los gobiernos tanto para justificar decisiones políticas como para acusarla de inoportunismo.

Son incontables las tentativas de definición del concepto. Tantas ha habido que, precisamente, la vaguedad epistemológica es el primer inconveniente con el que nos topamos y al que hemos de hacer frente. Muchísimos autores se han volcado en explicar qué es, qué tipologías presenta, qué funciones desempeña y, sobre todo, cómo se mide la opinión pública. Sociólogos y politólogos acuden con frecuencia a ella en su intento de encontrar explicaciones racionales para determinadas conductas colectivas. Sienten, en resumidas cuentas, fascinación por el papel social y político que desempeña ésta. Por su parte, los investigadores de los procesos de comunicación contemplan la opinión pública más que como un motor social, que también, como el fruto de una complejísima y difícilmente ponderable suma de estímulos que se superponen al sentir individual. Nos estamos refiriendo a un caótico conjunto de fríos datos, prejuicios, odios, experiencias pasadas, costumbres, expectativas, etc. Su interés, por tanto, se localiza no tanto en la funcionalidad de la opinión pública como en la formación, tipificación y medición de la misma.

Muy pocos conceptos se muestran, en suma, tan idóneos como la opinión pública para el estudio interdisciplinar. Tampoco abundan los que pueden presumir de semejante solera. Quizás de ahí derive su atractivo científico.

Pero, paradójicamente, el estudio de la opinión pública no ha sido excesivamente cultivado por los historiadores hasta hace escasas décadas. Resulta muy llamativo, teniendo en cuenta la estrechísima dependencia entre este fenómeno y las coordenadas espacio-temporales. Creemos adivinar dos explicaciones para ello. En primer lugar, el historiador se siente abrumado ante el colosal corpus teórico existente sobre la materia. Además, en segundo término, el grado de abstracción alcanzado en buena parte de los ensayos sobre la opinión pública es desconcertante para los profanos, sobre todo para quien muestra enorme apego por los datos al desnudo.

Felizmente, sin embargo, este desinterés historiográfico se va, poco a poco, corrigiendo. Ésta es la manifestación palpable de que la historia puede enriquecer aún más el estudio y comprensión de la opinión pública, así como de que los estudios históricos se pueden beneficiar de un mayor conocimiento de la opinión publicada.

El entendimiento de la opinión pública exige un análisis poliédrico, a medio camino entre las ciencias sociales y la filosofía, ya que:

La opinión pública no sólo tiene entidad política, no siempre es plural, no sólo se da en sociedades democráticas, no necesariamente habrá de existir una concordancia entre las corrientes de opinión de los ciudadanos de a pie y las corrientes de opinión organizadas en instituciones políticas. Y sobre todo: que la mera existencia de diversas opiniones condensadas no garantiza ni la libre adhesión a las mismas de sus supuestos portadores, ni la existencia de las condiciones de un diálógico plural (Dader García, 1992, 21).

Esa disciplina, el punto de encuentro entre las distintas áreas interesadas en la comprensión de la opinión pública, es lo que se ha dado en llamar “Comunicación Política”. Su principal dogma de fe es que la opinión no surge de la nada. Las creencias, los valores, las ideas acerca de la sociedad y del sistema político, el conocimiento de las normas, las vivencias... son los factores que participan en el proceso de formación de la opinión pública.

Ni el más tiránico de los dictadores gobierna de espaldas a la opinión. Equivaldría a cavar su propia tumba. Sin embargo, a lo largo de la historia, más que valorada, la opinión pública ha sido despreciada. Descalificada y ninguneada, sí; pero su control ha sido concebido como absolutamente trascendental para mantenerse en el Poder. En suma, el respaldo de la opinión pública es siempre deseado por los gobernantes, pero, a la vez, su fuerza es temida.

El cometido de los *mass media* va mucho más allá de ser elementales suministradores de información sobre la actualidad<sup>16</sup> (Szmolka, 2007, 433-439). Se acepta comúnmente que gran parte de lo que hacemos, creemos y sentimos se halla mediatizado por la realidad simbólica que éstos crean. En concreto, la importancia que la prensa posee en el mundo contemporáneo, su potencial como sujeto transformador de la sociedad, está fuera de toda duda y la utilidad de los periódicos como fuente para la reconstrucción histórica se ha revalorizado enormemente. En los años a los que nos referiremos en esta investigación, casi toda la gente culta captaba la realidad exterior a través de los periódicos. Así que estos se convierten en agentes históricos de primer orden y, de paso, en fuentes historiográficas de muy considerable interés.

Los medios de comunicación se ocupan, en líneas generales, de seleccionar los hechos que consideran noticiables, los interpretan y convierten en productos periodísticos acordes con sus percepciones o con su deseo de cómo quieren que se perciban. Estos hechos son difundidos públicamente y asumidos por los individuos, integrándose en su universo cognitivo y de valores. Cuatro son las fases a distinguir en el proceso de construcción de un imaginario de la realidad: selección de la información, interpretación de la misma, difusión de la noticia y asimilación por el receptor.

En un primer momento, el correspondiente a la selección de hechos noticiables, entran en juego los intereses de los distintos actores comprometidos: empresas de comunicación, periodistas y también fuentes y públicos a los que se dirigirá el producto. No todas las noticias se convierten en tal. El proceso de *newsmaking* silencia los hechos que no interesan a los protagonistas ya mencionados. En esta selección de noticias interviene un doble tamiz: el del propio periodista, porque él es quien decide sobre qué escribe en base a lo que espera interese al lector y a la empresa periodística; y también el del jefe de la redacción porque decide qué información es publicable y cuál no. Se convierte en responsabilidad del *gatekeeper* establecer la

---

<sup>16</sup> Entendemos las masas como formas débiles de vinculación social en las que se impone lo irracional y tiende a difuminarse lo individual.

agenda temática, fijar la trascendencia de los temas y decidir su periodo de circulación en los medios.

Gran parte de la selección de noticias, con todo, se efectúa desde criterios puramente organizativos, normas profesionales y según rutinas, por encima de consideraciones ideológicas del periodista: los medios de comunicación otorgan preponderancia a los fenómenos a gran escala; les gustan los acontecimientos claros e inequívocos, fáciles de captar y referir; pero saben también de la inclinación del receptor informativo hacia lo inesperado o novedoso dentro de los límites de lo familiar, el deseo de continuar con los sucesos que anteriormente ya han sido destacados por su actualidad y la pretensión de conservar un equilibrio entre los distintos acontecimientos de los que se informa.

También hay, como cabía esperar, algunas normas en lo tocante a las noticias que suelen omitirse: no interesan demasiado las informaciones sobre países lejanos o con escasa relevancia política, son desatendidas las personas que no forman parte de la élite y se silencian los procesos poco espectaculares o con desarrollo a muy largo plazo.

En la segunda fase del proceso se procede a la interpretación de los acontecimientos seleccionados y su conversión en noticias. Los medios de comunicación no son un espejo de la realidad. Lo que ofrecen son versiones de la misma. Su propósito es tratar de reflejar una realidad parcial, la de su propia concepción del presente. Como consecuencia, las percepciones de la sociedad están doblemente mediatizadas a través de las impresiones de los mismos individuos y de las valoraciones de los medios de comunicación.

La forma y el tono empleados por éstos influyen en la visión que el público tiene de la actualidad. El emisor nunca es dueño absoluto de su lenguaje, sino preso de un credo. Y no todas las noticias merecen el mismo tratamiento. Si centramos nuestro interés en la prensa<sup>17</sup>, hemos de conocer cuáles son los instrumentos

---

<sup>17</sup> Aclaremos que en varias ocasiones identificaremos prensa y medios de comunicación de masas. Emplearemos ambos conceptos indistintamente, ya

recurrentes para destacar un acontecimiento: su aparición como noticia en primera plana; dedicándole un editorial, artículos de opinión o viñeta de humor gráfico; reservándole espacio en páginas impares, así como zonas lateral y superior del folio, que captan rápidamente la atención del lector; utilizando grandes titulares y formatos al máximo de columnas; con la inclusión de fotografías... Las técnicas son muy variadas.

Hay una tercera etapa en el ciclo de construcción del imaginario social. Es la fase de difusión de la información. Ésta permite fijar unas coordenadas ambientales, un clima de opinión que orienta al individuo, refuerza sus convicciones ideológicas en el momento de expresarse públicamente. Particularmente poderosos son, en este sentido y por seguir centrándonos en el papel de la prensa, los editoriales. Sobre todo si el autor es presentado como una autoridad intelectual, cuando el “martilleo” ideológico es constante y además coherente –porque habitualmente los “cambios de chaqueta” se traducen en falta de credibilidad– o, finalmente, si el grado de conocimiento del lector sobre el asunto abordado escasea. Es así como los medios de comunicación pueden crear corrientes de opinión y conformar la opinión pública.

Finalmente, el proceso concluye cuando el individuo asimila los estímulos de información y opinión de los medios de comunicación, pasando a formar parte de su propio conocimiento de la realidad y de la forma en la que entienden ésta. Los medios de comunicación acaban generando un universo de valores compartidos.

Pero no seamos reduccionistas. Este universo es complejísimo. Funciona por acumulación, también por retroalimentación y en él se deben valorar otros elementos como son la propia experiencia individual y la acción de otros agentes de socialización, tales como el ambiente familiar o las simpatías así como animadversiones personales. Ahora bien, ¿qué sabían sobre estos asuntos los periodistas de principios de la pasada centuria? ¿Hasta qué punto eran conscientes de la repercusión de su oficio sobre el público?

---

que para la época a la que vamos a referirnos la prensa era el único medio de comunicación de masas.

## **2.2. PERIODISMO Y PERIODISTAS A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX**

### **2.2.1. La misión del periodismo: la visión de Walter Lippmann**

En 1916, el gobierno de W. Wilson, ejerciendo un enorme control sobre los media, supo convertir una población serena, la estadounidense, en otra histérica, avivando el miedo y el fanatismo patrioter. La llamada Comisión Creel se ocupó de inventar y difundir infinidad de salvajadas teóricamente cometidas por los alemanes. Aunque su objetivo era dirigir el pensamiento de todos los americanos, su obligación de corto alcance, la cuestión clave, era controlar el pensamiento de los hombres políticamente más formados de aquella sociedad. Ellos servirían como cadena de transmisión de la propaganda belicista que estaba siendo confeccionada para crear un clima propicio que justificase la guerra.

Codiciaban los miembros de la Comisión poner en práctica lo que ya entonces era una clara intuición: que cuando la propaganda difundida por un Estado recibe el apoyo de las clases culturalmente dominantes y no se permite ningún extravío en su contenido, su efecto puede ser demoledor (Chomsky, 2002, 7-29). Los monopolios informativos anulan el pluralismo ideológico y constituyen la prueba irrefutable de cuántos son los límites a la libertad de juicio y expresión.

La fabricación del consenso social no es, pese a lo que pueda parecer, una labor sencilla. La Comisión Creel lo pudo comprobar. Se requiere un dominio minucioso del flujo informativo y por eso los Estados se reservan la facultad de regular el derecho a la libertad de expresión: para controlar, entre otros elementos, las incitaciones a la violencia.

Viene el anterior apunte a colación porque este grupo de teóricos norteamericanos de la democracia liberal estaba encabezado por una gran figura, merecedora de nuestra atención: Walter Lippmann. Además de su experiencia como propagandista, sus juicios sobre la función del periodista entre las masas resultan, todavía hoy, de enorme interés. Creía el decano de la prensa estadounidense que “los intereses comunes esquivan totalmente a la opinión pública y sólo una clase especializada de hombres responsables lo bastante

inteligentes puede comprenderlos y resolver los problemas que de ellos se derivan” (Lippmann, 2003, 253). Aludía acto seguido Lippmann a un “rebaño desconcertado”, muy peligroso cuando “brama y pisotea”. Para que la clase gobernante o privilegiada pudiese domesticar a las ovejas necesitaba fabricar un consenso.

El primer requisito consistía en segregar a la muchedumbre en su acceso a los medios de comunicación, las escuelas y la enseñanza superior. Así se perfilaba la barrera entre una minoría académicamente muy formada y una mayoría de gentes ingenuas y distraídas. Las primeras, continuando con la argumentación de Lippmann, acudirían a las técnicas de propaganda para recabar el apoyo de las segundas.

La propaganda es a la democracia, lo que el garrote a los mandatos autoritarios. Permite que ese rebaño se comporte como un mero espectador. Porque “las palabras pueden llegar a tener la misma fuerza que las armas” (Pizarroso Quintero, 22, 2002). Lippmann sabía que el apoyo de la población era y es imprescindible de cara a las aventuras en el exterior. La población tiene que ser estimulada y para ello, el camino más corto es el del miedo. Si se desea una sociedad violenta que avale la utilización de la fuerza en beneficio del “pastor” es necesario, como primer paso, ensalzar los valores marciales (lo que casi siempre va de la mano de exaltaciones raciales, religiosas y nacionalistas); también es preciso falsificar la historia: aparentar que cuando embestimos y aniquilamos a alguien lo que estamos haciendo en realidad es defendernos de unos monstruos. El empleo de la propaganda es inseparable de la historia de la guerra, con ella se convence y conmueve a las masas, se atrapa su corazón. Si el poder político llegara a poseer el control total de los medios de comunicación, el sistema educativo y a disponer de la aquiescencia de los intelectuales, cualquier campaña propagandística podría resultar letal. Su capacidad de persuasión sería ilimitada y las consecuencias, imprevisibles e incontrolables. Ejemplos no faltan: el nazismo, el comunismo...

Creía, no obstante, Lippmann que el consenso total no existía y por esta razón, el trabajo de los propagandistas debía ser permanente: nunca podrían cesar en la fabricación de lobos feroces. Al pueblo, en otras palabras, se le amedrenta de continuo para que así glorifique al líder salvador de la destrucción.

Lippmann representa la vanguardia de la reflexión periodística en los umbrales de la pasada centuria: su pensamiento, ocasionalmente expuesto con una escritura un tanto farragosa, tenía como premisa esencial la infravaloración del papel de la cultura política en el gobierno de los pueblos:

Esa idea de que la humanidad debe progresar y estudiar el mundo para así poder gobernarlo, ha tenido un papel muy secundario en el pensamiento político. Es lógico que haya figurado tan poco, dado que en términos relativos la maquinaria que nos proporciona información útil sobre el mundo para que podamos dirigirlo casi no progresó durante el tiempo transcurrido desde la época de Aristóteles hasta que se establecieron las premisas de la democracia (Lippmann, 2003, 259).

Subrayaba este autor que en los albores de las democracias modernas, los políticos asumían que el pueblo siempre manifestaba su voluntad. Estaban convencidos de que la sabiduría flotaba en el ambiente y siempre que existiese un régimen de libertades civiles la verdad se impondría sobre la calumnia. Pero las libertades civiles no garantizan el triunfo de la verdad. Es un error presuponer que ésta sea espontánea.

Cuando el entorno se convierte en invisible, este principio no es aceptable. La verdad sobre cuestiones lejanas o intrínsecamente complejas no es evidente. Precisamente, Lippmann llamaba la atención sobre la curiosidad que le despertaba el escaso interés de la ciencia política hacia el papel desempeñado por la prensa. Universalmente se admitía entonces que los diarios constituían el principal medio de contacto con el entorno, una ventana al mundo, y que de ellos emanaba la verdad. Pero pocos caían en la cuenta de que la maquinaria recopilatoria de información era y continúa siendo técnica y cara (Lippmann, 2003, 261).

La lealtad del público se explicaba por motivaciones múltiples. A la cabeza de ellas figuraba la tendencia del lector a juzgar los periódicos en función del tratamiento que se dispensase a las noticias con las que se sintiese más involucrado. Lippmann subrayaba el hecho de que la prensa sirviese como vehículo para el conocimiento de un



enorme volumen de sucesos, más o menos próximos. El modo de abordar los asuntos de los que el ciudadano tiene experiencia directa es determinante en la configuración de un público cliente. Es así como nacen las relaciones de confianza o repudio.

Los editores son muy conscientes de que los lectores adoran las informaciones sobre bodas de conocidos, funerales, viajes, premios... Los diarios locales se convierten por esta causa en los predilectos de las grandes ciudades (de hecho, en España, la prensa regional y local puede presumir de una larga tradición). Parece absolutamente lógico que la gente tienda a informarse de aquello que le afecta de un modo más directo. Aunque simultáneamente, también exigirán el acercamiento a una realidad más amplia. “Los individuos exigirán cuentas a la prensa con todo rigor, no como lectores no especializados, sino como abogados defensores particulares de cuestiones relacionadas con su propia experiencia” (Lippmann, 2003, 268). Cuanto mayor sea la distancia entre el asunto abordado por un periódico y el público, menores son las facultades del lector para aplicar su peculiar estándar de exactitud. Le es imposible distinguir la realidad de la ficción. El sobresalto servirá únicamente para captar su atención inicial, pero para mantener vivo ese interés habrá que recurrir a otras estratagemas. Precisamente, lo que sucede con la política internacional es que el interés o apasionamiento por los resultados acostumbra a ser elevadísimo, pero los medios para verificar las opiniones publicadas son muy pobres. Es imprescindible inducir ciertos sentimientos en el lector para que se identifique con lo que lee. La indiferencia se combate alimentando al monstruo de la irritabilidad.

Ésta es la conclusión a la que llegaba Lippmann:

La situación en que se encuentran los directores de los periódicos es bastante peculiar. Su negocio depende de los “impuestos indirectos” que los anunciantes cobran a sus lectores; el patrocinio de los anunciantes, a su vez, depende de la capacidad de los directores para mantener la cohesión de un grupo efectivo de clientes. Por otra parte, éstos se forman sus opiniones atendiendo a su experiencia particular y a expectativas condicionadas por sus estereotipos, dado que por naturaleza carecen de conocimientos

imparciales sobre la mayor parte de las noticias que leen. Cuando se formen opiniones positivas, los editores lograrán obtener un ámbito de difusión que resulte rentable, pero para ello deberán evitar depender exclusivamente de las noticias relativas al entorno exterior. Como es lógico, todos intentan tratar tales noticias de la manera más interesante posible, pero la calidad de las noticias generales, especialmente las que se refieran a asuntos públicos, no permite por sí misma que un número amplio de personas establezca diferencias entre unos periódicos y otros (Lippmann, 2003, 270).

Lippmann jamás creyó que la ambición empresarial fuera la responsable de las deficiencias informativas de la prensa. Al contrario, él apuntaba hacia una dificultad técnica suscitada por una realidad cada día más compleja. Pese a que en el reporterismo de sucesos locales se encontraba el fundamento del negocio, era la especialidad peor remunerada, mientras que la cobertura de noticias del exterior exigía enormes inversiones y, aún así, presentaba deficiencias. De esta tarea se ocupaban las agencias de información. En efecto, son ellas las que confeccionan una imagen del mundo que es la que desean que el público observe. Trabajan, al mismo tiempo, como censores y propagandistas.

El periodista no utiliza información de primera mano, sino que su materia prima ya ha sido mediatizada por un intermediario. Y todo porque la estandarización de la mercancía –la información, los datos– redundaba en una creciente economía de tiempo y esfuerzo (Lippmann, 2003, 275-287). La conclusión es, lo reiteramos, que las noticias no son un espejo de las condiciones de una colectividad ya que muy pocos individuos saben verdaderamente intuir qué es lo relevante antes de que cristalice como asunto de actualidad. Menos aún disponen de la capacidad para hacer su propia selección de los hechos antes de que el periódico se imprima. La criba inicial es efectuada por las agencias de prensa al servicio de unos publicistas.

Ahora bien, dirijamos nuestra atención hacia la España de la Restauración: ¿qué impide que esos publicistas sean los mismos aparatos de los partidos o los caciques locales? Nada. ¿Acaso no

coincidían, casi siempre, la élite política y la élite económica durante aquellos años?

### **2.2.2. La función social del informador. El largo camino hacia su reconocimiento profesional en España**

El periodista es la persona que se ocupa de informar a la sociedad sobre cuestiones de actualidad. Posee, por lo tanto, una relevancia social y política indiscutible en el proceso de fabricación de un imaginario de la realidad. Sobre todo, en sus dos primeras fases. A priori se le atribuye una mayor capacitación intelectual y más facilidades técnicas que al hombre de a pie para cumplir con su responsabilidad. A pesar de ello, cabe preguntarse si, efectivamente, esto es verdad y si lo fue en épocas pasadas.

Hoy en día, todos los programas académicos de cualquier Facultad de Ciencias de la Comunicación insisten en recordar que ni toda la realidad social puede ser detectada por los periodistas (u otros mediadores públicos) ni el universo de nuestras preocupaciones debiera simplificarse a lo que entendemos por opinión pública. Estos profesionales acaparan, en gran medida, la facultad de definir, valorar y canalizar los asuntos y circunstancias que puedan merecer interés. Es lo que se conoce como función de *agenda setting*. Quien posee el control de los medios también ejerce un considerable monopolio para fijar la realidad susceptible de convertirse en objeto del interés colectivo. Su trabajo como mediadores o “aduaneros” debiera ir acompañado, por tanto, de una enorme sensibilidad y un permanente ejercicio de la autocrítica en cuanto a las repercusiones de su actividad, ya que son capaces de condicionar las actitudes y comportamientos individuales y grupales.

Pero la rutina y las prisas acaban por coaccionar su selección de “lo noticioso” y algunos terminan trivializando lo que puede requerir un examen profundo. Confunden simplicidad con claridad. Todo sea en nombre de la extendida obsesión por “hacer digerible” un mundo intrínsecamente complejo y cambiante.

No resulta válida esa pretensión de ofrecer al público lo que éste pide. El periodista jamás debe asumir el papel de un ciudadano medio más; tendría que abdicar de su adoración hacia el Dios del éxito

comercial. Porque el cometido de los reporteros es actuar como guías para la opinión pública, convirtiendo lo incomprensible o indetectable de una materia en asunto cercano para el público. Cuando no es así, el espacio público que se configura no permite el desarrollo de una opinión pública plural y sabia. Al contrario, la realidad se convierte en ininteligible.

¿Ocurría algo similar hace cien años? ¿Cómo trabajaban los periodistas de aquella época?

El periodista era entonces un proletario más. Desconocía los horarios fijos, no tenía derecho al descanso dominical y, por descontado, trabajaba sin contrato. El oficio era exclusivamente apto para bohemios. Sólo en 1924, ya bajo la dictadura de Miguel Primo de Rivera, cuajó la primera Escuela de Periodismo de España, fundada por Ángel Herrera Oria. El periodismo, por otra parte, sólo se convertiría en una profesión a medida que se consolidasen las empresas periodísticas.

No era un proceso sencillo. La génesis del problema radicaba en un mal planteamiento económico del negocio. El empresario Nicolás Urgoiti, hacia 1915, atribuía la escasa tirada de los periódicos españoles a la falta de interés de las informaciones. No obstante, creemos que sería más acertado apuntar hacia las elevadas tasas de analfabetismo imperantes. Y a esa extendida mentalidad, a la que aludía Lippmann, de que no era preciso pagar por conocer la actualidad. Sea como fuese, el sueldo de un periodista medio no era suficiente para vivir. Por ejemplo, a la Sociedad Editorial de España, en 1920, se le acusaba de pagar salarios absolutamente irrisorios a sus empleados. Eso sí, al menos lo hacían con regularidad. No podían decir otro tanto los pequeños periódicos de partido. Los periodistas, con la notable salvedad de los integrantes de la redacción del *ABC*, tenían que buscarse la vida como podían. Para ello recurrían a los fondos reservados del Ministerio de la Gobernación o se procuraban algún cargo en cualquier otro ministerio o en un ayuntamiento (Seoane y Sáiz, 1996, 44-45).

En el ambiente regeneracionista que todo lo inundó durante el cambio de centuria, surgieron varios nombres interesados en la historia del periodismo español, preocupados por el futuro de una

profesión aún en ciernes. Fueron éstos hombres como Rafael Mainar, Augusto Jerez Perchet o Basilio Álvarez, entre otros varios. El primero de los citados, con su popular *El Arte del periodista*, publicado en 1906, ha sido el personaje que más atención historiográfica ha recibido. Nos ofrece Mainar, a lo largo de su obra, un fresco de la situación de ese gremio merecedor de considerable atención.

Mainar apostó, desde el más firme convencimiento, por el triunfo del periodismo industrial frente al ya convaleciente periodismo de opinión: “¡Negocio! ¡Negocio! Se dice despectivamente, y no hay razón. ¿Negocio? Sea en buena hora porque para hacerlo hay que hacer periódico” (Mainar, 1906, 22). Creía que el mayor inconveniente para el prosperar del anhelado negocio eran las elevadas tasas de analfabetismo. Y por ello reconocía:

El periódico moderno tiene más de narrativo que de didáctico; más de conversación que de discurso. El periodista, si habla de ciencia, ha de ser vulgarizando, y el lenguaje técnico le estorba; si de arte, ha de presuponer un nivel medio de cultura, siempre bajo, para no sublimar los conceptos ni las frases; si de política, el escepticismo del público le impone el ser escéptico y humorista (Mainar, 1906, 84).

La tradicional visión mesiánica del periodismo, la ética que debía imperar en el trabajo del periodista, iba siendo desplazada también en España por una mentalidad mucho más utilitarista. Muy sórdidamente contemplaba Mainar el presente del periodismo al afirmar: “¡Gran cosa es tener ideas propias! Pero al periodista le es más útil y necesario tener las propias... de quien las paga” (Mainar, 1906, 24).

### **2.2.3. La libertad de expresión en la España de Alfonso XIII. La prensa durante la Restauración**

Cuando hablamos de libertad de expresión entendemos el derecho de cualquier sujeto, ya sea un individuo o una colectividad, a declarar libremente, públicamente y con transcendencia pública, sus pensamientos e ideas de toda índole, en cualquier momento y lugar,

sin verse coaccionado, ni perseguido, ni castigado, incluyéndose aquí el derecho a la crítica al Poder establecido de cualquier orden. La libertad de expresión se convierte en soporte exclusivo de la democracia porque en caso de no existir el derecho a denunciar públicamente a la autoridad por sus abusos y desmanes, la sociedad está condenada a soportar despotismos (Pascual Martínez, 1992, 72-73). Pero ¿hay límites a la libertad de expresión? Y en tal caso, ¿dónde se fijan?

El cimiento, la condición *sine qua non* garante de la libertad de expresión, es el derecho a informar y ser informado. Pero no se puede informar en y con libertad sin todos los datos precisos. La multiplicidad de canales informativos es, por tanto, lo que da fiabilidad al mensaje y lo que permite hablar de libertad. La pluralidad de pensamientos y la posibilidad real de comparar y contrastar pareceres constituyen, en definitiva, los pilares de una opinión pública responsable.

En el preciso instante en que este principio de libertad de expresión pase a depender del Poder político de turno, habrá una autoridad que quiera imponer su criterio. Es inevitable. Sin embargo, existen muy distintos grados de tolerancia ante las manifestaciones públicas y por esta razón se impone el estudio de casos.

El ciudadano posee el derecho y también la obligación de estar debidamente informado de todo, pero también el Estado y las empresas poseen el derecho a defender sus legítimos intereses. El choque tiene lugar cuando un ciudadano desconoce lo que tiene derecho a saber porque las autoridades estatales manipulan o encubren hechos y desinforman con la disculpa de proteger a la sociedad. Para las cuestiones de Estado, las relaciones internacionales, la defensa de intereses comerciales o industriales, etc. los gobiernos saben mostrarse enormemente prudentes. Son materias capitales para la nación y apelan a este argumento para concretar los “límites de la información”. Justifican, en otras palabras, la censura.

En España, las primeras leyes reguladoras de la libertad de imprenta nacen con la Guerra de la Independencia. Y si bien el reinado de Fernando VII significó un retroceso en la aprobación de derechos y libertades, bajo la monarquía de Isabel II asistimos a un

nuevo período de afianzamiento progresivo de la libertad de prensa. A partir de 1868 la libertad sería total (Decreto-Ley de Sagasta de 23 de octubre de 1868 y Ley de 20 de junio de 1869).

Durante la Restauración, la Ley de Imprenta del 26 de julio de 1883, comúnmente conocida como la Ley de Policía de Imprenta, vino a desarrollar el artículo 13 de la Constitución de 1876. Supuso un enorme triunfo para el Partido Liberal, después de que Cánovas del Castillo sometiese a la prensa a una auténtica dictadura. Obsesionado con los periódicos, el político conservador los contempló siempre como muy peligrosas vías de propaganda, con un enorme alcance en un país de iletrados. De hecho, por idéntica razón, los libros no le inquietaron. Sin embargo, resulta absolutamente sorprendente su falta de precauciones ante los sermones, arengas, las manifestaciones en teatros, tabernas y cafés cantantes. Se trataba de una incongruencia para un país como España, donde tantísima importancia tenía la oratoria como forma de manifestación pública. ¡Lástima que la huella histórica de estos discursos y tertulias de café sea tan pobre!

En realidad, jamás Cánovas tuvo en mente la construcción de un régimen de opinión, basado en la voluntad mayoritaria (Fuentes y Fernández Sebastián, 1997, 137-139). No; sus obsesiones fueron la estabilidad y el orden. La defensa del sistema, del artificioso turno gubernamental, se basó en la desmovilización política de la gran mayoría de la población. Y la clave para ello fue la falta de una cultura cívica y de los cauces precisos para la participación ciudadana.

Cánovas sintió desdén hacia la muchedumbre analfabeta, repudió la sociedad de masas, fruto de los avances en la industrialización y en la urbanización. Renegó del sufragio universal y célebre es aquella sentencia suya de que “el proletariado no necesita representantes, sino patrones”. El político malagueño restringió la verdadera opinión pública a una minoría de propietarios y gentes cultas. Ellos encarnaban la auténtica conciencia nacional, frente a una opinión caprichosa, frívola y mal enterada de los asuntos públicos.

Hagamos un paréntesis. Ese concepto, el de conciencia nacional, no es accidental sino muy meditado y fruto de un estratégico cambio político en las filas del conservadurismo: con él se referían a un muy concreto orden moral, social y político, de impronta cristiana,

frente a la opinión pública, concepto de origen liberal y equiparable a una especie de nueva deidad –pero efímera y “desviada” a ojos de los católicos– sustituta de la vieja gracia divina que legitimaba el ejercicio de la soberanía (Capellán de Miguel y Garrido Martín, 2010, 87-114).

A pesar del avance que la Ley de Policía de Imprenta significó, resultó abusivo el empleo de la suspensión de garantías constitucionales. Veintitrés veces se practicó entre 1898 y 1923 y nueve de estas suspensiones afectaron a todo el territorio nacional. Decía Unamuno a propósito de este deprimente recurso que “en vista de la presión de la caldera, optaban por quitar el manómetro” (Unamuno, *ESO*, 30-11-1922). Aún así, la prensa gozó de bastante libertad, y más cuando los periódicos tenían pequeñas tiradas. Cierto que las relaciones entre Poder y medios de información nunca fueron simples, pero a los políticos no les interesaba procurarse a estos últimos como enemigos.

Más habitual que la suspensión de garantías o la simple censura, y también más eficiente, fue el envío de circulares a los periódicos prohibiendo abordar algunos temas. Y más vergonzosa, sobre todo por no estar sujeta a ningún procedimiento de carácter legal, resultó la interrupción de comunicaciones telegráficas o telefónicas, dirigida desde Gobernación y con la complicidad de la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones. Especialmente, coincidiendo con la explosión de bombas en Barcelona, los movimientos de buques durante la Primera Guerra Mundial o cuando estallaba algún altercado en Marruecos. Por eso muchos corresponsales en África, según el juicio del periodista francés León Rollin, empleaban el correo postal o viajaban en barco hasta Málaga para así esquivar la censura telegráfica.

Existieron, en síntesis, dos mecanismos de represión de las publicaciones: la censura previa y la posterior a publicación. La primera sólo podía establecerse cuando las garantías constitucionales se hallaban suspensas y correspondía a los gobiernos civiles. Los censores tachaban con lápiz algunos párrafos y los artículos acababan publicándose mutilados, con espacios en blanco. En ocasiones, el exceso de “huecos” condujo a que los funcionarios responsables de la “señá Anastasia” acabasen rechazando la totalidad de la información,



para que así no se convirtiese ésta en un método de denuncia de la censura.

La Ley de Policía de Imprenta ha sido entendida como un calco de la homóloga de la República francesa de 1881. Ambas establecían disposiciones mínimas para controlar las publicaciones impresas y eliminaban tanto la figura del censor como la del tribunal de prensa. Se sometían los delitos de imprenta al código civil y a la jurisdicción ordinaria. Constituía, de esta forma, el germen para el nacimiento de una prensa moderna y actual. Su promotor, Sagasta, pensaba lo siguiente sobre el cometido de los periódicos:

La elevada misión de la profesión periodística en todos los países de adelantada civilización es en nuestra patria más importante y trascendente que en ninguno, pues que estas publicaciones son las fuentes de instrucción del pueblo, a cuyo fácil alcance no se encuentra el libro por el excesivo precio que comparativamente aquí se le señala [...] El periódico en España es libro del obrero, y en él encuentra la pauta de sus derechos, así como la norma de sus obligaciones [...] Difundir las luces de este medio, dar a la emisión del pensamiento escrito la esfera de acción más ancha, la libertad más amplia, es la misión de un gobierno que trata de llevar la instrucción de los pueblos al mayor de los límites posibles (ápu<sup>d</sup> Pascual Martínez, 1992, 182-183).

El año 1906 marcó, no obstante, otro hito en el desarrollo de la legislación restauracionista sobre la imprenta. Y esta vez por su carácter coercitivo. Se aprueba el 23 de marzo la narcotizadora Ley de Jurisdicciones. Tras un serio altercado entre dos publicaciones catalanistas y la milicia, esta disposición legal reconoció la competencia castrense para juzgar delitos de opinión contra el Ejército, el honor nacional y su bandera, el himno... Tres han sido sus rasgos básicos más destacados: lo que supuso de ampliación de la jurisdicción marcial con relación al previo Código de Justicia Militar de 1890; el establecimiento del ambiguo concepto de delito contra la patria; y el empleo del procedimiento sumario en los procesos de esta naturaleza. La ley permaneció vigente hasta la proclamación de la

Segunda República. Durante todo ese tiempo, tanto en la prensa como en el Parlamento, fue objeto de infinidad de protestas.

A propósito de ese derecho y obligación individual, mencionado más arriba, de estar debidamente informado, hacia 1930, aún el analfabetismo afectaba a más de la tercera parte de los españoles y los periódicos eran un lujo para muchísimos bolsillos.

No existían los quioscos, ni tampoco las librerías, tal y como hoy las concebimos. La venta de periódicos por suscripción era todavía más común que la distribución callejera. Pero los precios de esas suscripciones marginaban a los sectores más populares, a buena parte de la clase media y a toda la población rural. Por eso los cafés, con sus debates y tertulias, funcionaron como agentes multiplicadores de los efectos de la comunicación (Muñoz Alonso et al., 1990). A la altura de 1900 el precio habitual de un diario eran cinco céntimos y no siempre estaba al alcance de, pongamos por caso, un trabajador madrileño, cuyo jornal podía oscilar entre las 2,90 pesetas y las 3,50.

Sin embargo, la prensa pudo sostener su trayectoria ascendente. La rutinaria transmisión oral de la actualidad y la publicación de las noticias más destacadas en lugares concurridos –en el caso de Salamanca se eligió la Plaza Mayor– restaron gravedad a esos inconvenientes apuntados: el analfabetismo y la pobreza generalizados. El país deseaba abrirse al mundo y los periódicos se leían, pero también, más si cabe, se escuchaban.

Por cierto, y a modo de nuevo inciso, también las noticias se escuchaban cuando el silencio era impuesto desde el Poder. En este sentido, Jean-François Botrel nos recuerda que durante la campaña de Melilla de 1909 los pregones de los ciegos sirvieron para compensar los decretos de La Cierva. Y por eso *El Mundo* denunciaba, al iniciarse agosto “las coplas subversivas, canciones antipatrióticas compuestas para entibiar cualquier entusiasmo y apartar del cumplimiento del deber”. De igual manera, después del Desastre de Annual, se elaborarían canciones con los relatos de los ex-cautivos de Abd-el-Krim (Botrel, 2007, 97-101).

Se registró, además, un efectivo aumento en las tiradas editoriales y en el número de lectores. De todos modos, es prácticamente imposible aportar cifras exactas sobre la difusión de un periódico. Aunque existen Estadísticas Oficiales para los años 1913, 1920 y 1927, su fiabilidad es escasa porque los datos eran proporcionados por los mismos directores de las cabeceras. Obviamente, tendían a la exageración. Algunos autores han intentado aportar números a partir de las cantidades abonadas a Hacienda en concepto de timbre concertado por circulación a través del correo (Real Orden del 27 de junio de 1904), pero la información obtenida tampoco se presenta como creíble.

A la expansión de esta industria contribuyó, como de todos es sabido, la incorporación de nuevos alicientes, tanto técnicos como de ocio, para su adquisición: la inclusión de ilustraciones, la celebración de campeonatos y concursos, notas informativas sobre sociedad y espectáculos teatrales, las populares novelas en fascículos, las páginas especializadas femeninas, las notas de higiene y medicina... Mientras, en las grandes capitales –desde luego, no en Salamanca–, la información taurina se va convirtiendo en el símbolo de la “vieja España”.

No es descabellado el que la mayoría de los estudiosos daten en estas fechas la conversión del periodismo en un cuarto poder, probablemente con una capacidad de influencia muy superior a la actual. El reinado de Alfonso XIII se presentó, desde muchas perspectivas, como un momento de tránsito entre lo viejo y lo nuevo. Fue la prensa, en gran medida, la creadora de un clima de opinión pública: un sentimiento de crisis de identidad, algo similar a una conciencia colectiva que se transmitía oralmente y se compartía grupalmente.

Los inicios del siglo XX son, en resumen, desde la perspectiva periodística, el momento de transición, aunque también de coexistencia, entre el periódico de opinión y el de empresa (Seoane y Sáiz, 1996, 23-68). Es ésta una distinción que remite exclusivamente a la potencia financiera de la casa, a la luz de que los llamados periódicos industriales también defendieron concretas opciones políticas: continuaron sin poder escapar de los tentáculos de las

grandes personalidades, que utilizaban sus páginas para promocionarse y defender sus opciones ideológicas.

Si bien el descomunal número de publicaciones –Madrid y Barcelona acapararon casi el cuarenta por ciento de los nuevos títulos– puede inducirnos a pensar que nos hallamos en un periodo de auge del periodismo, predominaban las empresas pequeñas. Además, muchas de estas publicaciones tuvieron una vida fugaz.

En cualquier caso, intelectuales como Maeztu ya antes de 1900 daban por finalizada la época del periódico evangelizador en beneficio del *factory system*. Siempre respetuoso con las instituciones, el incremento en el número de lectores permitió la consolidación de este segundo modelo: agencias de noticias, desarrollo del telégrafo y del teléfono, surgimiento de nuevos géneros periodísticos, la dignificación del periodista como profesional, la consolidación de la prensa regional y local, la generalización de nuevos géneros periodísticos como la crónica, el reportaje y la *interview*... Paralelamente, los pequeños periódicos de izquierdas luchaban por sobrevivir a duras penas; las publicaciones periódicas de inspiración católica lanzaban sus dardos contra las que calificaban como “impías”; y la prensa obrera y nacionalista lograba, paso a paso, ganar adeptos.

Tal y como apunta Otero Carvajal, la aparición del telégrafo eléctrico permitió ampliar los horizontes del público lector, que podía gracias a él tener un conocimiento rápido de lo que sucedía a miles de kilómetros. Significó, por tanto, una auténtica revolución que cambió la percepción del tiempo y del espacio (Otero Carvajal, 2007, 120).

Los rotativos disfrutaban alardeando de sus noticias “recibidas por teléfono”. Evidentemente, porque la cantidad y calidad de la maquinaria empleada por las empresas informativas era un indicio de la importancia de su tirada. Hasta entonces, la mayoría de los periódicos contaban con cuatro páginas. Su tamaño podía variar entre el cuarto, el folio, el tabloide o el tipo sábana. Su confección fue progresivamente más horizontal –irán desapareciendo las rígidas y extenuantes columnas–, más sistemática desde el punto de vista de los contenidos y la publicidad irá esparciéndose, lentamente, por todas sus páginas. En los anuncios residía, junto con el aumento del público cliente, una de las claves para el mantenimiento económico de la

empresa. Y precisamente la insuficiente publicidad representó el gran problema de la prensa de aquellos años, sobre todo de la provinciana. Las esquelas funerarias se convirtieron en la materia publicitaria más relevante y de ahí, su habitual protagonismo en la primera plana.

Unas pocas grandes agencias telegráficas internacionales se repartieron el mercado informativo. Se convirtieron así en canales fundamentales para la circulación de propaganda política y, por tanto, también en receptoras de la máxima atención gubernamental. Los pequeños diarios y la prensa local dependían en gran medida de la información de estas agencias: en 1832 nació Havas; en 1849, la Agencia Wolff; y en 1851 se creó Reuters. En 1859 las tres llegaron a un gran acuerdo, el primero de muchos, para el reparto de esferas de influencia y el intercambio de información. Hacia 1900 ya se había constituido un extenso sistema informativo internacional que manejaba a escala mundial la transmisión de la actualidad (Pizarroso Quintero, 1990, 208-209).

España fue asignada a la francesa Havas a través de una intermediaria, la agencia Fabra (existieron otras agencias, pero bastante menos poderosas). Siempre hubo quien receló de la uniformidad y empobrecimiento de la información sobre el extranjero que esta situación acarreaba. Hasta el estallido de la Gran Guerra, España careció de corresponsales fijos en capitales europeas. Pero ante todo, la dependencia se hacía particularmente peligrosa y notoria cuando los comportamientos de Francia en Marruecos dañaban el sentimiento de amor propio nacional.

Muchos de los autores consultados –Pizarroso, Gómez Aparicio, Seoane y Sáiz– coinciden en afirmar que el proceso de transformación de la prensa española no fue completo. El contexto no era el adecuado porque factores como la persistente inestabilidad política, el elevado analfabetismo, las deficiencias urbanísticas así como en las redes de comunicación y la relativa escasez del posible mercado jugaban en contra. Es por eso que no encontramos la tónica frontera entre el gran diario informativo y el de carácter popular. Lo que hallaremos será una especie híbrida, con enorme brillantez intelectual y estilística, pero irregular en su carga informativa. Los periódicos de estos años siempre bascularon entre la información y la propaganda, pendientes de sortear el garfio de la censura. Una

tradicional gran empresa como *La Correspondencia de España* fue superada, coincidiendo con el cambio de centuria, por *El Imparcial*. De enorme popularidad gozó igualmente el moderadamente republicano y anticlerical *El Liberal*. Y nada tuvieron que envidiarle *Heraldo de Madrid* o *La Vanguardia*.

Pero todas estas grandes empresas debieron aprender a convivir con el flamante y monárquico *ABC*, de Torcuato Luca de Tena y Álvarez Ossorio, o el ultraconservador *El Debate*. El aprendizaje no fue un sendero de rosas. *El Liberal* optó por extenderse por varias provincias y después de asociarse con los Gasset de *El Imparcial* y de adquirir *Heraldo de España*, nació la Sociedad Editorial de España, el famosísimo Trust. En 1906 logró imponer su voluntad sobre la Papelera Española, presidida entonces por Nicolás María Urgoiti, al impedir la aprobación de un arancel que gravase el papel extranjero (aunque Rafael Gasset formaba parte de ese gabinete utilizó *El Imparcial* para hacer campaña contra el proyecto de ley). A partir de 1907 amplió su cobertura provincial con la adquisición de *El Defensor*, de Granada, y *El Noroeste*, de Gijón.

El Trust rápidamente rivalizó con la Buena Prensa, la asociación de la prensa católica, y despertó muy variopintos recelos. Encarnó un bloque político-periodístico de carácter liberal y sustentador de unas libertades que parecían gravemente amenazadas por la oleada autoritaria iniciada, sobre todo, tras la formación del conocido como Gobierno Largo de Maura, en enero de 1907. *La Correspondencia de España* decidió entonces encabezar sus números con un recuadro que rezaba “este periódico no pertenece al Trust” e inmediatamente fue emulada por muchos otros diarios. La Sociedad Editorial de España, sin embargo, realizó una nueva exhibición de fuerza en 1909, coincidiendo con la Semana Trágica, y lograría subsistir hasta 1922.

La prensa salmantina, por su parte, constituyó un perfecto ejemplo de hibridación. Y con el añadido de que la capital del Tormes era una de las capitales españolas con mayor tradición periodística y número de publicaciones, si bien la mayoría no gozaron de excesiva estabilidad organizativa ni financiera. De la decena de periódicos estudiados, hoy únicamente sobreviven dos, precisamente aquellos que más rápidamente supieron captar el nuevo sentido empresarial del

oficio. Estos dos diarios son *El Adelanto* y *La Gaceta Regional*. Muy pronto entendieron el periodismo como un negocio en el que se debía procurar la cabida de información, entretenimiento y opiniones, pero sin llegar a prodigarse en labores adoctrinadoras; publicando “homilías”. Así era como, por recoger un ejemplo, José Luis, uno de los redactores de *La Gaceta*, contemplaba su profesión:

Pasaron los tiempos en los que el periódico era un mero instrumento de partidismo político. El espíritu crítico de los tiempos y el escepticismo público que caracteriza la época actual, obligan a modelar otra clase de prensa, pues hoy el periódico es una verdadera cátedra ambulante que debe ilustrar, que debe enseñar, que debe educar y que, al mismo tiempo, debe recoger, encauzándolas, las ansias y aspiraciones colectivas. Debe llenar a satisfacción su doble aspecto de instrumento de cultura y de órgano de opinión. No de otra forma se abre campo el periódico moderno; no de otra forma pueden sostenerse las empresas periodísticas (José Luis, *LGR*, 05-04-1924).

Mientras que en el caso del órgano de Núñez Izquierdo, el proceso de modernización técnica es muy palpable a lo largo de las primeras tres décadas del siglo XX, *La Gaceta* adopta desde el mismo instante de su nacimiento –ya en 1920– las técnicas más modernas de maquetación, con abundancia de fotografías y huyendo de las agotadoras columnas. Además, sale a la calle con tamaño tabloide, mientras que el formato sábana de *El Adelanto* jamás resultó de fácil manejo. Uno de sus redactores, José Sánchez Gómez, mucho más conocido como “Un Repórter”, comentaba a propósito de ese progreso industrial lo siguiente:

Pasaron para nunca más volver aquellos tiempos en que *El Adelanto*, pequeñito, sin apenas información telegráfica, muy escaso el servicio de corresponsales en los pueblos de la provincia, y muy escasa también la tirada, se hacía sobre las blancas mesas de mármol del café Suizo... en menos de media hora [...] Ya no era *El Adelanto* aquél de Huebra, ni de Muñoz, ni de Ramos, pequeñito, político, algo guasón, sino hoja seria, grande,

informativa, que era precisamente lo que el público pedía y deseaba; lo que es hoy (“Un Repórter”, *EA*, 08-01-1909).

Los editoriales, en ambos rotativos, solían insertarse en la primera plana o, en su defecto, en la segunda y muy raramente ocupaban más de dos columnas. Habitualmente, también se incluían en estas hojas las noticias de carácter local, los sucesos trágicos y las gigantescas esquelas, así como los apuntes de sociedad, páginas especializadas, espectáculos teatrales y taurinos. La tercera página se destinaba a las informaciones telegráficas y telefónicas, siempre encabezadas con un muy visible titular. Aclaremos que *El Adelanto* nunca fue un integrante del Trust, pero muy a menudo, en esta sección, además de alusiones a asuntos del extranjero, recogió fragmentos publicados en diarios que sí pertenecían a la Sociedad Editorial. Por último, la cuarta plana estaba ocupada con pequeños anuncios y con novelitas publicadas por fascículos.

Los criterios organizativos del resto de la prensa salmantina, en cambio, fueron mucho menos estrictos; barulleros si se prefiere; las informaciones del exterior, bastante más escasas (con la salvedad de *El Lábaro*); y el contenido doctrinal y moralizante, muy superior a los dos casos anteriores. Ésta es una cualidad que merece destacarse, sobre todo, al referirnos a tres publicaciones: el católico *El Lábaro*; *El Salmantino*, órgano del integrismo local, además de miembro de la Buena Prensa y destacado combatiente anti-trust; y, para terminar, *El Pueblo*, instrumento de la Federación Obrera local, aunque, como en el caso de *La Gaceta*, de nacimiento tardío.

En efecto, una nota característica de la sociedad salmantina al filo del siglo XX fue el persistente enfrentamiento entre grupos liberales y clericales. Por supuesto, la prensa local se hizo eco de ello y, particularmente, la más ideologizada adquirió un papel vital en esta guerra al convertir sus páginas en el escenario de la batalla. A modo de ejemplo, esto era lo que, en 1907, “C. P.” escribía en *El Lábaro* sobre la prensa obrera:

El poder de la prensa periódica es irresistible, formidable. Lo que no consigue hoy lo alcanzará mañana [...] Los asaltos a la virtud son más terribles



aún que los asaltos al bolsillo. En manos de los sectarios, el periódico se convierte en poderosísimo ariete de destrucción [...] En el periódico destinado a corromper a la clase obrera no hay que buscar ni lógica ni moralidad [...] En él se falsifica la filosofía, se inventa la historia, se ultraja a Dios [...] El obrero que lee esos periódicos, si no tiene arraigadas convicciones, los cree y los cree a ciegas, como el turco al Corán. No desconfía, no piensa, no raciocina, no compara, no consulta, ni aun sabe acordarse de las decepciones de la víspera: cree a secas [...] porque el periódico es su evangelio (“C. P.”, *EL*, 21-02-1907).

¿Cómo no pensar en Lippmann y su rebaño? Aunque, acláremoslo, esto se escribió quince años antes de la publicación de su gran libro. ¿Cómo no recordar las palabras de Sagasta a propósito de la función educadora de la prensa?

Sin duda, la incursión en el mundo del periodismo del gran capital, con intereses diversificados en otros sectores económicos, coaccionaba al periódico, a su dueño y a los componentes de su redacción. Pero la miserable situación de los periódicos de opinión igualmente había restado y aún lo hacía a éstos libertad de expresión.

¿Quién no conocía entonces los célebres “fondos de reptiles”? Eran las cantidades reservadas del Ministerio de Gobernación para el pago de algunos rotativos. En cierto momento, Gumersindo de Azcárate comentó que el pucherazo y los fondos de reptiles eran las dos caras de la misma moneda, ya que “al fin y al cabo, si el ministro de la Gobernación hace diputados, y en ocasiones hasta trae alguno del bando enemigo para que dé juego, ¿por qué no le ha de ser lícito hacer opinión pública alimentando los hornos en que ésta se forma y produce?” (ápu*d* Fuentes y Fernández Sebastián, 1997, 145).

Las irregularidades, como se verá, prosiguieron durante la Primera Guerra Mundial.

### A. *La Primera Guerra Mundial*

A lo largo de la historia del periodismo español, ésta fue una coyuntura particularmente interesante. La guerra provocó un aumento sustancial en el número de lectores, el languidecimiento de la prensa de partido (“los sapos”) y, como contrapartida, la consolidación de la empresa periodística. Se afianzan en estos años periódicos como *ABC* o *El Debate* y surgen otros como *El Sol*, *La Libertad* o *Informaciones*.

No fue tarea sencilla el mantenimiento de la neutralidad española entre 1914 y 1918. Eduardo Dato se vio en la obligación de aprobar un real decreto el 4 de agosto de 1914 con el objeto de procurar que los enfrentamientos periodísticos entre aliadófilos y germanófilos no pasaran a mayores. Antonio Maura, por su parte, también hizo público su convencimiento de que España “ni podía, ni quería, ni debía ir a la guerra”. Por ello aprobó el 7 de agosto de 1918 la Ley contra el Espionaje. Se legitimaba con ella la censura previa para todo lo relacionado con la contienda, sin necesidad de recurrir a la suspensión de garantías constitucionales.

Pero, paradójicamente, la sociedad española rápidamente se escindió en dos bandos. Y de igual manera, los periódicos se convirtieron en combatientes, en medios de propaganda, encrespando los ánimos, incluso, de la intelectualidad española.

Sostuvieron la causa aliada los liberales, republicanos y reformistas por medio de diarios como *La Correspondencia de España*, *El País*, *El Imparcial*, *El Socialista*, *El Sol*, *La Mañana*, *El Liberal*, *El Radical*, *Heraldo de Madrid* y el semanario *España*. En Salamanca, *El Adelanto* mostró una actitud bastante benévola hacia ellos, aunque nunca apostó de manera explícita por el abandono de la neutralidad. Mientras, se decantaron por los imperios centrales los mauristas, carlistas, militares y buena parte del clero. Sus instrumentos propagandísticos fueron *La Acción*, *El Debate*, *El Universo*, *Nueva España*, *El Correo Español*, *El Día*, *El Mundo*, *La Tribuna*, *El Siglo Futuro*, *ABC* y *La Correspondencia Militar*. Los abanderados locales de la causa imperial fueron *El Salmantino* y *La Libertad*. Algunos de estos periódicos recibieron subvenciones extranjeras, dado que los bandos contendientes estaban muy interesados en influir en la opinión pública española con informaciones favorables a su causa. Éste fue el

caso de *La Correspondencia Militar* o *La Acción*, *El Imparcial* y la revista *España*. Y también hubo diarios que se enorgullecieron por actuar por convicción, sin mediar beneficio económico alguno, tales como *ABC* o *El Liberal*.

Cada ejemplar costaba cinco céntimos y se financiaba a través de su venta, siendo más común, como ya indicamos, la suscripción que la venta callejera. Una segunda fuente de obtención del capital era la publicidad. Sin embargo, la guerra hizo que descendiese la inclusión de publicidad extranjera, con el consecuente varapalo económico para el periodismo nacional. Pero, sobre todo, el gran problema de esta coyuntura fue el encarecimiento del precio del papel. La solución vendría de la mano del discutido sistema del anticipo reintegrable.

La tendencia alcista en el precio del papel supuso enormes quebraderos de cabeza para todas estas empresas periodísticas. La preciada materia prima pasó de costar 380 pesetas la tonelada, en 1914, a 1.100, en 1916. El importe del papel representaba la tercera parte del precio final de un ejemplar del periódico y la Papelera Española nunca había sido capaz de competir con el papel extranjero ni en precios ni en calidad (Gutiérrez Poch, 1996, 183-199). Hasta el momento, había malvivido cobijada a la sombra del Estado, obteniendo beneficios gracias a los considerables aranceles para el papel importado. Así que la caída de las importaciones de papel, coincidiendo con el desarrollo de la conflagración de mundial, tuvo una repercusión muy negativa en las casas informativas. Si exceptuamos los poquísimos periódicos que disponían de servicios de papelería propios, la mayoría tuvieron que sufrir la escasez de suministro.

Se llegó, entonces, a justificar la intervención directa del Estado: “La prensa no puede vivir si ha de costear por sí misma el precio del papel. El anticipo reintegrable es de necesidad apremiante y absoluta”. Ésta fue la síntesis ofrecida por *Heraldo de Madrid*. Con el Decreto de 19 de octubre de 1916 nació el polémico anticipo reintegrable, aunque no se acabaría de regular esta figura hasta la aprobación de la Ley de 29 de julio de 1918. Ésta es la última de las

disposiciones legales del periodo constitucional con repercusión en el derecho a la libertad de expresión, si bien de modo un tanto subrepticio y por aquello de que el que paga manda<sup>18</sup>.

La mentada disposición terminó beneficiando a 234 diarios no oficiales y el Estado hubo de anticipar casi 80 millones de pesetas – que no recuperó–. Tan sólo la rechazaron algunos como *El Socialista*, *El Mundo*, *La Vanguardia*, *La Veu* y *El Sol*.

De todos modos, Papelera no supo aprovechar la coyuntura, marcada por el aumento de las tiradas, para mejorar su producción (era enormemente dependiente de la pasta y los productos químicos extranjeros, pero sí mejoró sus dividendos). Además, en 1921, como ya ocurriera en 1906, perdió la batalla de los aranceles frente a las empresas periodísticas.

Los periódicos, a la altura de 1920 –había concluido la contienda pero persistía la tendencia desmesurada al encarecimiento del papel–, se encontraban ante esta disyuntiva: elevar el precio por ejemplar o reducir el número de páginas. El gobierno no había autorizado, en tiempos de la conflagración mundial, el primer camino porque deseaba mantener una relación cordial con la prensa, confiando en que ésta colaboraría para la conservación de la neutralidad. Por otro lado, la segunda opción, recordando que ya muchos periódicos contaban con únicamente cuatro páginas, conducía al ridículo. Sin embargo, *El Sol*, nacido en 1917 y con una calidad superior a todo lo confeccionado hasta entonces, tomó la iniciativa al elevar, en 1918, el precio de la suscripción a diez céntimos, una “perra gorda” (y la paginación a 12). El encarecimiento del ejemplar fue entonces muy criticado. Pero finalmente, terminada la lucha armada y abolido el anticipo reintegrable, un real decreto de 13 de junio de 1920 fijó el nuevo precio del ejemplar en diez céntimos. Como no existía una moneda fraccionaria inferior a cinco céntimos, fue necesario

---

<sup>18</sup> El periodista Antonio Rubio Campaña, a propósito de esta disposición legal comenta: “Las subvenciones, como era lógico, motivaron que muchos periódicos y periodistas se echaran a los brazos del Poder y que fueran muy pocos los que permanecieron independientes y sin ayudas estatales” (Rubio Campaña, 2005, 89).

duplicar el importe. No obstante, no faltó quien sugirió la creación de la moneda de siete céntimos.

### *B. La dictadura de Miguel Primo de Rivera*

Otra coyuntura históricamente muy interesante en la evolución del periodismo español es la que siguió al pronunciamiento militar del 13 de septiembre de 1923. La dictadura significó el golpe de gracia para los moribundos periódicos políticos. Terminaron ahogándose cuando se suprimió su tubo de respiración: los partidos. Particularmente dura fue la dictadura con la prensa anarquista, la imberbe comunista y la nacionalista. El Real Decreto del 15 de septiembre de 1923 significó la declaración del Estado de Guerra y la consecuente suspensión en España de todas las garantías constitucionales, si bien no llegó a afectar a la publicación de libros. Al día siguiente, todos los rotativos aparecieron con esta advertencia: “Este periódico ha sido visado por la censura”. El objetivo de la censura fue primordialmente político: impedir una crítica libre y bien instruida en algunos temas.

Coloquialmente conocida como “la seña Anastasia”, se ejerció siempre de un modo arbitrario, incongruente e, incluso, tontorrón. De hecho, se permitió el cuestionamiento público de su propia existencia. Y como el número de censores fue escaso y estaban mal pagados, en las provincias no se pudieron establecer turnos nocturnos y la vigilancia se hizo de un modo bastante informal. Eso sí, informalidad no se equipara con suavidad. El control ejercido por los gobernadores civiles y la autocensura de los directores de los rotativos fue, en ocasiones, más estricto que el del poder central.

El Estado de Guerra, a la postre, se mantuvo hasta el 16 de mayo de 1925. Fue el de mayor duración de los declarados durante el reinado de Alfonso XIII. Evidentemente, de entre todos los derechos ciudadanos, la libertad de expresión es el más difícil de mantener en suspenso por mucho tiempo, ya que perjudica a los intereses de las empresas periodísticas, difíciles de silenciar.

La instauración de la censura no supuso, pese a lo que pudiera apriorísticamente pensarse, una interrupción del proceso mencionado

de modernización empresarial porque el silencio impuesto sobre asuntos políticos obligó a potenciar otras preocupaciones, otras opciones de entretenimiento. En suma, más sensacionalismo. Los espectáculos deportivos y los sucesos desgraciados cobraron un notable protagonismo.

Ya estabilizado el precio del papel, habiendo ascendido el ejemplar a diez céntimos desde 1920, los diarios aumentaron su paginación y decidieron que dado que el régimen no toleraba las críticas, ellos tampoco se iban a prodigar en halagos. Aún así, los posicionamientos ante el alzamiento fueron bastante variados, oscilando entre el absoluto beneplácito de *El Debate* hasta el contundente rechazo por parte de *La Libertad*, órgano de Santiago Alba (no nos estamos refiriendo al periódico salmantino con el mismo nombre). Lugares más ambiguos ocuparon *El Sol* y *ABC*, mientras que *La Nación*, bajo la dirección de Manuel Delgado Barreto, y la prensa socialista –hasta 1927– se convirtieron en las niñas bonitas del nuevo gobierno autoritario. En Salamanca, la prensa en su conjunto digirió el golpe con notable sumisión. Puede que alguno de los periódicos actuase así por puro instinto de conservación. *La Gaceta*, por su parte, no escatimó piropos.

Mediante el empleo de sus célebres notas oficiosas, Primo de Rivera lamentó reiteradamente la parquedad informativa de los diarios. Le ofendió, particularmente, que éstos no publicitasen las muestras de adhesión ciudadana tras el desembarco en Alhucemas (¿fueron gestos espontáneos?), con motivo de las actividades de la Unión Patriótica... Han sido varios los autores que han sometido a examen las aficiones periodísticas del dictador, su búsqueda del respaldo social, su extrema locuacidad y potencial demagógico. Una de las decisiones más relevantes bajo su mandato fue, en este sentido, la nacionalización de la Agencia Fabra. Primo de Rivera tenía como meta acabar con el colonialismo informativo francés. Aunque la situación de dependencia apenas se modificó y, de hecho, según el juicio del ex embajador Quiñones de León, la imagen exterior de España empeoró.

Beneficioso, en cambio, resultó para la profesión, además de la mencionada creación de la primera Escuela de Periodismo de Herrera Oria (bajo inspiración católica), el esfuerzo de los Comités Paritarios

de Prensa. Consiguieron mejorar en algo las condiciones de trabajo, contratos, salarios, vacaciones, etc.

Concluido este repaso, resumamos lo expuesto hasta este momento: se inició el capítulo con la presentación de algunos grandes interrogantes y la exposición de las cuatro fases que se suceden en la construcción de un imaginario social; del análisis del pensamiento vanguardista de Walter Lippmann pasamos a la descripción del panorama periodístico español a principios del siglo XX. Subrayamos entonces que el tránsito del periodismo de opinión al *factory system* no fue completo, sino que ambos modelos coexistieron. Se destacó seguidamente que las relaciones entre prensa y Poder suelen ser conflictivas. De ahí las distintas leyes reguladoras de la libertad de expresión y la práctica de la censura. Con todo, paulatinamente, el redactor de noticias sí logró mejorar sus condiciones de trabajo, al igual que se incrementó el número de lectores.

Llegados a este punto, queda claro que el cronista, la empresa periodística y las grandes agencias asumen el protagonismo en las fases de selección e interpretación de las noticias. Pero, ¿cómo se origina ese clima de opinión que orienta al individuo? ¿Cómo asimila el lector los estímulos emanados de la prensa?

## **2.3. LA OPINIÓN PÚBLICA: UN CONCEPTO ESCURRIDIZO**

### **2.3.1. La opinión pública como objeto social**

Jean Jaques Rousseau fue el primer pensador que empleó el término opinión pública en su *Discurso sobre las ciencias y las artes* de 1750. Aunque el ginebrino es más conocido por la utilización de la expresión “voluntad general”. Entendía ésta como un juicio de tipo moral, una especie de censura ejercida por la mayoría desde las costumbres hasta los actos de gobierno. No obstante, el concepto opinión pública va más allá del sentir común de los ciudadanos.

Locke, para ir concretando, y con él los liberales, lo entendieron como el mecanismo formador del consenso que permitiría la gestación de las democracias modernas. Desde esta óptica, la opinión pública adquiere una dimensión comunicativa y no solamente

política: es determinante en el establecimiento de un consenso o disenso y ambos implican un intercambio y discusión de opiniones.

Todos los intentos frustrados de definición del concepto han querido resaltar una cara del fenómeno, minusvalorando forzosamente otras. Para los historiadores, la opinión pública ha sido un concepto particularmente incómodo:

La historia no puede enfrentarse al concepto de opinión pública sin un bagaje teórico depurado historiográficamente [...] Lo relevante del concepto de opinión pública no es que se compone de opiniones, sino que algunos sistemas políticos la han definido como su fuente de legitimación. Es decir, lo relevante del concepto se encuentra más bien fuera de él (Reig Cruaños, 2000, 3).

Dicho de otro modo, los límites del objeto de estudio se muestran muy imprecisos. Ha sido habitual restringir la opinión pública a las opiniones de un público político o, más equivocadamente, a lo que pueden registrar los sondeos. Y también ha sido práctica común arrinconar el peso de las actitudes, costumbres, estereotipos o modas en la gestación de la misma. Siempre los detentadores del Poder han intentado seducirla y someterla, conscientes de su multiplicidad de funciones: la determinación de lo socialmente loable o reprochable; la legitimación de la autoridad; su capacidad de cohesionar a las gentes y su funcionamiento como mecanismo básico de evolución...

El concepto opinión pública es muy frecuentemente entendido como una expresión de moralidad colectiva. Se identifica con lo hegemónico, con los valores básicos abstractos de una sociedad o cultura. Se acude a ella en defensa de las “causas justas”.

En la época contemporánea nos encontramos con tres grandes conceptualizaciones en torno a la opinión pública: la político-valorativa de Jurgen Habermas; la antropológico-social, defendida por Elisabeth Noelle-Neumann; y, por último, la sociopolítica-



funcionalista, también llamada visión institucionalista y encabezada por Niklas Luhmann.

El primer enfoque ha conseguido relacionar la existencia de un Estado democrático con la legitimación popular de la opinión pública. Con tal propósito recurre a la reflexión sobre la relación entre gobernantes y gobernados, los derechos ciudadanos de expresión y de protesta, las vías para el diálogo político... Sus censores le responsabilizan de suministrar un concepto utópico y peligroso de opinión pública, muy racional frente a una realidad que es miedosa, irracional y gregaria.

Por su parte, Noelle-Neumann concibe la opinión pública como la suma de manifestaciones de la conducta que reflejan las mentalidades de una colectividad, ya sean de carácter político, cultural o cualquier otro. De un modo restrictivo, la opinión pública sería la corriente central que en cada tema polémico goza de más apoyo por parte del público. Defiende esta autora que todo individuo posee una especie de “sexto sentido” que le permite localizar la opinión socialmente más apreciada en cada coyuntura. Así, la presión ambiental, la preocupación por lo bien visto, coacciona a las minorías, las condena al silencio para evitar gestos de rechazo social. Este enfoque es heredero de las reflexiones de Locke en cuanto que contempla la opinión como un instrumento de coerción social. Y contradice por completo los planteamientos de Habermas. Para esta estudiosa, el poder de la reputación es muy superior a cualquier visión racionalista de la opinión. Además, reivindica que el concepto no posee solamente un mero significado político, legitimador de las democracias.

Según la tercera interpretación, la de Luhmann, la opinión pública es el consenso más primario para el reconocimiento de algunos asuntos como de interés general. Este investigador alemán sí convierte a la opinión pública en el pilar de la democracia en cuanto que es un sistema que funciona en base a la integración comunicativa de todos sus miembros, aunque muestra absoluto desinterés por el análisis de la mayor o menor racionalidad que rige en el proceso. El Parlamento se convierte en la única y más realista expresión de la opinión pública, y también es el remedio ante los esperables

problemas de convivencia surgidos en una democracia demasiado directa.

Subyace a esta disparidad de interpretaciones una irresoluble polémica en torno a cuál es la clave del comportamiento de la opinión pública. Todo gira en torno al acento que se ponga sobre la dicotomía racionalidad/irracionalidad: algunos investigadores parten de una visión racionalista de la misma, propia de la más pura tradición ilustrada y liberal, así como sustentadora de las modernas democracias. Según ésta, los hombres nacen libres, iguales y poseen el derecho a defender distintos puntos de vista sobre sus intereses. Defendiendo la racionalidad innata del hombre y que todos honestamente persiguen la verdad, la coincidencia de opiniones servirá como indicadora del proceder más racional sobre cualquier asunto a debatir. Otra cosa es verificar si realmente expresan sus opiniones tantas personas como las reciben; si las instituciones oprimen al público; o si, en definitiva, se dan las condiciones para la existencia de una auténtica comunicación pública.

En el polo contrario, una visión irracionalista de la opinión pública la contempla como un mecanismo de presión social, fruto de prejuicios y actitudes intransigentes. Así, la “voz del pueblo” se convierte en ignorante, caprichosa y manipulable. Insiste este enfoque, de clara inspiración freudiana, en que los instintos son los autores originales de todo comportamiento humano.

A medio camino entre las dos visiones descritas se halla el enfoque marxista: es la posición en la estructura de producción determina el tipo de pensamiento. Existen tantas opiniones públicas como clases sociales, pero no compiten en igualdad. La opinión pública oficial se identifica con la opinión de la clase dominante y al pueblo se le intenta convencer de que sus intereses, opiniones o ideas son los mismos que los de la oligarquía. Los medios, desde esta interpretación, serían empleados siempre en pro de la conservación del *statu quo* ideológico imperante.

Bastante similitud con este punto de vista guarda la rotulada como visión intelectualista. La alusión a la clase social, es remplazada, de acuerdo con este análisis, por los condicionamientos históricos. Muy pocos individuos pueden, aisladamente, crear las opiniones que

luego defienden. Elementos como una religión, etnia, sentimiento nacional o afinidad política son los que determinan su ideología. Estas excepcionales figuras, capaces de superar las opiniones particulares son los intelectuales. Son, por definición, innovadores y en gran medida responsables del progreso humano. Este enfoque se presenta como una actualización de la visión racionalista de la opinión pública. Por otro lado, responde a una interpretación de naturaleza dual de la misma. Si la opinión pública que sustenta a la acción de los gobiernos está dominada por la “opinión vulgar”, se impone el pesimismo de las visiones irracionalistas, pero si esta opinión pública está instruida por los intelectuales, entonces se recupera el optimismo racionalista.

La visión institucionalista, por su parte, identifica el Parlamento como representación más genuina de la opinión pública. Pero de ello se extrae que las opiniones que no alcanzan representación aquí, no importan.

En último lugar, la visión crítica de la Escuela de Frankfurt, encabezada por T.W. Adorno, también defiende una interpretación dualista de la opinión pública. Cree que el irracionalismo imperará mientras no existan las condiciones para un debate en libertad. Y no es suficiente una mera reglamentación formal de la libertad, sino la garantía de canales de información eficaces para conocer a fondo la realidad sometida a discusión. En otras palabras, los ciudadanos despreocupados por la calidad de las informaciones sobre la actualidad que reciben, pierden su capacidad real de participación. Es, en puridad, una defensa del intelectualismo generalizado.

Con toda esta enunciación de confusas elucubraciones a propósito de la opinión pública lo que se ha pretendido es dejar constancia de que “el conjunto de corrientes y climas de opinión que componen en cada momento y lugar concretos el caleidoscópico mosaico del espacio público de una comunidad ha de ser visto, por fuerza, como una suma desigual y movidiza de fenómenos de racionalidad y de irracionalidad colectiva” (Dader García, 1992, 124).

Concluimos el presente apartado asumiendo, palabra por palabra, esta concreta definición de la opinión pública y lo hacemos ya que nos parece la más compleja y operativa de las múltiples consultadas. En primer lugar, porque en ella se destaca su carácter

variable en función de las coordenadas territoriales y temporales; en segundo término, porque apela a un espacio público –potencialmente observable y enjuiciable– siempre complejo y en el que conviven distintas corrientes y climas de opinión; y, finalmente, porque no olvida mencionar ese controvertido grado de irracionalidad que interviene en la gestación del fenómeno de la opinión pública.

### **2.3.2. Breve historia de la investigación del proceso de comunicación**

Se pueden diferenciar cuatro grandes etapas en la historia de la interpretación de las repercusiones sociopolíticas y culturales de los *mass media*.

Un primer momento coincide con la fase de auge de las bautizadas como teorías del impacto directo, que serán las imperantes hasta el inicio de los años cuarenta. Éstas llaman la atención sobre la pérdida de autoridad por parte de las tradicionales élites e igualmente inciden en el poder omnipotente de los medios para homogeneizar las mentes y controlar la sociedad; sin embargo, durante las dos décadas siguientes, hasta llegar a mediados de los sesenta, las conclusiones de los científicos de la comunicación pendularon hacia una posición diametralmente opuesta, es decir, defendieron que los medios tienen una capacidad de influencia social muy inferior a la de otros agentes sociales; en una tercera fase, la que comprende la segunda mitad de los años sesenta y la siguiente década, tendremos que referirnos a las conocidas como teorías de la transición, que insisten en la moderada capacidad de influencia de los medios; y, para concluir, a partir de los años ochenta y hasta la actualidad, los presupuestos de los científicos de la comunicación retornan a su punto de origen, de nuevo insistiéndose en la portentosa capacidad de influencia de los medios.

Hasta que comienza la década de los cuarenta –por tanto, esta primera fase se corresponde con los años que son objeto del presente trabajo–, a la prensa se le atribuía una enorme eficacia a la hora de cambiar opiniones y formas de pensamiento, así como para moldear la conducta. ¿Acaso no se ha deducido ya que era Walter Lippmann el principal exponente de esta visión? Su defensa de la capacidad casi ilimitada, alienante, de los medios para transformar la opinión y el comportamiento fue vulgarmente bautizada como “la teoría de la bala mágica” o “el modelo hipodérmico”. La simplicidad derivada de esta

teoría sirvió como estímulo para otras reflexiones sobre el papel de los medios. Pero, de hecho, el modelo Estímulo-Respuesta nunca ha desaparecido por completo de los esquemas de trabajo de las Ciencias de la Comunicación y se halla en el fondo de todas las investigaciones empíricas de los años siguientes, obsesionadas por dilucidar qué reacción concreta sigue a un estímulo específico.

El excesivo mecanicismo de las teorías del impacto directo acabó, con todo, siendo puesto en entredicho y, en consecuencia, desde 1940 y hasta mediados de los años sesenta, se transitó hacia el polo contrario de la balanza y se impuso la hipótesis, arropada por el funcionalismo, del influjo mínimo de los media. En su lugar, el papel que adquiere el grupo y, particularmente, el líder de opinión sirve como fuerza moderadora o refractaria de las influencias externas. Si acaso, los mensajes de carácter persuasivo contenidos en los *mass media* pueden reforzar opiniones ya existentes, antes que modificarlas. Las masas, desde esta óptica, no son amorfas y pasivas y el concepto opinión pública tiene un mayor significado psicosocial que político. Resulta curiosísimo que entonces se asumiese que los líderes de opinión actuaban de modo opuesto a los medios. Se creía que restringían el alcance de sus informaciones. Hoy, en cambio, se les contempla como intermediarios, eslabones de una cadena y, sobre todo, como amplificadores de los mensajes contenidos en los medios de comunicación.

No obstante, los efectos psicológicos generados, sobre todo, por la popularización de las televisiones acabaron siendo incontestables. Y la experimentación, cada vez más rigurosa y empírica, se fue decantando por los resultados a largo plazo en la modificación de las conductas.

Por eso, desde mediados de los años sesenta y hasta finalizar la década de los setenta, se desarrolla un período de transición, de desarrollo de muchísimos modelos de investigación positivista, en el que se le reconoce a los medios una capacidad moderada de repercusión sobre la sociedad. El más clásico de esos modelos de trabajo es, como en breve se explicará, la teoría de la “difusión en múltiples pasos”, simplificable, a su vez, en la teoría del doble flujo de la comunicación. Y otro de los esquemas de análisis más atractivos es el conocido como modelo de la “difusión en J” (se refiere a la forma

que adopta una curva de distribución sobre las posibilidades de difusión de una noticia).

Su premisa de partida es que no todas las noticias llegan al conocimiento de la audiencia fundamentalmente a través de los *mass media*. Al contrario, existen noticias que nos llegan, sobre todo, a través de canales informales. Sería posible distinguir tres tipos de acontecimientos: los hechos de escasa importancia general pero de muy elevado interés personal; los acontecimientos de interés general grande, pero que no nos afectan de modo inmediato; y, por último, los acontecimientos de altísimo interés general y simultáneamente enorme implicación generalizada a título personal.

Es en este último caso en el que, sobre todo, se imponen los canales interpersonales de comunicación. Mientras, los medios de comunicación masiva se moverán en esta disyuntiva: u ofrecer inmediatamente mucha información sobre el hecho crítico para así reducir la ansiedad y el alcance de los rumores; o inhibirse, cuando no censurar las noticias, y dificultar el esclarecimiento de los sucesos. De este modo, los canales interpersonales acaban remplazando a los oficiales.

Finalmente, desde inicios de los ochenta y hasta la actualidad asistimos a un reverdecimiento de la hipótesis sobre la poderosa capacidad de influencia de los medios en las masas. Son concebidos hoy como un filtro muy potente en cualquier descripción de la realidad. Pero no se confía, como se hizo en los años veinte y treinta, en ese influjo absolutamente tiránico sobre la población. Las teorías que en nuestros días cuentan con mayor reconocimiento internacional son la “espiral del silencio” y la “*agenda setting*”, así como el “modelo de la dependencia”. La primera concibe la opinión pública como un instrumento de coacción social, de creación de una moral pública. La segunda, la apuesta por el efecto “*agenda setting*”, es la teoría estelar en la explicación del influjo de los *mass media* en la formación de la opinión pública. Su propósito es analizar, a través del examen de contenidos, cómo los medios canalizan la atención ciudadana hacia unos temas de preocupación pública. Y la última defiende que hoy los medios aceptan o rechazan mensajes atendiendo exclusivamente a criterios comerciales.

Aunque la que mayor curiosidad despierta, por lo que tiene de renovadora, es la teoría del “inventario funcional”. En lugar de interrogarse acerca del impacto de los media en la gente, reflexiona sobre las funciones que éstos están en condiciones de cumplir. Pero su aplicación empírica es increíblemente dificultosa, muy subjetiva.

Tuvieron, en suma, que transcurrir varias décadas para determinarse posibles efectos cognoscitivos, emocionales o conductuales de la prensa y también para discernir entre el plano individual, grupal, institucional, social-global y cultural. La conclusión que se extrajo fue el principio de la reversibilidad en la comunicación política, que nos lleva, finalmente, a distinguir entre las posibles relaciones emisor/receptor: una relación dinámica, fruto de una concepción medianamente persuasiva de los medios y moderadamente selectiva de los públicos (Marx, Escuela de Frankfurt, teoría institucionalista, teoría de los efectos limitados) o una relación estática, en la que se conjugan una concepción todopoderosa de los medios y una visión del público como muy permeable (teoría hipodérmica, espiral del silencio y *agenda setting*). En cualquier caso, las actitudes han acabado cobrando una importancia capital a la hora de valorar los frutos de la comunicación de masas. Por eso hoy es imposible definir qué se entiende por opinión sin referirse explícitamente al concepto actitud.

### **2.3.3. La opinión pública como sujeto social**

La opinión pública también puede ser analizada si se identifica con la obra de los sujetos que en un particular momento constituyen una opinión socialmente influyente. La opinión masa se identificaría con la opinión anónima, carente de organización, aunque generalizada de modo más o menos intuitivo; la opinión grupal, a diferencia de la anterior, sí que estaría organizada y estructurada. Es a lo que comúnmente nos referimos cuando hablamos de corrientes de opinión; y, finalmente, la opinión popular sería la registrada por los sondeos, la suma de opiniones individuales provocadas.

Mientras que la opinión pública versa sobre asuntos desarrollados en el espacio público, las opiniones particulares no se hallan subordinadas a este requisito. De idéntico modo, la opinión publicada por cualquier particular –y ya nos centramos en el *mass*

*media* que será objeto de nuestra atención preferente, la prensa—, aunque tenga cierto reconocimiento social, no se identifica automáticamente con la opinión pública. Sí puede servir como catalizador para la creación de corrientes de opinión. Y al contrario, tampoco todas las corrientes de opinión de una sociedad alcanzan una representación medianamente significativa en los medios.

Habermas fue uno de los primeros teóricos que estableció la distinción entre “el sistema de las opiniones informales, personales y no públicas” y “el de las opiniones formales, institucionalmente formalizadas” (Habermas, 1986, 269-270). En el primer grupo se incluirían los principios éticos más extendidos, las conclusiones derivadas de experiencias personales y las evidencias fruto de la publicidad en las culturas industriales; mientras, en la segunda categoría se podrían distinguir las opiniones restringidas a la prensa y las opiniones institucionales. Todo este segundo apartado de opiniones públicamente manifestadas es lo que debiera llamarse opinión publicada. Los medios sirven de conexión entre los ámbitos formal e informal de la opinión pero, de paso, anulan el debate racional entre ambos y reducen el alcance del espacio público.

Por eso, la relación entre opiniones públicas y publicadas tiene que ser establecida con muchas precauciones, con infinitas cautelas. Ortega y Gasset, en su momento, diferenció entre una opinión pública profunda o verdadera y una opinión pública manifiesta, la de los que escriben y leen periódicos. Creía que la prensa dirigía la opinión, pero era igualmente mandada por ella (ápuđ Seoane y Sáiz, 1996, 33). Había y hay, en conclusión, una retroalimentación continua.

En caso de que el receptor no pudiese contestar al contenido de la comunicación, sería mucho más vulnerable a su influencia. Pero el hecho de poder argumentar en su contra, deriva también en que un periódico pierde parte de sus lectores cuando ignora la existencia de discrepancias.

Sin embargo, aunque la relación entre periodista y público lector no es unidireccional, tampoco se desarrolla nunca en un plano de igualdad. Para eso se inventó la propaganda política. Los periódicos no sólo reflejan la opinión pública de un modo pasivo, sino que sutilmente, con el recurso a mensajes persuasivos y subliminales,



pueden crear un clima de opinión que los ciudadanos acaban compartiendo: o bien refuerzan las actitudes vigentes entre los lectores, o bien incitan al cambio. Pueden constituir un agente de conservación o, por el contrario, un motor para la transformación. Y también pueden ser medios de creación de la opinión pública.

En conclusión, la prensa refleja la opinión pública, pero sobre todo, en los años de la Restauración, periodo al que nos referiremos en los capítulos venideros, la conforma e interpreta la realidad social. Los acontecimientos sirven como pretexto para adoctrinar al lector y los rotativos asumen un papel de opositores, críticos o sustento de una política. La deformación de la realidad implica una ideologización, una particular interpretación de los hechos concretos.

Y a propósito de la propaganda: empleamos ese término habitualmente muy a la ligera, pero ¿qué es la propaganda? Propaganda hay en los diarios, en los himnos y banderas; propaganda son algunas obras arquitectónicas y festividades tradicionales; se escucha en los mítines y en las huelgas; la propaganda está presente en los rumores, los bulos, los chistes... lo invade todo. Pizarroso ha combatido frecuentemente, sin embargo, el sentido peyorativo que por lo común se le atribuye (Pizarroso Quintero, 2008, 3-19). La propaganda no es lo mismo que la mentira.

El meollo del asunto no reside en si la información transmitida es verdadera o no, sino en convencer al receptor del mensaje para que piense lo que nosotros pretendemos que piense, para que haga lo que le sea dictado. Y además, que mantenga la ilusión de que toma sus decisiones en libertad.

En un contexto bélico, el recurso a la propaganda y al engaño son consustanciales a la justificación del conflicto. Para las Ciencias de la Comunicación, este empleo de la mentira como técnica de persuasión se conoce como “desinformación” (ya sea censura, simplificación o distorsión de la información). Mientras que la propaganda no es siempre desinformación, la desinformación es absolutamente siempre propaganda.

Vayamos concretando: ¿Cómo funcionaron la desinformación y la propaganda durante las campañas de Marruecos?

## **2.4. MARRUECOS EN EL HORIZONTE DE LA PRENSA ESPAÑOLA**

### **2.4.1. La percepción en España de la política exterior. Creadores de esa percepción: el corresponsal de guerra en Marruecos y el “estratega de café”**

Las primeras intervenciones armadas de España en Marruecos se remontan a mediados del siglo XIX, cuando el estado nominal de Marruecos, encabezado por un sultán cada día más impotente, empieza a ser objeto de las ambiciones imperialistas de algunas potencias europeas. La voluntad de ciertos sectores sociales y políticos, la presión ejercida por esos países y la propia configuración geográfica de la zona impidieron a España permanecer al margen de la cuestión marroquí.

En 1906 y en virtud de los acuerdos alcanzados en la Conferencia de Algeciras, a España se le reconoció su posición en el Rif, además de la posesión de varias regiones fronterizas. Pero en Algeciras no se alcanzó la paz europea, sino que más bien se acrecentaron las discordias internacionales que se venían gestando desde hacía décadas, y que particularmente enfrentaban a Francia con la Alemania del káiser Guillermo II.

En aquellos años, la política exterior era frecuentemente identificada por el pueblo con el riesgo. No podía constituir el centro de la atención ciudadana ya que la gente estaba condicionada (y lo está todavía, aunque se olvida) por la escasa información de la que disponía y se perdía en la complejidad de los asuntos, excepto cuando la tensión creada derivaba en un potente sentimiento nacionalista. Sólo entonces, bajo esas circunstancias de crisis, los organismos responsables de la política exterior creaban unos servicios de información. Pero en la mayor parte de las ocasiones la diplomacia ignoró totalmente a la opinión pública, esquivó a la prensa e, incluso, actuó de espaldas a un buen número de diputados y senadores.

De todos modos, los medios de comunicación desempeñaron un papel trascendental en las relaciones entre España y Marruecos. En líneas generales, los diarios (las publicaciones periódicas) fueron importantísimos actores de la vida pública, hasta el punto que durante el reinado de Alfonso XIII contribuyeron, y mucho, al desmoronamiento del carcomido régimen de la Restauración. Las sucesivas campañas de Marruecos se convirtieron en una de las preocupaciones esenciales de la élite política española durante el primer tercio del siglo XX, así como en objeto de atención preferente por parte de las empresas periodísticas.

Siempre éstas han influido en el modo en que se percibe al país vecino, y los poderes públicos, eventualmente, se han valido de ello. Ocurrió en la era de los imperialismos. La propaganda imperialista/colonialista tuvo dos destinatarios: la propia población metropolitana y la población colonizada. Ante la primera hubo que justificar un proceso, llamado a ser desempeñado por soldados de remplazo (aunque no sólo), cuyo precio podría ser muy alto, superior a su rentabilidad. Pero, ¿todos los habitantes de la metrópolis preocuparon de igual modo a las élites gobernantes de la Restauración? Nos tememos que no. Precisamente, esta sospecha será otra de nuestras hipótesis de partida. Intuimos que quienes verdaderamente despertaron inquietud entre las autoridades fueron los votantes de las capitales de provincia, unas más que otras, y no tanto los habitantes rurales, sometidos fuertemente al yugo del cacique. Era conveniente que los aldeanos se mantuviesen en la ignorancia, que pudiesen seguir constituyendo fácil carne de cañón (o de gumia rifeña y de “pacos” ocultos). En este sentido, la deficiente red de carreteras contribuyó a mantenerlos desinformados porque en muchos casos dificultó, cuando no directamente impidió, la llegada de periódicos.

Aunque, era evidente, las penurias de la disputa no podían ser totalmente silenciadas. Así, Unamuno, en un artículo titulado “La Patria y el Ejército”, escrito ya a finales de 1905, comentaba al recordar aún el conflicto de Cuba la impopularidad creciente con que era contemplado el Ejército, con variables cotas según la zona, y señalaba:

En el campo, en los pequeños lugares, entre la población rural, conspiran contra esa popularidad,

según he podido observar más de una vez, los que han servido en filas, los que han vuelto del servicio. En las ciudades se une a esto la profunda antipatía con que aquí y en todas partes miran a los institutos armados los obreros de fábricas y talleres (ápod Urrutia, 1971, 843-844).

Para convencer a los metropolitanos de las maravillas de la colonización, además, había que invalidar, cómo no, el discurso sostenido por los propagandistas anticolonialistas del interior (en plena efervescencia organizativa) y también los posibles comentarios insidiosos de otros países. Y es que la expansión colonial tiende a agudizar las tensiones internacionales y exalta, de paso, la propaganda nacionalista. Tendremos muchas ocasiones para comprobarlo.

Por otro lado, a la población colonizada fue preciso persuadirla de las ventajas del nuevo sistema de gobierno. El estallido del conflicto, el recurso a la fuerza, se hace casi siempre imprescindible para proceder a la ocupación. No es verosímil que las potencias actúen con fines civilizadores o por mera curiosidad científica (si bien hay casos excepcionales: misioneros, médicos, maestros...). La educación, el diseño de unos muy interesados planes de estudio para el colonizado, adquiere, en este sentido, un valor primordial tras la conquista.

Meditando acerca de los elementos condicionantes de la política internacional, un esclarecedor artículo de los profesores Ricardo M. Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez comienza con esta aseveración, que juzgamos muy acertada:

La política exterior de una nación está en función, por una parte de su poder en ese momento según determinen, además de sus factores estructurales y su geografía, su estabilidad política e institucional. Por otro lado, la política exterior también depende de las percepciones que sus élites dirigentes y el pueblo tengan (Martín de la Guardia y Pérez Sánchez, 2003, 153).

Desde esta perspectiva, el papel que los medios de comunicación, a través del suministro de información más o menos veraz, desempeñan en la gestación de esas percepciones es cada vez más notable en los dos últimos siglos. Son los responsables de que nuestra mirada se dirija hacia el mar Mediterráneo. Porque, efectivamente, después de las pérdidas de 1898, las guerras de África son los temas internacionales que mejor cobertura reciben en los medios informativos españoles.

Pero, ¿cómo se desarrolla este proceso? Un lugar común de nuestra historiografía es el reconocimiento de que la memoria histórica de los españoles en política internacional, está marcada por las nociones de “grandeza pretérita”, “la Península como un lugar aparte” (¿a quién no le resulta familiar, por muy discutido que resulte, eso de *Spain is different?*), “la identificación del Sur con la frontera” y, desde inicios del siglo XX, “el país asolado por las guerras coloniales”. Marruecos, el “avispero”, sirvió para reforzar todos estos clichés y, especialmente, el último.

Partiendo de la premisa de que la ideología ejerce un papel determinante en las relaciones exteriores, parece muy razonable el estudio de su transmisión por las élites y los medios de comunicación para precisar las pautas que sirven de guía a la opinión. Los autores arriba señalados no titubean al afirmar que “los condicionantes de la opinión pública fueron ejercidos casi exclusivamente por las élites dirigentes hasta al menos la entrada en el novecientos”. Si bien resulta imposible omitir que fue el pueblo quien respondió a la invasión francesa de 1808, medio siglo después, coincidiendo con el desarrollo de la Guerra de Tetuán, el papel de los medios sobre la opinión fue absolutamente crucial. Y andando el tiempo, la prensa contribuyó a la generalización de una “psicosis antifrancesa”, una forma de dar salida al rencor generado por las imposiciones en el reparto colonial del norte de África.

En gran medida, los creadores de esta percepción, los que escribían para ser luego leídos y comentados por los “estrategas de café”, fueron los enviados especiales a Marruecos.

El reportero de guerra reunía un carácter especialmente arriesgado y aventurero junto con un enorme deseo por experimentar

el miedo y el heroísmo. Ha desempeñado y lo continúa haciendo, sin duda, un papel vital en la historia del periodismo universal, permitiéndonos conocer escenas de enorme dramatismo. Aunque su oficio no carece de cierto grado de mitificación, a nadie le extraña esa imagen de seres taciturnos y solitarios, amigos del alcohol, las mujeres y las broncas.

España ha contado con excelentísimos ejemplos de reporteros-escritores. Y muchos de ellos, además, desarrollaron su labor durante las campañas de Marruecos. Algunas obras cumbres de nuestra literatura contemporánea, de hecho, salieron de las manos de estos reporteros-escritores (y también militares). En Salamanca, *El Adelanto* fue el diario salmantino más espléndido a la hora de contratar los servicios de reporteros de campaña. Dispuso, a lo largo de la historia de las peleas hispano-marroquíes, de las crónicas de muchísimos soldados de cuota y, coincidiendo con las operaciones en Alhucemas, se permitió las colaboraciones de Rafael López Rienda y Antonio de Lezama.

Es habitual fechar el nacimiento del reporterismo de trincheras a mediados del siglo XIX, coincidiendo con el estallido del conflicto de Crimea, aunque quizás sea un oficio tan antiguo como el del propio periodista. Aquí su labor se inaugura coincidiendo con la campaña de África (Sahagún, 1986). Los tres enviados que más destacaron fueron Francisco Peris Mencheta, Gaspar Núñez de Arce y Pedro Antonio de Alarcón. En décadas posteriores, con motivo de la campaña de Melilla de 1893, la afluencia de periodistas, además de dibujantes y fotógrafos, a la zona fue masiva. Todos ellos se esforzaron por dejar abundantes testimonios a propósito de la molesta censura ejercida por las autoridades militares y el difícil acceso al cable telegráfico. El aún joven Francisco Hernández Mir, empleado por *El Porvenir* de Sevilla, Luis Morote, redactor de *El Liberal* y Rodrigo Soriano, que entonces colaboraba con *La Época* y *El Imparcial*, fueron los enviados que mayor protagonismo acapararon. El apasionamiento de la ciudadanía fue, en buena medida, una consecuencia de la atención que mereció esta campaña en las publicaciones periódicas.

A la altura de 1898 el trabajo de los enviados especiales había logrado constituir un género perfectamente cuajado. La siguiente campaña de Melilla, en 1909, recibió una amplísima atención por

parte de los principales periódicos españoles: Leopoldo Romeo fue el enviado de *La Correspondencia de España*; Francisco Sánchez Ocaña y el fotógrafo Goñi trabajaron para *ABC*; Carmen de Burgos, más conocida como *Colombine*, y el fotógrafo Alfonso estuvieron al servicio de *Heraldo de Madrid*; Leopoldo Bejarano envió sus crónicas a *El Imparcial*; Víctor Ruiz Albéniz, el *Tebib Arrumi*, hizo lo mismo para *Diario Universal*... Tanto el enorme despliegue técnico como la categoría profesional de los enviados constituyeron un claro gesto de pompa y exhibición de la prensa.

Eugenio Noel envió sus crónicas, también a lo largo de la campaña de 1909, a *España Nueva*, mientras Ciges Aparicio trabajó para *El Pueblo* de Valencia y también para *El Socialista* en los años que median entre esta campaña y la posterior del Kert. El primero se convirtió en un símbolo de la política represiva maurista, tras topar con la Ley de Jurisdicciones, acusado de injurias al Ejército, y pasar un tiempo en prisión. Por lo que respecta a Ciges Aparicio, sus artículos para el rotativo obrero fueron reunidos en *Entre la paz y la guerra*, un agrio ataque contra el militarismo más irreflexivo. Pero sin llegar a constituir una condena moral de la acción de España en Marruecos.

Finalmente, el Desastre de Annual otorgó un indiscutido protagonismo a la prensa en un ambiente marcado por el escándalo, los continuos ataques a Francia, el sensacionalismo y el apasionamiento exacerbado. Las informaciones inexactas, los rumores y calumnias se extendían como reguero de pólvora. Y hacían de los desmentidos públicos el pan nuestro de cada día. Para acabar con este caótico, casi esquizofrénico panorama, Juan de la Cierva, ministro de la Guerra, se procuró un grupo de corresponsales afines. Necesitaba, más que nunca, propagandistas de la misión de España en Marruecos. Entre los periodistas-africanistas especialmente destacados figuraron Tomás García Figueras, el ya aludido Ruiz Albéniz, Manuel Aznar Zubigaray, Tomás Borrás, Rafael López Rienda, Leopoldo Romeo y, sobre todos ellos, Cándido Lobera a la cabeza de *El Telegrama del Rif*. Otros como Indalecio Prieto, Luis de Oteyza y multitud de periodistas enviados por pequeños periódicos de provincias, a costa de enormes dispendios, permanecieron ajenos a la voluntad de temido ministro.

Retornando a un plano estrictamente teórico, hoy en día, una de las tesis de la Comunicación Política que goza de mayor aceptación es la elaborada por Karl Deutsch. Él diseñó un modelo en cascada que describía cómo se forma la opinión pública en materia de política exterior. Consta su propuesta de una secuencia descendente con cinco momentos a diferenciar:

1. En la cúspide de la pirámide comunicativa es donde circulan las ideas de las élites nacionales (élites que son contempladas, fundamentalmente, desde una perspectiva económica).
2. Esas ideas son recogidas por las élites políticas y de gobierno.
3. El tercer nivel lo integran las redes de comunicación, los hacedores y propagadores de los mensajes que circulan en esas redes. Se incluyen aquí, por tanto, los corresponsales de guerra a los que nos acabamos de referir.
4. Encontramos en este cuarto estadio a los líderes de opinión en el ámbito local, las gentes muy interesadas en las informaciones de los medios de comunicación.
5. El peldaño inferior de la pirámide lo conforman los ciudadanos.

El dinamismo y la solvencia que se derivan de este esquema obedecen a que, en primer lugar, el papel desempeñado por los líderes de opinión no se restringe al cuarto estadio, sino que, verdaderamente, pueden actuar como intermediarios en todos los niveles. Además, siempre funciona el principio de retroalimentación en el proceso de formación de la opinión pública. Es decir, el esquema no sólo funciona como una cascada, sino también como un geiser. Y por último, en cada uno de los peldaños hay espacio para la discordancia. No son estadios aislados, sino interactivos (Deutsch, 1970). Quizás, el aspecto más atractivo de este planteamiento teórico sea el peso que se les otorga a los líderes de opinión, la importancia que adquieren las relaciones interpersonales en la comunicación política como amplificadores, como refuerzo, de las ideas vertidas en los *mass media*. Era algo que se intuía desde la década de los cuarenta.

Adelantamos ya que hallaremos muchísimas alusiones a ellos en la prensa salmantina de principios del siglo XX. Serán los apodados como “estrategas de café”.



Desde una visión muy amplia, en todos los grupos sociales encontramos individuos que se muestran particularmente activos y sensibles antes los intereses del grupo, bien dispuestos a expresar abiertamente sus opiniones. Actúan como puente entre los medios de comunicación y los sectores sociales políticamente menos dinámicos. Aunque, obviamente, en el proceso reinterpretan el contenido de las comunicaciones, añaden juicios de su cosecha.

Este mecanismo por el que se rige la transmisión de la información se conoce como “doble flujo de la comunicación” o *two-step flow*. Implica, primeramente, que el líder de opinión criba las noticias que recibe directamente de los medios. Pero este proceso tiene una segunda y capital consecuencia:

Los mensajes de los medios de comunicación de masas serán efectivos siempre y cuando los grupos que son importantes para el individuo suscriban sus contenidos, porque los efectos de los media serían consecuencia de la extensión de un proceso más básico y complejo que es el de influencia personal (García Beaudoux, D’Adamo y Freidenberg, 1999, 141).

En suma, convenciendo a los “estrategas de café”, se puede influir en la mayoría no lectora. Téngase siempre presente. Sobre todo, porque en Salamanca hubo un líder de opinión que sobresalió entre la multitud: Miguel de Unamuno, el más genial “estratega de café” de esta historia y para quien la ciudad meseteña constituyó una de las claves vertebradoras de su pensamiento: “Siempre que os hablo de mi España, de cualquier cosa, os estoy hablando de Salamanca” (ápuđ Morales Moya, 1994, 17). Aunque con una particularidad: careció del soporte de la prensa local a la hora de abordar los asuntos marroquíes. Y ni siquiera protestó por ello. No lo necesitó.

Lo que subyace bajo esta interpretación del proceso comunicativo es que la sociedad de masas no está tan desestructurada como frecuentemente se cree. Los individuos no conocen y asimilan las informaciones aisladamente, en solitario, sino que se integran en grupos tales como la familia, los amigos, los clubs, el trabajo... y cualquier relación social es un marco potencial de comunicación.

#### 2.4.2. Periodistas *sui generis*: Marruecos y los intelectuales

Ya para concluir el capítulo, y abundando en esta idea de cuán importantes son los marcos de comunicación en la gestación de corrientes de opinión sobre la política exterior, se debe reparar en una última figura: la del intelectual. Entendemos que todos los intelectuales se comportan como “estrategas de café”, pero, en cambio, muy pocos “estrategas de café” alcanzan la categoría de intelectual.

No sólo a Miguel de Unamuno le dedicaremos atención en los capítulos venideros. Si bien nos resulta hoy un completo desconocido, Pascual Meneu fue también un respetado erudito, profesor universitario y un asiduo de la prensa local. Gracias a su pluma, los salmantinos pudieron conocer algunos de los entresijos del Acuerdo de Protectorado sobre Marruecos. Por esta razón, es conveniente reflexionar sobre cuál era el papel asumido por estos personajes en su época.

Desde el siglo XVIII, sobre todo la prensa había sido el instrumento esencial para la difusión de la cultura. Con el transcurso de los años, los periódicos de la Restauración canovista alcanzaron cuotas deslumbrantes desde la perspectiva intelectual y literaria. El diario se convirtió en el ámbito natural del intelectual –y, por tanto, las fronteras entre los puntos 3 y 4 del esquema de Deutsch no son siempre efectivas–, con un papel considerablemente más importante que el desempeñado por el libro. Unamuno lo expresaba “dado el horror al libro que en España domina”, además de por el carácter tan elitista de la Universidad (ápuđ Seoane y Sáiz, 1996, 62). A los periódicos, indiscutiblemente, la colaboración de los intelectuales les resultaba más rentable que los grandes despliegues informativos. Las escasas tiradas y la insuficiente publicidad normalmente no les permitían implicarse en demasiados gastos. Estos escritores, por su parte, contemplaban los periódicos como su fuente de ingresos principal, conscientes de que el mercado de libros era escasísimo. En el caso de que desempeñasen otra actividad laboral, el periódico significaba un sobresueldo. Pero, ante todo, la prensa permitía a los intelectuales divulgar y predicar sus ideas entre sus conciudadanos.

El periódico debía servir como educador de la opinión, no como su adulator. Los intelectuales españoles desempeñaron,

consecuentemente, una función pedagógica. Regenerar España, sin ser arrastrados por el pesimismo del momento, sobreponiéndose a la adversidad, se convirtió en su asignatura pendiente. La acometieron con orgullo y disfrutando del reconocimiento así logrado<sup>19</sup>.

Tal vez, quien mejor se amoldó, en los años a los que venimos aludiendo, a la definición arriba expuesta del intelectual fue, precisamente, Miguel de Unamuno. Éste se comportó como un muy prolífico escritor de artículos periodísticos y un habitual conferenciante, con permanentes inquietudes políticas (militó en el socialismo hasta 1897) y sociales. Además, supo obtener enorme rédito económico de ambas actividades.

Políticos como Antonio Maura, al contrario que el rector salmantino, rechazaron el papel de los periódicos como exponentes de la verdadera opinión pública. En cierta ocasión, en 1904, durante el desarrollo de una sesión en el Congreso, el mallorquín apeló a las “masas neutras” porque quienes no leían periódicos sumaban más votos que sus lectores. Unamuno, apenas transcurridos unos días, argumentó que esa frase constituía una perogrullada: pese a que los que no leían periódicos eran mucho más numerosos que los que no sabían leer y, lógicamente, muchísimos más que los que sí leían, aquellos no tenían opinión; Unamuno apelaba al poder de los que “se agitan y se mueven y trabajan la opinión y leen periódicos”. Insistiría, años después, en los beneficios derivados de la profesión periodística: “La prensa ha hecho que el público se haga público [...] es la que más ha contribuido a hacer conciencia popular nacional” (Unamuno, *ELS*, 05-05-1932).

---

<sup>19</sup> La investigadora francesa Bachoud subordinó el compromiso ético exhibido en los editoriales periodísticos al mostrado en los libros (Bachoud, 1988, 342). Nosotros, en cambio, consideramos que la autora incurre en un anacronismo. A principios del siglo XX el mercado periodístico era más vigoroso que el de libros, la repercusión de los editoriales era superior a la actual y los reporteros/intelectuales eran muy conscientes de su labor como orientadores del público lector. Por otro lado, buena parte de los libros que se editaron sobre la cuestión de Marruecos fueron recopilaciones, sin modificación alguna, de artículos periodísticos previos.

Ante el desarrollo de las campañas africanas muy pocos intelectuales permanecieron en silencio. Junto al aludido Unamuno, Isaac Muñoz, Eugenio Noel, Galdós, Maeztu, Pablo Iglesias, Baroja, Marcelino Domingo, Costa, Ortega y Gasset, Soriano, Azaña... todos formularon sus interpretaciones y quejas sobre el tema. Y todos contribuyeron a la conformación de una imagen pública muy marcada por lo bélico.

Ya a la altura de 1909 Joaquín Costa admitía la posibilidad de que España renunciase a la “protección” de la zona marroquí que se le había asignado. Alejado de la vida política, la entrevista que concedió en octubre de 1909 a un redactor de *El Imparcial* se convirtió en un emotivo alegato contra una guerra infructuosa. Parecía, al fin, haber perdido la fe en esa triple política africana de la que había hablado hacía décadas: política reparadora, política de intimidación y política de restauración<sup>20</sup>. Pérez Galdós hacía gala de un enorme partidismo, sobre todo manifiesto durante la campaña del “¡Maura, no!”. Unamuno, por su parte, contempló inicialmente Marruecos como la oportunidad para la reconstitución nacional, pero terminó decantándose hacia el abandonismo. También Ortega evolucionó hacia posiciones muy amargas. Maeztu defendió que sólo contaban con autoridad para abordar el tema marroquí los que hablasen árabe o hubiesen vivido en el país<sup>21</sup>. Azaña, después del descalabro de 1921 se mostró absolutamente derrotista y, para terminar, Baroja ocupó siempre una muy clara posición antimilitarista.

La publicidad de una opinión (ya sea de un intelectual, un enviado al frente de batalla, el miembro de la redacción de un periódico o su mismo director) puede ser la consecuencia de su interés público. Sin duda, Marruecos constituyó una preocupación recurrente de los españoles después de 1898. Por este motivo se ha pretendido

---

<sup>20</sup> Muy lejana se percibía la siguiente y famosa sentencia costiana: “El Estrecho no nos separa, como si fuese una cordillera; el Estrecho nos une, como si fuese un río”.

<sup>21</sup> Elisa Pérez Molina recoge en su tesis doctoral una interesante cita de Maeztu: “Al ser interrogado sobre su posición como intelectual respecto a Marruecos dirá: ‘Pero, ¿qué conciencia pública puede haber sobre el problema de Marruecos, si nosotros mismos, los intelectuales, no sabemos nada?’” (Pérez Molina, 1986, 29).

mostrar que la prensa jugó un papel trascendental en la España del primer cuarto del siglo XX. Sirvió, a través del desempeño de esa función de *agenda setting*, como guía o faro de la opinión pública y también, aunque sospechamos que en menor medida, como reflejo o espejo de la misma.

En 1914, alguien que firmaba con el pseudónimo *Un africanista más* se interrogaba acerca de las reacciones suscitadas por la guerra en la gente:

Muchas veces nos ha preocupado el caso de un ciudadano español de buena fe, patriota y deseoso, por encima de todo credo político, del engrandecimiento de la nación, que se haya puesto a meditar sobre el problema de Marruecos. ¿Qué opinión habrá formado acerca de él con los elementos de juicio que hasta ahora han puesto a su disposición las informaciones periodísticas, las declaraciones de los políticos y hombres de gobierno, las manifestaciones de los mítines y las réplicas de los militares? [...] ¿Qué opinión puede tener de Marruecos ese supuesto excelente ciudadano, que no ha pasado ni piensa pasar el Estrecho, para enterarse por sí mismo de lo que hay en la otra orilla? Él se atiene a los hechos, y éstos son bien poco satisfactorios; como además, entre el polvo de la pelea entablada se le escamotean las responsabilidades, que sospecha deben ser muchas y muy graves, pero de las que no ha oído hablar, desiste de formar juicio porque no quiere volverse loco, y decide no volver a ocuparse de la cuestión, asqueado de Marruecos, de la zona de influencia y del tratado. Así se elabora el desdén, mejor dicho, la repugnancia de la nación entera a las cosas de África. Nosotros conocemos a un señor culto y bueno que no lee en los periódicos tres cosas: los toros, los crímenes y las guerras (“Un africanista más”, 1914, 5-6).

Ciudadano de buena fe, patriota, engrandecimiento de la nación, informaciones periodísticas, declaraciones gubernamentales, mítines, réplicas militares, hechos poco satisfactorios,

responsabilidades... Y, sobre todo, asco, repugnancia hacia la cuestión marroquí. Compartimos con *Un africanista más* toda esa curiosidad. Por eso nos preguntamos si ese asco fue siempre la reacción imperante y hasta qué punto la prensa contribuyó a crear ese clima de confusión, de locura, al que más arriba se alude.

Los motivos por los que se ha elegido Salamanca ya han quedado expuestos en la introducción.

### **3. LOS INICIOS DE LA AVENTURA COLONIAL: DE ALGECIRAS A LA GUERRA DE MELILLA (1906-1909)**

#### **3.1. ANTECEDENTES: LOS PRIMEROS TRATADOS PARA EL REPARTO DE MARRUECOS**

En la memoria histórica de muchos españoles el año 1909 aparece asociado a un gran descalabro militar en Marruecos: el conocido como Desastre en el Barranco del Lobo. El 9 de julio, por primera vez a lo largo del cruento siglo XX, España participó en una batalla en suelo africano. Esta batida fue la fulminante contestación de la Comandancia General de Melilla al ataque rifeño sobre un pequeño grupo de obreros, empleados en la construcción de un puente para el ferrocarril muy cerca de la Mar Chica. Seis trabajadores fallecieron, así que, tal y como dictaban los cánones del momento, se imponía la necesidad de vengar el agravio.

Aunque en Salamanca nada hacía presagiar un desastre, desde hacía ya meses, ciertas noticias que circulaban por los periódicos de Madrid y Melilla advertían que algo inusual estaba ocurriendo al sur de Tarifa. También a esas anomalías aludió el liberal Miguel Villanueva durante una sesión del Congreso, en mayo de aquel año:

Una fuerza militar marroquí dependiente de una autoridad acompañada, según se dice, de algunos oficiales franceses vestidos con el traje moro y llevando en su compañía interesados en alguna de las sociedades mineras francesas, atravesó el Muluya y se acercó a Zeluán, camino de las minas de Beni-bu-Ifrur (ápuđ Pascual Martínez, 1999, 69-70).

En anteriores ocasiones, la prensa había sido capaz de presentar, sin excesivas complicaciones, las campañas en territorio africano como cruzadas, pero a la altura de 1909 las circunstancias en que se desarrollarían unos nuevos avances militares serían muy distintas. El regeneracionismo conservador atravesaba sus horas más

bajas, desgastado por un polémico proyecto legal contra el terrorismo. Pese a todo, donde Antonio Maura hallaría finalmente su talón de Aquiles sería en Marruecos: la decisión de respaldar la intervención del general Marina en los alrededores de Melilla tropezó con el rechazo de muchos. Por eso, en cuanto tuvo ocasión, al abrirse las Cortes, la oposición acusó al presidente de actuar en defensa de exclusivos intereses privados.

Si bien es cierto que el gobierno nada hizo por atraerse a la opinión pública, es lícito preguntarse si toda la prensa mantuvo una actitud contraria a la acción bélica. No buscar el respaldo de la misma, escudarse únicamente en el empleo de la censura, fue un tremendo error de cálculo por parte del político mallorquín. El Trust y los órganos de la izquierda no dejarían pasar por alto la oportunidad para desacreditarle, sobre todo, con motivo del procesamiento y ejecución de Francisco Ferrer y Guardia. Por ejemplo, esto era lo que comentaba entonces *La Correspondencia de España*:

Contra un país es imposible luchar. Y España no quiere oír hablar de Marruecos. A excepción de media docena de caballeros políticos, de unos cuantos bolsistas de sube y baja y de otros cuantos pescadores a ríos revueltos [...] Supongamos que nuestras tropas salen de Melilla y ocupan 10, 20, 30 o 100 kilómetros. Ya están ocupados. ¿Y qué? [...] No lo olviden los gobiernos que gobiernan y los reyes que reinan. Mil veces más peligroso que no ir a Marruecos será ir (Romeo, *LCE*, 12-07-1909).

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Dónde se hallaba Beni-bu-Ifrur? ¿Cuál era ese plan al que se refería Villanueva y qué hacían los franceses en las cercanías de Melilla? ¿Por qué esa advertencia al rey? En aquellos aciagos días de julio de 1909, noticias contradictorias, confusos testimonios y absurdos rumores llegaban a la península en tropel, circulaban de boca en boca y acrecentaban el estado de perplejidad de un público entre molesto y afligido.

La incertidumbre estaba sembrada y también el pánico. La llamada a los reservistas, con un real decreto, el 11 de julio, fue la desencadenante de la Semana Trágica de Barcelona. Además de tener



que separarse de sus familias, la forma de reclutamiento ocasionaba un enorme sentimiento de rechazo entre los mozos. Por este motivo, respondieron a la medida con protestas y aunque en Madrid la revuelta pudo ser prontamente sofocada, no ocurrió lo mismo en la ciudad catalana. Entretanto, para colmo de males, los ataques rifeños se aproximaron peligrosamente a la capital de la Comandancia. Tras una primera emboscada en el Barranco de Alfer, el 27 de julio la Brigada de Cazadores de Madrid, bajo el mando del general Pintos, fue aniquilada en el Barranco del Lobo. Se contabilizarían un total de 752 bajas, sumando fallecidos y heridos (Madariaga, 2005, 54).

La guerra no había hecho más que empezar, pero para responder a las cuestiones arriba planteadas, es preciso remontarse algunos años atrás en el tiempo.

### **3.1.1. El Tratado non nato de 1902**

Hasta 1909 sólo muy puntualmente Marruecos había acaparado la atención de los españoles. En Salamanca, concretamente, las noticias sobre el Sultanato habían llegado con cuentagotas, incluidas por norma en la sección de información telegráfica de la prensa local, y casi siempre refiriéndose a la débil posición del sultán, amenazado por el rebelde de turno, o bien calumniando la conducta de la administración parisina.

Por supuesto, esta “sequía” informativa no saciaba la curiosidad ni, mucho menos, las expectativas de las empresas periodísticas locales. Una intensísima y extraordinariamente compleja historia diplomática se estaba desarrollando entre bastidores: las cancillerías europeas vivían, al emprender su andadura el nuevo siglo, continuamente agitadas en torno a la cuestión marroquí, pero ni las agencias ni, por extensión, los periodistas y reporteros tuvieron apenas acceso a ello; y, de ahí, su proclividad a la especulación. La opinión pública estaba siendo ninguneada. En el capítulo anterior, recuérdese, señalamos que el derecho a la libertad de expresión se hallaba durante la Restauración muy regulado y limitado. Hemos topado con uno de esos límites: la gestión de la política exterior y, más en concreto, el tratamiento de los conflictos diplomáticos.

Tenemos que retrotraernos a septiembre de 1902 para encontrar la primera referencia, en Salamanca, a la inminente intervención de España en Marruecos a través de una alianza internacional. Entonces, un redactor enviado a Madrid, José Bermúdez, comunicaba al director de *El Adelanto*:

Mi querido Director: La comidilla del día en la Corte es la próxima y probable alianza. Hay diplomáticos de menor cuantía que aseguran ser ya un hecho el abrazo de España, Francia, Rusia e Italia, con la ayuda de Mónaco. Y hay ministro de Estado [...] que da como cosa cierta el matrimonio de nuestra nación con Inglaterra y Alemania. Los hombres sensatos, los cerebros firmes, predicán sin descanso la discreción más absoluta y afirman que en las cuestiones internacionales no deben mezclarse para nada las masas. Y, a mi juicio, tienen razón [...] ¿Qué tiene que ver la masa (esa colección indocta de mendrugos) con los gastos, sacrificios y riesgos que trae consigo el codearse con las grandes potencias? (Bermúdez, *EA*, 16-09-1902).

Bermúdez indicaba, por tanto, la existencia de dos bloques de poder enfrentados y presentaba al gobierno madrileño como más propenso a unirse al grupo conformado por Inglaterra y Alemania. Pero la información ni se comprendía fácilmente –¿de dónde salían esas alianzas?– ni estaba confirmada. Sólo era la “comidilla de la Corte”. Además, de forma aparentemente gratuita, la ciudadanía era retratada como estúpida y absolutamente ajena a los vericuetos de la política internacional. Seguramente, porque con ese “aguijonazo” se pretendía lograr el efecto contrario: el de una muchedumbre picada por la curiosidad. Y el rumor, he aquí el concepto clave, era el camino más breve y efectivo para conseguirlo. El periódico liberal buscaba alertar a sus lectores sobre lo que se estaba cociendo.

Para que proliferen los rumores, no obstante, se requieren dos condiciones: que el tema al que se aluda despierte el interés público y que sobre ese asunto reine la desinformación y la ambigüedad. Eso es precisamente lo que revela esta carta: falta de conocimiento, confusión. El reparto de África, auspiciado por el arrasador pensamiento darwinista de la época, podía ser materia de palpitante actualidad en

Europa, pero todavía no suscitaba demasiado interés aquí. A la altura de 1902, el hecho de que España pudiera integrarse en una alianza internacional preocupaba. Por eso la diplomacia esquivaba a la prensa. Este pacto podía conducir a la guerra y, al fin y al cabo, sólo habían transcurrido cuatro años desde el Desastre de 1898.

En ese año, precisamente, tuvo lugar también la célebre crisis de Fashoda, punto final de una histórica enemistad. Quizás, tras el mentado choque, de las relaciones franco-británicas únicamente cabía esperar una mejoría (Allendesalazar, 1990, 4). Pero al entendimiento entre ambos colosos también contribuyó la entrada en escena de un tercero en discordia: Alemania. Estamos convencidos, sin embargo, de que a la opinión pública salmantina le resultó imposible intuir el inicio de este acercamiento diplomático. Porque lo que se publicaba en la prensa no apuntaba en esa dirección. Cuando Bermúdez escribía su crónica para el director de *El Adelanto*, casi un lustro después del incidente en Sudán, Francia e Inglaterra figuraban todavía en bloques de poder enfrentados: para el corresponsal todavía no resultaba visible el verdadero juego de alianzas.

Después de la humillación en Fashoda, “el 98 francés”, Francia había concedido a los asuntos marroquíes un creciente protagonismo, asumiendo que el avance hacia Egipto le estaba vedado. Fue aquí, en Marruecos, donde volcó todas sus esperanzas coloniales, a sabiendas de que, hasta entonces, España era el único país que podía mediante la expansión de sus hinterlands alrededor de Ceuta y Melilla ampliar su campo de seguridad y emprender negociaciones con el sultán, como nación europea más favorecida para ello. Sin embargo, pese a esta situación ventajosa de partida, no sería España la que obstaculizase la realización de las aspiraciones francesas en Marruecos. En cambio, el gobierno galo chocaría, de continuo, con los intereses alemanes.

El órgano de Núñez Izquierdo, *El Adelanto*, fue el único que destinó un mínimo espacio a esta noticia internacional en 1902 y el único que se asustó ante lo que podía avecinarse en caso de que España vinculase sus intereses con los franceses. Una semana después de publicarse la carta de Bermúdez, llegó a la redacción un telegrama de la Agencia Almodóvar con información mucho más precisa. Ya se hablaba abiertamente de un convenio hispano-galo y se señalaba que no había sido ultimado debido a algunas cortapisas parisinas (*EA*, 22-

09-1902). Pero no se explicaban los puntos del mismo y la reserva nuevamente se impuso hasta que terminó el año.

Al concluir 1902, en efecto, otra vez la prensa liberal, merced a las informaciones nuevamente de la Agencia Almodóvar, se hace eco de los asuntos del Sultanato. Aunque en esta ocasión adquiere tintes más dramáticos, pues se habla de preparativos militares por parte de la administración española ante la actitud hostil de El Rogui. Simultáneamente, se alude a cierto nerviosismo reinante entre los círculos oficiales y periodísticos en Francia, Inglaterra y Alemania. Los tres gobiernos se atrincheraban en la defensa del *statu quo* y rogaban que Madrid se abstuviese de intervenir:

Madrid 31. El gobierno español continuará los aprestos militares en previsión de que se agrave el conflicto de Marruecos [...] Madrid 31. Se confirma oficialmente la noticia de que Francia e Inglaterra están resueltas a mantener en Marruecos el *statu quo* [...] España no debe extralimitarse, concretándose a defender el *statu quo* (EA, 31-12-1902).

Al lector de estos telegramas, forzosamente, debían plantearsele muchísimas incógnitas. Semejante bombardeo con breves noticias descontextualizadas resultaba incomprensible. Tan sólo dos editoriales, publicados algunos días después, podrían servir de ayuda y esclarecer mínimamente lo que estaba ocurriendo. En el primero de ellos, firmado por alguien que empleaba el pseudónimo de “Lucano”, se ponían en tela de juicio los intereses españoles en Marruecos. El Desastre de Cuba estaba muy presente a la hora de explicar la voluntad de aislamiento de los españoles, pero no era una actitud compartida por el Poder. Y contra ello alertaba este reportero:

Es la consigna [...] nuestra obligada expansión al otro lado del Estrecho. Que nos convenga o no, parécenos muy problemático [...] Ayer soñábamos con conquistar Nueva York; hoy reconocemos que sería cosa digna de meditación previa el bombardear un aduar rifeño. Algo nos ha enseñado la experiencia [...] Los únicos que no aprenden son nuestros gobernantes (“Lucano”, EA, 02-01-1903).

El segundo editorial de interés contenía algunas notas biográficas sobre El Rogui. Se le reconocía su enorme valía intelectual y su capacidad de liderazgo. También se comentaba que sus predicaciones contra el sultán Abd-el-Aziz le habían convertido en el único poder efectivo de un amplio territorio, aquel que se extendía en un radio de más de cien kilómetros alrededor de Fez y en todo el Rif, desde el Muluya hasta las inmediaciones de Tánger. Su meta era convertirse en el dueño del país. Y había comenzado por adoptar los símbolos del sultán (*EA*, 03-01-1903). No era un dato baladí: Abd-el-Aziz perdería su paciencia al conocer que El Rogui empleaba su distintivo sagrado, un parasol verde.

No obstante, en la sección telegráfica de *El Adelanto*, sólo de manera muy ocasional, volverían a reseñarse algunas de las acciones protagonizadas por este rebelde. El Sultanato se consumía en una interminable lucha civil, pero no merecía mayores explicaciones. Mientras, ese primitivo convenio hispano-francés acabaría cayendo absolutamente en el olvido. Marruecos aparecía ante los ojos de cualquier salmantino como un país enigmático y su futuro debía ser, inexcusablemente, un galimatías. Aunque no habiendo “salpicaduras” en la península, tampoco había excesivas preocupaciones.

En 1902, el rotativo de Núñez Izquierdo constituyó la excepción en el panorama ofrecido por la prensa local al interesarse y advertir a la opinión sobre un tratado en ciernes. Aunque *El Lábaro* también anotó el rumor sobre una próxima alianza hispano-francesa, no le dedicó ni el más insignificante comentario (*EL*, 11-10-1902). Entretanto, las demás publicaciones periódicas permanecieron absortas relatando los preparativos para una visita del conde de Romanones a la ciudad.

La prensa nacional no fue mucho más prolija que la local en esta materia, limitando sus noticias sobre estas conversaciones a la sección telegráfica. *El Socialista* se mantuvo en completo silencio. *El Imparcial*, tiempo después, recogería unas declaraciones de Silvela. Éste apuntaba a que había renunciado a sus ilusiones de grandeza internacional porque “no son populares. No son simpáticas a la opinión” (*EI*, 18-09-1903). En el caso de *La Época*, hay que esperar dos años para encontrar una valoración y justificación del proceder del político conservador. Si se negó a suscribir el tratado con Francia fue

porque “tuvo para ello poderosísimas razones, razones que le hicieron sacrificar su personal criterio ante inexcusables exigencia de los intereses supremos de la patria” (*LE*, 11-06-1904). Por su parte, *Heraldo de Madrid*, también con notable tardanza, alegó que los conservadores no desearon firmar un pacto negociado por los liberales (*HM*, 10-06-1904). Por último, *El País*, órgano del republicanismo, se alegró por la retirada española pues consideraba a Francia y Gran Bretaña socios peligrosos, al no ver claras las posibilidades de entendimiento entre ambos (*EPA*, 12-06-1904).

### 3.1.2. El Tratado hispano-francés de 1904

Si muy decepcionantes, por insuficientes, resultan las alusiones en los periódicos de Salamanca a las conversaciones con Francia en 1902, más aún lo son las informaciones sobre el importantísimo tratado que se firma con su gobierno en octubre de 1904 (en realidad, una declaración y un convenio). Ya no es *El Adelanto* el único diario salmantino que difunde la noticia. Sin embargo, su sección telegráfica, por lo voluminoso y dispar, sigue constituyendo un lugar de referencia entre la prensa local:

Madrid 4. Telegramas de París dan cuenta de que se ha firmado por el ministro de Estado de la República y nuestro embajador en aquella capital, el Tratado franco-español, referente a Marruecos. El tratado tiene una parte pública, que se conocerá el miércoles, y otra secreta que sólo se dará a la publicidad cuando lo acuerden ambas naciones (*EA*, 04-10-1904).

Dicho acuerdo era, a su vez, el fruto de unas negociaciones previas anglo-francesas. Y pese a que este órgano había dado cuenta, también telegráficamente, de las mismas (*EA*, 09-04-1904), la vinculación existente entre ambos pactos permanecía oculta. ¿Por qué? ¿Por pura ignorancia o por una cuestión de orgullo herido? Rotativos de tirada nacional, tales como *El Liberal*, habían preferido exhibir una gran sorpresa ante el supuesto olvido en que Francia e Inglaterra habían dejado a España (*ELI*, 12-04-1904). *El País*, mientras tanto, había juzgado como muy dolorosa esta exclusión (*EPA*, 23-04-904).

El periódico de Núñez Izquierdo se decantaba hacia la crítica de la maniobra que las autoridades galas venían practicando, desde septiembre de 1903, en el Sultanato. Y es que el mariscal Lyautey se había lanzado, anteponiendo el conocido banderín de la penetración pacífica, a la ocupación de enclaves estratégicos en Marruecos:

Nuestra hermanita mayor, la que cuántas veces ha recordado la unidad de raza para sus fines particulares, procede así con España, haciendo traición a ésta y a Rusia, su aliada; se entienda con Inglaterra por el Tratado de 8 de abril [...] Basta ya de “penetración pacífica”. O la retirada o la guerra [...] Una guerra larga, sin gloria y sin nobleza, en que las simpatías del mundo civilizado estarán por los moros (“Lokente”, *EA*, 05-10-1904).

La intención del editorialista resultaba evidente. Desde *El Adelanto* se soñaba con que Francia fuese desacreditada internacionalmente porque eso de la penetración pacífica, a veces bautizada como la estrategia de “la mancha de aceite”, era contemplado como una mera falacia.

En esta crónica sí que se intuía que el reciente tratado hispano-francés estaba subordinado al acuerdo franco-británico. A España le estaban “haciendo la cama” y Antonio Maura, por ahora no importa si a regañadientes o con su beneplácito, había aceptado un compromiso que quizás arrastrase a España al campo de batalla. Por este motivo, el periódico local sentía miedo y expresaba sus recelos y frustración. De forma similar, *El Liberal* reclamaba que “España tiene el derecho de saber a qué y en qué forma se le ha comprometido” (*ELI*, 04-10-1904). Por otro lado, siguiendo con la prensa nacional, *El País* censuraría al gobierno por mostrarse “muy torpe para la defender los altos intereses nacionales” (*EPA*, 06-10-1904). Tan sólo hacía dos años Francia había exigido el mantenimiento del *statu quo* cuando España quiso actuar contra El Rogui, pero ahora era el gobierno parisino el que tomaba la delantera sin importarle el parecer de su homólogo madrileño. *El Socialista* mantuvo su reserva, evitando comentarios sobre el tratado, pero sí se hizo eco de que el ambiente insurreccional se propagaba por el imperio jerifiano (*ESO*, 28-10-1904).

Igualmente vagas y confusas fueron las referencias a este convenio en las páginas de *El Lábaro*. La particularidad de este rotativo católico radicó en su constante apelación a que la soberanía española en Marruecos era, además de un imperativo geográfico e histórico, una garantía para el futuro. Ignoraba, por consiguiente, esa más o menos prescripción de los derechos históricos cuando no se acompañaban de una ocupación:

Se reconoce el Protectorado de Francia sobre Marruecos. Se mantiene el *statu quo* en el imperio y en las costas de España. No se compromete España a hacer ningún gasto ni enviar tropas. Preguntado el señor Maura respecto a este particular, ha dicho: “Ni siquiera a hacer un camino vecinal” (*EL*, 06-10-1904).

Evidentemente, la alusión a un protectorado francés y, de inmediato, a la conservación del *statu quo* marroquí constituía una enorme incongruencia. Pero, en síntesis, si Maura se mostraba satisfecho, todos los españoles debían estarlo porque el tratado no suponía la adopción de ningún compromiso financiero ni militar.

*El Castellano*, para terminar, también reparó en la firma del tratado hispano-francés y, al contrario que *El Adelanto*, lo presentó como un éxito personal de Antonio Maura. En esta ocasión, su posicionamiento no distó, saliendo del estricto marco local, del de *La Época* (*LE*, 11-10-1904), quien, además, había contemplado el entendimiento franco-británico como una garantía de paz en Europa (*LE*, 09-04-1904). Otro balance muy optimista del acuerdo fue el efectuado por *La Vanguardia* (*LV*, 04-10-1904). Dicho con otros términos, la clarísima intención de la publicación local consistió en hacer de la necesidad virtud: “Desde luego, España tenía que reconocer la intervención francesa en Marruecos, y así se declara ahora en forma de adhesión al Acuerdo franco-inglés de 8 de abril” (“P. G. C.”, *EC*, 11-10-1904).

Aunque seguidamente el autor, “P. G. C.”, manifestaba sus recelos a propósito de la supuesta posesión española de Tánger, creía que lo pactado era un acierto. Por otro lado, no ponía objeciones cuando concluía que los detalles permanecerían secretos porque no se necesitaba una ratificación parlamentaria. Delcassé, máximo



responsable de la política exterior gala, efectivamente, no deseó otorgarle demasiada difusión a este documento, siempre preocupado por las reacciones del grupo colonialista francés. Pero es de suponer que al gobierno de Maura tampoco le convenía un exceso de publicidad. El 98 todavía pesaba en las conciencias y los liberales podrían argumentar que lo proyectado en 1902 hubiese sido más ventajoso para los intereses españoles.

A esto quedó reducido el tan capital Tratado hispano-francés sobre Marruecos de 1904. Sin embargo, su texto suponía muchísimos recortes territoriales para España con respecto a lo previsto en 1902.

Acaso, ¿tenían los conservadores algún margen de maniobra? Tal vez. Pero una negativa española al acuerdo habría implicado, a largo plazo, el abandono definitivo de Marruecos: la pérdida de los viejos presidios y de las oprimidas plazas de soberanía. Así que el gabinete de Antonio Maura se decantó por aceptar un “regalo”. El tratado no era, por tanto, un éxito de la diplomacia maurista; tan sólo la respuesta a una política de hechos consumados. Por descontado, eso sí, tenemos la convicción de que Antonio Maura sabía que el Acuerdo de 1904 tendría contraprestaciones en el futuro. Porque la diplomacia es el arte de la compra-venta de los intereses nacionales y la ingenuidad no figuraba entre los defectos del político mallorquín. Si lo defendió públicamente fue, claro es, porque lo contrario habría sido suicida.

Esta historia tampoco la pudieron contemplar como tal los salmantinos. Los esporádicos “chispazos” mediáticos no compensaban el habitual hermetismo diplomático: el guión de la política exterior española no se entendía cuando a la opinión pública se le escamoteaban casi todos sus capítulos. Probablemente, porque los propios políticos dinásticos desconocían ese guión. Se limitaban a actuar con objetivos un tanto imprecisos y a la defensiva.

Por cierto, casi dos décadas después, Romanones escribiría a propósito de este tratado: “La opinión pública española ni se conmovió, como siempre, ni tomó parte en la labor internacional. La acción diplomática de España en problemas de vital interés como éste tropezaba con la indiferencia nacional” (Figuroa, 1923, 52). Pero, ¿cómo participar en algo que le estaba vedado? El socialista Pablo

Iglesias había dado con la contestación ya en 1912, cuando pronunció lo siguiente en el Congreso:

Os quejáis de que el país preste poca atención a estos asuntos; pero, ¿cómo tratáis vosotros al país? ¿No le tratáis como a un menor de edad? ¿De qué cosas procuráis que se entere el país? Estos días sabe algo por lo que dicen los periódicos, pero la inmensa mayoría del pueblo español no sabe nada de esto [...] ¿Creéis que no es necesario que se sepa para que haya unidad de pensamiento y se puedan hacer campañas nacionales? (ápuđ Pérez Molina, 1986, 78-79).

La opinión pública no intervino como sujeto histórico en este reparto de Marruecos. Aún así, en ella se escudó el conde de Romanones. Ahora bien, este pacto entre Delcassé y el embajador español en París, León y Castillo, sería la pieza maestra en la estrategia británica de seguridad en la zona del Estrecho. Además, gracias a esta firma, el sueño francés comenzaría a hacerse realidad: su meta era explotar el suelo y el subsuelo potencialmente ricos de un Estado políticamente agónico, militarmente endeble y financieramente insolvente.

## **3.2. LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS**

### **3.2.1. Antecedentes: El “trompetazo” de Tánger**

La Conferencia de Algeciras marcó un importantísimo hito en el calamitoso proceso de desmoronamiento del imperio jerifiano. Esta reunión internacional vino motivada por una desafiante visita del káiser Guillermo II a Tánger, el 31 de marzo de 1905. A Delcassé, por de pronto, dicha “excursión” y el discurso subsiguiente en defensa de la soberanía de Abd-el-Aziz le costaron su cargo como gran defensor y negociador de los intereses franceses en África. Él tenía que saber que había vulnerado los usos diplomáticos de la época al no molestarse en ofrecer una compensación a Alemania cuando le impuso su solución sobre el problema marroquí (Torre del Río, 2007, 315). Rotativos como *La Vanguardia* no dudaron en denunciar este hecho (LV, 18-04-1906).

Aunque los resultados de ese encuentro acabarían siendo contraproducentes para dicha potencia emergente, este nuevo episodio en la historia del reparto de Marruecos, de carácter muy hostil y que a punto estuvo de desencadenar el temido enfrentamiento franco-germano, acaparó un poco más de atención, comparado con los años previos, de las Agencias Fabra y Mencheta. Ya no nos hallamos ante una gestión diplomática, sino ante una bravuconada, un golpe de efecto que somete a examen la reciente alianza franco-inglesa y que hace saltar todas las alarmas mediáticas.

De ambas agencias mencionadas se nutrían regularmente las cabeceras locales de Salamanca, amplificando lo publicado tanto en la prensa internacional como en los grandes diarios de la Corte. Pero al margen de las acotaciones telegráficas, el incidente –relatado con esas tan habituales notas de superficialidad e indiferencia para con todo lo que no involucrase directamente a España– no mereció mayor comentario periodístico. Perduraba, claro está, esa vieja filosofía autodefensiva de no entrometerse en los conflictos entre grandes países.

Jamás el “trompetazo” de Tánger apareció en una primera página de los periódicos de Salamanca; nadie manifestó su preferencia por un bando; no hubo un mínimo de discrepancia ideológica en su presentación; y así, apenas descrito el conflicto, la gravedad del mismo no pudo trascender. De facto, ni siquiera hubo opinión pública formada al respecto. No, al menos, en ese preciso momento.

Para el progresismo salmantino, la espléndida recepción tributada al káiser en Tánger pasó, en buena medida, desapercibida. Se entendió como una frívola parada en el transcurso de un cruceo con otros varios actos programados. Tan sólo se reseñó que los franceses parecían muy irritados por la visita, mientras que el cuerpo consular español fue presentado como mediador entre ambas partes (*EA*, 30-03-1905; 31-03-1905; 01-04-1905). Ni más, ni menos: como si la incendiaria alocución de Guillermo II, en defensa de la independencia marroquí, no existiese.

Al contrario, *El Lábaro* sí se explayó con la crisis y fue el único rotativo al que se le puede adjudicar un tímido posicionamiento pro-francés. Pero no porque se publicasen editoriales en este sentido,

sino porque sus informaciones telegráficas procedían mayoritariamente de la Agencia Fabra (Havas). Consecuentemente, este rotativo actuó como caja de resonancia de las opiniones vertidas en la prensa republicana, fundamentalmente en *Le Matin* y *Le Figaro*. Rebatió la idea de que Alemania hubiese sido apartada de Marruecos con la firma del Tratado franco-inglés de 1904 (*EL*, 29-03-1905; 31-03-1905). En cambio, subrayó que lo que intentaba hacer el káiser era “sacar tajada” del dramático momento por el que atravesaba Rusia, la aliada gala, después de su derrota militar ante Japón. El viaje de éste a Tánger, por tanto, no debería ser entendido como un gesto de protesta o revancha. Y no habiendo ofendido, tampoco había pecado. Francia no tenía por qué adoptar cambios en su política marroquí. En otras palabras: *El Lábaro* sustentaba la política de penetración pacífica emprendida con Delcassé y remachaba, además, que contaba con el firme respaldo británico (*EL*, 01-04-1905).

*El Castellano*, mientras, guardó silencio sobre el tenso incidente. Tal vez, es una sospecha, no por falta de interés, sino de espacio. De ordinario, hay que subrayarlo, su sección telegráfica fue muy breve porque no se amoldaba al nuevo periodismo industrial en auge.

La prensa nacional, en conjunto tampoco dedicó mucho espacio a este incidente. Tan sólo el servicio telegráfico de *La Vanguardia* sobresalió por su amplitud y, puntualmente, destacó la opinión británica al respecto: la conducta alemana había sido una inmensa equivocación política (*LV*, 01-04-05).

### **3.2.2. El desarrollo de la Conferencia de Algeiras**

El problema de Marruecos, como ya se habrá deducido, no se presentaba exclusivamente como un asunto de vecindad y fronteras. Pese a que así quisieran creerlo, Francia y España más que cualquier otra potencia, constituía una cuestión de garantías internacionales y tendría que alcanzarse para su solución un acuerdo entre todas las naciones afectadas.

La situación precaria por la que atravesaba el imperio jerifiano respondía tanto a factores endógenos como exógenos: si bien es verdad que cualquier descendiente del Profeta podía aspirar al trono y

ello alimentaba el surgimiento de pretendientes y el estallido de continuas guerras civiles, estos rebeldes eran sistemáticamente estimulados por los europeos; y los mismos extranjeros, además, prometían ayudar al sultán, que cada día se sabía más desacreditado por sus claudicaciones.

La Conferencia de Algeciras tuvo finalmente lugar entre el 16 de enero y el 7 de abril de 1906 y en ella participaron los delegados de trece Estados: Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, España, EEUU, Francia, Gran Bretaña, Italia, Marruecos, Países Bajos, Portugal, Rusia y Suecia. Oficialmente, su objetivo era introducir reformas en Marruecos fundamentadas en el triple principio de respeto a la soberanía del sultán así como a la integridad territorial del país y de reconocimiento de la igualdad económica entre las potencias participantes. Pero el texto del Acta crearía, en la práctica y tras la superación de significativos baches tales como la organización de un banco estatal y de la policía, un protectorado hispano-francés, sometido a un difuso control internacional (Valle y Verdú, 2007).

Por primera vez, *El Adelanto*, *El Lábaro* y *El Castellano* dedicaron una considerable superficie, a veces incluso en primera plana, a esta reunión internacional. Pero con todo, otra cuestión distinta es dilucidar si la calidad y el pluralismo de las informaciones allí vertidas se correspondieron con ese protagonismo espacial.

A *El Adelanto* pertenece, en la presente ocasión, la cobertura más completa del encuentro. Éste fue el órgano que mayor significado otorgó a la Conferencia; y el más consciente de que la ciudad andaluza hacía las veces, durante algunas semanas, de escaparate español ante el mundo; le preocupaba sobremanera la idea de una conflagración; y se esforzó en escudriñar las directrices por las que se orientaría la diplomacia europea en Marruecos.

Para los otros dos periódicos a los que venimos refiriéndonos, en cambio, la Conferencia de Algeciras fue un mero pretexto con el que pulsar el estado de las relaciones franco-alemanas. No hallamos apenas editoriales; y las conversaciones diplomáticas a propósito del futuro del Imperio marroquí no fueron abordadas de forma relevante. En el caso de *El Lábaro* sorprende –y agota– la colosal cifra de desconcertantes y contradictorios telegramas, procedentes de Fabra y

generadores de un exagerado estado de ansiedad pre-bélica. Por otro lado, también el mismo periódico contrató los servicios de la Agencia Mencheta con el objeto de conocer, de primera mano, lo que ocurría en Algeciras.

Se debe subrayar, antes de proceder al repaso más exhaustivo de los contenidos de los periódicos locales, la existencia de dos notas comunes en ellos: para empezar, la marginación de los comentarios efectuados en los periódicos de la Corte a propósito del desarrollo de la reunión. Pareciera como si los órganos oficiosos de los partidos políticos nada tuviesen que opinar. No obstante, conviene añadir un matiz: Alfredo Rivera, quien trabajó como corresponsal de plantilla para *El Adelanto* desde Madrid y encargado, a lo largo de esta veintena de años que nos ocupa, de su sección de noticias telegráficas y telefónicas, también fue uno de los redactores de *El Imparcial*. *El Adelanto* rara vez pregonó esta doble condición del periodista, pero sería absolutamente revelador de cómo funcionaban los tentáculos del Trust.

Por otro lado, ni los redactores de *El Lábaro* ni los de *El Castellano* pusieron demasiado empeño en alimentar el debate público sobre la Conferencia. Tampoco lo hizo el personal de la casa de Núñez Izquierdo aunque, conviene efectuar una segunda aclaración: al menos, se molestó en contratar un servicio informativo especial. Toda esa cautela denota, a nuestro entender, la enorme dificultad existente para emitir desde Salamanca un juicio sobre la cuestión marroquí. Por consiguiente, a duras penas pudo el periodismo local desempeñar una función pedagógica, actuar como guía para la opinión pública cuando los cronistas no sabían a qué atenerse. Ellos mismos estaban cuestionando la utilidad de ese constante martilleo con brevísimas noticias de agencia.

Las primeras acotaciones de *El Adelanto* pintaban un ambiente animado, de enorme expectación y dominado por el deseo de inteligencia franco-alemana (Rivera, *EA*, 16-01-1906). También, en portada, publicaba el diario de Núñez Izquierdo un detallista grabado del salón de sesiones. Lo acompañaba un editorial sin desperdicio:

Algo más trascendental para nosotros que el porvenir del Magreb ha de decidirse en Algeciras: la

paz europea y el porvenir de España en Marruecos [...] En medio de nuestra desventura debemos darnos por muy satisfechos si todo el mal que para nosotros pueda salir de la Conferencia queda reducido a que nuestros intereses en Marruecos no tengan la satisfacción que les corresponde (Morais, *EA*, 19-01-1906).

El redactor admitía que el objetivo básico de los delegados internacionales era evitar una conflagración europea, y no tanto garantizar el orden y el progreso en el Magreb; aceptaba, por otro lado, con total resignación, que si eso se conseguía, poco importaba que España perdiese sus derechos ancestrales y legítimos en el Sultanato. A fin de cuentas, tampoco contaba con demasiados medios como para “saborear el suculento plato”. Morais sabía, por tanto, que la diplomacia española tenía perfecta conciencia de su propia debilidad y ello le avocaría a actuar como segundona de Francia. Ideas análogas habían quedado expuestas, por ejemplo, en *La Vanguardia*, un rotativo con clara voluntad colonialista: “Las tres grandes potencias mayormente interesadas en eso de Marruecos prescindirán de nosotros... Y Dios nos coja confesados [...] Antes fuimos el país del ‘pan y toros’; ahora no pasamos de ser el país de ‘pan y migajas’” (Fivaller, *LV*, 29-12-1905). También *El Imparcial* había apuntado que “un amargo desencanto, una triste desilusión satura el espíritu nacional (*EI*, 09-01-1906).

En efecto, desde que se había procedido al reparto de zonas de influencia, el gobierno galo se empeñaba en arrastrar al de Madrid hacia una política común de penetración y conquista en Marruecos. Era ésta la vía elegida para procurarse un mínimo de legitimidad internacional con que garantizar las comunicaciones entre Argelia y el Atlántico. En 1906 el *statu quo* marroquí ya era insalvable y los plenipotenciarios, a diferencia de lo ocurrido en Madrid en 1880, no iban a permitir que el sultán intentase aprovecharse de sus rivalidades (Laarbi Messari, 2007, 159-169). Ahora, los delegados estaban preparados para intervenir cuanto antes. Por eso, algunas de sus políticas ya habían sido coordinadas previamente.

Los posteriores editoriales de Morais constituyeron una ilustrativa serie de notas biográficas sobre los más destacados personajes que asistieron a la Conferencia. El 23 de enero salió a la

luz, junto con un nuevo grabado, el perfil de Visconti Ventosa, el enviado italiano (Morais, *EA*, 23-01-1906). Su designación se podía interpretar exclusivamente como un golpe de efecto contra Bülow, ya que era un viejo diplomático conocido por su francofilia. Inculcaba Morais a sus lectores, al tiempo, la idea de que las relaciones exteriores estaban muy condicionadas por las formas de trato, la empatía, entre sus gestores; no se podían simplificar a una sucesión de fechas y firmas de tratados.

Al día siguiente se publican dos nuevas entregas, con sus correspondientes grabados, sobre más delegados internacionales: las de El Mokri y Tattenbach (Morais, *EA*, 24-01-1906). El primero era el personaje con mayor carisma de entre los asistentes al encuentro. En el bosquejo biográfico no faltaba la tradicional imagen del “moro” como individuo traicionero y rebelde. Lógicamente, porque tenía una enorme eficacia propagandística entre la opinión pública metropolitana. Sirvió como argumento legitimador de la anhelada misión civilizadora de los occidentales en África. Serviría después para explicar también, maniqueamente, una guerra (Martín Corrales, 2002). Por de pronto, durante la Conferencia, la delegación marroquí fue sistemáticamente marginada y siempre resultaron desestimadas sus peticiones de tiempo, pese a ser la parte más interesada en el resultado de las conversaciones.

Mientras tanto, del delegado alemán se resaltaba el odio que suscitaba entre los diplomáticos franceses y su carácter intrigante. El último de los editoriales de Morais versaba, precisamente, sobre su superior en la delegación, Radowitz (Morais, *EA*, 06-02-1906). Sin duda, él mereció los comentarios más peyorativos. Entre otros, se recordó uno realizado por Bismarck: “Es un buen perro, pero nunca trae nada”. Poco se le puede añadir. Morais estaba presagiando el fracaso de la delegación germana. Y, muy poco tardaría en comprobarse la situación de aislamiento en que se hallaba. Todas sus propuestas toparían con el muro de la intransigencia gala. Porque éste sería el coste de haber convocado una reunión que nadie deseaba; de emplear la cuestión marroquí como pretexto para excitar los ánimos europeos contra Francia; y de la irracional política armamentística del káiser. Aunque, todo sea dicho, la *Weltpolitik* de Guillermo II fue más una iniciativa de grandes palabras que de realidades (Janué i Miret, 2007, 73-100).



Recapitulando, *El Adelanto* publicó un primer editorial sobre los peligros de una inminente contienda y la debilidad diplomática española, además de cuatro perfiles biográficos que tenían como protagonistas a los integrantes de las delegaciones italiana, marroquí y alemana.

Hubo, asimismo, otros dos envíos especiales, firmados por un tal “Poliuto”, para este diario: uno publicado el 12 de febrero; y el otro, inserto el 15 de marzo. El correo de febrero consistió en una caricatura de las principales potencias participantes en el encuentro, acompañada con una breve composición poética (“Poliuto”, *EA*, 12-02-1906). El envío del 15 de marzo pretendía, en cambio, censurar las lujosas aficiones de Abd-el-Aziz: “El joven Abd-el-Aziz juega y se divierte con los inventos que para recreo y alegría de los poderosos han creado las ciencias y la mecánica moderna, como si no tuviera relación alguna con el porvenir de su soberanía lo que Europa discute hoy” (“Poliuto”, *EA*, 15-02-1906). Sin embargo, no corría él con los gastos puesto que siempre había europeos dispuestos a ganarse sus favores.

No fue un gran despliegue informativo el de *El Adelanto*, pero sí superior a los efectuados hasta el momento, al menos, por su claridad. Sin embargo, ¿cómo explicar el silencio a propósito de los delegados de la Entente? Se adivina que la redacción del diario juzgó poco adecuado verter opiniones sobre las “hermanitas mayores” de España en Marruecos: ni buenas, porque no las tenía; ni malas, porque resultaba inoportuno. El Convenio hispano-francés de 1904, ciertamente, no había agradado a este rotativo y, mucho menos, apreciaba la política francesa de penetración pacífica en el Sultanato. Pero no era éste el momento para denunciarlo, cuando se le habían visto las orejas al lobo alemán.

En el ámbito nacional, pensando sobre todo en el ejemplo de *El Liberal*, el viraje ideológico resultó más brusco e interesado. Durante los días previos a la reunión internacional, este periódico se había mantenido en silencio, probablemente con la intención de no generar revuelo. Y si bien el tratado de 1904 tampoco le había satisfecho, ahora, gobernando los liberales, este órgano reconocía que “lo que una nación fuerte puede hacer aislándose espléndidamente por tiempo determinado, no puede hacerlo una nación debilitada, que necesita apoyo para sus posesiones y ayuda para sus renacientes

intereses” (*ELI*, 20-07-1906). En este fragmento se hacía, por tanto, más evidente la conveniencia de secundar a Francia. Pero con una idea clara: “No como escuderos, sino como asociados” (*ELI*, 08-04-1906). La postura de *Heraldo de Madrid* fue bastante parecida a ésta, feliz por contemplar como seguros los derechos españoles sobre Marruecos (*HM*, 08-04-1906). Y no muy distinta a la de *El Imparcial*, convencido ya de que la reunión supondría un estímulo para la tan deseada penetración pacífica (*EI*, 20-03-1906). El órgano más eufórico, sin duda y a pesar de su tristeza inicial, fue *La Vanguardia*: “Ahora se presenta una ocasión de poder remediar en algo los funestos efectos de pasadas indolencias” (“Tulio”, *LV*, 05-04-1906).

La Conferencia de Algeciras, pese a su importancia, ni tan siquiera despertó un excesivo interés en las Cortes. Básicamente, porque las conversaciones previas se habían llevado a cabo con misterio; por esa conciencia derrotista a la que ya se ha aludido; y porque existía, aunque sólo teóricamente, la posibilidad de no aprobar el Acta final. El senador republicano Labra fue una de las escasísimas personalidades que defendió el derecho del pueblo a estar informado sobre el desarrollo de las sesiones. A lo que Moret le respondió:

Tiene razón el señor Labra, es preciso que esto lo sepa la opinión. Allá en Cataluña y en las demás provincias de Levante se piensa, sí, algo en Marruecos, porque afecta a su comercio y a su navegación; pero la masa, la generalidad no se ha figurado que hay en Marruecos más que la vaga y generosa idea del testamento de Isabel la Católica (ápu<sup>d</sup> Pérez Molina, 1986, 153).

Efectivamente, en Cataluña, algunos sectores de opinión sí tenían muy claros sus objetivos. Así lo plasmaba *La Vanguardia* poco antes del término de la reunión internacional: “Si lográramos del sultán la ampliación del territorio de Melilla, llegando por el Norte hasta el Cabo de las Tres Forcas y por el sur hasta la Mar Chica [...] gran parte de la emigración levantina dejaría la ruta de Orán y Argel para establecerse a la sombra de Melilla” (Muguerza, *LV*, 02-03-1906).

En cuanto a *El Lábaro*, su despliegue telegráfico fue enorme. Pero, por el contrario, no le dedicó ningún editorial a la conferencia.

Se emplearon los servicios de la Agencia Fabra para conocer, básicamente, los comentarios vertidos en la prensa europea sobre el estado de las relaciones franco-germanas. Interesaba, sobre todo, destacar que los periódicos galos defendían la buena disposición de su gobierno para aceptar un régimen de puerta abierta en Marruecos. Además, una de las noticias remitidas por la Agencia Fabra recogió las declaraciones hechas por León y Castillo ante un periodista. El diplomático se lamentaba por la existencia de una campaña mediática española contra Francia. Sin embargo, dicha campaña apenas llegó a Salamanca.

Curiosamente, este periódico católico recurrió, además, a la Agencia Mencheta para ocuparse de las discusiones entre los delegados internacionales. El número de telegramas remitidos por esta empresa a la redacción es, no obstante, bastante menor que el de los pertenecientes a Fabra. Peris Mencheta, desplazado al escenario de los acontecimientos, sintió predilección por los debates relacionados con la represión del contrabando así como por las noticias procedentes de la Mar Chica y mostró algunos recelos hacia la política francesa. Nadie más lo haría. De todos modos, sus comunicaciones para *El Lábaro* no admiten comparación con la viveza y capacidad crítica de las remitidas a *El Noticiero Sevillano*, publicación de la que era director y propietario. Seguramente, la dirección del periódico católico no sabía bien a qué atenerse y evitaba otorgar publicidad a comentarios demasiado comprometidos.

En la Restinga, una localidad situada en la estrecha franja de tierra que separa la Mar Chica del Mediterráneo y muy cercana a Melilla, dos súbditos franceses lograron abrir, en noviembre de 1905 y con el permiso de El Rogui, una factoría. Desde allí se pretendía introducir armas en la región para fomentar los conflictos tribales. Así que en febrero de 1906 –con el consiguiente revuelo entre los plenipotenciarios que debatían en la ciudad andaluza–, el único barco de combate que poseía Marruecos destruyó esa factoría. Sin embargo, el general Marina, mientras tanto, le había prometido al cabecilla rebelde ayuda para adueñarse de la aduana de Dyennada con el objeto de distraerlo de sus tratos con los franceses. Después de la intervención marroquí, el comandante general de la plaza seguiría negociando con El Rogui y dos sociedades mineras se beneficiarían de contratos con el mismo (Bouarfa, 2002, 60-61).

*El Castellano*, para remate, tan sólo dedicó dos editoriales al desarrollo de la Conferencia de Algeciras. Su servicio de informaciones telegráficas vuelve a ser, además, el más deficiente entre los periódicos manejados. En el primero de esos editoriales, se sugería que la reunión debía ser suspendida ante la falta de voluntad, de inteligencia, y la pereza mostrada por los plenipotenciarios: “Los delegados debían ya haber hecho sus maletas sin inconveniente alguno. Pero, sin duda, quieren prolongar su temporada de recreo [...] porque no son ellos los que pagan la cuenta del hotel” (“H.”, *EC*, 09-03-1906).

En el segundo, “H.” re incidía en que las conversaciones transcurrían con demasiada parsimonia y con perjuicio directo para los intereses españoles:

Durante este tiempo Europa ha esperado impaciente: todo está suspendido y la vida normal no se puede restablecer, porque los diplomáticos de por allá se conducen como gitanos negociando la venta de un caballo [...] Y nosotros, con gran detrimento de nuestros intereses, estamos con la boca abierta y el alma en un hilo, esperando el fin de esta pueril comedia (“H.”, *EC*, 24-03-1906).

Una nada disimulada irritación es lo que se desprende de ambos artículos. Tanto la diplomacia francesa como la alemana actuaban por amor propio, con enorme terquedad y, mientras tanto, al gobierno español le tocaba esperar, a la par que los ciudadanos se desentendían del desarrollo de las sesiones por puro aburrimiento. El paralelismo ideológico más próximo que, otra vez, cabe establecer es con *La Época*. Su pesimismo, reflejo del propio del Partido Conservador –y, sin embargo, *El Castellano* apenas se identificaba con el programa de este partido, aunque el partidismo condujese a coincidencias puntuales–, quedaba patente aquí: “Habremos de poner todo nuestro empeño en el mantenimiento del *statu quo* y en impedir que prosperen en daño nuestro los proyectos de internacionalización de Marruecos, que acarician determinadas potencias” (*LE*, 10-01-1906).

La acción francesa estaba, de hecho, totalmente condicionada por la pretensión de garantizar su asentamiento en Argelia. Pero

Francia no podía decantarse por la simple penetración armada en Marruecos, ya que ello alteraría de modo muy notable el equilibrio de fuerzas en Europa. Aún así, los franceses incumplieron sistemáticamente su compromiso de respetar la soberanía del sultán y, en su lugar, provocaron a los cabileños para justificar acciones de represalia. Gran Bretaña, por su parte, se conformaba con apoyar los esfuerzos galos orientados al quebrantamiento de la Triple Alianza. Había sido la primera potencia capaz de alcanzar un tratado comercial con el sultán en 1856. Pero sus intereses en el Sultanato siempre fueron económicos y estratégicos: utilizaría Marruecos como moneda de cambio, con la única condición de que se garantizase la seguridad de Gibraltar. Más allá de esta prevención, sus intereses coloniales se asentaban en el Pacífico.

Se concluye, así pues, que el seguimiento que los rotativos salmantinos hicieron de la Conferencia de Algeciras resultó discreto. Sus informaciones fueron mucho más pobres que las vertidas en los periódicos de otras ciudades, sobre todo, las costeras. Quizás, aventuramos siguiendo los juicios de Segismundo Moret, porque el beneficio económico que Marruecos podía reportar a Salamanca era apenas percibido por esas familias y redes clientelares que manejaban la prensa periódica. Únicamente, Morais calificó a aquel país de “suculento plato”, pero valía la pena renunciar a él si con ello se evitaba una contienda. Por entonces, el imperio jerifiano ni siquiera era contemplado como un posible destino para los emigrantes.

Pero, a decir verdad, y esto es lo que se considera más importante, tampoco se presagiaba que Marruecos acarrease gastos para los salmantinos. Ninguno de los telegramas ni editoriales comentados refleja ya miedo ante los posibles compromisos que España adquiriese en África. Se estaba iniciando un viraje en todas las opiniones publicadas: no solamente el *statu quo* marroquí era improrrogable, sino que se daba por sentado que el amargo recuerdo del 98 debía reducirse a eso: un triste episodio que no condicionara el quehacer diplomático.

Aunque reacio, *El Socialista*, fijándonos de nuevo en la prensa nacional, también percibía este fenómeno y no podía dejar de subrayar el carácter imperialista del mismo (*ESO*, 19-01-1906). Eso sí, celebró el final del “soporífero” intercambio de puntos de vista porque “no

han hecho sino adoptar unos cuantos acuerdos anodinos y sin ulteriores consecuencias” (*ESO*, 06-04-1906). El pesimismo del monárquico *ABC* obedeció, en cambio, a otras razones. El periódico de Luca de Tena cuestionó la eficacia de la reunión por carecer de la participación del pueblo marroquí: “No sirve de nada contar con la voluntad de uno que se llama soberano, si no se está de acuerdo con el otro soberano, el soberano pueblo” (*ABC*, 07-01-1906). Igualmente, este rotativo se quejó por el ambiente de indiferencia general: “No es posible que un país tenga firme y fecunda política exterior cuando en ésta participan sólo jefes de Estado y ministros” (*ABC*, 09-01-1906).

A España, la Conferencia le sirvió para fortalecer sus vínculos con la Entente, sellados además con el matrimonio entre Alfonso XIII y una princesa inglesa en mayo. También el 23 de febrero de 1907 se firmaría un nuevo acuerdo franco-español relativo a la policía: Tánger y Casablanca quedarían divididas en dos zonas. A los instructores españoles les correspondería la zona urbana de Tánger y la extraurbana de Casablanca, mientras que los franceses se ocuparían de la extraurbana de Tánger y la urbana de Casablanca. Este convenio, sin embargo, pasó totalmente inadvertido entre los cronistas locales.

### **3.3. LA OPINIÓN PÚBLICA, TESTIGO DE LOS ACUERDOS DE CARTAGENA**

Absolutamente inmersos ya en la dinámica de la bautizada como “paz armada”, la búsqueda de una garantía internacional para las posesiones insulares españolas se presentaba como un problema acuciante a ojos de los políticos. Había sido una de sus recurrentes preocupaciones desde 1898; pero debido, sobre todo, a los deseos expansionistas germanos, estaba adquiriendo ahora tintes muy dramáticos. La explicación residía en que el desarrollo de un fuerte poder naval requería tiempo, así que se imponía, como inmediato remedio, la obligación de alcanzar una fórmula diplomática que satisficiera las necesidades defensivas del país.

Ése fue, precisamente, el deseo del gabinete Maura en la reunión de Cartagena. Los salmantinos fueron testigos del protocolario encuentro, protagonizado por Eduardo VII de Inglaterra y

el rey Alfonso XIII, a través de *El Adelanto* y *El Lábaro*. *El Castellano*, en esta ocasión, se mantuvo completamente al margen.

A pesar de la trascendencia de la entrevista regia, en la prensa de signo liberal apenas se llega a intuir la significación del evento: Rivera, de hecho, tan sólo dio cuenta de los aspectos más frívolos del mismo (Rivera, *EA*, 08-04-1907). Mencionó que la visita había concluido con una muy pomposa cena a bordo del yate inglés y con una breve entrevista de tan sólo quince minutos entre los reyes. Pero acerca de su contenido, nada sabía (Rivera, *EA*, 10-04-1907).

En el mismo ejemplar se compensaba esa carencia informativa ante los lectores mediante la reproducción, en primera página, de un esclarecedor editorial de *La Época*. Poco le importaba al periódico de Núñez Izquierdo, acostumbrado a comulgar con las ideas de republicanos y liberales, conceder la máxima autoridad en esta materia al órgano oficioso del maurismo. En ese artículo se reconocía, para empezar, que la cita dinástica era el tema de todas las conversaciones políticas; además, se insistía en la idea de que España necesitaba fortalecer su posición internacional y Marruecos debería asumir un protagonismo básico en tal cometido:

España, no obstante sus desgracias, y a pesar de sus enormes quebrantos, tiene todavía en el mundo una importantísima representación [...] Por su posición en el África occidental, y por sus incuestionables derechos en Marruecos [...] Las aclamaciones del pueblo de Cartagena, llevan la voz de todo el pueblo español (*EA*, 10-04-1907).

En otras palabras, el descalabro del 98, ese enorme quebranto, no era tan severo como inicialmente se creyó, pues España, por sus derechos históricos en Marruecos y por su posición geográfica, estaba llamada a desempeñar una importante tarea en el juego entre las potencias europeas. Naturalmente, el respaldo de la opinión, que se daba por descontado al juzgar el entusiasmo reinante en Cartagena, se esgrimía como pretexto para justificar la conocida anglofilia del presidente, Antonio Maura.

Si algo más se pudo conocer sobre la entrevista entre Eduardo VII y Alfonso XIII, fue transcurridos unos días después de la misma: el 12 de mayo el infatigable Alfredo Rivera reseñaba un artículo de *Le Temps* en el que, curiosamente, se recalcaba el protagonismo diplomático del rey español y en el que León y Castillo, el embajador español en París con una dilatadísima experiencia en asuntos marroquíes, era presentado como su brazo ejecutor (Rivera, *EA*, 12-04-1907). Asimismo, al mes siguiente de hacerse efectivo el intercambio de notas diplomáticas –ése fue el cometido real del encuentro–, se intentaba ahondar en el significado de las mismas y transmitirlo a los lectores (Rivera, *EA*, 17-05-1907). *El Adelanto* empleaba el consabido encabezamiento: “Desde París llegan importantísimas noticias...”. Pero, ¿por qué “desde París”?

Se hablaba abiertamente, y a pesar del desmentido por parte del ministro de Estado, Allendesalazar, de la existencia de un “arreglo” –no pasemos por alto la ambigüedad del término: se sabía que no era una alianza– entre Francia, Inglaterra y España con el objeto de mantener el *statu quo* en las posesiones del Mediterráneo y asegurar las buenas comunicaciones entre los dominios españoles en este mar y en el Océano Atlántico. Pero aquí concluían las explicaciones del diario liberal sobre la reunión entre monarcas. No obstante, su gestación había resultado de lo más laboriosa, hasta el punto de provocar algunas disputas entre las grandes socias de la Entente por granjearse la neutralidad española frente a Alemania (Rosas Ledezma, 1981, 214-229).

La existencia de las notas, de manera oficial, sólo se comunicó el 15 de junio a los gobiernos de Roma, Viena, Berlín y San Petersburgo. Es por este motivo que *El Adelanto* no pudo referir el contenido de las mismas anteriormente. Y tuvo acceso a él a través de la prensa francesa, pero no mediante los cauces españoles. La opinión pública, no sólo la de Salamanca, de nuevo estaba siendo abandonada por sus mandatarios. Las acusaciones de negligencia llegaron, en esta ocasión, a escucharse en el Parlamento porque el convenio no se leyó allí íntegramente hasta el 25 de junio de 1907.

*El Lábaro* únicamente se refirió a la cita real celebrada en Cartagena en dos ocasiones. Lo hizo, eso sí, con muchísima contundencia, plasmando su indisimulada oposición hacia el proceder



de casi todos sus colegas. Al día siguiente del encuentro, en su primera página, aparecía el siguiente editorial:

Un cielo azul y un mar más azul, sirvieron de fondo a aquel cuadro imponente, en el cual nuestro Giralda, seguido de dos torpederos que parecían otras tantas miniaturas, eran recibidos amorosamente por seis monstruosos acorazados y varios cruceros [...] ¿Qué tal, lectores? Esto es encomiar la marina española y hacer literatura internacional. Y así son de precisas y determinadas las noticias que hoy publica la gran prensa (*EL*, 10-04-1907).

El recurso al sarcasmo no era, obviamente, más que el instrumento para denunciar que la reunión de Cartagena estaba resultando un gran negocio periodístico, pero políticamente constituía todo un misterio. Proseguía el reportero haciendo hincapié en los perjuicios derivados de su subordinación ante la prensa madrileña. Denunciaba que esa restringidísima y tan puntual canalización de la información diplomática –desde los ministerios a un limitado número de periodistas acreditados– constituía una forma de censura. El cronista provinciano únicamente podía alimentarse de rumores; se le forzaba a no interesarse por asuntos más allá del precio del pan y el alquiler de la vivienda; y, evidentemente, como corolario, no podía precisar si Eduardo VII y Alfonso XIII se habían dedicado a confirmar la ocupación francesa de Uxda; o a adoptar una posición común sobre política armamentística de cara a la próxima asamblea de La Haya. No quedaba otro remedio que esperar.

El segundo editorial de *El Lábaro*, publicado en junio de 1907, también después de la difusión de las notas, ponía de relieve el hecho de que entre la opinión pública se estuviese extendiendo la idea de que España necesitaba una alianza con una gran potencia; algo que este diario juzgaba sumamente perjudicial. Los recelos ante los franceses y, más si cabía, ante los ingleses eran enormes entre los miembros de esta redacción. Se temía que intentaran aprovecharse de la buena situación topográfica española.

Obligado parece detenerse en este hecho: el palpable partidismo de las noticias que hasta el momento había remitido la

Agencia Fabra es por completo rebatido cuando son los periodistas de la casa los que toman directamente la pluma. Pero no es un cambio repentino. Recuérdese que durante la celebración de la Conferencia de Algeciras, este rotativo ya había solicitado los servicios de Mencheta. ¿Acaso no estaba intentando liberarse de la excesiva tutela informativa francesa? Creemos que sí. Además, las evidencias serán mucho más claras en los años venideros. Por el momento, en 1907, esto escribía uno de sus columnistas: “Nosotros creemos que ni la alianza con Inglaterra, ni la alianza con Francia nos ha de ser útil [...] Debemos procurar nuestro engrandecimiento por nuestros propios esfuerzos” (*EL*, 18-06-1907). Se jugaba, a continuación, con el amargo recuerdo del 98, pero no tanto para preconizar una política internacional aislacionista, que también, sino para atizar la llama del odio contra la Entente.

La valoración conjunta de estas informaciones no reviste complejidad alguna. La redacción de *El Adelanto* no le dedica al evento casi ningún comentario propio. El periódico de Núñez Izquierdo prefiere escudarse en los argumentos de *La Época* y *Le Temps*. *El Lábaro*, al contrario, se muestra mucho más preocupado por las consecuencias de la reunión y se atrinchera en la idea de que Marruecos constituye un “coto privado” de España.

Buena parte de la historiografía reciente sigue sosteniendo, no obstante, que la reacción interna tras el encuentro de Cartagena fue muy positiva (Allendesalazar, 1990, 60; Sánchez Sanz, 2006, 631). Sin embargo, basta con fijar la atención en una capital de provincia, Salamanca, para comprobar que esa armonía de pareceres no fue tal: el desconocimiento y el rechazo estuvieron muy presentes en las páginas de la prensa local. La explicación parece lógica: el acceso a la información sobre el extranjero estaba plagado de obstáculos; y el lenguaje empleado en las notas y amplificado, cuando se pudo, por los periódicos, repleto de eufemismos. Indescifrables para una inmensa mayoría de la población –no encontramos editoriales con una vocación pedagógica, en los que se detallan y expliquen las cláusulas de los documentos–, estimamos que el deseo de respetabilidad internacional tuvo un alcance muy limitado. Porque en una ciudad empobrecida, con tantas desigualdades sociales y con un apabullante problema higiénico, como lo fue Salamanca, las preocupaciones de sus gentes eran, forzosamente, mucho más terrenales.

Sea como fuere, en Cartagena se consiguió robustecer la seguridad de los puntos estratégicos españoles ante Alemania, pero también la política exterior española quedó más sometida a los intereses de la Entente. El problema surgiría cuando la cuestión marroquí dejase de percibirse como una empresa obligada (algo más palpable en el discurso –no tanto en la obra– de los conservadores que en el de los liberales) para transformarse, ya sin tapujos, en un objeto de deseo imperialista.

### 3.4. EL DRAMA DE CASABLANCA

Después de la Conferencia de Algeciras, la violencia, alimentada por la xenofobia, alcanzó en el territorio marroquí proporciones inauditas. Quizás, para los anales de “nuestra” historia, la más perfecta encarnación de ese tempestuoso proceder venga de la mano de El Raisuni, un intrépido personaje que, mediante la extorsión, había obtenido de Abd-el-Aziz el cargo de gobernador de Fahs, la cábila más próxima a la europeizada Tánger.

En el devenir de Marruecos, en cambio, la insurrección de los hafidistas revestiría bastante mayor peso político. A diferencia de El Raisuni, el patriotismo de Muley Hafid no ofrecía todavía dudas para sus correligionarios. Su capacidad de liderazgo le condujo a encabezar una rebelión más coherente contra su débil hermano, el sultán, y contra los “perros cristianos” (luego tanto más bochornosa resultó su claudicación ante los franceses). Los conocidos como “sucesos” de Casablanca, inspirados por algunos de los agentes de Hafid, formalizarían esa rebelión contra el extranjerizante gobierno de Fez. Pero, sobre todo, harían más tangible el sueño colonial francés.

Estos incidentes sí despertaron la atención de la gran prensa y, de igual modo, de la de provincias. No porque se debatiese el futuro del Sultanato; no. Marruecos servía como termómetro de las tensas relaciones europeas y los acontecimientos de Casablanca apuntaban hacia un muy ostensible tambaleo en el juego de equilibrios. Un juego en el que España entraba con muy mermadas facultades. Por eso en *El Adelanto* y también en las páginas de *El Lábaro* las referencias al estado de enorme inquietud reinante entre la población fueron la

tónica dominante. Por otra parte, las denuncias del caos informativo también fueron continuadas.

El gabinete francés había decidido aprovechar cualquier desorden interno para ampliar su control sobre Marruecos. Consideraba ya el Acta de Algeciras como papel mojado y la constitución de una policía indígena, como una idea utópica. Por eso en mayo de 1907 tomó Uxda; y en agosto del mismo año (para ser precisos, entre el 31 de julio y el 7 de agosto), pretextando el ataque sobre unos obreros europeos, bombardearía y ocuparía Casablanca.

Desde *El Adelanto*, un anónimo columnista sentenciaba que España no podía renunciar a la defensa de sus intereses en Marruecos y subrayaba que había que actuar junto con Francia “porque a ello obliga la política que ambas naciones vienen siguiendo en Marruecos antes y después de la Conferencia de Algeciras; pero sin que ello indique subordinación, remolque ni nada de esas cosas que por afán de oposición se dicen” (*EA*, 07-08-1907).

En esta ocasión no había paralelismo posible con *El Liberal*. Ni muchísimo menos con *El Socialista* (*ESO*, 16-08-1907). Del primero procede este fragmento: “España, si en efecto toma parte en la empresa, se convertirá en una Celestina vulgar, que no actúa de aliada, sino de encubridora” (*ELI*, 03-08-1907). Sí que se halla similitud, en cambio, con los presupuestos de *La Vanguardia*: “La penetración pacífica no pasa de ser un generoso buen deseo [...] Una experiencia lamentable ha venido a demostrar que el límite de esas penetraciones son el amparo de las fortalezas y los cañones” (“C. C.”, *LV*, 04-08-1907). Hasta los propios alemanes, argumentaba este diario, entendían que Francia y España interviniesen en Marruecos (Riera, *LV*, 07-08-1907). También *El Imparcial* apelaba a una “obligada represión” (*EI*, 11-08-1907). Y a esta corriente se sumaba, del mismo modo, *ABC* (Ovilo, *ABC*, 04-08-1907).

Era significativo el hecho de que el rotativo local no explicase en qué consistía el problemático contexto internacional; no se detallaban cuáles eran los intereses de España en Marruecos; y tampoco se aclaraba la razón por la cual Francia había tomado la iniciativa en Casablanca. En otras palabras, no se ilustraba a la opinión salmantina; únicamente se le adoctrinaba. Para terminar, el

informador reproducía un enorme fragmento tomado de un editorial de *El Imparcial*. Se diría que, nuevamente, ante la falta de conocimiento entre los redactores locales sobre los asuntos marroquíes, se buscaba el enjuiciamiento ajeno.

En el caso de *El Lábaro*, el 3 de agosto, F. Romero informaba del asesinato de seis franceses, tres españoles y un italiano a la par que recalca el enorme alcance político de la noticia. Presumía que, en poco tiempo, se comprobaría cómo el Acta de Algeciras iba a imponer un enorme sacrificio para España. Ni Francia ni Inglaterra, a juicio del redactor, estaban cumpliendo su compromiso, ya que ninguna prisa se daban para organizar la policía y para crear un banco internacional. E iba más allá el redactor en su caza de brujas, al sacar a colación el asesinato del doctor francés Mauchamps:

Si no demostráramos energía, nuestros conciudadanos en el imperio marroquí dirían y con razón que cuando se asesina un francés, una ciudad pierde su independencia... cuando se asesina a tres españoles, todo se arregla con discreteos diplomáticos (Romero, *EL*, 03-08-1907)

El mensaje resultaba clarísimo: había llegado el momento de prescindir del Acta de Algeciras y aventurarse a la conquista del Sultanato. La opinión que se estaba defendiendo no difería demasiado de la sostenida por *El Adelanto*: se cree en una política más activa en Marruecos. Pero ésta se sustenta en juicios distintos y el tono persuasivo es más potente que el empleado en el diario liberal: no se confía en la cooperación con Francia; sino que se da por sentada su enemistad, su deseo de arrebatar los indiscutibles derechos históricos españoles al sur de Tarifa.

Como cabía adivinar, en efecto, la república era el país que más comerciaba con este enclave atlántico, a pesar de que la colonia de españoles constituía la mayor de la urbe: “España era en tiempos no muy lejanos la única nación que comerciaba con Casablanca y hoy se ha quedado a la zaga no sin vergüenza y baldón para nuestro honor nacional” (*EL*, 07-08-1907). Una vez más, la histórica rivalidad entre vecinas era instrumentalizada para instigar a los lectores a respaldar una intervención decidida en Marruecos.

Sin embargo, a juicio de *El Lábaro* –que nuevamente contrata los servicios de la Agencia Mencheta–, el mayor problema al que entonces se enfrentaban los españoles era la desorientación gubernamental. La reserva ministerial así como un viaje de Maura a Alemania, con escala en París, inquietaban excesivamente a la opinión salmantina.

El encrespamiento de ánimos que la cuestión marroquí estaba suscitando era, con certeza, más notorio de día en día. El 8 de agosto, un columnista local –los que, por norma, no firmaban– anunciaba en *El Adelanto* abiertamente la pronta terminación del problema por la vía del conflicto:

El problema marroquí toca a su solución definitiva, y lo que comenzó bajo auspicios pacíficos en la Conferencia de Algeciras parece que terminará violentamente, según dejan adivinar las tropelías cometidas por los moros, las revanchas que en Uxda y Casablanca se ha tomado Francia, y el deseo de las naciones todas de civilizar Marruecos por buenas o por malas [...] No puede resolverse la cuestión planteada sin la cooperación de España, que tiene títulos mejores que el resto de Europa para defender nuestros intereses [...] Pero es lo malo que la mayoría del país desconfía de la sagacidad de nuestros diplomáticos y la independencia de nuestros estadistas y teme que España vaya a Marruecos, no como astro sino como satélite [...] No sabemos cuál será la opinión que prevalezca en el ánimo de nuestros gobernantes, ni los compromisos que a éstos rodeen. Pero Dios quiera que acierten (EA, 08-08-1907).

La carga ideológica de este artículo era tremenda: moros traidores, franceses ambiciosos, civilismo europeo frente a salvajismo marroquí, derechos españoles, celos de la opinión pública, secretismo diplomático, conquistas imperiales, autismo gubernamental... Empieza a resultar innegable que el Acta de Algeciras se está convirtiendo en un estorbo para Francia y también, de paso, para España.

El diario estaba anunciando el avance hacia una política de cooperación militar franco-española. Sin embargo, también *El Adelanto* reconocía que la opinión pública salmantina era contraria a la misma. La explicación: Maura era contemplado como un político muy perspicaz, pero también como un hábil encantador de serpientes en el que no se podía confiar. Hasta el momento, esa política, tan suya, de hacer de “perro del hortelano”, estaba resultando contraproducente: la fórmula del *statu quo* era ya del todo insostenible, y Francia avanzaba con pasos de gigante en Marruecos.

Durante los días siguientes, en efecto, se suceden las comunicaciones y telegramas en los que se recalca que lo ocurrido en Casablanca es transitorio, que la intervención está plenamente justificada, que se actúa de común acuerdo y que ambos países respetarán lo pactado en la reunión internacional (Rivera, *EA*, 08-08-1907). El objetivo parece muy claro: infundir calma al pueblo ante lo que se avecina.

¿Asumió este periódico local como misión propia, como un compromiso patriótico, lograr el asentimiento público ante los sucesos de Casablanca? Muy probablemente, sí. El diario se hizo eco de cierta campaña entre la prensa inglesa en la que se denunciaba el comportamiento de algunos periódicos españoles por animar a Maura a eludir sus responsabilidades en Casablanca y censurar el envío de tropas. Sin duda, se adivina, el ataque iba dirigido a *La Época* por sentenciar que “España debe llegar estrictamente al cumplimiento de su deber, pero sin dar un paso, ni hacer siquiera el ademán de darlo por el camino de las aventuras” (*LE*, 07-08-1907). A modo de respuesta, los esfuerzos del liberalismo salmantino se encaminaron en el sentido contrario: la acción franco-española era, por descontado, una obra civilizadora que, de ningún modo, podía ocasionar protestas de otras potencias y sus antecedentes se hallaban en el asesinato del doctor Mauchamp (*EA*, 09-08-1907).

Muy ardua parecía la tarea que tenía por delante *El Adelanto*. ¿Cómo podía apaciguar a la opinión salmantina cuando la situación se agravaba por momentos? ¿Cómo no dudar sobre la conveniencia de intervenir en los asuntos marroquíes de la mano de Francia? Obviamente, en el seno de la misma redacción surgirían escisiones porque no era una tarea sencilla contemporizar con el proceder galo.

La posición internacional de España era sumamente frágil. Para colmo, un nuevo y brutal bombardeo francés, de casi cuatro horas de duración, se registró el día 7 de agosto: las noticias llegaban con enorme desorden (incluso, se confunden las fechas), pero todas coincidían al subrayar que Casablanca había sido prácticamente arrasada:

La opinión pública se muestra alarmadísima [...] La debilidad que padecemos y la poca o ninguna fuerza de nuestras palabras, que no encuentran resonancia en parte alguna, legitiman y fundamentan el estado de alarma que reina en la opinión de nuestro pueblo. Témesse y con razón que Francia nos arrastre [...] Fin que hará caer sobre nosotros los celos y enemistad de la poderosa Alemania, deseosa de hallar un pretexto para entendiérselas con Francia (EA, 10-08-1907).

Sin duda, se estaban ya poniendo en entredicho las verdaderas motivaciones de la política francesa en Casablanca porque podían alimentar los intempestivos arranques del káiser Guillermo II. Diríase que la redacción de *El Adelanto* empezaba a compartir ese discurso de la oposición, al principio refutado, que denunciaba la subordinación de la política maurista ante la república vecina.

A España, por descontado, no le convenía ese conflicto, aunque se daba la paradoja de que la inteligencia entre ambos gigantes industriales tampoco le beneficiaba en modo alguno. Es la deducción que se extrae de la referencia a ese “pretexto para entendiérselas con Francia”. En la ecuación no aparecía España porque el articulista presumía que Francia negociaría a costa de la zona de influencia española. A fin de cuentas, ya lo había hecho en 1904 con Gran Bretaña. Pero, ¿sabrían entenderlo así los lectores salmantinos?

Es el pánico ante el agravamiento del conflicto el que alimenta ese cambio ideológico en las entrañas del rotativo liberal, al menos, entre algunos de los redactores:

Los sucesos de Marruecos han servido para demostrar, una vez más, que los vicios de nuestro país



son eternos; que la historia, con sus tremendas lecciones, nada nos ha enseñado [...] Mientras la guerra con los Estados Unidos, era cada periódico un tratado de estrategia y cada español un consumado táctico, y en tertulias y cafés diseccionábase la marcha de las operaciones y las negociaciones diplomáticas [...] Lo mismo ocurre ahora [...] y casi todos tratan esta cuestión, que debiera ser nacional, bajo el estrecho prisma de los intereses de partido. Y como nadie sabe qué compromisos tienen contraídos los actuales gobernantes [...] parécenos que ser la mejor que discutir esperar (*EA*, 14-08-1907).

Aparece aquí ese estratega de café al que aludíamos en las primeras páginas de este trabajo. Éste no hace sino amplificar el desorden informativo ya existente. Y, mientras, el diario liberal prefiere llamar a la calma y se esfuerza por presentarse a sí mismo como un observador imparcial.

La fractura ideológica también se observaba en el tratamiento que se le dispensa a las tropas dirigidas por el general Drude, convertido en la práctica en el director de la misión africana –sobre el papel, la autoridad correspondía al comandante Magin, por la parte francesa, y al comandante Santa Olalla, por la española–. El columnista Bernardo Navarro achacaba al general francés un comportamiento muy cauteloso al rebasar los límites de Casablanca y solicitar un refuerzo de casi 20.000 hombres (*Navarro, EA*, 14-08-1907).

Paradójicamente, otro columnista, “Fray Lesco”, reflexionaba, casi al mismo tiempo, sobre la torpeza de Francia motivada por su exceso de agresividad. Perseveraba el reportero en la idea de que Algeciras no había autorizado a los galos para proceder como lo estaban haciendo y concluía: “Y no es lo malo que don Quijote ande suelto en Marruecos, si no fuera con las intenciones de Sancho Panza, esto es, tras el gobierno de la consabida ínsula” (“Fray Lesco”, *EA*, 20-08-1907).

La interpretación que del Acta efectuaba Francia resultaba muy violenta. Teóricamente, repetimos, a esta república le correspondía la

instrucción de la policía interior, mientras que España era la responsable de la seguridad extramuros. Por eso ella había tomado la iniciativa después de los asesinatos habidos en el puerto. Sin embargo, el salvaje bombardeo de Casablanca había desatado el odio. La Chauia reclamaba venganza y Drude se disponía a responder. En semejantes circunstancias, a España le resultaba imposible garantizar el orden en los alrededores de la ciudad.

El destacamento español tenía tajantes órdenes de no participar en la pugna. Así que la indignación entre la tropa y la oficialidad, forzadas a la inactividad, aumentaba al ser objeto de mofa en la prensa europea. Las protestas de Santa Olalla nunca serían escuchadas y, finalmente, a principios de noviembre, tras varios rifirrafes con Maura, el comandante fue remplazado por el teniente-coronel Fernández Bernal. Éste permanecería en Casablanca hasta septiembre de 1908, pero su gestión ya no sería objeto de la atención mediática. Drude, además, también sería sustituido por el general D'Amade, quien continuaría atrapado en una brutal contienda (y, a su vez, sería desplazado por Lyautey en 1912). La presencia francesa en Casablanca, otro peón derrotado, se prolongaría hasta 1956.

Para seguir ilustrando esa escisión en el diario liberal, se debe señalar que mientras, a mediados de agosto de 1907, se inserta un artículo absolutamente premonitorio sobre las posibles consecuencias de la creciente oposición socialista al envío de soldados a Marruecos y la necesidad de abolir el sistema de redención en metálico, otro corresponsal diserta sobre la colosal riqueza del Sultanato y la lógica necesidad de colonizarlo.

El sistema de reclutamiento militar era sacado a colación para comentar la exitosa campaña del “¡O todos o ninguno!”, iniciada pocos días antes por el órgano del PSOE (*ESO*, 09-08-1907). Y es que los problemas de Casablanca estaban sirviendo como acicate para solicitar la reforma del mismo:

La contribución de sangre, la más tremenda y costosa, no debe gravitar sobre una sola clase social, ni debe encargarse de defender todo a los que nada tienen, y además comprenden peor que sus conciudadanos, por el estado de incultura en que se hallan, lo honorífico y

grande de la misión que se les confía. El servicio militar debe ser prestado por todos, directa y corporalmente, aunque se arbitre la forma de hacerlo llevadero (*EA*, 19-08-1907).

Parecía seguro que los proletarios serían los que más morirían en la lucha y, además, los más explotados en sus trabajos para sufragar los gastos de la contienda. Constituía para ellos un agravio ver cómo los hijos de las clases más favorecidas resultaban exonerados del servicio gracias al pago de un sustituto o bien de una cantidad en metálico. Habría que esperar, sin embargo, hasta 1912 para que se estableciese la universalidad de la prestación militar. Aunque su alcance real se vería limitado por la creación de la figura del “cuota”.

Frente a este compasivo editorial, otro cronista responsabilizaba al conjunto de los españoles de tener un concepto equivocado de Marruecos y sus gentes. La riqueza del Sultanato, particularmente de su subsuelo, era enorme y España debía aprovechar el momento de extrema debilidad por el que atravesaba Abd-el-Aziz: “Las riquezas del subsuelo, si bien inexploradas, se consideran fabulosas; pues hay en él indicios ciertos de antimonio, estaño, hierro, piorno, mercurio, níquel, zinc, cobre, plata y platino, y yacimientos de petróleo, fosfatos, mármoles, nitratos, etc” (*EA*, 19-08-1907). ¡Por fin salió a la luz pública el asunto de las minas! Y, por fin, también, encontramos un editorial en el que se aclaran cuáles son los posibles intereses económicos de España en Marruecos.

Autores como Morales Lezcano han hecho bastante hincapié en la idea de que el capital minero de Marruecos constituyó un “cebo apetitoso” para los grupos de presión financieros (Morales Lezcano, 1976, 71-75). Sin embargo, esta producción fue drenada en su mayor parte hacia otros países europeos. A decir verdad, el gran negocio español en Marruecos sería el abastecimiento del Ejército colonial y de los colonos. España intentaba encontrar, de esta manera, un mercado con el que sustituir al americano, y al mismo tiempo, y por extraño que resulte, continuar la misión evangelizadora iniciada por los Reyes Católicos (Aziza, 2003, 69). Por todo ello, nosotros nos planteamos hasta qué punto si, más que un “cebo” para los empresarios, las míticas riquezas del Rif fueron un pretexto esgrimido

por el capitalismo español para persuadir a la opinión pública de la conveniencia de ir a África.

Mientras tanto, los combates en los alrededores de Casablanca no amainaban y la situación también se tornaba muy dramática en Fez y Alcazarquivir. Además, arreciaba la campaña de comentarios insidiosos en la prensa inglesa y francesa contra el comportamiento de las tropas españolas. La acusación de cobardía e indecisión, particularmente machacona en el caso de *Le Fígaro*, con todo, aún a voluntades en la redacción de *El Adelanto*. Nada tiene esto de inesperado o sorprendente. Al contrario, se trata de un fenómeno al que ya se aludió, aunque muy de pasada, en páginas anteriores; la expansión colonial sirve como alimento de la propaganda nacionalista:

En el primer choque que ocurrió en Casablanca, cuando las cábilas saqueaban la ciudad y degollaban a europeos y judíos, los marinos españoles lucharon como héroes [...] Después, cuando el general francés pretendió hacer que nuestros soldados salieran de Casablanca para embarcarse en una aventura loca y expuesta a riesgos tremendos, hízose arma de la patriótica actitud del jefe de las fuerzas españolas, que se negó á tales propósitos y manifestó que España había enviado sus soldados para defender las vidas y haciendas de sus hijos, pero no para comenzar la guerra contra Marruecos (*EA*, 21-08-1907).

En suma, España estaba cumpliendo irreprochablemente con sus compromisos internacionales, mientras Francia actuaba con absoluta imprudencia. No obstante, el aburrimiento caracterizaba el ánimo de los oficiales españoles tras un largo periodo de inactividad. Desde 1898 experimentaban un estado de enorme desprestigio y su imagen, además, se veía muy perjudicada ante la opinión pública por la tendencia de los gobiernos a recurrir a las fuerzas armadas para mantener el orden en las calles (Ley de Jurisdicciones). Por tanto, parecería comprensible que un gran sector del Ejército se congratulase ante la prometedor aventura marroquí. A pesar de ello, por el momento, Maura los frenó.

En esta difícilísima coyuntura internacional, los primeros rumores sobre la proclamación de Muley Hafid como sultán vinieron a acrecentar el desasosiego público reinante. Pero es muy poco lo que se conoce sobre su persona a través del diario liberal. Las noticias por entonces reproducidas en *El Adelanto* se limitaron a enfatizar su intransigencia religiosa y su buen trato con los alemanes. Sus aspiraciones, sin embargo, constituían un absoluto misterio (*EA*, 21-08-1907 y 22-08-1907).

Unido al silencio ministerial, el diario del conservadurismo católico salmantino, *El Lábaro* denunció reiteradamente sus dificultades para proveer de informaciones a sus lectores. Ni las constantes interrupciones del cable telegráfico entre Ceuta y Algeciras ni el misterio que rodeaba las conversaciones en San Sebastián entre Allendesalazar y el embajador francés le complacían. Atendiendo a los círculos oficiales, lo único que este diario podía asegurar era que Ferrándiz, ministro de Marina, había confirmado la buena disposición española en caso de ser preciso el envío de nuevas tropas a Marruecos. Incluso, si se plantease la necesidad, se podría recurrir a los buques de la Transatlántica (*EL*, 08-08-1907).

Efectivamente, los desplazamientos de tropas se intensificaban y el dramático rumbo que adoptaban los acontecimientos animó a Mencheta a reincidir en sus reproches hacia el Protocolo de Algeciras: éste era el documento que condenaba a España a actuar en Marruecos como auxiliar de Francia (Mencheta, *EL*, 10-08-1907). El dilema, por tanto, que se le planteaba a Maura era muy simple: o abandonar Marruecos o colaborar en la imposición de la paz a cañonazos. Semejante disyuntiva iba acompañada de un muy tendencioso comentario: el comportamiento mostrado hasta el momento por las tropas españolas estaba siendo heroico y las autoridades marroquíes carecían de toda fuerza. De hecho, Muley Hassim, el jefe de las tropas marroquíes en Casablanca, se había visto obligado a solicitar protección francesa. ¿No sería, por tanto, el momento más idóneo para lanzarse a la aventura?

A pesar del desconocimiento de los detalles y de los desmentidos gubernamentales concernientes a nuevos aprestos militares, la opinión pública salmantina respondía a la defensiva. Uno de los redactores de *El Lábaro* se empeñaba, en cambio, en hacerla

vacilar con la vieja estrategia de aplaudir su sensatez y granjearse así su atención y empatía para, a continuación, contradecirla y atraerla hacia sus posicionamientos. Véase, primero, cómo se gana su favor:

Podiera ser que ahora, del brazo de Francia y empujados por Inglaterra, nos lanzáramos a la conquista armada de Marruecos [...] pero, a lo que parece, no está el horno para bollos, ni tenemos ganas de meternos en libros de caballerías. La misma gran prensa rotativa, la acusada por la prensa inglesa de proceder en estos asuntos de Marruecos con demasiada prudencia y timidez, ha vertido en sus columnas gran dosis de palabras prudentes y calmantes (*EL*, 13-08-1907).

Parecía, a priori, que la cautela honraba tanto a los periodistas, cuyo comportamiento nada tenía que ver con el de 1898, como a la opinión pública. Inmediatamente, sin embargo, y como segundo paso para sembrar la duda entre sus lectores, el redactor refutaba las consecuencias de esa venerada prudencia: “Con pies de plomo creo yo que se va cerca, porque son muy pesados. Por eso creo que no iremos más allá de Casablanca, y que desde allí nos volveremos a casita. Y después, que cada cual se arregle como pueda”. El tono empleado en este editorial es absolutamente clave para entender su pretensión: con ese retintín del “nos volveremos a casita” y una aparente despreocupación al aceptar que “cada cual se arregle como pueda”, precisamente, lo que se insinuaba era la necesidad de acompañar a las tropas francesas más allá de Casablanca. Así, mediante estas puntuales filtraciones en la opinión publicada, se intentaba imbuir en la opinión pública el renovado espíritu de la conquista.

Muy a su pesar, este diario hubo de rendirse ante la evidencia y admitir, el 21 de agosto, que no se vislumbraba ningún remedio, nada semejante a un periodo de inacción, ante el problema marroquí: “La civilización a cañonazos no ha entrado en ninguna parte, ni entrará en el imperio del Magreb. Y necias serán las naciones que lo pretendan” (*EL*, 21-08-1908).

*El Lábaro* terminaba por abrazar la idea de que la imposición de la “civilización a cañonazos” no constituía una opción viable. Le sucedería lo mismo, por ejemplo, a *La Vanguardia*: “Lo grave ante el

pavoroso problema que se ha planteado en el Norte de África es que a España le coge la cuestión en la peor época de su historia [...] Ni hay tranquilidad interior, ni hay marina, ni hay un Ejército organizado a la moderna, ni hay espíritu público” (LV, 25-08-1907).

Pero, ¿por qué esa abdicación de sus anteriores planteamientos? ¿Por temor a una intempestiva reacción alemana? ¿O por la desconfianza suscitada por el monumental enfado de la prensa británica ante la excesiva agresividad gala? ¿Se trataba, tal vez, simplemente de impotencia ante el fanatismo? Algunos escritos publicados en el órgano del conservadurismo salmantino a finales de agosto nos animan a inclinarnos hacia la tercera hipótesis barajada: el reconocimiento de la incapacidad para someter a los rebeldes porque los castigos no resultaban eficaces:

Si en Marruecos hubiera una autoridad que se dejara sentir en todo el imperio, importarían poco los sucesos de Casablanca; pero como allí las cábilas que rodean todos los puertos marroquíes se hallan en igual estado de rebeldía y sienten los mismos odios contra los europeos, si hallan ocasión y pueden harán lo mismo que los de Casablanca (Mencheta, EL, 21-08-1907).

Había, con todo, quien defendía el éxito de la “política del palo”: buena parte de los oficiales que prestaban sus servicios en Marruecos. A ciencia cierta, el problema de África se había convertido en el asunto estelar de todos los periódicos, a medida que la solución parecía irse alejando. Casablanca no sólo planteaba a España una cuestión de habilidad militar frente a los marroquíes, sino de efectividad negociadora ante los franceses. Por eso el redactor, Mencheta, concluía solicitando un remedio “noble y airoso”. No explicaba cuál.

Esta situación de tensa espera terminó al conocerse la proclamación como nuevo sultán de Muley Hafid y el recrudecimiento de los combates. *El Lábaro* se hacía eco de la opinión de numerosos diplomáticos, que desconfiaban de su acatamiento de los compromisos de Algeciras. El momento también era aprovechado para la publicación de un cuentecillo sobre la historia de la guerra con marcada intención moralizante:

La guerra huyó de los campos y se refugió en las fábricas y en los astilleros. No pelea ya con los enemigos, sino con sus amigos; no son sus víctimas los hombres, son los presupuestos. Murió la guerra y nació la paz armada [...] Hay que odiar la paz armada más aún que la guerra. La Haya y Marruecos. Mejor es Marruecos. El hombre vestido de pieles y armado de huesos, es más hermoso que el hombre armado de números y arropado con la civilización (Gómez Santiago, *EL*, 29-08-1907).

Era la primera vez que un editorial reconocía, sin ambages, la existencia de una guerra en Marruecos y el lastre económico que ello representaba. Por otro lado, esa mención de que “no pelea ya con los enemigos, sino con sus amigos” constituía una forma discreta de admitir que no se percibía el choque con Alemania como inminente, pero sí que España tenía un muy serio conflicto planteado con Francia por el dominio del país africano.

La excitación e impaciencia pública estaban simultáneamente alcanzando niveles insospechados porque el gobierno continuaba sin realizar manifestaciones públicas:

No deja de extrañarnos un silencio tan antiespañol [...] Aquí donde todo se publica y se vocea y el charlatanismo parlamentario es enfermedad endémica [...] Desde que sonó el primer cañonazo en Casablanca, todos los españoles leídos, y aún los no leídos, se preguntan a voces: ¿Qué hará España? ¿Cuáles son los propósitos del gobierno? Y la prensa, esa gran curiosa impertinente, esa gran consejera más impertinente todavía, ha extremado sus ataques, ha multiplicado sus asaltos [...] Vino el presidente y en vano hemos esperado sus palabras [...] Nos habíamos olvidado que el gran orador dijo una vez: “Yo no gobierno en la calle” (“G.”, *EL*, 30-08-1907).

En efecto, el conocido desprecio de Maura hacia la opinión pública era lo que inducía a ésta a albergar serias dudas sobre el futuro proceder de España en Marruecos.



Como cabía prever, las declaraciones del presidente ante el ilustre africanista, además de médico militar, Felipe Ovilo, para el *ABC* tuvieron una enorme resonancia mediática. Antonio Maura dedicó cuantiosas alabanzas a la prensa, aunque lamentó que algunos periódicos protestasen ante el prolongado silencio ministerial. Aprovechó el mallorquín también para recalcar que España estaba cumpliendo lo pactado en Algeciras y para anunciar que no habría más expediciones a Casablanca: no se perseguían aventuras, pero tampoco el gobierno deseaba sorpresas. Su tono, curiosamente, era más suave que el exhibido por el propio órgano de Luca de Tena. Apenas días antes de celebrarse esta entrevista, éste había argumentado que “si abandonamos todo eso, abandonamos nuestra tranquilidad y nuestra independencia. No es el testamento de Isabel la Católica lo que abandonamos, sino los consejos del gran Cánovas del Castillo” (*ABC*, 20-08-1907).

El líder conservador terminaba su declaración pública describiendo las relaciones con Francia como cordiales; señalando que se habían producido ciertas exageraciones en el relato de los hechos; y apuntando que los planes de Hafid constituían una incógnita (*EL*, 30-08-1907). Tras estas manifestaciones, *El Lábaro* se congratulaba por la coincidencia de pareceres entre gobierno y opinión: “Es cosa vista y probada que la opinión pública no quiere la guerra [...] pero como con hombres como Maura no es la opinión pública la que gobierna [...] de ahí que el pueblo español no las tuviese todas consigo” (*EL*, 31-08-1907). Sin embargo, aún así, un nubarrón seguía cerniéndose sobre el horizonte.

La complejidad de la situación marroquí radicaba, a juicio de este diario, en el carácter ladino de la diplomacia jerifiana y en la ineficaz autoridad del sultán. El hecho de que éste fuese incapaz de castigar a los rebeldes, que de continuo recibían nuevos refuerzos, constituía una violación del Acta de Algeciras y la proclamación de su hermano como sultán agravaba, aún más, el panorama. Por todo ello, la mejor opción para España era no rebasar los límites de Casablanca (*EL*, 09-09-1908). Su destino y el de Francia en Marruecos parecían distanciarse. *El Lábaro*, merced a la colaboración de Mencheta, acabará disculpando la belicosidad francesa y presentando la contienda como un mal exclusivamente suyo:

Hay que no olvidar, que ha dicho un jefe militar, que la acción que Francia está desarrollando en Casablanca no puede despertar recelos en nadie. Después del bombardeo del 31 de julio, los cabileños han atacado a los franceses reiteradas veces con grande encarnizamiento, y era natural que las tropas francesas hicieran lo que están haciendo; atacar para alejar al enemigo, castigándolo severamente (Mencheta, *EL*, 14-09-1907).

Los sucesos de Casablanca suponen para Francia, así pues, el comienzo de una guerra crónica, enquistada, y con gravosos costes humanos. Todavía a principios de 1908 Allendesalazar insistía en la idea de que España únicamente atendería a lo pactado en Algeciras, con independencia de las intenciones del gabinete francés. Sin embargo, su mensaje no dejaba de estar repleto de ambigüedad, pues el ministro aseguraba que no se podía ya desandar el camino iniciado en 1904 y que, por tanto, las metas de España y Francia en Marruecos no podían ser opuestas: “La opinión de que los intereses españoles y franceses en Marruecos sean antagónicos, equivale, en fin, a negar la política que desde 1904 los partidos conservador y liberal, con la adhesión, puede decirse que unánime, del sentir público, vienen siguiendo” (*EL*, 15-02-1908).

¿Acaso no se estaba ya advirtiendo una nueva orientación en la política africana?

Tal vez, ahora el lector pueda intuir por qué en las páginas previas asegurábamos que la opinión pública era un sujeto vivo y muy escurridizo. Realmente, alcanza con examinar la opinión publicada en la prensa local salmantina para apreciar la gran cantidad de estímulos a que aquella, la opinión pública, estaba sometida. Más, de hecho, que los exhibidos en los periódicos de tirada nacional, con posicionamientos menos volátiles. Quizás ése era un lujo que no se podían conceder los grandes órganos de los partidos. Sea como fuere, del hermetismo relativo a la firma de tratados con Francia y Gran Bretaña, se había transitado a una situación caracterizada por el aluvión de equívocos telegramas y contradictorios editoriales, que tan pronto abogaban por el castigo de los marroquíes como predicaban calma. Con seguridad, la cuestión marroquí dejó de ser una

desconocida para los salmantinos. Pero aún no podía ser percibida como una preocupación familiar: éstos ignoraban qué hacía España en Marruecos; e ignoraban casi todo el contenido de los compromisos internacionales. Aunque, eso sí, temían las posibles salpicaduras de la política colonial francesa: Marruecos era un lastre, el precio de esa anhelada reinserción española en la carrera imperialista entre grandes potencias.

Se cree que las lecturas practicadas tanto por *El Adelanto* como por *El Lábaro* de los sucesos de Casablanca guardaron bastantes paralelismos: ambos diarios secundaron, en principio, una intervención española decidida en Marruecos. A escala nacional, sin embargo, las reticencias fueron mayores; y también ambos órganos terminaron por decantarse hacia posiciones más cautelosas. Además, los dos periódicos locales recelaron del silencio ministerial y lamentaron, reiteradamente, el aturdimiento reinante entre la opinión pública salmantina. Finalmente uno y otro se convencieron de que esa desorientación no era tal. Más bien, se trataba de un rechazo silencioso, pero incuestionable, hacia la política exterior de Antonio Maura.

En lo que no coincidían *El Adelanto* y *El Lábaro* era, en primer término, en el tono empleado. Siempre fue más agresivo y directo el segundo diario. Además, fue también muy significativo el hecho de que para este medio católico los incidentes de Casablanca mereciesen tan considerable cifra de editoriales. Con ellos se contrarrestaban los posibles efectos originados por los cada vez más escasos telegramas de Fabra. Por el contrario, *El Adelanto*, guiado por un muy desarrollado espíritu empresarial, intentaba captar lectores con un discurso menos apasionado y acogiendo opiniones más dispares.

En segundo lugar, también difirieron, sobre todo, sus respectivas valoraciones del juego de alianzas internacionales. Defendemos que aquí reside la clave para entender el miedo de la opinión pública salmantina ante los sucesos de Casablanca y su oposición a una intervención militar decidida. Es más, los juicios vertidos en los dos periódicos examinados siguieron una evolución, del todo, antagónica. Y, además, no deja de resultar asombroso el hecho de que se formularsen ahora muchas más reflexiones a propósito del Acta de Algeciras y su significado que en el momento de su firma.

Ciertamente, la actitud inicial del diario liberal hacia los procedimientos franceses fue muy benévola, habida cuenta de que se trataba de una potencia amiga. Pero, con el transcurso de las semanas, se generalizaron las denuncias hacia el sistemático incumplimiento del Protocolo de 1906 y se extendió entre los miembros de la redacción el pánico hacia un posible efecto “arrastre”. De ahí, el retraimiento final.

La prensa conservadora se condujo de modo inverso. Inmediatamente después de producirse los primeros incidentes en Casablanca, el diario católico local inició una campaña propagandística de duras diatribas contra la política expansionista francesa y contra las obligaciones impuestas a España en Algeciras; precisamente, azuzando ese odio contra el país vecino, se intentó convencer a la opinión de la capital del Tormes de la necesidad de no permanecer a la espera; pero, finalmente, a la vista de las muchas complicaciones que a Francia se le planteaban en su avance por la Chauia, el rotativo acabó apostando por la prudencia. De todos modos, el diario se esforzó, de algún modo, en entender el proceder galo, su necesidad de reparar una ofensa. A fin de cuentas, Francia era una aliada en Marruecos y pudiera darse el caso, en un futuro no muy lejano, de que también a España le correspondiese vengar posibles ultrajes.

En cualquier caso, ambos diarios, en diferentes momentos, intentaron atraerse a la opinión pública salmantina hacia la causa colonial mediante la publicación de improperios contra los avances franceses. Y ambos se rindieron a la evidencia: ésta no deseaba secundar las decisiones de la administración parisina. ¿Por qué? Porque el recurso al nacionalismo antifrancés era un arma propagandística muy potente, pero no suficiente. Se necesitaba, como en el siglo XIX, una afrenta contra el honor nacional.

Para concluir, se podrá objetar, por descontado, que la opinión pública lectora era minoritaria (si bien los periódicos, no lo olvidemos, sobre todo se escuchaban), pero, indiscutiblemente, por primera vez, los salmantinos tuvieron a su alcance una información abundante y opiniones relativamente variadas sobre los acontecimientos marroquíes. Desafortunadamente, también cabía achacarle a las comunicaciones un carácter muy caótico.

¿Serviría la campaña militar de 1909 para perfeccionar las técnicas de contraste de la información? ¿Serviría para alentar el debate entre los salmantinos sobre la cuestión marroquí? Y, finalmente, ¿continuarían los redactores locales confundiendo patriotismo y periodismo?



## 4. LA GUERRA DE MELILLA (1909-1911)

### 4.1. LOS ANTECEDENTES DE LA CAMPAÑA MILITAR DE 1909

La campaña de Melilla de 1909 fue el resultado de una gran equivocación y su historia estuvo muy ligada a uno de los cabecillas rebeldes más carismáticos de aquella región: El Roguï.

Coincidiendo con el desarrollo de este conflicto, bastantes jóvenes salmantinos hubieron de trasladarse, por primera vez en el siglo XX, al escenario de la batalla. Es por ello que, desde este momento, la opinión pública local no estaría únicamente expuesta a las opiniones publicadas por redactores y corresponsales más o menos duchos en los asuntos marroquíes, sino también muy atenta a los testimonios de sus soldados y a la actuación de las autoridades. El bienestar de los combatientes, de hecho, se convirtió en una de las grandes preocupaciones de los vecinos de Salamanca y se tradujo en multitud de iniciativas, tanto institucionales como particulares, de carácter solidario.

La prensa local seguirá constituyendo, lógicamente, el principal elemento articulador de la opinión pública salmantina, debido, especialmente, a la inmediatez con la que funcionaba: *El Adelanto*, *El Lábaro*, *El Castellano* y, además, como novedad, *El Salmantino* (el que fuera el antecesor directo de *La Gaceta Regional*).

Contamos, debe recordarse, con dos periódicos de inspiración católica: *El Lábaro* y *El Salmantino*. Pero, lamentablemente, con ninguno obrero. La Iglesia, aunque dividida en dos bandos, asumía un papel dominante en la vida salmantina y actuaba como aglutinante del pensamiento más conservador (Esteban de Vega, 1986, 51-69; Rabaté, 1997). Su gran enemigo político era el Liberalismo y para combatirlo, para rearmarse ante la “amenaza de descristianización” que esa ideología supuestamente encubría, la jerarquía eclesiástica recurrió a la publicística y a la prensa.

El agustino padre Cámara se convirtió en el adalid de la causa. La defensa a ultranza del imperio de la fe sobre el de la razón constituyó la principal motivación entre los miembros de la redacción de *El Lábaro*. Pero también sirvió como abono para su competidor, el semanario integrista *El Salmantino*. Tras la agresión mora del 9 de julio ambos rotativos se convertirían en los más aguerridos defensores en la ciudad de la tesis del desquite, de la cruzada. Curiosamente, renegando de la teoría de la evolución, acabaron defendiendo postulados idénticos a los de los amparadores del darwinismo social: el colonialismo como elemento de progreso de la humanidad.

#### **4.1.1. La ocupación de la Mar Chica**

Comencemos por el repaso muy sucinto de los hechos: la ocupación militar española de la costa marroquí se inició a principios de 1908 con la toma de La Restinga, en el extremo sudeste de la Mar Chica, y el Cabo de Agua, posición que cierra la curva costera en cuyo centro se ubica Melilla. El general Marina, que por entonces era el gobernador militar de la plaza, intentaba de este modo impedir la reconstrucción de una fábrica francesa de armas, autorizada por El Rogui.

Los telegramas de la prensa salmantina recogieron ambas ocupaciones, pero sin concederles demasiada importancia. Lo mismo ocurrió entre los periódicos de la Corte. Tan sólo *El Socialista* se apresuró a subrayar que la conquista “por la forma en que se ha hecho, ha sido meter la mano en el avispero” (*ESO*, 21-02-1908). En el caso de *El Adelanto*, el responsable del servicio telegráfico señaló que la toma de La Restinga se podía explicar con base al incumplimiento de un convenio de 1894 (Rivera, *EA*, 18-02-1908). Porque el sultán había abandonado a sus tropas y se mostraba incapaz de garantizar la seguridad en la zona. Y como la Comandancia de Melilla había de soportar un creciente estado de anarquía, el general Marina había decidido socorrer a la mehallá, facilitando su evacuación, sin que se levantara ninguna voz entre las cancillerías europeas.

Sin embargo, la situación de El Rogui parecía, de día en día, más comprometida. Para poder costear un Ejército que le garantizase su hegemonía, este pretendiente al trono había emprendido una serie de negociaciones con distintos grupos europeos, origen tanto de la



Compañía Norte Africana como de la Compañía Española de las Minas del Rif. Muy interesadas en la riqueza mineral de la región de Beni-bu-Ifrur, ambas obtuvieron el permiso de construcción de un ferrocarril que transportase el mineral hasta el puerto de Melilla. El gobierno español exigió, en efecto, que la salida de metales se hiciera por aquí ya que se había invalidado la idea de una factoría en La Restinga.

La “pequeña operación quirúrgica” sobre este punto geográfico, el 14 de febrero de 1908, preparada con muchas cautelas ante la previsible protesta de El Rogui –por otro lado falsa: tenía que salvaguardar su imagen de rebelde ante sus seguidores, pero se estaba enriqueciendo con las cesiones mineras– quedaba justificada por la inseguridad que amenazaba a la región tras la deserción imperial. En la práctica, con esta ocupación se evitaba el contrabando marítimo en la zona y además España adquiría el control sobre el territorio que atravesarían los ferrocarriles.

El 12 de marzo de 1908 también sería ocupado Cabo de Agua. Las tropas españolas contaron para la realización de esta acción con la aquiescencia de la cábila de Quebdana (Rivera, *EA*, 13-03-1908). Y a decir verdad, la solicitud de auxilio por parte de los quebdaníes fue el nuevo argumento que el gobierno de Maura esgrimió ante Europa para justificar la operación militar. Con la posesión de Cabo de Agua se afianzaba el dominio sobre las islas Chafarinas y, por su cercanía al Muluya, se podían controlar los movimientos franceses desde Argelia y Uxda.

*El Adelanto* pareció entonces comprender la lógica con la que estaba procediendo el general Marina: deseaba una intervención más activa en Marruecos, más inspirada en el Tratado de 1904 que en el Acta de Algeciras y que le liberase de la incómoda situación creada por la presencia de la autoridad de derecho (la mehalla) cuando los tratos con una autoridad de hecho, El Rogui, resultaban más fructíferos.

Paradójicamente, aunque fiel, eso sí, a los constantes titubeos en su línea editorial sobre la gestión de la política marroquí, el mismo periódico seguía recelando de la acción gubernamental porque al país no se le hablaba con claridad:

Poco a poco va enredándose la madeja en el Norte de África [...] España está cansada de aventuras, pero [...] si es necesario, afrontará la guerra, no con entusiasmo, sino por deber, pero para afrontarla, quiere saber a dónde se la conduce y cuáles son los propósitos del gobierno. No es mucho pedir (*EA*, 18-03-1908).

De nuevo, se halla en este editorial esa permanente desconfianza hacia la política exterior seguida por Maura en Marruecos<sup>22</sup>. Pero también se encuentran grandes dosis de resignación. La guerra –y esta es la palabra que se emplea, no la expresión “operación de policía” –ya aparecía a la vuelta de la esquina y, aunque se presumía que iba a distraer muchísimos recursos económicos, se justificaba y se apoyaba, con un estoicismo pasmoso, mientras se le explicase a la nación.

Justificación del proceder gubernamental y conformismo, así pues, son las notas dominantes del pensamiento liberal. A la izquierda en el espectro ideológico, el seguimiento que *El Castellano* efectuó de ambas ocupaciones resultó mucho más superficial: se limitó a la reproducción de algunos escuetos telegramas (*EC*, 15-02-1908), al tiempo que dio cuenta de la cada vez más comprometida situación de Abd-el-Aziz, aislado en Rabat, frente a su hermano Hafid (*EC*, 17-02-1908).

Entre el pensamiento católico y comenzando por *El Lábaro*, Mencheta fue el primero en relatar, brevísimamente, que los españoles habían ocupado la Mar Chica. A pesar de la oposición del los roguistas, no se habían registrado bajas entre los peninsulares, cuyo comportamiento era tildado de heroico (Mencheta, *EL*, 15-02-1908). En los alrededores de Melilla, se insistía, la vida transcurría

---

<sup>22</sup> Un año después, en julio de 1910, Maura se defendería ante el Congreso de aquellas opiniones que le responsabilizaban de haber engañado a la opinión pública, transmitiendo la falsa impresión de que, al igual que en Casablanca, tampoco intervendría en el Rif. Defendió que únicamente pretendió garantizar la soberanía española sobre la plaza de Melilla, pero no pudo explicar por qué se procedió a la ocupación y permanencia en nuevas posiciones (Pérez Molina, 1986, 343-344).

apaciblemente (Mencheta, *EL*, 18-02-1908). *El Salmantino*, en cambio, ni siquiera reseñó los avances, aunque sí comentó el recrudescimiento del movimiento antifrancés en la frontera argelina (*ES*, 07-03-1908).

Lo cierto era que desde enero de 1908, la ciudad de Fez se había proclamado a favor de Hafid. Pero las convulsiones internas de Marruecos seguían sin merecer la atención de la prensa. El sultán, de hecho, abdicó a finales de agosto y Hafid, previa aceptación del Acta de Algeciras, demás tratados y contratos con particulares, fue solemnemente reconocido como la máxima autoridad marroquí por Europa el 5 de enero de 1909.

El fin de esta guerra civil tendría una repercusión inmediata en el Rif: porque a sabiendas de que la ocupación de la Mar Chica se había justificado ante la falta de seguridad en las inmediaciones de Melilla, el nuevo sultán rápidamente prometió ocuparse de imponer orden, condicionándolo al abandono español de la zona. Evidentemente, también estaba determinado a acabar con El Rogui. Refugiado en Taza, con su ausencia se había hecho precisa la paralización de los trabajos mineros.

#### **4.1.2. La Nota franco-alemana del 9 de febrero de 1909, la embajada de Merry y la indisimulada carrera contra Francia**

Cumpliendo con los cánones diplomáticos de la época, en marzo de 1909, una embajada española encabezada por Merry del Val, el representante en Tánger, fue enviada a Fez con el propósito de saludar y reconocer al nuevo mandatario. No obstante, éste no era más que su aparente cometido porque lo que en realidad se trataba de procurar con el viaje era tomar posiciones ventajosas frente a una homóloga legación francesa para asentarse en Marruecos. Se debía, sobre todo, recabar del recién encumbrado sultán la colaboración necesaria para la pacificación de la región melillense, posibilitándose así la reanudación de los trabajos mineros.

Los sectores liberales eran muy conscientes de que, pese a los recientes avances militares, la situación española en las inmediaciones de Melilla era muy débil. El gobierno había quedado una vez más rezagado en la disputa tras la firma de un nuevo acuerdo franco-alemán. De acuerdo con su texto, a la par que se garantizaba la

libertad económica de Alemania en Marruecos, Francia se aseguraba ciertos privilegios políticos allí (Sánchez Sanz, 2006, 648-651). *El Adelanto* rápidamente entendió que ese documento suponía un cese en la “política de alfilerazos” de ambos países: “¿No habrá en Europa un pueblo cuyos intereses económicos y políticos sufran perjuicios a consecuencia de ese convenio? Desaparecido en Marruecos el fantasma de Alemania, ¿se mantendrá Francia dentro de los límites del Acta de Algeciras?” (“X y Z”, *EA*, 16-02-1909).

Los titubeos previos, por tanto, habían desaparecido, cediendo paso a la necesidad de alertar a la opinión pública para adoptar una posición resuelta. Los autores del editorial terminaban reconociendo que “cuando el señor Merry del Val llegue a Fez, Monsieur Regnault ya habrá terminado su misión cerca de la corte de Hafid, y nuestro representante tomará lo que aquél no haya querido”. El tono empleado por los columnistas era de manifiesta inconformidad: se resistían a que España siempre quedase subordinada a los intereses galos en Marruecos. Pero, de modo inevitable, las conversaciones hispano-marroquíes se ralentizaron y la cobertura que *El Adelanto* prestó a la embajada de Merry fue paupérrima. Tal vez, se sospecha, porque el desconsuelo había inundado la redacción. Se estaba perdiendo la fe en una solución pacífica para la cuestión marroquí.

*El Castellano* fue, entretanto, el periódico más consciente de todo lo que se estaba jugando España en aquellas jornadas. Además, excepcionalmente, fue la única publicación que vinculó el fracaso de la embajada de Merry con el precipitado cierre de las Cortes el 4 de junio: “Maura esta vez quiso huir el combate, cuando ya se percibió el olor a la pólvora” (*EC*, 07-06-1909). *El Socialista*, días después, remachaba: “Con el precipitado cierre de las Cortes han relacionado algunos periódicos las noticias circulantes sobre preparativos militares hechos por parte del gobierno para el caso de una intervención en Marruecos” (*ESO*, 11-06-1909). El presidente deseaba tener mayor operatividad ante lo que ocurriese en el Rif. Y, efectivamente, el 9 de junio, el Consejo de Estado aprobó un crédito extraordinario con el que reforzar la guarnición de Melilla, adquirir material de guerra y preparar tres brigadas mixtas.

*El Lábaro*, por su parte, únicamente abordó el tema de la embajada española una vez que ésta había fracasado. También *El*

*Salmantino* prestó su atención al asunto muy tardíamente. Comentando la actitud intransigente de Hafid, aparecía esta afirmación entre las informaciones telegráficas del primer periódico: “Atribúyese esta conducta del sultán a influencias de Francia o al menos de algunos súbditos franceses. Francia no se aviene a dejar la Chauia mientras España no desaloje La Restinga y Cabo de Agua” (*EL*, 12-05-1909). Se estaban justificando, muy discretamente, los preparativos militares del gobierno. Aunque Linares, ministro de Guerra, acababa de negar ante los periodistas que las tropas fuesen a efectuar grandes maniobras en las plazas africanas, resultaba preocupante su esfuerzo por relativizar la importancia del crédito extraordinario de 400.000 pesetas que el ejecutivo acababa de obtener.

En cuanto al posicionamiento de *El Salmantino*, fue el más visceral: no importaban las razones que alimentan la intransigencia del sultán, pero sí que preocupaba el rechazo de la opinión pública hacia las gestiones del diplomático español<sup>23</sup>. Si bien el fracaso no era absoluto, ya que se había confirmado el envío de una embajada marroquí a Madrid. Ante lo que un redactor concluía:

¿Qué sucederá? Ocurrencias desgraciadas no muy lejanas deben servir a la prensa de lección para que, en este asunto tan delicado, la opinión no se extravíe y abandonando toda populachería, ponerse de parte de quien tiene el deber de resolver negocio tan arduo, ayudando a que se termine con la dignidad y acierto convenientes (*ES*, 15-05-1909).

¿A qué “ocurrencias desgraciadas” se estaría refiriendo? Debemos suponer que el redactor estaba recordando los sucesos de

---

<sup>23</sup> La composición de esta Embajada, popularmente bautizada como “la embajada de los curas”, fue muy inadecuada. Merry, además de ser un personaje con no demasiado tacto, amigo personal de Alfonso XIII y hermano del secretario del Estado Vaticano, iba acompañado por un franciscano en calidad de conocedor del país y de intérprete. La prensa francesa se cebó con su figura, plasmando así la tensión que dominaba las relaciones entre Regnault y el propio Merry en Tánger, y buena parte de los rotativos españoles la emularon.

Casablanca y la necesidad de lograr el respaldo popular ante una previsible intervención armada.

El semanario integrista decidió concederle crédito a las taxativas declaraciones de Merry de Val, negando todas las calumnias que se le atribuían en sus conversaciones con el sultán. En su lugar, reveló la existencia de un enfrentamiento periodístico entre López Ballesteros, director de *El Imparcial* e impulsor de los ataques al embajador español, y *La Época*. Evidentemente, el rotativo local compartía los juicios de este último: Merry era un diplomático de enorme valía; España y Francia seguían actuando de común acuerdo en Marruecos; y Maura se proponía perseverar en su política de paz con los rifeños.

En resumen, ni *El Adelanto* ni *El Lábaro* siguieron atentamente el desarrollo de las gestiones de Merry ante el sultán para lograr una mayor protección de la plaza melillense. El primero, por pura desesperación e impotencia para alcanzar en el Imperio una situación equiparable a la de los franceses; y el segundo, porque, de entrada, reclamaba una mayor dureza frente al sultán. Al contrario, *El Castellano* sí que permaneció atento a los trabajos de Merry y vinculó el fracaso del diplomático español con el cierre de las Cortes. Frente al creciente alarmismo entre la redacción de Rodríguez Pinilla, *El Salmantino*, por último, hizo gala de la actitud más confiada entre las sostenidas por la prensa local.

#### **4.1.3. Primeros rumores de guerra. La Nota del gobierno Maura**

El 8 de junio el gobierno de Antonio Maura, por fin, autorizó la reanudación de los trabajos en las minas. El mismo Hafid, mediante una carta, había exhortado a los rifeños para que respetasen la prosecución de estas labores. Pero inmediatamente corrieron como la pólvora las voces sobre lo peligroso de la situación que se estaba generando. *El Adelanto* no dudaba en posicionarse junto al gabinete maurista: “No creemos, como nuestros colegas de la Corte, que el actual gobierno tiene aventuras ni invente conflictos que le den pretexto para proclamar la guerra santa: confiamos, y a ello nos mueve la serenidad demostrada por Maura en momentos difíciles” (*EA*, 14-06-1909). Esta ciega confianza tenía, con todo, un límite: “Ni para defender empresas de minas que pudieron emplear su dinero en

veneros españoles más ricos y cercanos; ni para conquistar terrenos colonizables, cuando media España espera ser colonizada, puede ni debe gastarse un sólo céntimo”.

El ejecutivo intentó salir al paso de esas acusaciones que predicaban que la guerra en ciernes era consecuencia de una provocación con una nota oficiosa. En la misma, se aseguraba que en Marruecos no había una autoridad efectiva y que la Comandancia se sentía obligada a intervenir por el permanente estado de conflicto entre las cábilas. A mediados de junio, ya había en Melilla 25.000 soldados, mientras se preparaban otras tres brigadas, con casi un millar de hombres, en la península. Rivera, sin embargo, seguía hablando de una situación tranquila (Rivera, *EA*, 18-06-1909). Y lo mismo hacía “M. de B.” desde *El Lábaro* (“M. de B.”, *EL*, 26-06-1909).

*El Castellano* fue el único diario salmantino que se hizo eco, aunque sin poder llegar a confirmarlo, de la noticia sobre aquella expedición francesa que traspasó la margen izquierda del río Muluya (*EC*, 04-05-1909). Tres días después aseguraba que la Norte-Africana había fracasado en su intento de ocupar las minas de Beni-bu-Ifrur, pese a haber distribuido muchos sobornos entre los cabileños (*EC*, 07-05-1909).

La alarma empezó a cundir sobremanera en esta redacción cuando se confirmó que el gobierno había iniciado algunos preparativos militares y había solicitado un crédito extraordinario: “No dice el gobierno que España ha ocupado en Marruecos unos terrenos cuya evacuación pide el actual sultán [...] El gobierno no dice que a esto se ha contestado con altanería y poca fortuna” (*EC*, 14-06-1909). Y terminaba el articulista: “¿Con quién está, pues el gobierno? ¿Es su nota oficiosa lo suficientemente clara para que la opinión pública coopere a sus actos?”. Parece muy evidente la respuesta: el mensaje de la nota apuntaba tan claramente hacia la batalla, que la opinión pública carecía de pretextos para apoyar las intenciones de Maura. Casualidades de la vida, la guerra se desataría coincidiendo con la llegada de una embajada marroquí a Cádiz. Su situación se haría, por lo tanto, muy incómoda.

Para el integrista, en cambio, el temprano cierre de las Cortes estuvo perfectamente justificado porque la gestión de la política exterior era un asunto muy serio y no se podía asumir el riesgo de responder a interpelaciones de grupos políticos carentes de “tacto” (*ES*, 12-06-1909). La redacción daba por sentado que la guerra era una realidad inminente: la actitud de los guelayas era muy hostil y estaban convencidos de que el general Marina les iba a atacar para así proteger la explotación de las minas concedidas por El Rogui (*ES*, 26-06-1909).

#### **4.1.4. La delicada situación de Hafid**

La permanencia de Hafid en el trono fue periódicamente puesta en tela de juicio por *El Adelanto*, *El Lábaro* y *El Salmantino* durante estos meses, ya que éste encontraba enemigos en cada rincón del país. En cambio, *El Castellano* se mostró un poco más prudente porque consideraba que la “política mora” siempre se desarrollaba por cauces muy lentos (*EC*, 22-06-1909). De hecho, un personaje tan enigmático como El Raisuni consiguió ser reconocido como gobernador de Arcila. Por su parte, El Rogui sería prontamente capturado por las tropas del sultán, trasladado a la capital y torturado hasta la muerte.

Esta agitación interna era la que animaba al gobierno español, o eso aseguraba, a intervenir mediante el envío de refuerzos a las dos plazas bajo su soberanía. *El Adelanto* respondía ya a estas alturas con pesimismo, aceptando los comentarios de la prensa francesa: “Nada provechoso para nosotros debemos esperar de la aventura que se intenta o se quiere provocar” (Rivera, *EA*, 09-07-1909). Muy al contrario, *El Salmantino*, confesando su sorpresa ante la actitud intempestiva de Maura, terminaba justificando la necesidad de una “guerra preventiva (*ES*, 03-07-1909).

La mecha de la batalla ya había prendido: el 31 de junio se registró una primera agresión sobre obreros españoles en las cercanías de Melilla. Los incidentes se repitieron al día siguiente y también el 5 de julio, cuando la vía férrea fue obstruida con una barricada hecha de piedras y madera. Cábilas como las de Mazuza y Beni Sicar permanecían fieles a España, pero la fuerza de caídas como El Chaldy y, sobre todo, El Mizzian resultaba incontestable en Beni-bu-Ifrur.



*El Castellano* se apresuraba a reseñar la existencia de problemas muy serios:

Comunican de Melilla que la situación del campo fronterizo, al ser ocupado por las tribus guelayas [...] es muy poco satisfactoria. Hoy se han despedido voluntariamente de las obras los obreros moros, alegando, como pretexto, que las compañías explotadoras de las obras donde trabajan, rechazan la forma en que ellos desean cobrar su jornal (*EC*, 08-07-1909).

#### **4.2. LA GUERRA DE MELILLA A TRAVÉS DE LA PRENSA LOCAL**

A la agresión rifeña del 9 de julio, el general Marina contestó cubriendo con un destacamento de 2.500 hombres los ocho kilómetros de distancia entre la plaza y el lugar de las obras. Pero ese estiramiento tan precario de la guarnición exigió el envío urgente de refuerzos peninsulares.

Con la ayuda de las Brigadas de Cazadores de Barcelona y del Campo de Gibraltar, el 29 de septiembre todas las alturas alrededor de Melilla ya habían sido ocupadas y Maura se precipitó a dar por concluida oficialmente la campaña. Así se entiende el efecto demoleedor de la posterior debacle en el Zoco El Jemis...

Entonces, ya había en África casi 40.000 soldados expedicionarios. Muchos de ellos estaban mal equipados y carecían de una mínima instrucción militar. De ahí que fuese necesario dedicar buena parte del mes de agosto a preparar fortificaciones defensivas y a adiestrar a los combatientes.

Al finalizar la estación estival, las labores mineras continuaban en suspenso, el Ejército se hallaba absolutamente desacreditado, la supervivencia del gobierno pendía de un hilo y la opinión europea descubriría escandalizada la barbarie de Barcelona. El asesinato de Ferrer, por último, proporcionó un mártir a las izquierdas e hizo renacer todos los tópicos de nuestra vieja Leyenda Negra.

Desde una perspectiva estrictamente castrense, la guerra de 1909 permitió a muchos oficiales revanchistas vengar heridas acumuladas desde 1898. Marruecos despertó, de nuevo, el espíritu imperialista, un estado de enardecimiento bélico, entre buena parte de la oficialidad. Muchos empezaron a contemplarse a sí mismos como los adelantados de la civilización moderna, además de como los únicos defensores de la identidad nacional; se erigieron como baluarte de los valores regeneradores de la patria. Aparecían en escena los militares africanistas y se iniciaba, de este modo, una escalada bélica en Marruecos que se prolongaría hasta 1927 (Mas Chao, 1988; Moga Romero, 2008).

La Entente guardó mientras tanto silencio. Sin embargo, Francia seguiría albergando el sueño de hacerse dueña de todo Marruecos. Especialmente, porque imaginó que los liberales, tras la caída de Maura, no desearían involucrarse en nuevos conflictos que alimentasen la revolución. Se equivocaría.

#### **4.2.1. El relato periodístico de los primeros enfrentamientos. La censura**

El 10 de julio todos los periódicos locales dieron cuenta del primer combate serio habido en Marruecos. En síntesis, mientras que algún órgano aportó brevísimos comentarios de tono optimista con el objeto de serenar los ánimos y restar dramatismo a los asuntos africanos (Rivera, *EA*, 10-07-1909), otros prefirieron limitarse a la reproducción de los telegramas oficiales (*EL*, 10-07-1909). El planteamiento más pedagógico de la materia correspondió a *El Castellano*, la publicación que más se esmeró en describir el escenario del combate (Gándara, *EC*, 10-07-1909). Al contrario, *El Salmantino* se atrincheró en la idea de que el fanatismo moro no podía quedar sin respuesta (*ES*, 10-07-1909).

La prensa de la Corte, a grandes rasgos, se mostró más hábil a la hora de hallar culpables. *El Socialista*, antes incluso del inicio de la campaña y como portavoz del Comité Central del PSOE, advirtió en una carta abierta contra los peligros del militarismo: “Lo que les falta ahora, un caudillo capaz de sobreponerse a los hombres civiles, lo tendrán entonces, porque es África sitio adecuado para la conquista de laureles” (*ESO*, 02-07-1909). *El Liberal* sentenció que “lo único que

está en pleito es el lucro de algunas compañías medio francesas y medio españolas, que piden para su laboreo la protección de nuestras armas” (*ELI*, 10-07-1909). Leopoldo Romeo, continuando con los ejemplos, escribió en *La Correspondencia de España* dos días después uno de los editoriales más célebres y citados de la época:

Contra un país es imposible luchar. Y España no quiere oír hablar de Marruecos. A excepción de media docena de caballeros políticos, de unos cuantos bolsistas de sube y baja y de otros cuantos pescadores a ríos revueltos, nadie desea ni aventuras, ni provocaciones, ni ocupaciones innecesarias, ni expediciones fuera de tiempo y de lugar... Supongamos que nuestras tropas salen de Melilla y ocupan diez, 20, 30, 100 kilómetros. Ya están ocupados. ¿Y qué? Pues para nada. Absolutamente para nada, como no sea para gastar una centena de millones, que aquí hacen mucha falta y que allí no servirán para nada... No lo olviden los gobiernos que gobiernan y los reyes que reinan. Mil veces más peligroso que no ir a Marruecos será ir (Romeo, *LCE*, 12-07-1909).

*El Imparcial*, sorprendentemente, primero se limitaría a informar, con gran alarde tipográfico y profusión de detalles, del inicio de los combates en el Rif (*EI*, 10-07-1909). Le dolió, desde luego, la movilización de los reservistas: “La ley es la ley y debe cumplirse, pero, al cabo, las leyes son obra humana y tienen deficiencias y errores que el Estado debe corregir” (*EI*, 18-07-1909). Aunque el rotativo de Gasset terminaría cediendo ante la atmósfera belicosa, al menos, coyunturalmente: “Discútase si hemos debido llegar al caso presente, pero una vez llegados, por honor de España, por honor del Ejército, hay que seguir adelante” (*EI*, 20-07-1909). No faltaba la crítica hacia los socialistas, pero tampoco hacia el gobierno por “menospreciar la gravedad del conflicto inminente”. Del todo complaciente se mostró *La Vanguardia*: “Nadie quiere la guerra, ni se trata de guerra, ni existe espíritu que la haga posible. Pero nadie se atreve a negar la necesidad de una acción meramente policiaca” (“C. C.”, *LV*, 18-09-1909). A juicio del rotativo barcelonés “Maura, parece que en estos asuntos marcha a remolque”, (*LV*, 15-07-1909). En el *ABC* aparecía, por último, un juicio similar: “A gusto o a disgusto, no

hay más remedio que responder con golpes dados a golpes recibidos” (*ABC*, 24-07-1909).

Como notas comunes, todas las informaciones de la prensa salmantina refirieron al ataque sobre los trabajadores mineros como *casus belli*, elogiaron a las tropas españolas e intentaron aportar cifras sobre las bajas producidas. Siempre predominó la descripción sobre la explicación, con algunas salvedades entre las informaciones de *El Castellano* y también de *El Salmantino*. La nota más positiva de la jornada del 9 de julio, destacada al unísono, fue la toma de El Atalayón. Sin embargo, y a pesar de no ser señalado por los rotativos salmantinos, el general Marina también ocupó las alturas de Sidi Musa, Sidi Ali, Sidi Ahmet y la Segunda Caseta. La ubicación de todas ellas era sumamente precaria y pudieron ser fácilmente batidas por las tropas rifeñas<sup>24</sup>.

En los combates posteriores, *El Adelanto* mantuvo cierto estado de perplejidad (Rivera, *EA*, 19-07-1909 y 21-07-1909), en tanto que *El Castellano* remachó la idea de que los rifeños luchaban con enorme furia, pero el heroísmo de las tropas peninsulares resultaba “difícil de ponderar” (*EC*, 23-07-1909). La censura estaba empezando a funcionar.

En efecto, el 24 de julio, el escritor Benigno Pallol, oculto tras el pseudónimo de “Argos”, recogía la prohibición de La Cierva, ministro de Gobernación, de publicar informaciones telefónicas o telegráficas sobre la contienda, a no ser que se tratase de noticias oficiales. El redactor contestaba con indignación ante semejante disposición y confesaba que “Madrid y toda España, moralmente yacen, esta es la palabra justa, yacen en las sombras” (“Argos”, *EA*, 24-07-1909).

El periodista Fernando Felipe, quien firmaba normalmente bajo el seudónimo de “Juan de Salamanca” o “Sir-ve”, sí que apoyó,

---

<sup>24</sup> El general Marina, de hecho, recibiría bastantes censuras por estas ocupaciones (Capitán X, 1910, 30-33). Y, al contrario, un propagandista que incondicionalmente aplaudió sus gestiones fue Peyra Anglada (Peyra Anglada, 1910, 154).

al contrario, la decisión de La Cierva. Y no dejaba de constituir algo absolutamente inesperado: el pionero del socialismo salmantino defendiendo el proceder de Maura y La Cierva ante la prensa. A su juicio, la censura estaba del todo justificada porque la guerra “está muy distante y nadie sabe, con seguridad, qué es lo que allí pasa. La distancia agranda o achica lo ocurrido de un modo extraño” (“Juan de Salamanca”, *EA*, 27-07-1909).

El 23 de julio se repitieron los ataques rifeños sobre el campo atrincherado cercano a Melilla: la Posada del Cabo Moreno, los Lavaderos y el Hipódromo. *El Adelanto* dedicó íntegramente su sección telegráfica del día siguiente al relato de los mismos. La información estaba plagada de notas de heroísmo (Rivera, *EA*, 24-07-1909). Algo muy similar hizo también *El Salmantino* (*ES*, 24-07-1909). Ninguno quería magnificar el impacto de estas noticias alarmantes, en contraste con *El Castellano*, donde empezaba a hacer mella la desesperanza (*EC*, 24-07-1909).

*El Lábaro*, mientras tanto, no desperdiciaba la ocasión para promocionarse: “A las siete de la mañana hemos expuesto en nuestro encerado del Novelty, el primer telegrama recibido en Salamanca refiriéndose el último combate” (*EL*, 24-07-1909). Y dos días después, el rotativo sacaba pecho porque Mariano Urbano, redactor jefe de la agencia de Prensa Asociada, había sido enviado como corresponsal a Melilla (*EL*, 26-07-1909).

La parquedad constituyó la nota dominante entre las informaciones publicadas a raíz del combate del 27 de julio. De hecho, tanto *El Castellano* como *El Salmantino* se limitaron a reproducir los telegramas oficiales (*EC*, 28-07-1909; *ES*, 31-07-1909). Debían acatar al censor, por supuesto; pero también, más si cabía, se escudaban en la práctica de la autocensura en circunstancias tan excepcionalmente dramáticas.

Con un lacónico “noticias particulares aseguran Melilla combate Brigada Pintos. Añaden bajas” se anticipaba el celeberrimo Desastre en el Barranco del Lobo (Rivera, *EA*, 28-07-1909). Alfredo Rivera lo envió a las dos menos cuarto de la tarde del 28 de julio y llegó a esta capital una hora después. Impreciso y, sobre todo, escueto: debido a los rigores de la censura, las diez y ocho palabras originales

del corresponsal madrileño quedaron reducidas a la mitad: nueve palabras que cambiarían la vida de los salmantinos. Porque la noticia más breve desataba, por supuesto, la máxima alarma.

Varias horas más tarde, siendo ya casi media noche, la ciudad recibía un nuevo telegrama, informando del final de Pintos y de otros dos centenares de muertes (Rivera, *EA*, 29-07-1909). Ese mismo día *El Adelanto* insertó un primer relato a propósito de este fallecimiento, perfectamente visado por la censura. Y el 31 de julio se publicaba una nueva narración del mismo, muchísimo más extensa y emotiva:

Avanzó Pintos con dos batallones. Llevaba, según decían los suyos emocionados, llorosos, llenos de estupor y de rabia, de desaliento y de coraje, llevaba un grito digno de Prim. Gritaba a los suyos, enardecía a los oficiales y electrizaba a los soldados [...] El fuego enemigo se hizo más nutrido y más numeroso al ver que los cazadores, con la vieja tenacidad española, iban a hacer suya la posición. Pintos cayó con un balazo en la cabeza (*EA*, 31-07-1909).

Nadie diría que el combate había sido más calamitoso que ningún otro. El honor militar quedaba a salvo de cualquier reproche.

*El Lábaro*, sacando ventaja del hecho de ser un periódico vespertino, pudo incluir las informaciones sobre lo sucedido en Melilla el día 28 de julio. Aunque minimizó de forma insólita la gravedad de los combates. En su lugar, el protagonismo de la sección telegráfica recayó en los no menos preocupantes sucesos de Barcelona (*EL*, 28-07-1909).

Después del descalabro en el Barranco del Lobo, el endurecimiento de la censura fue la primera y fulminante reacción del gobierno presidido por Antonio Maura. La misma brutalidad del combate animó al diario de Núñez Izquierdo, *El Adelanto*, a contemporizar más abiertamente con el empleo de la medida. Por tanto, esa dicotomía de pareceres, ejemplificada en los editoriales de “Argos” y “Juan de Salamanca”, desapareció. Efectivamente, un poético “Argos” se desdecía de sus escritos previos y comentaba: “Los

árboles jóvenes, flexibles, se inclinan al paso del huracán, y así salvan su existencia; los más arraigados y fuertes oponen su poderoso tronco y sus exuberantes ramas al viento, y el viento los troncha [...] Seamos arbolillos flexibles mientras pasa el ciclón” (“Argos”, *EA*, 30-07-1909).

Ningún reparo tuvo tampoco *El Lábaro* en justificar la imposición de esta medida represora. El convulso momento histórico lo exigía y a la prensa le tocaba resignarse para mostrar su patriotismo:

Si hay que sacrificar, no ya los céntimos partidos al medio, que puede dar a las empresas el afán de noticias por un público que tiene muy despierta esta ansiedad, sino lo que es legítimo ideal de prensa, el aventajar en informaciones, el amor propio de la pericia y de la actividad, hagamos esta prueba de abnegación por el bien de España (“Munio”, *EL*, 29-07-1909).

No obstante, la actitud de este diario fue, puntualmente, contradictoria, ya que le reprochó al gobernador civil el haber retenido durante muchas horas uno de sus telegramas, el que precisamente confirmaba la muerte de Pintos: “Nos dolemos de que ayer no se confiase en nuestra discreción, retrasándose tanto la entrega de nuestras noticias [...] Ahora más que nunca antepondremos nuestros deberes de patriotas a nuestra misión de periodistas” (*EL*, 29-07-1909). En otras palabras, ¿demandaba esta redacción un trato de favor con la promesa de no hacer pública la información que le llegase? ¿O estaba, quizás, disculpándose porque el día previo no había prestado a la derrota en el Barranco del Lobo el protagonismo mediático que merecía? Nos decantamos por la segunda hipótesis: *El Lábaro* se resistía a admitir el fracaso, y con ser ciertas las cortapisas del gobernador, los rumores sobre un posible infortunio estaban presentes en las calles salmantinas desde que *El Adelanto* hiciera público en su tablón el primer cable de Rivera, aquél de las nueve palabras.

Al día siguiente, “Crotontilo”, curiosamente otro de los pioneros del socialismo en la provincia, insistía también en lo acertado de las disposiciones de La Cierva:

A mí me parecería muy bien la protesta de los patriotas, que quieren saber hora por hora, minuto por minuto, lo que ocurre en Melilla, si realmente su ansia por saber estuviera fundamentada en un sentimiento verdaderamente patriótico, noble, elevado [...] ¡Privarnos del comentario estúpido de café! (“Crotontilo”, *EL*, 30-07-1909).

Y todavía un mes después, a punto ya de emprenderse el avance español, “Munio” volvía a la carga mostrando su absoluta aprobación de la censura y aconsejando paciencia. Probablemente, porque la atmósfera que se respiraba entonces se hacía insoportable: “¡El avance! Hay quien cree que es cosa de decirlo y que ya estamos al otro lado del Gurugú” (“Munio”, *EL*, 20-08-1909).

Mientras que *El Salmantino* ni tan siquiera refirió la implantación de la censura, *El Castellano* fue, sin duda y como cabía esperar, el periódico que más se lamentó por la medida. Paradójicamente, sin embargo, sus críticas hacia la misma no toparon con obstáculos para su publicación. Así que la ocasión fue la perfecta para achacar a Maura una conducta muy prepotente, incluso, rozando la locura:

Ante el peligro que nos amenazaba en África, el gobierno ha perdido la cabeza, y ha creído que su único deber consistía en enviar soldados y más soldados [...] Al Ejército se le obliga a batallar en silencio, se hace del heroísmo una obligación sin recompensa de gloria, y se mira a la prensa como a un enemigo (*EC*, 28-07-1909).

Esta publicación aplaudió efusivamente la protesta de la prensa madrileña contra las estratagemas empleadas por La Cierva. Además, aunque había asumido, forzosamente, una supuesta misión patriótica en Marruecos, le dolía que el gobierno no contemplase la utilidad de instrumentalizar su poder público. Toda justificación de la censura topaba con su radical incomprensión: “En España es únicamente donde pueden darse ministros que persiguen a la prensa, porque hay todavía prensa capaz de consentir y contemporizar con sus perseguidores” (*EC*, 21-09-1909).



#### 4.2.2. Tiempos de propaganda bélica

¿Cómo persuadir a la población metropolitana de la necesidad de secundar la lucha? Se necesitaba una precisa estrategia de comunicación y a su diseño se encaminaron los esfuerzos de casi toda la prensa: una estrategia fundamentada en un mensaje sencillo, más enfocado hacia lo interesante que hacia lo importante y capaz de distraer a los incontables estrategas de café; basada también en un mensaje estereotipado, en el que día tras día los buenos siguiesen siendo buenos y se confirmase que los malos también lo eran; y, por último, en un mensaje consciente de que la política se desarrollaba más en el mercado de las emociones que en el de las razones. En suma, se necesitaba propaganda de guerra. Había llegado el momento de poner en marcha una maquinaria (des)informativa cuyo objetivo no consistía en contar la verdad, sino en justificar un enorme esfuerzo bélico ante la opinión pública. Y todo ello gracias a la publicación de valoraciones cargadas de dogmatismo y de una recurrente impresión de unanimidad. Así se fabricaba el consenso y así lo entendió buena parte de la redacción de Núñez Izquierdo, los seguidores del padre Cámara y el integrismo.

La prensa liberal recurrió a la propaganda de guerra empleando, fundamentalmente, como banderín de enganche ante la opinión pública salmantina el argumento de la misión civilizadora de los españoles en Marruecos. Mientras, el catolicismo prefirió insistir en el carácter santo y revitalizador de la contienda. Tampoco escatimó censuras contra los franceses. *El Castellano*, por su parte, se dedicó a sembrar la duda sobre la capacidad técnica del Ejército español, forzado a retrasar el avance sin conocerse muy bien los motivos.

En las páginas de *El Adelanto*, tan pronto se registraron los primeros enfrentamientos, fueron habituales los editoriales con marcado tono belicoso, siempre fundamentados en una visión maniquea de la cuestión marroquí: “¿A qué dar coces contra el agujón? [...] Toda la sangre, todas las lágrimas, todo el dolor puesto a tributo para la consecución de tan alta y soberana empresa” (B. Pallol, *EA*, 17-07-1909).

Además de una actitud quijotesca, también aquí se incluyeron algunos editoriales que apelaban a la guerra como garantía de la

independencia nacional y al recuerdo de la pasada campaña de Tetuán (“Un Repórter”, *EA*, 26-07-1909). Sin duda, el abanderado del intervencionismo en Marruecos fue “Juan de Salamanca”, ferviente defensor de la tesis de la dominación previa por la fuerza, que consideraba al Ejército español como un instrumento al servicio del progreso nacional. Llegó, incluso, a ensalzar los beneficios que la pelea reportaba a Salamanca:

Sólo cuando la guerra nos ha hecho despertar, es cuando esperamos los periódicos con ansiedad, cuando salimos a la calle a esperar a los vendedores y cuando todo lo que los periódicos dicen nos parece muy poco, porque quisiéramos saber todo lo ocurrido con todos los detalles (“Juan de Salamanca”, *EA*, 05-08-1909).

De manera excepcional, una nota discordante en todo este periodo de arrebato belicoso fue la que ofreció Pascual Meneu, un convencido de lo que se bautizó como “propaganda científica”. Además de tratarse de un reputado catedrático de hebreo y árabe de la Universidad de Salamanca, se había ocupado de la promoción de esta lengua en la escuela del barrio de San Vicente y, anualmente, se responsabilizaba de que algunos niños rifeños pasasen el verano en la capital para convertirse en “hombres de carrera”. La idea que yacía en su proyecto educativo era sencilla, la de estrechar los lazos culturales: “Si este plan se hubiera seguido desde el año 60 del siglo pasado, después de nuestras guerras con África, hoy serían otras nuestras relaciones con Marruecos” (Meneu, *EA*, 05-08-1909).

Sin embargo, creado ya el imprescindible clima de opinión dominado por el miedo y la ansiedad, ese que hacía manipulable a la masa, tocaba combatir. La campaña patriótica se dirigió entonces a solicitar resignación ante inevitables, aunque necesarias, contingencias. Sólo cabía confiar ciegamente en el proceder del Ejército español. Pero en quien no confiaba, para empezar, “Juan de Salamanca” era en los estrategas de café. A éstos les achacó un exceso de arrogancia, sobre todo, por los ataques que de modo gratuito vertían contra el general Marina:

Dejaríamos de ser españoles si no tuviéramos cada uno nuestro plan de combate [...] “¡Si yo fuera el

general Marina!”. Es decir, si el general Marina tuviera este talento que Dios me ha dado, y supiera lo que yo sé de táctica, de balística, de geografía y de otra porción de cosas, estábamos ya en Tetuán, y habrían regresado los militares españoles con laurel para guisar durante veinte años (“Juan de Salamanca”, *EA*, 12-08-1909).

Fernando Felipe fue también el periodista local que más interés mostró por la descripción del ambiente bélico salmantino; un ambiente caricaturizado, repleto de sabios que apenas se habían dejado ver en la escuela, pero quizás no carente de cierto poso de verdad. El columnista, más que nada, se esforzaba en denunciar la frivolidad de los incontables líderes de opinión; si bien él era uno más.

Los lugares de ocio y recreo, tales como casinos y cafeterías, constituyeron importantísimos centros de sociabilidad en esa vieja Salamanca, asumiendo un papel absolutamente vital como agentes de movilización política. Aunque a finales del siglo XIX, estos espacios servían para marcar las fronteras entre los distintos grupos sociales, a medida que avanzó la nueva centuria, estas divisiones se tornaron algo más difusas. El Casino, no obstante, continuó siendo el lugar de reunión de las familias aristocráticas, de profesionales liberales, catedráticos, concejales, comerciantes e industriales; en cambio, El Pasaje poseía una clientela más modesta de sectores procedentes de la clase media. Y, finalmente, en El Círculo Mercantil se aglutinaban los hombres procedentes del comercio y la industria. En cuanto a los cafés, El Suizo, El Términus y El Novelty fueron algunos de los más afamados en los años que nos ocupan: lugares de descanso en los que los tertulianos comentaban los acontecimientos de mayor actualidad, núcleos de propaganda y de adquisición de conciencia política (Calle Velasco, 1997, 53-65).

“Juan de Salamanca” no fue el único escritor que se ensañó con los estrategas de café. Otro reportero también muy crítico con el papel comunicativo que éstos desempeñaron fue Manuel Rubio. Fundamentalmente, les recriminó el hecho de que su impaciencia e imprudentes comentarios pudiesen minar un monolítico discurso periodístico. “Escepticismo” jamás podría significar “patriotismo”. Había que evitar el debate público, desacreditar a aquellos que sostuviesen opiniones contrarias a la guerra, y llamar al estoicismo

entre la opinión salmantina. Por estas razones, a Manuel Rubio le parecía muy desvergonzada la actitud de esos tertulianos, que no escatimaban críticas para el Ejército cuando experimentaba una derrota, pero no dudaban en atribuirse sus victorias (“Uno”, *EA*, 29-09-1909).

Junto con las provocaciones contra estos tertulianos, la guerra de la pluma se desarrolló en más frentes: así, por ejemplo, *El Adelanto* se empeñó en trazar muy bien la división entre villanos y héroes. Los primeros, los rifeños, no tenían rostro ni nombre. Deshumanizar al enemigo se presentó como el camino más breve para procurar odio contra él. La prensa salmantina no concedió demasiado espacio a esos “moros traidores” ni a sus objetivos o motivaciones. Apenas se puede seguir, a través de sus páginas, el rastro de El Rogui, El Raisuni, el moro Valiente, El Chaldy... y tantos otros. La explicación, insistimos, es sencilla: esa vaguedad es un arma propagandística. Sirvió para generar angustia, para crear monstruos y para fomentar un estado de opinión a favor del combate.

Tan sólo en una ocasión, “Un Repórter” dedicó un editorial a dos moros amigos: Maimón y El Gato. Y resultaba curioso su argumento para no considerarlos unos salvajes: “Fuman habanos y comen con tenedor y tienen grandes elogios para la mujer y aspiran a diputados y a remedar a Prim” (“Un Repórter”, *EA*, 14-08-1909). Apenas nada sobrevivía de la vieja hermandad hispano-marroquí y así lo intentaba reflejar Ramiro Blanco. En su opinión, el viejo pensamiento de Joaquín Costa había quedado por completo desacreditado:

Cuanto más, podrá ser que España y Marruecos sean hermanos como lo sean dos hijos de un mismo padre, que habiendo recibido principios muy opuestos, resulten en la edad viril, el uno un caballero culto, educado e instruido, y el otro un gañán grosero e ignorante. Entre España y Marruecos existe hoy, no diré que un abismo moral, pero sí (valga el símil), una zanja profunda, un barranco, un vacío... (Blanco, *EA*, 20-09-1909).

Sea como fuere, se hacía preciso conocer muy bien al adversario para así derrotarlo antes. Y los rifeños se presentaban, ante todo, como maestros en la guerra irregular. Además, se desconocía el número de integrantes del harca. El Ejército expedicionario había de procurar, por tanto, la ventaja en el empleo de la artillería.

Precisamente, y porque resultó muy fructífero para la creación de un adecuado ambiente pro-bélico, constantemente *El Adelanto* utilizó y contrapuso al ardor rifeño el genio de Marina y la superioridad tecnológica española. En particular, se publicitaron los efectos terribles ocasionados por el empleo de los cañones Schneider. Y en cuanto a los héroes de la campaña, miles de soldados españoles, aparecieron siempre asociados a una infinidad de virtudes tales como el brío, la fuerza, la bravura, el patriotismo... A punto de terminar la guerra, a modo de ejemplo, se aseguraba que “el soldado de infantería español es pequeño, muy a menudo endeble, pero es también muy varonil. No bebe por costumbre, es de ánimo alegre, y a causa de su pobreza está acostumbrado a comer poco” (EA, 26-11-1909).

Para terminar, una última herramienta al servicio de la propaganda bélica que también esgrimió *El Adelanto* fue el simple recordatorio del Tratado de 1904. Porque bajo él latía la hipótesis del reparto territorial. De hecho, ahora se le prestó bastante más publicidad que en el momento de su firma; aunque ello tampoco requería desmesurados esfuerzos (EA, 28-08-1909).

En *El Castellano*, más que un sentimiento de zozobra suscitado por el próximo inicio de las operaciones, lo que se percibe a través de sus páginas es mucho desasosiego por el retraso en el mismo. Diríase que la redacción pretendía despertar suspicacias entre los lectores. Desde principios de agosto, el avance se consideró inminente y al no confirmarse, se extendió el pánico:

La nación está pendiente del cable que une a la península con el continente africano [...] La nación está cansada de esta guerra defensiva [...] nosotros necesitamos tomar la ofensiva [...] Pero mayor interés que en conocer el avance del Ejército español, debemos mostrar en poseer la certidumbre de que al avanzar, nuestras tropas no han de tener que retroceder ni un

paso [...] Para ello es preciso saber si el general Marina cuenta con todos los elementos indispensables (EC, 19-08-1909).

El nerviosismo estaba, a juicio de la redacción, del todo justificado por dos motivos: en primer lugar, la orden dictada por el general Marina, el 14 de agosto, apuntaba a que el avance era ya una realidad. Además, la tregua en el envío de refuerzos peninsulares también constituía un indicio de que en Melilla ya estaba todo dispuesto para la ofensiva. Consecuentemente, el gran interrogante era porqué las operaciones se estaban retrasando. Y él mismo rotativo intentaba, a continuación, plantear una respuesta: por una parte, las explicaciones emanadas desde las esferas gubernamentales sobre la necesidad de dragar la Mar Chica le parecían pueriles: resultaría innecesaria la intervención de buques de gran calado en esta guerra.

Pero había otra posible justificación, un rumor, que le enervaba: la posibilidad de una negociación porque “son las armas, son los soldados y no las cancillerías ni los diplomáticos los que tienen que resolver la cuestión de Marruecos” (EC, 23-08-1909).

¿Qué ocurría? En efecto, como reguero de pólvora se había extendido la noticia de que Hafid había enviado una misión diplomática al Rif para que interviniese como mediadora entre las cábilas rebeldes y las autoridades militares españolas. *La Correspondencia Militar* entendió que, en estas circunstancias, el avance ya no se efectuaría. El rumor llegó a todos los rincones del país. Así que el gobierno tuvo que salir al paso presentando el avance como imprescindible para garantizar el orden en el campo de Melilla. Maura, además, manifestó ante los periodistas que 16.000 soldados se hallaban en pie de guerra en el Campo de Gibraltar y en Málaga, preparados para cualquier imprevisto.

Al finalizar agosto, toda esa inicial ansiedad se había convertido en desesperación. El aplazamiento indefinido de las operaciones en el Rif caía como un jarro de agua fría en ese redactor de *El Castellano* (EC, 25-08-1909). Lo que el general Marina precisaba para garantizar el éxito eran más soldados. Paradójicamente, no hacía tanto, este diario había reprochado a Maura el que redujese sus obligaciones al envío de más y más tropas.

La prensa católica no hizo un comparable hincapié en la atmósfera de preocupación reinante entre los salmantinos. En su lugar, *El Lábaro* presentaba la situación melillense como bajo control. Obviamente, al igual que ocurría con *El Adelanto*, los rifeños salían muy mal parados en todas las descripciones de la zona, mientras que a los reservistas se les atribuía una elevadísima moral y, sobre todo, enorme disciplina. Uno de los editoriales más logrados, en este sentido, fue el de Gorgonio B. Jiménez:

Con pocas ideas en el cerebro, pero con mucha fe en el corazón [...] Su vista no ha abarcado más horizontes que los limitadísimos de su pequeña aldea [...] ni su inteligencia se ha abierto a más nociones que a las sencillas máximas cristianas [...] Por eso, cuando llega del otero, cansado de la ruda tarea de domeñar la tierra, recibe la noticia de su próxima partida en defensa de aquella otra madre [...] y ni siquiera se para a discurrir si la ley que le arranca el calor de tanto cariño, puede en su enredada trama deshilacharse a favor de algún ser más privilegiado. Él no ha nacido para discutir; ¡le mandan y obedece! (Jiménez, *EL*, 05-08-1909).

Tenemos aquí el retrato perfecto de aquel tan deseable habitante metropolitano llamado a ser carne de gumia o de “paco”. Parece difícil, además, no asociar esta figura a la de la oveja ingenua de Lippmann, desesperadamente necesitada de un pastor. Al inocente no había que explicarle el porqué de la guerra; el aldeano no tenía por qué ser convencido de nada; porque a él sólo le correspondía obedecer.

Pero acaso ¿encajaba esta descripción con la realidad salmantina? Se cree que sólo de manera parcial. La actitud de los soldados ante la contienda fue, ciertamente, de enorme resignación, pero, para entenderlo, no importan tanto las deficiencias educativas como las carencias informativas; carencias que coaccionaban a la opinión pública. De hecho, y si bien no disponemos de datos para 1909, podemos asegurar que, a la altura de 1913, el porcentaje de reclutas alfabetizados de esta provincia era uno de los más elevados del conjunto nacional: la cifra ascendía al casi 91%, lo que colocaba a Salamanca en el sexto puesto del *ranking* nacional, únicamente aventajada por Álava, Segovia, Santander, Burgos y Valladolid

(Quiroga Valle, 1999, 82). No obstante, también nos encontramos con la práctica ausencia de un discurso periodístico opositor; circunstancia agravada, además, porque la prensa local llegó con notables dificultades y tardanza a los habitantes del medio rural. Por todo ello se considera que, para Jiménez, el residente capitalino era el único destinatario del anterior mensaje: se le intentaba persuadir, frente a los posibles efectos nocivos de la propaganda obrera, de la necesidad de una férrea disciplina de combate para ganar la guerra. Pero, por contraste, el redactor mostraba fe ciega en la obediencia del aldeano.

Ahora bien, ¿se dejaría el mozo salmantino arrastrar por la conducta tan ejemplar del aldeano? Más adelante, en el próximo capítulo, se verá.

A medida que avanzaban los preparativos militares, el periódico católico inició una campaña de ensalzamiento de la Iglesia y de su fe en la consecución del triunfo. Por eso “Munio” escribió: “Cuando azota la guerra, la Iglesia pone en boca de sus sacerdotes oraciones propias para intermediar con Dios y pedirle el triunfo de la justicia”. (“Munio”, *EL*, 14-08-1909). Anticipaba el redactor, además, que Zeluán era el objetivo de la campaña, ya que Melilla no ofrecía buenas condiciones como puerto exportador, pero, en cambio, la Mar Chica, fácilmente controlable desde esa posición, sí que lo permitía.

Quien claramente aventajó a *El Lábaro* a la hora de llamar al desquite fue *El Salmantino*. Lo que no significó obviar la responsabilidad de Maura por la situación creada en Melilla:

Hemos de reconocer que si una nación pretendiera invadir nuestro territorio con propósito de ensanchar las posesiones suyas que con éste limitaban, hallaría seguramente tenaz resistencia antes de conseguirlo. Queremos decir con esto que era preciso estar muy obcecados para no prever lo que había de sucedernos (*ES*, 24-07-1909).

Evidentemente, la tesis de la provocación también flotaba en la redacción de este periódico. Sin embargo, responsable no era lo mismo que culpable. Por eso el autor de estas líneas inmediatamente



trataba de reorientar su argumentación: “Llegadas ya las cosas al punto en que se encuentran, debe abandonarse toda lamentación [...] Hoy es tiempo de callar”.

Al referirnos a este periódico se debe partir de una doble consideración: su carácter semanal justifica la tardanza en la transmisión de noticias; pero, además, ésta se incrementó por su escrupuloso acatamiento de la censura. Nos encontramos ante un rotativo que se nutre de telegramas oficiales, no de rumores vertidos en otros órganos de prensa.

Para prender la llama de la venganza entre sus lectores, la redacción jugó con ambos elementos: cuando en un mismo número había que dar cuenta de varios hechos de armas, unos victoriosos y otros adversos, sistemáticamente los reporteros se volcaron en la glorificación de los primeros y en la disculpa de los segundos. Así se lograba una imagen global optimista sobre el desarrollo de los acontecimientos rifeños. Tenían la habilidad de diluir el efecto catastrófico de las derrotas.

Para empezar, el 31 de julio, después de que las tropas españolas pudiesen ahuyentar a los cabileños que operaban desde el Gurugú y reforzar las guarniciones de La Restinga y Cabo de Agua, “R. R.” abría el ejemplar en cuestión incitando a sus lectores a la represalia y, a la par, dirigía grandes encomios hacia las tropas combatientes. Su crónica ocupaba tres extensas columnas, algo bastante desmesurado para referirse a una acción puramente defensiva. En cualquier caso, efectivamente, ésta era la noticia más reciente:

La raza persiste, y en hechos y episodios de los soldados de hoy y de la campaña de hoy reaparecen los soldados y las proezas de los que fueron a Orán con Cisneros, o a Túnez con Carlos V, o a Lepanto con don Juan de Austria. ¡Llor a las tropas españolas! (“R. R.”, *ES*, 31-07-1909).

Sin embargo, el relato de lo ocurrido en el Barranco del Lobo, el primero que ofrecía este periódico, se ubicaba en la segunda página. Lógicamente, la derrota militar ya se conocía en Salamanca; con lo

que pudiera ser comprensible que no mereciese la primera plana. Pero sí sorprende, en cambio, que tampoco mereciese ningún comentario de la casa. Sencillamente se insertaban los telegramas oficiales, que abundaban en episodios heroicos. Los momentos más dramáticos se obviaban o, como mucho, se reseñaba alguna “muerte gloriosa”.

El efecto final se hacía evidente: se lograba un Ejército español muy fuerte y merecedor de la completa adhesión ciudadana. Además, durante los días siguientes, este periódico insertó los relatos de muchos testigos de las batallas. Éstos aludían, habitualmente, a episodios menores, incluso anecdóticos, protagonizados por los siempre animosos y muy creyentes soldados españoles. Todos ellos contribuyeron a fomentar ese ambiente de histerismo bélico que este rotativo deseaba y el gobierno necesitaba. El general Marina, como no podía ser de otro modo, mereció el mayor respeto y admiración entre la redacción integrista. Al hilo de su alocución a los soldados, el periódico conmemoraba la victoria alcanzada en la campaña de 1859-1860 y soñaba con otra similar. La nostalgia, así pues, también fue un recurso útil para estos “heraldos del hierro” (ES, 21-08-1909).

Junto con el acendrado militarismo, el nacionalismo antifrancés fue la otra baza segura, por su eficacia, en el discurso propagandístico de *El Salmantino*. Bajo esta estrategia latía evidentemente la conocida tesis de que Marruecos constituía una garantía de independencia ante Francia (Rubio Polo, ES, 14-08-1909).

#### **4.2.3. Los nuevos avances**

Una vez iniciado el avance, a partir de septiembre, las impresiones que la opinión pública pudo obtener de las operaciones fueron muy optimistas. En la prensa abundaron los relatos anecdóticos y repletos de entusiasmo: se elogió el heroísmo de Aguilera y del coronel Larrea; la valentía de los generales Tovar y Sotomayor; hubo espacio para la descripción de la Mar Chica y el Cabo de Tres Forcas; y se generalizó la alegría ante el desarrollo de la batalla de Addara, la tomas de Nador, Zeluán, etc.

El efecto de estas conquistas resultó, era lógico, demoledor sobre los combatientes rifeños. La prensa liberal se complacía ante esta noticia y aprovechaba la ocasión para felicitarse por los rápidos y

útiles servicios prestados por Alfredo Rivera. No por casualidad, se publicaron ahora algunos de los editoriales más cargados de ardor patriótico:

Los soldaditos españoles han curtido sus cuerpos con el sol africano, y sus almas, con el ansia de gloria; han puesto la primera piedra del edificio que han de levantar a la patria grande y gloriosa sus hijos [...] ¡Qué lejanos y esfumados aparecen, para dicha de todos, aquellos primeros días de la guerra en que el patriotismo parecía eclipsado momentáneamente, y en que las convulsiones interiores semejabán cantos funerales dirigidos al cadáver de España! (*EA*, 27-09-1909).

Y tampoco faltaron las más detalladas descripciones de la vida en campaña, incluyéndose apuntes tales como que “diariamente van las tropas al baño” o resaltándose la abundancia de “la buena paella y el sabroso estofado” (*EA*, 13-09-1909).

Estos relatos costumbristas no coincidirían en nada con los que, a posteriori, efectuarían autores como Arturo Barea o Ramón J. Sender sobre la Guerra del Rif. Y si bien es cierto que el empleo de sus obras literarias como fuente histórica no deja de entrañar algunos problemas, tampoco se puede silenciar que gracias a ellas se conocen bastantes aspectos de la supervivencia en el frente. En los blocaos, el tedio era el sentimiento imperante. En la primera línea de batalla, aunque las comodidades eran mayores, el sueño siempre se veía entorpecido por los cambios de guardia, los mosquitos, las ratas, los insultos rifeños... Los demonios del hambre y, sobre todo, la sed mandaban en el Marruecos español.

Apenas disponían los soldados de ropa o calzado apropiados. Por descontado, la tropa no se bañaba a diario. Las condiciones higiénicas de los campamentos eran deplorables –todas las mañanas los combatientes se entretenían “leyendo el periódico”, que era como se conocía a la tarea de despiojar las vestimentas– y ello, evidentemente, se reflejaba en el alarmante número de enfermos. Para colmo de males, con la salvedad de los hospitales de la Cruz Roja, los restantes se hallaban en un estado precario. Ante semejante realidad,

se comprende perfectamente el odio hacia el servicio militar, el funcionamiento de muchas “agencias de deserción” y el bajísimo estado moral de los mozos (Balfour, 2002, 413-435).

La dura vida en campaña, ya sin edulcorantes, sirvió, por otra parte, como caldo de cultivo para una nueva mentalidad africanista. Y algo se podía intuir, en este sentido, en la prensa salmantina: “El peligro creó nuevos lazos de cariño para los que ya eran hermanos en ideales [...] Una unión, un afecto tan sincero, sólo al calor de la guerra puede incubarse” (EA, 22-09-1909).

Aunque quien más abundó en esta materia fue el conocidísimo Ruiz Albéniz, que ocasionalmente colaboró con *El Adelanto*. Rápidamente se percató del significado que la nueva guerra adquiriría para la oficialidad:

Es lógico el decir que la noticia de la guerra con el Rif fuera objeto de grandes regocijos entre la oficialidad de nuestro Ejército. España, el pueblo, con las injusticias hijas de su dolor por los desastres coloniales, había perdido la confianza, el afecto que siempre tuvo en el Ejército [...] Para la oficialidad de nuestro Ejército fue el día 9 de julio día de inmenso regocijo. En esa guerra estaba su rehabilitación (Ruiz, Albéniz, EA, 29-10-1909).

Sin duda, lo más interesante de este editorial era que no se hallaba exento de un mínimo contenido crítico: “Se cuidaron más de demostrar su valor personal que su habilidad militar [...] Otra culpa cabe en la oficialidad, que ni es grave ni deja de ser disculpable: su impaciencia”. Aunque, finalmente, Ruiz Albéniz reconocía su heroísmo, justificado, sobre todo, por las difíciles circunstancias en que actuaba: sin el apoyo popular y desconociendo el terreno.

El entusiasmo se desbordó al telegrafarse, a bombo y platillo, la toma del Gurugú. Rivera le dedicó a este acontecimiento, de hecho, una plana al completo. He aquí una primera impresión del júbilo que inundó Salamanca al conocerse la ansiada noticia:

Ayer, cuando Salamanca conoció la fausta nueva, la alegría explotó en manifestaciones de entusiasmo y el sentimiento de la patria hizo latir todos los corazones [...] Nuestro director, redactores, operarios de la imprenta, se honraron haciendo de repartidores de los dos mil suplementos que tiramos, y *El Adelanto* llevó a los más apartados hogares, la información detallada de la victoria conseguida por las armas españolas (*EA*, 30-09-1909).

Algo más emotivo, porque prestaba más atención a la reacción ciudadana, fue este segundo relato:

La animación por las calles, especialmente en la Plaza Mayor, era extraordinaria. El reloj de la Casa Consistorial fue tocado ruidosamente, mientras la bandera de la patria era izada en los edificios públicos. El vecindario de la Plaza Mayor, dando pruebas de loable patriotismo y de sincero contento por la victoria de nuestras tropas fue el primero que adornó sus balcones [...] Entre tanto, muchos particulares, especialmente comerciantes e industriales, disparaban cohetes y bombas, y de vez en vez, oíase sincero y entusiasta un ¡viva España!, que era contestado con ardor (“Un Repórter”, *EA*, 30-09-1909).

Frente a la actitud bastante sumisa de *El Adelanto*, el periódico de Rodríguez Pinilla, iniciado el avance, continuaría remachando la idea de que los planes del gobierno constituían aún un misterio: “Zeluán es poco menos que un aduar al que no puede dar importancia el que allí se halle la vieja alcazaba de El Rogui. Ese es punto geométrico más que estratégico, y para defender su posesión se necesitaría una larga línea de destacamentos” (*EC*, 26-08-1909).

Curiosamente, los victoriosos avances del Ejército español durante el mes de septiembre fueron prácticamente silenciados. Y es que pese a la imposición de la censura, este periódico se negaba a prestarle publicidad a la guerra. Con todo, el tratamiento periodístico que se le otorgó a la toma del Gurugú fue prácticamente idéntico al de las páginas de *El Adelanto*. El éxtasis popular era aprovechado para

publicitarse y no faltaba la extensísima recreación de la atmósfera salmantina:

No acostumbramos a darnos bombos a nosotros mismos [...] pero para que no se tome nuestra modestia por absoluta falta de méritos [...] haremos hoy constar que la noticia de la toma del Gurugú fue ayer conocida en nuestra redacción a las dos de la tarde, por el telegrama enviado a la una y diez desde Madrid, por nuestro corresponsal señor Gándara (*EC*, 30-09-1909).

En el caso de la prensa católica, el argumento del rechazo hacia lo francés fue ahora muy explotado con vistas a sustentar la idea del desquite. Una nota que, a finales de septiembre, enviaron los representantes del sultán a Regnault, decano del Cuerpo Diplomático de Tánger, y en la que se denunciaba la enorme concentración de soldados españoles en Melilla, fue filtrada por la prensa gala con evidente disgusto del gabinete madrileño. Y es que con tal gesto se estaban cuestionando públicamente los propósitos gubernamentales: se perseguía más que el simple castigo por la muerte de unos trabajadores. El rotativo católico, por supuesto, se apresuró a denunciar la filtración como una imperdonable intromisión (*EL*, 25-09-1909).

“Munio”, entre tanto, insistía en que el objetivo militar de la campaña se restringía a la toma del Gurugú y que se debía lograr mediante la habilidad técnica: “Los inquietos, los comentaristas de café y de casino, los que creían que todo consistía en subir al Gurugú y poner un pico en lo alto, vean ahora cómo se avanza a paso seguro, economizando sangre” (“Munio”, *EL*, 27-09-1909).

La dominación del Gurugú, como no podía ser otra forma, desató la locura entre la redacción. De hecho, este fue el periódico local que mayor cobertura prestó al acontecimiento. El 29 de septiembre se publicaban los primeros telegramas sobre la misma y, de paso, el diario, se felicitaba por su eficacia informativa (*EL*, 29-09-1909). Un día después, no faltó quien empleó este triunfo como un arma arrojadiza contra aquéllos que se habían manifestado contrarios a la guerra: “Hoy se hace más infame, más denigrante, la culpa de los que, mezclando con sus pasiones políticas lo más santo, lo más

sagrado, pusieron en el alma del pueblo el veneno de la sedición” (*EL*, 30-09-1909).

La segunda página de este mismo ejemplar estaba dedicada a la descripción de la atmósfera reinante en Salamanca. La euforia era el sentimiento dominante y el órgano católico presumía, de nuevo, porque sus ventas del día anterior ascendían a los 2.690 ejemplares:

Los vendedores no pudieron llegar a la plaza, pues en las calles del tránsito materialmente les era arrebatado el número de las manos. Nuestra extraordinaria tirada de ayer se vendió como pan bendito [...] Había entusiasmo, mucho entusiasmo que se traducía en griterío de chiquillos y el susurro zumbador de todos los comentarios (*EL*, 30-09-1909).

Entre las filas del integrismo, recuérdese, aquel ambiente de tensa espera ante el comienzo de las operaciones no se había llegado ni a respirar. Quizás, porque el alarmismo podría entenderse como un síntoma de debilidad. En cambio, desde septiembre y a medida que las tropas avanzaban por el terreno, ese mutismo cedió paso a una indisimulada satisfacción. Eso sí, la redacción juzgó que la campaña no debería finalizarse hasta alcanzar el río Kert para doblegar de este modo y por completo a los guelayas (*ES*, 11-09-1909 y 18-09-1909).

Los informes oficiales sobre la conquista de Nador, Zeluán y el Gurugú fueron reproducidos, conjuntamente, el 2 de octubre de 1909 (para entonces, ya habían perdido el carácter de actualidad). En todos ellos se relataron infinidad de pormenores militares. Pero no hubo ningún comentario a propósito de su repercusión entre la opinión pública salmantina (*ES*, 02-10-1909).

En medio de la alegría, sin embargo, sobrevino otra catástrofe y una nueva oleada de desaliento recorrió el país. *El Adelanto* se apresuró a llamar a la serenidad. El 2 de octubre, Alfredo Rivera ocupó toda la segunda plana de este diario con el relato del durísimo combate habido en El Jemis un par de días antes, en las cercanías de Beni-bu-Ifrur (Rivera, *EA*, 02-10-1909).

Las prisas por finalizar la campaña habían resultado muy evidentes entre los redactores del periódico liberal. Inmediatamente después de la toma del Gurugú, “Argos” había dado por concluida la guerra, equiparando el territorio conquistado con un desquite por lo perdido en 1898 (“Argos”, *EA*, 01-10-1909). Pero la impaciencia también llegaría a esferas más elevadas. De hecho, a comienzos de septiembre el propio Antonio Maura había expuesto su deseo de que los combates no se prolongasen más allá del 1 de octubre. Además, anunció que tan pronto esto ocurriese, se volvería a admitir la redención en metálico del servicio militar. La explicación residía en que entonces ya había una primera estimación de las pérdidas que la guerra había ocasionado en este sentido: 13 millones de pesetas había perdido el Tesoro.

Ocurrido el traspie en El Jemis, tocaba, pues, rectificar. Curiosamente también fue “Argos” el que ahora salió al quite explicando que siempre había temido la desgracia: “Cuando supe que en el Gurugú, en las posiciones eminentes conquistadas, junto a la grandiosa bandera, quedaban cuatro compañías y dos baterías solas, me eché a temblar [...] Ni aquel fausto suceso me embargó los sentidos con la embriaguez de la victoria” (“Argos”, *EA*, 04-10-1909).

La alarma entre el público se tradujo en un creciente estado de ansiedad por ver terminada la campaña. Mientras que “Un Repórter” reiteraba las llamadas a la calma, en espera de refuerzos (“Un Repórter”, *EA*, 06-10-1909), otro periodista reaccionaba ante la catástrofe con este comentario:

Siempre se creyó en España que la conquista del Gurugú habría de costar torrentes de sangre, y el fatídico monte fue nuestro sin disparar un tiro: por el contrario, parecía que Beni-bu-Ifrur habíase de llegar en un paseo militar, y el intentarlo nos ha costado el combate más encarnizado de la campaña (*EA*, 05-10-1909).

Se trataba de una pueril disculpa. El autor de este fragmento se esforzaba en pasar por alto –con ese “siempre se creyó” y no con un, por ejemplo, “nosotros pregonamos”– la irresponsabilidad en que había incurrido buena parte de la prensa al poner fecha al fin de las



operaciones militares. Habían arrojado la piedra, pero ahora escondían la mano.

También *El Castellano* se esmeró a la hora de infundir sosiego. Su actitud, piénsese, había sido más prudente que la de *El Adelanto*, sin arrebatos comparables a los de “Argos”. En ningún momento este periódico equiparó la dominación del Gurugú con el fin de la campaña. Y, por tanto, tuvo que efectuar un menor esfuerzo para convencer a sus lectores de la necesidad de esperar. Su discurso no poseía ese carácter autoexculpatorio. La redacción se limitó a confiar en la superioridad tecnológica española: “Hay que ser más prudente en hacer pronósticos sobre los asuntos de Marruecos y poner sordina a ciertos entusiasmos” (*EC*, 04-10-1909).

Además, transcurridos algunos días, el mismo periódico esgrimía un novedoso argumento al objeto de que la opinión pública salmantina siguiese respaldando al general Marina: el apoyo diplomático inglés. Para ello reproducía un artículo de *The New York Herald*. Si en 1893 Margallo no se atrevió a comportarse como ahora lo estaba haciendo el general Marina, es decir, rebasando los límites del campo de Melilla, se debía a que:

La presente campaña española es el resultado del convenio que se concertó a poco de realizarse el matrimonio de don Alfonso. Este tratado se negoció por Maura [...] En él se estipula que España alcanza con él la cooperación diplomática y material de Inglaterra para la extensión de los dominios españoles en África (*EC*, 06-10-1909).

Evidentemente, el autor se estaba refiriendo al canje de notas de Cartagena; pero incurría en un error al explicar su contenido: a España no se le consentía la expansión por África en ese documento, sino la conservación de lo que ya poseía.

En cualquier caso, los avances militares se paralizaron tras la derrota en El Jemis y tanto la opinión pública española como las cancillerías europeas comenzaron a inquietarse. Un redactor de la casa exigió explicaciones porque “es la segunda vez que durante la

campaña en el Rif ocurre un hecho de esta naturaleza; y por segunda vez habrá que pedir que se aclaren esos misterios” (*EC*, 09-10-1909). Ni el rumor sobre el inicio de un acercamiento diplomático ni las posibles cortapisas francesas –extraíbles de una entrevista concedida por D’Amade a la prensa gala y muy comentada aquí– satisfacían al autor.

*El Lábaro*, al igual que con la toma del Gurugú, dedicó a la operación en El Jemis muchísimo espacio. Y se esforzó, como ningún otro medio lo hizo, en convertir un durísimo combate en una victoria española. He aquí las impresiones de la redacción, que se anteponían a las anotaciones telegráficas de la tercera página:

Otro éxito de las armas españolas en el Rif. El combate de Beni-bu-Ifrur alejó al enemigo del baluarte a que se había acogido, tras el empuje vigoroso del aguerrido Ejército, que subió a las cumbres del Gurugú. Van las tropas expulsando a los audaces rifeños de sus escarpadas guaridas (*EL*, 02-10-1909).

La gravedad de la batalla quedaba muy disimulada. En verdad, este periódico, al igual que *El Adelanto*, había recogido, aunque algo incrédulo, aquellas declaraciones en que Maura anticipaba el fin de la campaña y el retorno al sistema de redención en metálico. Ahora se confirmaban sus augurios inconfesables: la guerra no había concluido y “Munio”, siguiendo la tónica general, recomendaba entereza (“M.”, *EL*, 04-10-1909).

El general Marina, por otra parte, continuó siendo objeto de infinitas alabanzas y absoluta adhesión. Conservaba, a pesar de los ecos de cierta campaña de la prensa gala contra su figura, el status de héroe de la campaña por tratarse de un “militar inteligente, hombre reflexivo, tipo espartano que no admite como colaborador a la opinión pública en los negocios técnicos” (*EL*, 06-10-1909).

Únicamente a mediados de octubre, uno de los colaboradores de *El Lábaro* se dejó arrastrar por la impaciencia de ver la campaña terminada. Sin duda, constituyó la nota excepcional de este diario:

Considero incontrovertible la afirmación de que la guerra es la mayor de las violencias; es la más horrible y asoladora enfermedad que conoce la extensa patología moral de las naciones. No se me oculta, que hoy por hoy, debido a que aún no hemos alcanzado el nivel de cultura necesario para poder suprimirla, es inevitable, pero esto no demuestra que sea cierta la teoría de Burguete, que considera al hombre nacido para la guerra (Graco, *EL*, 19-10-1909).

El integrista, por último, también se sumó a la ola de lamentaciones tras el tropiezo de El Jemis. Y, por descontado, recomendó una actitud paciente entre sus lectores, confiando en la grandeza del Ejército. “J. M.” fue el primer redactor que se refirió a la tragedia:

A última hora de ayer llegó a nosotros la noticia del combate del 30 en el zoco El Jemis. Tras las alegrías por la ocupación de Nador, Zeluán y el Gurugú, ha venido a llenarnos de tristeza el resultado de esta última operación [...] Tengamos más calma; reconozcamos que el triunfo no es tan fácil ni tan inmediato como creíamos (“J. M.”, *ES*, 02-10-1909).

El editorial de “J. M.” era breve, no llegaba a ocupar una columna completa; y mientras que el Ejército salía muy bien parado, se percibía cierto reproche en él hacia el carácter volátil de la opinión pública salmantina. No obstante, eran las opiniones publicadas, especialmente aquellas que tantísimo exageraban la importancia de las victorias militares, las que explicaban esa misma naturaleza cambiante de la opinión.

Por cierto, en este mismo ejemplar del periódico tradicionalista, con fecha del 2 de octubre de 1909, también eran descritas, por primera, las tomas de Nador, Zeluán y el Gurugú. Las nuevas conquistas abarcaban, al completo, la segunda y tercera plana y constituían, cómo no, la prueba irrefutable de la brillantez con que operaban las tropas expedicionarias. En suma, la estrategia del periódico consistía, ya se ha apuntado, en contrarrestar el efecto de una noticia devastadora con otra triunfal. La redacción se recreaba con

los detalles de esta segunda y, si bien cedía la primera página al editorial sobre la derrota en El Jemis que, ciertamente, era la información más reciente y la que acaparaba todos los comentarios en la calle, dedicaba una superficie mayor a las victorias militares. Intentaba, se cree, dejar al lector un buen sabor de boca.

Cabe destacarse que *El Salmantino* nunca se atrevió a anticipar el fin de la campaña. Al contrario, tan sólo el ensalzamiento de los militares africanistas, y ocasionalmente la explotación del odio contra el francés, constituyeron la clave de su discurso.

Aseguraba el integrismo, abundando en este último aspecto, que a la república vecina no le beneficiaban los progresos militares españoles y lanzaba la idea de que la violencia barcelonesa había sido alimentada por los galos con el objeto de obtener réditos políticos en Marruecos, desacreditando a España. Pero es que, además, se aseguraba que el gobierno de París había contemplado con buenos ojos la contienda porque vaticinaba un fracaso de las tropas peninsulares. Por fortuna, estas predicciones estaban siendo erróneas. Y, lo más importante: debían continuar siendo así. La victoria se convertía en la garantía de la independencia nacional y la guerra pasaba a ser meramente defensiva. Porque al Rif se iba “de mala gana”, pero se iba (*ES*, 09-10-1909). Y nos preguntamos: ¿no se estaba confundiendo el hecho de firmar tratados internacionales a regañadientes con eso de ir a Marruecos “de mala gana”? Precisamente, *El Salmantino* había sido uno de los periódicos con mayor voluntad de penetración en el continente africano, pero ahora empezaba a temer un conflicto largo.

Lo que se impuso, hasta principios del mes de noviembre, fue un compás de espera.

#### 4.2.4. Hacia el fin de la campaña...

La actividad parlamentaria se reanudó al término del verano, concretamente, a partir del 18 de octubre. En una de las primeras sesiones, González Besada, ministro de Hacienda, leyó un nuevo proyecto de ley de créditos que, con carácter urgente, debían cubrir los gastos militares del Rif. Pero Moret optó por apresurarse a abrir el debate sobre el caso Ferrer.

La Cierva, ministro de Gobernación y responsable directo de las medidas punitivas aplicadas en Barcelona, se defendió apelando a la manipulación informativa por parte del Trust, mientras que Miguel Moya respondió amenazándole con el Código Penal. La sesión del día 20 terminó con el abandono del Congreso por parte de las minorías liberal y demócrata, después de que en el tiempo de réplica, La Cierva responsabilizase a Moret del atentado contra los reyes en la Calle Mayor. Desde entonces los liberales decidieron interrumpir todas sus relaciones parlamentarias con el gobierno. Entre otras medidas, no colaborarían en la aprobación del proyecto de ley para costear la guerra.

En tan dramática coyuntura, el día 21, con motivo de la celebración de un Consejo de Ministros, Maura se dispuso a presentar su dimisión ante Alfonso XIII. Pero antes de hacerlo, y para su sorpresa, el rey se le adelantó y le agradeció los servicios prestados. Fue, ante todo, un movimiento de la opinión pública internacional que impulsó al monarca a proceder así. La caída de Maura demostró, asimismo, que el Parlamento no encarnaba la opinión pública nacional y también evidenció, por descontado, lo portentoso que era el poder de la Corona.

Entre las filas del liberalismo salmantino, el derecho a la información se consideraba entonces por completo subordinado al interés patriótico porque “las operaciones militares no han terminado, la disciplina es producto de la confianza, y mientras se esté frente al enemigo, no pueden ni deben discutirse gestiones ni personas que en su mano tienen la suerte de España” (*EA*, 12-10-1909). Es decir, el momento no era el oportuno para poner en tela de juicio la actuación del general Marina. Esta actitud fue idéntica, dicho sea de paso, a la sostenida desde *El Lábaro* (“Munio”, *EL*, 12-11-1909).

Pero la nota discordante vino en esta ocasión de la pluma de “Argos”, quien desdiciéndose por enésima vez –primero rechazó la censura, luego la acató; anticipó apresuradamente el fin de la campaña, si bien con posterioridad al desastre en El Jemis aseguró que siempre había temido una catástrofe así–, confesó que deseaba el pronto hundimiento de Antonio Maura porque creía interpretar el sentir público mayoritario (“Argos”, *EA*, 20-09-1909). No tardaría en celebrar la crisis ministerial y en desmentir la idea de que los liberales se negasen a aprobar los créditos para la guerra (“Argos”, *EA*, 23-10-1909). Sus planteamientos inconformistas eran muy próximos a los de *El Imparcial*. Como prueba, este diario abiertamente ya señalaba: “El señor Maura ha llevado al país a la guerra sin que la opinión estuviese preparada, y no podía estarlo sin la acción de los periódicos” (*EI*, 24-09-1909). Bastante dura sería la formulación de *El Socialista*: “De la muerte de cuatro obreros el culpable es el gobierno [...] Culpable es el gobierno de lo ocurrido en el Barranco del Lobo, porque sobre ser él quien ha originado la lucha, mostró además imprevisor y torpe” (*ESO*, 15-10-1909).

Tampoco distó de la actitud de “Argos” la sostenida por la redacción de *El Castellano*. El periódico despreciaba la guerra en sí y le repugnaba cómo se había procedido a la supresión de la redención en metálico. Aquí la oposición al gobierno conservador era unánime (*EC*, 25-09-1909). Por esta razón, desde *El Castellano* también se festejó la caída de Maura, aunque no faltó la nota de lamento: su derribo se explicaba más por las presiones internacionales, que no por la fuerza de las Cortes españolas o de una opinión pública bien articulada: “No caerá por una votación contraria en las Cortes que no la tendría nunca [...] ni por un movimiento de opinión pública, cuya existencia negaría, aunque sea tan evidente como lo es en efecto. Maura cae por los golpes espirituales que da Europa entera” (*EC*, 20-10-1909). En otras palabras, el régimen no era mínimamente representativo y después de la Semana Sangrienta, acontecimiento absolutamente vital de aquellos tiempos, el miedo impedía cualquier otra protesta pública.

Por último, desde la óptica integrista, Clairac, más que recelar ante los posibles ataques que en las Cortes se vertiesen contra el jefe de las tropas en Melilla –cuestión que ni siquiera mereció su consideración–, había renegado, de entrada, del parlamentarismo:

“¡Qué contraste entre el espectáculo que nos da en Melilla nuestro Ejército, y el que dentro de poco nos han de ofrecer los hombres del día, los que viven como parásitos chupando el jugo de la nación!” (Clairac, *ES*, 09-10-1909).

*El Salmantino*, a decir verdad, contempló inicialmente el hundimiento del maurismo con cierta indiferencia. Aunque “S.” reconocía la inteligencia política del líder conservador, no dejaba de pertenecer a la familia del Liberalismo (“S.”, *ES*, 23-10-1909). Eso sí, lo que se avecinaba, el gobierno de Segismundo Moret, parecía mucho peor que lo hasta el momento conocido.

El general Luque, ministro de Guerra del nuevo ejecutivo liberal, anunció su intención de acabar cuanto antes con la campaña africana. Y otra de las novedades gubernamentales, totalmente previsible, consistió en rechazar el proyecto maurista de financiación de la misma. Por eso, el 1 de noviembre se anunció un decreto que concedía un crédito extraordinario al gabinete. Su valor: 68 millones de pesetas.

Además, en estas mismas fechas se advirtió un primer y deseado acercamiento diplomático con Marruecos. Y coincidiendo con el cambio en el gobierno, también se abrió la veda para las disputas dinásticas internas y la exigencia de responsabilidades (*EA*, 03-11-1909). Así, muy sonada fue una entrevista en la que el capitán general Fernando Primo de Rivera acusó al general Linares, su sucesor en el Ministerio de Guerra, de absoluta ineficacia a la hora de movilizar a las tropas: ésta había afectado a miles de reservistas pero no a los 16.000 hombres que él ya tenía dispuestos para el embarque.

Al iniciarse noviembre también *El Castellano* se hacía eco de esa aproximación hispano-marroquí, aunque no disimulaba sus recelos: “Nosotros no hemos infligido a aquellos bárbaros aquella severa lección que hace tres meses veníamos procurando darles” (*EC*, 03-11-1909). Sorprendentemente, este diario se mostraba ahora como el más acérrimo defensor del desquite. Sospechaba que por la vía negociadora no se obtendría el máximo rédito de una victoria contundente que, por otra parte, aún no se había registrado. Y para tanto como eso, preferible hubiera sido negociar el mismo 10 de julio de 1909 y evitar la contienda.

Una semana después, en cambio, reconocía como concluida la etapa de operaciones en Melilla. Si esa deseada gran victoria de las armas españolas seguía sin llegar, de repente la publicación de Rodríguez Pinilla prefería pasar por alto tan significativo detalle: “El Ejército de Melilla puede decirse que, después de mil sufrimientos y heroicidades, ve por fin terminada su obra con gloria para él, y provecho para la nación” (*EC*, 10-11-1909). El simple hartazgo ante la contienda y ante el proceder de los políticos había hecho enorme mella en esta redacción.

La prensa católica, por otro lado, se escudó tras la autoridad de *El Telegrama del Rif* para afirmar que los resultados de la campaña militar eran, a principios de noviembre, muy positivos y el dominio español estaba asegurado desde el Muluya hasta el cabo de Tres Forcas (*EL*, 05-11-1909). En lo referido al acercamiento diplomático desconfiaba, pero sin jamás llegar al rechazo, del éxito de las negociaciones entre Marina y los cabileños por la conocida informalidad de los marroquíes (*EL*, 13-11-1909).

Para el integrismo, la negociación de la paz hispano-marroquí fue un tema sumamente delicado. La redacción, a pesar de ello o tal vez por el mismo hecho de reconocerse sin la autoridad suficiente en la materia, se limitó a reproducir editoriales ajenos, cuyas ideas suscribía. Parece tremendamente chocante, a tenor de su encendido discurso militarista, el que no compartiese con *El Castellano* esa idea de que el concierto diplomático constituía, en las circunstancias presentes, un acto degradante para España.

Éstas eran algunas de las principales informaciones que manejaba *El Salmantino*: a principios de noviembre de 1909, y tomando como fuente de autoridad un editorial de *El Mundo*, se indicaba que el tratado estaba ya casi ultimado. España, afortunadamente, conservaría el dominio sobre todo lo ocupado. Además, se legalizaría la explotación de las minas de Beni-bu-Ifrur y se conseguiría el destierro de El Chaldy. Acto seguido, sin embargo, el órgano tradicionalista comunicaba que Moret había desmentido esta noticia y, especialmente, lo referido a las minas (*ES*, 06-11-1909).

Una semana después, el periódico se escudaba en el juicio de *El Correo Catalán*. Aquí, un tal “C.” había publicado un muy



preocupante balance sobre la contienda de Marruecos. España, escribía el editorialista, atravesaba su momento más crítico desde la Guerra de la Independencia. Retroceder militarmente en el Rif repercutiría muy negativamente en el prestigio internacional; pero, prosiguiendo con los avances, también se corría un enorme peligro. El miedo no venía sólo motivado por la hostilidad rifeña, sino que en este preciso punto, por primera vez, *El Salmantino* recogía una consideración hacia la guerra de carácter estrictamente económico. Sostenemos que a su equipo de redacción no le agradaban, ni lo más mínimo, este tipo de formulaciones. Por eso, intentaba desvincularse del asunto con el auxilio de la pluma de "C.". De todos modos, aún así, le prestaba mucha publicidad: lo contemplaba como una realidad, muy triste, pero indiscutible.

El integrismo local estaba, muy disimulada e interesadamente, renunciando a sus acostumbradas creencias. Se estaba rindiendo: porque si, desde la óptica militar, no era conveniente ni el retroceso ni el avance, el camino alternativo pasaba por la negociación. Ésta se estaba desarrollando en cuatro escenarios diferentes: París, Tánger, Fez, y Madrid. Pero todas las conversaciones estaban sujetas a la voluntad de un sultán, Hafid, al que se le tachaba de fanático independentista y personaje ávido de la sangre de sus súbditos (no dejaba de constituir una incongruencia recoger semejante opinión en un semanario que jamás reparó en las cifras de soldados españoles enviados al Rif). Puesto que no se confiaba, por tanto, en su voluntad de arreglo, correspondía a la diplomacia española hacer el esfuerzo monumental para lograr una paz rápida y evitar la ruina económica. Pero ¿cuándo *El Salmantino* había mostrado respeto por el trabajo de los diplomáticos españoles? Nunca. Y ¿acaso confiaba en Moret? Menos aún. En definitiva, este editorial suponía un total reconocimiento de la incapacidad colonizadora de los españoles:

El soldado español es valeroso, abnegado y sufrido como ninguno, pero las guerras se hacen hoy con algo más que con héroes. El Cid, sin cuenta corriente en el Banco de Londres y crédito para comprar ametralladoras y fusiles, iría hoy al sacrificio estéril a pesar de su temeridad gloriosa ("C.", *ES*, 03-11-1909).

Para *El Salmantino*, el futuro de España en el Rif se presentaba muy negro: más oscuro, de hecho, cuando se vislumbraba una paz oficial que durante la contienda; más turbio gobernando Segismundo Moret que bajo el mandato de Antonio Maura. Las sumisiones entre los cabileños seguían un ritmo muy caótico y ello desesperaba a la redacción integrista. El 20 de noviembre, por fin, sin recurrir a ningún intermediario, abundaba en esta cuestión:

Estamos frente al eterno problema, el problema nacido de aquellas torpezas de antaño, de aquella insana política de cábilas, que hizo huir a El Roguï de Zeluán y convertir lo que casi era una monarquía absoluta, con un sultán responsable, omnímodo y obedecido de todos, en una verdadera olla de grillos (*ES*, 27-11-1909.)

Idéntica postura a la sostenida por *El Lábaro*. Cambiaba el tono, no obstante. Marruecos era un atolladero y el quehacer diplomático se veía entorpecido por la ausencia de una estructura estatal, en el sentido occidental del término. La escasez de jefes de prestigio entre las cábilas suponía un considerable escollo para la acción española y, sin duda, coadyuvaba a que los militares se decantasen por el simple dominio armado. Aunque, por otra parte, los partidos políticos dinásticos también eran verdaderas jaulas de grillos. Pero, en resumen, de modo insólito, el pensamiento integrista acababa sosteniendo aquella vieja tesis de un conocidísimo liberal, Miguel Villanueva, sobre la política errónea adoptada ante El Roguï.

Muy a tiempo, facilitando que esta polémica sobre la conveniencia o no de una negociación languideciese, llegaron formidables noticias desde África. La euforia una vez más se desbordó a partir del 26 de noviembre, al pregonarse la toma de Atlatén con la que se aseguraba el dominio español sobre la península de Tres Forcas. *El Adelanto* se apresuró a anunciar la consecuencia inmediata de este éxito: quedarían en los campos de Melilla las fuerzas puramente necesarias para conservar las posiciones y se licenciarían a las restantes (Rivera, *EA*, 29-11-1909). Comenzaron, además, a propagarse los primeros rumores sobre la creación de un futuro Ejército colonial permanente en Marruecos, formado íntegramente, tanto la tropa como la oficialidad, por voluntarios. Algo más parco, *El Castellano* se conformó con la reproducción de los partes oficiales y

con las fantásticas impresiones del general Luque tras la ocupación de Atlatén (*EC*, 27-11-1909). También esta casa adelantó la idea de que muchos soldados podrían pasar la Navidad en sus hogares y, además, abundaron las alabanzas técnicas a propósito del desarrollo de la última operación (*EC*, 29-11-1909).

Tan sólo “Argos”, entre los sectores más progresistas de la capital, se ocupó de relativizar el triunfo. Porque si bien era cierto que el gobierno declaraba oficialmente el fin de la campaña, aún no había llegado el momento para el completo regocijo popular. Se imponía un último esfuerzo (“Argos”, *EA*, 30-11-1909).

Una semana después, por fin, el 7 de diciembre, se anunció el comienzo de la repatriación escalonada de los soldados. “Argos” ahora no desperdició la ocasión para atribuir el mérito de la decisión a Moret, al tiempo que cargó las tintas contra el anterior gabinete: “El gobierno del señor Moret está cada día más firme; el alabastro se ha convertido en mármol y resiste todos los golpes de los palillos de boj que los conservadores esgrimen, cuanto más los pincelazos del acuarelista Maura” (“Argos”, *EA*, 08-12-1909).

Sin embargo, de todos es sabido, la tranquilidad militar no volvería a ser absoluta en la zona hasta 1927. Había entrado en escena el “cáncer marroquí”. Y el mismo “Argos”, en efecto, seguiría insistiendo en que el futuro en Marruecos se presentaba repleto de obstáculos: “Son chispazos sueltos los de ahora, y pueden llegar más tarde a formar grandes hogueras” (Pallol, *EA*, 06-01-1910). Pero era preferible, más sencillo para la masa, dejarse embargar por el optimismo del momento. *El Adelanto* lo supo ver al instante, y entre sus páginas se hicieron habituales las breves noticias de carácter costumbrista sobre el Rif. Todo lo necesario para convencer a los lectores de que el entendimiento hispano-marroquí estaría garantizado por la superior fuerza civilizadora de los españoles.

La prensa católica, por su parte, también se sumó a la oleada de júbilo tras la toma de Atlatén, pero con la precaución de no adelantar nada relacionado con el regreso de las tropas (*EL*, 27-11-1909). Por otro lado, los comentarios que apuntaban a la próxima creación de un Ejército colonial fueron muy bien recibidos (*EL*, 03-12-1909). El panorama se modificó, sin embargo, a mediados de

diciembre de 1909. Entonces *El Lábaro* ya esperaba impacientemente el retorno de los reservistas de la capital:

Se hacen largos, interminables los días de espera [...] El Ejército y el pueblo son dos hermanos entrañables [...] Los malditos, los extranjerizados, se metieron entre el pueblo, sonando a sedición, impidiendo el embarque de los soldados: predicando el odio a la guerra [...] Ahoguemos esa infamia, esa vergüenza nacional, con un abrazo efusivo, perdurable, al Ejército (“Munio”, *EL*, 10-12-1909).

Y otro redactor, Pérez Vázquez, reflexionaba sobre el valor simbólico de las despedidas y los gestos de bienvenida dispensados a los soldados, señalando:

Son dos actos, la salida y repatriación, que siendo en sí tan opuestos y diferentes, producen, sin embargo, el mismo efecto entusiasta, convergen en el mismo fin, la glorificación de la patria; el primero, por ir en busca de su gloria, de su honra, y el segundo, porque volviendo victoriosos, brilla con singular esplendor en la frente de sus héroes (Pérez Vázquez, *EL*, 15-12-1909).

El servicio telegráfico de *El Salmantino*, por último, daba cuenta el 27 de noviembre de 1909 tanto de la atmósfera de nerviosismo previa a la reanudación de los avances como del telegrama oficial en el que se le notificaba al ministro de Guerra la toma de Atlatén (*ES*, 27-11-1909). Pero su reacción fue muy comedida porque el “avance de la civilización” se contempló como una realidad imposible mientras gobernase Moret. La penetración económica en el Rif constituyó siempre el sueño dorado de *El Salmantino* (Clairac, *ES*, 09-10-1909). Otra cuestión fue que este objetivo se disfrazase con ese discurso tan lineal, sin fisuras y dogmático del patriotismo más ultramontano. El impulso de la agricultura se había antepuesto, de hecho, a la explotación minera y el desarrollo de comercio. Con seguridad, porque éste discurso era el que encontraba mayor respaldo público para la causa colonial en una

ciudad como Salamanca. Pero nada de esto se creía realizable, insistimos, bajo mandato liberal.

Cabe destacarse que entre las páginas de la prensa salmantina escasearon las alusiones a la participación de algunos conocidos políticos (Villanueva, Romanones, García Álix, las subvenciones de Maura para la Trasatlántica, etc.) en los negocios mineros. Y fue precisamente esta ausencia de un cauce más o menos oficial de información sobre el asunto la que alentó algunas exageraciones. El mayor esfuerzo ofensivo de los periódicos locales ante la opinión pública salmantina se orientó, en cambio, hacia la exaltación desmesurada de las pasiones populares en nombre del honor. Aunque tras esa casi unánime defensa de la gloria militar –con la excepción de *El Castellano*, que además no volvió a comentar nada sobre Marruecos desde que se tomó Atlatén– se ocultaba, cómo no, el miedo hacia el imparable avance colonial francés.

A lo largo de toda la campaña militar, el diario liberal salmantino –con otra excepción puntualmente: la de “Argos”– se esmeró en mantener un discurso marcadamente belicoso. Incluso, todavía a finales de octubre, cuando el estado de la opinión era muy agrio porque abundaban, precisamente, los rumores sobre ocultos intereses mineros en la guerra y no se avistaba una solución para la misma, hubo un cronista que insistió en la necesidad de un esfuerzo militar enorme y urgente:

La verdad ha llegado al país en cuentagotas, con la misma parsimonia con que se han enviado a África soldados y recursos, y hay que variar de procedimientos y acabar la guerra inmediatamente, cueste lo que cueste [...] Ni crueldad ni clemencia; justicia seca y que aprendan los rifeños que no pueden cometerse atrocidades sin purgarlas (*EA*, 23-10-1909).

Fue, sobre todo, a punto de ocuparse Atlatén, cuando *El Adelanto* reflexionó sobre el objetivo de la pugna y sobre lo que a la opinión pública se le había transmitido. El periódico liberal se agasajaba a sí mismo, confesando que la prensa había desempeñado una función informativa mucho mejor que el gobierno. “L. A.”, en un

excelente editorial exponía su personal interpretación del porqué del “sentir colectivo”:

Apenas iniciada en julio último la fiera rebelión rifeña, hubo de preguntar el pueblo español: ¿qué ocurre en Melilla? Dio a la opinión cumplida respuesta más la prensa sensata y consciente de sus deberes que el gobierno [...] Envuelta desde su comienzo la campaña de Melilla en un ambiente de oscuridad, de silencio, de incógnita para la opinión pública -atmósfera tanto más viciosa cuanto que en ella vio el país pulular los gérmenes del magno problema marroquí, tan desconocido para los españoles- a poco que anduvo la mente popular, hallábase desorientada. Comenzaron entonces a adquirir vida todas esas hipótesis sin fundamento que engendra la necesidad de saber lo que no se conoce y quiere conocerse [...] Tras los heroísmos de Beni-bu-Ifrur vino una pausa. Logrados los objetivos del pueblo, supo éste que la campaña no estaba terminada. Su decepción fue grande; faltáronle, quizá, alientos y entusiasmos para sustituir con esperanzas doradas sus objetivos logrados, y el pueblo, desorientado, degeneró en suma estéril de espíritus decaídos (“L. A.”, *EA*, 17-11-1909).

Periodistas y gobernantes intentaban, se observa aquí, manipular la opinión publicada para granjearse una determinada opinión pública. Evidentemente, no siempre lo conseguían. En el editorial, además, se percibía una tímida crítica hacia un patriotismo mal entendido por los políticos. Porque la censura había dejado de ser una medida comprensible. Sobre todo, cuando el patriotismo de las capas populares estaba libre de cualquier reproche.

La prensa católica salmantina, en lugar de esforzarse aportando razones para la desorientación del pueblo, prefirió directamente cebarse con el Trust. En el caso de *El Lábaro*, a “M. de B.” sobre todo le molestó el hecho de que los periódicos de la Sociedad Editorial se hicieran eco de los comentarios insidiosos vertidos en los diarios franceses contra el general Marina (“M. de B.”, *EL*, 14-10-1909).

El órgano local del integrista, por su parte, acostumbró a encabezar muchos de sus editoriales con un rótulo en el que subrayaba su adhesión a la Buena Prensa. Cuando el Trust manifestó su rechazo hacia la censura, *El Salmantino* comentó: “Creemos que se equivocan como de costumbre” (*ES*, 17-09-1909). Ellos, recordémoslo, la acataron fielmente. Y tras la toma del Gurugú, un redactor, “Ese”, dirigió un rabioso ataque contra el consorcio periodístico y contra lo que consideraba un acto desvergonzado; que se alegrasen por una conquista militar después de vociferar tanto contra la campaña melillense:

El patriotismo de estos caballeros de industria estuvo a la altura de sus babuchas; pero felizmente puesta nuestra gloriosa bandera en la cima del Gurugú y cubiertos de gloria nuestros valerosos soldados [...] cambian de frente, baten palmas (“Ese”, *ES*, 02-10-1909).

No obstante, todavía resultó más furibundo el editorial que publicó, transcurridos unos días, José M<sup>a</sup> de los Corrales. Se trata de uno de los editoriales más geniales, por su enorme carga ideológica y fuerza retórica, publicado en Salamanca a propósito del poder del Trust:

Hasta los ciegos ven y los más ignorantes saben, que en la guerra en que está empeñada la sociedad actual, va de triunfo en triunfo, aquella parte que ha sabido adquirir y manejar la moderna arma que todo lo remueve, que todo lo avasalla, que todo lo puede y que a todos vence; arma prodigiosa, a cuyo poder nada resiste, a quien no hay nadie que no tema [...] La prensa, he ahí el arma, que debiendo ser la salvaguardia del orden, el apoyo de la autoridad, la defensora de la fe católica, la garantía de la paz, la pregonera y aliada del progreso, la que afianzase la verdadera libertad, es la que todo lo derrumba, todo lo pisa y de todo se mofa (Corrales, *ES*, 09-10-1909).

Terminada la fase militar de la campaña, en enero de 1910, y coincidiendo con el regreso de la Brigada de Cazadores de Madrid, la

publicación semanal, de nuevo, se indignaba porque fuese Moret –y, por extensión, el Bloque y el Trust– quienes se atreviesen a encabezar el acto de bienvenida (“C.”, *ES*, 22-01-1910).

El recién fundado Círculo Tradicionalista Salmantino organizó un variado ciclo de conferencias entre marzo y mayo de 1910 y éstas ofrecieron al rotativo integrista una nueva oportunidad para rebatir las ideas de la Sociedad Editorial. Cinco fueron las sesiones celebradas y *El Salmantino* recogió al completo todos los discursos allí pronunciados, a pesar de que precisase de la mitad de su superficie. A cargo de Ernesto Amador y Carrandi, profesor de la Facultad de Derecho, estuvieron cuatro exposiciones sobre la cuestión rifeña y en ellas se compendió, en efecto, todo el credo africanista del semanario. De ahí, que no le importase invertir tanto espacio en el asunto. La reproducción de todas estas exposiciones, así como la insistencia en su carácter multitudinario, constituyó el mayor esfuerzo pedagógico del semanario y, también, en cierto modo, su contraataque frente a las tesis que venía sosteniendo la prensa del Trust respecto al problema africano.

Entre otras materias, se abordaron temas tales como la orografía marroquí, el fanatismo bereber y la ambición de las potencias europeas (*ES*, 05-03-1910); también se aludió a la ineptitud de los diplomáticos españoles y el exceso de agresividad gala (*ES*, 10-04-1910 y 16-04-1910). El ciclo concluyó con una proclamación de la primacía del más fuerte, ya que el Acta de Algeciras se había convertido en papel mojado (*ES*, 14-05-1910). Lo que primaba era frenar la estrategia gala de avance mediante “la mancha de aceite”. En resumen, el nacionalismo antifrancés constituyó para el pensamiento integrista el pilar básico de su propaganda bélica. Y al servicio de este axioma se glorificó al Ejército y se demonizó al Trust.

Para concluir, y volviendo al asunto de la tramitación de la paz oficial, a mediados de diciembre de 1909, unas declaraciones de Pérez Caballero, ministro de Estado, ante los periodistas madrileños serían ya comentadísimas por *El Adelanto*: aseguraba entonces el político que las conversaciones con Hafid marchaban por un óptimo camino dado que nunca antes España se había hallado en mejores condiciones para ejercer su acción civilizadora en Marruecos (*EA*, 13-12-1909). El Rogui había sido, durante años, el amo de la región circundante a la



plaza y todos los sultanes, sistemáticamente, fracasaron ante él. Pero ahora, la victoria de las armas españolas legitimaba a la oficialidad para intervenir en la autoridad de los caídes y entrenar a las tropas indígenas con el objeto de garantizar el orden en la zona. Había llegado la hora de desempeñar una misión civilizadora en África. El momento era, además, el idóneo para exigirle una indemnización a Hafid.

Sin embargo, la negociación se ralentizaría muchísimo. La política de dilaciones era una nota constante, absolutamente definitiva, de la estrategia diplomática de los sultanes. Tan solo al finalizar septiembre de 1910, y por tanto estando ya en el gobierno José Canalejas, se trasladaba hasta Madrid El Mokri para transmitir al ejecutivo los planes de Hafid: éste rechazaba el pago de una indemnización de guerra y exigía la evacuación española de las posiciones ocupadas. *El Socialista*, en esta coyuntura, temió una reanudación de los combates: “Como ni el sultán puede pagar, ni el gobierno quiere pasar por la humillación de devolver lo arrebatado, se impone la reanudación de la campaña de conquista” (*ESO*, 07-10-1909). *El Debate*, en el polo opuesto, prefirió desquitarse con los franceses (*ED*, 13-10-1910).

*El Adelanto*, aunque con mayor temple, también optó por el recurso al viejo argumento del agravio comparativo: “Marruecos indemnizó o se ha comprometido a indemnizar a Francia de los gastos y perjuicios de la campaña de Casablanca, menos lógica y razonable que la de Melilla, y en cambio se niega a reconocer a España el derecho de igual beneficio” (*EA*, 30-09-1910). A decir verdad, Francia había conseguido imponer al sultán unas condiciones verdaderamente humillantes: las tropas galas permanecerían en las posiciones conquistadas, mientras que al Majzén le correspondería sufragar los gastos del Ejército de ocupación y pagar una nueva indemnización de 2.500.000 francos a las víctimas europeas de los sucesos de Casablanca.

Se hubo de esperar a principios de noviembre para que los ánimos se calmasen: Marruecos transigió entonces con la idea, tras un durísimo tira y afloja, de una indemnización por valor de 65 millones de pesetas. No obstante, simultáneamente, ganaban fuerza los rumores de un inminente avance francés sobre Taza (Rivera, *EA*, 04-11-1910).

Finalmente, el 17 de noviembre, se hizo pública una nota con los principales puntos del convenio hispano-marroquí. Y, al día siguiente, Rivera aclaraba que el tratado emulaba el ya firmado entre Francia y Marruecos después de la campaña de la Chauia (Rivera, *EA*, 18-11-1910). Precisamente, éste era, sin ningún género de dudas, el aspecto que más reconfortaba a la redacción de *El Adelanto*: “El Acta de Algeciras obliganos a respetar la integridad del imperio mogrebino, y así lo hacemos, sin embargo, de hecho ocupamos una parte de él; porque si los pactos firmados nos prohíben las situaciones de derecho, nada dicen de las de hecho” (*EA*, 19-11-1910). Magistral demostración de cinismo. El broche final a estas larguísimas negociaciones lo puso Alfonso XIII, con su visita a la zona de operaciones.

A escala nacional, una de las reacciones más entusiastas fue la de *La Vanguardia*: “El fin de la negociación con Marruecos es un acontecimiento fausto” (*LV*, 20-11-1910). Aunque el periódico nacionalista prescindía de los detalles: “Señalar los beneficios que España pueda obtener en lo futuro con este tratado es preparar al adversario para que lo dificulte e impida. Puntualizar lo que hayamos perdido [...] es hacer más o menos directamente la causa del enemigo”. Asimismo, eufórico se mostró *El Imparcial*, que no escatimó aplausos hacia Canalejas (*EI*, 18-11-1910). Mucho más comedido, aunque satisfecho, se mostró *El Socialista*. Alegaba para ello dos razones. Por una parte, se alejaba del horizonte el horror de un nuevo conflicto. Por otro lado, “ha quedado demostrada la influencia de la opinión en el ánimo de los gobernantes al perseverar en su oposición contra la guerra” (*ESO*, 25-11-1910). Todos, pues, deseaban capitalizar lo que consideraban un triunfo. El *ABC*, en cambio, evitó formular comentarios (*ABC*, 17-11-1910).

De *El Lábaro*, la última información que vamos a reseñar es un estupendo editorial de Eusebio Díaz. Lamentablemente, esta publicación cerró sus puertas el 21 de noviembre de 1910, acosado por los continuos ataques del integrista, y sin llegar a comentar la firma de la paz. ¡Qué pena! No obstante, sí que dejó muy clara su inquebrantable fe africanista:

La colonización se erige en el punto primordial de la vida económica moderna. No hay para qué decir el

valor de las armas en la defensa de los países que conquistó la diplomacia; es menos preciso refutar la tesis de que sólo la mano militar realiza el milagro de dominar colonias [...] El impugnar la colonización por los horrores de la guerra o la violencia que a veces supone, es una exaltación sentimental que no debe apreciarse al lado de las ventajas que a todos engendra: importa no olvidarlo, no sería la paz la que imperara si triunfasen los enemigos sistemáticos de la guerra, sino la pereza pacifista (Díaz, *EL*, 22-08-1910).

Nada de contemplaciones, por lo tanto, ante las incipientes protestas socialistas.

*El Salmantino*, para terminar, experimentó, al igual que con Moret, un rechazo muy visceral hacia José Canalejas y hacia su política anticlerical. Además, su nuevo proyecto de servicio militar obligatorio tampoco despertó ningún apego en la redacción del semanario integrista. Y es que su implantación se asoció, inmediatamente, con la agudización de la crisis agrícola (*ES*, 01-09-1910).

En cuanto a la firma de la paz, este semanario aprovechó la etapa final de las negociaciones hispano-marroquíes para azuzar el odio contra el francés. Periódicos de la Corte, tales como *El Debate*, también lo harían (*ED*, 18-10-1910). Hernán de Z. aludió a la inspiración gala de los sucesos de la Semana Trágica y presentó a Pablo Iglesias y Lerroux como esbirros de aquel gobierno (Hernán de Z., *ES*, 06-10-1910). Días después, también este rotativo aireaba un artículo de *Le Temps*, calificado como “muy insidioso”, en el que se ponían en tela de juicio los derechos históricos de España en Marruecos. En el mismo escrito, además, se le recomendaba a José Canalejas hacer gala de una actitud más enérgica frente a este tipo de intromisiones (*ES*, 28-10-1910). El 18 de noviembre, *El Salmantino* anunció la conclusión de las negociaciones con El Mokri y aportó, sin efusividad, algunos detalles sobre las mismas (*ES*, 18-11-1910).

### 4.3. LA CIUDAD Y SUS SOLDADOS

#### 4.3.1. El envío de soldados salmantinos

Después de los ataques del 9 de julio, los reservistas salmantinos recibieron el aviso de estar preparados para cualquier contingencia. Así que su presencia en las calles de la capital se convirtió en una escena habitual, siempre adornada con su triste y desarrapada figura. La prensa local desempeñó un papel esencial a la hora de socorrer a estos jóvenes, sirviendo como vehículo a través del cual las instituciones se dirigieron a la sociedad. Pero su papel fue mucho más allá: los periódicos, mayoritariamente, apelaron al patriotismo de los lectores frente a las voces contrarias al vigente sistema de reclutamiento.

En primer término, explotaron el tan extendido sentimiento de lástima para llamar a la solidaridad:

Ayer, mientras tomábamos café [...] pasaron algo taciturnos y cansinos, quemados los rostros por el sol, y encallecidas las manos por las herramientas de trabajo, varios soldados reservistas de los recientemente llamados a filas. Iban luciendo unos lamentables uniformes de cazadores; las verduzcas franjas del pantalón, pardusqueaban atrozmente; las guerreras les caían irrisoriamente por aquellos cuerpos que ya habían perdido la marcialidad militar (“Un Repórter”, *EA*, 17-07-1909).

Sin embargo, a la imagen deprimente de estos reservistas salmantinos, no tardaría en contraponerse otra: la del estoicismo. Porque la guerra era una obligación, el decaimiento moral no estaba permitido y ante la marcha de los futuros combatientes únicamente se podía responder prestándoles todo el socorro posible:

Con alegre marcialidad, que honra a esta tierra y demuestra que Castilla sigue siendo el rincón venerado donde al patriotismo se rinde el más acendrado culto, marchan los reservistas a la guerra, dejando aquí

pedazos del alma [...] Todos cumplen su deber con exceso, y esto es heroísmo (*EA*, 27-07-1909).

En efecto, a renglón seguido, *El Adelanto* anunciaba el inicio de una suscripción popular en beneficio tanto de los reservistas como soldados en filas de la provincia y la creación de una junta para su gestión, presidida por el alcalde, Florencio Marcos Martín. Tanto *El Castellano* como, sobre todo, *El Lábaro* se apresuraron a dar la bienvenida a esta iniciativa y a prestar sus instalaciones para la colecta y sus columnas para la publicación de la lista de los donativos (*EC*, 29-07-1909; *EL*, 29-07-1909). También *El Salmantino* dio cuenta de la misma, pero tardíamente (*ES*, 14-08-1909).

La noche del 27 de julio, coincidiendo con el descalabro en el Barranco del Lobo, salieron en tren los primeros reservistas salmantinos que habían de incorporarse a los Regimientos del Rey, Wad-Ras y Covadonga. Catorce hombres fueron despedidos en la estación de trenes y obsequiados con tabaco y vino. Las peregrinaciones populares hasta este lugar, la estación, se convertirían en habituales en los días siguientes. Pero no se pueden apenas precisar las cifras. “Juan de Salamanca” se refirió en sucesivas ocasiones a estas concurridas despedidas, repletas de conmovedoras imágenes, y resaltando su carácter interclasista (“Juan de Salamanca”, *EA*, 29-07-1909). Y “Un Repórter”, asimismo, ensalzó el brillante ejemplo de patriotismo que estaban ofreciendo los salmantinos al país:

En el tiempo de guerra que llevamos, aquí no se ha registrado acto alguno que vaya en desdoro de la patria [...] Aprendan, pues, de Salamanca, esos sediciosos barceloneses, y sepan que aquí, con la misma tranquilidad con que leemos un periódico, sabemos tomar las armas (“Un Repórter”, *EA*, 30-07-1909).

Sin embargo, las impresiones de *El Castellano* no fueron tan optimistas: “No van en marcha triunfal, al eco de las músicas sonoras [...] van tristes, sin ruido, en grupos, en parejas o rodeados de mujeres y niños, a quienes miran con una honda impresión de melancolía; pero van” (*EC*, 21-07-1909). Y a otro redactor, Modesto Pérez, las emotivas despedidas le servían para formular un comentario bastante crítico: “Las clases directoras que no manden a sus hijos a las filas ni a

la guerra no están autorizadas para llamar antipatriota a nadie; por eso será más hermoso cuanto el pueblo haga” (Pérez, *EC*, 31-07-1909). *El Castellano* fue, asimismo, el único periódico local que suscribió y reprodujo, palabra por palabra, el famoso escrito de Benito Pérez Galdós, “Al pueblo español”, contra el gobierno de Antonio Maura y su irresponsable conducta en Barcelona y Marruecos (Pérez Galdón, *EC*, 08-10-1909).

En cambio, lo que sí abundaron en la prensa local fueron las informaciones sobre gentes que deseaban acudir voluntariamente al terreno de batalla. Sobre todo cuando se trató de aristócratas que, pese a la posibilidad de redención, participaron en la campaña. El propósito apaciguador de estas informaciones resultaba muy evidente. “Argos”, una vez más, fue el redactor que más emoción experimentó al conocer el alistamiento de estos nobles: “Yo sigo con creciente interés y con cierta emoción el avance de la ola voluntaria; creo que, de seguir así [...] habríamos resuelto el problema del servicio militar: no sería obligatorio” (“Argos”, *EA*, 19-08-1909).

Hasta mediados de diciembre de 1909 no se anunció el ansiado retorno de los reservistas salmantinos (*EA*, 14-12-1909). El goteo de soldados, sin embargo, se prolongaría durante bastante tiempo. De hecho, una de las primeras medidas del nuevo ministro de Guerra del gobierno de José Canalejas, el general Aznar, con el indisimulado propósito de ganarse las simpatías populares, fue el licenciamiento de los hombres del reemplazo de 1905. Se estimaba entonces que la medida afectaría a unos cincuenta salmantinos que desde julio permanecían en tierras marroquíes (*EA*, 23-02-1910). Aunque a otros, dispersos en los Regimientos del Príncipe, de Saboya y del Rey, les correspondería seguir esperando (*EA*, 09-06-1910).

#### **4.3.2. Los gestos de apoyo de los salmantinos para sus combatientes**

Habitualmente, ya se ha sugerido esta idea, los regalos a los reservistas y las suscripciones, como la de *El Adelanto*, fueron publicitados en la prensa local y sirvieron como pretexto para divulgar una concepción muy restringida del patriotismo. Pero hubo quien entendió la solidaridad de otro modo. Fue el caso de la minoría republicana en el Ayuntamiento. En la sesión municipal del 28 de julio presentaron una proposición en la que se hacía constar:

1. Que el Ayuntamiento de Salamanca veía con profunda pena la guerra entablada en nombre de España en Marruecos.
2. Que, asimismo, veía con igual pena que fuese sólo la clase proletaria la que engrosara las filas del Ejército combatiente.
3. Que a las familias de los reservistas en campaña, si éstos eran empleados municipales, se les abonase medio sueldo durante el tiempo del conflicto.
4. Que estos acuerdos fuesen comunicados al gobierno.

La discusión estalló tras la lectura del documento porque Florencio Marcos Martín rechazó taxativamente los dos puntos iniciales. Así que el debate fue bastante acalorado durante casi dos horas y finalmente resultó victorioso el alcalde. Además, logró que se eliminase del acta final el relato de los incidentes habidos (EA, 29-07-1909).

En cambio los empleados municipales sí que acordaron ceder un día de su haber mensual, mientras se prolongase la campaña, en beneficio de las familias de los reservistas. Y, a modo de réplica, los recaudadores de consumos decidieron también secundar esta iniciativa<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1909, fol. 105 (r)-106 (v). En la sesión del día 2 de agosto quedó constituida una comisión municipal para el socorro de los reservistas e integrada por los concejales Cáceres, Durán y Hernández Sanz. Una semana después, el personal municipal entregó a la misma ese día de haber: *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1909, fol. 110 (r). Pero la vida de esta comisión sería lánguida, hasta el extremo de que en la sesión correspondiente al día 11 de octubre, el señor Cáceres lamentó “la falta de consignación adecuada para cumplir los acuerdos del Ayuntamiento”. Propuso, como remedio, beneficiarse de los auxilios benéficos y del sobrante de lo presupuestado para las ferias: *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1909, fol. 144. Un mes más tarde, el 29 de noviembre, Hernández Sanz llegó a preguntar si aún funcionaba la comisión porque, siendo él uno de los integrantes, desconocía

Otro de los gestos caritativos más tempranos fue el del Círculo de Obreros Católicos. Éste acordó eximir a los reservistas del pago de sus cuotas y concederles el socorro íntegro por enfermedad, en caso de resultar heridos. También resolvió enviar al gobierno un telegrama de queja por la conducta de los catalanes.

Las madres de los soldados organizaron, por su cuenta, el 6 de agosto, una misa en la catedral con el propósito de rogar para que sus hijos no resultaran heridos en la batalla. La ceremonia fue descrita muy ampliamente en la prensa local, presentándose como un acto bastante concurrido y muy emotivo (*EA*, 07-08-1909; *EL*, 06-08-1909; *EC*, 06-08-1909). Además, obedeciendo a los deseos de la reina Victoria, se constituyó una Junta de Damas en Salamanca, presidida, por doña Juana Primo de Rivera en beneficio de los familiares de las víctimas españolas (*EA*, 19-08-1909; *EL*, 24-08-1909).

Siguiendo el ejemplo de la suscripción abierta por *El Adelanto*, de la que diariamente se ofrecía un balance, el 13 de agosto de 1909, en el Boletín Oficial de la Diputación, apareció anunciada la apertura de otra suscripción provincial en apoyo de los reservistas<sup>26</sup>. La decisión arrancaba de una reunión celebrada a principios de ese mes y la junta que había de gestionar la recaudación quedó integrada por el gobernador civil, el presidente de la Diputación, el gobernador militar, los obispos de Salamanca y Ciudad Rodrigo y el vicepresidente de la Comisión provincial de la Diputación. Nada más iniciarse, y gracias a las autoridades mencionadas, ya acumulaba 1.400 pesetas. Pero el

---

la respuesta. La contestación de Marcos Martín no quedó reflejada en parte alguna: *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1909, fol. 172. La última noticia sobre el funcionamiento de la misma data del 20 de diciembre, cuando se procedió al reparto de algunos socorros, sin especificarse cantidades: *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1909, fol. 178 (r).

<sup>26</sup> *Boletín Oficial Extraordinario de la provincia de Salamanca*, 13 de agosto de 1909. Se aclara que la Diputación inicia la suscripción con 1.000 pesetas. Además, el gobernador civil deposita otras 285 pesetas y el personal de oficinas, 115 pesetas.



balance final de su recaudación no se haría público hasta finales de 1910<sup>27</sup>.

Evidentemente, volviendo a *El Adelanto*, éste explotó al máximo su suscripción para promocionarse. Enorme satisfacción le produjo que, intentando sumarse a su esfuerzo, la asociación artística del 1º de Mayo decidiera organizar una velada benéfica, el 7 de agosto; O el anuncio algo posterior de una celebración similar, una función teatral en el Bretón, a cargo de la Sociedad Los Bohemios. A mediados de agosto, el diario liberal agradecía la colaboración de todos los suscriptores, aunque no faltaba un apunte crítico final: “Lo que falta en nuestra suscripción, hasta ahora, es el óbolo pequeño, pero valiosísimo del pobre” (*EA*, 12-08-1909).

Coincidiendo con la publicación de esta nota de agradecimiento, la junta de la suscripción acordó gratificar con 125 pesetas a la madre del soldado Santiago Álvarez Santos. Se trataba del único reservista, perteneciente al cupo de 1904, cuyo fallecimiento en la batalla del Barranco del Lobo se pudo confirmar (*EA*, 12-08-1909). Al menos con mucho alivio, y casi al mismo tiempo, se recibió la noticia de que otros siete salmantinos se hallaban hospitalizados en Málaga (*EA*, 13-08-1909; *EL*, 11-08-1909).

La prensa católica, lógicamente, destacó sobre todo la labor caritativa de la Iglesia. Por esta razón, el 2 de septiembre de 1909, Fray Francisco Javier, obispo de Salamanca, se dirigió a los lectores y, a la vez que presentaba el conflicto melillense como una guerra de religión, hizo un llamamiento a los párrocos de la provincia para que socorrieran económicamente a los soldados (*EL*, 02-09-1909).

---

<sup>27</sup> *Boletín Oficial de la provincia de Salamanca*, n.º 173, 11 de diciembre de 1910, p. 4. Hasta la llegada de las Navidades de 1909 se pudieron recaudar 4.356 pesetas. Sin embargo, cuando se publicó esta cifra, un año más tarde, se le sumó lo recaudado en 1910. Por eso, el monto final ascendió a 6.166 pesetas. Con esta extraña argucia contable, creemos que la Diputación pretendía demostrar que su iniciativa había sido tan exitosa como la suscripción emprendida por *El Adelanto*. Pero no fue el caso. A los dos días, también en el Boletín se publicó, por cierto, un balance sobre las bajas ocasionadas por la campaña: *Boletín Oficial de la provincia de Salamanca*, n.º 174, 13 de diciembre de 1910, pp. 5-6.

El objetivo final consistía en dividir, a partes iguales, el producto recaudado entre la suscripción nacional iniciada por la reina y la emprendida por *El Adelanto*. El mismo escrito, aunque con mayor extensión, se recogía en el Boletín del Obispado correspondiente. Y además se reproducía aquí, en fecha tan temprana como el 24 de julio, una circular en la que se ordenaba que, en todas las misas de la provincia, se dijese una oración *pro tempore belli*.<sup>28</sup>

La oleada de caridad pervivió incluso hasta bastante después de finalizados los grandes movimientos de avance. Así, en octubre de 1909, la Junta de Damas y el Casino manifestaron su deseo de organizar una kermesse; y los salesianos decidieron colaborar con ellas en la celebración de una función teatral. “Juan de Salamanca” también intentaba en estas fechas evitar el amilanamiento de los lectores tras la debacle en El Jemis: “Por fortuna, para nosotros, Salamanca, por su situación geográfica, se ve ahora libre de las consecuencias de la guerra, en una gran parte, pero esto no debe ser razón para que permanezcamos indiferentes” (“Juan de Salamanca”, EA, 06-10-1909).

La kermesse se celebró, efectivamente, con muy notable éxito de asistencia, en la noche del 24 de octubre. Se pudieron recaudar casi 1.350 pesetas. Y en vista del triunfo alcanzado, a los pocos días, el 28 del mismo mes y, de nuevo, el 31 de octubre, se celebraron en el Casino dos tómbolas. Como fruto, se recolectaron 2.615 pesetas que se destinaron a engrosar la suscripción popular. En cuanto al festival teatral, celebrado en el Liceo, el 5 de noviembre, no parece que fuese una celebración concurrida.

Animado por todas estas iniciativas y por la proximidad de las Navidades, *El Lábaro* sugirió la apertura de una nueva suscripción (EL, 10-11-1909). Pero esta colecta perdió su razón de ser al anunciarse el regreso de los soldados. Tan sólo se recolectaron 64 pesetas y se decidió entregarlas a dos soldados huérfanos, que atravesaban una situación de enorme penuria económica. En cambio, sí que se hizo efectivo, el 23 de diciembre, el reparto de los donativos

---

<sup>28</sup> *Boletín Oficial del Obispado de Salamanca*, 1 de septiembre de 1909, n.º 9.

precedentes de la suscripción de la Diputación entre los reservistas que habían retornados a sus hogares.

En cuanto a la comisión gestora de la suscripción popular, la de *El Adelanto*, contaba en su haber, después de varios repartos entre los familiares, con unas 3.800 pesetas. Este sobrante se acordó distribuirlo del siguiente modo: 800 pesetas se remitieron a los combatientes salmantinos, reservistas o no, que aún permanecían en Melilla; y lo demás se dividió entre los 55 reservistas de las quintas de 1903, 1904 y 1905 que ya habían regresado (*EA*, 16-12-1909 y 26-01-1910). *El Lábaro*, muy rezagado en esta carrera por dar muestras de solidaridad hacia los luchadores, tuvo que conformarse refiriendo brevemente el acto de bienvenida de las tropas, muchas del Regimiento de las Navas, en la estación (*EL*, 13-12-1909).

También, pero ya a finales de febrero de 1910, la Junta de Damas procedería al reparto del dinero que se le había asignado desde la Junta Central de Madrid, una vez concluida su suscripción nacional: 3.000 pesetas que fueron divididas a partes iguales entre los familiares de los tres fallecidos residentes en la capital: Carlos Mayorga, Francisco Hernández y Santiago Álvarez Santos.

Sin resignarse, de *El Lábaro* surgía algunas semanas antes una nueva propuesta de índole caritativa: la celebración de un homenaje a las tropas, aprovechando la vuelta de la Brigada de Cazadores de Madrid. La idea fue inmediatamente trasladada al gobernador civil, Queipo de Llano, y al alcalde, Antonio Díez. Ambos se mostraron apasionados ante el nuevo proyecto, articulado en torno a una alocución pública del señor Díez y un desfile militar. Lógicamente, la descripción que efectuó el periódico católico, tanto de los preparativos del evento como de su desarrollo, fue muy minuciosa. Por primera vez, él tomaba la delantera en un acto patriótico frente al tan activo diario liberal, *El Adelanto* (*EL*, 24-01-1910).

En marzo, otra vez, se anunció la llegada a la ciudad de más reservistas que aún permanecían en el campo de batalla. Pero el fervor guerrero ya había quedado atrás: “Pasaron los momentos de peligro y... pasó la guerra” (“Sir-ve”, *EA*, 02-03-1910). Sin duda, aquí estaba contenida una nueva crítica al carácter volátil de la opinión pública

salmantina. Porque sin la guerra y sin un discurso periodístico empachosamente belicista, África no interesaba a los salmantinos.

A punto de cumplirse el primer aniversario del Desastre en el Barranco del Lobo, “C.” (Federico C. Alaguero, uno de los soldados que combatió el 27 de julio) propuso la celebración de otro homenaje destinado, en esta ocasión, a la memoria de los salmantinos fallecidos en campaña<sup>29</sup>. En concreto, apuntaba la conveniencia de realizar unos funerales en la iglesia castrense y una velada literaria. Evidentemente, la idea encontró el respaldo inmediato de aquellos reservistas que sí habían podido regresar a sus hogares, que se apresuraron a constituir una comisión organizativa del evento.

Semejante iniciativa tampoco tardó en cobrar vigor entre las fuerzas vivas de la ciudad. Por este motivo, la misa de campaña acabó siendo prontamente sustituida por una solemne ceremonia en la Catedral, celebrada el día 8 de agosto<sup>30</sup>. La comisión logró, además de la desinteresada colaboración del obispo de la ciudad, el apoyo económico de la oficialidad del Regimiento de Caballería de Albuera n.º 18, de la Cámara de Comercio, la Diputación y el Ayuntamiento. Como detalles anecdóticos de la jornada, se puede señalar que unos electricistas montaron voluntariamente un gran rótulo luminoso en el balcón central del Consistorio, con centenares de bombillas en rojo y gualda y con el mensaje “A los héroes de Melilla”. También se acordó enviarle a los salmantinos que aún permanecían en Melilla una corona de plumas.

---

<sup>29</sup> La propuesta fue leída y aprobada por el Consistorio en la sesión del 28 de julio de 1910: *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1910, fol. 143 (r).

<sup>30</sup> En sesión extraordinaria, el 1 de agosto de 1910, el Cabildo Catedralicio acordó celebrar, sin remuneración, las solemnes exequias. Consúltese *Actas Catedralicias*, n.º 79, años 1902-1918, pp. 286. Al mes siguiente, como nueva demostración solidaria de las autoridades religiosas locales, sabemos que el obispo de Salamanca es felicitado por el ministro de Guerra, y por conducto de la Capitanía General, por la cesión de terrenos en el cementerio para el enterramiento de soldados salmantinos fallecidos en activo. Véase la *Carta escrita desde la Capitanía General de la Séptima Región al obispo de Salamanca*, Archivo Diocesano, Legajo 111-127.

La institución que más brilló, con todo, por su colaboración con este acto fue la Universidad de Salamanca. Y a su cabeza, el rector, Miguel de Unamuno, encantado con la cesión del Paraninfo para la celebración de una velada literaria. Se comprometió, aparte, a pronunciar unas palabras en la misma.

Tanto el diario de Núñez Izquierdo como el de Domínguez Berrueta, *El Lábaro*, dedicaron, el 9 de agosto, más de una plana al relato del homenaje. Entre las informaciones del primero se comentaba: “Ha superado la realidad a los cálculos que sobre el resultado del grandioso homenaje, iniciado desde las columnas de *El Adelanto*, se hacían” (EA, 09-08-1910). Se efectuaba, seguidamente, un repaso de las autoridades y público asistente al evento, así como de los discursos pronunciados en el Paraninfo de la Universidad. Entre ellos sobresalía, por su ensalzado tono patriótico, el del rector:

Hoy, en España, una de las más grandes necesidades, es continuar haciendo patria [...] depende la necesidad de nuestra acción en África, acción tan importante, que en ella se juega nuestra apariencia nacional. Si no nos hubiéramos introducido en esa parte de África, se hubieran introducido otros, que nos rodearían por todas partes y nos siguen oprimiendo. No se trata de los pobres rifeños, hermanos nuestros. Se trata de llevar la civilización a todas partes, lo cual es una necesidad. Es cómodo censurar que se lleve la civilización a cañonazos, pero no hay otros medios, y lo doloroso es que haya espíritus mezquinos que creyeran que se trataba de unas minas.

Igualmente, *El Lábaro* ofreció a sus lectores un relato extremadamente pormenorizado del desarrollo de la velada literaria y, por descontado, ovacionó las palabras de Miguel de Unamuno (EL, 09-08-1910).

En suma, la jornada fue presentada como un gran éxito y todavía, algunos días después, “Juan de Salamanca” rememoraba las escenas más emotivas. Sin embargo, el homenaje concluyó con una nota adversa:

Ocurrieron, al terminarse ayer las honras fúnebres en la Catedral y cuando los reservistas se disolvieron en la Plaza Mayor, varios incidentes desagradables, que no tuvieron extremada gravedad gracias a la prudencia de que dieron muestra los comerciantes que en ellos intervinieron como víctimas.

Centenares de chiquillos mal educados se empeñaron en que cerraran sus comercios los señores Peláez y Gay, que los habían abierto después de terminado el homenaje, y lograron su propósito gracias a la prudencia de ambos comerciantes y a la desacertada injerencia de la autoridad en un asunto en el que, de tomar alguna medida, no debió ser la que mereció generales censuras (“Juan de Salamanca”, *EA*, 11-08-1910).

Con seguridad nos hallamos ante un gesto de rechazo hacia un patriotismo burgués, superficial, incapaz de sentir los daños generados por la guerra. La prensa local, por norma, no se esmeró a la hora de dar cuenta de este tipo de gestos.

El discurso de Miguel de Unamuno, por otro lado, tal vez sorprenda porque nada tenía que ver con ese anticolonialismo del que hizo gala durante la guerra de Cuba. Atendiendo a sus palabras, ni se opuso al conflicto marroquí ni tampoco al fusilamiento de Ferrer y Guardia. En su lugar, Unamuno temió un cerco francés, creyó en la misión civilizadora del Ejército español, justificó las operaciones militares y desechó la importancia de posibles intereses mineros en Beni-bu-Ifrur. Eso sí, guardó absoluto silencio sobre los tratados internacionales y defendemos que su visión de los rifeños siempre fue benévola, distante de las reiteradas y tópicas alusiones a su fanatismo y salvajismo. De hecho, simultáneamente a los hechos bélicos había escrito “Salutación a los rifeños”, un poemilla en el que se censuraba el exceso de codicia de los europeos. Si bien es cierto que no lo publicó (Urrutia, 1971, 851-855).

Sabemos además que, estando de reposo en Bilbao, en julio de 1909, cuando el general Pintos y sus hombres cayeron en la celada del Barranco del Lobo, el rector le escribió a su amigo Federico de Onís y

claramente aprobó la contienda, aunque nada dijo sobre la represión en Barcelona: “Y, fuera de esto, nada más que los comentarios a que da la guerra. Yo soy de la minoría, es decir, que me parece muy bien la guerra y convenientísima para España en todos sentidos, y sobre todo en el espiritual. Espero que esto acabe por levantarnos algo el abatido espíritu” (Rabaté, 2009, 283).

Insistía, por último, en la misma idea cuando publicó “Ambiente de guerra” en *La Nación* de Buenos Aires: “A mí me parece muy bien la guerra. Sin invocar el testamento de Isabel la Católica, ni aducir la probable hermandad de raza entre nosotros, como a otros pueblos, nos conviene vernos en estos trances para que se despierte el espíritu colectivo nacional” (ápuđ Ouimette, 1997, 175-179).

#### **4.3.3. ¿Y las críticas hacia la campaña?**

La contestación popular a la Guerra de Melilla, seguro que ya se ha adivinado, no es fácilmente rastreable en la prensa local. Pero se sospecha que ello no obedeció únicamente a la actuación del censor. En primer término, porque éste actuaba, por norma, de modo más estricto en las grandes ciudades que en las pequeñas capitales de provincias. Parece lógico: cuanto menor fuese la tirada de un rotativo, menor peligro social entrañaba. Consecuentemente, los periódicos de provincias gozaron de mayor libertad que los de la Corte u otras grandes urbes industriales. En segundo lugar porque ni siquiera resultó imprescindible la implantación de la censura en Salamanca. Con la excepción de *El Castellano*, las opiniones publicadas no variaron sustancialmente su orientación ideológica ni su tono entre los momentos previo y posterior al establecimiento de la misma.

No obstante, sí hubo algunas preocupaciones colaterales y, sobre todo, viejas reivindicaciones colectivas, puestas de relieve con el conflicto, que revelaron cierto malestar, todavía bastante pasivo, ante la prolongación de la lucha.

### A. Críticas generales contra la guerra

Casi desde el preciso momento en que estallaron las hostilidades, se publicaron en *El Adelanto* tímidos artículos de rechazo hacia la contienda. Así, el 16 de julio, un columnista anónimo presentaba, con evidente amargura, la lucha como un conflicto nacido del aburrimiento, particularmente notorio entre los militares (*EA*, 16-07-1909).

Además, la marcha de los reservistas de Madrid, que más tarde compondrían la Brigada de Pintos, ofreció a “Argos” la oportunidad para reflexionar sobre las lecciones aprendidas en 1898. El siguiente editorial, clara manifestación de su animadversión hacia la pelea, es uno de los más conmovedores del periodo. En él, el columnista aludía a la existencia de una conciencia popular, que no nacional –recuérdese lo que se señaló muchas páginas atrás sobre la impronta cristiana de esta expresión– muy débil, pero esperanzadora. Probablemente, con su publicación, Pallol pretendió que el ejemplo de ciudades como Madrid o Barcelona también cundiese en Salamanca. Pero apenas hallaría respuesta:

Esos chispazos de luz clarísima que despiden la conciencia popular; esos intentos que aquí, en Barcelona y donde quiera que se remueve a los hombres jóvenes, sanos, fuertes, productores, para lanzarlos a la matanza, se hacen con objeto de impedir el estéril sacrificio, pruebas son de un mayor estado de cultura interna (“Argos”, *EA*, 22-07-1909).

Pero el Desastre en el Barranco del Lobo supuso un punto de inflexión para buena parte de la redacción liberal. Únicamente en octubre rebrotó el escepticismo. La opinión salmantina se hallaba entonces bastante descorazonada y de acuerdo con las palabras de un corresponsal, la campaña no tenía visos de terminar (*EA*, 23-10-1909). Señalaba este cronista que todo el mundo sabía que el objetivo eran las minas, pero que se necesitaban más refuerzos para que la Comandancia de Melilla no se expusiese a un nuevo fracaso. En Madrid, periódicos como *El Socialista* habían reparado muchísimo antes en la trascendencia de estos negocios mineros (*ESO*, 16-07-1909;



13-08-1909). Marruecos era un callejón sin salida, pero no había cabida para las protestas. Tan sólo para la resignación.

*El Castellano*, lo reiteramos, defendió desde muy tempranamente la tesis de la provocación española. Ramón Barco, por ejemplo, en un editorial del 22 de julio, escribía que la guerra de conquista era la más absurda y anacrónica de las guerras. Y por ello mismo argumentaba lo que sigue: “En el fondo de toda esa cuestión marroquí, palpita, inconsciente o conscientemente, otro problema que no es el del honor nacional ni el de trasnochados quijotismos, sino algo más tangible... y contante, algo sanhopancesco” (Barco, *EC*, 22-07-1909).

Después de sugerir que esa escisión tenía un origen económico, asumía el autor que la conflagración no despertaba el más mínimo sentimiento patriótico. Además, impotencia y rechazo era lo que experimenta este columnista al ser testigo de sus efectos sobre los estrategas de café: “Los discutidores de la guerra, los que se pasan horas y horas, en estas ocasiones, hablando desconcertadamente de lo que no entienden, formando planes [...] estos, no los resisto y huyo de ellos como de una calamidad”. Aunque se diese la paradoja de que esos pseudoexpertos eran los individuos más atentos a los juicios periodísticos.

A *El Castellano*, sobre todo, debemos agradecer uno de los artículos más singulares, por sus brutales implicaciones, a propósito de la campaña de Melilla. Conviene aclarar, antes que nada, que en él no se rechazaba la guerra como tal. Muy al contrario, su autor era un reputado militar y colaborador de excepción, Genaro Alas, y lo que hacía era abogar abiertamente por la conquista de la región melillense mediante la fuerza bruta. Pero cualquier otra fórmula de dominio, y he aquí la crítica fundamental, no merecía su respeto; consideraba preferible el abandono. De paso, cómo no, desprestigiaba toda la política marroquí de “medias tintas”, auspiciada por Maura.

Para desgracia de Alas, que compendia de modo excelente el credo africanista a la altura de 1909, la tesis de la conquista requería la completa aquiescencia popular. El militar proporcionaba, por añadidura, muy jugosos datos sobre las concesiones mineras. E,

igualmente, el editorial revelaba el escaso cariño profesado por el mundo castrense hacia la diplomacia:

¿Es que por el Convenio de Algeciras, y por otros convenios estamos obligados a amparar todas las aventuras industriales o comerciales que a cualquier europeo le plazca atentar en el Rif? [...] De fijo no hay gobierno español que haya cometido semejante imprudencia [...] Cierto es que hasta la fecha se sabe quién, con poderes constitucionales suficientes para ello, otorgó la protección del Estado español a las empresas mineras [...] pero eso, indudablemente, se aclarará en sentido de no haber habido culpabilidad, sino un error de apreciación (Alas, *EC*, 01-09-1909).

Todo esto era traído a colación porque, como seguidamente explicaba Alas, entonces se comentaba que el sultán intentaba procurar un nuevo empréstito de una sociedad francesa y estaba dispuesto a concederle a ésta el derecho de abrir minas en todo el imperio y de expropiar cuantas estuviesen ya abiertas ilegalmente. El resultado de esas negociaciones podía ser, consecuentemente, demoledor para los intereses hispanos: “Para que nos desangremos en esa difícil y pobrísima comarca se invoca por nuestros gobiernos las obligaciones contraídas en Algeciras, obra maestra de imbecilidad diplomática por nuestra parte”.

Para Genaro Alas, el gobierno de Antonio Maura no había actuado en defensa de negocios mineros privados, logrados a costa de tratos con un falso pretendiente –el militar aludía a “aventuras industriales o comerciales” –, pero sí que lo había hecho otro “ente” con poderes constitucionales. Y para más señas, este personaje no era culpable, sino víctima de una apreciación errónea. ¿Qué figura pública merecía semejante apoyo incondicional de Leopoldo Alas? Indiscutiblemente, se trataba de Alfonso XIII.

El rey no merecía, por descontado, ninguna reprobación. En cambio, la diplomacia resultaba muchísimo peor parada debido a que se había comprometido en Algeciras a respetar la integridad del Sultanato. En síntesis, las torpezas históricas de los diplomáticos tenían que remediarse ahora gracias al esfuerzo de los militares: “Es

preciso mientras llega la hora de dar una soberana paliza a los moros, es preciso, digo, empezar a rectificar muchos errores que arrancan del Acta de Algeciras”. Alas reclamaba para España, a renglón seguido, el derecho exclusivo a la apertura de minas en el Rif: “Y si a esto no se avienen las grandes potencias [...] hay que renunciar al protectorado”. Este militar deseaba, en fin, convertir el Protocolo de 1906 en letra muerta, convencido plenamente de que los militares eran el colectivo mejor capacitado para la defensa de los intereses regioes.

Maura, por lo tanto, recibió críticas por su actuación en Marruecos procedentes de la sociedad civil, pero también de la militar. El Rif empezaba a ser contemplado como un “coto privado”, un feudo, de los oficiales españoles. Lamentablemente, únicamente *El Castellano* plasmó esta realidad.

Por otra parte, ni en *El Lábaro* ni en *El Salmantino* hallamos el menor atisbo de comentario crítico contra la pelea.

### *B. El sistema de reclutamiento sometido a examen*

En el año 1837 se aprobó la primera ordenanza española reguladora del servicio militar obligatorio. Aunque, desde sus inicios, ésta admitía su conmutación por dinero, es decir, la redención en metálico; y más tarde se añadió la opción de la sustitución hombre-hombre (Sales, 1974, 209-219). Librar a un hijo del servicio se convirtió pronto en una necesidad mucho más urgente que darle un oficio o carrera.

Aunque en la Constitución de 1876 se reiteraba esta exigencia de defender forzosamente la patria en caso de guerra, nada cambió en la práctica: préstamos de sociedades crediticias; asociaciones entre los vecinos de un pueblo para comprar la redención de los hijos; contratos con compañías de sustitución... Infinidad de métodos para esquivar el odioso servicio, más horroroso, incluso, después de la pérdida de los últimos restos del imperio español y de la ruptura de las bases de la convivencia que el Desastre significó. Porque a la pobreza de la vida cuartelera se sumó una hostilidad ambiental; y un clima de opinión aún más enrarecido tras la aprobación de la Ley de Jurisdicciones.

El entusiasmo desbordante de muchos jóvenes oficiales llegados a Marruecos pronto chocó con la desesperación de los reclutas. Centenares de hombres llegarían a África procedentes de un medio pobre, fundamentalmente rural, mal alimentados, separados de su familia y aterrorizados ante la perspectiva de la guerra contra el moro, ante la idea de matar para no morir. Pero si pésima era la situación del mozo llamado a filas, mucho peor lo fue la de los reservistas de 1909. Además de exponerse a la pérdida de su trabajo, se daba la circunstancia de que algunos llevaban más de cuatro años sin recibir instrucción.

Como ya se indicó, la alarma llegó a Salamanca, sobre todo a este elemento joven y a los reservistas –soldados y clases que en los últimos cinco años hubiesen servido en Batallones de Cazadores–, cuando desde la alcaldía, a finales de junio, se les previno para estar dispuestos a incorporarse a sus regimientos tan rápido como surgiese el menor contratiempo.

Varios meses antes, en *El Adelanto* se encuentra una primera consideración sobre el funcionamiento del sistema de quintas. Venía al hilo del reconocimiento de que la emigración constituía, indudablemente, el problema más serio de la provincia y el miedo al servicio militar repercutía en un incremento de la misma. El periódico llamaba la atención del gobernador civil y de los integrantes de la Comisión Mixta de Reclutamiento, a sabiendas de que ningún mozo quería cargar con la pena del servicio, porque temía la proximidad de conflictos: “Conflictos para los pueblos y que pueden afectar, y desde luego afectan a la patria en días no lejanos si no se opone un fuerte correctivo a tales desmanes” (“L. A.”, *EA*, 16-03-1909). ¿No había ya, por tanto, algún redactor preocupado por la situación marroquí?

Muy poco tiempo después, concretamente en abril de 1909, el Consejo de Ministros aprobaría un nuevo proyecto de ley de reclutamiento. A la espera de su tramitación parlamentaria, el diario de Núñez Izquierdo se interesó bastante por él, prestando publicidad a parte de su articulado. Por ejemplo, “H.” consideró muy ambicioso su deseo de alfabetizar a los nuevos reclutas. El “desasne” de los veinteañeros se presentaba como una tarea ardua e ingrata porque el problema de fondo, el analfabetismo imperante, era muy serio y arrastraba a la confusión, a una relativa yuxtaposición de

competencias, entre las instituciones públicas: “La escuela para hacer buenos ciudadanos y la milicia para convertir a éstos en soldados. Si se usase el mismo rigor con los prófugos o desertores de la escuela que con los del Ejército, otro gallo nos cantara” (“H.”, *EA*, 02-01-1909). Las pretensiones de la nueva ley, no obstante, iban más allá de ese deseo de mejorar los niveles educativos de la juventud: la supresión de la redención en metálico era su aspecto más controvertido.

El redactor Fernando Felipe, más conocido como “Juan de Salamanca”, ya había argumentado, a los largo de dos sugerentes editoriales, que esta medida resultaría perjudicial, al entorpecer la obtención de dinero por parte del Ministerio de la Guerra (y que por norma se invertía en el acondicionamiento de los cuarteles). Sin embargo, en un esfuerzo por incentivar el debate público –gesto que le honraba–, también reconoció que la posibilidad de redención era, en el extranjero, algo absolutamente incomprensible (“Juan de Salamanca”, *EA*, 08-01-1909 y 14-01-1909).

Después del estallido del conflicto en el Rif, todavía se halla aún en *El Adelanto* a quien justifica el buen funcionamiento de las quintas y celebra la facilidad y rapidez con la que los hombres eran movilizados. El dolor entre los familiares era compensado por el correcto espíritu militar de los soldados. Y campañas como la que entonces, por ejemplo, protagonizaba el Grupo Feminista Socialista Madrileño despertaban una repugnancia visceral (*EA*, 28-07-1909).

Sin embargo, se comenzaría a percibir como una lacra, y cada vez con mayor intensidad, la posibilidad de redención en metálico (*EA*, 24-07-1909). Por eso también algún elemento de la redacción se congratuló con su supresión a principios de agosto, aunque entendiendo el cabreo de aquellos padres de familia que se intentaban querrellar con las sociedades aseguradoras, reticentes a devolverles sus ahorros (*EA*, 11-08-1909).

El interés de la prensa católica por el funcionamiento de las quintas resultó más oportunista. Así *El Lábaro*, al contrario que casi todos los redactores de *El Adelanto*, se postuló como contrario a la redención. Aunque, paradójicamente, no aplaudió la disposición derogatoria del gobierno de Maura. Lo que hizo fue secundar una

opinión de prestigio: la de *España Futura*. Esta publicación puso en tela de juicio la legalidad de la disposición maurista. Y simultáneamente, desechó la idea de un servicio militar obligatorio sin restricciones. Su propuesta, por tanto, apuntaba hacia un Ejército de voluntarios, similar al modelo británico. Se enorgullecía muchísimo con el ejemplo proporcionado por los aristócratas alistados (Berrueta, *EL*, 29-09-1909); y también le satisfacía, para terminar, la actitud resignada de las madres y esposas salmantinas (Arias Camisón, *EL*, 06-10-1909).

La decisión gubernamental de suprimir la redención en metálico durante la campaña –medida solicitada por Pablo Iglesias, junto con el cese en el envío de soldados a Marruecos, en una sesión del Ayuntamiento de Madrid, el 24 de julio–, fue, llamativamente, muy contestada por *El Castellano*. Uno de sus columnistas consideró que era una imprudencia enorme por parte de Maura; pero no por su fondo, sino por las formas:

Su concesión puede parecer una gran debilidad y el reconocimiento inoportuno de un error en que ha perseverado, por largos años [...] Pero lo peor y lo más grave es que el gobierno del señor Maura ha puesto por delante de sí al adoptar esa suprema resolución el nombre de Su Majestad (*EC*, 06-08-1909).

La satisfacción obrera, en efecto fue inmediata. Así, *El Socialista* sentenciaría: “Como ladrón acorralado, el gobierno ha soltado la presa: la redención a metálico [...] Es lo menos” (*ESO*, 13-08-1909). El redactor local, seguidamente, se congratulaba por el significado inmediato de la disposición, confiando en que se paliasen las diferencias entre clases sociales a la hora de acudir al combate, pero denunciaba el escaso respeto del líder conservador hacia la Constitución. Había convertido al monarca en una figura tangible. A decir verdad, meses antes del estallido de la guerra, este periódico ya había hecho gala de una actitud bastante antipática hacia las agencias de desertión. Las responsabilizaba de enriquecerse a costa del sufrimiento de los jóvenes y las tildaba de estafadoras (Frich, *EC*, 13-01-1909).

Nos figuramos que es el mismo periodista quien abundó en la cuestión unos días después. La citada Real Orden del 4 de agosto planteaba un absurdo jurídico porque equivalía a la derogación de otra previa, la del 19 de junio de 1908. En este documento se había dispuesto que los excedente de cupo de ese año no podían pagar la redención salvo en el caso de que fueran llamados a filas. Ahora, no obstante, eran llamados a filas pero seguían sin poseer derecho a la exoneración (*EC*, 13-08-1909).

Por último, *El Salmantino* se limitó a recoger telegráficamente que el gobierno había decidido, mientras se prolongase el conflicto, suprimir la redención en metálico. No formuló ningún comentario; únicamente subrayó la satisfacción entre la prensa madrileña, guarida fundamental del Trust (*ES*, 07-08-1909). No serían los únicos en alegrarse. Así, *La Vanguardia* también lo hizo (*LV*, 08-08-1909).

### *C. El temor al déficit*

Además del endurecimiento de la censura, ésta fue otra consecuencia, más a largo plazo, de la prolongación de los combates. La prensa liberal, sin embargo, no tardó en revolverse contra “el positivismo imperante” porque juzgó mezquino poner precio al sacrificio de los soldados españoles (*EA*, 02-08-1909). Según los cálculos gubernamentales, la guerra podía suponer unos 33 millones de pesetas anuales, si bien el Tesoro disponía entonces de casi 97 millones. En conclusión, no había cabida para comentarios agoreros.

Pero a principios de octubre, tras el sangriento enfrentamiento en el camino hacia Beni-bu-Ifrur, el diario liberal ya no parecía tan convencido ante la anterior explicación. Y es que los gastos militares rozaban ya los 100 millones de pesetas. Por esta razón, el gobierno había anunciado que, tan pronto como se reabriesen la Cortes, presentaría un proyecto de ley para cubrir el importe de las obligaciones contraídas. Pero como se aseguraba que no se iba a emplear ningún sobrante de los presupuestos generales, ni se iba a emitir deuda, no se aclaraba la procedencia de los recursos (*EA*, 02-10-1909).

Las dudas se despejaron dos semanas después y *El Adelanto* respondió con auténtica furia al hacerse públicos los planes del gobierno maurista. Aunque, como consuelo al menos, las cantidades señaladas días atrás se rectificaban, pues se estimaba que los gastos efectuados, más las nuevas inversiones hasta finalizar el año, supondrían unos 68 millones de pesetas (precisamente el monto del crédito que más tarde aprobaría el gabinete de Segismundo Moret). Para cubrirlos, y aquí viene el meollo del asunto, Maura propuso recurrir primero al superávit, que se situaba en 50 millones, y en segundo término, proceder a la creación de un nuevo impuesto. ¿El problema? Se trataba de una carga fiscal disparatada. Para empezar, el nuevo tributo de 500 pesetas deberían abonarlo todos los reclutas redimidos y los excedentes de cupo de los seis remplazos comprendidos entre los años 1903 y 1908. Las estimaciones más a la baja elevaban el número de afectados a 300.000, con lo que si todos pagasen, el Tesoro podría recaudar 150 millones de pesetas. Pero, además, también se presentaba como una medida inconstitucional: en el proyecto no se explicaba por qué eran exceptuados de tributación los redimidos y excedentes de cupo de 1909. Y mientras que estos redimidos del último año apenas habían empezado a pagar sus cuotas, los de anualidades previas se veían en la tesitura de pagar otra vez por un trato de privilegio que teóricamente ya se habían asegurado:

Desnaturaliza y tuerce el carácter de la redención militar. Según la ley vigente, los redimidos sólo quedan exceptuados del servicio ordinario de guarnición, y se hallan sujetos a instrucción militar y a prestar servicio militar en tiempo de guerra. El proyecto del gobierno libraría de aprobarse, por 500 pesetas, del servicio de ocupación militar, que es una prolongación del servicio de guerra [...] Dice el proyecto que quedan exceptuados los pobres en el sentido legal, añadiendo que para ello se computará con el jornal o sueldo de los mozos los que disfruten sus padres. Quiere esto decir que únicamente los que tengan diariamente, entre los dos jornales o sueldos, menos de cuatro o seis reales, serían los exceptuados. Esto es, que todo obrero del campo que con su jornal y el de sus padres reúna seis reales diarios, tendría que abonar el impuesto de 500 pesetas, o en caso contrario, ir a Melilla, y que le



ocurriría lo mismo al obrero de la ciudad (EA, 19-10-1909).

Tal vez sorprenda, sobre todo, esa distinción entre el pobre en sentido legal y el pobre real. *El Adelanto* hacía uso de ella para mostrar que las redenciones estaban más a la orden del día de lo que, a priori, se pudiera esperar. Pero ello, desde luego, no era síntoma de bonanza económica, sino el fruto de un cínico cálculo estatal. Con la nueva ley, las posibilidades de liberarse del servicio militar se recortarían drásticamente para la mayoría. Como alternativa I. M. y Mendoza planteaba que: “Lo justo, lo equitativo y racional es que al redimido se le excluya de tal contribución [...] Que a los excedentes de cupo se les grave con tal impuesto, porque ningún servicio directo, indirecto, ni personal han prestado” (I. M. y Mendoza, EA, 2-10-1909). Evidentemente, librarse del servicio exigía abundantes sacrificios, pero no era imposible, y, de ahí, que el columnista reclamase que los redimidos no fuesen sometidos a nuevas cargas fiscales.

*El Lábaro* también, aunque de manera bastante más circunstancial, se preocupó por las derivaciones económicas de la contienda. No ocurrió así con *El Salmantino*. A mediados de septiembre y siguiendo el criterio marcado por la *Revista de Economía y Hacienda*, la primera de las publicaciones apostaba por un incremento de las tributaciones para 1910 y rechazaba la idea de emitir deuda pública (EL, 14-09-1909). Además, le reconfortaba el hecho de que las declaraciones de Besada, ministro de Hacienda, parecían apuntar en este mismo sentido.

Asimismo, *El Castellano* se ocupó por extenso de este asunto y reprodujo íntegramente en sus páginas el citado proyecto del ministro Besada. Lo comentó también con bastante mayor esmero que el exhibido por el diario católico (EC, 20-10-1909). El ministro se mostraba reticente a la idea de que se recargasen los impuestos ya existentes, consciente de que tal disposición sería muy injusta para aquellos contribuyentes que ya hubiesen experimentado las inclemencias de la campaña. De ahí la idea de crear esa nueva carga fiscal sobre los reclutas redimidos y los excedentes de cupo de los seis remplazos comprendidos entre los años 1903 y 1908. La idea merecía la aprobación de este diario, ya que concordaba con su creencia de que todo régimen de privilegio debía ser combatido.

#### *D. Críticas a la guerra fundamentadas en la estrategia de combate*

A pesar de ese encumbramiento permanente del Ejército español, de la glorificación de sus acciones guerreras y a pesar, incluso, de la vigencia de la censura, muy puntualmente también aparecieron en la prensa salmantina algunos comentarios negativos relacionados con el comportamiento de los combatientes. *El Adelanto*, por ejemplo, el 28 de julio, cuando todavía se sabía muy poco de la derrota sufrida por Pintos, fijaba su mirada en la desproporción entre las bajas de jefes y oficiales y soldados en Melilla. El problema era puramente estratégico y consistía en que las tropas españolas estaban ocupando las partes bajas de los montes, con lo que la fusilería y la artillería carecían de facilidades para actuar, mientras que los rifeños gozaban de ventaja en las distancias cortas (EA, 28-07-1909).

El 5 de agosto de 1909, una fecha que parece sorprendentemente temprana, encontramos, por primera vez, una clara reprobación hacia la estrategia de lucha, fundamentada en la búsqueda del combate frontal; y también una censura ante el arrojado imprudente de Marina. Pero no hablaba *El Adelanto*; sólo se hacía eco de una columna de *La Correspondencia Militar* (EA, 05-08-1909). Al finalizar octubre, en cambio, sí que es la propia redacción de *El Adelanto* quien expone su verdad sobre el desarrollo de las batallas: “Todos los combates de esta guerra en que la infantería se ha lanzado al ataque sin previa preparación del fuego de los cañones han sido sangrientos para ella” (EA, 22-10-1909). Idénticas críticas pudieron hallarse en *El Castellano* (Maestre, EC, 30-07-1909).

*El Lábaro*, al contrario, dos días después de la batalla en el Barranco del Lobo, sacaba pecho por lo bien que se conocía la orografía de Marruecos. La actuación de las tropas españolas fue, a su juicio, siempre brillante (EL, 29-07-1909). En *El Salmantino*, finalmente, toda crítica de carácter estratégico hubiese chocado con su defensa a ultranza de las armas españolas.

Para poner punto final a este capítulo, debemos subrayar que Antonio Maura cometió muchísimas equivocaciones en Marruecos: de entrada, la solicitud de un crédito extraordinario, antes de que se registrara un ataque cabileño con víctimas mortales, despertó la lógica ansiedad entre el público; pero, además, la reanudación de los trabajos

mineros, en un contexto tan hostil como el melillense, fue una absoluta irresponsabilidad y el envío de los reservistas catalanes, a juzgar por el tenso ambiente social de esta región, un imperdonable traspasé. Incluso en *La Vanguardia*, que no pondría reparos a la suspensión de garantías constitucionales (LV, 05-08-1909), a punto de desencadenarse la Semana Sangrienta, encontramos este comentario:

Los enemigos jurados de los gobiernos aprovechan los estados de opinión más señalados para promover algaradas y perturbaciones: pero no basta que tales elementos malsanos se pongan del lado de una causa, para que ésta sea por ello injusta. Y es esto algo que hay que estudiar: cómo piensa el país y si el país tiene razón [...] Medir este entusiasmo y este apoyo de la nación es la primera obligación del gobierno en el conflicto presente (Sánchez Pastor, LV, 25-07-1909).

También este reproche, de manera más previsible, le había llegado a Maura desde *El Imparcial*: “Adoptó desde el primer momento el peor camino [...] No buscó el contacto con la opinión. Hubiera seguido otra conducta el gobierno y le hubiera bastado para conquistar la confianza nacional” (EI, 23-07-1909). Negar la existencia de la guerra era incompatible con la simultánea movilización de aquellos hombres. Por otra parte, si el detonante de la movilización fue el asesinato de unos trabajadores mineros, resultaba evidente que el gobierno estaba defendiendo en el Rif los intereses de algunos capitalistas. Pero el error gubernamental más lamentable, el más garrafal, fue la despreocupación por informar y convencer a la opinión pública de todo aquel proceder.

En Salamanca, no obstante, este papel fue apresuradamente asumido por los rotativos locales. La mayoría de las opiniones publicadas aquí se caracterizaron por su tono resignado y, precisamente esto, resignación y conformismo, es lo que definió a la opinión pública salmantina. Incluso, destacados militantes obreros con influencia mediática respaldaron la gestión maurista. Nos estamos refiriendo a “Juan de Salamanca” y “Crotontilo”. Tampoco desde el ámbito universitario, entre los intelectuales, se alzó la voz contra la campaña militar. Ni tan siquiera Miguel de Unamuno lo hizo.

Por todo ello consideramos que en Salamanca, mientras se desarrolló la campaña militar de 1909, fundamentalmente experimentaron rechazo hacia la misma aquellas familias perjudicadas por las movilizaciones. La oposición al servicio militar tal y como estaba entonces regulado, el antimilitarismo, y el temor al déficit, sobre todo, sirvieron como elementos catalizadores de ese descontento. Pero de la crítica circunstancial no se pudo transitar hacia la censura global y sólidamente argumentada del pensamiento africanista. O dicho de otro modo, hacia el anticolonialismo. Cuesta, incluso, afirmar que órganos como *El Socialista* sostuviesen semejante pensamiento.

No había llegado, desde luego, esa hora para Salamanca: quizás porque se necesitaba un mayor conocimiento, más directo, de la realidad marroquí, fruto tanto del contacto intenso y continuado entre soldados salmantinos y rifeños, como de los deseables intercambios comerciales; se necesitaba también una realidad socio-laboral aún más asfixiante en la capital del Tormes, capaz de destruir el tradicional amodorramiento de sus ciudadanos, mezcla de un poderoso sentimiento de miedo, abandono e impotencia; se necesitaba a un Unamuno infinitamente más combativo, carismático y dispuesto a enfrentarse con el mismísimo Alfonso XIII; pero, sobre todo y ante todo, valorando su capacidad de persuasión y su rapidez en la divulgación, se necesitaban periódicos más plurales.

Se debe subrayar que los negocios informativos locales tendieron a simplificar en exceso las informaciones sobre la contienda. La reiteración fue otra de sus técnicas habituales de propaganda. Su fijación con algunos temas –los héroes de la campaña, el salvajismo rifeño, las suscripciones populares, el relato épico de los combates, la conveniencia de la censura– y la marginación de otras cuestiones –los negocios mineros, el coste económico de la campaña, el drama familiar que significaba la marcha de un soldado– implicaron siempre una notable manipulación de la realidad. Sirvieron, además, para desviar el debate público hacia los aspectos menos “técnicos” del conflicto.

Asimismo, con demasiada frecuencia, las publicaciones salmantinas contemplaron la cuestión marroquí desde una perspectiva exclusivamente interna, olvidando las repercusiones internacionales

del problema. Resulta llamativo que, mientras duró la pelea, primaron las maquinaciones a propósito de las intenciones galas en Marruecos, los juicios de intenciones, más que la crítica fundamentada hacia sus movimientos efectivos sobre el terreno. Al final, se había seguido su estela.

El discurso belicista, sin duda, triunfó y caló hondo entre la opinión pública: teoría de la “bala mágica”, tesis de la espiral del silencio, la función *agenda setting* de la prensa, anuencia de los intelectuales... todo ello se conjugó en Salamanca, en el año 1909, para explicar el apoyo de sus ciudadanos a la guerra.



## **5. NUEVAS TORMENTAS EN EL HORIZONTE AFRICANO (1911-1918)**

### **5.1. ECOS DE UNA CRISIS INTERNACIONAL: AGADIR Y LA GESTACIÓN DEL CONVENIO HISPANO-FRANCÉS DE 1912**

Firmado el acuerdo de paz entre España y el imperio jerifiano, Marruecos no dejaría de constituir una preocupación recurrente para los hombres de la Restauración. Y por consiguiente, inútil resultaría desviar la mirada de aquel territorio: más que un problema sobrevenido, este país se había convertido en el objetivo de los intereses exteriores españoles. De la actitud bastante pasiva y conformista de Maura en Cartagena se había transitado hacia una mucho más reivindicativa; pero, en paralelo, desde 1907, la supremacía francesa en el norte africano también se había reafirmado.

He aquí, pues, el origen de la gran contradicción: el aliado al sur de Tarifa empezaba a ser contemplado como el auténtico adversario (Sánchez Sanz, 2006, 742-744). Para colmo de males, el caos interno marroquí iba a mayores y la capital imperial veía amenazada su seguridad. De hecho, en Casablanca se preparaba una columna expedicionaria francesa para avanzar sobre Fez con el pretexto de socorrer tanto a los compatriotas galos como a Hafid. Pero entre los círculos oficiales alemanes se recelaba, y mucho, de una inminente y bien orquestada intervención franco-española.

Salamanca, en tanto, luchaba por recuperar su normalidad, por retornar a esa apacible vida donde nada parecía quebrar el generalizado estado de aturdimiento. Aún así, un redactor de *El Adelanto*, adivinando lo que se les avecinaba, no podía disimular su miedo y, sobre todo, su hastío ante la perspectiva de una nueva conflagración. Sin sorpresas, en su discurso, al fin, lo que predominaba era la resignación:

Si la guerra en Marruecos es absolutamente necesaria para la seguridad de España; si Europa ordena que intervengamos, y de no hacerlo hemos de ver a

Francia dueña de aquel imperio y hemos de perder la esperanza de que parte del mismo sea una prolongación de nuestro país, cuantos sacrificios se impongan al país estarán justificados.

Pero si, por el contrario, es sólo el afán de correr aventuras [...] bien está San Pedro en Roma y nuestros soldados en la península (*EA*, 13-04-1911).

Pero las tropas españolas no supieron permanecer a la espera. De hecho, tan pronto como se confirmó la llegada, a principios de mayo de 1911, del comandante galo Bremond a Fez, Alfau, máximo responsable en el gobierno de Ceuta, se adueñó de algunas posiciones cercanas a esta plaza. *El Socialista* ya advertía: “Francia y España, [...] van a aprovechar la ocasión de haberse sublevado ciertas tribus y cercado la capital del imperio, para verificar, no ya una simple operación de policía con el fin de restablecer el orden y salvar al sultán, sino una verdadera guerra de conquista” (*ESO*, 05-05-1911). Los germanos, por su parte, se apresuraron a poner el grito en el cielo.

En la prensa liberal salmantina, con el claro propósito de justificar estos movimientos, se multiplicaron las noticias en las que se denunciaba una situación muy tensa en Tetuán, plaza sometida al influjo del carismático jerife El Raisuni (“Argos”, *EA*, 13-05-1911; “Interino”, *EA*, 15-05-1911).

Precisamente ahora, las noticias sobre este cabecilla rebelde, acosado por los cabileños de Beni Aros, se convirtieron en muy habituales entre los cables telegráficos, aunque no demasiado aclaratorias (*EA*, 03-06-1911; “Interino”, *EA*, 14-07-1911). Su cooperación, en todo caso, resultaría imprescindible para que el ejército peninsular lograra nuevas conquistas.

Entretanto, la opinión pública se hallaba muy desorientada:

Nuestra política, política de misterio en la que al país apenas se deja entrever cuanto se proyecta, no es ahora más clara que lo fue antes, y si entonces el país sólo tenía noticia de minas y negocios mercantiles,



ahora parece sólo saber que vamos a Marruecos por exigirlo las demás potencias [...] Podrá llamarse a la guerra operación de policía y podrá llamársela como se quiera, pero con esto no se conseguirá más que disfrazar la verdad y que el país crea que con esto se le oculta algo que cree tener derecho a saber (EA, 16-05-1911).

Junto al sentimiento de desconfianza, también eran cuantiosos los recelos entre los gobiernos madrileño y parisino (EA, 11-05-1911). Sin duda, ésta constituyó la nota dominante del pensamiento liberal al iniciarse el año 1911: la toma de Fez sólo había acelerado los acontecimientos. Y mientras que Francia advertía contra una previsible ocupación española de Alcazarquivir, alegando que esta conducta no hallaría respaldo entre los firmantes de Algeciras, García Prieto, a la sazón ministro de Estado, sostenía tras el efectivo desembarco, el 8 de junio, que aquella plaza, al igual que Larache, se hallaban bajo la zona de influencia española.

El presidente, el liberal José Canalejas, sabía que el establecimiento de un protectorado francés encubierto estaba muy próximo. Y para evitarlo, para garantizar la existencia de un espacio bajo la influencia española, tal y como se reconocía en el Tratado de 1904, el control de la policía en el triángulo formado por Tetuán-Tánger-Larache resultaba vital (Torre del Río, 1990, 381-406). De ahí, los avances.

“Interino”, se apresuró a presentar la intervención armada en Larache y Alcazarquivir como una operación de policía necesaria y no como una medida revanchista. Del mismo modo se conduciría ABC (ABC, 13-06-1911); y la prensa del Trust (EI, 11-06-1911), ante la mirada indignadísima de *El Socialista*: “Hace dos años combatieron al señor Maura [...] sin haber variado esencialmente los términos del problema” (ESO, 16-06-1911). El hecho de que Francia se hallara contrariada parecía incomprensible y más a sabiendas de que sus tropas habían ocupado Fez (“Interino”, EA, 13-06-1911).

Más meditado y pesimista, como era habitual en sus escritos, “Argos” firmaba un editorial que trataba de arrojar luz sobre los entresijos del viejo Tratado hispano-francés de 1904 con la esperanza de entender el por qué de tantas tensiones diplomáticas. En el mismo

precisaba que mientras la república vecina tan sólo debía dar cuenta a España de sus actos, ésta no podía actuar sin el consentimiento previo de la primera:

Los franceses continuarán merendándose los trozos más exquisitos de la gustosísima perdiz africana; y nos dirán a los españoles: “-Hoy nos hemos comido un alón; hoy un muslo; hoy la pechuga... ¡Qué tierno y succulento es ese manjar!” [...] Y nosotros, si queremos entretener el hambre con un pajarillo [...] tendremos que consultarles, ¿nos permiten ustedes, señores franceses? (“Argos”, *EA*, 19-06-1911).

Queda patente que la envidia y rencores acumulados eran enormes: tan grandes como el sentimiento de impotencia ante una Francia todopoderosa. El órgano liberal, por esta razón, se consolaba descargando culpas en Antonio Maura, Allendesalazar y León del Castillo, todos ellos máximos artífices del Acuerdo de 1904. La nota de discrepancia, en Salamanca, únicamente la puso José Sánchez Rojas al censurar al gobierno por el precipitado cierre de las Cortes; precipitado y, sobre todo, inoportuno a juzgar por las tensas relaciones con la república vecina (Sánchez Rojas, *EA*, 23-06-1911).

Los altercados entre tropas españolas y galas de aquellos días constituyeron, a buen seguro, el fiel reflejo de la discrepancia entre las embajadas europeas. Pero apenas si fueron explicados. Sólo fugazmente se aludió al conocido como “incidente Boisset” (“Argos”, *EA*, 22-07-1911). Y tampoco tuvo mucha resonancia la noticia de que un teniente francés, Thiriet, había abofeteado a un cabo español (“Interino”, *EA*, 22-07-1911). El primer personaje era un agente consular francés y el segundo, un militar de la misma nacionalidad. Ambos formaban parte de un destacamento sultaniano, presente en Alcazarquivir con anterioridad a la llegada de los españoles; y ambos habían evidenciado sus apetencias de dominio sobre la ciudad al protagonizar sonados enfrentamientos con el intempestivo Silvestre.

La crisis diplomática tuvo, además, otra derivación: las protestas socialistas contra la conflagración en ciernes se recrudecieron en la república vecina; y no sólo allí. También los mítines empezaron a extenderse aquí: en Madrid, el 7 de agosto; en

Barcelona, un día después; en Santander, el 20 de agosto. Aunque sólo su eco, nada más, se escuchaba en esta capital meseteña.

En cuanto a *El Salmantino*, convertido en una publicación diaria, presentaba también la situación de Fez y la del sultán Hafid, a principios de 1911, como absolutamente calamitosa (*ES*, 04-04-1911). Pero su discurso, a diferencia del de *El Adelanto*, más allá de la mera descripción y justificación de los hechos a posteriori, animaba a la intervención. Como testigo enfurecido de lo que consideraban un exceso de parsimonia militar española, este rotativo encontraba un culpable: José Canalejas. Así que el presidente se convirtió en el blanco de todos los ataques, incapaz de hacer frente al imbatible espíritu conquistador galo. Una reacción idéntica fue, más allá de las fronteras salmantinas, la de *El Debate*: “Parece que a los españoles les falta apetito [...] Triste hartura la de nuestra patria, cuando sus hijos tienen que venderse como esclavos para labrar en Argelia” (*ED*, 29-03-1911). Y lo mismo se puede hacer extensible al caso de *La Vanguardia* (*LV*, 01-06-1911).

La atención que el integrismo salmantino dedicó a la sublevación popular y ocupación francesa de Fez resultó muy superior a la prestada por el diario de Núñez Izquierdo. Sobre todo, su relato adoptó un carácter, un tono, mucho más persuasivo. El sultán, que solicitaba auxilios desesperadamente, había sido apresado por cabileños rebeldes, insatisfechos con el trato de favor que recibía el coronel francés Magin; y, por otra parte, los instructores militares extranjeros se habían visto obligados a refugiarse en una vieja fortaleza de la capital. “A.” (¿Manuel Sánchez Asensio?) aprovechaba la ocasión para comentar, desde una actitud muy incrédula, unas declaraciones del jefe liberal: éste había asegurado hallarse preparado para cualquier eventualidad en Marruecos. Sin embargo, todavía coleaba en el ambiente el asunto de las responsabilidades por lo acontecido en el verano de 1909:

¿Pero será esto cierto? También el gobierno conservador manifestaba, poco antes de estallar los sucesos de Melilla de 1909, que se hallaba preparado [...] ¿Qué no sucederá hoy cuando el gobierno, ocupado solamente en dividir al país con sus proyectos, no se ha

preocupado más que de conservarse a todo trance el Poder? (“A.”, *ES*, 10-04-1911).

En realidad, había transcurrido más de un año desde la anterior campaña, pero únicamente ahora se aceptaba la tesis de la incompetencia de los mandos en el envío de refuerzos al Rif. Anteriormente, lo que se había impuesto, recordémoslo, fue un discurso militarista y xenófobo, sin fisuras. “A.” terminaba su editorial solicitando, en efecto, una participación más decidida en el país africano. Pero rechazaba la idea de que Canalejas fuera el hombre idóneo para ello, sobre todo, porque el terreno de combate sería más amplio que el de 1909 y acarrearía, como consecuencia, superiores sacrificios: “Mucho tememos que el discurso vago e incoloro del señor Canalejas [...] sea sólo una especie de fuegos de artificio, y si el conflicto estalla, nos encuentre desprevenidos y en malas condiciones, mientras Francia tiene ya dispuestas fuerzas”.

La rivalidad con Francia continuaba, faltaría más, siendo instrumentalizada a favor de la causa colonial. En este punto sí había coincidencia de pareceres con *El Adelanto*. Y también con la prensa nacional. Por ejemplo, el siempre tan suspicaz *El Debate* aseguraba: “Toda la táctica de Francia consistía en adelantar los acontecimientos mientras el estupor, que precede a lo inopinado, mantuviese en suspenso nuestros brazos” (*ED*, 11-04-1911). Pero mientras que los conservadores hallaron el respaldo ideológico del integrismo en 1909, a los liberales esto siempre se les negó.

“A.” comentaba que el partido colonial francés había hallado en los desórdenes marroquíes la ocasión propicia para asentarse en el Sultanato y convertirlo, definitivamente, en una extensión de sus dominios sobre Argelia y Túnez. Ésta era la idea que siempre había anidado en el pensamiento de Etiénne. Sin embargo, el columnista rechazaba toda la retórica de la penetración pacífica, encubridora de una acción de conquista. En su lugar, subrayaba que Canalejas debería intervenir: “España debe tomar buena nota de las ambiciones, nada ocultas por cierto, de su aliada, no permitiéndola obrar sola” (“A.”, *ES*, 22-04-1911).

“A.” igualmente reparó en la ruta seguida por Bremond hacia la ciudad santa. El general estaba atravesando el corredor de Taza, en

teoría enclavado en la zona de influencia española, pero el camino más directo hacia Fez (“A.”, *ES*, 06-05-1911). Como cabía adivinar, la entrada del comandante galo en Fez no podía dejar indiferente a nadie. “A.”, otra vez, extraía sus propias conclusiones: “¿Cómo se explica esta lentitud exagerada? [...] ¿No parece la acción francesa actual más propia para asegurar el territorio para el día de mañana que una expedición que tiene necesidad de llegar pronto al punto de su destino?” (“A.”, *ES*, 20-05-1911). Con seguridad, en el pensamiento de este columnista anidaba la idea de que Francia había dramatizado lo acontecido en Fez para satisfacer sus ambiciones territoriales; pero también con el objeto de poder legitimar ante su opinión pública el avance. Apenas transcurridos dos días, “A.” tomaba de nuevo la pluma para reconocer:

Cuando una nación tiene intereses importantes, juntamente con derechos y aspiraciones seculares en un Estado o territorio vecino, ve de pronto disiparse todos sus ensueños por incuria de sus gobiernos y por el golpe de audacia de una nación que, llamándose amiga y aliada, se lo arrebatara [...] ¿Cómo podrá permanecer impasible? (“A.”, *ES*, 22-05-1911).

Concluía el autor, muy pesimista: “Hemos laborado por Francia [...] Nosotros hemos desbrozado el camino”. La eterna cantinela de la incompetencia de los diplomáticos españoles latía como uno de los argumentos estelares del discurso del diario integrista.

En una brillante demostración de cinismo, un columnista de la casa apelaba al Acta de Algeciras y a la necesidad de cumplir con las obligaciones asumidas entonces, garantizando el orden en Marruecos. Ante posibles sectores descontentos, la solución propuesta era muy simple: “Canalejas continuará gobernado, con o sin el asentimiento de la opinión y de las Cortes. Para la primera prepara el máuser y para las segundas, el cerrojazo” (*ES*, 16-05-1911).

En concreto, desde la redacción de *El Salmantino* se adujo la urgencia de ocupar Tetuán: en primer lugar, para acabar con la situación de intranquilidad en que vivía sumida aquella región. Pero, sobre todo, porque aunque las declaraciones oficiales francesas apuntaban a que sus tropas sólo permanecerían en Fez cinco semanas,

el órgano integrista no le otorgaba ningún crédito a éstas. Por tanto, España también debía exhibir una actitud resuelta en el país africano (*ES*, 30-05-1911).

Cuando se produjo el desembarco español en Larache, el 8 de junio de 1911, y seguidamente en Alcazarquivir, este periódico se abalanzó a justificarlos: “¿Imprudencia, España? [...] ¿Quiere decirnos *Le Temps* hasta qué punto debiéramos nosotros haber elevado la alarma y la protesta, al ver que las tropas francesas cruzaban el imperio?” (*ES*, 14-06-1911). La respuesta se asimilaba, en el fondo, a la de “*Interino*”; en las formas, resultaba más directa. Tanto como *El Debate*: “Se recrudece y adquiere empuje mayor la campaña hispanófoba con la irrupción de impresos antimilitaristas, que traen el marchamo de la frontera francesa” (*ED*, 13-06-1911).

La tirantez descrita, sin embargo, se desplazó a un segundo plano informativo al desencadenarse la crisis de Agadir. Indudablemente, el año 1911 marcó el momento álgido en el desarrollo del juego imperialista alrededor de Marruecos. Recapitulando, la toma por tropas expedicionarias galas de Fez había sido contestada con la ocupación española de Larache y Alcazarquivir<sup>31</sup>. Pero mientras que el gobierno francés estaba convencido de la existencia de un acuerdo secreto entre Berlín y Madrid y contraatacaba el mismo 8 de junio con la ocupación de Mequínez, Alemania creía que se hallaba ante una acción conjunta hispano-francesa. Así que el Reich decidió enviar, el 1 de julio de 1911, el cañonero Panther a la bahía de Agadir. De nuevo, como hiciera en Tánger años atrás, Guillermo II protagonizaba un golpe de efecto ante la colérica mirada gala.

“*Interino*”, desde las páginas de *El Adelanto*, fue el primero en comentar y barajar las consecuencias de este gesto. La conflagración mundial parecía inminente porque tanto Francia como Inglaterra habían anunciado su propósito de enviar un buque de guerra, cada una, hasta el puerto marroquí (“*Interino*”, *EA*, 05-07-1911). Por su parte,

---

<sup>31</sup> Canalejas había manifestado, respondiendo a un diputado demócrata a propósito de la toma francesa de Fez, que “ni nosotros tenemos ni hemos tenido jamás propósitos belicosos” (Pérez Molina, 1986, 391).

“Argos”, al hilo de todos estos sucesos y siempre más interesado en las secuelas para su país que en el propio litigio, empezaba a sospechar de las ambiciones de Canalejas y de su inquietante silencio (“Argos”, *EA*, 07-07-1911). Y efectivamente, muy pronto, el 17 de agosto, comprobó cómo la siguiente presa del gobierno madrileño, que de ningún modo estaba dispuesto a perder posiciones en esta competición, fue Arcila. De día en día, “Argos” tenía más claro el imperialismo conquistador que anidaba en el pensamiento del líder liberal y sentenciaba: “Lo primero es recogerse o encogerse; luego, saltar” (“Argos”, *EA*, 24-07-1911). *El Socialista*, ya se había apercebido de este hecho tiempo atrás: “Pugnan con los hechos que cada día están realizándose en las cercanías de Ceuta las buenas razones del señor Canalejas” (*ESO*, 02-06-1911). Mientras tanto, las incitaciones a la guerra santa contra España también iban en aumento en el norte marroquí.

*El Salmantino*, sin embargo, contemporizó abiertamente con el proceder germano (*ES*, 04-07-1911). Incluso, la redacción llegaba a contemplar como más próxima que nunca antes una alianza con el káiser. Los dardos envenenados continuaban dirigiéndose contra Francia. A esta potencia se le acusaba de falta de coherencia, ya que ahora no se mostraba tan turbada como cuando España tomó Larache y Alcazarquivir: “Alemania, el año 1870, al llegar hasta París, demostró a Francia su superioridad, y si por este incidente intentara en el presente momento llegar al *casus belli*, también conoce que se reproducirá la obra de hace cuarenta años” (*ES*, 07-07-1911).

La solución del incidente franco-alemán, por el momento, se presentaba distante. Marruecos copaba toda la actualidad informativa y los recelos del integrismo hacia Canalejas eran infinitos. Curiosamente, “Argos” también desconfiaba del presidente, pero por motivos diametralmente opuestos: le achacó una excesiva ambición intervencionista, que no falta de resolución. Los murmullos sobre una inminente crisis gubernamental eran, además, continuados porque la violencia obrera estaba alcanzando cuotas preocupantes.

A pesar del secretismo en el que se desenvolvían las negociaciones, *El Adelanto* comentaba que Alemania exigía unas compensaciones exorbitantes por las ocupaciones francesas, pero de ninguna manera le convenía un choque armado que dañara sus

proyectos comerciales. Aún así, “Argos” ya adivinaba que la gran perdedora de toda esta historia sería España y se alegraba por ello: “Nos permitirán el disfrute de las plazas fuertes y el del territorio constitutivo de nuestra vieja herencia, pero no nos autorizarán para el avance [...] ¡Benditas sean Francia y Alemania una y mil veces, pues nos obligan a ser buenos y felices!” (“Argos”, *EA*, 31-08-1911).

Pese a lo que pudiera parecer, no había ironía, sino más bien amargura y despecho, en el anterior fragmento. El mismo que se podía localizar en publicaciones de mayor tirada, como *La Vanguardia*: “A alguien va a tocarle, pues, la de perder, y como la cuerda se rompe siempre por lo más delgado, el que sea más delgado pagará” (“A.”, *LV*, 13-10-1911). O en *El Debate* (*ED*, 22-10-1911), *El Imparcial* (*EI*, 02-11-1911), y *ABC* (*ABC*, 11-11-1911). “Argos”, continuemos, creía que a España no le restaba ningún margen de maniobra y por eso recomendaba prudencia en otra de sus inmediatas colaboraciones periodísticas:

Un día son Francia y Alemania, enfurruñadísimas, las que se van a romper las narices, a extirparse los mostachos, revolviendo el mundo. Y después, tan amigas, tan suaves [...] Y otro día es Francia quien se atreve con esta pobre nación española.

Más tarde nos hace borococos para que traspasemos la Guinea y el Muni al Imperio germánico - ¡siempre jugando por tabla esa gran carambolista!- y ahora nos mira de través en nuestra marcha hacia Ifni. ¡La envidia! (“Argos”, *EA*, 07-09-1911).

Apenas transcurridas un par de semanas, el mismo “Argos” desmentía que se hubiese pensado en la ocupación de Ifni, pero sí reconocía que este asunto se presentaba envuelto entre brumas (“Argos”, *EA*, 20-09-1911). ¿Qué había ocurrido? Pues algo que a los salmantinos, testigos de aquellos sucesos, les fue ocultado. Porque sí que se planeó un avance, dirigido por Burguete, sobre Ifni y cuyo objetivo consistiría en impedir que Francia se resarciese de sus pérdidas ante Alemania.



Lo que sucedía es que el sentido común se había impuesto entre los gigantes europeos. Su fruto: el Acuerdo franco-alemán del 4 de noviembre de 1911, último escollo para el reconocimiento de un protectorado galo sobre Marruecos. Francia, sin embargo, se vería en la tesitura de ceder enormes territorios a los germanos. Algo que en absoluto le complacía y pretendió remediar. A favor de la débil España, no obstante, Gran Bretaña terminaría intercediendo en la cuestión de Ifni: evidentemente, no deseaba que los franceses se asentasen en la costa atlántica marroquí, ni tampoco que el gobierno madrileño, resentido con los galos, se aproximase a Alemania.

Tras la consecución de ese pacto, además, también fueron las presiones del Foreign Office sobre el Ministerio de Exteriores Francés las que permitirían reanudar, otra vez en diciembre, las conversaciones entre Madrid y París conducentes al doble protectorado sobre Marruecos.

*El Salmantino* se resistió a creer que la diplomacia alemana fuese terca y tan sólo persiguiese compensaciones comerciales en los territorios del Congo y Camerún. Por otra parte, el “incidente Boisset” vino a perturbar más las ya tensas relaciones hispano-francesas. Desde las filas integristas se aprovechó para atacar a la minoría conjuncionista, capaz de respaldar al partido colonialista francés al presentar una reclamación contra la conducta del coronel Silvestre (*ES*, 24-07-1911).

En otro editorial, el diario denunciaba que Canalejas desconocía el verdadero “sentir de España” ante la cuestión marroquí:

Sepa el señor Canalejas, que para sostener incólume el honor nacional, estamos en torno suyo todos aquellos a quienes tanto ha maltratado [...] Si a los Iglesias, Lerroux, Soriano, Álvarez y hasta Azcárate, se les arranca la lengua, ese pueblo desgraciado que les corea, enmudecerá y volverá a readquirir el sentimiento de su dignidad (*ES*, 26-07-1911).

Constituía el escrito más insultante y violento sobre la cuestión marroquí publicado hasta el momento por el integrismo salmantino.

Aunque, en el fondo, no era más que una manifestación de la impotencia e incertidumbre suscitadas por las conversaciones franco-germanas.

Este sentimiento de frustración, con seguridad, se veía agravado porque el mes de julio estaba, de modo inevitable, asociado con algunos tristes recuerdos en la historia de España. Pero, incluso, había quien los pretendía utilizar interesadamente: “¡Combate de Santiago de Cuba, Semana Roja e infausta de Barcelona y la fatídica acción del Barranco del Lobo! [...] A todos dedicamos hoy un recuerdo” (*ES*, 31-07-1911). ¿Por qué se recordaba a esos mártires? Porque lo que se pedía, entre líneas y jugando la emotividad del lector, era un cambio en la gestión de la política exterior.

La decepción haría mella en esta redacción a principios de agosto, al confirmarse que Alemania únicamente pretendía una compensación territorial (*ES*, 10-08-1911). La consecuencia: neutralizada esta gran potencia, Francia podría convertirse en la dueña de Marruecos. Aún así, cualquier reproche hacia el káiser se disimuló en las páginas de este diario.

Los recelos entre ambos gigantes no desaparecerían, sin embargo, aunque avanzase el diálogo. El fantasma de la guerra no había desaparecido y Francia continuaría albergando cierto temor ante un posible entendimiento hispano-germano. *El Salmantino*, por su parte, también seguiría perseverando en esta idea. Pero, a corto plazo, la decepción fue la sensación dominante. Roberto T. Alcover lo manifestaba con mucha socarronería al escribir esto:

Cuando sumidos en apacible modorra, sentimos hace poco las cosquillas que nos hacían las insolencias de Francia, abrimos sobresaltados los ojos, y al ver asomando en Agadir los enhiestos bigotes del káiser, exclamamos alborotados: “Santo Dios. ¿Qué va a ser esto?” [...] ¡Y a fe que eran bellas las perspectivas! (Alcover, *ES*, 17-08-1911).

Porque la triste realidad era que España, incluso, se veía impedida por Francia para ocupar, con cierto propósito de

resarcimiento moral, Ifni. Así que el diario integrista no hallaba mejor remedio que desquitarse, en primer término y volviendo a las andadas, con los diplomáticos españoles: “La mayor parte de ellos no tienen noción en absoluto de lo que es la política internacional” (Ventalló, *ES*, 11-09-1911). Los abusos de Francia le resultaban, sin duda, intolerables porque suponían una abierta vulneración de los tratados. En segundo lugar, también endurecieron sus críticas contra el partido socialista (Xaulín, *ES*, 27-09-1911).

Con el objeto de contrarrestar el pensamiento tan desencantado y derrotista de “Argos”, y coincidiendo con esta reanudación del diálogo con Francia, *El Adelanto* publicó los escritos de un personaje que ya ha sido mencionado: Pascual Meneu, aquél viejo defensor de la “propaganda científica” colonial y discípulo, para más señas, del prestigioso arabista Francisco Codera<sup>32</sup>. Se halla, por tanto, una vez más en el periódico liberal una dicotomía en su línea editorial. Los artículos de este catedrático representaron el mayor esfuerzo persuasivo sobre la cuestión marroquí acometido por el diario de Núñez Izquierdo en este periodo. Sin embargo, este empeño fue estrictamente paralelo al planteamiento del problema, no previo al mismo. Se cree, por consiguiente, que es precisamente en este punto en el que reside la distinción entre la función divulgativa de la prensa, más constante, y la estrictamente persuasiva.

El primer editorial con su firma para *El Adelanto* data de enero de 1912, apenas resuelto el incidente de Agadir y cuando ya se reconocían como seguras algunas pérdidas para España. Meneu subrayaba que Francia reivindicaba un protectorado en exclusiva, alegando que de esta forma compensaría pasadas pérdidas, y continuaba:

---

<sup>32</sup> Pascual Meneu (1857-1934) se incorporó a la vida universitaria salmantina en 1909 y permaneció en esta institución, ocupando las cátedras de árabe y hebreo, hasta 1922, cuando se trasladó a Granada. En su juventud, había vivido en Tánger y junto con el franciscano padre Lerchundi había levantado la primera imprenta española con caracteres arábigos. De comportamiento campechano, práctico y muy culto, fue además compañero de excursiones y fiel amigo de Miguel de Unamuno, lo que no impidió que sostuvieran algunas discrepancias ideológicas, como fue la referida a la cuestión marroquí (Robles, 1994, 197-240; 2004, 355-390).

La prensa española, que hace causa nacional y no afrancesada en este asunto sale a la defensa de los intereses de la patria en el Magreb, asegurando que en las zonas Norte y Sur, España tiene seculares intereses, recientemente corroborados con sacrificios de sangre de sus valerosos hijos, con dispendios costosos del tesoro nacional, con esfuerzos mentales y pecuniarios de nuestros africanistas, lingüistas y filólogos y el no menos generoso de generales, jefes, oficiales y misioneros franciscanos, a la vez que los realizados por el comercio y las empresas de navegación (Meneu, *EA*, 02-01-1912).

Evidentemente, en Salamanca tan sólo se conocían los recientes dispendios en sangre y dinero, pero el discurso sobre el esfuerzo intelectual de los africanistas, en la acepción más amplia del vocablo, tenía que resultar muy artificial por vago y apenas conocido. Seguramente por esta razón, algunas semanas después, Meneu abundaba en los derechos históricos de España en Marruecos, derivados de la cercanía geográfica (Meneu, *EA*, 13-01-1912). Sobre todo, su mayor empeño consistía en prevenir a la opinión pública local contra posibles agravios, advirtiendo esto:

Un sultán que ya no reina, sino que le hace reinar Francia [...] un sultán en tan precaria situación material y moral, no debe ni puede vender tierras del dominio público a nadie, ni personas ni asociaciones, y menos aún si estas entidades son francesas (Meneu, *EA*, 17-01-1912).

Tales ventas de tierra a los franceses se estaban registrando en las cercanías de Larache. Y más preocupantes, si cabe, resultaban algunos rumores que apuntaban a la pronta internacionalización de Tetuán. En la práctica ello supondría el aislamiento y asfixia de Ceuta. Por eso, una vez más, la propaganda colonialista se fundamentaba en la explotación del sentimiento de rechazo contra los vecinos ultrapirenaicos.

Abundando en la materia, a este catedrático también le inquietaba la defensa de la soberanía española en las Canarias,

garantizada en teoría por el Convenio de 1904 (Meneu, *EA*, 13-02-1912). No menos alarmante le resultaba la pretensión gala de adueñarse del Cabo de Agua y una franja territorial al oeste del río Muluya, del valle del Uarga y de Alcazarquivir. En su conjunto, la actitud francesa era calificada de vergonzosa: estaban luchando por incumplir todo lo convenido en 1904 y despojar a España de su zona de influencia (Meneu, *EA*, 26-04-1912 y 30-04-1912).

Por último y más deshonrosa, ante los ojos de este arabista, se presentaba la actuación de algún grupo antidinástico que le seguía el juego al partido colonialista francés:

Es bochornoso, aflictivo, desconsolador, ver los anuncios del partido republicano socialista español, señalando fechas próximas, casi inmediatas, para celebrar en ciudades y pueblos mitingues contra la Guerra de Melilla, como si sin soldados ni Ejército bien organizado, fuera posible mantener muchos derechos consignados en los tratados [...] No me arrepiento de la conferencia que di hace unos años en Castellón, defendiendo que los intereses de España en Marruecos estaban en oposición y en pugna con los de Francia y con los de Inglaterra, mientras iban a la par con los de Alemania [...] Es tarde pero hay que decir la verdad en todo tiempo (Meneu, *EA*, 19-03-1912).

En fin, que desde comienzos de 1912, el propio órgano del liberalismo salmantino publicitaba las opiniones de un pensador que sin ser germanófilo, justificaba sus razonamientos en materia exterior. *El Adelanto*, por su parte, le agradecía todas sus contribuciones periodísticas porque estaban repletas de datos y de un hondo “sentir patriótico”. Pero también debido a que “en sostener nuestros derechos sobre Marruecos estamos conformes los españoles todos” (*EA*, 21-03-1912). Es evidente, si se atiende a estas palabras, que la unanimidad de pareceres a la que se aludía páginas atrás seguía esgrimiéndose como arma propagandística en defensa de la intervención española en Marruecos: el dominio sobre el norte de este país era presentado, sistemáticamente, como una garantía de la independencia nacional.

La reacción del integrismo, en cambio, había sido mucho más prematura pues ni tan siquiera necesitó asistir a la entrada francesa en Fez para preconizar un cambio de alianzas internacionales. “A.” se había manifestado más agresivo en esta materia desde un principio, mientras que el diario liberal esperó hasta el desarrollo de las negociaciones conducentes a la fijación del Protectorado francés para subrayar el error y se escudó en una firma de autoridad, la de Meneu.

Atropello y expoliación eran las palabras más habitualmente empleadas por *El Salmantino*, al finalizar septiembre de 1911, para referirse a la actitud sostenida por Francia. A punto de reanudarse las conversaciones con ella, se temía lo peor: “Suponiendo que Francia quiera ejercitar ya su protectorado, obligándonos a reintegrar al imperio el territorio fecundado por la sangre de nuestros soldados [...] podemos oponer en la esfera del derecho el mandato que recibimos de todas las potencias” (*ES*, 29-09-1911).

Para combatir tan descorazonador horizonte en Marruecos, el redactor llegaba a plantear un remedio novedoso: “El de unirnos al elemento musulmán e indígena para combatir los planes conquistadores de nuestra eterna enemiga”. En otras palabras, el periódico apostaba por el fomento del contrabando.

Quizás, también al contemplar tan lamentable horizonte, *El Salmantino* consideró que había llegado el momento, en octubre de 1911, de instruir a la opinión pública sobre la gestación del problema marroquí y la rivalidad internacional desatada a su costa. Su reacción, otra vez, fue algo más precoz que la de *El Adelanto* (las colaboraciones de Meneu databan ya de 1912). Para el integrismo, el nuevo Convenio franco-alemán anularía todos los acuerdos previos y España sólo podía posicionarse de una forma: rechazando la idea de un protectorado exclusivamente francés sobre Marruecos: “Si para reconocer su protectorado, Francia ofrece compensaciones a Alemania, prepárese también para concederlas a las demás potencias signatarias de Algeciras y mucho más a España” (*ES*, 14-10-1911).

La tregua franco-alemana, ya se ha señalado, finalmente se selló el 4 de noviembre de 1911. Más que el interés por los pormenores de la misma, a este periódico le preocuparon sobremanera

sus derivaciones para España. Curiosamente, el encargado de presentarlas ante la opinión pública fue el profesor Meneu.

Aunque también este diario publicó muy tempranamente un excelente artículo de “A.” sobre el asunto. En su opinión, los propósitos que Francia albergaba respecto a España eran pérfidos y no se podían creer ingenuamente sus promesas de amistad ni su voluntad de entendimiento:

Los que a diario pretenden ultrajarnos [...] los que publican jubilosos con gruesos caracteres, imaginarios desastres de nuestro Ejército [...] quieren romper los tratados y pretenden que les cedamos nuestra parte en Marruecos a cambio de quedarnos con un poco de lo que ya antes nos correspondía (“A.”, *ES*, 04-11-1911).

Pero volviendo a Meneu, en su primera colaboración para este periódico, el catedrático divagaba sobre el origen de la crisis de Agadir e insinuaba que éste residía en la negativa francesa a permitir el amarre de un cable germano en Rabat. Por otro lado, los límites de las futuras zonas de España en Marruecos también eran puestos en entredicho: los del área norte, por su indefinición; y los del sur, por considerarse que iban a ser tratados como moneda de cambio por parte de Francia (Meneu, *ES*, 31-10-1911).

En una segunda contribución periodística, Meneu ahondó en las acotaciones de la región sur marroquí, que se cedería a España con objeto de garantizar la soberanía sobre las islas Canarias (Meneu, *ES*, 04-11-1911). Aunque, sin duda, fue su tercera aportación para el rotativo integrista la más interesante y agresiva. España perdería gran parte de Guinea y el catedrático comentaba: “Queda atada al carro triunfal de Francia y al menosprecio de Alemania, que no puso las garras de sus reales águilas en Agadir para amparar a la nación de los Reyes Católicos, sino para hacer su negocio” (Meneu, *ES*, 07-11-1911).

Al hacerse público, ¡por fin!, el articulado de los Convenios de 1904 y 1905, el sentimiento de desazón en el órgano conservador

umentó. Francia estaba viendo hecho realidad su sueño a costa de aplastar derechos reconocidos a España. La redacción se fustigaba aún más recordando el fallido pacto de 1902, la eterna oportunidad perdida. Y, de nuevo, descargaba culpas sobre los profesionales de la diplomacia porque “tienen abandonada su misión con la aquiescencia y consentimiento del gobierno” (ES, 01-12-1911). Por otro lado, lamentaba también el que Francia se sintiese ahora legitimada para revisar las cláusulas del Tratado de 1904 referidas a Tánger (ES, 04-12-1911).

Y es que con el precedente del entendimiento franco-germano, las conversaciones hispano-francesas no podían marchar por buen rumbo. Las exigencias francesas resultaban desmesuradas. Así que la prensa francófoba animaba a la ruptura de las negociaciones. Para *El Salmantino*, todo ello no era más que la confirmación de sus más terribles e iniciales sospechas: Alemania había sido la triunfadora en el conflicto internacional vivido y ahora Francia pretendía resarcirse a costa de España. Sin embargo, por primera vez, la actitud de José Canalejas merecía su completa aprobación: “Ni una pulgada de terreno cederé a Francia, ha dicho el señor Canalejas, como compensación territorial, porque España se ha atenido en su campaña de penetración al mandato que Europa le confirió” (ES, 21-03-1912).

Meneu, otra vez, se encargaba de presentar ante las filas integristas los pormenores de estas conversaciones. Como de costumbre, lamentaba los recortes y, sobre todo, las frustradas aspiraciones sobre Tánger y los regateos franceses en el río Sus (Meneu, ES, 22-03-1912 y 23-03-1912).

A mediados de abril de 1912, el *Diario Universal* difundió la idea de que el final de las conversaciones hispano-francesas estaba muy próximo. Francia había alcanzado otro acuerdo, el más anhelado, con el sultán, mientras que “Argos”, con gran ironía, reflexionaba sobre el significado del único tratado que quedaba pendiente:

La alegría se nos sale por los bolsillos, como el júbilo le rebosaba a don Quijote por las cinchas de Rocinante [...] La diplomacia es una cortina muy transparente tras la cual se ocultan los gobiernos para fingir que trabajan los asuntos difíciles; mas, en realidad



de verdad, el vino excelente y puro se escancia al principio y se consume previamente entre los grandes bebedores, quedándonos a nosotros el triste consuelo de la cortina (“Argos”, *EA*, 12-04-1912).

Las manifestaciones de descontento se generalizaban y el gobierno de Canalejas, ante la avalancha de comentarios sobre la marcha de las negociaciones, optó por desautorizar las noticias particulares hasta entonces publicadas. Se comentaba que los valles del Uarga y el Lucus quedarían divididos entre ambos países; en Ifni, España efectuaría enormes concesiones con respecto a lo pactado en 1904; Tánger y el territorio habitado por la cábila de Fahs sería internacionalizado, etc. Sin duda, este gesto constituye un buen ejemplo de cómo la opinión pública puede, y consigue, amedrentar a una administración cuando los intereses de la diplomacia están en juego. La rebeldía marroquí era, lógicamente, la contestación a la firma del tratado entre Francia y Hafid. El Sultanato había perdido la poca independencia que conservaba y Hafid se veía forzado a abdicar, mientras que el partido colonialista francés obtenía el reconocimiento a su labor con el nombramiento de Lyautey como Residente General.

En este tramo final de la disputa, Meneu se apresuraba a reflexionar sobre el criterio conveniente para la delimitación de zonas (Meneu, *EA*, 15-05-1912), mientras que “Un Cónsul” lamentaba la violencia en que Fez se hallaba inmersa y el drama que ahora sufrían las tropas francesas: “Desgraciadamente, el Barranco del Lobo reaparece en todos los rincones de Marruecos, y ojalá que los acuerdos firmes, los pactos hoy a terminar, obliguen a una acción común que nos libre de tales desastres” (“Un Cónsul”, *EA*, 06-06-1912).

Debe destacarse que este colaborador fue el primer columnista que abogó públicamente por la cooperación hispano-francesa en el país africano, sobreponiéndose al clima de opinión tan crispado, lleno de rencores acumulados, que imperaba en la prensa local. Lo hizo trece años antes de que, efectivamente, se produjese la operación anfibia de Alhucemas. Todo un hito: no era sencillo preconizar el entendimiento en aquellas circunstancias. Al contrario, lo habitual era que ambas potencias se alegrasen de los contratiempos y reveses experimentados por la otra. De hecho, en el mismo diario, a los pocos días, José Sánchez Rojas volvía a recordar que “Francia ha compuesto

toda una literatura para injuriarnos. Sus periódicos nos lo demuestran todos los días. No ha procedido nunca de buena fe con nosotros” (Sánchez Rojas, *EA*, 20-07-1912).

A punto de firmarse el acuerdo hispano-francés, *El Adelanto* consideraba que éste resultaba bastante beneficioso para Francia y doloroso para España, sobre todo, por los recortes sufridos en los alrededores de Ifni y también en el área septentrional con respecto al Convenio de 1904. Quedaba, tan sólo, como consuelo la idea de que si las negociaciones se habían prolongado tanto, ello obedecía a la tenacidad de la diplomacia española (*EA*, 31-10-1912). Entre la prensa madrileña, el *ABC* destacó, como punto fuerte del convenio, en cambio, la autonomía de jurisdicciones (*ABC*, 01-12-1912). Por otra parte, ya se empezaba a barajar el nombre de Felipe Alfau como próximo Residente General (que no Alto Comisario) de España en Marruecos.

*El Salmantino* evitaba formular un juicio sobre el acuerdo, pero su diagnóstico ya era conocido: España había sido la gran perdedora de esta carrera. Eso sí, transcurrida una semana de la firma, la redacción confesaba que había precisado un tiempo de reflexión para entender la trascendencia del pacto. Ante el “entusiasmo desbordante” de gran parte de la opinión pública, creía conveniente no prodigar “aplausos excesivos”. La explicación aportada era sencilla: por una parte, se había derramado hasta el momento mucha sangre española y dinero en el territorio africano; por otro lado, el tratado era muy impreciso en cuestiones referentes a las fronteras, la religión, la enseñanza, la economía o la organización militar... El motivo real del rechazo era aún más simple: además de que había sido suscrito por un gobierno liberal, el convenio confería más competencias a Francia en Marruecos que a España (*ES*, 17-12-1912).

El pesimismo también se percibía entre los periódicos de tirada nacional. *El Socialista* aseveraba antes de la firma: “Estamos trabajando en Marruecos, como vulgarmente suele decirse, para el inglés” (*ESO*, 06-09-1912). Después, calificaría el pacto como “carga onerosísima” (*ESO*, 20-12-1912). *El Imparcial* se mostró en exceso comedido (*EI*, 28-11-1912). *El Debate*, aunque contemplaba con satisfacción el hecho de que España viese confirmados algunos derechos en Marruecos, también albergaba recelos: “En el estado a

que han llegado las cosas, aun los que siempre fuimos partidarios de la alianza alemana tenemos que exclamar ¡así sea!” (*ED*, 29-11-1912). Además, no le agradaban los recortes sufridos (*ED*, 13-12-1912).

En Salamanca, simultáneamente, Eloy Montero, discípulo de Meneu, organizaba una lección en el Seminario Pontificio, ante una audiencia de lo más elitista, con el propósito de explicar la misión civilizadora de España en el norte africano. La motivación, si nos guiamos por sus palabras, era ésta: “Hallarán próxima colocación centenares de españoles que emigran a América, país menos adecuado que el Magreb para la vida de la raza española” (*EA*, 21-10-1912; *ES*, 21-10-1912). José Canalejas, asesinado dos semanas antes de la definitiva ratificación, no llegaría a ver cumplido este sueño.

## **5.2. LA GUERRA DEL KERT**

Coincidiendo con la crisis de Agadir y con las negociaciones franco-alemanas como telón de fondo, España también acometió nuevos avances en las inmediaciones de Melilla.

En mayo de 1911, cuando los franceses se adueñaron de Fez y con el objeto de asegurar el control sobre las minas de Beni-bu-Ifrur, el gobierno de José Canalejas decidió ampliar la zona de influencia española hasta las orillas del río Kert. Por de pronto, cuarenta salmantinos, pertenecientes al remplazo de este año, fueron destinados a Melilla para engrosar el Regimiento de Caballería de Taxdir. Y tanto en julio como en diciembre se producirían otras dos pequeñas movilizaciones de soldados locales, aunque ahora pertenecientes al remplazo de 1908 y ya conocedores del territorio africano.

Si bien las operaciones para rodear el Gurugú y apoderarse definitivamente de sus accesos parecieron en su inicio sencillas, El Mizizian llevaba semanas exaltando los ánimos cabileños contra los cristianos, y el 30 de junio, por primera vez, una columna fue tiroteada.

En la anterior campaña de 1909, los habitantes del Kert no habían tomado parte porque no se habían visto perjudicados, pero los hostigamientos se convirtieron ahora en muy habituales. Además del ataque de finales de junio, el Ejército español también pudo esgrimir,

como detonante de las nuevas operaciones, el altercado que tuvo lugar el 24 de agosto, cuando un equipo topográfico fue atacado en Ras Medua, muriendo cuatro miembros del mismo. Enseguida se envió un contingente de 5.000 hombres para efectuar un fallido castigo. Otra expedición se emprendió el 2 de septiembre y, de hecho, los combates no cesarían hasta mediados de noviembre.

Cuando, finalmente, se dominó el Gurugú, el gobierno ordenó la repatriación de las fuerzas expedicionarias. Así que los rifeños se envalentonaron, y coincidiendo con las celebraciones navideñas, la posición de Tauriat Zag fue repetidamente asediada. Se hizo preciso, por consiguiente, el envío de más tropas y el afianzamiento de toda la región con la toma de Monte Arruit, el 18 de enero de 1912. Sin embargo, sólo con el fallecimiento accidental del cabecilla rebelde, El Mizzian, se terminó la campaña. Las bajas españolas ascendían entonces ya hasta los 500 muertos y 1.900 heridos (Villalobos, 2004, 189).

Entre las opiniones liberales, tan pronto como se registró el ataque sobre Ras Medua, Rivera hizo notar que el miedo se había propagado como reguero de pólvora. Y por descontado, la implantación fulminante de la censura contribuyó a ello (Rivera, *EA*, 26-08-1911). Conviene subrayar que si bien ésta, la censura, sólo se decretó al registrarse el mencionado incidente violento en las márgenes del Kert, *de facto* funcionaba desde que se desencadenó la crisis de Agadir. “Argos” así lo había reconocido, dejando clara su repugnancia hacia las formas de gobierno adoptadas por José Canalejas y el doble rasero con el que la opinión pública juzgaba a éste y a Maura:

He mentado a don Antonio, y no puedo por menos de pensar que si en sus días y por su orden se nos hubiera impuesto la discreción aconsejada ya referida, estaríamos trinando radicales y neutrales. Pero a don José no se le toman en cuenta sus mandatos para nada que no sea de razón; le obedecemos en todo con humildad y le quedamos agradecidos. ¡Es tan persuasiva su palabra, su yugo tan suave y su buena voluntad tan manifiesta! (“Argos”, *EA*, 26-07-1911).

A pesar de que las tropas españolas disponían de la cooperación de Abd-el-Kader y también de los guelayas, las agresiones cabileñas eran continuas. El horizonte marroquí pintaba, por consiguiente, muy oscuro. Quien más se apresuró a prevenir a los lectores salmantinos fue, de nuevo, “Argos”. Temía una catástrofe militar de un momento a otro. Ésa era la principal enseñanza de nuestra historia africana. Aunque resultaba inmenso el esfuerzo de algunos periodistas por vender triunfos a la opinión:

Siéntese inclinada la opinión, por santo patriotismo, a creer la especie milagrosa. Pero su experiencia, bien cimentada y afirmada en varios años de guerrear contra los moros y de verlos gozando de buena salud mientras la patria sufre hondas heridas, le arguye en contrario con evidencia incontrastable (“Argos”, *EA*, 11-09-1911).

Sobre todo, este redactor destacaba dos grandes coincidencias entre las campañas de 1909 y la actual. A saber: en primer término, el tratamiento periodístico que merecían los combates, siempre caracterizado por un tono triunfalista que despertaba la natural suspicacia:

“Grandes destrozos causados por la artillería”, “Poblados arrasados e incendiados”, “Los moros huyen a la desbandada” [...] El Dios de los cristianos sigue protegiendo a los suyos y sólo permite la defunción de un católico por cada seis de los contrarios (“Argos”, *EA*, 16-09-1911).

Y el segundo paralelismo, bastante más difícil de apreciar, se refería al estilo provocador de Maura pero también de Canalejas, al margen del discurso de este último. Sobre el presidente liberal, “Argos” subrayaba mordazmente:

Las oposiciones lo creen farruco, agresivo, idólatra de la fuerza y la represión. ¡No, cándidas oposiciones radicales! Don José amenaza para no verse obligado a pegar. Es cual un padre amoroso, que enseña

a sus queridos chiquitines el flagelo pensando en traerlos al buen camino con sólo la conminación, y los cubre de besos después.

No debería resultar chocante una crítica tan ácida y feroz hacia Canalejas desde un diario afín al liberalismo. Sería algo impensable en rotativos como *El Liberal*, *Heraldo de Madrid* o *El Imparcial*. Pero *El Adelanto* era un periódico de provincias y, por tanto, no tan sometido a las tiranías de la lucha partidista como los rotativos cortesanos. Ésa es una de las ventajas que nos ofrece el análisis de la prensa local. “Argos”, en esta ocasión, no hacía más que ser permeable a las declaraciones de la Conjunción republicano-socialista y de su jefe, Benito Pérez Galdós, contra la guerra. Meses después, por ejemplo, *El Socialista* insistiría en que “esa guerra de conquista, ideada y mantenida por la codicia de unos cuantos plutócratas y por el patriotismo equivocado de unos y el interesado de otros, debe ser combatida” (*ESO*, 12-01-1912).

Desde la redacción liberal, no obstante, se intentaba tranquilizar a la opinión pública, y eso a pesar de que desde mediados de septiembre empezaban a llegar a Melilla más refuerzos. Se hacía hincapié en que el enemigo moro se estaba sometiendo con facilidad, pero no faltaba el comentario oportunista: aprovechando el momento de tensión diplomática en Europa, un columnista, al barajar la posibilidad de realizar avances en el Rif, sentenciaba que “la ocasión es que ni de perlas” (*EA*, 13-09-1911). De hecho, se proyectó un desembarco en la bahía de Alhucemas para la noche del 18 de octubre. Aunque, alertados los rifeños, hubo de suspenderse.

Los mensajes que se esmeraban en llamar a la calma debían resultar forzosamente huecos. Más aún durante aquellas Navidades de 1911 y tras la sangrienta jornada del 27 de diciembre, cuando se soñaba con un canje de prisioneros entre El Mizzian y las autoridades melillenses, y cuando la reanudación de las sesiones parlamentarias hacía presagiar todo tipo de tensiones en el interior del país. Incluso, la ocupación de Monte Arruit, posición hoy tan tristemente recordada, pasó casi por completo desapercibida ante los ojos de la opinión pública salmantina (“Interino”, *EA*, 19-01-1912).

Para combatir la alarma social, Meneu salía en defensa del Ejército español y del papel vivificante de la guerra. He aquí la que consideramos su colaboración más enardecida, vehemente, en la prensa local. Su pensamiento había evolucionado desde aquella “propaganda científica” a favor del colonialismo hasta el militarismo más complaciente. E incuestionablemente, Francia y la tenacidad de sus diplomáticos habían tenido un peso determinante en la gestación de este cambio:

Pensar actualmente sólo en los dispendios y sangre heroica que derrama la lucha, sin mirar en los beneficios momentáneos y postrimeros que la contienda bélica ha de traer, es ver con vista miope [...] La primera ventaja que nos ofrece la guerra del Rif es la rehabilitación de nuestro Ejército [...] La finalidad de esta guerra no puede ser la posesión de las minas de Beni-bu-Ifrur [...] Esta guerra de 1912, como la de los años anteriores, es vivificadora del porvenir de España, y quien la contradiga es un afrancesado y reo de un delito de lesa patria (Meneu, *EA*, 24-01-1912).

Pero el asunto de los prisioneros mantenía en vilo a los lectores y El Mizzian se revelaba también como un duro negociador. De los nueve cautivos, dos eran salmantinos: Ricardo Arribas y Eloy Hernández Vicente. Nadie deseaba que pasaran a engrosar el listado de fallecidos en el Kert, que entonces ascendía a nueve. Por esta razón, su liberación, a mediados de febrero, fue muy bien acogida en la capital del Tormes (Ramón y Laca, *EA*, 17-02-1912). La historia de uno de ellos, la de Eloy Hernández Vicente, mereció además bastante atención por parte de *El Adelanto*, sobre todo porque había asistido al combate en Tauriat Zag y sobrevivido al cautiverio posterior, a pesar de hallarse muy gravemente herido (“Sir-ve”, *EA*, 23-02-1912). Su resistencia fue instrumentalizada desde la prensa local como un ejemplo de patriotismo.

Por otra parte, los hostigamientos de los marroquíes no cesaban –a punto de establecerse el Protectorado francés sobre Marruecos, recuérdese que la situación de Fez se tornaba desesperada y el clima insurreccional se extendía por todo el país africano– y aunque Aldave, sustituto del general Marina en Melilla, intentaba

hacerles frente, ellos evitaban el combate abierto. Al hilo de todos estos acontecimientos, “Argos”, tan intuitivo como siempre, postulaba que España se iba a dejar arrastrar hacia una guerra de desgaste. Proseguía, además, estableciendo similitudes con la previa campaña de Melilla:

Desde 1909 no sabíamos si la campaña de Melilla tenía carácter de campaña, de operación policíaca, de guerra formal; si habría de prolongarse indefinidamente, o terminar en un decir Jesús [...] La índole del terreno, la de los franceses, nuestros vecinos, y la de los moros, nuestros inquilinos, son tres índoles muy respetables, y debemos contar con ellas para ir modificando nuestro plan. ¡Plan, plan! No se hizo Zamora en una hora (“Argos”, EA, 11-03-1912).

En efecto, la ausencia de un plan de avance no sólo acarrea complicaciones desde el punto de vista militar, sino que constituía una falta de respeto hacia la opinión pública. Y tanto Maura como Canalejas habían cometido el mismo pecado. Las mismas denuncias se hallaban en *El Socialista* por estas fechas: “De un modo solapado y rastrero se oculta la verdad de cuanto con la guerra se relaciona y hasta en los relatos oficiales de los combates se disminuye de primera intención el número de bajas habidas”. (ESO, 08-03-1912). Por desgracia, el realismo de Pallol contrastaba con el imperdonable quijotismo del que adolecían los políticos españoles y que tantos reproches merecía:

Si hay que pelear contra molinos de viento y sufrir la rotura de las mandíbulas, bien está. Eso y mucho más merece la simpar Dulcinea de Toboso [...] No podemos retroceder... Tal es la consigna [...] ¡Dominar el Rif! ¡Infligir duro e inolvidable castigo a las tribus berberiscas! ¡Pero estamos haciendo otra cosa desde 1909! [...] Y no habiendo terminado las negociaciones franco-españolas, por lo cual se ignora la parte del Rif que nos tocará, ¿no son esas bravatas un tanto prematuras? (“Argos”, EA, 28-03-1912).



La muerte de El Mizzian poco tiempo después, y esta vez por fortuna, puso fin a la campaña. En este punto, Sánchez Rojas denunciaba, embargado por la amargura, la indiferencia de la ciudadanía al escribir: “Muere El Mizzian y eso no le interesa al pueblo. Estamos pendientes de unas negociaciones difíciles con Francia, y eso tampoco logra sacar a la opinión de su quietud. ¡Torea el Gallo!” (Sánchez Rojas, *EA*, 20-05-1912). Había en estas palabras, desde luego, algo de exageración. Salamanca no se mostraba tan apática ante el problema marroquí como años atrás. Pero sí mucho más cansada por la prolongación del conflicto.

El integrismo, asimismo, desde mayo de 1911 también había denunciado una situación anómala en los alrededores de Melilla. A finales de agosto, el periódico daba cuenta de la grave agresión sobre los miembros de la comisión topográfica que inspeccionaba las márgenes del Kert. También indicaba, como hiciera *El Adelanto*, aunque sin mayor comentario, que la noticia había sido visada por la censura (*ES*, 26-08-1911).

*El Salmantino* prefirió, no obstante, dedicar más atención al asunto del orden interior, a la huelga general de Bilbao, que al análisis de la pelea en Marruecos (*ES*, 21-09-1911). De hecho, el seguimiento que practicó de la campaña fue bastante deficiente. Su conducta fue similar a la adoptada por *ABC*, probablemente la publicación que más se cebaría con la larga duración de las hostilidades (*ABC*, 11-10-1911). Con certeza, tal proceder fue un recurso simple y efectivo para desgastar a Canalejas, una manera de reprocharle quiénes habían sido sus aliados políticos.

Es cierto que, dos años atrás, *El Salmantino* ya había dirigido comentarios enfurecidos contra los insurrectos barceloneses, pero era ahora cuando presentaba al país al borde de un precipicio. Curiosamente, la reacción de *El Adelanto* había sido la opuesta: en el diario liberal los altercados sociales de 1911 y la brutal represión subsiguiente pasaron mucho más desapercibidos que los de 1909, estando Maura en el gobierno. Aunque en este punto conviene también reconocer el talento propagandístico de Canalejas, su inteligente actitud ante la prensa y, en particular, al gestionar casi todos los indultos tras los sucesos de Cullera. Éstos le sirvieron para

distanciarse de posibles comparaciones con Maura y con el recuerdo de la Semana Sangrienta.

Ocurrió, además, que la campaña pro-huelga de la prensa de izquierdas coincidió con la salida, a finales de septiembre, de las tropas hacia el país africano<sup>33</sup>. Así que “A.”, testigo de los desórdenes, lanzó al viento la idea de que estos “cabileños del interior” actuaban en connivencia con los franceses para obstaculizar el triunfo de las armas españolas, y que, por ello, España era objeto de escarnio en toda Europa (“A.”, *ES*, 27-09-1911). Ante semejantes circunstancias, la propia redacción solicitaría el mantenimiento de la censura (*ES*, 13-10-1911).

El presidente, en efecto, tuvo que mantener en suspenso las garantías hasta enero de 1912. Reconocía así que en el Kert se estaba dirimiendo un litigio del que dependía la vida de la nación y por esta razón era absolutamente preciso silenciar a la prensa del Trust. Sin embargo, otro columnista de la casa, una semana después, tomaba la pluma y escribía:

Las noticias que se reciben de las operaciones militares que estamos realizando en África están produciendo en la opinión una ansiedad y alarma justificadísimas [...] Lo que acontece sencillamente es que el gobierno está ejecutando una acción en África ensombrecida de misterios (*ES*, 20-10-1911).

Sin apenas disimulo, este redactor estaba justificando la violencia callejera y, sobre todo, se parapetaba en ella para

---

<sup>33</sup> Las garantías constitucionales estuvieron suspendidas entre octubre de 1911 y enero de 1912. *El Socialista* venía encabezando las protestas contra la guerra desde poco antes del 1º de Mayo, cuando reivindicó la revisión de lo ocurrido en 1909, la derogación de la Ley de Jurisdicciones y el cese de la intervención armada en Marruecos (*ESO*, 21-04-1911). Su voz, sin embargo, se vería acallada por esa suspensión de derechos y al retomar la iniciativa contra la penetración armada, ya no lo haría con tanto ímpetu (*ESO*, 05-01-1912).

deslegitimar al ejecutivo de Canalejas. Pero un editorial semejante a éste habría sido impensable dos años atrás.

A largo plazo había que contraatacar y, precisamente, esto permitiría aunar pareceres entre el partido del gobierno y el integrismo. Muy distanciado ya de los sectores republicanos, Canalejas terminó admitiendo públicamente la necesidad de una acción contundente en Marruecos. Y por primera vez, sus palabras merecieron el apoyo de la redacción, que no por ello se olvidaba de exigirle un plan concreto (*ES*, 29-03-1912). No sería finalmente preciso: El Mizzian moría poco tiempo después y el harca se descomponía.

Concluida la guerra, el integrismo consideró que había llegado el momento de reafirmar su fe africanista y reflexionó, de paso, sobre la influencia de los periódicos en el posicionamiento de la opinión pública ante el problema:

Es verdad que la campaña del Rif lleva mucho dinero; que la sangre española, a torrentes vertida, empapa las llanuras y montañas de aquella lúgubre región; pero no hay que trazar con negros rasgos nuestro porvenir [...] Poco españolismo lleva en su sangre quien arteramente lucha contra los entusiasmos de raza (*ES*, 21-09-1912).

El discurso de *El Salmantino* conservaba, por tanto, su habitual monolitismo. La sempiterna lucha contra el moro definía la identidad española. El autor de este editorial terminaba afirmando que en Marruecos se hallaban las tierras más fértiles del mundo y que, consecuentemente, este país ofrecía a España la oportunidad de restaurar toda su tan añorada gloria imperial.

Un mes después, en octubre de 1912, la redacción volvía a la carga e incidía en los mismos argumentos, pero utilizando la firma de un colaborador excepcional: Cándido Lobera, director de *El Telegrama del Rif*, era el encargado de llamar a la iniciativa privada para asentarse en Marruecos:

Salgan de su apatía capitalistas, los hombres de negocios, industriales y agricultores, pues de no acudir con tiempo, de cerrar los ojos a la realidad, los que pueden contrarrestar el laborantismo antiespañol, la sangre derramada por nuestro glorioso Ejército y el sacrificio de la nación, resultarán estériles (Lobera, *ES*, 14-10-1912).

A esto quedaba reducida la misión civilizadora que España estaba llamada a desempeñar en Marruecos: al fomento de la expansión económica.

Para “Fa-Presto”, en cambio, semejante argumentación únicamente merecía desprecio. Desde *La Ciudad*, y ya como mero apunte final del presente epígrafe, este columnista denunciaría la hipocresía de ese pensamiento. Pero, muy curiosamente, se escudaría en aquel pasado imperial en América para ensalzar la obra religiosa de entonces y denostar el imperialismo del presente: “¡Civilizar! ¡Habrás visto hipocresía semejante! [...] La conquista de hoy, consagración del derecho del más fuerte, como siempre, será para colonizar, para extender la posesión de la tierra” (“Fa-Presto”, *LC*, 13-01-1912).

Aunque *El Salmantino* también rememoró en varias ocasiones la época de la conquista americana al abordar el problema africano, lo hizo, piénsese, con un propósito distinto: no para denigrar las motivaciones del colonialismo contemporáneo, sino al servicio de la glorificación del Ejército español, heredero de una historia plagada de gestas.

En resumidas cuentas, una misma referencia histórica se podía emplear, interesadamente, al servicio de dos mensajes propagandísticos distintos. Pero no demasiado. Al fin y al cabo, “Fa-Presto” únicamente discutía el argumento con el que desde el integrismo se justificaba la expansión colonial, pero, desde luego, no renegaba de ésta. En cualquier caso, las opiniones publicadas en la prensa salmantina a propósito de la política marroquí estaban plagadas de matices. La opinión pública salmantina, por consiguiente, no podía conformar un ente compacto.

### 5.3. LA NUEVA REGLAMENTACIÓN DEL SERVICIO MILITAR

El soldado de remplazo fue, indiscutiblemente, la figura más perjudicada por el desarrollo de los acontecimientos marroquíes (García Moreno, 1988; Molina Luque, 2001). El antimilitarismo que venía predicando, sobre todo, el PSOE desde finales de la centuria anterior había ido, poco a poco, calando en la conciencia de los trabajadores. El origen de esta animadversión radicaba en la vigencia de un injusto sistema de reclutamiento. Porque mientras los burgueses podían burlar el mismo, los campesinos y obreros no podían esquivar con tanta facilidad sus obligaciones castrenses. En segundo término, el Ejército desempeñaba un poder tutelar sobre el estado canovista que también alimentaba un creciente sentimiento de rechazo.

Las campañas de Marruecos, a la fuerza, sirvieron para que la resistencia silenciosa hacia las levadas se transformase en una rebeldía soterrada (Puell de la Villa, 2000, 134). El malestar, de hecho, llegó hasta el extremo de que José Canalejas, quien había sido aupado a la gobernación del país cuando Alfonso XIII comprobó alarmado el éxito de la Conjunción en la alcaldía de Madrid, hubo de implantar, el 27 de febrero de 1912, la Ley del Servicio Militar Obligatorio.

Las lamentaciones de los sectores sociales mejor acomodados, sin embargo, le obligaron a hacer algunas concesiones y así surgió un sistema híbrido: los hijos de la burguesía, desde entonces, tendrían que pasar por el cuartel y acreditar cierta formación tanto teórica como práctica, pero a cambio de pagar el equipo (incluido el caballo en caso de necesidad) y una cuota de 1.000 o 2.000 pesetas, podrían escoger guarnición. Asimismo, en lugar de tres años, servirían diez o cinco meses, según la cuantía aportada a las arcas del Ministerio. Desde enero de 1914 se admitirían además los cambios de número entre reclutas de la misma quinta. Es decir, se permitiría la sustitución del servicio en campaña por servicios de guarnición en la península.

Nuria Sales, en un trabajo ya clásico sobre el funcionamiento de las quintas y basándose en el análisis de las *Estadísticas de Reclutamiento y Remplazo* entre 1912 y 1920, subrayó la relación existente entre las cuotas de 1.000 y 2.000 pesetas (Sales, 1974, 221-222). Los mayores porcentajes de cuotas totales se daban en la España

más rica, en Navarra, Cataluña y el País Vasco, pero fue en la España más pobre donde el porcentaje de cuotas de 2.000 pesetas alcanzó valores mayores respecto al total de cuotas de esas provincias. La provincia de Salamanca ocuparía, en ese *ranking* de porcentajes de cuotas totales, posiciones intermedias en el conjunto nacional. Es decir, Salamanca no se asemejó ni a Barcelona, donde entre 1912 y 1920 los “cuotas” rondaban el 25-30% del contingente provincial; ni tampoco guardaba similitudes con provincias como la de Almería, cuyo porcentaje medio de “cuotas” en el mismo periodo ni siquiera rozaba el 2% del contingente provincial:

Contingente aproximado	1912	1913	1915	1916	1918	1919	1920
1.500-2000	10	9	8	6	7	16	18

Aunque no se dispone de datos para todos los años, las cifras expuestas revelan cómo, en términos absolutos, el rechazo hacia el servicio militar aumentaría, particularmente, tras la crisis de 1917. En lo tocante a la relación entre cuotas de 1.000 y 2.000 pesetas, Salamanca, de igual modo, también ocupó posiciones intermedias en el conjunto del país, aunque estaba más próxima, sorprendentemente, al modelo ofrecido por la España Norte. Se distanciaría de forma tímida de este esquema precisamente también tras la crisis de 1917: el porcentaje de “cuotas” de 2.000 pesetas descendió. ¿Cuál sería la explicación? Creemos que se trata de un indicio de que la oligarquía terrateniente estaba perdiendo su poder económico y político. De nuevo, he aquí los datos sobre el número absoluto y relativo de jóvenes pagadores de las distintas cuotas (aunque no se correspondan con los años de la tabla anterior debido a las deficiencias estadísticas del periodo):

Provincia	1915		1916		1918		1920	
	1.000	2.000	1.000	2.000	1.000	2.000	1.000	2.000
Barcelona	439 83%	86 17%	832 68%	374 32%	1.117 69%	493 31%	1.695 65%	909 35%
Salamanca	98 77%	29 23%	69 67%	34 33%	106 80%	32 20%	222 74%	75 26%
Almería	3 30%	7 70%	6 50%	6 50%	11 50%	11 50%	11 19%	45 81%

Para complementar esta caracterización de los reclutas salmantinos, ha de subrayarse, y ya se apuntó en páginas previas, que las tasas de analfabetismo que presentaban aquellos jóvenes se situaban entre las más bajas de España y obedecían, en buena medida, a que la capital era un prestigioso foco universitario. Por ejemplo, en 1906 se registró un 29'3% de soldados analfabetos en la provincia (García Moreno, 1988, 258). Se trata de una cifra prácticamente idéntica, y por seguir con las comparaciones, a la barcelonesa (29'5%), pero muy distante de la de Almería (55%). En cambio, el porcentaje de exclusiones por motivos físicos, sobre todo por la abundancia de tallas bajas, fue muy elevado: un 29'2% de los quintados en 1906 no superaban 1'59 m. de altura, lo que situaba a Salamanca en el séptimo lugar del *ranking* nacional (únicamente adelantada por Zamora, con un 31% de jóvenes de muy corta talla, Valladolid, Segovia, Guadalajara, Toledo y Ávila. Se trata de un dato llamativo: las dos Castillas despuntaban en esta materia). Ahora bien, sería lícito interrogarse sobre si este dato únicamente revelaba las pobres condiciones de vida de aquellas gentes o bien si la cifra pudiera atribuirse a manipulaciones por parte de las Comisiones Mixtas de Reclutamiento y a sus manejos caciquiles. La eterna picaresca. Quizás, ambas circunstancias se conjugaron. Pero, como dato fehaciente, hemos de quedarnos con que, para el periodo 1915-1924 los porcentajes de mozos excluidos por motivos físicos en Salamanca siempre se aproximaron al 10% del total del alistados, mientras la media nacional no sobrepasó el 7%. Por lo que respecta al número de prófugos, tan sólo podemos aportar como cifra que, en 1913, casi el 19% de los mozos españoles fueron incluidos en esta categoría. En el caso salmantino, la cifra rozó el 23% (Robledo, 2001, 47). Sin duda, las agencias de deserción alcanzaron una notable prosperidad en esta capital.

Centrándonos ya en el análisis de la opinión publicada, *El Adelanto* aludió en enero de 1912, por vez primera, a la figura del soldado de cuota (frente al soldado de haber) y en febrero desmenuzó el contenido y aspiraciones de la nueva ley (*EA*, 07-02-1912 y 15-02-1912). El diario liberal advirtió inmediatamente, una vez puesto en marcha el nuevo modelo de reclutamiento, que resultaba excesivo el número de mozos exceptuados en el reconocimiento médico: porque las condiciones mínimas que se exigían para ser declarados aptos eran 150 cm. de altura, 48 kg. de peso y un perímetro torácico de 75 cm.

Evidentemente, los mozos se sometían a dietas salvajes, demenciales, para quedar por debajo del listón. Y por consiguiente, el contingente del Ejército experimentó en 1912, atendiendo a las palabras de un redactor, un “duro golpe”. Hasta el extremo de que de un total de 215 quintados en Salamanca, 46 jóvenes ni tan siquiera se presentaron a la llamada y fueron declarados prófugos (más del 21%). De los 169 restantes, 118 tuvieron que ser excluidos por defectos de talla, peso y perímetro. Al final, únicamente 51 mozos, una cantidad ínfima, pudieron ser declarados útiles (“El diablillo del Tormes”, *EA*, 08-03-1912). Cifra que, parece irrefutable, revelaba un creciente rechazo hacia la guerra.

Desde *La Ciudad*, el doctor Pinilla también sometió a examen, y bastante concienzudo, por cierto, la nueva ley de reclutamiento. En líneas generales, consideraba su aplicación poco menos que imposible y, además, abierta a infinidad de abusos. El cuadro de inutilidades físicas reconocidas iba a permitir que se librasen del servicio muchísimos jóvenes. A su juicio, además, las relaciones entre talla, perímetro torácico y peso no tenían por qué considerarse, unívocamente, indicadores del vigor de un hombre (Pinilla, *LC*, 04-05-1912).

De *La Libertad*, instrumento del maurismo salmantino, lamentablemente, se desconoce la posición hacia la nueva reglamentación militar. Pero sí se tiene constancia de que se amparó, a mediados de 1913, en el criterio sostenido por *La Época* a la hora de evaluar y defender el voluntariado para África: “Pensar que el soldado de la metrópoli es bueno para la guerra colonial es una locura. Creer que los sistemas de reclutamiento forzosos pueden ser útiles para campañas en África es vivir apartados de la realidad” (*LL*, 17-07-1913). No obstante, para el nacimiento del Tercio habría que esperar hasta los años 20.

En cuanto a *El Salmantino*, por último, también en enero de 1912 comenzó a desmenuzar el contenido de la proyectada ley, pero sin emitir juicios (*ES*, 29-01-1912). Para acercarnos a las valoraciones de esta redacción hemos de esperar hasta principios de 1914, cuando el periódico emprendió una campaña a favor del soldado de cuota. Éste, argumentaba el rotativo, era obligado a permanecer en campaña más tiempo del reglamentado porque Dato, entonces presidente del



gobierno, estaba siendo presionado por la conjunción republicano-socialista. El periódico, en esta ocasión, jugaba, para defender sus derechos, con la carta de que no había una guerra oficialmente declarada en Marruecos:

¿A qué potencia tiene declarada la guerra España? [...] ¿Por qué a los de cuota, teniendo perfectísimo derecho a enviarles a sus casas, se les retiene en el servicio? ¡Ah! Se les detiene porque las izquierdas han levantado su voz y ante ellas el gobierno se ha atemorizado (*ES*, 02-04-1914).

Serían muchos los medios informativos, publicistas y padres de soldados que, en el futuro, adoptasen esta estrategia.

#### **5.4. LOS INICIOS DEL PROTECTORADO: LA CONQUISTA DE TETUÁN Y LA GUERRA CONTRA EL RAISUNI**

El establecimiento del Protectorado hispano-francés sobre Marruecos fue, como ya se ha expuesto, el resultado de una larga rivalidad internacional, jalonada con un acuerdo entre Francia y Gran Bretaña; otro convenio sellado por Francia con Alemania; y un último tratado franco-marroquí, alcanzado en noviembre de 1912. España no orquestó ninguna de las negociaciones y hubo de aceptar a regañadientes la internacionalización de Tánger, cuyo estatuto no se aprobaría hasta febrero de 1924, y la competencia exclusiva del Residente General Francés, Lyautey, con sede en Rabat, para todo lo relacionado con la política exterior marroquí (Serna, 2001, 216).

El Protectorado fue, además, en términos administrativos, una realidad muy compleja. Para empezar, las máximas autoridades en la zona de influencia española serían el Alto Comisario y un jalifa, nombrado por el sultán entre tres candidatos propuestos desde Madrid. Las atribuciones del jalifa iban desde actuar como delegado del sultán hasta como imán de los musulmanes, pero en la práctica su papel se limitó al de marioneta del Alto Comisario. A su vez, éste apoyó sus gestiones en tres delegados: Asuntos Indígenas, Fomento y Servicios Tributarios. En cuanto a la administración territorial, recayó en caïdes

y bajás, auxiliados por vocales e interventores españoles y distinguiéndose cinco grandes circunscripciones:

- El extremo occidental o Lucus (Larache).
- El Noroeste o región de Yebala (Tetuán).
- El Noreste o Gomara (Xauen).
- La región central o Rif.
- El extremo oriental o Kert (Melilla).

Para hacer esta estructura aún más enmarañada, el Protectorado se dividió en tres Comandancias: Ceuta, Melilla y Larache y, cuando fue preciso abordar asuntos urgentes, se permitió a los comandantes generales entenderse directamente con la Legación Española en Tánger. Todo ello sin olvidar el afán intervencionista de Alfonso XIII.

La clave para el buen funcionamiento de este organigrama residiría en el Servicio de Intervenciones Militares, controlado por la Delegación de Asuntos Indígenas. El interventor sería el hombre encargado de obtener información sobre las cábilas, su armamento, estado de salud, lecturas a su disposición...y todo ello porque la noción de protectorado suponía el mantenimiento de las formas de gobierno tradicionales del reino, aunque regidas por los colonizadores. La meta final consistía en arrastrar a los marroquíes hacia la “civilización”, o, como sintéticamente expresaba el comandante Díaz de Villegas, “vamos a Marruecos, no contra Marruecos, sino con Marruecos” (Díaz de Villegas, 1930, 128).

Pero la realidad resultó muy alejada de los presupuestos teóricos: España no tenía experiencia colonizadora previa, sino una larguísima historia de conquistas, y los militares acabaron adueñándose de la administración directa y excluyente del poder, al menos, hasta 1926-1927 (Villanova, 2006). Incluso, cuando el fomento de la llamada “acción política” fue la consigna adoptada por todos los gobiernos tras la ratificación del acuerdo con Francia de 1912. Historiadores como Richard C. Penell precisamente sitúan aquí el origen de todas las dificultades experimentadas por los españoles en el continente africano: “Al tratar de poner en práctica una política basada en conceptos erróneos acerca del carácter de la sociedad

marroquí, el Ejército español ayudó a que se creara una sólida resistencia” (Penell, 2001, 72). No le faltaba razón: las subvenciones para ciertos cabecillas desprestigliaron a los sectores colonialistas y trastocaron los equilibrios entre las cábilas. Pero, además, muchos de los “pensionados” acabaron volviéndose contra España.

Por otra parte, tres fueron las grandes opciones estratégicas que se plantearon con relación al Protectorado: la reducción del territorio ocupado a una extensión costera (Maura y Cambó); la ocupación absoluta (Berenguer y Romanones) y el abandono del territorio (Primo de Rivera e Indalecio Prieto). Aunque se intentarían las tres opciones, la indecisión de los sucesivos ministerios no acarrearía más que una creciente confusión de la opinión pública y la exasperación entre los militares (Alonso Baquer, 1986, 228).

En Salamanca, con la excepción del catedrático Pascual Meneu, la ratificación del acuerdo de Protectorado no generó demasiada curiosidad, ni mucho menos entusiasmo. Para la opinión pública se dibujaba una nueva fuente de complicaciones en el horizonte porque la “quijotada”, que diría “Argos”<sup>34</sup>, chocaría con la resistencia de los protegidos desde el principio.

En efecto, “Argos”, más socarrón que nunca, desconfiaba del porvenir español en Marruecos y sentenciaba: “Habremos de atender a la península y a la ínsula, con la particularidad auténtica de que Sancho se quedará en casa y don Quijote irá al gobierno isleño para sufrir al doctor Tirteafuera, vulgo Francia, que tiene la representación de los duques –las grandes naciones–” (“Argos”, *EA*, 29-11-1912). Ciertamente era que las hostilidades en la región del Kert habían cesado, pero la situación pintaba muy mal en los alrededores de Tánger ya que los cabileños de Anyera protestaban ante la presencia española en Arcila y desconfiaban de la lealtad de El Raisuni. Con el propósito de apaciguar los ánimos, o eso al menos es lo que se alegó ante la opinión española, se procedió a la ocupación de Tetuán.

---

<sup>34</sup> Únicamente nos estamos interesando por la faceta periodística de Benigno Pallol, cuando, en el fondo, él era un estudioso y especialista en la obra de Cervantes. De ahí las frecuentes analogías entre el africanista y Don Quijote, que luchan por la conquista imposible de Marruecos/Dulcinea del Toboso.

Alfredo Rivera fue el primer corresponsal que reseñó esta operación (Rivera, *EA*, 21-02-1913). Por su parte, “Argos” tampoco pareció satisfecho con la noticia. Con seguridad, su idea de que los peninsulares no podían esperar de Marruecos más que problemas permanecía intacta: “¡Albricias! la ocupación de Tetuán se ha verificado sin disparar un tiro [...] El señor conde de Romanones [...] se congratula de que se haya realizado, como el ambiente público pedía tranquila y pacíficamente [...] Las cosas de África marchan divinamente” (“Argos”, *EA*, 22-02-1913).

Pallol, como es fácil adivinar, estaba censurando que la toma de la ciudad se justificase apelando a una demanda de la opinión pública. Más aún, se extrañaba ante esa sorprendente falta de violencia. ¿A qué obedecería? Por el momento, la respuesta permanecía en el aire. *El Socialista*, igualmente, aseguraba que la noticia había sido recibida con total indiferencia: “Si antes era posible entusiasmar a las masas con el señuelo de la defensa del honor nacional [...] la difusión de las ideas democráticas ha transformado la conciencia popular” (*ESO*, 28-02-1913). Otros miembros de la redacción liberal salmantina, en cambio, aprovechaban para rememorar la vieja guerra de 1860 (*EA*, 24-02-1913); y, en conjunto, lo que primaba era una actitud muy benévola hacia todos los nuevos y bienintencionados propósitos con los que el gobierno de Romanones pretendía regir el Protectorado.

Más entusiasta y monocolor fue, con todo, la recepción de esta noticia, la de la toma de Tetuán, en las filas del integrismo. *El Salmantino* se mostró, en general, escasamente pendiente de la suerte de los salmantinos en tierras africanas. En sus páginas no había espacio para los sentimentalismos. Pero sí celebró, y mucho, la ocupación de esta ciudad. Las tropas, aseguraba el rotativo, habían sido recibidas calurosamente, en medio de una atmósfera de alegría porque desde hacía tiempo “se esperaba, y la opinión unánimemente aplaude la brillante operación ejecutada por Alfau con tan escasos elementos” (*ES*, 20-02-1913). Coincidencia absoluta, de nuevo, con *El Debate* (*ED*, 20-02-1913); también con *ABC* (*ABC*, 20-02-1913); y, curiosamente, con *El Imparcial* (*EI*, 21-02-1913).

El goteo en el envío de soldados salmantinos al continente africano era, sin embargo, continuado. Y por mucho que la prensa local aplaudiese el entusiasmo reinante en el momento de las

despedidas, las llamadas simultáneas para tomar parte en la colonización agrícola del Rif lograban escaso eco. En marzo de 1913, la Alcaldía había confeccionado un listado, luego remitido al Ministerio de Estado, con el nombre de cincuenta obreros dispuestos a marchar a Ceuta para asentarse allí. No obstante, al final, sólo diecinueve de ellos se atrevieron a dar el salto (“Sir-ve”, *EA*, 12-03-1913). No está demás subrayar que, a pesar del esfuerzo, la explotación agraria marroquí resultaría poco rentable a causa de la sequedad de la zona, de lo accidentado del relieve y del retraso técnico.

Habían sido, acláremoslo ya, las fluidas comunicaciones entre los mandos militares y El Raisuni las que explicaban los progresos españoles sobre el terreno. Aunque la opinión pública desconocía la naturaleza de esos tratos, El Raisuni, entonces bajá de Arcila, era considerado un fiel colaborador del coronel Fernández Silvestre, si bien *El Adelanto* no parecía tenerlas todas consigo (*EA*, 20-03-1913). Su eterno juego del “tira y afloja” desconcertaba a las autoridades españolas y también a sus propios seguidores. Incluso todavía, a día de hoy, sus estudiosos no saben si presentarlo como un inteligentísimo, ambicioso y despiadado bandolero, un fanático religioso con una vida legendaria o un abanderado de la independencia marroquí (Tessainer y Tomasich, 1998; Tamsamani, 1999).

Sin embargo, tan pronto como se produjo la entrada del jalifa en Tetuán, en abril de 1913, empezaron a registrarse los primeros estallidos violentos: algunas escaramuzas en las cercanías de Melilla; y, lo que revestía mayor gravedad, en los alrededores de Tetuán, Larache, Alcazarquivir y Arcila. El Salmantino respondía exigiéndole a Romanones medidas más previsoras en Marruecos (*ES*, 19-05-1913). Además, coincidiendo con el viaje del rey Alfonso XIII a París, el periódico ya había solicitado un cambio en el juego de alianzas internacionales: de Francia nada cabía esperar, pero la alianza con Alemania, en un futuro próximo, facilitaría la dominación de Gibraltar y Portugal (*ES*, 24-04-1913). “Argos”, por su parte, intentaba una vez más explicar a sus lectores las raíces históricas de la nueva e incipiente guerra. Los tratados internacionales para el reparto de Marruecos figuraban en el epicentro del problema:

Esta obra se ha ido elaborando con el conocimiento y el consentimiento de todos por más que

el pueblo bajo no la conociera [...] Solos como nación no podíamos sobrevivir a Marruecos, el cual se halla en las últimas. ¿Íbamos a juntarnos con Alemania, que nos compró las Carolinas por tres ochavos? [...] ¿Con quién mejor que con la dueña de Gibraltar y con la potencia invasora de España en 1808?

Hemos echado pelillos a la mar y echaremos una segunda escuadra en holocausto de dicha triple (“Argos”, *EA*, 07-05-1913).

En otras palabras, aunque Pallol no abogaba abiertamente por la política del aislamiento, sí que adivinaba cómo los compromisos con la Entente arrastrarían a España a su perdición (algo que le aproximaba, paradójicamente, a los planteamientos del integrismo). Absolutamente atónita, la opinión pública no daba crédito a la belicosidad de la que hacían gala los marroquíes, apenas concluida la campaña contra El Mizzian. Mientras que el gobierno francés ofrecía a sus conciudadanos un excelente ejemplo de método colonizador, fundamentado en la sabia conjunción de las armas, la diplomacia y el fomento de la división intertribal, España perpetuaba sus errores (“Abdalá”, *EA*, 11-06-1913).

Emulando este ejemplo, inicialmente, casi toda la redacción apostaba por la intervención armada. Las agresiones no debían quedar sin castigo, aunque se demandaba algo del gobierno: “Podemos recibir las noticias exactas y completas” (*EA*, 14-06-1913). De hecho, los salmantinos seguían de cerca el desarrollo de los combates en Wad-Ras, Anyera, etc., ya que muchos de los mozos de la ciudad estaban luchando en la Brigada de Cazadores de Primo de Rivera. El número de bajas capitalinas ascendía ya a 35 hombres (*EA*, 19-06-1913). Y, al terminar junio, Rivera, el corresponsal, incluso se trasladaba al escenario de combate (Rivera, *EA*, 21-06-1913). Pero, en un momento posterior, a la vista de la crítica situación, surgían las habituales dudas y se reconocía, por fin, la existencia de cierta hostilidad hacia la expansión marroquí:

La desproporción entre los resultados conseguidos y los grandes esfuerzos realizados y los que se presumen, no es tampoco lo más eficaz para

ganar la simpatía de la opinión. En cuatro años de actuación en Marruecos se han tenido, aparte de los crecidos gastos que han desequilibrado el presupuesto, tres campañas, de ellas dos en Melilla y la tercera ahora en Tetuán y Alcázar (*EA*, 26-06-1913).

El lastre marroquí era enorme y la opinión pública temía, según comentaba este articulista, que las fuerzas militares enviadas (Batallón de Covadonga, Regimiento de Córdoba, de Borbón, Reina, Extremadura...) no fueran suficientes. Curiosamente, el diario de Núñez Izquierdo se cuidaba a la hora de formular juicios sobre la gestión de Romanones, limitándose, por el momento, a reproducir por una parte un suelto de *El Liberal*, que furioso por el anuncio de nuevas operaciones en Tetuán sin un objetivo claro, acusaba al presidente de “jugar a los dados” (*EA*, 30-06-1913). Por otro lado, se hacía eco de que en Madrid se estaba preparando una manifestación socialista contra la guerra (*EA*, 03-07-1913).

Al iniciarse julio de 1913, mientras que en Salamanca cundía la pesadumbre al conocerse el fallecimiento en combate de un teniente del Albuera, Casimiro Santander (*EA*, 05-07-1913), y ante el anuncio de una nueva movilización (*EA*, 07-07-1913), los cabileños empezaron a mostrar síntomas de agotamiento. En esta tesitura, algún redactor soñaba con que la ocupación del Fondak, presentada ante la opinión salmantina como necesaria para garantizar las comunicaciones entre Tetuán, Tánger y Ceuta, no fuese precisa (*EA*, 05-07-1913). Y, en efecto, la operación no llegó a realizarse. Pero desde esta redacción tampoco se explicaron los motivos de la suspensión.

En su lugar, y por primera vez, se reprodujo el testimonio de un desconocido que ofrecía explicaciones sobre el porqué de la ofensiva cabileña: Silvestre había hecho prisioneros a unos familiares de El Raisuni con el objeto de poder coaccionar a éste. Sin embargo, el gobierno lo había desautorizado al obligarle a liberarlos. Como trasfondo de todo ello, permanecían sin esclarecerse las oscuras vinculaciones entre el cabecilla marroquí y algunos empresarios

alemanes. En la misma noticia, se aludía también a ese reciente viaje de Alfonso XIII a París<sup>35</sup>, muy mal visto en la cancillería germana (EA, 11-07-1913). ¡Y querían una opinión ilustrada con semejante cruce de informaciones!

Reconociéndose ya, abiertamente, la enemistad de El Raisuni, la redacción liberal aprovechaba asimismo la ocasión para publicar un retazo biográfico suyo, tomado de *El Telegrama del Rif*. Junto con la notable descendencia, se enfatizaba su faceta de bandolero, secuestrador y el apoyo a la causa de Hafid. Se recordaba también que sus tratos iniciales con Silvestre fueron muy amistosos, pero las relaciones personales entre ambos se habían enturbiado hasta llegar a las circunstancias actuales (EA, 02-08-1913).

El integrismo situaba al conde de Romanones en su punto de mira y recordaba que, desde 1909, cuando se hicieron evidentes las responsabilidades adquiridas por España en la Conferencia de Algeciras, el país apenas había disfrutado de periodos prolongados de paz. Por ello *El Salmantino* se alzaba como “portavoz del sentir de la opinión pública” y renegaba de toda promesa de sumisión a España. El pueblo, aseguraba la redacción, deseaba el envío de tropas a Marruecos, no el transporte de recursos con cuentagotas. Su receta, básicamente, se fundamentaba en el duro escarmiento de los rifeños, no cesando la acción militar por el hecho de interrumpirse la ofensiva mora. Pero con una objeción:

Antes de que hagamos estos sacrificios, debe saber también el país el carácter de la personalidad que ostenta España en Marruecos, porque si en aquellas estepas y pedriscos vamos a verter raudales de sangre, y la vida económica de la nación, sólo a título de mandatarios y administradores de Europa, no vale la pena (ES, 13-06-1913).

He aquí planteado el dilema entre la conquista o el abandono, el mismo sobre el que Genero Alas había reflexionado años atrás. La

---

<sup>35</sup> Obsérvese que *El Salmantino* había comentado esta misma noticia hacía ya tres meses.



angustia entre la opinión pública empezaba a alcanzar cuotas preocupantes y, mientras el periódico ultra conservador confiaba en el buen hacer del Ejército, este juicio no era extensible al gobierno. Romanones, aseguraba la redacción, únicamente se preocupaba por aferrarse al Poder y su trato condescendiente con los marroquíes resultaba del todo contraproducente (*ES*, 18-06-1913).

Tampoco en sus editoriales salía mejor parada la Conjunción republicano-socialista: “Hoy pueden alucinar al pueblo, pero no olviden que el día en que las promesas tengan que cumplirlas, y no puedan, entonces será el momento de las supremas sanciones populares” (*ES*, 20-06-1913). Para el integrismo ello constituía la prueba irrefutable de la degeneración que experimentaba la raza (*ES*, 23-06-1913).

El desánimo, por tanto, cundía entre los sectores conservadores al presenciar las protestas socialistas contra la acción de España en Marruecos, incluso en Salamanca (*LL*, 07-07-1913), y a medida que se avanzaba hacia la internacionalización de Tánger. De todos modos, la opinión pública “verdadera” no tenía la culpa del “desatino suicida” en Marruecos, sino Romanones. La historia se repetía, rebrotaban las mismas críticas que bajo el gobierno de Canalejas. Pero curiosamente y al margen del discurso integrista, ambos políticos liberales, hoy está fuera de toda duda, apostaron por una acción en África más decidida que la de los conservadores.

Lo que distanció a ambos de Antonio Maura, en el fondo, fue la estrategia adoptada ante la prensa: más tolerante e inteligente que la seguida por el político mallorquín. ¿Por qué? Porque sabían que la opinión pública era una fuerza a la que se debía empezar a temer. La obsesión del integrismo, en cambio, se centraba en que el conde permitía la circulación de “nefandas” y “aberrantes” propagandas. Un ejemplo: los discursos de Pablo Iglesias, que únicamente contribuían a la desmoralización del soldado y a difundir la “falacia” de que sólo los pobres acudían al escenario del conflicto. Para poner fin al movimiento sedicioso interno, evidentemente, lo más efectivo pasaba por la suspensión de las garantías constitucionales (*ES*, 04-07-1913).

Puesto que la tormenta en Yebala no parecía amainar, se le recomendaba a la opinión el no dejarse embargar por el pesimismo

económico (*ES*, 20-08-1913). Como anillo al dedo le vino a esta redacción la entrevista de Miguel de Unamuno con un redactor de *Nuevo Mundo* (*ES*, 28-07-1913). Su defensa, a ultranza, de la presencia española en Marruecos satisfacía enormemente al integrismo, que se sentía muy bien respaldado porque el Protectorado era, a juicio del rector, la clave de la “resucitación nacional”.

La atención de la opinión pública salmantina, sin embargo, se dirigía preferentemente en aquellos días hacia otra triste realidad. Los soldados del Albuera, una tropa de 125 hombres más cinco oficiales y el capitán Guillermo Laá al frente, eran calurosamente despedidos por sus vecinos el 12 de julio de 1913. La noticia había sido pregonada el día 6, cuando el aviso llegó al gobierno militar. Y había hallado una rápida contestación: el 10 de julio quedaba constituida una junta organizadora de un acto de homenaje. Su gestión más destacada consistió en la apertura de una fulminante suscripción popular, con apenas tres días de duración, para obsequiar a los desafortunados. En la misma primera jornada se recaudaron 495 pesetas –100 del Ayuntamiento; la misma cuantía de la Diputación; 50 pesetas del periódico del Núñez Izquierdo, quien además integraba la junta directiva, y otras tantas de *La Libertad*–. Durante el día siguiente la cifra se duplicó, hasta llegar a 1.060 pesetas, y la cantidad final ascendió a 2.390 pesetas (*EA*, 11-07-1913).

Entre los donantes, además de los ya mencionados, figuraban *El Salmantino*, el Cabildo Catedralicio, el Círculo Tradicionalista, las familias Moneo y Mirat, Lamamié de Clairac e Isidro Segovia (médico y profesor perteneciente al sector más progresista de la Universidad), la Federación Obrera de Salamanca y hasta alguien registrado bajo el título “Un contrario a la guerra”... En definitiva, un largo listado de participantes que tal vez sorprendan. Y también, por supuesto, con ausencias llamativas. En particular, dos: la de Diego Martín Veloz y la de Miguel de Unamuno.

Es sencillo concluir que en los momentos de máxima tensión bélica y emocional, tal como la producida por la marcha de los quintos, la prensa adquiriría un enorme poder de persuasión con un mínimo esfuerzo propagandístico: bastaron tres días para recaudar una suma de dinero nada despreciable, ya que la solidaridad para con unos compatriotas se solía anteponer a las distintas opiniones con respecto a

la cuestión marroquí. En otros términos, figurar en la relación de nombres de la suscripción no significaba apoyar la guerra y, desde luego, tampoco el hecho de no aparecer en ella se traducía en una actitud de rechazo hacia el conflicto. Al contrario, Veloz y, todavía entonces, Unamuno eran encendidos defensores de la acción colonial y militar española al sur de Tarifa. ¿Por qué no participaron en la colecta? ¿Por tacañería? ¿O quizás consideraron que esa obligación sólo competía al Estado?

Entramos en el fangoso territorio de la conjetura.

Sin embargo, al perder actualidad el conflicto africano, como ocurriría por ejemplo coincidiendo con el desarrollo de la conflagración mundial, serían precisamente estos dos grandes ausentes, los personajes que con más luz propia brillaron en la historia salmantina del primer tercio del siglo XX, los únicos que espontáneamente mostrarían un interés muy acentuado en los asuntos marroquíes. El primero, Veloz, fue un acérrimo defensor del Ejército español durante toda su vida y en repetidas ocasiones se desplazó hasta el escenario del conflicto para distribuir quinina entre los soldados. En cuanto al segundo personaje, a partir de 1917, y debido a sus cuantiosas lecturas, sus relaciones personales y, sobre todo, a su envidiable espíritu, inquieto e irreverente, se retractaría de todas sus afirmaciones previas a propósito de la zona española en Marruecos para convertirse en azote del rey. En suma, ya que sus opiniones no se fundamentaban exclusivamente en la lectura de periódicos ni tampoco se divulgaban siempre a través de ellos, no estuvieron tan expuestos a su fuerza de coacción. Pudieron actuar a contracorriente. Pero esta realidad no fue extensible al resto de salmantinos.

De todos modos, la prensa tendría que incrementar sus esfuerzos si quería recabar la atención y apoyo de la opinión pública, de aquellos sin tanto atrevimiento, formación o curiosidad como los líderes natos de opinión. Pero, ¿lo haría? ¿Cómo? ¿Intuirían la utilidad de fomentar el miedo, tal y como años después escribiría Lippmann? Pronto habrá ocasión de comprobarlo.

La suscripción ciudadana, volviendo a lo más terrenal, no fue el único gesto de manifestación de la opinión pública local ante el traslado del Albuera a territorio africano: de signo contrario, el mismo

día en que se recibió la orden de traslado, la Agrupación Socialista Salmantina organizó un mitin contra la contienda en el Frontón de San Bernardo. Sin embargo, no fue un acto demasiado concurrido (*EA*, 07-07-1913).

También “Argos”, por no variar, se desmarcaba de su periódico con un editorial de contenido muy abstracto y donde clamaba por un trato más misericordioso entre naciones. La explicación: “Cuando escasea la misericordia buena, buenísima, eficazísima e insustituible es la dulce y santa resignación la que aparece” (“Argos”, *EA*, 11-07-1913); resignación que él, evidentemente, no soportaba; resignación que conducía a despedir afectuosamente a los soldados en lugar de intentar, más vivamente, evitar su movilización.

El adiós a los jóvenes de la provincia, relatado muy ampliamente por el diario liberal el 14 de julio de 1913 (los domingos no había tirada), se presentó como majestuoso y multitudinario, con cerca de 7.000 asistentes y plagado de escenas conmovedoras (*EA*, 14-07-1913).

*El Salmantino* aprovechó la despedida también para resaltar la estrecha vinculación entre el sacerdocio y la milicia, ambos siempre empleados en la defensa de la integridad y grandeza de la patria (*ES*, 12-07-1913). La reseña que finalmente confeccionó sobre el adiós a los soldados fue, al igual que la del periódico de Núñez Izquierdo, muy extensa. En ella, sobre todo, se destacó su carácter interclasista:

Imperecedera será la memoria del hecho consumado el sábado por Salamanca; el clero, las órdenes religiosas, la magistratura, las autoridades civiles, la administración, el poderoso, el indigente, el obrero intelectual, el manual, el comercio, la industria, la agricultura, la mujer, el niño, todos en una palabra [...] aparecieron como son; compenetrados, íntimos, hermanos (*ES*, 14-07-1913).

El temor a los posibles desórdenes sociales subyacía, sin duda, en este editorial. Por esta razón, simultáneamente, el órgano integrista

explotaba la baza de las madres de los soldados, presentadas como auténticas heroínas e insertaba alguna que otra carta de agradecimiento de los hombres del Albuera hacia sus vecinos. Todo lo preciso para infundir calma. La malhadada aventura de estos jóvenes en África, sin embargo, no fue merecedora de excesiva atención. Se trata de un hecho que ya se ha advertido. Seguramente, porque el diario sabía que era un tema muy sensible. En cambio, este periódico sí que dedicó bastante protagonismo a las acciones caritativas desarrolladas entonces: el simpático festival de confiteros y pasteleros y, sobre todo, los gestos de la Junta de Damas de Salamanca (*ES*, 25-08-1913; 20-09-1913).

Aquella abundancia de notas costumbristas que emplearon algunos periodistas en la campaña de 1909, al referirse a los soldados salmantinos y su estancia en el territorio marroquí, no se encontrará ahora. El escuadrón del Albuera quedó inmediatamente a cargo de la seguridad de los convoyes que se desplazaban entre Tánger y Tetuán. Acampado desde su llegada en La Puntilla, a 7 kilómetros de Ceuta, se le encomendaron los servicios de exploración, descubiertas y conducción de convoyes, siendo los incidentes violentos continuados y el goteo de heridos, incesante y descorazonador para la opinión (*EA*, 31-07-1913).

Si bien *El Adelanto* intentó tranquilizar a sus fieles con la inclusión de alguna que otra carta enviada desde el frente, su efecto hubo de ser, a tenor de la difícil labor que desempeñaban los combatientes, mínimo (*EA*, 26-07-1913). El nerviosismo, además, aumentó exponencialmente cuando se supo que el teniente Peral había resultado herido en el combate del 27 de julio de 1913 (*EA*, 28-07-1913). Su agonía y fallecimiento fueron seguidos con increíble expectación y dolor en Salamanca (*EA*, 04-08-1913). A modo de ejemplo, por boca de “Uno” afloró un emotivo discurso sobre el sinsentido de la pelea: “Peléase sin saber por qué y tanto empuje ponen los naturales del terruño que no llegan a éste las ventajas que violentamente quieren implantar los que como conquistadores aparecen” (“Uno”, *EA*, 05-08-1913). El teniente sería finalmente enterrado en Ceuta, si bien en Salamanca se celebró un simultáneo funeral el 9 de agosto (*EA*, 11-08-1913).

Los ataques en la carretera de Tetuán no cesaron durante este trágico verano de 1913 y otros dos soldados salmantinos, Feliciano Gago y Benito Quintas Pizarro, fallecieron por las mismas fechas. La guarnición de la capital, por su parte, respondió con la celebración de otra misa-homenaje en la Clerecía (*EA*, 20-08-1913). Entonces ya se confirmaba lo que se había convertido en un secreto a voces. Es decir, la sustitución de Alfau por el general Marina. La razón: que los reiterados intentos por llegar a un acuerdo con El Raisuni para restablecer las comunicaciones entre Ceuta y Tetuán habían fracasado.

Mientras que algún redactor presentaba al ex-comisario como víctima de la política belicosa imperante, “Argos” volvía a la carga denunciando los negocios mineros de Romanones en Marruecos y la hipocresía del político liberal al manifestar: “Con la sencillez y la sinceridad en él tan características, que ni siquiera conoce la existencia de semejantes minas y sindicatos” (“Argos”, *EA*, 05-09-1913). Los esfuerzos gubernamentales para acabar con la rebeldía no llegaban a nada y, al finalizar octubre de 1913, el gobierno de Romanones tenía que ser remplazado por otro de signo conservador, encabezado por Eduardo Dato.

Ante la opinión pública, no obstante, resurgía, envuelto entre tinieblas, aquel asunto de por qué no se había ocupado el Fondak. En *El Liberal*, Leopoldo Bejarano se había referido a la existencia de impedimentos alemanes, así que “Argos”, haciéndose eco de estos rumores, se aventuraba a explicar lo ocurrido: no había que dar crédito a las malas lenguas que aseguraban que los hermanos Mannesmann habían laborado como mediadores entre El Raisuni y España, facilitando las ocupaciones de Larache, Alcazarquivir y Tetuán, y ahora obstaculizaban el avance español. Sin embargo, a renglón seguido, Benigno Pallol, con su característico sarcasmo, concluía: “¡Nosotros, sólo nosotros pondremos un término fatal a las demás morunas!”. El mensaje transmitido era, por supuesto, el contrario (“Argos”, *EA*, 06-12-1913).

La colaboración de El Raisuni con los españoles, en realidad, había topado con una limitación: el jerife había entendido que las autoridades españolas se conformarían con el dominio de las ciudades y el litoral, pero la montaña era su territorio. Por esta razón, no había

tolerado que las tropas españolas sustituyeran a sus hombres en el Fondak (Villalobos, 2004, 105).

Más y más turbios se volvían, en cualquier caso, los tratos entre españoles, alemanes y El Raisuni. “Argos” no podía aclarar nada, aunque lo deseara, porque la historia transcurría entre bambalinas. A los corresponsales y, sobre todo, a la opinión volvía a escamoteársele la información. A resultas de todo ello, la presencia española en Marruecos, en estas circunstancias, ya no generaba confusión. Muy al contrario, el veredicto se presentaba clarísimo. El país africano se percibía como una colosal carga, los beneficios de la ocupación se desconocían y la falta de resolución por parte de los sucesivos gobiernos provocaba agotamiento.

La intrusión de los Mannesmann, que, en efecto, a principios de diciembre motivó un escrito de protesta por parte del ministro de Estado español ante su homónimo alemán, cuando a los mencionados empresarios se les ocurrió presentar una propuesta de cesión del Protectorado en alquiler, había acentuado el odio contra la guerra y a nadie se le escapaba que tan sólo primaban algunos intereses comerciales<sup>36</sup>. Aún con todo, la resignación era la idea más reiterada entre las opiniones publicadas: “Si no fuera por el respeto que nos merecen los tratados y por lo vergonzoso de retirar nuestras fuerzas militares y nuestro predominio en las plazas del litoral, ya estaríamos recogidos en nuestros naturales términos” (“Argos”, *EA*, 10-12-1913).

Al iniciarse 1914, coincidiendo con la marcha de otros diez salmantinos a Ceuta, en el Protectorado se continuaba registrando el mismo clima de hostilidad. Los padres de los soldados de cuota empezaban a mostrarse inquietos ante la larga permanencia de sus vástagos en campaña. Y “Argos” se revolvía contra la hipocresía de sus demandas. Ciertamente, el columnista reconocía la penuria de su situación: “Es triste lo que ocurre con los soldados de cuota. Después del sacrificio pecuniario, el sanguíneo, y perder la carrera, y acaso la

---

<sup>36</sup> El documento de la proposición no fue publicitado por la prensa salmantina, pero como un eco tardío llegaron aquí las denuncias del *ABC* por las presencia del consorcio alemán en Madrid, y de ahí los comentarios de “Argos”.

vida...” (“Argos”, *EA*, 06-02-1914). Pero a esta situación contraponía otra más lamentable, la de los viejos labradores abandonados a su suerte ante la marcha de sus hijos.

La denuncia de este drama familiar, aclarámoslo, no fue demasiado corriente en las páginas de la prensa burguesa, pero sí constituyó un rasgo definitorio del pensamiento socialista. Por esta razón, entendemos que Pallol actuó ante la opinión pública salmantina como principal portavoz, el único por ahora, de esa ideología. Además, debe remarcar que el mismo escritor jugueteaba con algunos eufemismos, tratando de evitar, o más bien simulándolo, la palabra maldita: la guerra. Pero, acaso, ¿no estaba así denunciando una grosera y reiterada estrategia de manipulación por parte de los gobiernos y periodistas? Ya no engañaban a nadie, con seguridad, y por ello tenían que perfeccionar sus estrategias propagandísticas. ¿Qué sentido tenían, si no, esos continuos, aunque minúsculos, envíos de soldados hacia el Protectorado? Evidentemente, se trataba de que pasaran tan desapercibidos como fuera posible; que no ocuparan la primera plana de los periódicos, sino algún rinconcito de la siguiente página. Todo ello con el claro propósito de evitar desórdenes sociales internos.

En efecto, no los hubo en Salamanca. Pero, eso sí, el 9 de febrero de 1914 tuvo lugar, en el edificio de su Federación Obrera, un mitin socialista contra la contienda. Un nuevo actor entraba en escena. El discurso más encendido y documentado fue el de Filiberto Villalobos. Y su rasgo más llamativo, la acusación de cobardía dirigida contra los intelectuales (*EA*, 10-02-1914). Lamentablemente, se desconoce qué efecto pudo tener este dardo envenenado sobre Miguel de Unamuno. ¿Acaso no deseó “entrar al trapo” arrojado por su amigo? Por otra parte, también cierto sentimiento de desencanto empezaba a repercutir en el desenvolvimiento de algunas iniciativas caritativas, como las gestionadas por la Junta de Damas de Salamanca, quizás la organización que mejor encarnaba el concepto burgués de patriotismo (*EA*, 13-04-1914).

La desesperación hacía mella en la redacción de *El Adelanto*, ya que la paz no vislumbraba, se temía por el déficit y los compromisos internacionales pesaban como una formidable losa:



Un día y otro llegan por el cable noticias de combates, de tiroteos, de agresiones aisladas que cuestan mucha sangre y no pocas vidas. Y si a cambio de tantas existencias sacrificadas y de tantos millones de pesetas consumidos, se hubieran dado algunos pasos en la obra de pacificación, menos mal; ¡pero se presiente tan lejana la paz! (EA, 03-03-1914).

Un similar sentimiento de fatiga generaban los debates parlamentarios. Rivera, por ejemplo, se sorprendía ante intervención de Romanones porque denotaba una actitud ultra defensiva. El ex presidente aprovechaba para desprestigiar las gestiones del difunto Canalejas y nada de luz arrojaba sobre la tan comentada operación del Fondak (Rivera, EA, 08-05-1914 y 13-05-1914).

Otro redactor que no permaneció indiferente ante los debates sobre el Protectorado en el Congreso fue “Argos”. Su pluma, a diferencia de la de Rivera, se dirigió hacia la denuncia, una vez más, de los tratados internacionales, al tiempo que manifestaba su escasa fe en el cumplimiento de cualquier propósito gubernamental:

Hasta hoy, las opiniones manifestadas en el Congreso con suma elocuencia y profundo saber, son distintas, pero tienden a unificarse [...] No es lógico ni conveniente denunciar los tratados [...] La guerra seguirá [...] Se piensa reducir los contingentes bélicos, nombrar un comisario civil y hacer uso muy parco de las armas... si nos lo permiten los moros (“Argos”, EA, 23-05-1914).

Impotencia absoluta, como de costumbre. Pallol se desquiciaba al conocer el rumbo que adquiriría el debate: la apuesta por un protectorado civil. A lo que el columnista, respondía: “Todo lo civil y todo lo político que se quiera, pero precedido, acompañado y sesgado de la acción militar, pues de otro modo no hay protectorado que valga” (“Argos”, EA, 28-05-1914).

Idéntica desesperación y fatiga, en el caso de *El Salmantino*, habían venido motivadas por su incomprensión y lejanía con respecto

a algunos sectores sociales. Esta publicación adoptaba como premisa la idea de que la opinión pública tenía un corazón volátil, y tarea vana era intentar persuadirla de lo que convenía en Marruecos. La meta del rotativo, por tanto, sólo consistía en distraerla; mientras que el gobierno, creía esta redacción, debía actuar a sus espaldas y con inmediatez. A resultas de estos planteamientos, cuando a mediados de septiembre de 1913, Luque anunció el envío de más soldados al otro continente, esto había respondido el integrista:

Esto reputamos que no se ha debido expresar ni indicar [...] El poder ejecutivo, si fuera preciso, hasta empleando una radical coacción, debe llevar a Marruecos cuantos medios requiera el honor nacional, y si se presumiera que habían de originarse perturbaciones y trastornos en el país, a los primeros que se les debía destruir son a esos elementos nocivos (ES, 12-09-1913).

Lo que se sugería era que la gestión del Protectorado no debía estar sujeta a los vaivenes de la opinión. Para *El Salmantino* tan sólo existía una vía de actuación: el avance a sangre y fuego. El abandono era una deshonra inadmisibles y las fórmulas civilistas, un engaño. Únicamente en este último punto, el tiempo le otorgaría la razón al diario.

Aún así, el periódico no se resignaba ante la falta de ambiente con que se hacía la guerra y el disimulo requerido para movilizar a los batallones. Su remedio consistió en presentar a los soldados como figuras simpáticas y, para ello, en octubre de 1913, recurrió a la publicación de una serie de artículos de *El Pueblo Vasco*, incluidos todos bajo el epígrafe “Los que deben ir a África” y firmados con el pseudónimo de “A. Peral” (“A. Peral”, ES, 02-10-1913, 03-10-1913, 04-10-1913, 8-10-1913, 13-10-1913, 17-10-1913 y 27-10-1913).

*El Salmantino*, más que suavizar su discurso militarista, se contradecía y pecaba de incoherente al apelar a la vieja tesis de la misión civilizadora española. Pero, ¿cómo se lo tomarían sus lectores? Seguramente, con incredulidad.

¿A qué obedecía este viraje de timón? El manifiesto desprecio integrista hacia la fuerza de la opinión pública, contrastaba con este nuevo intento por persuadirla. ¿Es que ningún rotativo era lo suficientemente irresponsable como para desatenderla? Sólo en parte. En realidad, todo este renovado discurso obedecía a un cambio de orden interno: el conservador Eduardo Dato había sucedido en la presidencia al conde de Romanones. *El Salmantino*, por consiguiente, se sentía aliviado y se empeñaba ahora en no presentar el cielo africano tan plagado de oscuros nubarrones como bajo mandato liberal. En su lugar, la redacción se apuraba en demandar una vez más, y ya se ha perdido la cuenta, una rectificación en las alianzas internacionales y una solución para el problema de Tánger (*ES*, 30-10-1913).

La luna de miel entre el nuevo gobierno y el periódico conservador, no obstante, resultaría efímera. Concluyó tan pronto como Dato confesó su sincera simpatía por la penetración amistosa. Y, más concretamente, su deseo de repatriar gran parte del contingente. Aún así, el trato con él sería más condescendiente que el dispensado a los liberales. Una fórmula fija, en conclusión, guiaba el posicionamiento del integrismo: el malestar social ante la cuestión marroquí, gobernando los liberales, era fruto de su ineptitud como mandatarios; pero de esa misma inconformidad pública, bajo presidencia de los conservadores, tenía la culpa la propia opinión pública. La razón: su ignorancia.

En la calle, entretanto, empezaban a circular insistentemente y a calar los rumores sobre la próxima pacificación del Protectorado y todo ello se asociaba con la presencia de los Mannesmann en Madrid. Para *El Salmantino* no se trataba más que de una quimera; un pueril recurso para convertir la presencia española en Marruecos en el derivado de un negocio minero:

Atribuir a negocios mineros la cruzada que desde 1909 con insignificantes intermitencias venimos sosteniendo, es una creencia cretina [...] Si la Sociedad Franco-Española del Rif, constituida por poderosos financieros e influyentes políticos, hubiera determinado al régimen a emprender la campaña africana para el adueñamiento de las minas que, según se dice, se están litigando, ¿no es presumible que los hermanos alemanes

hubieran recabado la protección del gobierno germano para la defensa de sus derechos? (ES, 29-11-1913).

Como de costumbre, la guerra en Marruecos era un conflicto por honor. Pero, entonces, ¿qué papel desempeñaban los empresarios alemanes en Madrid? ¿Por qué su presencia en la capital podía ser determinante para la consecución de una próxima paz o de una permanente guerra? Quedaba un flanco sin cubrir en las páginas de *El Salmantino*: las conversaciones entre España y Alemania con la intermediación de El Raisuni. De hecho, de la lectura aislada del diario integrista, se deducía que este cabecilla rebelde apenas tenía relevancia en el desenvolvimiento del Protectorado. Si ya parecían escasas las informaciones sobre el jerife en *El Adelanto*, aquí eran prácticamente nulas. Pero acaso ¿no sería un deshonor para el Ejército avenirse a negociar con él? Lo que la prensa no reflejaba, obviamente tampoco podía comentarlo la opinión pública salmantina. Así era como el rotativo integrista distraía su atención y ejercía la función *agenda setting* a la que nos referíamos muchas páginas atrás.

Sólo al iniciarse 1914, por fin, este diario conservador exponía su lectura de los hechos: la guerra en los alrededores de Tetuán derivaba de un error estratégico auspiciado, como no podía ser de otro modo, por los políticos liberales: bien por la existencia de obstáculos diplomáticos alemanes, o bien por ignorarse las recomendaciones de Alfau, el gobierno de Romanones había decidido no ocupar el Fondak. Y, con ello, había permitido que las comunicaciones de la región pudiesen verse de continuo interrumpidas:

¿En qué consiste que la influencia francesa perturbó en 1909 nuestros avances en Melilla y Cabo de Agua, y en 1911, la campaña del Kert, incluso fomentando desórdenes en nuestro país? Porque podíamos adelantarnos a sus incursiones en el valle del Muluya; porque no se había firmado todavía el Tratado de 1912, más oneroso que favorable para nosotros.

¿En qué consiste que quien discute con nosotros ahora, es Alemania? Pues porque a ésta interesa muy poco nuestra mayor o menor penetración en Melilla, pero le preocupa el régimen y las influencias que

puedan prevalecer en la zona de Tánger (*ES*, 21-01-1914).

En síntesis, la historia se repetía: primero, Francia había puesto trabas al avance español, incluso, contribuyendo al estallido de la Semana Trágica. Se volvía sobre la idea de la conspiración, aunque fuese una información por completo accesorio en las circunstancias presentes. Y se continuaba argumentando que ahora era Alemania la que obstaculizaba el avance.

Pero la potencia más interesada en la internacionalización de Tánger fue siempre Gran Bretaña. De todos modos, Alemania tenía motivos fundados para actuar así, creía el periódico, porque la guerra en esta región nos era ajena (de nuevo un trato complaciente inimaginable para con Francia). Así concluía el editorial previo:

El defender lo nuestro, pacificar y someter sus alrededores hasta donde la provisión racional aconseja, es nuestra misión propia; pero alejarnos de las costas [...] y complicar el asunto con las opuestas ambiciones de Francia, Alemania e Inglaterra, es navegar entre torbellinos, con riesgos de naufragio.

¿No sorprende esta llamada a la prudencia después de tantos discursos belicistas? La desesperación se hacía más y más palpable. Pero lo que inquietaba sobremanera al periódico a estas alturas, en febrero de 1914, era el hecho de que la cronicidad de la campaña marroquí provocaba un creciente desinterés por el estudio del problema a fondo. De nuevo, se explicaba que por culpa de la disparidad de opiniones, el gobierno de Dato estaba confuso:

Con tales y variados pareceres, unos inspirados por móviles políticos, otros en el odio al Ejército, y las más de las veces en una sensiblería impropia de una raza fuerte, o en la ignorancia más supina del problema africano, se ha formado el Poder público una confusión tan lamentable, que se le ve irresoluto, sin saber qué camino optar, si por la paz o la guerra (*ES*, 07-02-1914).

En efecto, las protestas socialistas se repetían en Salamanca, al hilo de la campaña nacional para la recogida de un millón de firmas contra la guerra (*ES*, 10-02-1914). La historiadora francesa Bachoud ha sido quien más detenidamente ha analizado semejante iniciativa, concluyendo que las provincias con mayor número de adhesiones contra la conflagración fueron, precisamente, aquéllas con una fuerte implantación de la UGT (Bachoud, 1988, 210-212). Pero además, la misma autora confesaba su sorpresa ante el éxito de la empresa en tres provincias: Badajoz, Málaga y Salamanca. Si bien es verdad que ninguna de ellas alcanzó cifras comparables a las madrileñas, donde el 9% de la población provincial firmó en contra del conflicto, en Salamanca, por concretar, se recolectaron 13.176 firmas (es decir, casi el 4% de la población provincial).

Bachoud adoptaba en su análisis, como premisa, que el Partido Socialista supo emplear el rechazo de la masa campesina hacia la campaña de Marruecos como un muy efectivo banderín de enganche en las zonas latifundistas frente al anarquismo y al republicanismo. Pero la excepcionalidad del caso salmantino, además del ofrecido por Badajoz y Málaga, radicaba en que la implantación de esta ideología en las instituciones no fue, aseguraba la investigadora, realmente consistente hasta 1923.

Por nuestra parte, en primer lugar, debemos subrayar que la presencia socialista en los órganos de gobierno salmantino fue, hasta el golpe de Primo de Rivera, débil –y más en el ámbito provincial– pero constante. Porque, no se olvide, el turno y el pucherazo, aunque con notables diferencias según los distritos, seguían funcionando. Además, el año 1923 no supuso un hito en su historia: incluso en la capital quienes ostentaban el poder eran los hombres procedentes de Acción Ciudadana (Anaya y Mirat).

Éstos hicieron gala de una actitud muy dialogante para con el mundo obrero, además de enfrentarse en reiteradas ocasiones con Martín Veloz, pero, en ningún caso, militaron en el socialismo. Por consiguiente, hemos de apuntar que la campaña de firmas tuvo tan inesperado éxito en Salamanca y su provincia porque la opinión pública local empezaba a contemplar con desprecio, por hastío, el conflicto; se estaba abriendo una brecha entre la opinión publicada y

la pública. Además, entendemos que concienciación política no implicaba, forzosamente, militancia partidista.

Efectuado este paréntesis, conviene señalar que a *El Salmantino* nada le complacía el hecho de que el 29 de abril de 1914, de nuevo, se celebrase otro mitin socialista contra la guerra de África en Salamanca. Sobre su desarrollo, “Abel Peregrín” comentaba:

Como profusamente estaba anunciado por pasquines [...] tuvo lugar anoche [...] el mitin contra la guerra [...] dicho sea en honor a la verdad, fue un mitin en el cual la mayor parte de los improvisados oradores hacían un mitin contra las ideas religiosas [...] tratando duramente a los soldados de cuota (“Abel Peregrín”, *ES*, 30-04-1914).

La redacción integrista, en suma, deseaba una solución urgente para el problema africano. Y, en concreto, exigía una victoria militar bien capitalizada por los políticos. Pero al ser testigo de los debates parlamentarios, dudaba de que esto fuese posible. Si bien *El Salmantino* no les dedicó una atención comparable a la prestada por *El Adelanto*, de algunas de sus informaciones se extraía una profunda insatisfacción con las declaraciones de Romanones, incapaz de explicar el por qué de la violencia en los aldeaños de Tetuán, y también una manifiesta y creciente inconformidad hacia el proceder conservador (*ES*, 04-06-1914). La vigente política africana, la de la penetración pacífica, desquiciaba al rotativo local: primero, por costosa; y segundo, por inútil. En palabras de uno de sus redactores era “un contrasentido absurdo y sólo concebible en este desdichado país” (*ES*, 22-07-1914).

El argumento económico, en todo caso, estaba presente en su interpretación de la realidad marroquí, pero su remedio era el diametralmente opuesto al defendido, desde *El Adelanto*, por “Argos”. Mientras éste propugnaba el abandono, convirtiéndose así, como ya se ha señalado, en el abanderado del pensamiento socialista en la prensa salmantina, el integrismo se decantaba por una guerra rápida y sin cuartel.

Todavía a mediados de julio de 1914 –apenas un mes antes del estallido de la Guerra Mundial, punto en el que interrumpimos el relato– las comunicaciones entre Tánger, Tetuán y Larache se veían constantemente entorpecidas. Nada había cambiado. Durante los cinco primeros meses del año, España había invertido en Marruecos cincuenta millones de pesetas. La cifra se revelaba más alarmante si se piensa que durante todo 1913, con una guerra más en firme, se habían consumido 20 millones.

También de signo conservador, el semanario maurista *La Libertad* destacó por su tono extraordinariamente combativo. Empeñado en reivindicar la figura del ex-líder mallorquín, no dudaba en publicar varios editoriales de Gabriel Maura Gamazo en los que se desprestigiaba la labor de Romanones por su exceso de confianza en la acción militar, en lugar de apostar por una política de reformas (Maura y Gamazo, *LL*, 19-06-1913, 03-07-1913 y 10-07-1913).

Los habituales miembros de la redacción sostuvieron una postura similar a ésta. También creían en la acción civil, al menos en teoría, aunque coyunturalmente presentaron como inexcusable una previa y muy contundente acción bélica. En este sentido, hacia mediados de junio de 1913, *La Libertad* acusaba al gobierno de escatimar en el envío de refuerzos al territorio africano por miedo a que se desencadenasen problemas internos. Pero, sobre todo, rechazaba, como *El Salmantino*, el pretexto económico tras el que se escudaba éste para no acometer una guerra rápida y rotunda. En realidad, aseguraban, el patrimonio se derrochaba muy interesadamente: “Se despilfarra [...] Se dedican importantes sumas a rellenar los estómagos hambrientos de la prensa bullanguera [...] Y el Ejército presencia su lánguida vida; y sufre los rigores de ajenos yerros; y se expone a funestos contratiempos” (*LL*, 19-06-1913).

En segundo lugar, la redacción también cargaba las tintas contra la opinión pública pacifista, con un comentario del todo injusto y desvergonzado: “Las protestas tendrían que haber salido a la luz pública cuando se firmaron los tratados, pero no ahora” (*LL*, 10-07-1913). De continuo, este periódico insistió en la idea de que los obreros estaban fanatizados y, como también haría –y ya había hecho– *El Salmantino*, de ello se responsabilizaría a cierta prensa (“X.”, *LL*, 06-03-1913; 15-05-1913).



La alianza con Francia en Marruecos, por otra parte, fue contemplada como una conducta “suicida” (LL, 21-05-1913). Sin duda, éste constituyó el rasgo más curioso de la publicación: porque los pactos con Francia habían sido ideados por Maura; pero la relación con la república vecina en Marruecos resultaba en 1913, a ojos de cualquiera, muy tormentosa.

Junto con la acérrima reivindicación de la obra de Maura, *La Libertad* también se caracterizó por servir como amplificadora de las opiniones vertidas en otros órganos nacionales. Baste un ejemplo: de *La Opinión* se tomó prestado un excelente editorial a propósito del Desastre de 1898 con el objeto de presionar a la opinión pública salmantina para no abandonar, en el presente, la misión africana: “No miremos lo que materialmente no ganamos, sino lo que ganamos espiritualmente, lo que ganamos militarmente, lo que ganamos internacionalmente, y miremos también, y sobre todo, lo mucho, lo casi imperdonable que sin el sacrificio hubiéramos perdido” (LL, 17-07-1913).

Su mayor esfuerzo de persuasión a favor de la intervención en África, no obstante, consistió en la reproducción en abril de 1914, y a lo largo de varios días, de una conferencia muy polémica impartida por Gabriel Maura Gamazo sobre la cuestión marroquí. El discurso original había sido pronunciado algunos meses atrás, en Santander, y había sido muy contestado por militares como Burguete (LL, 06-04-1914, 14-04-1914 y 25-04-1914). Poco después y efectuando de nuevo un gran despliegue, también se incluyeron en esta publicación las palabras pronunciadas por Antonio Maura en el Congreso a propósito de la guerra de 1909, en mayo de 1914 (LL, 22-05-1914).

Para *La Libertad*, en conjunto, mientras que la campaña de 1909 merecía un juicio positivo, ni de la guerra del Kert ni las operaciones ahora sostenidas en Tetuán merecían alabanzas. Sobre todo porque Antonio Maura, suscribía esta redacción, no había engañado nunca a la opinión. Aún así, de ningún modo, ello les impediría colaborar con los actos de homenaje y despedida para los soldados del Albuera (LL, 17-07-1913). La solidaridad hacia unos compatriotas servía como motor para este tipo de gestos; no eran el fruto, insistimos, de una exitosa propaganda belicista.

Coincidiendo con la marcha de los jóvenes salmantinos, este semanario comentaba: “La degeneración de la raza latina no ha contaminado, aún, a la inmensa mayoría de nuestro pueblo; y el nombre mágico de España [...] levanta en los pechos españoles tempestades de entusiasmo y obra el milagro de romper el hielo de los hombres indolentes” (*LL*, 17-07-1913). El tono empleado en este breve fragmento, con esas alusiones a la raza, era muy similar al de los editoriales de *El Salmantino*; pero su fondo, no. Mientras que el integrismo se esforzó en potenciar y elogiar el carácter interclasista de las despedidas, disimulando cualquier síntoma de malestar que pudiera desmoralizar a los combatientes, en el órgano maurista, percibiéndose también ese amplio respaldo ciudadano, primaba la resignación ante una decisión de Romanones, un hombre “indolente” y con un temperamento “de hielo”. Las consecuencias no tardarían en verse: el sentido fallecimiento de Peral (*LL*, 07-08-1913).

Los juicios contrarios al modo en que se desarrollaba la campaña militar, permitiendo el enquistamiento del problema, no pasaron, sin embargo, de las lamentaciones por escrito. Ni siquiera lograron demasiado eco entre los militantes mauristas de la ciudad. La prueba se halla en que aunque el 19 de julio de 1914 estaba preparada una manifestación conservadora a escala nacional para protestar contra el rumbo de los acontecimientos, el Comité Maurista Salmantino, presidido por Torcuato Fernández Cuesta, hubo de reconocer el día antes que no la iba a secundar:

Nosotros, lamentándolo profundamente, nos vemos imposibilitados de organizar mitin para ese día; pues en Salamanca queremos empezar nuestra labor de tribuna con un acto de verdadera resonancia, trayendo, para honrarnos con su presencia y deleitarnos con su verbo, a los más esforzados y elocuentes paladines de la causa maurista (*LL*, 18-07-1914).

Pero, ¿de verdad se necesitaba a Maura o a su hijo para celebrar un acto de esta índole? A nadie se le escapaba que se trataba de una burda excusa ante la ausencia de capacidad de movilización de este sector político. El socialismo, en cambio, sí había empezado a cobrar fuerza movilizadora contra la guerra.

## **5.5. SALAMANCA Y LA CUESTIÓN MARROQUÍ DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL**

En el ámbito internacional, el periodo transcurrido desde 1911 hasta 1914 se definió por la escalada de la tensión diplomática y, también, por una despiadada carrera de armamentos entre países (Ponce Marrero, 2007, 93-115).

Cuando finalmente estalló el conflicto, Dato se apresuró a declarar la neutralidad estricta del Estado español en la conflagración mundial. Esta disposición resultaba del todo comprensible porque la participación española en la política de bloques previa había sido muy marginal. Por descontado, la neutralidad también constituía una manifestación de impotencia. Sobre todo, debido a que de los 140.000 hombres que integraban entonces el Ejército de tierra, 76.000 se encontraban en Marruecos. En tercer lugar, la neutralidad parecía asimismo previsible ante la ausencia de objetivos territoriales que satisfacer. El gobierno de Canalejas había experimentado un desaire en este sentido, en enero de 1914, cuando la Entente le presentó un proyecto de acuerdo sobre Tánger que nada le satisfacía; y el propio monarca había sufrido otro, en octubre de 1913, con relación a la cuestión de Portugal. En cuarto y último lugar, la neutralidad también se entendió como una consecuencia de la división de la opinión pública española en dos partes muy desiguales: una minoría intervencionista y una gran mayoría para la que primaba la reconstrucción interior.

A largo plazo, en cambio, España ofreció a la Entente suministros alimenticios y militares. Además, los españoles trabajaron en fábricas francesas, permitiendo así liberar manos para el frente de batalla. En estas circunstancias, Alemania, muy consciente de que España debía mostrarse amistosa ante Francia y Gran Bretaña por razones de índole geoestratégica, cifró sus esperanzas en la abstención estricta del Estado español. Y para garantizarla, procedió a la práctica de la guerra submarina contra los buques españoles que comerciasen con la Entente: lucha más benévola, al menos durante los primeros años, bajo mandato de Romanones. Su voluntad de intervención junto a los aliados era de todos conocida, así que los imperiales evitaban concederle un pretexto para ello; y más eficiente con Dato, García

Prieto y Maura. Sin embargo, paralelamente, Berlín también recurrió al cebo de las ofertas territoriales (Gibraltar, Tánger y Portugal) con el propósito de liberar a Madrid del tutelaje franco-inglés. Más que ningún otro agente político, Alfonso XIII espoleó estas ofertas alemanas, “se dejó querer”, con la esperanza de poder chantajear a los otros signatarios de Cartagena y obtener recompensas similares, pero sin apartarse ni un ápice de la neutralidad.

El interés de la prensa de signo más liberal hacia los acontecimientos marroquíes decayó desde el mismo instante en que se inició la gran conflagración. Sobre todo se recortó el número de editoriales. Evidentemente, porque la guerra, en el escenario internacional, y los problemas de subsistencia, en el ámbito interno, se trasladaron al primer plano de la actualidad. Pese a ello, la cuestión marroquí no llegó a desaparecer por completo.

En las inmediaciones de Tánger, las amenazas a los intereses españoles no cesaban y, paralelamente, los telegramas aseguraban, al terminar julio, que el gobierno había prometido el envío de un Ejército de 100.000 hombres a África para aliviar la presión sobre las tropas galas, permitiéndoles, a su vez, combatir con los alemanes (Rivera, *EA*, 30-07-1914). De hecho, los soldados franceses empezaron a abandonar Marruecos, a la par que la excitación se extendió por los zocos.

Mientras que otros trece hombres del Albuera eran destinados a Ceuta como refuerzo (*EA*, 26-09-1914), el infatigable Pascual Meneu volvía a efectuar un balance de la que había de ser, ante las nuevas circunstancias europeas, la acción de España. González Hontoria, político liberal y conocido simpatizante de los aliados, había publicado un editorial en el *ABC* en el que interrogaba a Eduardo Dato sobre el por qué de la presencia de un gran contingente en Marruecos. El catedrático se le adelantaba en la respuesta: hasta el momento habían ocupado Monte Arruit y esta posición sería la clave para un avance posterior. Aunque se habría de esperar por varias razones:

El señor González Hontoria sabe mejor que otro que en verano no se deben hacer operaciones marciales en el Norte de África, pues el calor y la falta de agua aconsejan conservar lo adelantado y prepararse para

septiembre y octubre [...] Sin embargo, ojo avizor para estar alerta y preparados a las eventualidades que van a surgir de un momento a otro (Meneu, *EA*, 06-10-1914).

¿Por qué esta advertencia? Meneu conocía la realidad impuesta por los tratados internacionales pero, como no confiaba en la victoria militar de la Entente –ni en la capacidad operativa de los españoles a solas–, deseaba que el Ejército africanista se mantuviera allí a la espera, sin exhibir demasiado sus cartas.

Además, en la redacción de *El Adelanto*, la conducta sostenida por El Raisuni, más templada, apenas se entendía. La explicación habría de llegar, en esta ocasión, de la pluma de Luis López Ballesteros. En una primera contribución periodística, abundó en la razón de la amistad hispano-marroquí. Los franceses acababan de sufrir una contundente derrota en Jenifra y se había temido un levantamiento de todo el Sultanato a favor de la causa alemana. El soborno de los cabecillas locales, y tal era el caso de El Raisuni, se presentó como el camino más propicio para apaciguarlo: “La civilización y el oro de Europa no han logrado matar el sentimiento de independencia y el fanatismo religioso en el corazón del marroquí; pero es indudable que han comenzado a corromper al pueblo y a debilitarlo” (López Ballesteros, *EA*, 10-12-1914).

En febrero de 1915, en una segunda colaboración, López Ballesteros explicaba que también la amistad española con la Entente debería tener un precio. Pero dado que ningún beneficio territorial parecía derivarse de la ayuda a los aliados, se reafirmaba, una vez más, el principio de neutralidad. De todos modos, con este comportamiento, España también asumía riesgos, sobre todo, ante Francia (López Ballesteros, *EA*, 17-02-1915).

En cuanto a *El Castellano*, éste había resurgido en la esfera informativa salmantina en octubre de 1914, bajo la dirección de Claudio Gambotti. Entre sus informaciones más destacadas sobre los asuntos marroquíes, la publicación recogió unas declaraciones del general Marina para *Heraldo de Madrid* en las que Fernández Silvestre era defendido frente a unas imprecisas acusaciones de conducta indisciplinada (*EC*, 22-07-1915). Pero, ¿qué acusaciones?

Eso no lo aclaraba este periódico. Y tampoco lo había hecho *El Adelanto*.

El asesinato de Alí Alkalay, un emisario marroquí con salvoconducto del propio Marina, no llegó a trascender a la opinión pública salmantina. Pero es que durante el proceso de acercamiento con El Raisuni, ese turbio incidente movería a la destitución tanto de Marina como de Silvestre (sospechoso del boicot). Este último, designado ayudante del rey, sería alejado temporalmente del Protectorado<sup>37</sup>. Con Jordana en la Alta Comisaría y gracias a las hábiles gestiones del cónsul Zugasti, gran amigo del cabecilla rebelde, en septiembre de 1915 se alcanzó una ansiada tregua con el jerife. Éste recibiría armas y dinero a cambio de su cooperación en el sometimiento de las cábilas y ocupación de posiciones en Yebala. Se emprendía, así, un camino absurdo y contraproducente, pero definitorio de las relaciones entre España y El Raisuni: la alternancia de excesos de confianza con excesos de hostilidad y rigor. El jerife, evidentemente, sabría beneficiarse de esta incoherencia de los gobiernos españoles para rehacer su poder cuando éste se hallaba debilitado. Mientras, en la zona oriental se produjeron importantes avances en la llanura del Garet, con la toma de enclaves como Tistutin y Batel.

En conjunto, la conducta de España era básicamente defensiva. Ante la posibilidad de enriquecerse territorialmente, “Argos” siempre tuvo una opinión muy clara: “Nos van a dar... desengaños” (“Argos”, *EA*, 06-05-1915). Tánger y Gibraltar se situarían en el epicentro de la estrategia madrileña de seguridad en el Mediterráneo durante la contienda. Pero el margen de maniobra española fue exiguo. Como consuelo, si en 1914 los gastos militares en Marruecos habían rozado los 150 millones de pesetas, en 1915 la cifra se recortaría hasta los 125. Esto constituía una buena noticia. Y mejor aún lo fue, al menos para

---

<sup>37</sup> La admiración que Alfonso XIII profesaba hacia el heroísmo bravucón e irreverente del coronel era bastante conocida. El rey acostumbraba a escribir al oficial, animándole a infligir un duro castigo sobre El Raisuni y prometiéndole el envío de tropas: “Si crees que en algún momento puedo apretar por arriba [...] ya sabes que puedes contar conmigo” (ápuđ Hall, 2005, 178).

Salamanca, el anuncio del retorno del escuadrón del Albuera (*EA*, 15-03-1915). *El Adelanto*, como de costumbre, se apresuró a llamar al pueblo para que exteriorizase sus sentimientos de amor hacia la patria y el Ejército (*EA*, 19-03-1915). En esta ocasión, respondía el Club de Exploradores con el inicio de una suscripción.

El 23 de marzo de 1915, 131 jóvenes llegaban a la ciudad y eran recibidos con honores en la Alamedilla. Allí se congregaron el obispo, autoridades militares, académicas y cientos de paisanos para saludar a los héroes del momento. El diario de Núñez Izquierdo recordaba aquel 12 de julio de 1913 en que habían abandonado la capital y luego describía una atmósfera plagada de lágrimas y emociones: “Anoche regresaron: sanos, tostados, alegres, dando vivas a Salamanca y a la Albuera” (*EA*, 23-03-1915). Nada comentó *El Castellano*.

*El Obrero*, que es primer rotativo socialista del que se dispone y el último de signo progresista al que nos vamos a referir, experimentó entre repugnancia y pavor hacia la guerra mundial (*EO*, 07-02-1915).

La ejecución de Ferrer estaba todavía bastante presente en sus editoriales, sobre todo, en aquellos dirigidos contra *La Libertad*, su enemigo mediático natural, y también contra los sectores más clericales de Salamanca. Del amor a la patria profesado por estos grupos, comentaba un redactor: “Más la aman y más patriotismo demostraron los que protestaron en 1909 de una política tan desatinada como la seguida por aquel gobierno nefasto que nunca maldecirá bastante la historia” (*EO*, 07-02-1915).

Esta publicación prestó notable publicidad, con motivo de la celebración del 1º de Mayo de 1915, a las reivindicaciones estrictamente laborales y de abaratamiento de las subsistencias. Igualmente, exhibió su rechazo hacia la campaña de Marruecos (*EO*, 01-05-1915). Porque a aquel país, recordaba Mariano Ojeda, acudían los hijos de los pobres para proteger los intereses de algunos aristócratas y todo bajo el pretexto de civilizar a los marroquíes, mientras en España los analfabetos se contaban por millones (*EO*, 02-07-1916).

Al iniciarse 1916, cuando el gobierno de Eduardo Dato fue remplazado por otro de Romanones, el problema marroquí cobró de nuevo relevancia en las páginas de este periódico. Siguiendo la estela trazada por *España Nueva*, el órgano socialista local se hacía también eco del carácter intrigante del conde y mostraba su antipatía hacia Villanueva por sus muchos intereses económicos en el territorio africano. Pero, sobre todo, temía que a él le sucediera Maura, preparado para reintegrarse en la vida política: “Vuelve sin que nadie le llame [...] No le importa que las víctimas de Marruecos se levanten para protestar de él. No le importa que las mujeres españolas lloren aún la muerte de sus hijos” (*EO*, 02-01-1916).

Inquebrantable en sus planteamientos, en octubre de 1916, *El Obrero* efectuaba un nuevo y extenso alegato contra el conflicto marroquí. A. Amador aseguraba que la “España pobre” desoía tanto los discursos intervencionistas de unos como las palabras de Maura. Porque esa España era, ante todo, pacifista:

Dirijamos la vista a Marruecos. Pensad que allí hay una guerra; que lo mejor de nuestra juventud muere, que la prosperidad de la nación es imposible mientras continúe aquella sangría [...] Pensad que cuando la prensa monárquica de Madrid ha denunciado a los latrocinios que se cometen en tierras africanas, es que son muchos los abusos que se cometen; sabed que la mayoría de los repatriados regresan a sus lares enfermizos [...] Tened en cuenta que resultará una paradoja hablar contra la guerra y oponerse a la intervención de España en el conflicto europeo, si nada decimos de Marruecos (Amador, *EO*, 01-10-1916).

Estaba ya aquí contenido el principal argumento empleado por el pensamiento socialista contra la conflagración marroquí: el sufrimiento que ésta acarrea para las familias más humildes. El tono tan directo del discurso, así como el recurso a la emotividad también fueron constantes de la estrategia comunicativa del obrerismo salmantino.

Poco antes de su cierre, *El Obrero* publicaba un manifiesto de llamada para la celebración del 1º de Mayo. La alusión al conflicto



marroquí, otra vez, no podía faltar (*EO*, 01-05-1917). Lamentablemente, esta publicación desapareció a principios de agosto de 1917. Se carece, por consiguiente, de su testimonio sobre la huelga general de aquel verano así como de valoraciones sobre el estamento militar.

A punto de finalizar la contienda, Juan Franco reconocía en las páginas de *El Adelanto*, con tono de alarma, que vislumbraba nuevos problemas en Marruecos, debido a la actitud otra vez extraña de El Raisuni; y que todos los políticos del país habían incurrido en responsabilidades allí por su ignorancia. Aunque no precisaba cuáles eran esas dificultades, la guerra africana resurgía en la mente de los lectores:

Nuestros políticos hablan de la política francesa, inglesa, italiana, etc. como enterados, pero de Marruecos no han estudiado nada o casi nada.

Silvela, que pudo afirmar rotundamente nuestra política marroquí; pero tuvo vacilaciones incomprensibles en un hombre de su entendimiento. No lo había estudiado con la mirada puesta en el porvenir.

Maura fracasó en 1909 por acometer una empresa con precipitación imperdonable, sin estar el pueblo preparado [...] Y los demás gobiernos hicieron poco y lo poco que hicieron lo hicieron mal [...] El miedo en la política de Marruecos es el peor acompañante que puede llevar un gobierno[...] El Raisuni, síntesis, compendio de toda la malicia marroquí, parece haber creído que todos los tratados [...] y todos los sacrificios [...] no han tenido otro objeto que el de satisfacer las ambiciones del cacique moro [...] El dilema es el siguiente: El Raisuni con nosotros o contra nosotros.

Y quizás fuese mejor lo segundo (Franco, *EA*, 16-04-1918).

El fallecimiento de Gómez Jordana, víctima de un infarto en su mesa de trabajo, mientras escribía al gobierno reprochándole la funesta política adoptada ante El Raisuni, y su sustitución por Berenguer en la Alta Comisaría marcarían el inicio de una nueva etapa en la historia del Protectorado español: bajo su mandato se iniciaría una auténtica guerra de conquista en la parte occidental del mismo.

Conviene subrayar que la ausencia, en líneas generales, de informaciones muy ideologizadas en la prensa salmantina de signo más progresista contrastó con la abundancia y cohesión de las mismas en los periódicos locales más conservadores. Y si bien aquí se apostaba también decididamente por la preservación de la neutralidad, ya que otra conducta habría sido perseguida desde instancias oficiales, se percibía muy claramente el apego hacia la causa alemana. Además, las aspiraciones históricas de España en Marruecos estuvieron muy presentes durante este periodo porque el momento de la conflagración se contempló, ante todo, como una oportunidad para la reformulación de las alianzas internacionales.

Nada más estallar el conflicto mundial, *El Salmantino*, de modo muy instintivo, se interrogaba sobre las derivaciones del mismo para España. Al lado de la Entente no cabía esperar ninguna recompensa territorial: Gran Bretaña jamás cedería el Peñón ni consentiría la anexión de Portugal; mientras que Francia, a todas luces, pretendía expulsar a los peninsulares de Marruecos. Pero la redacción se resignaba, impotente, ante la realidad. Uno de sus empleados había de confesar lo siguiente: “Como ya es tarde para todas estas consideraciones, entendemos que los actuales momentos deben precipitarse vertiginosamente en sentido pacifista” (*ES*, 29-07-1914).

Aunque el periódico se indignaba al hacerse eco de un rumor que circulaba con insistencia en la prensa francesa: el compromiso del gobierno de Dato para transportar a Argelia un Ejército de 70.000 hombres con el objeto de defender la soberanía gala allí. El político conservador lo había desmentido categóricamente y el órgano conservador confiaba en su palabra. En primer término, porque de procederse así se atentaría contra “el decoro patrio”. Igualmente, porque semejante movilización de tropas era económicamente insostenible. Y, por último, he aquí la sorpresa, porque se intentaban prevenir desórdenes entre la opinión pública –que anteriormente les

había merecido muy escasa consideración— ya que “España [...] hállese cansada de sacrificar existencias y derramar su sangre por la ocupación de un territorio que es infecundo e ingrato a todo beneficio” (ES, 04-08-1914). Pero, ¿cuándo Marruecos había dejado de constituir esa tierra prometida para los empresarios e inversores?

Lógicamente, el diario estaba convencido de que la guerra concluiría con la derrota francesa y apostaba por no colaborar con la república vecina para evitar posteriores represalias germanas. Muy al contrario, esperaba recompensas del otro bando: la anexión de Portugal, de Gibraltar y el ejercicio de un poder sin cortapisas en el Norte de África. En consecuencia, el integrismo aplaudió el hecho de que Dato declarase oficialmente el mantenimiento de la neutralidad. Si bien puso en tela de juicio, inmediatamente, las posibilidades de su realización (ES, 05-08-1914).

De *La Libertad*, el periódico maurista, se debe señalar que, como ocurrió con *El Salmantino*, su primera reacción ante el inicio de la contienda fue la de preocupación por sus posibles “salpicaduras”: prontamente, este periódico también se hizo eco sobre los rumores de colaboración con Francia en la seguridad de Marruecos y Argelia. A ello respondía un redactor de la casa, dirigiéndose a los intervencionistas, de modo bastante visceral: “Dan el vergonzoso espectáculo de llorar las penas de los que han injuriado repetidamente a España, de los que no han perdonado ocasión de molestarla, y en Marruecos y en cuantas partes la Providencia nos ha unido sólo han procurado nuestra ruina” (LL, 17-08-1914).

Para perseverar en la idea de la enemistad natural de las potencias de la Entente, y, de paso, desacreditar a los políticos manifiestamente más intervencionistas, tales como Romanones y Lerroux, fueron habituales en *El Salmantino* los editoriales repletos de alusiones históricas. De hecho, ésta fue precisamente la nota definitoria de la estrategia comunicativa del integrismo durante la Primera Guerra Mundial: el recordatorio sistemático de las heridas inferidas por Francia y, sobre todo, por ser algo más novedoso, Gran Bretaña.

Así, al terminar agosto de 1914, a la par que la voracidad francesa en el Protectorado parecía fuera de toda duda, a Gran Bretaña

se le achacaba el haber entorpecido la obtención de mayores réditos políticos tras la guerra de Tetuán e, incluso, se subrayó que, seguramente, el fracaso en el Barranco del Lobo podría haberse evitado de no ser por su actitud tan coercitiva (*ES*, 26-08-1914).

Indignado por la división ideológica de los españoles, que no entendía (“Abel Peregrín”, *ES*, 21-09-1914), el periódico salmantino apostaba, coyunturalmente, por la repatriación de tropas hasta las plazas africanas de soberanía. Como los Acuerdos de Algeciras se habían vulnerado con el estallido de la guerra mundial, no existía la obligación de salvaguardar la seguridad de las comunicaciones entre Ceuta y Tetuán ni era el momento idóneo para proseguir con la labor colonizadora —en la que, por otra parte, nunca habían depositado demasiada fe—. De repente, cabía deducir, en Marruecos ya no había una guerra por honor (*ES*, 18-11-1914).

Por su parte, de la revista *África* se tomaba un editorial en que Gustavo Peyra Anglada, efectuaba, a modo de cuestionario, un repaso de la historia de la monarquía hispánica desde los tiempos de los Reyes Católicos para concluir que nada cabía esperar de la Entente:

A. ¿Qué ideales de expansión y engrandecimiento en Europa y África tuvo España bajo los Reyes Católicos y la inmortal regencia de Cisneros?

B. ¿Quiénes fueron los rivales de España en el largo periodo que abarca desde el comienzo del reinado de Carlos I hasta Carlos II?

C. ¿Qué beneficios obtuvo España de la Guerra de Sucesión?

[...]

H. ¿Quiénes se opusieron en 1860 al avance de nuestras tropas victoriosas sobre Tánger, haciéndonos malograr el fruto de aquella campaña?

[...]

K. ¿Quiénes han sido recientemente los que con más ahínco se han opuesto a nuestra legítima expansión en Marruecos? (Peyra Anglada, *ES*, 01-12-1914).

A diferencia de *El Salmantino*, sin embargo, Gran Bretaña no representaba para el maurismo, para *La Libertad*, el mayor peligro en la defensa de los intereses nacionales: Había, en cambio, que temer a los enemigos del interior. Sobre todo, al conde de Romanones, inspirador del celeberrimo “Neutralidades que matan”; y a Lerroux:

El hombre que en unión de los demás republicanos y de los socialistas atronó el espacio y fulminó terribles amenazas contra una guerra a la que fuimos, en sus comienzos, empujados por el sagrado deber de defendernos, de repeler la agresión con que se pretendía asfixiarnos en el recinto de nuestras plazas africanas, de salvar algo nuestro, pretende ahora llevarnos, sin motivo ni fundamento alguno, alegando un patriotismo que nunca tuvo, a una guerra en la cual nada se nos ha perdido, y de la que nada podemos esperar (*LL*, 29-08-1914).

La campaña melillense de 1909, a la vista de este fragmento, seguía empleándose como arma arrojada de primer orden entre los distintos partidos. El maurismo juzgaba un sarcasmo intolerable que, en este trance, la Conjunción siguiese proclamándose pacifista y confesaba, acto seguido, y abiertamente su apego hacia el bando germano (lo hacía de modo más explícito que *El Salmantino*): “Con Alemania, en el caso de vencer, podríamos obtener la natural expansión en Portugal, quién sabe si Gibraltar; y acaso parte de Marruecos” (*LL*, 10-10-1914).

La reducción del presupuesto para Marruecos se convirtió en una consigna integrista mientras duró la contienda. Incluso, la redacción llegó a adoptar el lema del socialismo con el propósito de reivindicar esta idea. El acta suscrita en 1906 aparecía, nuevamente, en la raíz de su argumentación y esto era lo que se le recomendaba al gobierno: “No debe prodigar ya ni un hombre ni una peseta, hasta que se resuelva la ecuación del viejo continente” (*ES*, 19-12-1914).

De aquí, que el anuncio del regreso del Albuera a Salamanca provocase enorme entusiasmo. Al igual que *El Adelanto*, la redacción se afanó tanto en la preparación de un acto cariñoso de bienvenida; como en su relato pormenorizado, repleto de notas emotivas y un lenguaje grandilocuente:

*El Salmantino* rinde su tributo de admiración patriótica a los héroes que forman el bizarro escuadrón expedicionario de África, al reintegrarse a su regimiento al regazo de esta ciudad, después de haber librado contra los enemigos de España epopéyicos combates en los inhospitalarios campos marroquíes, regados abundantemente con la sangre de los valientes albuerenses que retornan a este lar, una vez cumplida su misión afirmativa de asentar sobre base incommovible la soberanía española, en vano repudiada por la traidora morisma (*ES*, 23-03-1915).

El domino español de Gibraltar constituyó irrefutablemente el asunto que originó los editoriales más apasionados en este rotativo. “Tofail”, para empezar, negaba que España pudiera obtener beneficios de la colaboración con los aliados, pero simultáneamente, temía que la derrota de los ingleses le acarrease importantes pérdidas en el Mediterráneo:

Las dificultades han de venir por parte de los que, teniendo intereses en el Mediterráneo, crean posible aumentarlos a costa de España, cuya debilidad, como potencia militar, tanto se han ponderado; donde tanto eco halló la oposición a toda acción guerrera, oposición que, hecha con miras políticas exclusivamente, ha arraigado en la opinión (“Tofail”, *ES*, 22-02-1915).

Pero no bastaba con el Peñón para controlar el tráfico naval a través del Estrecho. Por eso, cuando arreciaban las voces sobre la cesión “bastarda” de Tánger a España, *El Salmantino* respondía con incredulidad (*ES*, 06-04-1915). ¿A cambio de qué? ¿Si España abdicaba de sus pretensiones sobre Gibraltar, se adueñaría de Tánger? Lo cierto es que su internacionalización había sido una de las

decisiones más trascendentales acordada en Algeciras y, por tanto, no podía ser empleada como moneda de cambio.

“Abel Peregrín” aseguraba que Gran Bretaña, por este tipo de falsos ofrecimientos, se dibujaba como la gran amenaza para la independencia y soberanía española (“Abel Peregrín”, *ES*, 07-04-1915). A los intervencionistas, además, les dirigía este comentario: “Si bien es cierto que en muchas ocasiones hay Neutralidades que Matan, no lo es menos que en muchas otras, hay intervenciones que suicidan” (“Abel Peregrín”, *ES*, 13-04-1915). Resulta evidente que el periódico continuaba sin comprender la lógica de la existencia de aliadófilos. Todavía bastantes meses después, ya al concluir el año, se insistía en la misma idea de la natural enemistad con los ingleses (Blanco, *ES*, 04-11-1915).

E incluso, a mediados de 1916, el diario llegaba también a polemizar con Unamuno, que se había mostrado muy crítico, en un editorial para *La Nación*, con las reivindicaciones sobre el Peñón (Nogara, *ES*, 14-06-1916). El ya ex-rector había emprendido un viraje ideológico y se mostraba entonces como un convencido aliadófilo. La neutralidad, para él, era una realidad vergonzosa. Pero con el ascenso, otra vez, de Romanones al gobierno el discurso anglófilo de esta publicación se endurecería más:

Nunca estará bastante repetido que España, para llegar al desarrollo de su grandeza, a que tiene derecho, necesita sacudirse el yugo inglés y nuca ocasión tan favorable a ello como la presente, en que un tercero es el encargado de ponerle los cascabeles al gato, sin pedirnos en pago cosa alguna, sino que permanezcamos neutrales (“Tirol”, *ES*, 27-04-1916).

En cuanto a la actitud de El Raisuni, era muy comentada en toda la prensa nacional, pero *El Salmantino* no acertaba a explicar qué ocurría: se hablaba de su traición después de haber obtenido armamento de los españoles. Nada más, sin otro razonamiento (*ES*, 11-10-1916).

A medida que se hacía más clara la victoria aliada, el desprecio hacia la Entente iba en aumento en esta redacción conservadora. Los franceses eran acusados, en una carta remitida desde Tetuán y escrita por un tal “T. B.”, de querer apropiarse de Tánger y de maltratar allí a los colonos españoles (“T. B.”, *ES*, 15-08-1917); y en la prensa inglesa circulaba el rumor de que los españoles preparaban una vasta campaña militar para el año siguiente, con el propósito de facilitar la gestión francesa en su zona, muy perjudicada por la libertad con la que allí operaban los alemanes. Por primera vez, *El Salmantino* se refería a este asunto, si bien, para desmentirlo y pedir al gobierno que desautorizase semejante afirmación (“X.”, *ES*, 15-11-1917). Además, los franceses también fueron responsabilizados de actuar como conspiradores en el verano revolucionario de 1917. Este periódico aseguró que comprendía el malestar obrero ante la carestía de las subsistencias, pero, como en 1909, defendió que había “manos extranjeras” tras la huelga (“Rodríguez de la Peña”, *ES*, 04-07-1917). ¿Por qué? Porque a la república vecina le convenía una España débil de cara a la reconstrucción postbélica.

En abril de 1918, saltaba otra vez a la primera línea de la actualidad la cuestión de Marruecos. *El Salmantino* se ensañaba con *The Times* por haber propagado un rumor según el cual Alemania apoyaría la causa de El Raisuni y la independencia marroquí a cambio de granjearse el privilegio de explotar las minas, mientras España sería despojada de sus derechos mediante una indemnización en metálico (“B.”, *ES*, 17-04-1918). El integrista, lógicamente, rechazaba esta hipótesis y seguía sin transigir, ni un ápice, en sus aspiraciones territoriales (García Martínez, *ES*, 29-05-1918). Pero al final, con la derrota alemana y la firma de la paz, todas sus esperanzas también se derrumbaron (*ES*, 14-10-1918). Como remedio de urgencia, impotente y desmoralizada, la redacción se desquitó con Miguel de Unamuno, tildado de “antipatriota parricida” por participar en un concurrido mitin en Madrid, junto con Pérez Galdós y Mariano de Cavia, ensalzando al bando de los aliados (*ES*, 15-10-1918).

En el caso de *La Libertad*, eran los imperativos geoestratégicos, antes que la orden del gobierno Dato o los compromisos diplomáticos, los que animaban a mantener la neutralidad (*LL*, 05-09-1914). Por otro lado, el rotativo no abandonaba su censura hacia la política gubernamental excesivamente belicosa en Marruecos. Valga como



demostración que la redacción reprodujo un extenso artículo de Ángel Ossorio para *ABC*, en el que se llamaba a los lectores a reflexionar sobre el futuro porque “África y el mar Mediterráneo serán por mucho tiempo bocados para la codicia y para la pasión” (Ossorio, *LL*, 24-10-1914). Y como conclusión:

Nada de sueños imperialistas ni de quimeras de dominación [...] Ya hubiera sido buena ocasión la de esta guerra para rectificar nuestra equivocada política africana, trayendo de Marruecos, como tranquilidad de la península, una parte de los soldados que allí permanecen.

*La Libertad* y *El Salmantino* preconizaban, por consiguiente, una misma política en Marruecos, pero desde motivaciones distintas: Para el primero, la prudencia militar era una forma de reivindicación a posteriori de la obra de Antonio Maura. Desde su fundación el periódico había renegado de la preeminencia de los militares en el Protectorado y lo seguía haciendo ahora, si bien amparándose en la pluma de una autoridad; el segundo, *El Salmantino* únicamente esperaba un cambio provechoso en el escenario internacional, mientras que el militarismo había sido uno de sus rasgos identitarios.

Ni tan siquiera el retorno del escuadrón del Albuera sirvió de motivo para el entusiasmo de los mauristas. Al contrario, la pesadumbre era el estado de ánimo dominante entre la redacción:

Lo que hay de triste, en esta nota de la actualidad salmantina, es la silenciosa expectación del pueblo que no siente el pasional ímpetu de vocear la bienvenida exaltada y contenta, sino que observa, observa y al mirar con simpatía el retorno de los soldados, parece que mira con desconfianza y abatimiento [...] Cerca de dos años han vivido los soldados de Albuera en las tierras de la morería [...] Para nosotros lo heroico, dentro de la obra realizada por los de Albuera, no está en la innegable gallardía militar que hayan desplegado al intervenir en los incidentes guerreros; lo más heroico es cumplir, como ellos han

cumplido, con un deber, aunque la conciencia individual de cada uno dudara (LL, 29-03-1915).

El resentimiento resultaba muy notorio. El tradicional elogio al honor militar quedaba completamente soslayado por la crítica hacia la política africana de liberales y datistas o “idóneos”. El relato de la bienvenida en la Alamedilla era muy distinto al de *El Adelanto* y *El Salmantino*. Aquí no había vítores, ovaciones ni entusiasmo desbordante; tan sólo, una atmósfera de expectación. ¿Por qué? Porque no se deseaba elogiar al gobierno. Por consiguiente, incluso estos gestos de apego hacia los soldados se convirtieron en armas de la guerra de plumas, del enfrentamiento propagandístico: unos optaban por el relato exageradamente emotivo y caluroso, mientras otros cargaban las tintas en la incertidumbre experimentada por la opinión pública salmantina. El sectarismo político se anteponía a la descripción de la realidad y justificaba distorsiones por ambas partes.

Simultáneamente el columnista Pedro Grengoire reclamaba la posesión española de Tánger. He aquí, por lo tanto, una nueva similitud con el órgano integrista: “Neutralizado Tánger por imposición de Inglaterra, nada podemos hacer que nos dé un resultado práctico [...] desde allí se abastecen de armas los cabileños rebeldes” (Grengoire, LL, 22-03-1915).

Por desgracia, la redacción de *La Libertad* echó el cierre a mediados de 1916, así que aquí concluyeron los paralelismos entre las dos publicaciones locales de signo conservador.

La guerra mundial exacerbó, en suma, una crisis ya existente en España: ensanchó la brecha entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura, entre obreros y patronos y entre la oligarquía industrial y la terrateniente. La creciente conflictividad no haría sino volcar el equilibrio de poder hacia los militares. Su fuerza ya había quedado demostrada ante Dato, coincidiendo con el desarrollo del conflicto de las Juntas de Defensa (Puell de la Villa, 1986, 81-126). Sin embargo, la monarquía liberal de Alfonso XIII logró sobrevivir al verano revolucionario de 1917. Pero lo que inclinaría definitivamente la balanza hacia el lado castrense y en detrimento de las élites políticas sería la violencia catalana y el Desastre de Annual.

Entretanto, Marruecos había dejado de constituir el centro neurálgico de la información internacional, si bien allí se concentraban casi todas las esperanzas de la política exterior española, al margen de las utópicas reivindicaciones conservadoras sobre Portugal y el Peñón.

La prensa local salmantina, con anterioridad a la Gran Guerra, había dado cuenta extensa tanto de la crisis de Agadir, generadora de una desmesurada tensión diplomática; como del conflicto del Kert, que no llegó a revestir la gravedad de la anterior campaña de Melilla gracias, en buena medida, al genio propagandístico de Canalejas. Con todo, la opinión pública salmantina no se dejó arrastrar por el júbilo cuando, finalmente, se selló con Francia el tan controvertido tratado para el establecimiento del Protectorado, en noviembre de 1912. La satisfacción y afán de persuasión pública que revelaban los artículos de Pascual Meneu chocaban frontalmente con la angustia y temor ante una previsible guerra de desgaste en las contribuciones de Benigno Pallol.

Y en efecto, la contienda marroquí, poco a poco, se fue enquistando y motivó el surgimiento de dos grandes debates entre la opinión pública local y nacional; debates que recorrerían toda la historia de las campañas (no nos gusta eso de la historia de la “pacificación” marroquí). El primero fue el referido a las alianzas internacionales. Se trató de un asunto particularmente sensible para la opinión conservadora, convencida de la victoria alemana en la guerra y partidaria de la neutralidad estricta. Así, las relaciones con la Entente fueron muy cuestionadas desde las páginas de *El Salmantino* –que llegó a atenuar su militarismo con tal de no colaborar con Francia en Marruecos– y también desde el maurista *La Libertad*. Además, la labor de los diplomáticos fue reiteradamente desprestigiada.

El segundo dilema versó sobre la conveniencia de un régimen militar o civil para la zona asignada a España y afloró, sobre todo, a la hora de hacer frente a El Raisuni. Cuando éste atacaba a las tropas españolas, la prensa local salmantina, casi al unísono, respondía solicitando una contraofensiva. Aunque con matices, como siempre, en los discursos: lo que para *El Salmantino* era una cuestión de honor y decoro, para *El Castellano* y parte de *El Adelanto* no pasaba de constituir una coyuntural búsqueda de reparación. Como notas

excepcionales, jamás persiguieron el desquite ni “Argos”, convencido de que España caminaba hacia la debacle, ni el efímero *El Obrero*, que únicamente deseaba el abandono de aquella inhóspita región africana y la repatriación de las tropas. Cuando las relaciones con El Raisuni eran buenas, en cambio, Marruecos dejaba de ser “noticiable”. Pero la tensión diplomática y militar, por supuesto, se mantenía latente; sólo que a la opinión pública se le ocultaba. Ciertamente, también ella era muy propensa a desentenderse de las cuestiones internacionales tan enrevesadas.

Sin duda, la suerte de las tropas mereció un gran número de informaciones periodísticas y los gestos de socorro hacia ellas fueron continuados. Resultaba del todo lógico porque el escuadrón del Albuera hubo de hacer frente a una situación muy peligrosa en las inmediaciones de Ceuta durante casi dos años. Así que sus desventuras perturbaron, en repetidas ocasiones, el ánimo de la opinión pública salmantina.

La indefinición estratégica y la irritación que provocaba la sangría marroquí fueron poco a poco transformando la resignación en sonora y creciente oposición: los jóvenes eludían el servicio militar; los anuncios de agencias de desertión se multiplicaban en los diarios; las protestas socialistas contra el conflicto se hacían más frecuentes... pero desde el integrismo se continuaba apostando por la guerra rápida y feroz y, en compañía del maurismo, se insistía en la idea de que Marruecos constituía la garantía de independencia nacional.

Por su parte, los gobiernos luchaban por enviar refuerzos a África disimuladamente; anhelaban la posesión de Tánger; se desvivían por alcanzar una paz con El Raisuni; y delegaban en la prensa, otra vez, una obligación que les correspondía: la tarea de persuadir a la opinión pública sobre la conveniencia de permanecer en Marruecos.

Entendemos, sin embargo, que la prensa local, en esta ocasión, no supo desempeñar esta función. Difícilmente podía reclamar estoicismo entre sus lectores cuando se desconocían los objetivos de la contienda, el por qué de los avances, de las operaciones fallidas y, en suma, de los vaivenes ante El Raisuni. Por eso, las disensiones ideológicas entre unos periódicos y otros se iban acrecentando,

mientras que los habitantes del Tormes empezaban a salir a la calle para protestar y reivindicar lo inmediato: el fin de la beligerancia. Todo lo que ocurría en el Marruecos español permanecía rodeado de misterio, más incluso que en 1909.



## **6. LA RUTA HACIA EL DESASTRE (1918-1923)**

### **6.1. LOS ANTECEDENTES DEL DESASTRE MARROQUÍ**

El fin del conflicto europeo vino a coincidir con el nombramiento de Dámaso Berenguer como Alto Comisario (19 de enero de 1919) y con la formación de un nuevo gobierno bajo la presidencia del conde de Romanones. El general, cuyo nombre ha pasado a la historia, al igual que el de Silvestre, unido al trágico recuerdo de Annual, era un hombre de aspecto torpe, aunque culto, muy agudo, discreto y realista. No obstante, su indecisión ante las acometidas de su subordinado y las injerencias regias le restarían mucha capacidad de mando (Boyd, 1990, 198).

En el pasado, Berenguer había sido ministro de Guerra, parece que gracias a la influencia que el propio Silvestre ejercía sobre Alfonso XIII, y había firmado, en 1918, un decreto por el que el Alto Comisario dejaba de ser general en jefe del Ejército de África. Lo que se estaba planteando entonces era la necesidad y la voluntad de avanzar hacia el establecimiento de un protectorado de carácter civil, que contase con un mayor respaldo popular y permitiese minimizar los gastos. Pero el paso previo ineludible era la pacificación del territorio, y ello requería, paradójicamente, una considerable inversión de capital. Así, entre 1918 y 1920, el presupuesto militar oficial fue de 317 millones anuales. Pero en este último año también se votó una partida suplementaria de 150 millones, y 112 más en el presupuesto especial de Marruecos. Además, el Ejército se amplió desde 190.000 hombres en 1918 hasta 216.000 en 1920.

Para lograr la ocupación efectiva del Marruecos español, el Alto Comisario pensaba en ocupar el interior de Yebala, en un primer momento, y sólo después de lograr este objetivo, iniciar la ocupación del Rif. Su estrategia consistía en lo que se ha dado en llamar “el método de la mancha de aceite”. Es decir, un avance lento, siempre asegurando la retaguardia, mediante la construcción de pequeños puestos defensivos o blocaos. El sistema requería para su buena marcha la previa “preparación política” del territorio y un despliegue

muy meditado de las tropas. Se trataba de una estrategia espléndida, desde luego, para un país en el que la guerra desquiciaba a buena parte de la opinión pública más atenta, pero creaba la ilusoria imagen de ahorro de fuerzas militares.

En la región occidental, Berenguer tenía la voluntad de acabar con las políticas “blandas” ante El Raisuni, captando para ello la amistad de los jefes cabileños enfrentados con él. Su objetivo principal era la toma de Xauen, que finalmente se produciría el 13 de octubre de 1920. Con su ocupación, el Alto Comisario pudo bloquear las relaciones entre el cabecilla de Yebala y sus aliados de Gomara. A continuación, procedió a estrechar el cerco sobre el mismo, refugiado en Tazarut. Las tropas españolas penetraron en la cábila de Beni Aros a comienzos de julio de 1921, preparadas ya para el asalto definitivo. Pero la noticia del Desastre de Annual, en la región oriental, libró una vez más al rebelde de su captura. La suerte no dejaba de sonreírle.

A ojos del liberalismo local, el inesperado fallecimiento de Gómez Jordana había puesto sobre el tapete de la discusión política su difícil sucesión. Y si bien varios fueron los candidatos barajados, con la designación final de Berenguer, se pensaba acertadamente, Romanones pretendía un cambio en la orientación política del Protectorado (Rivera, *EA*, 10-12-1918). Pero lo que más preocupaba en aquellos días entre los redactores de *El Adelanto* eran las voces que apuntaban a la supresión, sin más, del Protectorado español porque así se había acordado en Versalles. “Máximo Gim” respondía: “Habría que liquidar cierta clase de gratitudes en relación con los agravios” (“Gim”, *EA*, 13-12-1918). Lógicamente, semejante disposición se contemplaba como una traición a manos de la Entente.

Otro asunto que motivaba la incertidumbre entre las filas liberales eran los rumores acerca de una permuta entre Ceuta y Gibraltar, coincidiendo con un viaje de Romanones a París en enero de 1919. *El Adelanto*, muy cauto, no se posicionaba abiertamente en la materia, pero sí temía una excesiva injerencia inglesa en el Marruecos español:

Convendrá que la opinión pública se ilustre  
concienzudamente sobre el tema para resolver en  
definitiva lo acertado en este gran problema



internacional [...] ¿Acaso la posesión de Ceuta por Inglaterra sospeche intervención en la zona norteña marroquí? (EA, 31-01-1919).

A su regreso, en el Parlamento, Romanones se veía forzado a hacer frente a las interpelaciones del republicano Rodés, contrario tradicionalmente a los tratos con El Raisuni. Este político recalca que por no haberse procurado la colaboración con Francia, ahora España se hallaba a expensas de los desgnios de Versalles. El presidente del gobierno, por su parte, se limitaba a asumir toda la responsabilidad de la política adoptada ante el cabecilla de Yebala, con el argumento de que era preferible la atracción a la violencia. Pero, simultáneamente, anunciaba cambios motivados por la variación del escenario internacional.

En efecto, esos cambios se percibieron muy tempranamente: la actividad militar en el Marruecos español se incrementó, sobre todo, en las cercanías de Ceuta y Tetuán. Y la picaresca para evitar el servicio en África reapareció. Muchos jóvenes “cuotas” pagaban la primera obligación, elegían cuerpo y, seguidamente, renunciaban a los privilegios de la cuota, alegando dificultades económicas (EA, 05-04-1919). Ante esta circunstancia, desde el Ministerio de Guerra se respondió con la aprobación de una real orden que estipulaba la celebración de un segundo sorteo para el continente africano con esos infractores.

El anuncio de reformas en la gestión del Protectorado también atrajo la natural atención de *El Salmantino* al concluir 1918. La noticia generaba una considerable alarma porque este sector de la opinión salmantina albergaba mucho miedo hacia las derivaciones de la futura conferencia de paz para España:

Han sido tantos los errores cometidos por nuestros gobiernos en materia de política internacional, que si el buen sentido de los que orientan a la masa gobernada no impone el criterio de que hemos de atender ante todo a nuestras necesidades históricas y geográficas, fácil fuera que España quedara sometida en lo futuro a mayor esclavitud que la que hemos debido soportar hasta hoy [...] Opongámonos, pues, a que se

repita la vergüenza de la Conferencia de Algeciras (*ES*, 12-12-1918).

Fácilmente se perfilaba la meta de *El Salmantino*: asegurar la posesión de Tánger. De hecho, a mediados de enero de 1919 la redacción volvía a la carga, ya más abiertamente, al hacerse eco de que el periodista inglés Walter Harris se estaba dedicando a desprestigiar a España, censurando la mala administración del Protectorado y la protección dispensada a los agentes alemanes durante la Gran Guerra. Un redactor anónimo respondía, por el contrario, a su “furibunda campaña”, señalando que ese puerto había constituido siempre un centro de intrigas inspiradas, especialmente, por los agentes franceses (*ES*, 15-01-1919).

En cuanto al nombramiento de Berenguer como Alto Comisario, la noticia fue recibida con notable frialdad (*ES*, 22-01-1919). Por de pronto, de él se esperaba que fuese capaz de satisfacer las pretensiones de la Liga Africanista, expuestas en un extenso “documento patriótico” que comentaba el periódico: se apelaba, sin sorpresas, a la tesis historicista y a la común historia geológica para defender la presencia española en Marruecos (*ES*, 21-02-1919 y 22-02-1919). En segundo término, la comentada permuta de Ceuta y Gibraltar era desaconsejaba por considerarse que este segundo enclave podía ser fácilmente atacable desde tierra, no representando una gran amenaza para la seguridad peninsular, mientras que las perspectivas comerciales de Ceuta y su puerto eran excelentes. Sin duda, *El Salmantino* secundaba todas estas ideas porque, de lo contrario, no habría reproducido de manera íntegra el texto. No obstante, la reivindicación de Gibraltar, lo sabemos, había sido una petición constante a lo largo de su historia, pero ahora quedaba claro, jamás bajo una fórmula negociada.

A mediados de julio de 1919, El Raisuni contraatacó en los alrededores de Larache y la alarma se extendió entre la opinión. El periodista F. Feliu, desde *El Adelanto*, no podía dejar de lamentar que a la grave situación de la política interior, viniera a sumarse el recrudecimiento de los problemas en Marruecos. Además, no entendía por qué el jerife se revelaba contra España precisamente cuando Francia estaba celebrando su victoria en la contienda europea:

Sólo queda ahora en Marruecos otro enemigo de Francia: El Raisuni. Éste nos hace objeto de una agresión y se le va a atacar [...] ¿Cómo se ha roto este pacto entre España y El Raisuni? [...] En el problema de Marruecos sigue el pueblo español caminando a ciegas [...] España da su dinero y sus hombres sin tener, al parecer, derecho a que se le notifique la verdad sobre nuestra actuación y pensamiento para el porvenir (Feliu, *EA*, 17-07-1919).

En realidad, lo que el articulista sugería era que los agresores habían sido las tropas extranjeras y que, además, ello era lo que se le adeudaba a Francia por la neutralidad en la contienda mundial. Pero casi simultáneamente otro columnista, “Ariel”, salía al quite llamando a la guerra y postergando para más tarde la discusión sobre posibles responsabilidades. La historia de siempre. Intentaba inducir en la opinión pública salmantina una reacción visceral:

Ahora lo que importa saber no es si hacemos bien en mantener nuestro empeño en Marruecos ni si aquellos terrenos valen o no, ni si hemos hecho bien siendo antes amigos de este moro y luego poniéndonos en frente; todo eso, con ser digno de aclararse, no es ahora lo que interesa. Lo importante es que nos demos cuenta de que unos millares de hermanos nuestros han sido atacados por ese caíd, que ha corrido la sangre de nuestros soldados y que el honor de España pide que sea vengado el ultraje (“Ariel”, *EA*, 17-07-1919).

La guerra reaparecía en el horizonte. En este sentido, el nombramiento de Manuel Fernández Silvestre como comandante general de Ceuta fue rápidamente entendido por el mismo “Ariel” como una muy acertada medida para combatir a El Raisuni. Porque presentado como un buen conocedor de la lengua y las costumbres marroquíes, de él se recordaba su destacada participación en la campaña de 1909 y, sobre todo, su paso por Larache (“Ariel”, *EA*, 28-07-1919). Silvestre siempre había apostado por la lucha sin cuartel, pero no había hallado respaldo en los despachos madrileños. Ahora había llegado su momento.

Juan Carranza, en las páginas de *El Salmantino*, ya se había adelantado al vaticinar que a España le costaría mucho hacer valer sus derechos en Marruecos. Francia se lo impediría: “Los franceses nos adoran. Los franceses nos reverencian. Los franceses son grandes amigos nuestros [...] A eso de Marruecos llamamos nosotros un mal negocio [...] y los franceses, nuestros queridos amigos, se disponen a librnarnos de este mal negocio” (Carranza, *ES*, 11-03-1919). Por esta razón, tan pronto como se rumoreó la proximidad de nuevas operaciones contra El Raisuni, en abril de 1919, la redacción había apuntado que éstas constituirían el pago de Romanones hacia la república vecina por la neutralidad sostenida durante la Gran Guerra:

Si ello es realmente así, la cuestión reviste una excepcional gravedad por lo que dejaría entender; es decir: que el famoso viaje del conde de Romanones a París y la política seguida desde entonces por nuestro gobierno no habría tenido otro resultado que nuestra sumisión a los planes de Francia (*ES*, 09-04-1919).

Como en sus inicios, el periódico integrista seguía viendo conspiraciones francesas en cada esquina, incapaz de reconocer el fracaso de la titubeante política colonizadora española. Se mostraba igualmente obsesionado con el sindicalismo revolucionario; vertía, de día en día, comentarios más apocalípticos sobre las consecuencias del Liberalismo (*ES*, 19-04-1919); y justificaba la conveniencia de una dictadura (*ES*, 17-03-1919). Desde finales de junio de 1919, el periódico perdió su carácter diario para transformarse en un semanario. Ya entonces se señaló que ni partidos ni personas “de significación derechista” quisieron hacerse cargo del mismo (*ES*, 30-06-1919). El 11 de septiembre, acosada por los problemas financieros, esta publicación cerró para siempre sus puertas. Desaparecía así el gran bastión del integrismo salmantino.

La opinión pública, es lógico, no sabía a qué atenerse con tan escuetas informaciones. Eso de que “por encanto” el panorama africano se modificase de un día para otro, no resultaba convincente. Así las cosas, hasta la propia redacción de *El Adelanto* empezó a poner en entredicho la figura del moro pensionado. Su desolación parecía aumentar porque la contraofensiva ante El Raisuni no llegaba

y esa demora podía ser aprovechada por el cabecilla rebelde para rearmarse:

No se olvide que es indudable que venceremos, pero que, reorganizadas las fuerzas del guerrero africano, la lucha será más dura, el encuentro más sangriento [...] correrá la sangre española por los peñascales de esa zona árida que, con tan buena intención, nos dejaron para nuestro Protectorado los vecinos y amigos [...] no hay que perder tiempo, pues no sabemos quién está detrás del Raisuni y le da bombas de mano del último modelo europeo, como las que utilizó en recientes combates (EA, 01-09-1919).

La práctica del contrabando se situaba en el punto de mira de la opinión y constituía uno de los principales obstáculos, sino el mayor, para el buen desempeño de la acción española en África. Mientras, el debate sobre la conducta cambiante adoptada por los gobiernos ante El Raisuni se desplazaba a un segundo plano. Únicamente, a principios de octubre, por fin, en las informaciones telegráficas se pudo confirmar que el objetivo inmediato de la nueva campaña consistía en la toma del Fondak (Rivera, EA, 01-10-1919). Y, al mismo tiempo, aprovechando la clausura del Parlamento, el rey emprendía un viaje, por completo improvisado, a Londres y París. De inmediato, se dispararon todas las alarmas entre la redacción liberal:

Hoy no se mueve un rey ni un presidente de República, sin que previamente sepan los pueblos respectivos el objeto y hasta dónde se puede llegar en el movimiento expansivo que realiza. Pero aquí, en España, seguimos ciegos en materia internacional (EA, 07-10-1919).

Nada más se comentó en la prensa salmantina a propósito de esta visita regia. Pero, sin duda, la censura hacia este proceder diplomático iba unida a la creciente conciencia de anormalidad política. Mayor resonancia logró, en cambio, la ocupación del Fondak y las manifestaciones en pro de la urgente necesidad de poseer Tánger, centro del contrabando (EA, 09-10-1919). Aquí había coincidencia de pareceres con *El Salmantino* desde siempre. Tanto un desconocido

Lerroux, ante un periodista francés, como Romanones, en el Parlamento, clamaban en el mismo sentido, procurando una solución amistosa para este contencioso histórico. Por su parte, los socialistas madrileños iniciaban una nueva campaña contra el conflicto marroquí. En Salamanca, por el momento, reinaba la calma entre la opinión pública, entretenida, un año más, con la campaña del aguinaldo del soldado (Guerra, *EA*, 11-11-1919).

El malestar de la colonia española tangerina, en efecto, al ver a sus funcionarios, de día en día más ninguneados por Francia, también iba en aumento. Sin embargo, *El Adelanto* lamentaba que su campaña mediática en defensa de la posesión de la plaza no tuviese más calado entre la opinión pública local: “Y es que el individualismo impenitente del pueblo español sólo mira su pequeña parcela” (*EA*, 19-06-1920).

Más extensión y profundidad entrañaba la siguiente explicación a propósito de la apatía ciudadana en el asunto de Tánger:

A nuestro entender, esta actuación pro Tánger español, que se ha impuesto un puñado de hombres de buena voluntad, de nada sirve sin que de arriba del Poder público, con la decisión de las Cortes, no venga una iniciativa, una sola palabra de aliento o de indicación del camino a seguir (*EA*, 21-06-1920).

La opacidad diplomática, como de costumbre, se hallaba en la raíz de la desorientación ciudadana.

Silvestre, para terminar con el repaso de los asuntos marroquíes merecedores de la atención liberal, fue trasladado a la Comandancia de Melilla en enero de 1920. Desde su mismo aterrizaje en la región, empeñado en tomar Alhucemas por tierra, emprendió una serie de rápidos movimientos. *El Adelanto*, sobre todo, celebró la toma de Tafersit (Rivera, *EA*, 09-08-1920). A finales de ese mismo año, y todavía con el respaldo de Berenguer, su avance por los territorios de Beni Ulichek y Beni Said parecía imparable (*EA*, 29-11-1920; 16-12-1920). El optimismo reinaba en la región oriental.

*La Gaceta Regional*, diario muy joven entonces y de signo conservador, que en buena medida heredaría los lectores de *El Salmantino*, tan sólo llegó a tiempo para comentar la toma de Xauen. En octubre, Barreto, su corresponsal en Madrid, notificó la ocupación de la ciudad santa (Barreto, *LGR*, 14-10-1920). Apenas tres días después, disponiendo de una notable colaboración de Emilio Blanco Izaga, la redacción celebraba la adquisición del nuevo enclave y los beneficios que a su población reportaría la llegada de los españoles: “Es verdad que en un principio han de sentir estos últimos la nostalgia de su quietud y su exclusivismo; pero, en cambio, sabrán y podrán sentir el engrandecimiento de nuestras infiltradas costumbres” (Blanco Izaga, *LGR*, 16-10-1920).

El apego hacia la causa colonial quedaba ya claro con este recurso a una autoridad. Pero los incidentes en las cercanías de la ciudad con los rebeldes de la cábila de Ajmas no se harían esperar.

Al aproximarse la Navidad, el nuevo diario prestaría notable publicidad a los preparativos del aguinaldo del soldado, bastante superior a la de *El Adelanto*. Y así lo justificaría uno de sus redactores: “Conviene mucho que de las cuestiones marroquíes se procure hacer una amplia propaganda y una atención detenida váyase apoderando de todo ciudadano” (*LGR*, 26-11-1920).

## 6.2. LA TORMENTA DE ANNUAL

Desde enero de 1920, Silvestre, amigo del Alto Comisario pero difícilmente dominable por ser más antiguo en el escalafón, se hallaba al frente de la Comandancia de Melilla. Confiando en su tan mentada buena estrella o “baraka”, había emprendido una serie de avances muy rápidos por el Rif central<sup>38</sup>. De tal modo que, a principios de 1921, sus hombres se hallaban a las puertas de las cábilas de Tensaman y Beni Urriaguel, las más belicosas de la región.

---

<sup>38</sup> Algunos autores han enfatizado que en estos rápidos avances desempeñaron un importante papel las penosas cosechas de aquel año en el Rif. Los cabileños no pudieron ofrecer una tenaz resistencia (Penell, 2001, 246).

A pesar de todas las prevenciones del coronel Gabriel Morales, jefe de la Oficina de Asuntos Indígenas de Melilla, y de algunas llamadas de atención por parte de Berenguer, el 1 de junio, sin previa notificación, Silvestre ocupó Abarrán, ya en la cábila de Tensaman. Era ésta una posición de cierto significado religioso para los cabileños, pero el comandante obvió la repercusión que su ataque podía tener. Además, el acercamiento político hacia sus jefes había sido, hasta ese momento, casi nulo. Aunque oficialmente se trataba, cómo no, de una “operación de policía”, el hecho de que se requiriese una columna con casi 1.500 hombres más una batería de montaña indicaba que no esperaban una acogedora bienvenida. Y, efectivamente, la posición tuvo que ser evacuada el mismo día de su ocupación y Sidi Dris sufrió otro serio ataque<sup>39</sup>.

Fueron muy escasas las voces peninsulares que entonces alzaron la voz contra lo que ocurría en Marruecos. Entre ellas, la del escritor Manuel Cordero. En *El Socialista*, éste se lamentó de la indiferencia y resignación de las clases populares. Nostálgicamente recordaba las protestas de 1909, cuando “las noticias de África impulsaron campañas públicas, que se aprovechaban para hacer propaganda de las ideas”. Y remachaba el contraste con el presente: “Ahora como si no hubiera ocurrido nada. Total, unos muertos más y aquí paz y allí gloria” (Cordero, *ESO*, 11-06-1921). Curiosamente, desde el extremo ideológico opuesto, la misma conclusión defendió “Armando Guerra” en *El Debate*: “El problema marroquí no tiene ambiente en el pueblo español” (“Guerra”, *ED*, 07-06-1921).

El 17 de julio de 1921, Igueriben, a tan sólo cinco kilómetros de Annual, quedó cercado. Mientras que Silvestre abandonaba Melilla

---

<sup>39</sup> Berenguer y Silvestre pudieron entrevistarse el 5 de junio y cambiar sus impresiones. Según Regan, en este encuentro, Berenguer ordenó a Silvestre detener el avance por el Rif y el irascible comandante trató de estrangularle, siendo detenido por algunos miembros del Estado Mayor (Regan, 1989, 349). La caída de Abarrán, por otra parte, es una cuestión clave en el debate sobre si Annual fue un golpe por sorpresa o una derrota previsible. Mientras que historiadores como Pabón o Madariaga, apoyándose en testimonios de la época, defienden que tras lo de Abarrán, los nuevos avances tendrían que haber sido más meditados, otros, como La Porte, entienden que la tranquilidad en la Comandancia era absoluta.



apresuradamente para trasladarse al frente, en la península casi nada se publicaba sobre lo que ocurría en Marruecos. Pero los enfrentamientos se agravaban; Igueriben caía el 21 de julio de 1921 y, un día después, le seguía Annual. Marcelino Domingo, en el prólogo a una obra de Gómez Hidalgo, escribiría lo que sigue sobre el significado de esta batalla:

La derrota de Annual no es una derrota militar. Por derrotas pasaron todos los pueblos, y todos de ellas se rehicieron. Annual es la derrota del Estado español. Del Estado español que no ha sabido ser en África médico, ni maestro, ni ingeniero, ni juez, ni autoridad civil ni soldado. Del Estado español que a la hora de edificar, no ha construido nada; que en la hora de luchar ha tirado las armas y ha huido; que en la hora de defender a los que no huyeron, les ha abandonado en el más punible y humillante de los abandonos (Gómez Hidalgo, 1921, 20-21).

La evacuación se convirtió en una horrorosa desbandada. Silvestre pereció, no se sabe bien en qué circunstancias. Los que no cayeron tiroteados en el barranco de Izumar, desfallecidos por la huída o fueron hechos presos, llegaron a Ben Tieb. Desde aquí se desplazaron a Dar Drius, convencidos de que en esta posición podrían resistir. Pero el general Navarro prefirió evacuar esta plaza. De Drius se encaminó la tropa a Batel, seguidamente a Tistutin, y por término, a Monte Arruit. Allí resistieron hasta el 10 de agosto.

En apenas dos semanas, se había perdido todo el territorio conquistado desde 1909. Casi 9.000 muertos, 600 prisioneros... y un país humillado por unas tribus incivilizadas. Por eso el diplomático Alfonso de la Serna comentaba, con tono ácido:

Cuesta trabajo comprender que un Ejército europeo, encuadrado por generales y oficiales formados en prestigiosas academias; lleno, por supuesto, de muchos hombres valerosos y competentes, pudiera caer en la terrible sima de desorganización, inepticia y pánico que fue la desbandada de Annual ante los guerrilleros rifeños. Cuesta igualmente creer que aquellos moros de

quienes con tanto desprecio y odio se hablaba en España; a quienes se consideraba salvajes e ignorantes, aquellos rifeños que no tenían aviones, barcos de guerra, tanques ni una poderosa artillería; aquellos indígenas con una *fusila* y una bolsa de dátiles escondida bajo la chilaba, hubieran hecho frente al Ejército de los generales y los estados mayores y lo hubieran puesto en fuga por los barrancos del Rif (Serna, 2001, 227-228).

Mientras que aquí, en España, “el cáncer marroquí” actuó como irrefrenable catalizador de todos los descontentos hacia el sistema político, Annual trajo consigo, en el territorio del Protectorado, el inicio del apogeo político de Abd-el-Krim y la aparición de un primer referente “nacional” en su historia. Por este motivo, David S. Woolman, en su estudio clásico de este personaje, subrayaría que protagonizó “la única rebelión prolongada, disciplinada y dotada de una organización central en toda la historia del Rif” (Woolman, 1971, 89).

Desde el día 25 de julio, los periódicos, fundándose tanto en datos oficiales como en testimonios directos, intentaron reconstruir lo sucedido. También todas las tertulias de los salmantinos tenían por objeto lo ocurrido en el Norte de Marruecos. La tirantez se impuso en el trato entre la prensa y el Ejército durante estos años. Asimismo, similar tensión dominó las relaciones entre los ejecutivos y la institución armada. Las incoherentes políticas de establecimiento y anulación de la censura previa fueron una demostración de ello: pese al comedimiento periodístico, después de los sucesos del 21 y 22 de julio, todas las publicaciones (incluidos los tabloneros informativos, como los de la Plaza Mayor de Salamanca) fueron sometidas a la aprobación del censor. Para el gobierno del conservador Allendesalazar –el mismo que había sido la mano derecha de Maura en Marruecos durante su Gobierno Largo–, evitar la alarma social se convirtió en una tarea prioritaria.

Pero con el fin de borrar la pésima imagen ofrecida, sobre todo, después de la dramática rendición de Monte Arruit, el propio Maura, de nuevo presidente, decidiría de modo un tanto súbito suprimir buena parte de la censura el 20 de agosto, y ello a pesar de las protestas de La Cierva. La censura previa acabó por restablecerse el 13 de

septiembre, dado que este último consiguió imponerse a la par que se iniciaron las operaciones de reconquista. Pero su triunfo fue breve y un mes después, el 19 de octubre, ante la creciente propagación de rumores de toda índole, se suprimió, una vez más. Es fácil imaginar la confusión, cuando no rechazo, que estas actuaciones generaron.

El desplome casi absoluto de la Comandancia de Melilla provocó en la opinión pública una tremenda angustia y desolación. Por esta razón, el afán de desquite sirvió para impulsar, como nunca antes, gran cantidad de actos de apoyo a las tropas expedicionarias del batallón del de La Victoria<sup>40</sup>. Básicamente, dos fueron las instituciones encargadas de organizar la mayoría de los gestos de ayuda en pro de los combatientes: la Cruz Roja de Salamanca, bajo la presidencia del dinámico Fernando Domínguez Zaballa, y la Comisión Patriótica de apoyo a los soldados del batallón expedicionario de La Victoria.

En los momentos inmediatos a la derrota militar, y para buena parte de la opinión también en los años siguientes, no importó si España debía o no estar en el Norte de África, sino que el único cometido relevante para el país, reiterado hasta la saciedad en algunos rotativos, fue “vengar la sangre derramada de nuestros hermanos españoles”. Tan sólo con el comienzo del debate sobre las responsabilidades, este discurso se fue atemperando en algunos periódicos. Asimismo, se fueron acentuando las distancias ideológicas entre todos ellos, dando paso a la resignación, el escepticismo y la amargura.

### **6.2.1. Los periódicos locales ante el magno Desastre. Reacciones inmediatas ¿Quiénes son los patriotas?**

La conmoción que motivó el Desastre pareció aumentar, en el caso de Salamanca, al conocerse el fallecimiento del general Silvestre. El general había gozado de popularidad aquí por ser amigo íntimo del

---

<sup>40</sup> Deshumanizar al adversario fue el instrumento más efectivo para fomentar el odio: “La guerra, podrá por tanto, realizarse sin compasión, ya que la barbarie de los adversarios justifica todos los procedimientos de un exterminio definido como justo” (Bachoud, 1988, 133).

diputado a Cortes, Martín Veloz, y viejo compañero en la guerra de Cuba (EA, 25-07-1921).

El Regimiento de Caballería Albuera n.º 18 limitó su programa de festejos para el día de Santiago y muy pronto se extendió el murmullo de que las tropas que guarnecían la ciudad habían de trasladarse, una vez más, a Marruecos. Por el momento sólo se tenía orden de que todos los regimientos peninsulares debían organizar sus batallones. Así que siguiendo estas instrucciones, se celebró un sorteo y resultó que el segundo batallón del Regimiento de Infantería de La Victoria n.º 76 había de prepararse para una posible marcha. También se preparó un escuadrón mixto con las fuerzas del Albuera. Por su parte, la alcaldía decidió enviar al presidente Allendesalazar un telegrama de condolencia y admiración hacia los soldados fallecidos (LGR, 25-07-1921)<sup>41</sup>.

Si bien desde comienzos del año 1921, la prensa local venía recogiendo entre sus informaciones del servicio telegráfico frecuentes alusiones a movimientos de tropas en el territorio de la Comandancia de Melilla, la redacción de *El Adelanto* se mostró muy sorprendida y apuntó a la desertión de las fuerzas indígenas como responsable del caos reinante en el momento de la retirada, a la vez que aplaudió la “inmolación heroica” de Silvestre. Apeló al mismo tiempo y por sorprendente que resulte, al hastío que dominaba entre la opinión pública y argumentó que si España no se hacía con el dominio de Tánger, centro de abastecimiento contrabandista, todo el Protectorado debería ser abandonado:

---

<sup>41</sup> Aunque esta decisión no quedó reflejada en el acta de la más inmediata sesión municipal: *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1921-1922, fol. 153-169 (v). Del mismo modo, la Diputación Provincial, en la sesión del 12 de agosto de 1921, decidió enviar un mensaje de adhesión al presidente del Consejo de Ministros y un telegrama de apoyo para el Alto Comisario. En *Actas de la Diputación de Salamanca*. Archivo de la Diputación provincial, vol. 1921, fol. 88 (r). En este día, en la sesión de la Comisión Permanente, se consignaron 2.000 pesetas para la suscripción que acababa de iniciar *El Adelanto* y otras 500 pesetas para los hombres del de La Victoria: *Actas de la Comisión Permanente de la Diputación de Salamanca*. Archivo de la Diputación provincial, vol. 1921, fol. 85-86 (v).

Sería curioso y muy instructivo poder saber el número total de muertos y heridos que le cuesta a España esa llamada obra civilizadora, iniciada en 1909, y que sigue derramando sangre al cabo de doce años [...] Ensoberbecido el enemigo ante la tragedia en la cábila de Beni Urriaguel, la conciencia patria exige, como un ideal nacional, que si no es para que se nos otorgue Tánger lo demás no vale ni una gota más de sangre española (EA, 25-07-1925).

Desafortunadamente, ésta fue la única ocasión a lo largo del verano de 1921 en que se pudo observar al diario de Núñez Izquierdo sosteniendo un pensamiento tan atípico; reivindicando el enclave tangerino con bastante más determinación que la exhibida durante la Gran Guerra; y aludiendo a la opacidad informativa de los políticos. Porque tras la implantación de la censura previa, primó la idea de defender el honor patrio, “aprovechar este clamor unánime que pide venganza” (EA, 29-07-1921).

Un posicionamiento también crítico sobre la aventura española en Marruecos, por establecer paralelismos, fue el de *El Liberal*. En un editorial se aseveraba: “Sigue faltando en Marruecos la buena gestión política que marque un sentido a la acción colonizadora [...] No se trata de valor. Se trata de ahorrar la sangre de numerosos hombres” (ELI, 24-07-1921). Asimismo, *La Libertad* enfatizó la esterilidad de la política africana (LL, 24-07-1921). Idéntico fue el planteamiento de *Heraldo de Madrid* (HM, 25-07-1921). Y, por descontado, el de *El Imparcial*: “España admitirá cuanto se le imponga en pro del interés común; pero no que, al arrimo de ello, venga a concederse al poder ejecutivo patente de inmunidad [...] Estamos ante un fracaso político” (EI, 25-07-1921).

Marruecos se había convertido en una obsesión y la redacción progresista, por ello, deseaba templar los ánimos de la opinión pública salmantina. Otra vez se equiparaba patriotismo y periodismo:

Es mandato internacional y es además un problema de permanencia vital, de instinto de conservación, el que España tiene sobre sí y que el Alto Comisario de hoy ha de despejar definitivamente [...]

El general Berenguer, sereno ante la gravedad del momento, reciba sólo la sensación de que España es una tras él; que ni le espolea para nerviosismos audaces, ni le regatea elementos de acción; que ni le excita, ni le abandona (EA, 03-08-1921).

Fe ciega en el caudillo militar, en Berenguer. He aquí la idea articuladora de la propaganda bélica exhibida por *El Adelanto*. A esto había conducido Annual. Es más, muy pronto el periódico se imbuyó de esa extraña euforia y orgullo ante la rapidez con que las tropas acudían al Protectorado y el cariño con que eran despedidas en las estaciones de tren y muelles. Y se atrevió, incluso, a augurar que en unos meses la paz sería una realidad (EA, 05-08-1921).

La censura previa recibió, no obstante, considerables ataques desde las páginas del diario de Núñez Izquierdo. Lo mismo podría señalarse, por ejemplo, de *El Imparcial* (EI, 25-07-1921). Constituía una falta de seriedad por parte de los políticos que conociéndose lo esencial, el retroceso militar hasta las posiciones de 1909, se ocultase lo accesorio. Reprendía también este rotativo al gobierno el hecho de que no se explicase a los ciudadanos claramente cuál era el papel de España en Marruecos (EA, 06-08-1921). Pero a buenas horas... “Argos” siempre había estado sólo cuando solicitó estas aclaraciones.

En cualquier caso, desde mediados de agosto, la voluntad popular de revancha fue muy alentada por este diario mediante el recurso a los testimonios más despiadados y escabrosos del Desastre, habitualmente insertos en una sección de nueva creación bautizada como “Páginas de la guerra”, y en la más efímera “Escenas de la guerra”. Semejante tarea se vio facilitada porque, coincidiendo con la formación del nuevo gobierno de Antonio Maura y con el levantamiento de la censura previa –salvo en todo lo alusivo al movimiento de tropas–, se corrió la voz sobre lo vivido en Nador, Zeluán y, sobre todo, Monte Arruit. Todo ello sumado, indiscutiblemente, sirvió para espolear ese deseo de desquite.

Por primera vez, se reconocía que los rifeños no serían un enemigo fácil de derrotar. *El Adelanto* se hacía eco de una información de *La Época*, que había difundido que los rebeldes disponían de millares de fusiles, numerosos cañones, ametralladoras y

abundantes municiones. El harca de Abd-el-Krim contaba, además, con jefes expertos y con unos combatientes de moral muy elevada. Su táctica, muy sencilla y eficaz, únicamente había consistido en el ataque por sorpresa a los blocaos, apoyándose en esa lealtad sin condiciones de sus partidarios (EA, 11-08-1921).

Por supuesto, el alarmismo que este tipo de noticias generaba se utilizó de igual modo para combatir las actitudes derrotistas, que empezaban a cobrar fuerza. Lo que se predicaba, entendiéndose bien, era resignación ante la sangre que la patria reclamaba para reponer su honor: “No es la hora de la crítica, ni de la reflexión; es la hora del corazón, que es la voz de la pasión más honda” (EA, 13-08-1921).

*El Adelanto*, en esta coyuntura, minusvaloró el asunto de las responsabilidades. En este punto difería, prosiguiendo con las comparaciones, de *El Imparcial*: “Hace falta que la investigación alcance a todos y a todo” (EI, 06-08-1921). Días antes de la dimisión del gabinete de Allendesalazar, Eza había ordenado al general Picasso la elaboración de un informe que sirviese para la depuración de las mismas y Berenguer había aceptado mantenerse en el puesto de Alto Comisario sólo a condición de que se le concediese inmunidad en las pesquisas. Para el sector liberal de la opinión pública esta cuestión era entonces una preocupación absolutamente secundaria. La obsesión de este diario durante todo el verano de 1921 fue el desquite, la revancha. Por ello, no dudó en aplaudir los continuos gestos de apoyo ciudadano hacia los combatientes, sin interrogarse acerca de las causas de la derrota. Esa generosidad siempre se entendió como una demostración de sano y moderado patriotismo; patriotismo que la redacción de *El Adelanto* defendió y opuso al pesimismo que se apoderó del pueblo en 1909:

El país, dolorido y avergonzado por lo ocurrido en la zona melillense, dejando aparte para más tarde el exigir responsabilidades y atento sólo a vengar el ultraje inferido a nuestra bandera, ha despertado de su modorra [...] y la prensa, y los políticos, y los ricos, y los pobres, el país entero, dando ejemplo de entereza y de serenidad bien templada, se han levantado como un solo hombre y se han ofrecido en holocausto por la patria (“A.”, EA, 01-09-1921).

*La Gaceta*, por su parte, presentó desde muy tempranamente todo lo ocurrido en la zona de Melilla como un incidente desgraciado e inesperado. Ésta fue también la postura adoptada por numerosos periódicos de la Corte, tales como *El Sol* (*ELS*, 24-07-1921), *ABC* (*ABC*, 24-07-1921), *El Debate* (*ED*, 24-07-1921) y *La Época*. Véase, por ejemplo, el planteamiento de este último, quitando hierro a lo vivido: “No hay que sacar las cosas de quicio, ni alarmar a las gentes con derroche de titulares [...] En el conjunto de la admirable labor que está realizando el general Berenguer [...] significa poco un hecho desgraciado” (*LE*, 23-07-1921). Ligeramente más pesimista, *El Sol* subrayaba que la opinión demandaba una actuación rápida, pero se requerían refuerzos (*ELS*, 28-07-1921).

Una de las primeras reacciones del diario local conservador consistió en interrogarse sobre cómo los rifeños habían obtenido tanto armamento. *El Debate*, muy enfurecido, ya había subrayado el enorme error que suponía dejar a la retaguardia armada (*ED*, 23-07-1921). *La Vanguardia* también intentaría averiguar la procedencia del armamento (Sánchez Pastor, *LIV*, 28-07-1921). Y *El Sol*, por seguir con las comparaciones, se había sorprendido al comprobar el dominio cabileño de las tácticas europeas de combate (*ELS*, 25-07, 1921). La sombra de la colaboración francesa cobraba protagonismo en el pensamiento de toda la redacción salmantina:

No cabe duda alguna de que lo ocurrido en la zona de Melilla ha sido desgraciado [...] Pero hay cosas que importa poner en claro, y es la primera cómo pudo organizarse una harca enemiga de la importancia que supone lo sucedido, sin tenerse noticia de ello [...] No es hora, sin embargo, de disquisiciones acerca de eso, sino de acudir en auxilio de algo que está por encima de todas las políticas y de todas las orientaciones: la defensa de nuestra patria [...] La penetración debe hacerse de acuerdo con las tribus o sobreponiéndose a ellas. Pues ése es el magno problema [...] El problema no es puramente guerrero ni de entrega, sino de psicología de las tribus y las gentes (*LGR*, 26-07-1921).

Había fracasado la penetración pacífica, atendiendo a estas palabras, pero también la militar. ¿Y qué convenía? Convenía, se



puede deducir al leer entre líneas, acabar con las indecisiones de los gobiernos. Por el momento, y al igual que en el caso de *El Adelanto*, o incluso de modo más pronunciado, el asunto de la búsqueda de responsables quedaba relegado ante la urgente necesidad de vengar el honor patrio. Como siempre, ésta era la piedra angular del discurso propagandístico conservador.

En cuanto a la censura de prensa, el diario, por medio de Buenaventura Benito, rechazó la labor indiscriminada efectuada por Millán de Priego, entendiendo que éste la ejercía sin demasiado acierto y así únicamente lograba sembrar la intranquilidad:

Se palpa en todas partes algo viril, algo confortante para la idealidad. El descalabro pasado no ha deprimido el ánimo, sino que lo ha encorajinado [...] Pues acontecido todo esto, y con la opinión de la prensa, que es el vehículo y el arma más poderosa de acción sobre las masas populares, la censura policíaca del señor Millán de Priego que se ejerce en las conferencias telefónicas y telegráficas de provincias es capaz de dar al traste con el buen deseo (Benito, *LGR*, 28-07-1921).

De todos modos, *La Gaceta* no fue contraria a la práctica de la censura como tal, pero sí que lamentó el hecho de que desde el gobierno se entorpeciese su esfuerzo por “levantar el espíritu patriótico” (*LGR*, 08-08-1921). Aquí no hubo coincidencia, por ejemplo, con la indignada redacción de *El Sol*: “No ha podido soñar el gobierno con una campaña más firme, más levantada de espíritu, más estimulante que la realizada en esta ocasión por la prensa [...] ¿Y es la censura el premio a ese comportamiento?” (*ELS*, 13-09-1921). Pero sí que cabe señalar el paralelismo con *La Vanguardia* (*LV*, 28-07-1921). Y también con *El Debate*: “La opinión española tiene derecho a ser informada, y también a no ser desviada” (*ED*, 26-07-1921).

El diario local entendía que animar a la ciudadanía era su prioritaria obligación moral. Así lo demostró en varios editoriales publicados en los meses inmediatos y encabezados con el título “El sentir público”. Se procuraba la adhesión de la opinión ciudadana para con la política revanchista que estaba a punto de poner en

funcionamiento Dámaso Berenguer, una vez que lograrse un mínimo grado de instrucción para los soldados que continuamente partían hacia Marruecos.

Un conocido redactor, como era el caso de Buenaventura Benito, presentaba ante sus lectores, por aportar un ejemplo, a unos tertulianos de café y mostraba cómo los salmantinos, al igual que el resto del país, estaban divididos y enfrentados: unos defendían el abandono inmediato; otros, apelando a los tratados internacionales, la guerra; y un tercer grupo, el desquite urgente aunque carente de reflexiones acerca del futuro. Curiosamente, la escena recordaba muchísimo a otra que, años atrás, esbozaba “Juan de Salamanca”. Sin embargo, la situación marroquí había cambiado de manera significativa desde entonces, desde 1909: el Sultanato había perdido su independencia, mientras que España y Francia, aliadas aunque también rivales, habían adquirido un creciente compromiso en la administración de aquel territorio. La opinión pública salmantina, por su parte, seguía muy desorientada ante la cuestión marroquí, pero infinitamente más harta a causa de la prolongación del conflicto. Quedémonos con el defensor de la última tesis, la de la revancha inmediata:

El pueblo no sabe si necesitamos o no Marruecos; no conoce tratados, ni discute nada de eso; ignora si debe ser o no frontera, pero se ha percatado de que hijos suyos han muerto a traición; que los soldados españoles han sufrido bochornos inmerecidos y afrentas de ignominia, y quiere reparación, y pide que eso no quede así, y por eso desea que se venga -así dice el pueblo- que se venga lo sucedido. Por eso acude con ofrecimientos al gobierno, y asiste con emoción a la salida de las tropas; ofrece lo que le piden, porque en su alma ha sentido el latigazo del Desastre [...] El pueblo habrá pensado antes lo que pensara; habrá querido que se abandonase antes; hoy no. Hoy no quiere más que se castigue, y se remedie rápidamente lo hecho. Después... será otra cosa (Benito, *LGR*, 24-08-1921).

La opción abandonista pecaba de simplismo, mientras que la segunda, la que buscaba justificaciones a la guerra en compromisos

con otras potencias, apelaba a razones demasiado abstractas para el pensamiento popular. Por consiguiente, el desquite, el posicionamiento más emotivo y menos analítico, se convertía la vía de acción triunfante.

Para reforzar esa misma idea, no dudó la redacción en dedicar, en repetidas ocasiones, la oportunamente creada sección “España en Marruecos” a presentar al rifeño como un individuo traidor por naturaleza y fanático. Intentaban nuevamente atraer a la opinión pública salmantina hacia las posiciones más belicosas (Fraile, *LGR*, 26-08-1921). Por último, como en *El Adelanto*, en las páginas del periódico conservador también se buscó la exacerbación del sentimiento patriótico mediante el aplauso dirigido hacia los salmantinos solidarios:

La ciudad quieta, pacífica, severa, se agita en estos días, y sus autoridades, sus asociaciones, sus prestigios, el pueblo en masa, imagina y encuentra medios de manifestar que ama a la patria, que admira y adora a los soldados que van a defenderla, que siente sus penalidades (*LGR*, 12-08-1921).

Buenaventura Benito intentaba, por su parte, explicar a qué obedecía esta unánime reacción y concluía así:

El pueblo español desea la revancha en Melilla [...] Resulta curioso este cambio psicológico de las multitudes, que han maldecido cien veces la guerra africana, que presentaban hosca repugnancia a estos problemas, que no comprendían [...] Ha sido indudablemente el resorte sentimental la causa de esta actitud. La traición de gentes que han vivido al amparo y protección de nuestros soldados, que han convivido con los nuestros, partiendo el pan en paz, ha sublevado a las almas sencillas (*LGR*, 27-08-1921).

Debe señalarse, por último, que aunque este diario aplaudió gran parte de la ideología maurista, en lo tocante a la gestión del Protectorado, *La Gaceta* se mostró muy recelosa. Tildados Maura y

sus seguidores como “derrotistas agoreros”, no hacían sino obstaculizar la generosidad hasta entonces mostrada por la ciudadanía (LGR, 05-09-1921). El conservadurismo exigía, así pues, una acción contundente en el Rif. Nuevamente, la similitud más inmediata se encontraba en *La Vanguardia*. Porque este periódico, además de regocijarse en el “ambiente patriótico” de aquellas jornadas (LV, 20-08-1920), aceptaba que “la penetración pacífica queda para después que se haya restablecido el prestigio de nuestras armas” (LV, 11-08-1921).

En cuanto a la reacción de los sectores más populares, para *El Pueblo*, nuevo órgano de la Federación Obrera Salmantina, el derrumbe de la Comandancia de Melilla fue, ante todo, una desgracia previsible. Pero si bien esta publicación negó el factor sorpresa de la debacle militar, lo cierto es que con anterioridad a julio de 1921 no se ha podido localizar entre sus páginas ninguna alusión a lo que ocurría en el Protectorado. El mismo periódico se justificaba afirmando que había procurado reservar su opinión ante todo lo sucedido desde 1909, para así esquivar la previsible actuación del censor. Al igual que *El Adelanto*, el rotativo obrero también mostró toda su hostilidad hacia la censura ministerial. En el ámbito nacional, asimismo, *El Socialista* ya había denunciado el silencio gubernamental antes incluso de su implantación formal: “Esos mismos que se niegan a informar a la prensa se permiten acusarla de alarmista, cuando precisamente alarmada ha sido la opinión por la rápida e inopinada vuelta a Madrid del rey” (ESO, 23-07-1921). Un irónico Rueda Pardo exclamaba: “¡Inclinémonos ante el lápiz rojo!” (Pardo, EP, 07-08-1921). El mismo columnista tildó de incoherencia el hecho de ocultar información a la ciudadanía, cuando su entrega era tan constantemente aplaudida, y reivindicó una depuración inmediata de las responsabilidades de toda índole.

Aunque el discurso de la Federación Obrera no se fundó en un rechazo ético hacia el paternalismo subyacente de toda política imperialista, sino en la constatación de la incapacidad –intelectual y económica– española y en la oposición ante un injusto sistema de reclutamiento militar. Su posicionamiento fue, por lo tanto, idéntico al de *El Socialista*. Años atrás este periódico ya había apostado por el abandono (ESO; 20-03-1919). Dos semanas después del tropiezo en Abarrán, un redactor había subrayado que “son obreros los que,

forzados por las circunstancias, obligados por la ley, van allí a sufrir hambre y penalidades” (*ESO*, 11-06- 1021). Ahora se lamentaba “lo estéril del sacrificio de tantas vidas de jóvenes inmolados y de tantos millones enterrados” (*ESO*, 25-07-1921). En *El Pueblo*, en tanto, a principios de agosto de 1921, “Don Ruperto” escribía lo que sigue:

Estamos conformes en que a esas tribus salvajes se les ponga en contacto y relación directa con los pueblos cultos y civilizados [...] Pero eso no ha sabido hacerlo España [...] No podemos creer que los que nos comprometieron a esa empresa, ignoraban la situación económica de España y la falta interior de reconstitución nacional; por tanto, la responsabilidad moral y material de cuanto nos ocurre en la zona de Marruecos obra suya es; que el pueblo, el verdadero soberano, ignora en absoluto a lo que allí estamos comprometidos (“Don Ruperto”, *EP*, 28-08-1921).

El general Silvestre quedaba exculpado por lo sucedido, pero el obrerismo ya adivinaba que su figura iba a ser instrumentalizada como chivo expiatorio del Desastre. La llegada de Maura y La Cierva al gobierno fue muy mal acogida por este sector de la opinión, ya que a ambos personajes se responsabilizaba del anterior tropiezo de 1909:

Que Maura y Cierva -los hombres de 1909- sean los llamados en estos momentos angustiosos de España para solucionar el problema de Marruecos no tiene nada de importancia. Tras de un fracaso pueden volver a fracasar y así aumentan un mayor número de éstos a su historia ya larga de ellos. Lo que nos extraña no es que ellos acepten -¡por patriotismo siempre!- este sacrificio de gobernar. Lo que sí extraña es que puedan ser llamados a este sacrificio dichos hombres ya luengamente nefastos y que no se tenga en cuenta sus errores anteriores, no para pedirles cuenta de ellos por su carácter de irresponsables, sino para comprometerse a que reincidan (Aguirre, *EP*, 11-09-1921).

La irresponsabilidad, en definitiva, alcanzaba a todos porque todos adolecían de una notable ausencia de cultura política. Y como

síntoma, todos los actos de apoyo a los combatientes, “la epidemia de las suscripciones”, no hacían sino divulgar un concepto equívoco de patriotismo y se alimentaban de un visceral y primario afán de revancha potenciado por la “prensa burguesa” (Pardo, *EP*, 11-09-1921).

### **6.2.2. La Victoria en la guerra. El afecto salmantino hacia sus expedicionarios**

A mediados de agosto se confirmó la noticia más temida. El segundo batallón del de La Victoria debía trasladarse a Ceuta (*EA*, 12-08-1921; *LGR*, 12-08-1921). Así que el cuerpo expedicionario quedó, poco después, constituido por 1.040 individuos de tropa, todos los del primer y segundo año de servicio. Sorprende que casi 700 hombres fueran “cuotas” (desconocemos qué porcentaje representa esta cifra sobre el total de mozos del primer y segundo año que entonces guarnecían la ciudad. Pero no dudamos del valor alleccionador/narcotizador de este dato).

La ansiedad se convirtió en la nota dominante de la capital en tanto que no se confirmó la fecha de la partida. Ésta tendría lugar el 25 de agosto. Salamanca se vio abarrotada de gente que acudía a despedir a sus familiares; y la prensa intentó calmar los ánimos al presentar el territorio de aquella Comandancia como la zona más pacífica del Protectorado, aunque sin renunciar por un instante a estimular el deseo de revancha (*EA*, 25-08-1921).

Con un idéntico propósito, pocos días antes de la marcha, la redacción de *El Adelanto* informaba de que el soldado de cuota Ricardo Pedraza se ocuparía de relatar para los lectores salmantinos cómo se desarrollaba la vida en el frente de los soldados del de La Victoria (“A.”, *EA*, 22-08-1921). Y unos días después, también *La Gaceta* anunciaba que el cabo de cuota Jerónimo García de la Cruz enviaría periódicamente crónicas para el rotativo conservador (*LGR*, 26-08-1921). El batallón del de La Victoria se convirtió así en el principal nexo, y sobre todo, el más emotivo, entre los salmantinos y la Guerra del Rif, de tal modo, que sus avatares en África tuvieron un impacto decisivo en el posicionamiento de la opinión pública local ante este conflicto. Conviene tener presente que, además de en este regimiento, algunos salmantinos también viajaron hasta el

Protectorado, como integrantes de otros que apenas recibieron atención desde la prensa local.

La noche de la despedida fue un momento de confusa mezcla de tristeza, entrega y, ante todo, orgullo. Desde *El Adelanto*, alguien comentaba:

Quien dijera de la impopularidad de la cuestión de Marruecos, quien creyera en la apática frialdad de nuestro pueblo, quien estimara acorchada, adormecida, la sensibilidad cívica de Salamanca, habrá sido arrollado por la torrentera desbordada de corazones, henchidos de sentimiento patriótico, que anoche simbolizó la despedida del batallón expedicionario de La Victoria (*EA*, 26-08-1921).

Y en *La Gaceta* se insertaba este otro comentario:

Jamás en la ciudad serena y reposada, se hubo contemplado tan grande entusiasmo, escenas tan emocionantes, clamores tan patrióticos. El genio de la raza, el alma nacional, todas las virtudes sociales y todos los esplendores de nuestra historia, han revivido unas horas en nuestra ciudad, y se ha sentido grande, heroica, dominadora, invencible (*LGR*, 26-08-1921).

La salida del batallón estaba prevista para pasada la media noche, aunque hubo de retrasarse porque los familiares retenían a sus soldados más de lo esperado. El día 29, por desgracia se supo que el batallón había recibido una nueva orden de dirigirse a la Comandancia de Larache (*EA*, 30-08-1921), concretamente a la posición de Nador (*EA*, 02-09-1921; *LGR*, 02-09-1921; *LC*, 02-09-1921).

Los primeros comunicados y crónicas de Pedraza y de García de la Cruz sobre esta posición estuvieron repletos de detalles costumbristas, quizá por la sorpresa que acarreó el cambio de destino a última hora. Nador era presentada como un enclave tranquilo y la vida que allí llevaban los salmantinos era bastante relajada. Ocupaban casi todo su tiempo en tareas de instrucción y baños en la playa,

mientras que su salud era estupenda (Pedraza, *EA*, 05-09-1921; García de la Cruz, *LGR*, 08-09-1921). Sin embargo, a esta inicial calma le sucederían varias noticias tempestuosas. Habrá ocasión de comprobarlo más adelante.

Además de las informaciones sobre el dramático hundimiento de la zona oriental del Protectorado y del exhaustivo seguimiento de la reacción gubernamental, la prensa salmantina, con la notoria salvedad de *El Pueblo*, dejó detalladísima constancia de todos los gestos, ya fuesen individuales o colectivos, a título particular u oficialmente, de apoyo a los combatientes en tierras africanas. Y es que las manifestaciones populares de solidaridad con los soldados, y más concretamente, con el batallón salmantino, fueron incontables, alcanzando proporciones hasta entonces desconocidas.

En la tempranísima fecha del 29 de julio, la Comisión Provincial de la Cruz Roja comunicó que se disponía a ofrecer a los familiares de los combatientes la posibilidad de recibir informes sobre su paradero y estado de salud. Por eso se convirtieron en habituales en la prensa los espacios dedicados a notificar el destino de centenares de jóvenes. Aunque no faltaron algunas quejas ocasionadas por la lentitud del servicio, comprensible en semejante tesitura. De todas formas, la Cruz Roja se mostró reiteradamente como una institución que se desvivía por satisfacer a las familias salmantinas. Y así lo recogió, sobre todo, la prensa de signo conservador (Calama Sanz, *LGR*, 11-08-1921).

Muy pronto, también dicha entidad ofreció al comandante militar de la zona la posibilidad de solicitar al Ayuntamiento de Salamanca la cesión de un local para la futura instalación de una Posta Sanitaria o un Hospital de Sangre. En efecto, Antonio Calama, secretario local de la organización humanitaria, además de concejal, presentó una moción de cesión del edificio del Molassín. El objetivo consistía en atender allí a los soldados de Salamanca y su provincia heridos en Marruecos porque, hasta el momento, éstos tenían que ser socorridos en la fonda de la estación y en algunas casas adyacentes. El



Ayuntamiento, por su parte, no puso ningún tipo de traba e inmediatamente donó este viejo e inutilizado edificio<sup>42</sup>.

Una segunda iniciativa de trascendencia a favor de los expedicionarios salmantinos fue la adquisición de un aeroplano. Tan pronto como empezaron a difundirse los rumores sobre la inminente marcha del de La Victoria a África, se sugirió la posibilidad de abrir una suscripción popular, de carácter provincial, para costear el instrumento bélico más eficiente de la época. La iniciativa fue comunicada a la Diputación Provincial y el presidente, González Cobos, la aceptó de inmediato<sup>43</sup>; idéntica fue la reacción de Martín Veloz, mientras que el Ayuntamiento decidió votar la cantidad de 5.000 pesetas a su favor<sup>44</sup>. Como ocurrió con los informes de paradero emitidos por la Cruz Roja, también las listas con los nombres de los suscriptores para el aeroplano, y luego para otros muchos utensilios, se convirtieron en notas recurrentes de la prensa local.

No se debe perder de vista que la aviación desempeñó un papel crucial en el desarrollo de las operaciones de reocupación del territorio marroquí. La fotografía aérea permitió localizar el emplazamiento de cañones enemigos, depósitos de armas y concentraciones de combatientes. Y a la potencia destructora de los bombardeos había que sumar el daño psicológico que ocasionaban. Consecuentemente, la donación de aeroplanos, mediante la apertura de suscripciones provinciales, se convirtió en una forma habitual de apoyo a los soldados. Salamanca no fue una excepción y, de hecho, la colecta tuvo una brillante acogida. Pero aunque los periodistas frecuentemente

---

<sup>42</sup> *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1921-1922, fol. 190 (r)- 191 (v).

<sup>43</sup> *Boletín Oficial de la Provincia de Salamanca*, n.º 111, 12 de agosto de 1921. Se inserta una carta de González Cobos en la que acepta de muy buen grado este proyecto.

<sup>44</sup> *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1921-1922, fol. 190 (r)- 191 (v); El Ayuntamiento tardó muchísimo en hacer efectiva esta donación. Hay que esperar hasta la sesión municipal del 31 de mayo de 1922 para que, durante su desarrollo, se lea una carta de la Cruz Roja en la que se notifica la recepción de 4.261 pesetas: *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1922-1923, fol. 148 (r).

alabaron la enorme capacidad aniquiladora de los aviones y de las bombas explosivas, espoleando así el deseo de desquite entre la opinión, fueron mínimas las alusiones a los bombardeos con gases tóxicos<sup>45</sup>.

El 11 de agosto se celebró una primera magna asamblea para materializar este proyecto y así nació, sin una excesiva premeditación, la Comisión Gestora o Patriótica de apoyo al batallón expedicionario de La Victoria (*EA*, 12-08-1921). No es difícil imaginar el entusiasmo que esta iniciativa despertó entre los salmantinos a tenor de la recaudación: una semana después de la apertura de la suscripción, ya se habían reunido casi 60.000 pesetas y se barajaba la posibilidad de regalar un segundo aeroplano (*EA*, 16-08-1921).

Al finalizar agosto, la Comisión Gestora acordó la adquisición de un modelo Havilland Page. La euforia institucional iba en aumento porque, por un lado, la recaudación alcanzaba cifras inimaginables, faltando aún la contribución de 230 pueblos de la provincia y de muchos terratenientes; y por otro lado, se confiaba en que Salamanca fuese la primera provincia española en entregar este espléndido donativo (*EA*, 27-08-1921; *LGR*, 30-08-1921). Además, el remanente podría emplearse en multitud de objetos igualmente útiles para los soldados.

En efecto, muy pocos días antes del inicio de las operaciones de reconquista en la Comandancia de Melilla, se confirmó que Salamanca sería la primera provincia en entregar dos aviones al Ejército de África. Y aunque, finalmente, otra provincia (Zaragoza)

---

<sup>45</sup> Únicamente se han podido hallar dos tímidas referencias al empleo de estas sustancias. El 8 de mayo de 1921, Rivera aludió a que la cábila de Ajmas, en la zona de Larache, había sido “rociada”, aunque sin precisar con qué sustancia. Y el 12 de septiembre de 1921, transcurridos casi dos meses tras la catástrofe militar, *La Gaceta*, en su sección “España en Marruecos” insertó una relación del material de guerra enviado a Melilla. En ella se incluían “gases venenosos para emplear por la infantería, bombas de gases para la aviación y cañones de trinchera para lanzar gases”. Recuérdese que entonces existía un régimen de “libertad vigilada” sobre la prensa. Por ello, no deja de sorprender el hecho de que se filtrasen noticias alusivas al empleo de gases tóxicos, cuya utilización había quedado prohibido en Versalles.

fue más rápida en el momento de contactar con la casa Havilland, la Comisión Patriótica meseteña fue la que antes pudo clausurar la recaudación para los aviones, reuniendo un total algo superior a las 80.000 pesetas. Como todos los trámites se realizaron con la mediación del Ministerio de Guerra, Salamanca esquivó el pago de derechos de exportación desde Inglaterra y de aduanas en España.

Entre las iniciativas particulares desarrolladas durante estos primeros meses del rebrotado conflicto, además de la presentación de voluntarios para cubrir plazas en tres escuadrones del Albuera, organizados como precaución, cabría destacar la velada y suscripción preparadas por un grupo de jóvenes para costear el traslado hasta Salamanca de la esposa y la hija de un fallecido en la posición de Afrau; los abundantes obsequios de la Acción Católica de la Mujer, así como la solemne misa que estas damas organizaron en la Catedral el 13 de agosto, unos días antes de la marcha del de La Victoria; los donativos del Ayuntamiento también destinados a los expedicionarios; o la tómbola colocada en la Plaza Mayor por la Sociedad Deportiva Helmántica, coincidiendo con las ferias de septiembre. Ilustrativo también fue el hecho de que unos niños del colegio San Vicente, aquél en el que había trabajado Meneu, participasen activamente en la colecta para los aeroplanos; o que el obispo de Salamanca, Julián de Diego y García Alcolea, animase a todo el clero provincial a ceder un día de su haber en beneficio de la suscripción<sup>46</sup>. Fueron, en definitiva, muchísimos los gestos de socorro puestos en marcha durante el verano de 1921, mientras que las voces discordantes apenas se dejaron escuchar.

### **6.3. EL CIELO NO ESCAMPA**

El inicio de las operaciones de reconquista, en septiembre de 1921, supuso un cambio en el tono discursivo de gran parte de la prensa nacional y también en la actitud ciudadana ante la política ejecutada en el Protectorado. El Desastre de Annual había provocado

---

<sup>46</sup> *Boletín Oficial del Obispado de Salamanca*, 1 de septiembre de 1921, n.º 9. En el mismo Boletín, se incluía el listado de sacerdotes que participaron en la colecta.

una honda conmoción con inimaginables consecuencias políticas y militares.

El gobierno de Allendesalazar había dimitido cuatro días después de la rendición de Monte Arruit. En el seno del Ejército, la primera consecuencia había sido el recrudecimiento de los métodos violentos de lucha, llegándose al extremo de emplear armamento químico. En segundo lugar, tras la derrota se acentuaron las discrepancias entre las distintas familias de la institución armada, ya muy escindida desde que en 1917 se planteara el conflicto con las Juntas de Defensa.

Finalmente, se debe subrayar que aunque la opinión pública compartió inicialmente con el Ejército el deseo de venganza, la oleada de entusiasmo patriótico tuvo una duración y un alcance social limitados. Con el tiempo, al hacerse público el expediente Picasso, el gobierno no podría ya ocultar que en África imperaba el abuso de poder y la corrupción. Fue así como la población terminaría tomando conciencia de que el fin del régimen de la Restauración estaba próximo.

### **6.3.1. Patriotismos que flaquean. Las variadas actitudes de la prensa**

La prensa liberal, aunque siguió mostrando su orgullo ante la serenidad y los incontables ofrecimientos realizados por los salmantinos, pareció comprender que se hallaba ante el inicio de una nueva etapa en el desarrollo del conflicto y del sentir popular, y no sabía con precisión cómo posicionarse. El pueblo había demostrado al ejecutivo conservador su entereza al no escatimar hombres ni dinero en las semanas inmediatas al Desastre, y, todo ello, pese a la desinformación que envolvía su existencia. No obstante, el pesimismo iba ganando terreno entre la multitud, mientras que la incredulidad y el recelo se convertían en las reacciones imperantes al recibirse noticias sobre éxitos militares más allá del Estrecho.

Por ello, *El Adelanto* intentó reafirmarse en la convicción de que el Ejército español era infinitamente superior a la fuerza rifeña. En esta línea de actuación, por ejemplo, abundaron los aplausos hacia los hombres del Tercio (“A.”, *EA*, 15-10-1921). Desde mediados de octubre, en la sección a la que ya se ha aludido, titulada “Páginas de la

guerra”, comenzaron a aparecer relatos costumbristas sobre los marroquíes. Al igual que en el caso de *La Gaceta Regional*, éstos se presentaban con una fuerte carga de salvajismo y xenofobia. Pero aunque el diario progresista intentaba y deseaba de este modo combatir las actitudes derrotistas y confiar en la autoridad y capacidad de mando de Dámaso Berenguer (idéntica estrategia a la adoptada en 1909: fe ciega en el héroe del momento, el general Marina), las circunstancias no parecían acompañarle.

Al finalizar 1921, “A.” recomendaba a la opinión pública resignación y confianza en los mandatarios. Se necesitaba: “A muy pocos se les ocurre pensar que los que mandan, por lo mismo que están en posesión de secretos que no conviene divulgar, son los llamados a orientar a la opinión y que a ésta no le corresponde más que obedecer” (“A.”, *EA*, 17-12-1921).

Por otro lado, el conservadurismo local presentó el inicio de las operaciones para la reocupación de las posiciones como si se tratase de una nueva guerra de religión o, con más exactitud, una continuación de los seculares enfrentamientos entre cristianos y musulmanes:

¿Es la guerra de hoy continuación de la de ayer?  
Materialmente, sí; los mismos enemigos, la misma perfidia, los mismos móviles por parte de los moros, la misma crueldad y la misma matanza. Pero moral y espiritualmente... no lo sabemos. Y no lo sabemos porque en los actos oficiales y oficiosos no hay jamás claros indicios que nos demuestren la continuidad de esta lucha con las luchas que forman los cantos inmortales de la epopeya nacional (Marcos Escribano, *LGR*, 14-09-1923).

Ya se ha indicado que desde el mismo momento en que se conoció la derrota a manos del harca de Abd-el-Krim, este diario había encorajinado a la opinión pública contra los rifeños censurando su radicalismo. Y meses más tarde también *El Adelanto* recurrió a esta estrategia.

Sin embargo, presentar la Guerra del Rif como una lucha religiosa no fue la tónica habitual del pensamiento conservador. De ahí, lo chocante que resultaba esta conducta. Por norma, los partidos dinásticos habían justificado la permanencia en el continente africano apelando a la tesis de la garantía de la independencia nacional y a los múltiples compromisos internacionales. Asimismo, también, persistentemente, en sus páginas de este rotativo se había argumentado la conveniencia de atraer a los vecinos del sur hacia la civilización. Su fanatismo era esgrimido como un componente más de su carácter indómito. Pero identificar la contienda rifeña con una clásica guerra de “moros y cristianos” suponía poco menos que equiparar al soldado español con el viejo caballero medieval de hondas creencias católicas. En el pasado, huir de este estereotipo se había convertido en una forma de justificar ante la opinión pública las pretensiones colonizadoras, que no de conquista, de España en Marruecos. Ahora la tónica se rompía.

Apuntada esta nota excepcional, se puede deducir que la peyorativa imagen del musulmán sustentada desde *La Gaceta* invalidaba cualquier proyecto de implantación próxima de un protectorado civil. Todo su empeño consistía en el castigo duro y ejemplar del marroquí, a la par que constantemente se elogiaba el patriotismo demostrado por los salmantinos (*LGR*, 13-10-1921). Su discurso no presentaba fisuras: se había convertido, en esta materia, en el sucesor natural de *El Salmantino*. Este sector de la opinión estaba convencido de la necesidad de un sacrificio urgente que pusiese fin a la guerra. Y no por honor, sólo por el más visceral deseo de venganza:

¡La guerra! ¡La gloria! Anacronismos funestos en una época como la actual [...] ¡Nador! ¡Zeluán! ¡Monte Arruit! ¡Páginas gloriosas! Ahí están los horrorosos destellos de esa falsa gloria, de esas tragedias espeluznantes. Ahí están los muertos, los restos del bárbaro festín rifeño [...] ¡Venguémosles! Pero sin acordarnos de la gloria. La gloria en este caso será poner en práctica ese bárbaro y compensador aforismo que será implacable y justiciero: Ojo por ojo y diente por diente (Sastre, *LGR*, 22-10-1921).

A pesar de tan indisimulado anhelo de resarcimiento, *La Gaceta* desconfiaba de la capacidad de gestión del gobierno Maura en Marruecos. Y algo parecido experimentaba, saltando al marco nacional, *El Sol*. Sentía que la actitud del ejecutivo debía ser más resuelta: “Es una guerra ésta que ha de imponerse de arriba abajo, de la razón al sentimiento” (*ELS*, 07-10-1921). Un comentario muy similar a éste, por último, se vertía en *El Debate*: “Ésta no es una guerra de populachería [...] Se es preciso andar en esta guerra con pie de plomo. Y cortarle las alas a ese loco afán del desquite” (*ED*, 16-10-1921). ¡Qué curioso resultaba este último comentario! Estaba muy alejado de los presupuestos teóricos de *La Gaceta*, cuando, en la práctica, los comentarios de ambos a partir de los hechos solían correr bastante en paralelo.

El diario local, a través de la pluma de “Helmán”, se mostraba plenamente consciente de que las disparidades de criterio entre Cambó, ministro de Hacienda, y La Cierva, en Guerra, harían imposible la solución del problema:

Mientras que unos, los exterminadores, son partidarios de un régimen terrorista, de arrasamiento, de guerra sin cuartel [...] hay otros, los pacíficos, que creen disponer de una sin igual panacea; mucha cultura [...] ¿De parte de quiénes está la razón? [...] Entendemos que unos y otros tienen razón [...] Entre los moros hay que distinguir [...] Los campesinos (el moro salvaje), verdaderos hombres primitivos [...] y, el moro que por habitar cerca de poblados adonde llegó la civilización, pudiéramos llamar, convencionalmente, ilustrado (“Helmán”, *LGR*, 04-10-1921).

¿Se aprecia alguna diferencia con relación a las consideraciones vertidas en *El Adelanto* a propósito del “sentir popular”? No la hay: el fracaso en África se explicaba aludiendo, en exclusiva, a la naturaleza mora, pero mientras tanto se desviaba la atención de la opinión pública salmantina del asunto de las responsabilidades.

Las escisiones en el seno del gobierno que se pusieron de manifiesto con motivo de la celebración de la Conferencia de Pizarra,

en febrero de 1922, no presagiaban ninguna estabilidad política. Por entonces, el Ejército de África ya había recuperado Nador, Zeluán, Monte Arruit y las cábilas de Ulad Settut y Quebdana. El 10 de enero, finalmente, se había reocupado Dar Drius y llegaba el momento de la reflexión a propósito de las futuras operaciones. Aunque Maura era proclive a una ocupación militar muy parcial, la situación del Ejército colonial era en esos momentos muy débil. El presidente pretendía satisfacer a los africanistas, especialmente a Berenguer, y también a La Cierva, mediante un desembarco en Alhucemas, a modo de sucedáneo de una ofensiva generalizada. ¡La pesadilla de *El Socialista!* (*ESO*, 08-02-1922). El sentimiento de desazón resultaba, además, también muy perceptible en *ABC* (*ABC*, 06-02-1922). El ministro de Estado, González Hontoria, defendía, en cambio, el aislamiento del Rif central con respecto a Yebala y al territorio de la Comandancia de Melilla y una acción negociadora en la primera de las zonas, en lugar de la intervención directa (Bouarfa, 2002, 142-143).

A causa de estas discrepancias, apenas trascurrido un mes se produjo la renuncia al completo del gabinete. Y poco después de la retirada del gobierno, se intensificaron los rumores sobre la inminente dimisión del Alto Comisario debido a que sus planteamientos no concordaban con los de Olaguer, el nuevo ministro de Guerra. En medio de estas voces, el anuncio, por parte del ejecutivo de Sánchez Guerra, de que muy pronto se iba a avanzar hacia el protectorado civil y se emprendería la repatriación de tropas y la recluta voluntaria, pudo rescatar a la redacción liberal del pesimismo en que se hallaba inmersa (*EA*, 24-04-1922). Con renovadas energías, el diario siguió defendiendo la imposibilidad de que España abandonase Marruecos, ya que varios compromisos nacionales e internacionales convertían la permanencia en el Protectorado en una obligación. Pero coincidiendo con la reaparición de más diferencias gubernamentales, en esta ocasión entre Cambó, Bergamín y Romanones, otra vez cundió la desesperación entre los escritores:

Quince años de actuación constante, centenares de miles de vidas sacrificadas, siete u ocho mil millones de pesetas consumidas y un desprestigio colonial que ninguna cancillería en el mundo desconoce... He aquí el lamentable balance de nuestra acción en África (*EA*, 04-07-1922).



Otro nuevo vaivén ideológico en el seno del liberalismo local no se hizo esperar: la aceptación de la dimisión de Berenguer y su sustitución por Burguete fueron noticias muy bien acogidas, ante todo por las declaraciones pacifistas de éste (*EA*, 17-07-1922). El retorno a la política de pactos con El Raisuni tuvo el aprobado de *El Adelanto* (*EA*, 23-08-1921), pero en la región oriental los propósitos civilistas del gobierno chocaron con la cruda realidad, de inmediato denunciada por Burguete: el desarme y la sumisión todavía eran sueños inalcanzables. Por enésima vez, se vislumbraba una división de pareceres entre el ejecutivo y el Alto Comisario:

El concepto de protección y de tutela envuelve el de superioridad [...] He ahí el caso del general Burguete. Fue éste a Marruecos decidido a no hablar otro lenguaje que el pacifista [...] pero, ¡ah!, en la práctica [...] Dígase de una vez y para siempre la verdad, que es ésta: que demos cuanto antes la mano a la acción militar, para que empiece y prevalezca la civil (*EA*, 06-09-1922).

Evidentemente, *El Adelanto* deseaba creer en el protectorado civil, pero se desquiciaba cuando fijaba su mirada en la zona rifeña e intentaba sin éxito justificar las declaraciones, cada vez más militaristas, de Burguete. Éste parecía olvidar el enorme déficit que acarreaban las campañas sostenidas desde 1909. Las volteretas de la redacción, por lo tanto, no eran más que un indicio de pánico.

Al terminar 1922 se lamentaba el órgano de Núñez Izquierdo porque “Marruecos vuelve a ser un peligroso avispero [...] y parece deseo del gobierno afrontar de una vez el arduo problema, herencia de tantos años, pesadilla de la nación y semillero de irreparables pérdidas” (*EA*, 20-12-1922). La estrategia de Burguete se había malogrado y el país demandaba un plan eficaz y el final de “la engañosa literatura guerrera oficial”. Además, a estas alturas, el tema de las responsabilidades, como más adelante se comprobará, ya estaba originando muchos dolores de cabeza al gobierno de Sánchez Guerra.

El gabinete abandonó el Poder en diciembre de 1922, mientras que el Alto Comisario intentó justificar su fracaso descargando la culpa en el presidente dimisionario:

La vida es un continuo desengaño. De ello pueden dar fe en estos días el general Berenguer y el señor Sánchez Guerra. Quizá no haya habido en España un general en jefe que haya gozado de las atribuciones del ex-comisario superior de Marruecos [...] Pero cierto día se le ocurrió relevar al señor Sánchez Guerra al general Berenguer y, desde entonces, comenzó para éste una campaña de insidias [...] Sucedió a Berenguer el general Burguete, quien, en un momento de arrogancia, como él mismo ha confesado, declaró públicamente que para enero de 1923 se habría terminado la pesadilla de Marruecos [...] El general Burguete se encuentra por estos días en Madrid y, para explicar su fracaso, ha declarado que si no ha cumplido todo lo que prometió, se debe a que el gobierno anterior no le prestó la ayuda necesaria.

¡Qué desengaño para el señor Sánchez Guerra, que había puesto toda su confianza en el general Burguete! ¡Y qué conducta más distinta la de éste acusando a sus protectores en cuanto ha tenido ocasión, comparada con la de Berenguer, que no ha despegado sus labios ni para defenderse...! (“F.”, EA, 26-12-1922).

¿Qué se estaba insinuando en este editorial? Se trataba de un artículo con mucha miga. Para empezar, se apuntaba a que el mismo ejercicio del poder exculpaba de responsabilidad ante la ley: ni Berenguer había sufrido censuras a su gestión ostentando la Alta Comisaría, ni Sánchez Guerra ocupando la presidencia del gobierno. Sin embargo, la situación había dado un vuelco, incluso permitiéndose el linchamiento público del primero, en el momento en que ambos habían sido desplazados de sus puestos. Ahora bien, ¿por qué razón Dámaso Berenguer no intentaba defenderse?

Juguemos a ser un poco maliciosos: si Burguete se desquitaba con sus protectores tan pronto como éstos habían sido relegados del gobierno, ¿acaso Berenguer no callaría porque su defensor/es aún mandaba/n? Obviamente, lo sabemos, el ex-comisario no había sido respaldado por el ejecutivo de Sánchez Guerra. Al contrario, éste lo había relevado por Burguete. Así pues, ¿sería descabellado pensar que

esa figura protectora del general, tal vez, se ubicara en esferas más elevadas?

Con este tipo de comentarios, insidiosos y en una enrarecida atmósfera, muy impregnada de miedo y por completo determinante a la hora de descodificar el mensaje periodístico, se conseguía difundir entre la opinión pública las sospechas contra el excesivo afán intervencionista de Alfonso XIII en Marruecos. Aunque éstas no eran novedosas, tan sólo escasas. Aún así, en 1909, no se olvide, ya se recogió un curiosísimo comentario de Genero Alas en esta misma dirección.

Pero, ¿cuál fue el papel del rey en el Desastre de Annual? ¿Actuó en la sombra, amparando los avances de Silvestre? ¿Qué hubo de cierto en los rumores sobre la existencia de un comprometedor telegrama regio en el que se ordenaba el avance sobre Alhucemas (Madariaga, 2005, 161)? Obviamente, estos interrogantes constituyen uno de los aspectos más turbios de la historia de España en Marruecos. Para comprender el interés del monarca en el imperio jerifiano, es frecuente la alusión al profundo impacto que tuvo sobre él la derrota de 1898, cuando sólo contaba con 12 años de edad. Pero todas sus preocupaciones, se sostiene aquí, no habrían tenido consecuencias efectivas si no hubiese dispuesto de amplísimas prerrogativas políticas, que sólo se explican en un contexto de quiebra del sistema. Al margen de la polémica, sin duda, con la publicación de estas opiniones la atención de la opinión pública se empezó a dirigir hacia el asunto de las responsabilidades del Desastre. Y, de esta manera, entre la prensa y el ejecutivo se empezó a abrir una peligrosa fractura.

Para la redacción liberal, este proceso resultaría muy doloroso. Las eternas vacilaciones de sus columnistas, las escisiones ideológicas, ese permanente debate entre el “querer” y el “poder” (implantar un protectorado civil) llegaba a su apoteosis final: y la desesperación le arrastraría a la aceptación de las tesis más militaristas. Aunque no sin resistencias, empeños premeditados por recuperar la fe en la labor de los gobiernos.

La prensa conservadora, coincidiendo con la celebración de la Conferencia de Pizarra, había insistido en las razones históricas y estratégicas que obligaban a España a permanecer en el Protectorado,

y también, había apelado a la dignidad de la raza (*LGR*, 06-02-1922). De todos modos, ya se sabe, la crisis resultó inevitable. Al producirse el cambio de gobierno y la sustitución de La Cierva por Olaguer, *La Gaceta* remachó nuevamente la conveniencia de una acción bélica contundente, y más en concreto, sugirió un desembarco en Alhucemas, aún a sabiendas de que la situación de los prisioneros de Axdir impedía tal procedimiento:

La posesión de esta bahía sería una satisfacción para el amor nacional, un éxito cotizabile en la galería de la opinión, un realce de España en el juicio extranjero. Todo eso es bastante: pero además se necesita que el litoral sea nuestro para evitar contactos rifeños con el contrabando [...] Podemos esgrimir tal éxito en una negociación que se avecina sobre Tánger. Los inconvenientes se hallan en que el esfuerzo ahora realizado no será bastante (*LGR*, 15-02-1922).

A propósito de Tánger, pocos días después de la publicación del anterior fragmento, un columnista precisaba: “El problema de Tánger es para nosotros de tal naturaleza que se puede afirmar rotundamente que es cuestión de vida o muerte” (*LGR*, 10-03-1922). Incluso *El Socialista*, meses antes, se había interrogado: “Ratificada la internacionalización de Tánger, ¿qué queda de los argumentos de Romanones, Lerroux y Melquiades Álvarez en pro de una acción africana?” (*ESO*, 30-01-1922). A la espera de que el sueño tornase en realidad, las protestas obreras por la prolongación del conflicto iban en aumento y la redacción conservadora contraatacaba indignada: “Se deja que todo el mundo, así tirios como troyanos, hablen contra ello, peroren, protesten y levanten tempestades.” (*LGR*, 28-04-1922).

En *El Sol* se hallaban también, por cierto, escritos de tono muy semejante a los de *La Gaceta* sobre la significación de aquel puerto: “No es para nosotros un asunto de ligazón con otros intereses, como lo es para Inglaterra, que necesita la neutralidad de Tánger para vivir tranquila en Gibraltar [...] no es una cuestión de lujo egoísta como lo es para Francia [...] Para España, Tánger es todo” (*ELS*, 17-01-1922). Y para lograrlo, el desembarco parecía el camino más simple (*ELS*, 02-02-1922). Aunque a este rotativo no se le escapaba la incómoda posición de Berenguer, a quien se definía como “un enamorado de las

teorías modernas de Protectorado” (*ELS*, 17-03-1922). El periódico concluía así que, respecto a Marruecos, “a cada día que pasa, España se fortifica en su honda convicción de que no existe ni la sombra de una idea bien definida” (*ELS*, 30-03-1922). *El Debate*, por otro lado, formulaba comentarios prácticamente idénticos: defendía la conveniencia del desembarco (*ED*, 04-02-1922); lamentaba la situación de Tánger y también, la mala fortuna de Berenguer (*ED*, 22-07-1922). Súmense a esta enumeración, por último, los comentarios en la misma línea de *La Vanguardia* (Escofet, *LV*, 04-02-1922).

Las noticias que circulaban desde mayo de 1922 sobre un cercano inicio de la repatriación de fuerzas eran acogidas con recelos entre el conservadurismo salmantino. Seguro que, en su fuero interno, los redactores deseaban el regreso de los combatientes, pero admitirlo suponía un desprestigio para las armas españolas, para su labor. Así que el diario permanecía obcecado en defender el comportamiento de los africanistas: la campaña de Marruecos no era una imposición del Ejército, sino un deber impuesto a él: “¿Quién ha de querer la guerra por la guerra misma? El patriotismo del Ejército no puede ponerse en duda” (*LGR*, 24-05-1922). A renglón seguido, la redacción, preocupada por la contestación de sus lectores, optaba por atemperar su propaganda guerrera: “El Alto Mando ha empleado la fuerza en casos extremos”. Y, desde esta óptica, se insistía en que los Altos Comisarios que se habían sucedido desde 1912 siempre habían anhelado la convivencia cordial de españoles y marroquíes pero, por aquellas fechas, se había demostrado que resultaba impracticable. La persuasión política había sido un recurso insuficiente. Se necesitaba una “penetración política armada”, tal y como pregonaba Romanones.

Los planteamientos de *La Gaceta* acostumbraban a ser más radicales. Sencillamente, se cree que si ahora el periódico moderaba su postura, intentando contemporizar con la tesis de la penetración política, era porque temía distanciarse de la opinión pública, hastiada del conflicto. ¿Cómo no reconocer y temer su creciente fuerza política?

Particularmente irascible se mostraba el diario conservador cuando aludía a la prensa de izquierdas. Sus continuas mentiras provocaban el aburrimiento como primera reacción, luego pena y, finalmente, indignación. Los lectores de esos rotativos, según su criterio, vivían contaminados al considerar la guerra bajo el único

prisma de la bonanza económica nacional. Además, la redacción conservadora se mostró especialmente herida al escuchar que Berenguer y La Cierva no deseaban el rescate de Navarro porque sus declaraciones podrían hundirlo en el debate responsabilista (*ESO*, 09-07-1922). Por ello, llegó al extremo de insinuar al gabinete de Sánchez Guerra el restablecimiento de la censura previa para acallar estas acusaciones (*LGR*, 10-07-1922).

En esta turbia atmósfera se produjo la dimisión del Alto Comisario y la designación de Burguete. Además, la marcha de Berenguer coincidió cronológicamente con el primer aniversario del derrumbe de Annual y Monte Arruit. No resultó difícil, en estas circunstancias, atizar el odio al rifeño con la publicación de varios artículos desbordantes de emotividad:

¡Ya venció el año trágico! [...] El 22 de julio se ha cumplido el primer aniversario de aquel convoy de Igueriben; de aquella espantosa retirada de Annual que cubrió de cadáveres españoles las tierras reseca e ingratas del Rif [...] La guerra nos comenzó a cansar [...] Salieron a flote las responsabilidades. ¿Qué cosa más natural? El castigo, primero; la responsabilidad, después [...] Tras un año de lucha, aún no se ha hecho la reconquista, no se han rescatado los cautivos, no se han efectuado las responsabilidades, no se ha elaborado el plan definitivo de Marruecos, no sabemos qué protectorado implantar, no sabemos..., ni lo que nos traemos entre manos (*LGR*, 24-07-1922).

Idéntica estrategia, una vez más, que la esgrimida por *El Sol* (*ELS*, 22-07-1921). Otros rotativos, como *La Vanguardia*, preferían hacer un llamamiento al estudio sereno de la cuestión (*LV*, 06-07-1922). El aterrizaje de Burguete en la Alta Comisaría y sus anuncios de reformas suscitaron el inmediato rechazo de *La Gaceta* (*LGR*, 14-08-1922). La redacción salmantina temía que Francia aprovechara este cambio de orientación para emprender una lucha diplomática y hacerse con Tánger e intentaba persuadir nuevamente a la opinión de que España estaba capacitada para la toma de Alhucemas. Por eso recibió con disgusto la anulación de un nuevo proyecto de desembarco (*LGR*, 26-09-1922). Eso sí, la decisión de disolver definitivamente las

Juntas de Defensa, como respuesta del gobierno de Sánchez Guerra a una muy teatral dimisión de Millán Astray, fue una estupenda noticia, que convirtió a los africanistas en el cuerpo hegemónico en el seno del Ejército español (*LGR*, 24-11-1922).

Hacía ya más de un año que publicaciones como *El Sol* las habían colocado en el punto de mira como responsables del Desastre (*ELS*, 02-09-1921). *La Vanguardia* le había seguido señalando su carácter innecesario (Sánchez Pastor, *LV*, 12-01-1922). Y hasta *El Socialista*, con el objetivo mayor de censurar el militarismo español, las había acusado de lo ocurrido en África: “Por imposición de las Juntas de Defensa se suprimieron los ascensos como recompensa de guerra [...] Toda la actual organización del Ejército [...] era obra del Ejército mismo” (Prieto, *ESO*, 23-08-1921).

Pero, el razonamiento más curioso, tal vez, correspondió a *El Imparcial*: “Hay que depurar responsabilidades y hay que discernir premios [...] Castigo para la imprevisión, para la imprudencia [...] pero compensación para el heroísmo [...] En 1917 se rompió en España la unidad de mando; ahora recogemos las consecuencias” (*EI*, 06-08-1921). ¿Nos hallamos ante un gesto valiente o absolutamente irresponsable? ¿Recompensas tras una gran derrota como la sufrida en Annual? La fecha de publicación, en esta ocasión, ayuda a resolver el dilema: el honor de algunos militares se podía defender antes de la tragedia de Monte Arruit. Con posterioridad, el asunto de las recompensas resultaría, sin embargo, muy doloroso e incómodo. Inoportuno, si se prefiere.

Retornando al examen de *El Adelanto*, el nombramiento de Miguel Villanueva como nuevo Alto Comisario volvió a despertar el entusiasmo entre la redacción. La elección fue considerada como un enorme acierto desde la redacción salmantina, dada la larga experiencia de este hombre en tierras africanas y también porque eran conocidas sus intenciones negociadoras y su propósito de acabar con los muchos intereses del Ejército en África (“J. S. G.”, *EA*, 26-12-1922). Igualmente, este periódico se mostró muy satisfecho ante la seriedad exhibida por el recién formado gabinete de García Prieto. El hecho de que se preocupase por exponer al país sin ambages la totalidad de su programa de gobierno, y en particular su futura actuación en África, fue muy aplaudido:

Con la designación de un hombre civil para la Comisaría Superior en Marruecos, manifiesta el gobierno su decisión de acabar con la supremacía militar en África. Esta ha de ser, sin duda, la parte más discutida [...] España no puede tolerar ni un día más que se gasten sus hombres y su dinero en tierras extrañas y de fecundidad muy discutida, mientras que aquí, en la Península, los hombres tienen que emigrar (“A.”, *EA*, 28-12-1922).

Hágase memoria de que, desde el mismo momento del hundimiento de *Annual*, este diario había censurado el hecho de que los políticos jamás hubiesen explicado a los ciudadanos cuál era el papel de España en Marruecos. No obstante, con semejantes planes, García Prieto unía su destino al de la guerra africana y el diario era consciente de que terminar con la supremacía militar en el Protectorado se presentaba como una misión hartamente compleja. También, más allá del marco local, Juan Bello, en las páginas de *El Socialista*, se apresuraba a alertar a la opinión: los africanistas contemplaban con mucho desagrado los proyectos del marqués de Alhucemas (Bello, *ESO*, 21-01-1923). Con enorme anticipación, *El Sol* había lamentado un año antes esta desafección de los militares hacia el protectorado civil: “Desgraciadamente, nuestro Ejército no cree en esa política. Y hay algo peor: no quiere creer en ella” (Aznar, *ELS*, 19-10-1921).

La prolongada enfermedad de Villanueva, sin embargo, supuso un nuevo y duro varapalo para los liberales (Rivera, *EA*, 02-01-1923). Aunque su cargo fue asumido por el hasta entonces Secretario de la Alta Comisaría, López Ferrer, desde mediados de enero de 1923, se barajaron varios nombres para su reemplazo. Una interinidad prolongada podría animar a los rebeldes rifeños a avivar su resistencia, y si a estos titubeos políticos se añadía la impaciencia popular ante la lentitud de las negociaciones para el rescate de los supervivientes de julio de 1921, se puede entender la urgencia del marqués de Alhucemas por buscar un nuevo hombre de confianza en Marruecos. Aunque sonaba con fuerza el nombre de Silvela, por entonces ministro de Marina, Santiago Alba, una de las figuras más controvertidas y con mayor peso en el gobierno de concentración liberal, apostaba por la candidatura de López Ferrer. Al final, éste, ofendido por considerar que sus gestiones para el rescate de los prisioneros no estaban



teniendo reconocimiento oficial, renunció a su cargo. También Villanueva reconocería que, pese a haber mejorado algo su salud, no deseaba volver a África.

La alegría de los conservadores por la supresión de las Juntas, subrayémoslo, duró un suspiro. La indignación resurgió al conocerse el ascenso a la poltrona presidencial del marqués de Alhucemas, así como el nombramiento para el cargo Alto Comisario de Miguel Villanueva y su programa civilista. Su lectura de los hechos contradecía a la de *El Adelanto*:

¿Qué es lo que pretende el gobierno hacer con el hueso del Rif que le adjudicaron a España las potencias firmantes de la Conferencia de Algeciras, en la desastrosa subasta del imperio del Magreb? ¿Protectorado pacifista? ¿Colonia civil militarizada? (“El Paladín”, *LGR*, 04-01-1923).

La insinuación de este editorial era muy clara: el protectorado civil era un disparate. Es más, el mero proyecto de su implantación había espoleado a los rebeldes y la enfermedad de Villanueva resultaba de lo más oportuno.

Esta bochornosa situación había culminado, según *La Gaceta*, con el pago de un rescate por los prisioneros. Más adelante también se volverá sobre esta materia. Tras presenciarlo, el tono discursivo del periódico se volvió más y más agresivo. Por eso, desde febrero de 1923, muchos editoriales de la primera plana, firmados por un tal “E.”, se dirigieron a relegitimar la acción bélica decidida y urgente:

Nuestro Protectorado sobre Marruecos constituye un deber nacional [...] Existe otro motivo superior a los demás que nos obliga, con imperativo categórico, a una intervención en África: el cumplimiento del testamento de Isabel I y la evangelización de aquellos territorios (“E.”, *LGR*, 08-02-1923).

El entendimiento con Abd-el-Krim sólo despertaba un sentimiento de humillación, mientras que la opinión conservadora seguía reclamando una urgente actuación sobre el peñón de Alhucemas.

El 15 de febrero de 1923 se confirmó el nombramiento de Silvela como Alto Comisario. *El Adelanto*, muy frustrado por la definitiva retirada de Villanueva, contempló a la nueva autoridad con desconfianza y cierta amargura. Aunque pudiera pensarse que el carácter también civil de este hombre sería un punto a su favor, muy pronto este periódico censuró su falta de preparación práctica y juzgó que lo que se estaba procurando era “dar categoría” al cargo de Alto Comisario (“J. S. G.”, *EA*, 15-02-1923).

La desazón de la opinión progresista fue incluso a mayores al conocerse en marzo un plan para la toma de Alhucemas. Si bien, por el momento, el gobierno lo rechazaría, consciente de que ello implicaría el definitivo divorcio de la opinión pública. Para colmo de males, las voces que apuntaban al inicio de las repatriaciones se acallaron cuando las negociaciones entre Castro Girona y los rifeños se rompieron (Rivera, *EA*, 20-04-1923). Muchas esperanzas se derrumbaron, explicando el desconsuelo ciudadano que reinaba en la primavera de 1923. Abd-el-Krim había solicitado el reconocimiento oficial de la República del Rif y en un editorial se comentaba:

No creemos que sea necesario esforzarse para demostrar que el problema de Marruecos constituye la pesadilla de todos los españoles.

Por lo que quiera que sea, no se ha sabido aprovechar en África el tesoro de elementos de todo género, morales y materiales, que España dio, sin regateo, en un momento en que soñó con la revancha del agravio [...] y ya es tarde para intentarlo. La nación ha rectificado su juicio. Ya no aspira a revancha de ningún género. Desencantada de todo y de todos, quiere acabar de una vez aquella desdichada empresa (Martínez Oriol, *EA*, 16-05-1923).

Parecía, a tenor de lo expuesto, que la posición de alguno de los redactores de *El Adelanto* empezaba a aproximarse a las de *El Pueblo*. Los propósitos pacificadores del marqués de Alhucemas a su llegada al gobierno, apenas hacía seis meses, parecían entonces una entelequia y el nombramiento de Martínez Anido, cuyas violentas actuaciones en Barcelona eran sobradamente conocidas, como comandante general de Melilla no hizo sino demostrar que el gobierno estaba abandonando sus propósitos iniciales en el Protectorado. Ciertamente, el nuevo plan del comandante para la ocupación de Alhucemas fue también rechazado. Y es más, incluso se barajó la posibilidad de retroceder hasta la línea del Kert. Así respondía el órgano liberal salmantino:

No es sólo que esto envalentonaría a Abd-el-Krim y sus secuaces, ya de suyo ensoberbecidos con nuestras eternas indecisiones, sino la situación que esto crearía a las cábilas amigas que habitan desde el Kert a Tizzi-Azza [...] O avanzamos de una vez, o retrocedemos; pero no a la línea del Kert, que eso sería absurdo, sino más mucho más acá, hasta el mismo Melilla (“A.”, *EA*, 11-08-1923).

La tesis del protectorado civil se estaba desacreditando: los pactos se tildaban de vergonzosos y el margen de maniobra en Marruecos se estrechaba. Muy poco antes, en julio, se había intentado un acercamiento más, otra vez infructuoso, con Abd-el-Krim. El cabecilla rifeño tenía muy bien aprendida la lección: tras la conflagración mundial, el rencor había hecho mella en él y ya no podría volver a comportarse como “moro amigo” de los españoles.

Oficialmente, cierto es, el gabinete no había abandonado sus propósitos civilistas. Sin embargo, hallaba muchas dificultades para lidiar con la opinión pública. Idéntica situación atravesaba *El Adelanto* ante sus lectores: porque deseaba el fin de la pelea, que no el abandono de Marruecos: “Este sistema de dejar al pueblo sin ideales más allá de las fronteras, o el de reducir sus aspiraciones a la mera vida vegetativa en el interior de la península, no ha resuelto absolutamente nada” (*EA*, 22-06-1923).

El camino a seguir en el Protectorado se vislumbraba ya sin atajos: tan sólo restaba la guerra sin cuartel. Y el hecho de que el gobierno desoyera el plan de Martínez Anido, que finalmente había renunciado a su cargo, suponía, según el criterio de *El Adelanto*, una total inconsecuencia, dado que no se entendía que conociéndose sus métodos belicosos se le hubiese reclamado desde Melilla para, acto seguido, ignorar su proyecto (EA, 15-08-1923).

La alarma social cundió entre los salmantinos, y vino a acaparar la actualidad informativa, cuando se hicieron públicos los ataques rifeños sobre el frente de Tizzi-Azza, Tafersit y Tifarauin, en agosto de 1923. Esta posición ya había sido hostilizada en noviembre de 1922 y en mayo de 1923. Su ocupación sólo era comprensible en caso de que luego se avanzara sobre la bahía de Alhucemas. En cambio, su abandono podía tener repercusiones adversas tanto en el resto del frente como en la moral militar (“A.”, EA, 03-08-1923).

Desde el periódico de Núñez Izquierdo se aseguraba que el país sólo deseaba el fin del problema, no importando ya el cómo. Se reclamaba, por esto mismo, la posesión de Tánger con más apasionamiento que nunca: “Tánger debe ser nuestro porque se encuentra rodeado de territorio español [...] En Tánger debe ondear la bandera roja y gualda, solamente, porque es necesaria esa ciudad a nuestros intereses” (“A.”, EA, 12-08-1923). Aunque la voluntad nacional únicamente había sido partidaria de la acción bélica contundente en los meses inmediatos al Desastre, aceptaría una decisión de esta índole si así lo acordaba el Estado Mayor del Ejército (EA, 19-08-1923).

Los últimos artículos de *El Adelanto* a propósito de la gestión del Protectorado en los momentos inmediatos al golpe de Primo de Rivera insistieron en esta idea. La amargura y la frustración acabó por justificar un pensamiento muy radical, que no encajaba en su habitual trayectoria de moderación ideológica: “La guerra es la guerra y no hay guerra sin quebrantos. Mas el país prestaría de nuevo y de buen grado su esfuerzo, si supiera de antemano que sería el último, el decisivo, el eficaz, para llegar cuanto antes a una honrosa y digna paz” (EA, 23-08-1923). Tal remedio no era más que una forma moderna del viejo dicho *si vis pacem, para bellum*.

En cuanto a la prensa conservadora, el nombramiento de Silvela, para la Alta Comisaría había sido interpretado, por descontado, como una total incoherencia (“E.”, *LGR*, 14-02-1923). Pero el endurecimiento progresivo de su discurso, mostrándose cada vez más partidario de la acción conjunta civil y militar, le granjearía una creciente simpatía de este sector de la opinión: “El Comisario Superior señor Silvela, por muy demócrata y muy civilista que sea, teóricamente, ha tenido que rendirse a la realidad” (“E.”, *LGR*, 31-03-1923). No obstante, la operación sobre Alhucemas continuó siendo descartada y, obviamente, también la dimisión de Martínez Anido se recibió con aflicción (“E.”, *LGR*, 06-08-1923 y 14-08-1923).

Los editoriales de “E.” anteriores al golpe militar revelaban, con todo, bastante confianza y entusiasmo ante la proximidad de un cambio en la orientación de la política marroquí. Tal vez, porque presagiaba que el fin del gobierno de concentración liberal estaba muy próximo: “Las medias tintas, las componendas con los moros, no sirven para otra cosa que para engreír, para que nos engañen y para hacer interminable una situación que nos desprestigia y arruina” (“E.”, *LGR*, 24-08-1923).

El puerto de arribo era idéntico para *El Adelanto* y *La Gaceta*: ambos apostaron por una guerra fulminante. Sin embargo, el camino había sido mucho más tortuoso para la redacción de Núñez Izquierdo.

Para el pensamiento obrero, por último, la gestión política del Protectorado no fue una historia de vacilaciones más o menos disculpables y constantes titubeos, como parecía traslucir la prensa dinástica, sino de desastrosos e incoherentes tumbos.

Puesto que esta publicación, rechazaba la contienda marroquí de un modo visceral, evitó ceder su espacio para la publicidad de la misma. Además, temía al censor. Es por esta razón que cuesta precisar o incluso barajar, mediante el análisis de las opiniones publicadas, las reacciones de la opinión obrera ante los planes, proyectos y actuaciones de los sucesivos Altos Comisarios. Aunque en líneas generales, *El Pueblo* secundó sin objeciones los famosos discursos parlamentarios de Indalecio Prieto.

Más que preocuparse por la administración del Marruecos español, el periódico socialista se convirtió en el abanderado en la exigencia de responsabilidades. Su discurso se fundamentó en el rechazo de los tres argumentos clásicos esgrimidos por los africanistas para justificar la expansión española en Marruecos: el Protectorado no era necesario para la expansión de la agricultura española porque en la metrópoli existían muchas tierras incultas y de mejor calidad que las marroquíes; Marruecos no era una zona de expansión financiera, ya que España no tenía ni exceso de producción industrial ni capitales sobrantes; y, por último, Marruecos no representaba una frontera ante Francia, sino un frente generador de nuevos conflictos. Pero *El Pueblo* no cuestionó el hecho de la colonización de Marruecos, sino el proceder del gobierno español.

Para el socialismo salmantino resultó irónico que España pretendiese desempeñar una misión civilizadora en Marruecos, teniendo en cuenta la miseria del propio país. Lo mismo, con un lenguaje que recuerda al luego utilizado por Barea y muy poco antes del golpe, argumentaba *El Socialista*: “La tutela europea que España ejerce sobre aquel país está representada por tabernas, timbas y prostíbulos” (*ESO*, 11-09-1923). Apelar al patriotismo de la ciudadanía constituía, por ese mismo motivo, un desatino. Las redacciones obreras creían que ese concepto, el de patriotismo, se empleaba de modo abusivo en los momentos de angustia. El falso patriotismo se inculcaba desde la infancia como si se tratase de un conjunto de acciones chulescas que otorgaban a España superioridad sobre otros pueblos. Y desde esta óptica, la historia nacional se convertía en una sucesión de épicas batallas, que habían presenciado su fin en 1898.

Entonces no se había rectificado ninguna conducta ni se habían exigido responsabilidades. El problema, por tanto, había permanecido latente, enquistado, sobre todo dada la falta de memoria histórica de los españoles, hasta que la catástrofe se repitió (*EP*, 07-01-1922). A resultas de todo ello, la actitud obrera con respecto a Marruecos fue siempre abandonista. He aquí un ejemplo, un artículo escrito con motivo de la visita de Alfonso XIII a las Hurdes, y con un tono bastante ponderado:

Hay que olvidar el Marruecos extraño, hay que abandonarlo [...] Atendamos a este Marruecos de dentro, al Marruecos de casa, que el otro, el otro, que tantos millones, y tantos hombres nos cuesta, ese no lo necesitamos. ¿Civilización? Sí, civilización y cultura, pero para el Marruecos nuestro, para el que lleva nuestra sangre (*EP*, 24-06-1922).

Al cumplirse el primer aniversario del Desastre, el discurso se agrió, llegando a adquirir un estilo extremadamente duro, incluso insultante. Mientras que *La Gaceta* reclamaba sin tapujos la guerra, el socialismo salmantino ansiaba la retirada:

Contra la voluntad del pueblo español, señores gobernantes o mangoneadores del cotarro nacional, se está sosteniendo una guerra suicida e impopular [...] Nuestros gobernantes son de hierro; son inflexibles; contra viento y marea, sostienen una guerra caprichosa y fatal. Seguramente lo hacen, porque a ella no mandan a sus hijos [...] Son tan desaprensivos, que cubrirán sus oídos de algodones para no escuchar el clamor del pueblo, que no poca culpa tiene de tal estado de cosas, y muy especialmente las gentes de derechas, a quienes no se les ha ocurrido nunca protestar de la guerra de Marruecos [...] Ahora sí protestan [...] Nosotros sí, hemos querido siempre, la terminación de esa guerra injusta [...] Y al pedir su terminación, no distinguimos de clases [...] Si queréis que termine la guerra, sabed también a quien votáis. De lo contrario, no os quejéis (“Andrés de España”, *EP*, 08-07-1922).

Las implicaciones de este último comentario, evidentemente, eran colosales: porque el rechazo hacia el conflicto marroquí estaba alimentando el descrédito de todo sistema caciquil, incluido el rey, aunque no se mencionase. Por de pronto, sin embargo, el tributo de sangre para el pobre, el argumento más emotivo contra la conflagración, se situaba una vez más en el centro del discurso propagandístico del socialismo. Y de nulo consuelo servía la movilización de los “cuotas”.

En las páginas de *El Socialista*, también al acercarse este primer aniversario, se había advertido un cambio en la actitud de la ciudadanía. Un cambio para bien:

De un tiempo a esta parte parece que la conciencia nacional está despertando de su prolongado letargo [...] Indudablemente, hemos adelantado mucho desde el verano funesto de 1921, en que los moros derrotaron a una monarquía a la que los españoles aún no hemos sabido derrotar [...] Hoy, después de la eficaz propaganda realizada por todos los hombres verdaderamente liberales, y en la que han tomado parte tan activa Indalecio Prieto, Unamuno, Alomar y otros tantos, el pueblo español ha llegado a sentir en sus entrañas ese eterno latigazo de la inquietud espiritual, precursor de los grandes cataclismos revolucionarios” (*ESO*, 02-07-1922).

El juicio global sobre la gestión del problema marroquí resultaba, desde luego, nefasto: “Cúmplase la voluntad del país y del trágico balance del año primero de la fecha de Annual caiga como maldición del pueblo sobre los culpables” (*ESO*, 22-07-1922). Sin embargo, en el punto referido a los “cuotas”, hallamos una discrepancia entre *El Pueblo* y *El Socialista*, pues este último sí se congratuló por su envío:

Comprendemos que le haya costado al general Olaguer serios disgustos el retener en filas a los soldados de cuota [...] Los padres de los soldados de cuota, cegados por el cariño hacia los suyos han hecho campaña contra los diputados socialistas [...] En cambio la clase obrera no se ha dado cuenta de la conquista que para ella y para sus hijos significa el haber conseguido que fueran a la guerra los hijos de los ricos (*ESO*, 23-09-1922).

El socialismo local, cabe extraer de este fragmento, exhibió un no tan acusado partidismo como el del gran órgano del socialismo español. Muchos eran los “cuotas” movilizados, ciertamente, pero lo que se reclamaba era, más que nada, el abandono.



### 6.3.2. La Victoria y los salmantinos

El batallón de La Victoria, con su millar de expedicionarios, había quedado instalado en las cercanías de Larache. A mediados de septiembre, sin embargo, Pedraza notificó que se trasladaría a la plaza como fuerza de guarnición e inspección de la zona, sustituyendo al Regimiento de León y abandonando la vida en tiendas de campaña a favor de la más cómoda estancia en barracones (Pedraza, *EA*, 13-09-1921; García de la Cruz, *LGR*, 28-09-1921). También aquí el tiempo transcurría lentamente entre los ejercicios de instrucción, tiro y los paseos militares; pero las fiebres palúdicas empezaron a ensombrecer la sosegada vida de aquellos jóvenes e hicieron que la llegada del correo ya no fuese el único medio de ruptura del ambiente monótono.

La permanencia en Larache, sin embargo, fue breve. El 7 de noviembre el batallón al completo se trasladó, de nuevo, en unas durísimas jornadas de marcha, a la posición de Nuader para relevar al Regimiento de Cuenca (Trigo, *EA*, 07-11-1921; Hernández Martín, *LGR*, 07-11-1921). Nuader era el campamento general más avanzado de la Comandancia, ubicado en primera línea de fuego. Aglutinaba, además, esta posición y sus blocaos subordinados un total de 5.000 hombres. Mientras que la cuarta compañía permaneció en la plaza, la primera y segunda fueron desplazadas hasta las posiciones más descubiertas. Por último, la tercera compañía, que fue desplazada algunos días más tarde que el resto del batallón, permaneció junto a la cuarta. Entre sus funciones más habituales figuraron la protección de la aguada, caminos y la guardia de parapetos. Una vez más el peligro se cernía sobre los salmantinos.

De hecho, cuando no había transcurrido demasiado tiempo desde su traslado, el 6 de diciembre de 1921, el batallón recibió su bautismo de fuego. Un convoy fue atacado por un grupo de marroquíes, resultando tres soldados muertos y otros varios heridos, cuando se dirigía a uno de los blocaos más avanzados, Ain-Hedid, para avituallarlo (*EA*, 09-12-1921; Flores, *LGR*, 09-12-1921). Obviamente, la triste nueva tuvo un impacto colosal en la opinión salmantina y poco pudieron hacer los soldados-cronistas, en esta ocasión, por calmar los ánimos.

Los efectos de la pelea se dejaban sentir otra vez entre algunas familias de la ciudad: la protección de aguadas era un trabajo muy arriesgado y la opinión pública lo sabía. La historia se repetía y los tristes recuerdos se agolpaban en la mente de los lectores, solapándose con la reciente y dramática experiencia: y es que esa misma tarea, la de salvaguardar los convoyes en los trabajos de avituallamiento, la había desempeñado el Regimiento de Caballería Albuera n.º 18. Así que muchos revivirían ahora la agonía de Peral y el durísimo paso de aquellos hombres por el Protectorado. Por fin, aquel escepticismo del perspicaz y desaparecido “Argos” se estaba convirtiendo en una actitud generalizada<sup>47</sup>.

La angustia ciudadana aumentó cuando apenas una semana después, el 17 de diciembre, se comunicó la intervención de parte de las compañías tercera y cuarta del de La Victoria en las operaciones militares del sector de Beni Aros, último reducto de El Raisuni. Aunque no hubo víctimas mortales en esta ocasión, puede imaginarse el clima de sorpresa y nerviosismo que se impuso en Salamanca durante estos días. A decir verdad, desde este momento, la alarma cundiría de modo intermitente, coincidiendo con cada nueva operación.

Repasemos de corrido su periplo africano: en marzo de 1922, se produjo un primer relevo de tropas salmantinas (Trigo, *EA*, 28-03-1922). Y un mes después, los ataques sobre Beni Aros recobraron intensidad, mientras el de La Victoria fue trasladado sucesivamente a Megaret, Rokba el Gozal, a la conocida Nuader y finalmente a Bab-el-Sol (García de la Cruz, *LGR*, 25-04-1922).

A mediados de mayo, Pedraza llegó a Salamanca como integrante del primer convoy de heridos salmantinos que habían sido repatriados (*EA*, 13-05-1922). Como anotación más triste, al finalizar junio de 1922, tanto Rivera, en el caso de *El Adelanto*, como Barreto, corresponsal en Madrid para *La Gaceta Regional*, se hicieron eco en sus respectivas secciones del fallecimiento de otros catorce hombres

---

<sup>47</sup> La última contribución suya para *El Adelanto* data del 6 de septiembre de 1919. Desconocemos los motivos de su retirada.

salmantinos en el camino a la ya tristemente célebre posición de Ain-Hedid (Rivera, *EA*, 27-06-1922; Barreto, *LGR*, 26-06-1922).

Hubo que esperar a finales de agosto de 1922 para que los salmantinos recibiesen con entusiasmo la deseada noticia de la repatriación de los 337 hombres del de La Victoria pertenecientes a la quinta del 19 (*EA*, 20-08-1922; *LGR*, 21-08-1922). Lamentablemente, en las mismas fechas le fue comunicado también a Federico Anaya que un nuevo relevo debía trasladarse al Protectorado. Dada la carencia de tiempo para preparar un solemne acto de despedida, el alcalde se limitó a rogar a los salmantinos que acudiesen a la estación de ferrocarril. Atrás habían quedado los numerosos festejos y grandilocuentes palabras de hacía apenas un año.

¡Y qué lejano parecía, incluso, todo aquello! Tanto que, con motivo de la partida, que finalmente se produjo en la madrugada del 31 de agosto, en la prensa no faltó el recuerdo emotivo de los actos de despedida de 1921 y algún que otro comentario sobre la incidencia del problema marroquí en la vida nacional. Sin duda, se intentaba así persuadir a la opinión salmantina sobre la conveniencia de proseguir con el esfuerzo bélico y, lo que entonces importaba más, se luchaba por evitar el decaimiento moral de los expedicionarios, una vez que el afán de desquite empezaba a remitir: “¡Son soldados de España, son salmantinos, y pese a todos los fracasos de la política, que no es de oportunidad discutir, Salamanca está en el deber de ser, como siempre, hidalga y patriótica!” (*EA*, 29-08-1922).

Resultaba evidente que los salmantinos se hallaban entonces embargados por la pena, y los periódicos, más que hacerse eco del apoyo social a los futuros combatientes, se esforzaban por convencer a la opinión de la necesidad, o incluso el deber, de seguir colaborando moral y económicamente con el cometido del de La Victoria en África. Así, *El Adelanto* abundaba en la idea:

Por las circunstancias que hoy rodean a la acción de España en Marruecos, por el cambio de criterio de la opinión española sobre el problema africano, se hace más precisa la despedida cordial, el adiós entusiasta, el homenaje de un pueblo a esos centenares de bizarros jóvenes que marchan a la guerra, cuando la guerra

aparece en una fase definitiva y ofrece un aspecto de mayor incertidumbre (*EA*, 30-08-1922).

También una postura muy similar era la defendida desde las filas conservadoras:

La reconquista se ha hecho en gran parte, el estricto espíritu de venganza y desquite ha quedado cumplido. Además, un año de guerra incesante ha llevado al seno de la nación un gesto de impaciencia. Sin embargo, por encima de todas las particulares conveniencias y de todas las privadas opiniones, está el interés de la patria, que aún exige a sus hijos nuevos sacrificios (*LGR*, 30-08-1922).

Si bien la prensa local aportó bastantes detalles sobre el momento de la despedida y los actos de homenaje, fue algo parca a la hora de describir el entusiasmo ciudadano. Todo lo contrario, infinitamente más conmovida se mostró la ciudad coincidiendo con el regreso de la quinta de 1919, el día 9 de septiembre. El sentimiento de alegría era, de manera lógica, desbordante y no se requería mucho empeño para espolear a los salmantinos a que preparasen una cálida acogida. De este modo lo evidenciaba *El Adelanto*:

Vuelven los soldados de La Victoria [...] No vuelven, por desgracia, todos los que, en aquella noche caliginosa de agosto, irrumpieron en la estación, acompañados del entusiasmo popular y marcharon a África [...] Fue aquella despedida una despedida inolvidable, de hondo y sentido fervor patriótico [...] Hay que hacer algo. Hay que organizar el recibimiento (*EA*, 05-09-1922).

La euforia, en efecto, se convirtió en la nota dominante de la ciudad durante los días siguientes y también *La Gaceta* hubo de reconocerlo: “¡Oh, la alegría del que de la guerra vuelve, salvado el honor y la vida! ¡Dichosas, y bien dichosas, las madres atribuladas durante tantos meses de campaña!” (*LGR*, 06-09-1922).

Aunque desde finales de 1922 se multiplicaron los rumores que aludían a una pronta repatriación del remplazo de 1920, estas voces tuvieron que ser reiteradamente desmentidas. Las especulaciones se avivaron sobre todo a finales de mayo de 1923, cuando todo el batallón fue concentrado en Ain-Grana (Beña, *EA*, 22-05-1923). Sin embargo, nada tenía que ver esto con el anhelado retorno de los salmantinos: todo lo contrario, el esfuerzo por acercar posturas con El Raisuni estaba generando muchísimos recelos y lo continuaría haciendo hasta el momento del golpe militar. Así que, por esta razón, el batallón salmantino era empleado en estrechar la vigilancia sobre el cabecilla rebelde (Beña, *EA*, 30-05-1923).

La actitud de la opinión pública salmantina ante el reinicio de los avances, sostenemos que fue, a tenor de las concentraciones en la estación y de sus múltiples gestos caritativos, que ahora se verán, de visceralidad. Y aquí va el inicio, tan sólo eso, de la explicación: pudiera pensarse, a priori y equivocadamente, en una reacción inmediata entre conformista y eufórica, en la aceptación de la campaña de reconquista. Un conformismo, eso sí, distinto al exhibido durante la contienda de 1909, cuando el Ejército español sufrió su otro gran traspie en Marruecos, aquél en el Barranco del Lobo; un conformismo acompañado de mayor resentimiento, de un encendido y furioso afán de desquite –la euforia a la que apelaba Javier Ramiro de la Mata–, comprensible a juzgar por las colosales dimensiones de la catástrofe militar y política.

Sí; y es que, sin duda, se necesitaba entereza para conocer cuánta había sido la sangre derramada y, más aún, la que habría de correr por la Comandancia de Melilla; por de pronto, la opinión pública salmantina mostró su templanza: nadie salió a la calle para protestar; sino para secundar al Ejército. Para socorrerle con más ahínco que nunca. Y, además, el pueblo lo hizo espontáneamente, sin precisar los requerimientos de la prensa. Ésta, de hecho, se limitó a actuar únicamente como su comparsa, a sugerir formas de socorro y a aplaudir la generosidad ciudadana: y es que en aquellos momentos, apenas días de máxima tensión guerrera, no hacía falta más.

Ni siquiera fue menester, aunque así lo creyese el profesor Desvois, el empleo de la propaganda periodística para lograr la unanimidad de pareceres. Lo cual no significó que la opinión pública

salmantina contemplase con buenos ojos la “aventura marroquí”; ni muchísimo menos. A nuestro entender, el Desastre de Annual, después de muchos años de incontables sinsabores, provocó tales sentimientos de desengaño y amargura, que resulta insatisfactorio compaginarlo tan sólo con la tesis de la euforia. Otro elemento subyacía a esa voluntad de desquite. Defendemos, por consiguiente, que hay que perseverar en la búsqueda de una explicación: hasta dar con un sentimiento de miedo tan intenso como difícil de imaginar.

La guerra fue contemplada, ante todo, como un mal necesario; pero mal, al fin y al cabo. Por eso los gestos de apoyo para los soldados, vayamos ya concretando, no cesaron e incluso se mantuvo cierta rivalidad institucional por ofrecerles un creciente número de auxilios: “Si surgen dificultades para la gobernación de la cosa pública, no será ciertamente por la actitud de España, sino por el desacierto y la falta de capacidad de las esferas directoras” (Gómez Parra, *EA*, 01-02-1922).

No obstante, al mismo tiempo la opinión era cada vez más consciente de que no constituía obligación suya cubrir tantas necesidades de los combatientes: “¿Qué vamos a decir a esto, sino que es cierto que el Estado debiera proporcionar todas esas cosas?” (*LGR*, 18-11-1921). Aunque tanto *El Adelanto* como *La Gaceta Regional* continuaron dedicando muchas de sus informaciones a reseñar las más variadas iniciativas de apoyo solidario, no fue ésta la conducta adoptada por *El Pueblo*. Su oposición visceral a la guerra le había conducido, primero, al silencio y, posteriormente, a confesar que las incontables suscripciones le parecían vergonzosas. A mayores, a esta publicación le resultaba absurdo que, mientras Salamanca carecía de agua potable y sus calles estaban llenas de baches, sus gentes rivalizasen por costear un bombardero (*EP*, 28-08-1921).

Por otro lado, fueron ganando peso en la ciudad, paulatinamente, las voces que clamaban por la exigencia de responsabilidades. Así, el soldado Gómez Parra escribía esto en *El Adelanto*: “Ahora que estamos en camino de conseguir la justa reparación de los agravios inferidos por unos bárbaros, piensa la opinión, y piensa bien, que en este Desastre tiene que existir responsabilidad” (Gómez Parra, *EA*, 10-11-1921).

También en *La Gaceta Regional*, de un modo infinitamente más sutil, se empezó a dar cabida, tan pronto se reanudó el avance, al tema de las responsabilidades:

Ese patriotismo y explosión de ciudadanía que respecto al Ejército está asombrando, a quien siga el movimiento de donativos y ofrendas, es, por desgracia, flor de un día [...] Es preciso que no sólo remedemos los dolorosos efectos [...] sino que evitemos también las causas (Antón, *LGR*, 09-09-1921).

Sobreponiéndose al malestar, la Comisión Provincial de la Cruz Roja continuó con su incesante labor de apoyo a los soldados y sus familiares: el servicio de información sobre los expedicionarios funcionaba a pleno rendimiento (y se complementó desde octubre de 1921 con las notificaciones sobre los salmantinos hospitalizados) y una nueva forma de auxilio, consistente en el envío de dinero para los soldados de modo totalmente gratuito, también recibió una formidable acogida.

Igualmente, esta institución canalizó el envío a los jóvenes salmantinos de bolsitas individuales de cura. Muchos farmacéuticos donaron el material de más urgente necesidad para el combatiente. Y, coincidiendo con el inicio de la época de lluvias en el Protectorado, se puso en marcha un servicio para suministrar a los expedicionarios ropa de abrigo.

Al finalizar del verano de 1921, la Cruz Roja Salmantina, atendiendo a la voluntad del Ayuntamiento, nombró como madrina del batallón a Laura Rodríguez Vega, esposa de Blanco Cobaleda (uno de los máximos accionistas de *La Gaceta Regional*). La función de las madrinas de guerra, figura habitual en todas las provincias españolas, era servir como enlace entre los ofrecimientos y donativos populares y las necesidades militares del momento. Así que muy pronto se insertó en la prensa un listado con las necesidades más acuciantes de los luchadores (*LGR*, 27-10-1921).

Otra de las iniciativas humanitarias que mejor acogida recibió fue la solicitud de libros, fundamentalmente con contenidos morales y

patrióticos, para el entretenimiento de los soldados convalecientes. Y al aproximarse las celebraciones navideñas, las Damas de la Cruz Roja aceleraron los preparativos de regalos para el tradicional aguinaldo del soldado.

Mientras tanto, también esta fundación humanitaria ultimaba algunos detalles para el buen acondicionamiento de la futura Posta Sanitaria en el Molassín. Por entonces se desistió del propósito original de hospitalizar únicamente en ella a los soldados heridos y enfermos salmantinos. Ante el caos existente, se decidió, de modo lógico, que se auxiliaría a todos los soldados de paso por la provincia. Porque, en realidad, su desfile por la estación ejercía un duro impacto psicológico sobre los salmantinos (Serrano Piedecosas, *LGR*, 07-11-1921).

El 8 de diciembre fue inaugurado por el obispo este recinto. No obstante, el ambiente festivo de este día, incluida una solemne misa en San Esteban en honor de la Virgen de la Inmaculada, patrona de la Infantería, resultó bastante ensombrecido por el triste suceso de Ainhedid ya relatado (*EA*, 09-12-1921; Serrano Piedecosas, *LGR*, 09-12-1921).

Apenas transcurrido un mes desde la inauguración, en la Posta ya habían sido socorridos 1.500 hombres y hospitalizados un total de 44 individuos. Y al terminar enero de 1922, la cifra de auxiliados ya rozaba los 2.000 individuos, mientras que los internados eran 80.

No obstante, tampoco esta institución se vería libre de algunas censuras, fundamentalmente procedentes del pensamiento obrero. Este sector de la opinión pública argumentó, una vez superada la conmoción inicial tras el Desastre, que los proyectos caritativos de las Damas y Caballeros de la Cruz Roja estaban únicamente alimentados por su vanidad y censuraron la hipocresía que suponía el entregar constantemente donativos al Ejército de África mientras que se esforzaban por evitar, a toda costa, que sus hijos fueran a la guerra mediante el pago de la cuota.

Al término de 1922, la prensa recordaba que en poco más de doce meses de vida, la Cruz Roja había atendido a más de



cuatrocientos soldados en la Posta, y otros diez mil habían recibido atención primaria en la estación de ferrocarril (Trigo, *EA*, 08-12-1922). Más minucioso, sin embargo, había sido el balance publicado en su órgano oficial y referido al periodo comprendido entre octubre de 1921 y el 15 de junio de 1922. En él se cifraba en 5.566 el número de soldados socorridos durante el viaje hasta sus hogares; 771 los jóvenes hospitalizados; 928 las informaciones proporcionadas de estado y paradero; 1.122 paquetes postales enviados a África, etc<sup>48</sup>. Las cifras ofrecidas resultaban abrumadoras. El despliegue económico y logístico de esta institución fue enorme, aunque lamentablemente se carece de datos para lo que restaba de 1922.

La Cruz Roja provincial ocupó el primer puesto de Castilla y León en labores de auxilio a favor de los combatientes, y el séptimo de toda España (*EA*, 30-09-1923). Pero semejante actuación tuvo un alcance temporal limitado. En diciembre de 1923, ya en la etapa del Directorio, Zaballa, presidente de la institución, habría de notificar a la prensa local la clausura del Hospital. La afluencia de heridos y enfermos había descendido sensiblemente desde el invierno de 1921. Atrás quedaban las imágenes más amargas del conflicto. Desde entonces, los enfermos y heridos fueron desplazados hacia el Dispensario de la urbe<sup>49</sup>.

Por lo que respecta a la otra gran gestora de las iniciativas asistenciales con sello salmantino, la Comisión Patriótica de apoyo a La Victoria, ésta utilizó el remanente de los aeroplanos, para la adquisición de 1.200 sombreros de fieltro impermeable. Su directiva barajó también la adquisición de unos filtros de agua individuales y termógenos y acordó reservar algo de dinero por si se daba la circunstancia de que el Albuera tuviera que marchar también a África.

Los trabajos para la adquisición de los bombarderos seguían, además, por buen camino y la Comisión se esforzaba para que el rey acudiese al acto de donación. A finales de septiembre los dos

---

<sup>48</sup> *La Cruz Roja. Revista Mensual Ilustrada*, n.º 241, Año 24, Madrid, julio 1922, pp. 570-571.

<sup>49</sup> Fondo Documental de la Cruz Roja Española, Caja 579, Carta de Fernando D. Zaballa, 22 de diciembre de 1923.

aeroplanos llegaron a Cuatro Vientos. Sin embargo, la entrega hubo de posponerse unos días ante la ausencia del director general de aeronáutica para África. En tanto, los comisionados acordaron la adquisición de 1.200 colchonetas de campaña (finalmente fueron 1.050 debido a que parte del dinero se prefirió invertir en la fabricación de cincuenta capas impermeables, muy útiles para los servicios a cielo raso) y cinco carros-cubas.

La deseada donación de los aviones se realizó, al fin, con la presencia regia. Al acto acudió la Comisión Patriótica, el presidente de la Diputación Provincial y Diego Martín Veloz (*EA*, 30-09-1921; *LGR*, 01-10-1921).

Después de la entrada del general Cavalcanti en Tiza, la siguiente decisión reseñable de la Comisión Patriótica fue la concesión de treinta premios de cincuenta pesetas cada uno para los soldados que destacaron en dicha operación. Y también este organismo se comprometió a conceder un premio de 5.000 pesetas para el primer salmantino que obtuviese una laureada de San Fernando. En la misma sesión, se acordó el cierre definitivo de la suscripción patriótica para el 8 de octubre de 1921.

Coincidiendo con el inicio de la época de lluvias en Marruecos, los comisionados, en estrecha colaboración con la madrina del batallón, se ocuparon de la recolección de ropa de abrigo. Y, además, por boca del gobernador Polo de Bernabé, se le ofreció a la Cruz Roja el sostenimiento de cuarenta camas en el futuro Hospital del Asilo de Vega. Pero desde Guerra nunca llegó el reconocimiento oficial de este ofrecimiento, convirtiéndose en papel mojado. Así que el dinero destinado a este proyecto acabó siendo entregado a los soldados.

Al igual que en el caso de la Cruz Roja, al aproximarse la Navidad de 1921, los comisionados empezaron a organizar los regalos y donativos en metálico para el aguinaldo del soldado. Incluso, se abrió otra nueva suscripción popular para costear un altar portátil. Pero a pesar del activismo de la Comisión, ésta también topó con las presiones de algunos padres de “cuotas” y con la protesta de varios soldados que, por no pertenecer al batallón expedicionario del de La Victoria, no fueron beneficiarios de ningún donativo (*EA*, 13-02-1922).

En febrero de 1922, finalmente, la dirección acordó poner término a los donativos de material para el Ejército. El remanente de la suscripción, unas 50.000 pesetas, sería distribuido entre los expedicionarios. Por este motivo, a mediados de mayo, Pérez Cardenal, el tesorero, recibió unos listados procedentes de las Comandancias Generales de Melilla y Larache, con los nombres de 610 soldados de las cajas de reclutamiento de Salamanca y Ciudad Rodrigo, pertenecientes a las quintas de 1919, 1920 y 1921. Ellos serían los beneficiarios de la colecta. También otros regimientos, con varios salmantinos en sus filas, fueron merecedores de estas entregas en metálico y lo mismo ocurrió con treinta y cinco individuos que habían reclamado apoyo económico.

El 6 de agosto de 1922 se celebró la última reunión oficial de la Comisión Patriótica. En caja quedaban casi 4.000 pesetas. También éstas fueron distribuidas entre los treinta y cinco reclamantes aludidos, otra vez, y –he aquí algo que sorprende– entre los funcionarios de la Diputación y la Cruz Roja.

Entre las más tardías gestiones de auxilio a cargo de la Comisión Patriótica, figuraron variados obsequios para el relevo salmantino de 1922 y otro banquete-homenaje para los repatriados de 1919. Asimismo, los comisionados giraron algo más de 1.000 pesetas para López Ferrer, con el propósito de que fuesen distribuidas entre los rescatados de Axdir, y entregaron 100 pesetas más al primer ex-cautivo salmantino. Muy poco antes del golpe militar, por iniciativa extraordinaria de la Comisión, se abrió una última suscripción a beneficio del capitán Rodríguez Almeida, natural de Villar de Ciervo, que destacó en la defensa de Tifarautin.

A modo de gesto particular de apoyo a los combatientes, no puede faltar en estas páginas una alusión al viaje de Diego Martín Veloz a las Comandancias de Larache y Melilla, en octubre de 1921, para llevar a las tropas palabras de ánimo, quinina y obsequios de sus familiares; la velada teatral de un grupo de ferroviarios para costear una cama en la que acoger a un compañero herido en el Rif; las recolecciones estudiantiles de libros para “La Biblioteca del Soldado” (unos seiscientos al finalizar 1921); una suscripción iniciada por la Asociación General de Ganaderos; y otra suscripción de los

estudiantes de Medicina en beneficio del personal sanitario del de La Victoria.

### 6.3.3. ¿Merecemos estos gobiernos?

La simple formulación de las iniciativas de socorro resulta, qué duda cabe, agotadora. Pero, a diferencia de periodos previos, casi todos los gestos caritativos que siguieron al Desastre de Annual se presentaron encauzados desde, únicamente, dos instituciones. Y éstas, además, estaban integradas por personajes con relevancia política o muy estrechamente vinculados con el Poder. De aquí, las alusiones y repudio de *El Pueblo* al “patriotismo burgués”. Las ideas humanitarias, en esta ocasión, no brotaron en la mente de ocurrentes periodistas, deseosos de reconocimiento entre la opinión pública. Y ello, evidentemente, induce a interrogarse sobre las causas.

En efecto, la derrota militar afectó hondamente al sistema de la Restauración; dañó irreparablemente las relaciones entre el Poder y buena parte de los periódicos; y coadyuvó, al fin, al advenimiento de la Dictadura. La prensa fue ahora, en gran medida, la creadora de un estado de opinión marcado por la incredulidad y la hostilidad hacia los viejos partidos políticos. Porque temas tan delicados como el de las responsabilidades, el del rescate de los prisioneros y las repatriaciones fueron instrumentalizados para apoyar una determinada postura política. Mientras unos combatieron por responsabilizar al Ejército y al rey y así conseguir la instauración de una república (Unamuno sería en Salamanca el abanderado de esta causa), otros atacaron a los políticos del turno con el propósito de lograr la implantación de una dictadura militar. Si, además, se valora que la suspensión de garantías constitucionales distorsionó el marco legal en el que se desarrollaba la información, el resultado fue un estado generalizado de confusión.

Desde finales de 1921, superada la resaca ocasionada por la derrota, entre la opinión ganaron pujanza los pensamientos más pesimistas respecto al futuro del Protectorado. La “aventura marroquí” resultaba tradicionalmente agotadora y, para muchos salmantinos, incluso irritante. La desinformación y la propaganda, los continuos malentendidos y los conflictos militares parecían no tener fin, pero ello no había acarreado el surgimiento de un pensamiento anticolonialista.

Además, después del Desastre de Annual y tras un primer momento de estupor, la campaña patriótica del gobierno Maura logró la adhesión de la mayoría de las ciudades españolas. El líder conservador había aprendido la lección y ya no se ampararía únicamente en el empleo de la censura. La opinión pública fijó única y ávidamente su mirada, durante algunos días, en la suerte de los luchadores de Monte Arruit (tiempo después, cuando se intentase dilucidar el nombre de los responsables de la catástrofe, la controversia sobre la posibilidad de haber socorrido esta plaza traería mucha cola); así que la movilización de los refuerzos se practicó de modo más efectivo que en 1909, sin afectar a los reservistas; y tanto la prensa como la izquierda se hallaron atónitas, con nula capacidad de reacción. Por tanto, y es algo que se reitera, compartimos con el investigador Pablo La Porte la idea de que Annual ofreció una ocasión idónea para poner en marcha un cambio de rumbo en la vida política de la Restauración. Sin embargo, no se aprovechó.

Pero cabe preguntarse si realmente la aversión de la opinión pública hacia la guerra se evaporó en los meses inmediatos al Desastre. ¿Por qué?, ¿qué papel asumió el Poder en este vuelco?, ¿o el vuelco fue tan sólo aparente?, ¿puso la prensa cierto empeño en convertir este sentimiento de malestar en invisible?, ¿actuó por puro convencimiento o reaccionando ante las presiones del censor de turno?

Una vez examinada la gran cantidad de información publicada, se cree que la reacción de los salmantinos ante la derrota militar fue instintiva –el vocablo empleado anteriormente fue “visceral”– y los periodistas no tuvieron inicialmente que esforzarse para convencer a la opinión de la necesidad de responder al ataque rifeño. Lo hizo aquel escalofrío que sacudió al país. Tras la estupefacción y paroxismo de las primeras jornadas, tras la carnicería de Monte Arruit, el desquite sirvió como motor de la opinión pública.

Y, por cierto, abundando en la idea del desquite, desde una perspectiva exclusivamente militar, autores como Dionisio Viscarri lo vinculan directamente con el nacimiento del fascismo en España. Según este investigador, Annual significó el nacimiento de “un Ejército colonial brutalizado y endurecido, sin límites de comportamiento [...] El deseo de venganza tras la carnicería de Annual fue el gran motivador de la contraofensiva española, pero

servió para justificar los peores excesos y represalias” (Viscarri, 2004, 55).

Cuando se reanudaron los debates parlamentarios, iniciada la reconquista y conocidas las primeras estimaciones sobre el número de víctimas, la belicosidad ciudadana empezó a decaer. Y fue entonces cuando la prensa dinástica intentó asumir como propia la tarea de mantener viva la llama de la venganza. Pero su eficacia no fue comparable, ni por asomo, a la lograda en 1909.

Una evidencia: los diarios habían descrito, recuérdese, la primera despedida del de La Victoria en la estación ferroviaria, durante aquel verano de 1921, como un momento sumamente emotivo, en una atmósfera de ansiedad, cierto, aunque sin incidentes. Tanto para *El Adelanto* como para *La Gaceta Regional* la presencia masiva de gentes en la estación había sido una clara demostración de que la voluntad de resarcir el honor de la patria imperaba sobre cualquier lamento de los familiares.

Resulta más lógico, en cambio, entender la multitudinaria asistencia de gentes a la estación ferroviaria como un gesto de pura compasión, una sentida despedida para aquéllos que eran enviados al “matadero”. Y desde un enfoque comparado, de hecho, un año después, con motivo del envío de otros soldados salmantinos al Rif, la población acudió nuevamente a la estación pero ya entonces *El Adelanto*, tras un ejercicio interno de reflexión y después de varios desencantos, obvió cualquier referencia al fervor patriótico de las masas. Ocultar el rechazo que la conflagración generaba se estaba convirtiendo, por tanto, en una tarea progresivamente más difícil. Y más para una redacción con tan marcada tendencia a las fracturas ideológicas como ésta.

En realidad, el diario progresista, superada la conmoción inmediata al descalabro, no cuestionó el derecho que asistía a los españoles para intervenir en el territorio marroquí, pero sí admitió la posibilidad de que las políticas hasta entonces desempeñadas hubiesen sido erróneas:

La empresa de penetrar pacíficamente en el Rif no ha sido nunca un problema, sino sencillamente una cuestión difícil, de identificación, de habilidad, de un estudio previo y sincero [...] Deberíamos haber empezado por respetar y robustecer las costumbres rifeñas y dar autoridad a sus propios jefes, sin querer ni pretender bruscamente imponer nuestro criterio” (Gómez Parra, *EA*, 26-12-1921).

El descontento fue dando paso a la amargura y los temas más espinosos de la vida nacional pasaron a ocupar la primera plana informativa. Toda la prensa local analizada, al unísono, aunque con distintos intereses y expectativas, acabó subiéndose al carro de la exigencia de responsabilidades. Se aproximaba, consecuentemente, el fin de la tregua con Antonio Maura.

Acerca del expediente Picasso y de los debates ministeriales y parlamentarios sobre las causas de la derrota militar, los salmantinos dispusieron de las frecuentes aunque breves informaciones de las secciones de noticias telefónicas y telegráficas. En ellas se reseñaron las controversias generadas por el empleo de tropas indígenas; se refirió el estado de desabastecimiento de muchos blocaos y el pésimo funcionamiento de los servicios sanitarios; se discutió la actuación de las Juntas de Defensa; se polemizó a propósito de las difíciles relaciones entre los generales Berenguer y Silvestre, las habituales confrontaciones entre los Ministerios de Guerra y Estado; se reprodujeron algunos de los más incisivos discursos de Indalecio Prieto... De este modo, la opinión pública pudo conocer que en la línea avanzada de Melilla había casi 130 posiciones, defendidas por soldados bisoños, con pésimo armamento, y que la mayoría tenía enormes problemas para abastecerse de agua.

Desde finales de 1921, sin embargo, el debate ya se percibía como algo inútil y hasta perjudicial. Éste no hacía sino ensanchar la brecha entre la opinión pública y los políticos: “Se han cerrado las Cortes por decreto, y ahí queda muerto ese debate, como se suponía, sin que se vislumbre nada de depuración de responsabilidades” (*EA*, 24-12-1921). Y de hecho, a lo largo de 1922, cada vez que afloró este asunto entre las páginas de la redacción liberal, se convirtieron en habituales las alusiones a la “malhadada aventura marroquí”; también

se intensificaron los ataques al incoherente ejercicio de la censura; y el rechazo al enorme coste que suponía la prolongación de la guerra.

El 18 de abril de este año, la comisión Picasso concluyó su investigación. Ésta se limitaba al análisis de los errores técnicos que condujeron a la derrota, pero obviaba de modo intencionado cualquier responsabilidad política. Cuando, a punto de cumplirse el primer aniversario de Annual, *El Adelanto* supo que varios mandos militares serían procesados, su reacción fue de desconfianza:

Es tal la poca fe que tenemos los españoles en la administración de justicia y mucho más cuando se trata de personajes de viso que, cuando a raíz de la derrota de Melilla, se dijo que se iban a exigir seriamente responsabilidades, el país acogió con un gesto de incredulidad la noticia y, atento sólo a vengar el honor nacional, no se preocupó de que se exigieran o no esas responsabilidades (“A.”, *EA*, 12-07-1922).

En efecto, el mencionado órgano judicial, bajo la presidencia del general Aguilera, y después de estudiar durante tres meses el expediente, aprobó el informe provisional de la comisión Picasso. Acordó procesar a treinta y nueve militares más de los ya citados en el informe, que sumaban treinta y siete; y recomendó el procesamiento de Berenguer y de Navarro, en caso de ser éste rescatado. Berenguer dimitió en el acto.

El 21 de julio de 1922, casualmente un año después de la desbandada de Annual, una comisión especial de las Cortes, integrada por once conservadores y diez liberales, fue designada, por iniciativa de Sánchez Guerra y ante las continuas embestidas de Indalecio Prieto, para estudiar el informe Picasso y emprender la investigación de las responsabilidades políticas. En este contexto, se exacerbarían divergencias, arrastradas desde hacía años, entre junteros y africanistas.

Es fácil atisbar en el fragmento anterior que tras la desconfianza se ocultaba una mala conciencia de la redacción por su respuesta inmediata tras el Desastre. Por eso, “A.” intentaba evadir las



posibles responsabilidades de la prensa, y también de la opinión pública, apelando a la obligación de los gobiernos de orientar a su país. Berenguer resultaba ser ahora un completo desconocido:

Fue presentado a España como un militar prudente, sin vacilaciones ni temores, como un profundo conocedor de la cuestión [...] Y en julio de 1921 [...] de la confianza absoluta pasamos a la impresión dolorosa de un derrumbamiento que aturdiría a la nación [...] La responsabilidad, más que de Berenguer, es de sus valedores [...] Un gobierno, que tiene un cuerpo consular y diplomático, un Ministerio de Estado y un Ministerio de Guerra a su disposición, no puede padecer engaños, por lo menos, durante largo tiempo. Y si esto no debe ocurrirle a un gobierno, a seis, muchísimo menos (“A.”, *EA*, 19-07-1922).

Todos los gobernantes que habían amparado a Berenguer eran situados, así pues, en la picota. Pero ¿se darían éstos cuenta de que el mandato del Alto Comisario tampoco jamás había sido cuestionado desde la prensa? Se cumplía un año de la debacle y *El Adelanto* ya no estaba dispuesto a secundar, a todo trance, al Poder. Era el sálvese quien pueda.

Y es más, seguramente para poner remedio a esa mala conciencia, a los pocos días, el 28 de julio de 1922, “A. R. A.” sacaba a la luz la más dolorosa y peliaguda derivación del debate sobre las responsabilidades. Esto es, el controvertido rescate a Monte Arruit:

Todavía no se ha aclarado quién fue el culpable de que no se socorriera a Monte Arruit, ni se ha demostrado que no pudo socorrérseles. Y por eso, en esta fecha de aniversario luctuoso, nosotros queremos recoger el anhelo del país de que las responsabilidades sean depuradas (“A. R. A.”, *EA*, 28-07-1922).

Se empezaba a apuntar hacia el ámbito político. En la capital, sin embargo, la instrumentalización de Monte Arruit fue más temprana y, en algunos casos, muy interesada. De hecho, *El Sol* se

había apresurado a emplear este enclave para salvaguardar el honor de Berenguer: “El general Berenguer hubiera querido salvar a Navarro y a toda su columna [...] Pero, ¿qué se puede exigir a un hombre que, en circunstancias como las actuales, no tiene ni artillería buena, ni ametralladoras [...] ni hombres?” (*ELS*, 12-08-1921). También en Barcelona, *La Vanguardia* adoptó el mismo proceder: “Sentimos desgarrado el corazón [...] No vea nadie en estas palabras una censura para el alto mando [...] Nosotros admiramos su prudencia” (*LV*, 12-08-1921). Y un mes después, con tono mucho más épico, *El Debate* apostilló: “¡Echar una sombra de culpa sobre los que no podían romper el cerco de Melilla para salvar a los hermanos vencidos! ¡Eso no! [...] Era más lo que podíamos perder que lo que pensábamos ganar” (Arqués, *ED*, 04-09-1921).

Todos estos rotativos supieron vislumbrar, así pues, que este asunto, el ansiado rescate de los situados en Monte Arruit, sería el punto más comentado, el más crítico para Berenguer, cuando llegase el momento de la depuración de responsabilidades. Y, en efecto, diarios como *El Imparcial* no titubearían luego al reconocer como “notorio e indiscutible el fracaso del caudillo” (*EI*, 11-07-1922). De todos modos, ello no fue obstáculo para simultáneamente reconocer la existencia de enormes responsabilidades políticas (*EI*, 04-01-1923).

Periódicos como *El Sol* reparaban también en el hecho de que “en otros pueblos, desastres parecidos han sido la causa de grandes trastornos, revoluciones incluso” (*ELS*, 25-11-1922). Mientras, *La Vanguardia* había reclamado que “la ejemplaridad es, a nuestro juicio, lo principal” (Sánchez Pastor, *LV*, 07-12-1922). El miedo se propagaba rápidamente. Por eso, aunque los procesamientos de Berenguer y Navarro fueron bien recibidos, la desesperación fue la nota dominante entre los redactores del diario de Núñez Izquierdo: “Estando todos convencidos de que no se pueden exigir las responsabilidades y no queremos exigir las, se representa en ambas Cámaras una función de espectáculo” (“M.”, *EA*, 02-12-1922).

A finales de 1922, la celebración en Salamanca de una manifestación pro-responsabilidades, encabezada por Miguel de Unamuno, recibió una notable atención en las páginas de *El Adelanto* y de ella se efectuó un balance bastante positivo (*EA*, 02-01-1923). El alcalde, Anaya, respondía así a una iniciativa del Ateneo de Madrid y

encontraba pronto el apoyo de casi todas las asociaciones ciudadanas, organismos políticos, la Universidad y el vecindario<sup>50</sup>. El acto, emulación de otro habido en Madrid el 10 de diciembre, concluyó con la entrega al gobernador civil de unas conclusiones para que se las hiciera llegar al marqués de Alhucemas. Pero no resultó tan concurrido como se esperaba debido al frío y la lluvia. O, al menos, eso subrayó el órgano liberal.

Desde luego, semejantes gestos reivindicativos por parte de la opinión pública no bastarían para hacer efectiva la depuración de culpas. En un intento por simplificar el asunto, la redacción terminaría apostando por un proceso de revisión de las grandes fortunas hechas en Marruecos. Pero realmente nunca confió en las posibilidades del mismo (EA, 11-05-1923). Al cumplirse el segundo aniversario del Desastre, el órgano liberal seguía implorando justicia, pero su tono resultaba desolador: “El pueblo español pide cuentas a los que dispusieron de sus vidas y de sus dineros [...] No reclama crueles venganzas, pero sí justicia para todos” (EA, 20-07-1923).

La opinión pública salmantina deseaba “la imposición del debido castigo a los responsables [...] también pide que acaben las locas aventuras guerreras y comience una nueva y anhelada era de paz y de tranquilidad” (EA, 12-08-1923). Ahora bien, ¿cómo? Sólo de un modo: finalmente, el diario de Núñez Izquierdo se convenció de la necesidad de abandonar las políticas de medias tintas y de optar por una acción contundente.

De hecho, en los días inmediatamente previos al golpe, la apuesta por la fuerza bruta parecía clara:

Por no entender cuál era nuestra verdadera misión en Marruecos y cuáles eran los fines del Protectorado, emprendimos la política que se inició en el Barranco del Lobo en 1909 y culminó en Annual en 1921; por no entender cuál era nuestra significación en

---

<sup>50</sup> Aunque la iniciativa del Ateneo había sido trasladada hasta el Ayuntamiento por el concejal Santa Cecilia: *Actas de las Sesiones Municipales*. Archivo Histórico Municipal, vol. 1922-1923, fol. 469 (r)-470 (v).

Marruecos, dejamos transcurrir los años de la guerra europea, cuando sin sangre y sin enredos internacionales pudimos y debimos ocupar toda nuestra zona de Protectorado, y resolver como era justo la cuestión de Tánger (EA, 02-09-1923).

Las reuniones de salmantinos contra la guerra concentraron buena parte de la actualidad informativa entonces. En junio se celebró una asamblea de Cámaras de Comercio en Valladolid. Como representante de la institución salmantina, asistió el señor Zurdo, que disertó largamente sobre el problema, recalcando lo doloroso que resultaba el conflicto para la opinión pública (EA, 15-06-1923). Y al inicio de septiembre de 1923 se registraron otros dos actos organizados por la Federación Obrera: hubo una protesta el día 2, en la Casa del Pueblo; y otra, el día 5, en el Centro Ferroviario (EA, 04-09-1923). *El Adelanto*, indignado, sostuvo con determinación que el abandono constituía una burla, una traición a la memoria de los fallecidos (EA, 06-09-1923).

En el caso de *La Gaceta Regional*, nunca tan proclive como *El Adelanto* para adentrarse en el tortuoso sendero del relativismo ideológico, fueron prácticamente inexistentes las señales que revelaron un sentimiento de rechazo público hacia la guerra. Éstas no merecieron más que desprecio.

De entrada, su atención hacia el asunto de las responsabilidades fue algo más tardía que la prestada por el órgano de Núñez Izquierdo, pero su preocupación resultó mayor (LGR, 10-08-1921). Además de la sección de informaciones telefónicas y telegráficas, muchos editoriales de primera página e informaciones de “Hacia el Protectorado” redundaron en el tema y, también, se reprodujeron cuantiosos fragmentos del expediente militar. De la lectura de todas estas páginas, se deducía que la implicación de los militares africanistas, y muy especialmente del general Dámaso Berenguer, en la derrota fue una cuestión secundaria, incluso disculpable, ante las responsabilidades políticas, la inmoralidad reinante en la vida pública y la errónea actuación de las Juntas de Defensa (LGR, 24-11-1922). Idéntica fue la postura sostenida, en la Corte, por *El Debate*: “Las responsabilidades que se han de exigir y hacer efectivas no son solamente las militares, sino también las civiles

[...] Las causas de la catástrofe las aprobaron y toleraron los gobiernos” (*ED*, 21-08-1921).

La noticia del procesamiento del general provocó extraordinario desagrado entre los miembros de esta redacción (*LGR*, 08-07-1922); nada similar al relativo alivio experimentado en *El Adelanto*. Entre los redactores de *El Debate*, curiosamente, la concesión del suplicatorio, también sería contemplada como un primer paso en el buen camino (*ED*, 21-11-1922). Pero pronto descubrieron los reporteros de *La Gaceta* que apuntando hacia esferas superiores del Poder, la responsabilidad de éste quedaría diluida:

¿Es posible que nadie tenga culpas, que nadie se halle ligado por negligencias, desórdenes, cobardías, yerros y malas voluntades a la desgracia de nuestra inmensa e histórica derrota del año 1921? [...] Y es que el Parlamento no vale absolutamente para nada, ni para bien legislar, ni para juzgar, ni para inspeccionar, ni para cosa alguna de provecho (*LGR*, 02-12-1922).

Al socialismo le tocaría igualmente su parte de culpa. Así, coincidiendo con el anuncio de la manifestación pro-responsabilidades, *La Gaceta* no escatimó comentarios críticos por considerar que el acto estaba alimentado por grupos revolucionarios, causantes de la desmoralización del Ejército: “Se quiere pedir con esa manifestación que se exijan responsabilidades por el Desastre de Marruecos, y son sus organizadores los primeros que están incurso en responsabilidad” (*LGR*, 05-12-1922).

Desde esta óptica, la institución castrense y su oficialidad, más que culpables, eran víctimas (Lobera, *LGR*, 20-01-1923); y de la denuncia de la corrupción del sistema político a la apuesta por la dictadura, evidentemente, mediaba un paso. En abril de 1923, por ejemplo, se señalaba: “Lo de Annual fue un detalle, todo lo triste que se quiera, pero un detalle” (“E.”, *LGR*, 14-04-1923). Además, el Vizconde de Eza quedaba libre de cualquier tacha; y la investigación de fortunas, se sentenciaba, no conduciría a ninguna parte (“E.”, *LGR*, 17-05-1923).

La ferocidad exhibida contra el pensamiento obrero al hilo del debate sobre las responsabilidades se incrementó significativamente a lo largo del verano de 1923: “Subleva el ánimo la mojiganga de las responsabilidades; el ver convertidos en fiscales y juzgadores a los delincuentes de tanto y tanto atentado contra la paz pública” (*LGR*, 13-07-1923). Más aún, en agosto, tras el acto de insubordinación en Málaga, Mirabal volcaba su ira contra los propagandistas y defensores de la sedición militar:

Lo que se dice y lo que se escribe, no se dice ni se escribe para que el viento se lo lleve, ni se dice ni escribe para inconscientes. El que oye y el que lee, retiene y asimila las ideas; y las ideas son para mover la voluntad con arreglo a ellas; de ahí la ilicitud de las nocivas (Mirabal, *LGR*, 25-08-1923).

De paso, obviamente, enfatizaba la enorme influencia política de la prensa y de los líderes de opinión. La campaña contra el pensamiento socialista llegó a su culmen en septiembre<sup>51</sup>, muy pocos días antes del alzamiento militar y con motivo de la celebración de las dos manifestaciones obreras en Salamanca (“E.”, *LGR*, 03-09-1923). Y es que esta redacción siempre concibió el abandono como una utopía y fue constante en su demanda de una acción militar rápida, enérgica y decidida (“E.”, *LGR*, 07-09-1923).

Junto al tema de las responsabilidades, el asunto de los “cuotas” también desgastó enormemente a los gobiernos. En el caso particular de Salamanca, conociendo la fuerte presencia de los mismos en el batallón expedicionario del de La Victoria, no cabe duda de la trascendencia de las reivindicaciones de sus familiares como

---

<sup>51</sup> Cabe precisar que *El Socialista* no secundó lo ocurrido en Málaga, sino que tildó a los insubordinados de jóvenes irresponsables (*ESO*, 27-08-1923). En cambio, diarios como el nacionalista *Aberri* sí que apoyaron a estos sublevados: “¿Quién será más traidor o más patriota? ¿El español que se empeña, contra toda justicia, en sostener una guerra que solamente ruina y deshonor está acarreado para España o el que abomina de ella?” (ápuđ Madariaga, 2005, 200). *Aberri*, además muy solidarizado con Abd-el-Krim y su causa, aprovechó este suceso para lanzar un ataque contra el órgano del PSOE.

condicionante de la actitud ciudadana ante el conflicto. Entre los periódicos de tirada nacional, de hecho, el protagonismo otorgado a este asunto fue bastante menor. Se tiene constancia de que *El Debate* comenzó a solicitar la repatriación al término de 1922. Y, de hecho, para ello recurrió al lema de los socialistas “Ni una posición más, ni un hombre más” (*ED*, 19-11-1922). Volvería, además, a esgrimir este eslogan en el verano de 1923 (*ED*, 01-08-1923). Años atrás, concretamente en 1914, hágase memoria, el integrismo salmantino había empleado también esta estrategia de desgaste. Ahora quedaba abierta la veda contra Sánchez Guerra. En el caso de *El Sol*, en febrero de 1923, gobernando ya el conglomerado liberal, también se localiza una clara solicitud de repatriación (*ELS*, 01-02-1923).

La legislación sobre el servicio militar había topado tradicionalmente con la oposición del movimiento obrero, para el que la diferenciación entre el soldado de haber y el soldado de cuota equivalía a convertir la guerra en una esclavitud para el pobre. Lo novedoso fue que después del Desastre de Annual, también los sectores sociales económicamente más pujantes sufrieron las penalidades de la lucha armada y su deseo de venganza se entibió. Por esta razón, desde que se extendieron los primeros rumores sobre la inminente implantación de un protectorado de índole civil –en el momento del replazo de Berenguer por Burguete–, los padres de los soldados de cuota intensificaron sus demandas a favor del retorno de sus hijos. En particular, las madres de estos jóvenes se vincularon estrechamente con el movimiento conocido como Cruzada de Mujeres Españolas, presidido por Carmen de Burgos (*EA*, 22-07-1922).

El 30 de julio organizaron un mitin multitudinario en el Teatro de la Comedia. Siguiendo su ejemplo, también las madres y hermanas de expedicionarios salmantinos quisieron organizar una manifestación para solicitar el fin de la guerra. Pero toparon con la prohibición del gobernador civil, que amenazó con juzgarlas militarmente. Desde *El Liberal*, por cierto, Unamuno se apresuró a acusar a Martín Veloz por actuar en la sombra para impedir el acto: “Aquí no hay peligro alguno mayor que en Madrid para el orden público [...] Ni aunque algún pobre supuesto cacique, más grotesco que terrible, y atacado de manía persecutoria, se crea otra cosa” (Unamuno, *ELI*, 04-08-1922). Aún así, el 25 de marzo de 1923 tuvo lugar, y en esta ocasión exitosamente, una asamblea multitudinaria en la Cámara de Comercio de los padres

de “cuotas” correspondientes a los reemplazos de 1920 y 1921. Como éste ya era su tercer año de servicio en filas, los demandantes se dirigieron al ministro de Guerra para exigir su repatriación (*EA*, 27-03-1923). Muy implicados con el movimiento análogo que se desarrollaba a escala nacional, pronto también reclamaron de Alcalá-Zamora una fecha exacta para el regreso de los soldados.

La fecha, ya ha quedado expuesto, hubo de retrasarse en varias ocasiones porque las negociaciones de Castro Girona con las cábilas rifeñas no marchaban por buen camino. El resultado de todo ello fue un creciente desconsuelo ciudadano. Pese a que el ministro se comprometió, a mediados de mayo, a firmar urgentemente la repatriación y licenciamiento de los soldados del reemplazo de 1920, finalmente éste no se produjo antes del golpe (*EA*, 12-05-1923). Al margen de este movimiento, y con un apoyo mediático muy inferior y no correspondido con su representatividad social, también los familiares de los soldados de haber iniciaron una campaña reivindicando el pronto retorno de sus seres queridos y el abandono del Protectorado (*EA*, 13-08-1922; 04-09-1922)<sup>52</sup>

Excepcionalmente, en el seno de *La Gaceta* se produjo una escisión en lo tocante al asunto de los “cuotas”. Así, por una parte, algún redactor defendía esta figura legal y privilegios, contradiciendo los estereotipos pregonados desde el mundo obrero:

Se dice que no se pueden establecer categorías para ir a la guerra [...] Si se hiciese una estadística profesional de estos soldados, se vería cuántos obreros hay entre ellos [...] Es una maniobra hábil decir que se defiende a los ricos contra los pobres. Se defiende a los

---

<sup>52</sup> Es una pena que *El Pueblo* ya no se editase en estas fechas, dado que sería un instrumento idóneo para conocer con amplitud el estado de la opinión obrera en estos controvertidos meses. De todos modos, se puede suponer su entusiasmo ante esta vigorosa reacción ciudadana, si se recuerdan los comentarios formulados en julio de 1922, a propósito del mitin suspendido por el gobernador civil: “Es el colmo de la imbecilidad pretender llevar a las tierras extranjeras una civilización de la que nosotros carecemos [...] Seguid, mujeres nobles, pidiendo la terminación de la guerra” (Alfaraz, *EP*, 22-07-1922).



pobres, a los más pobres de todos, los soldados, porque son los que sufren más intensamente las penalidades de la vida de campaña (*LGR*, 27-03-1922).

Sin embargo, también en el diario conservador se localiza el ejemplo de otro columnista que se opuso a semejantes iniciativas de los padres de “cuotas”, ya que, según su criterio, anteponían su conveniencia particular al honor de la patria:

Las guerras no se hacen nunca, no pueden sostenerse nunca y se pierden siempre cuando el pueblo las odia, cuando no les presta el maravilloso talismán de su entusiasmo [...] Piensen que su actitud desmoraliza al soldado [...] Saber esperar es la más grande de todas las virtudes (*LGR*, 27-07-1922).

El aterrizaje en la presidencia de García Prieto aunó pareceres y el diario conservador también se sumó a la oleada popular que exigía su repatriación urgente. Semejante conducta constituyó, sin duda, un instrumento sencillo y muy eficaz para desprestigiar a la concentración de izquierdas (*LGR*, 22-12-1922).

Las dilatadísimas gestiones para el rescate de los prisioneros de Axdir, en tercer lugar, generaron muchísima ansiedad y expectación. Las iniciativas públicas y privadas se sucedieron, sin éxito, desde el verano de 1921<sup>53</sup>, pero únicamente se vislumbró un cambio con la llegada de la concentración liberal al Poder. El ministro de Estado, Santiago Alba, confió oficialmente a Horacio Echevarrieta las negociaciones para la liberación. Llegó éste a la bahía de Alhucemas el 24 de enero de 1923 y en menos de una semana logró la liberación de los 367 cautivos supervivientes.

*El Adelanto* había defendido en varias ocasiones y prontamente la necesidad de proceder al rescate de los soldados supervivientes de

---

<sup>53</sup> Algunos rescates fueron gestionados desde la Oficina Central de Asuntos Indígenas de Melilla; otros, por los propios familiares; también cabe mencionar los trabajos de Manuel Fernández Almeida, delegado de la Cruz Roja, y las labores del marqués de Cabra y el padre Revilla.

la Comandancia de Melilla: “¿Es que alguno de esos desgraciados no supo cumplir con su deber? Eso no es razón para dejarlos en el cautiverio [...] ¿Es que se teme que alguno de ellos pueda, después de ser rescatado, enredar con sus declaraciones la madeja de las responsabilidades?” (EA, 02-11-1921).

Se hizo habitual la publicación testimonios en los que se relataban las circunstancias de su penosa existencia: el limitado espacio del que disponía cada individuo, la paupérrima alimentación, la insalubridad del alojamiento, los maltratos inferidos por los guardianes, los trabajos forzados, etc. En la práctica, estas noticias generaron mucho alarmismo. Las posibles consecuencias que la liberación del general Navarro pudiera tener en el pleito de las responsabilidades no parecieron preocupar en exceso. Pero sí hubo división de pareceres al conocerse el método con el que finalmente Alba y Echevarrieta hicieron efectivo el rescate en enero de 1923. *El Adelanto* lo aplaudió: “Era ya hora del rescate; iba siendo vergonzoso para una potencia europea, el suplicio de unos soldados españoles sometidos a prisión por unas cábilas del Rif” (EA, 24-01-1923). Lo mismo harían periódicos madrileños como *El Socialista* (ESO, 05-02-1923). Y también la alegría sería enorme en la redacción de *El Imparcial* (EI, 28-01-1923). Durante algunas semanas, el periódico local concedió bastante de su espacio a los testimonios de los rescatados y, sobre todo, a los relatos de los tres salmantinos liberados: el soldado Pedro de Dios, natural de Tejares; el aviador José García Peña y el también soldado Sotero Villalba, ambos de la capital (EA, 28-01-1923; 30-01-1923; 27-02-1923).

La satisfacción producida por la liberación resultó muy pasajera, efímera, entre la opinión conservadora, ya que el proceder del gobierno español en esta cuestión se juzgó vergonzoso (Barreto, LGR, 23-01-1923). Otra vez, el paralelismo más evidente con la prensa nacional, y pese a tratarse de un órgano defensor del protectorado civil<sup>54</sup>, nos lo ofrece *El Sol*: “El rescate no es un hecho

---

<sup>54</sup> Luis Olariaga escribiría en agosto de 1923, poco antes del pronunciamiento militar, lo que sigue: “Tratar de persuadir al país de que tenemos un instrumento eficiente de conquista para una empresa tan especial como la de Marruecos, y que si no ha dominado hasta ahora aquel territorio es porque

glorioso, pero ha sido el cumplimiento de un deber” (*ELS*, 01-02-1923). *La Vanguardia* tampoco distó de este planteamiento: “Por lo visto, no había otro medio de conseguir la libertad” (Sánchez Pastor, *LV*, 01-02-1923). Ni lo hizo el *ABC*: “No es un trance que se pueda aceptar sin amargura” (*ABC*, 28-01-1923). En cambio, *El Debate*, en esta coyuntura, se mostró medianamente complaciente. Por este motivo, la redacción señaló: “Todos los españoles nos congratulamos del regreso” (*ED*, 28-01-1923). Eso sí, al lado de la noticia insertaba un recuadro con la cifra abonada por el rescate. Todo para que resultase muy visible.

Además de que el dinero entregado a Abd-el-Krim podría emplearse en la adquisición de armamento, la opinión conservadora juzgó el pago de un rescate como algo humillante, más aún a sabiendas de que el caudillo rifeño sólo aceptó recibirlo de manos de un particular: “Abd-el-Krim ha concluido, sellado y agrandado con esto su triunfo sobre España, y la sangre de ésta no queda vengada, y su corona yace manchada entre el lodo marroquí, sin que haya osado ningún español a levantarla” (*LGR*, 29-01-1923).

Por lo que respecta a *El Pueblo*, este semanario encabezó en Salamanca, junto con Miguel de Unamuno, la campaña periodística contra la Guerra del Rif y contra la multitud de actos patrioterros desarrollados en aquellos días posteriores a la debacle de Annual: “[El conflicto] priva a millares de madres de sus queridos hijos, a la hacienda nacional exhausta con seis millones diarios de gastos, a la industria y al comercio de valiosos artistas, y al campo yermo por falta de brazos para cultivarlo, envejeciendo España” (Lozano, *EP*, 04-03-1922).

La redacción obrera consideró el expediente Picasso como una entelequia de la que no se derivaría ninguna culpa. En realidad, desde el mismo momento en que se conocieron las noticias desastrosas de la Comandancia de Melilla había exigido responsabilidades. No obstante,

---

no le han dejado correr la pólvora a sus anchas, es de un lamentable cinismo [...] No se puede hablar de que en Marruecos haya fracasado la acción civil, por la sencilla razón de que todavía no se ha intentado” (Olariaga, *ELS*, 13-08-1923).

no emprendió una campaña reivindicativa constante, a sabiendas de que habría topado con la inmediata actuación del censor. Aunque, eso sí, la manifestación pro-responsabilidades, en diciembre de 1922, fue presentada como un éxito; pero más que obrero, institucional:

Por iniciativa del Ayuntamiento, se celebró en ésta la manifestación proyectada, por cuyo éxito tanto empeño y celo ha desplegado el alcalde señor Anaya.

Y dicho sea, en honor a la verdad, en la manifestación estaban representadas todas las entidades y organismos que constituyen la vida activa de nuestra ciudad, aun cuando la manifestación, a pesar de ser bien nutrida, no lo fue tanto como el acto requería (*EP*, 13-01-1923).

Abundando en el significado de la manifestación, alguien llegó a calificarla de “acto de suicidio colectivo”. ¿Por qué? Porque rechazaba los sentimientos que alimentaban a los manifestantes no socialistas:

Una gran parte iba forzada por el peso tan enorme de la vergüenza que supone su indiferencia, pero que en su alma no ha existido un átomo de sentimiento humanitario ni para sus mismas entrañas que estarán podridas a estas horas en el maldito cementerio africano (“Un manifestante”, *EP*, 13-01-1923).

Annual y el debate subsiguiente habían servido para ahondar la brecha y los resentimientos entre la “Salamanca burguesa”, la de Martín Veloz, y la “Salamanca obrera”, a ratos liderada por el esquivo Unamuno. La fractura se manifestaba, incluso, a la hora de reivindicar algo deseado por todos: la depuración de responsabilidades. Se hallaba en juego, en el fondo, el futuro del régimen político.

Para concluir, la publicación obrera se limitó a recibir con alivio la tan esperada noticia del rescate de los prisioneros:

Se ha llevado la alegría a no pocas madres, esposas e hijos, que durante los largos meses del cautiverio, tanto lloraron la triste desgracia de sus deudos. Demos, pues, todo por bien empleado [...] Después de la hecatombe, después del Desastre, del que existen no pocos responsables, con el rescate de los prisioneros ha llegado un poco de alegría (“Andrés de España”, *EP*, 24-02-1923).

Pero sólo un poco, efectivamente; porque el problema africano estaba lejos de resolverse en sus vertientes tanto militar como política. De todos modos, aquí concluye el análisis de este semanario. Si bien subsistió hasta 1927, durante los años de la dictadura, muy vigilado por la censura, mantuvo una actitud de completo silencio ante el problema africano.

#### **6.3.4. Miguel de Unamuno: líder anticolonialista en la Salamanca de los años 20**

Miguel de Unamuno fue una figura de gran trascendencia para la literatura, la filosofía, la universidad, la política, el periodismo e, incluso, muy habilidoso con el dibujo y la papiroflexia. Hombre increíblemente polifacético, fue además el más genial “estratega de café” de nuestra historia.

Acerca del periodismo, creía Unamuno que un buen diario debía ser sugerente, de acuerdo con el espíritu comercial de los nuevos tiempos, pero tenía también que procurar la conservación de su carácter instructivo. En líneas generales, concebía la profesión como una tarea delicada, que exigía dotes científicas. De lo contrario, el simple aluvión de noticias desorganizadas únicamente generaría confusión (Unamuno, *LE*, 02-09-1898). Siempre muy satisfecho por haber logrado “hacerse un público”, en una ocasión confesó:

Un escritor público puede siempre hablar en nombre de una fuerza social; la de su público. Un publicista que escriba de política llega siempre a representar una fuerza social. Muchas veces, la gran parte de aquéllos que, profesando abominar de la

política, de lo que en realidad abominan es del régimen (Unamuno, *ELI*, 14-04-1920).

El pensador defendía, por lo tanto, una común identidad entre sus lectores: la del los que, sobrepasados por un potente sentimiento de amargura y derrotismo, maldecían el caciquismo. Paradójicamente, sus colaboraciones en la prensa local, abordando los asuntos marroquíes, fueron nulas. Y no es algo que deba sorprender: por una parte, le resultaba económicamente más ventajoso publicar en los periódicos de tirada nacional; por otro lado, tampoco los rotativos salmantinos podían tener excesivo interés en pregonar las controvertidas opiniones del ex-rector en una materia, por sí misma, tan polémica; ni, muchísimo menos, querían darse de bruces con la Ley de Jurisdicciones.

Pero, aún así, Don Miguel tuvo mucha, muchísima, voz en Salamanca. Para bien o para mal, sus opiniones eran escuchadas y muy comentadas. No dejaban indiferente a nadie. Y menos aún, a sus más acérrimos detractores. Así lo manifestaba, con evidente sorna, un columnista anónimo de *El Salmantino* al término de 1918:

Cada pueblo tiene y es natural que tenga los gobernantes que se merece. A Salamanca, emporio de la sabiduría y centro cultural de la democrática España, debe dársele por consiguiente para alcalde suyo, un hombre cumbre como dice que es don Miguel [...] Se presenta siempre como el oráculo y guía de las multitudes, porque otros que pudieran y debieran hacerlo no las ilustran y dirigen [...] ¿Fracasar? Don Miguel no fracasa nunca. Quienes fracasamos somos nosotros, los del montón, los que no tenemos entendederas para comprender sus frases sentenciosas, ni casacas con la que cambiar la vieja y raída que traemos puesta, ni espíritu capaz de adentrarse hasta las profundidades del ser para crear lo que vemos, incluso, ni el mismo Dios con quien el señor Unamuno tiene místicas e íntimas relaciones (*ES*, 20-11-1918).

Iluminado “chaquetero” (mientras que los integristas no se desprendían de su “vieja y raída” casaca), según algunos, y genial,

para otros, hoy los estudiosos de su figura enfatizan, al unísono, el liderazgo que don Miguel ejerció sobre la capital. Sólo equiparable al de Veloz, pero infinitamente más duradero por la riqueza, complejidad, y originalidad de sus argumentos. Conocemos, de igual modo, la afición del profesor, diríase que impresa en sus genes, por zarandear al pueblo, por divulgar sus conocimientos y opiniones. Así lo hacía con los tertulianos que frecuentaban *El Novelty*. Y también con demás amigos, colegas en el Consistorio, en la Universidad y alumnos. Sabemos, por último, que esa incipiente sociedad salmantina de masas no era algo desestructurado. Al fin y al cabo, ésta es una de las principales conclusiones a extraer de la presente obra: la información no se digiere en soledad, sino que las redes ideológicas y sociales así como la coyuntura histórica definen los marcos de comunicación. Todas ellas –y no sólo, también los prejuicios, las experiencias, las expectativas, etc.– resultan determinantes para entender el porqué de la opinión pública y es por esto, no podemos prescindir de esta insigne figura.

Miguel de Unamuno nunca había ocultado la repugnancia que le producía la obra pedagógica del anarquista Francisco Ferrer. Sin embargo, la lectura de *Los sucesos de España en 1909*, escrito por Salvador Canals, junto con la experiencia de la huelga general de 1917 y sus muchos problemas judiciales desde esta fecha y a raíz de sus colaboraciones con *El Mercantil Valenciano*, le harían cambiar de perspectiva. Acabaría por admitir que pecó “contra la santidad de la justicia” y reconoció que la implicación de Ferrer en la *Semana Trágica* nunca quedó probada (Unamuno, *EDI*, 07-12-1917).

El lapso temporal transcurrido entre las dos grandes hecatombes africanas, asimismo, fue determinante en la configuración del nuevo pensamiento unamuniano: un lustro después del descalabro en el Barranco del Lobo, el pensador no pudo permanecer impasible ante el estallido de la Guerra Mundial. Conocida su apuesta por los aliados, comenzó a arremeter contra los ambiciosos germanófilos españoles, a los que bautizó como “los trogloditas”.

El Desastre de Annual reactivó sobremanera el antimilitarismo de Unamuno, aletargado en la campaña de 1909. Mejor tarde que nunca. Lamentablemente, fue precisa una masacre, después de infinidad de pequeños tropiezos, para que éste finalmente alzase su

voz. El dato no deja de constituir, claro está, un indicio de la descomunal fuerza de la propaganda dinástica y del buen funcionamiento de la espiral del silencio.

Durante 1898, con motivo del conflicto cubano, muchos de los artículos del filósofo para *La Lucha de Clases* habían sido juicios contra el discurso nacionalista que glorificaba el embarque de los jóvenes quintos. Estaba convencido de que había que abandonar Cuba y le asqueaba la reivindicación de los derechos históricos. Le hartaba igualmente el culto al héroe y rechazaba el “militarismo militante”, pero más si cabía “el estúpido militarismo de los paisanos” (ápuđ López García, 2007, 22-23). Además, también la barbarie de 1921 hizo reverdecer su anticolonialismo –ahora sí se encuentra repugnancia hacia la posibilidad de que un pueblo, sin importar cuál, “civilice” a otro– y su antibelicismo.

Se entiende aquí, sin embargo, que el antimilitarismo de Unamuno no fue absoluto. Su análisis de la crisis suscitada por las Juntas de Defensa, en 1917, le abrió los ojos: así que consciente de la división existente en el seno del Ejército, exhibió todo su odio hacia los africanistas, pero en las Juntas vio, en su etapa germinal, un espíritu regenerador –por el desafío que planteaban a Alfonso XIII y a su política de ascensos en África– que mereció su aplauso. Así se explicaba Unamuno al finalizar 1922:

Otra vez las Juntas de Defensa [...] No sirve llamar a la disciplina a los discípulos cuando no hay magisterio en quien les llama [...] Los sublevados del 1º de junio de 1917 no supieron resistir las solicitudes del Poder público que les corrompió [...] Ahora se dice que las famosas Juntas se agitan y se dice que se agitan ahora en que se arrastra todavía en la clandestinidad el expediente Picasso y que el gobierno de su majestad inventa dilaciones (Unamuno, *ELI*, 15-10-1922).

Unamuno intentaba denunciar el recurso a las Juntas como chivo expiatorio del Desastre. Su criterio difería puntualmente, por tanto, del sostenido por amigos como Indalecio Prieto. Pero, sobre todo, la nueva guerra colonial le otorgó al pensador vasco el pretexto



para pedir la cabeza del rey. Ya el 26 de julio de 1921, en el diario *Juventud*, se incluyó una carta y un artículo en el que expresaba su renovada opinión sobre Marruecos:

En estos días ha sufrido la Corona de España un rudo revés en Marruecos, donde un general dinástico se ha metido en una aventura sin contar ni con su jefe inmediato ni con el gobierno. Aunque aquí no lo hay. Que no es gobierno un cotarro de lacayos de la camarilla militarista que mantiene el actual despotismo del Reino de España, régimen de clandestinidad y de engaño (ápuđ Robles, 1996, 471-473).

Y simultáneamente a Azaña le confesó también que “lo de África es una bendición si de ahí viene el derrumbe de esta vil monarquía de tahúres y de agiotistas” (ápuđ Rabaté, 2009, 421). De hecho, en varias ocasiones más, se referiría a la derrota de julio de 1921 como una desgracia “providencial”.

Pese a la persecución de la censura, Unamuno no detuvo sus ataques contundentes. Así, en *El Liberal* de Madrid escribió, ya en abril de 1922:

España donde tiene una misión civilizadora es en España misma [...] Y el elemento más activo de la descivilización de España, de que se esté deshaciendo la civilidad española, es la campaña de Marruecos [...] Esa campaña es una diversión estratégica para apartar nuestra atención del problema nacional. Que es el de este régimen de podredumbre y de negocios, de caciquerías y de clandestinidades, que nos está consumiendo. El Reino está podrido (Unamuno, *ELI*, 27-04-1922).

Sus contribuciones para este diario eran, en efecto, cada vez más duras. En julio de 1922 se ensañaba contra la Ley de Jurisdicciones: “Toda profesión que se constituye en casta [...] acaba por tener un lenguaje esotérico y una ideología aisladora. Y en el caso de la milicia española, ha contribuido a ello esa absurda, despótica y

antipatriótica ley” (Unamuno, *ELI*, 09-07-1922). A mediados de noviembre volvía a denunciar la sangría y el derroche en la guerra: “Esa absurda campaña de Marruecos es, sí, una escuela de patriotismo, pero no del que invocan los accionistas de la patriotería del Reino [...] no de aquél con que trafica la camarilla megalomaniaca [...] sino del otro, del que ansía la civilización de España” (Unamuno, *ELI*, 15-11-1922). Tras estos comentarios, llegó a darse el caso de que Miguel Moya le tuvo que rogar que no le enviase artículos en los que figurara la más mínima alusión a Alfonso XIII (Rabaté, 2009, 422).

Evidentemente el pensamiento africanista de Unamuno nada tenía que ver ahora con el discurso del Paraninfo, pronunciado en aquel lejano 1910, o con sus declaraciones a *Nuevo Mundo*, de 1913. Mediaba un abismo. Para empezar, este personaje sostenía, ya antes de la debacle, que África estaba descivilizando España y que a Marruecos se había ido para procurar negocios: “¿Se va a entregar al actual Reino de España la ciudad de Tánger para que haga de ella otro coto de bárbaras peleas? No; el Africano carece de autoridad para ir a civilizar África cuando deja que se esté descivilizando, barbarizando a España” (Unamuno, *EMV*, 06-07-1921). Contra la rapacidad de Occidente luchaban los moros, presentados como combatientes valerosos<sup>55</sup>. Más concretamente, Unamuno rechazaba que Abd-el-Krim fuese un fanático; únicamente repudiaba la presencia militar española en el Rif. Sus acciones, además, tan sólo eran una “justa y humana protesta contra las atrocidades cometidas en el dintel de la bahía de Alhucemas” (Unamuno, *ESO*, 15-07-1922).

Ahora bien, ¿por qué esa alusión a la entrega de Tánger? A mediados de 1920, gobernando Dato, Unamuno se había referido ya a este asunto y también había aprovechado la ocasión para desquitarse con el trabajo de los diplomáticos y de muchos periodistas:

Es lamentable, sin duda, casi todo lo que a propósito de eso de Tánger en relación con el préstamo de tantos o cuantos millones que España hizo a Francia, se escribe [...] El principio de la diplomacia ha sido, es

---

<sup>55</sup> Unamuno expuso también estas ideas en un mitin obrero en Salamanca (*ELS*, 11-07-1921).

y nos tememos que seguirá siendo el secreto, y el principio de la prensa popular tiene que ser la publicidad [...] No queremos decir con esto que en lo de Tánger esté actuando la diplomacia secreta y bajo la dirección de Dato, el canciller que fue de la neutralidad a todo trance y costa, bajo la que se escondía [...] otra cosa que neutralidad [...] En el caso de Tánger, lo que aquí se ha llamado [...] la nerviosidad francesa, alega la actitud que el Reino de España guardó durante la Gran Guerra respecto a Francia. Porque el Reino de España fue [...] en su gran mayoría, germanófilo [...] Malo, muy malo, es que se siga con aquella vieja diplomacia de clandestinidad, pero peor es que la prensa trate de enturbiar la fuente de la verdad histórica (Unamuno, *ELI*, 22-06-1920).

Recuérdese que Gran Bretaña siempre había defendido la internacionalización del enclave tangerino para así garantizar la libertad de circulación en el Estrecho de Gibraltar, mientras que Francia había procurado el reconocimiento de la soberanía del sultán sobre todo el Imperio, a sabiendas de que éste se hallaba bajo la órbita de su influencia. En cambio, la posición española fue la más frágil.

En primer lugar, por su debilidad legal, porque su presencia en Marruecos era subsidiaria de la francesa; y en segundo lugar, debilidad práctica, muy notoria después de la guerra mundial, ya que sus reclamaciones apenas tuvieron resonancia exterior. Por todo ello, las esperanzas de los sucesivos ejecutivos, que no de la opinión pública (apenas fue informada sobre esta materia), se depositaron en el retraso de la reunión internacional a propósito de Tánger. Así, tal vez las diferencias entre Gran Bretaña y Francia ocasionadas por el fin de la Primera Guerra Mundial aflorarían. Y a río revuelto...

Sin embargo, las conversaciones internacionales sobre el futuro estatuto de la ciudad, reanudadas tras la contienda, no pintaban bien para España. Su neutralidad aparente iba a tener un precio. Pero, ¿sabría la clase política resignarse?

Un año después, ya en 1921, el ex-rector aseguró que el Desastre de Annual fue la última salpicadura del “trogloditismo

francófono”. Véase a continuación, sumariamente, su razonamiento: a pesar de esa neutralidad oficial, insistía el profesor, abundaron en España los “sanchopancescos” que esperaron del “Don Quijote tudesco” demasiados beneficios territoriales. De hecho, España no llegó a suscribir un Estatuto de Tánger en 1914, junto con la Entente, con la esperanza de obtener mayores ventajas tras la victoria alemana en la contienda. O lo que es lo mismo, la diplomacia confió y depositó sus esperanzas, equivocadamente, en la construcción, a expensas del káiser Guillermo II, de un nuevo imperio, el bautizado por Unamuno como “Vice-Imperio íbero-africano”: “Esperó el Reino de España que le entregase la ínsula Barataria el don Quijote tudesco [...] ¡Pero como el pobre don Quijote tudesco llevó el gran batacazo!” (Unamuno, *EMV*, 16-09-1922).

Al no conseguirlo, el mismo Alfonso XIII, desesperado, procuró obtener por la fuerza el anhelado protectorado sobre Tánger. ¿Cómo? Creyó que con una demostración de fuerza, con la toma de Alhucemas, tendría una baza a su favor para exigir la modificación de los tratados internacionales en beneficio de España. Pero ahí fue cuando sobrevino la catástrofe, llevándose por delante a uno de sus favoritos, al general Silvestre:

Todos deberíamos recordar, aunque no lo recordemos lo debido, que aquella trágica marcha sobre Alhucemas que costó a España el inolvidable Desastre de Annual, fue ocasionada principalmente por lo que se llama el problema de Tánger, el de su protectorado. Precedióla una pequeña algarada colonial -y consular-española en Tánger y luego un cierto viaje extra constitucional -por no decir anticonstitucional, que estaría mejor- a Londres y a París (Unamuno, *ELI*, 30-06-1922).

Nada le importó a Unamuno si el general Silvestre se suicidó o lo mataron. En cambio, sí se esforzó, y mucho, en pregonar ese “¡olé los hombres!” del misterioso y supuesto telegrama que Alfonso XIII dirigió al entonces comandante general de Melilla:

La nación no quiere guerra en Marruecos -ni Protectorado-, pero la quiere el Reino. Y para salir del

paso proclaman, sí, la continuación de la guerra [...] No se sabe cómo confesar su derrota. La derrota de aquella acción que empezó en vísperas de Santiago Matamoros del año pasado, cuando se le hizo avanzar al desgraciado general F. Silvestre. Y ¡olé los hombres! ¡Así se hacen las cosas!” (Unamuno, *ESO*, 02-06-1922).

Siguiendo con la argumentación, señalemos que de ese sueño, o más bien obsesión, imperial derivaba el estado de ruina por el que atravesaba España. La guerra dificultaba la resolución de las inevitables luchas obreras, distraía esfuerzos y, lo más preocupante, servía en la península para legitimar el empleo del Ejército para corregir las ineptitudes del poder civil: “El mayor daño que nos trae esa desatinada guerra de Marruecos, acción militar y policiaca, y no civil ni política, es que impide encauzar las inevitables luchas civiles de dentro de España, que impide gobernar la lucha social, la lucha de clases” (Unamuno, *ELI*, 04-01-1922).

Unamuno defendió que la derrota fue, por triste que pareciese, casi milagrosa: “Cuando se estudie la historia íntima del régimen político de España en estos años, se verá que el Desastre de Annual ha sido una fortuna. Sin él habríase intentado el golpe que se anunció en Córdoba” (Unamuno, *ESO*, 22-03-1922). Y he aquí otro ejemplo: “Si no llega ese desastre providencial habríamos llegado a otro desastre mayor” (Unamuno, *ESO*, 27-03-1922). Pero, ¿por qué? Pues porque la victoria militar sobre Alhucemas habría apuntalado a Alfonso XIII en el trono, sirviéndole en bandeja de plata la oportunidad para instaurar una dictadura regia. Al fin y al cabo, detestaba a casi todos los políticos que le rodeaban. La prueba: en la ciudad andaluza mentada, un par de meses antes de la derrota, el rey había mostrado públicamente su hastío hacia el sistema parlamentario y había dejado caer la posibilidad de suprimir la Constitución. Evidentemente, La Cierva, muy astuto y consciente de las implicaciones de semejante confesión, se apresuró a prohibir a los periodistas de la sala, por medio del gobernador civil, que telegrafiasen el mensaje. Pero, a pesar de sus esfuerzos, se produjeron las indeseadas filtraciones.

En síntesis, ésta era la historia-ficción, sobre la que Unamuno reflexionaba al concluir 1921. Resulta curioso el hecho de que, hoy en día, para muchos historiadores, se haya convertido en lugar común

afirmar que el Desastre de Annual precipitó el golpe de Estado de Primo de Rivera. Unamuno, en cambio, defendió lo opuesto, que esa batalla lo retrasó. Además, muy mediatizado por el odio que venía engendrando desde que no le explicaron su destitución del Rectorado, también creyó que su protagonista no había de ser Primo de Rivera.

A ciencia cierta, al profesor salmantino siempre le había disgustado el hecho de que el rey vistiese el uniforme de capitán en actos públicos. Y aunque inicialmente responsabilizó a la reina madre y a Romanones de su despido, desde bien avanzado 1915, cuando no logró ser entrevistado en Palacio después de que el propio monarca se lo solicitase en Guernica, empezó a criticarlo ferozmente.

En el interior del país, claro parece, el Alfonso XIII perseguía su afianzamiento en el trono. Ahora bien, en el terreno internacional, ¿cuál era la conexión entre las aspiraciones regias sobre Tánger, frustradas al finalizar 1919, y la conquista de Axdir, que se intentó efectuar en julio de 1921? Aparentemente ninguna. ¿Por qué el soberano español podría exigir una modificación de los tratados? ¿Acaso la derrota de Abd-el-Krim reportaría algún beneficio a la Entente? El cabecilla rifeño no estaba todavía abiertamente enfrentado con Francia. Al contrario, incluso Lyautey procuraba mantener un trato distante con las tropas españolas para evitar cualquier “efecto contagio” (Hoisington, 1995, 186-187). No; Alfonso XIII no podía exigir nada. Por consiguiente, el avance español sobre Alhucemas constituyó una advertencia, una amenaza si se prefiere, dirigida a los franceses: una demostración de fuerza para señalar que España no abandonaría Marruecos sin luchar (en el terreno diplomático, por supuesto; pero también con las armas).

La similitud con lo acontecido en 1909, vista así la historia, resultaba evidente. La vieja rivalidad entre vecinos europeos, una vez más y ya se ha perdido la cuenta, se hallaba en la génesis del conflicto africano. Pero, en esta ocasión no se había producido ninguna “carrera” para posesionarse de unas minas, sino un contencioso diplomático. Y, como de costumbre, éste apenas si había hecho saltar las alarmas mediáticas.

También las semejanzas que Unamuno encontraba entre la situación española de 1898 y 1921 eran cuantiosas. Sobre todo, le

repugnaba la perseverancia en lo que él bautizaba como “el defenderla y no enmendarla” o “la filosofía del carnero” (Unamuno; *ELI*, 10-08-1921). Y le indignaba la práctica de la censura: “Quieren reacciones medulares, instintivas, y no cerebrales, reflexivas, y al no poder quitarnos los sesos para que no discurramos, nos tapan la boca para que no proclamemos la verdad” (Unamuno, *LN*, 23-10-1921). La guerra de Marruecos estaba deshonorando a España en el extranjero, al igual que anteriormente lo había hecho la de Cuba:

Han pasado veintitrés años y la tragedia íntima, la del alma de la parte de la nación que la tenga, que tenga alma, de los que sienten la españolidad, la nacionalidad española, esa tragedia sigue como entonces. Porque la vesania del desquite, la locura del ex futuro Vice-imperio Ibérico hace continuar el desastre (Unamuno, *EMV*, 03-08-1921).

Los que se empeñaban en proseguir con la campaña militar merecían el más visceral desprecio público. La voluntad de desquite era tildada de enorme “botaratada” y el empleo de gases tóxicos, absolutamente vergonzoso: “Civilizar es asfixiar con veneno [...] Gases asfixiantes son los que desde esa campaña de Marruecos están cayendo sobre la pobre trabajada conciencia pública española. La están envenenando con los más pérfidos sofismas” (Unamuno, *EMV*, 30-04-1922). Únicamente se pretendía defender el honor militar supuestamente mancillado porque la centenaria mentalidad de cruzada mantenía todo su histórico vigor (Unamuno, *ESO*, 23-07-1922).

Pero frente a esa idea del decoro castrense ultrajado, Unamuno empezó a contraponer la del honor nacional insultado. Y esto constituyó el auténtico centro neurálgico de todas sus afirmaciones. Entendemos, contrariando la tesis de Bouzalmate (Bouzalmate, 2002, 451), que el pensamiento obsesivo del prestigioso profesor no consistió en hacer efectiva la depuración de las responsabilidades. El análisis de los editoriales escritos por el ex-rector anima a pensar que creía saber muy bien quiénes eran los culpables. Alfonso XIII, es

obvio, lideraba la lista<sup>56</sup>. Presentado abiertamente como un loco, su trabajo de agente diplomático resultaba nefasto:

Lo más característico del loco en relación al cuerdo no es su lógica -Don Quijote era un razonador lógico formidable- sino que parte, como de premisas, de alucinaciones. Y aun cuando el cuerdo, puede también sufrirlas, tiene el correctivo de las apreciaciones ajenas [...] Figurémonos, por ejemplo, un soberano [...] Podría ocurrir después de una gran guerra en que su pueblo no tomó parte, y que él siguió con el interés deportivo de un aficionado, teniendo sus mapas, con sus banderitas, y ejerciendo de profeta y de crítico estratégico. Lo que es muy expuesto a que luego se sienta llamado a demostrar de lo que él es capaz y a proyectar operaciones y a decir “¡así se hacen las cosas!”, cuando parece salir bien una jugada para tener que recogerse cuando sale mal (Unamuno, *EMV*, 17-01-1922).

Lógicamente, también el hecho de que se rodease de malos consejeros era una tremenda desgracia nacional: “El dinastismo español de hoy está reñido con el Liberalismo, pues que no es sino servilismo” (Unamuno, *EMV*, 20-11-1921). En el banquillo de los acusados Don Miguel también sentaría a La Cierva, por imponer un silencio que nada tenía de beneficioso y cuyo proyecto de recompensas militares juzgaba como vergonzoso (Unamuno, *ESO*, 10-09-1921); a Maura, quien exigió decoro –entiéndase, venganza– tras el fracaso de Annual, pero no lo mostró cuando firmó el Tratado de 1904 con Francia (Unamuno, *EMV*, 29-11-1921); a Vázquez de Mella y su nada disimulada germanofilia (Unamuno, *EMV*, 06-09-1921); a Romanones, con sus “apestosos” intereses mineros; a los dóciles Melquiades Álvarez, Lerroux, Alcalá-Zamora, a la Iglesia, los

---

<sup>56</sup> También el rey encabezaba el listado particular de Pablo Iglesias: “Condénese a cuantos, altos y bajos, fueron causantes del Desastre [...] tenemos la seguridad absoluta de que cuando tal hecho ocurra, las gentes se dirán unas a otras, llenas de irritación: -¡Y el más culpable de todos, libre!” (Iglesias, *ESO*, 27-07-1922).



africanistas... Y, en definitiva, a todos los que sostenían una concepción militarista de la historia de España, visión que tristemente había calado entre la opinión pública:

A la guerra de la reconquista contra el moro, y a la otra guerra de reconquista también, contra el francés, se reduce todo lo que ha llegado de nuestra historia y nuestra leyenda a las más hondas capas de nuestro pueblo [...] Siendo mozo, oí a un aldeano de mi tierra que, viéndome examinar una vieja sepultura, en Arrigorriaga, me dijo: “Ahí está enterrado un rey moro, al que le mataron en tiempo de la francesada” ¡Admirable resumen de nuestra más honda historia legendaria popular! Nuestro pueblo de conquistadores por la fuerza del destino, y a su pesar, no ha sentido más que la reconquista (Unamuno, *ESO*, 25-08-1923).

En contraposición, el filósofo vasco defendía que no se debía hacer del amor propio del Ejército la clave de la política española. Y, sin embargo, eso era lo que se estaba practicando desde que se aprobara la famosa Ley de Jurisdicciones...

Ahora bien, ¿dónde residía ese honor de la nación? En el respeto del “espíritu público” (un concepto, por cierto, más ético que estrictamente político). Unamuno argumentó que antes que vengar la sangre española derramada, había que entender por qué se produjo un sacrificio tan grande y estéril de vidas. Y es que la conquista del Rif se había emprendido sin el consentimiento de la nación.

Coincidencia o no, muy pocos días antes de que el pensador vasco publicase el siguiente fragmento, también Indalecio Prieto había insistido, en las páginas de *El Socialista*, en esta materia (Prieto, *ESO*, 03-11-1921). Apenas nada se le dijo a la nación sobre la firma de los tratados internacionales que condujeron a la creación del Protectorado y por eso:

El pueblo español de hoy no tiene noción de la finalidad de la campaña [...] Ni sirven esas paparruchas del castigo y del honor nacional [...] Nuestro pueblo

hoy no es valiente, sino cobarde, extremadamente cobarde [...] Dicen los accionistas de la patriotería financiera [...] que las cosas no están ahora como en 1909 [...] y no hay nada de eso. Lo que hay es que se ha llevado a Marruecos a los señoritos de cuota, a los hijos de los que, aunque protestando en su interior contra esa campaña y no creyéndola justa, se doblegan para mantener sus privilegios [...] No; no es el honor nacional. Es que se les ha hecho creer que el desistimiento de la aventura marroquí es el fracaso del Poder que impide que España caiga acaso en el bolcheviquismo (Unamuno, *ESO*, 12-11-1921).

Unamuno incidía en que el conflicto provocado por los deseos imperiales de una minoría para distraer a los españoles estaba avocado, consecuentemente, al fracaso:

Los atudescados que buscan el desquite de Annual, los técnicos del trogloditismo, que no vacilarían en acabar de hundir a la nación con tal de que se intentara lo que ellos creen el restablecimiento del prestigio de las armas; esos incorregibles técnicos no cuentan nunca con el espíritu público. Para ellos no existe el espíritu. Y no quieren saber que la principal causa del merecido Desastre de la Santiagada fue que se emprendió ésta contra la voluntad del pueblo, y que el modo de protestar de un pobre pueblo degradado es dejarse derrotar [...] El cordero no protesta, pero se deja sacrificar, y es inútil que se le quiera imbuir la idea de que se defienda y ataque (Unamuno, *ESO*, 17-08-1923).

Evidentemente, en este último punto mentía el ex-rector: claro que se podía imbuir esa idea. Para eso había servido y servía la propaganda bélica. Sencillamente, él lo sabía y respondía con la práctica de la contra-propaganda, con ese “alfilerazo” al lector tildado de “cordero”.

El problema de fondo residía, sigamos con los juicios de Unamuno, en que nadie entendía qué era un protectorado<sup>57</sup>. Y no se entendía porque se trataba de un simple “camelo”, una fórmula bajo la que ocultar la voracidad internacional y el sueño colonial español. Secundando unas palabras del periodista norteamericano W. G. Sumnes, el filósofo vasco subrayaba que “la gran razón por la que todas las empresas que empiezan por decir a alguien: ‘Sabemos lo que es bueno para ti mejor que tú mismo, y vamos a dártelo son falsas y malas’; es que violan la libertad [...] Lo claro y franco es la conquista” (Unamuno, *ELI*, 14-05-1922).

Por fin, había aquí una censura hacia el darwinismo social imperante en aquella época. Además, menos idea se tenía aún de cómo implantar ese régimen en Marruecos: “Si el protectorado ha de ser verdadero protectorado, ¿qué más le puede dar a España que los moros del Rif se gobiernen por sí mismos, en República o que aparezcan sometidos a una autoridad puramente ficticia y nominal?” (Unamuno, *ELI*, 16-08-1922). Particularmente detestable le parecía al pensador, además, la idea del protectorado civil. No era más que un instrumento cobarde para no admitir el fracaso de la acción conquistadora en Marruecos: “Es indefinido e indefinible, porque es un embuste, porque nadie cree en él” (Unamuno, *ELI*, 14-06-1923).

Los africanistas, los “cesarianos” sobre los que tanto escribió Unamuno, exclusivamente intentaban imponer un régimen castrense en el Rif, un fácil recurso para dar salida a su ardor guerrero. Y aunque el Ejército debiera ser la encarnación de la nación en armas, el Ejército español no era un Ejército nacional. Sin embargo, en la historia reciente de España se habían presentado dos intentos de nacionalización de la institución armada: “Desde que los soldados llamados de cuota –los hijos de la clase media– tienen que ir a dar su

---

<sup>57</sup> Periódicos como *El Sol* también habían insistido en este punto: “No es popular porque es difícil de entender [...] Lo que nos pide el instinto es mandar en absoluto o no mandar, también en absoluto” (*ELS*, 28-10-1921). Asimismo, Gabriel Alomar, en *El Socialista* había sugerido esto: “Sería curiosa una investigación para averiguar el concepto que la mayoría de nuestros conciudadanos se forma de la civilización y del progreso” (Alomar, *ESO*, 29-12-1921).

sangre, se va haciendo preciso nacionalizar las empresas bélicas [...] Y en el primitivo Manifiesto de las Juntas de Defensa militares [...] se veía ese anhelo de democratización” (Unamuno, *EMV*, 08-06-1921).

Ambos esfuerzos, no obstante, estaban resultando fallidos porque no se entendía el interés de la guerra marroquí. Así, el Ejército se hallaba desmoralizado, sin fuerza para el combate. Por eso, y terminaba su reflexión, Unamuno creía que Monte Arruit fue abandonado a su suerte: porque Berenguer desconfió de la instrucción y valentía de los soldados expedicionarios que llegaban a Melilla en los últimos días de julio de 1921<sup>58</sup>. Muy pocos días antes del golpe, de nuevo al referirse a la moral militar imperante tras el Desastre, Unamuno sentenciaba:

Iban como borregos [...] Aquella marcha, sin un grito, ni de adhesión ni de protesta, fue algo más terrible que el Desastre. Iban como borregos y como borregos han seguido yendo [...] El pueblo en armas que está en Marruecos no quiere la guerra, y aunque se deje llevar a ella, se dejará derrotar otra vez (Unamuno, *ELI*, 05-09-1923).

De nuevo, don Miguel intentaba despertar a sus lectores. La guerra de Marruecos ni se entendía ni se sentía. Lo único que se sabía la opinión pública, con certeza, era que la juventud moría física y, sobre todo, anímicamente en Marruecos:

Hoy hay en las filas del Ejército que sufre en África un fuerte elemento de muchachos que se enteran, que tienen conciencia civil y conciencia patria, y a su contacto los otros se enteran también [...] Vuelven con los ojos secos, pero enrojecidos. Vuelven con el alma ennegrecida [...] Vuelve de África nuestra mocedad con

---

<sup>58</sup> Sabemos que Unamuno se estaba haciendo eco aquí de sus lecturas. Entre los libros de su biblioteca, con anotaciones de su puño y letra, figuraba el de Ayensa. En él se recogían unas declaraciones de Berenguer sobre el pésimo estado de instrucción de los soldados que llegaban a Melilla. Aunque el general no dudó de su entusiasmo (Ayensa, 1930, 138).

el alma lacerada y henchida de un amargo desconsuelo  
(Unamuno, *ESO*, 05-07-1922).

A los padres no les quedaba más opción que llorar. Poco más podían hacer con las garantías constitucionales en suspenso. Pero, ¿cómo habría reaccionado el pueblo si el avance de Silvestre hubiera terminado triunfalmente? El profesor retornaba a la práctica de la historia-ficción: muy posiblemente, entonces, se hubiese callado; y es que Unamuno, aparentemente, sostuvo una visión bastante peyorativa del proceder de la opinión pública: “Lo más del pueblo asiste impasible, frívolo también más que resignado, a ese desangre trágico. Es como si asistiera a una corrida de toros, escuela de frivolidad sanguinaria” (Unamuno, *ESO*, 22-05-1922). Acaso, ¿no lo estaba llamando para tomar las calles?

Muy poco después de la derrota militar, había manifestado que buena parte del público, pero no la mayoría, estaba “idiotizado” y que la responsabilidad de “hacer” así a la opinión recaía en los periódicos:

Para la mayor parte de los españoles que se fijan en ello, los moros no son bandoleros, ni traidores, ni canalla vil. Esto, a lo sumo, es opinión que trata de hacer una parte de la prensa, la más leída. Para la inmensa mayoría de los españoles, que son los inconscientes, los fatalistas, los rendidos, esta guerra es una calamidad más, como la sequía o las tormentas, o la lagarta (Unamuno, *ESO*, 21-08-1921).

La causa de los españoles debiera haber sido la total independencia del Rif porque los guerrilleros rifeños no hacían sino emular a los viejos guerrilleros antifranceses, al igual que el sultán, por vender su reino a los extranjeros, se asemejaba a la figura de Carlos IV. Pero ahora ya únicamente se podía gritar:

Cuando en años venideros repase algún español curioso e inteligente la historia de estos días [...] llegará a preguntarse si en este final del año 1921 lo que no había era hombres o pueblo [...] Juan Soldado [...] es carne de cañón o de fusil [...] es carne de gallina [...]

¡Y tan gallina, pues que soporta a quien soporta!  
(Unamuno, *ESO*, 19-12-1921).

Esta alusión a la carne de gallina, por otro lado, no tenía nada de gratuita: cuando Antonio Maura le comunicó a Alfonso XIII lo que Abd-el-Krim exigía por el rescate de los prisioneros de Axdir, su desvergonzada contestación fue “¡Qué cara se vende la carne de gallina!”.

Unamuno también animó a sus lectores a protestar todo lo posible por la prolongada suspensión de sus derechos y por la lentitud en la gestión del rescate de los prisioneros de Axdir (Unamuno, *ELI*, 08-12-1921 y 23-05-1922; Unamuno, *ESO*, 07-02-1923). Aunque, al final, los disculpó en la medida en que barajó que si los españoles tuviesen tantas armas como los rifeños, seguramente lucharían igual que ellos (Unamuno, *ELI*, 04-11-1921). Ambos vivían, en suma, bajo un régimen explotador.

Finalmente, después de años de acusaciones y en un ambiente muy caldeado, el 5 de abril de 1922 en presencia de Romanones, Unamuno fue entrevistado por el rey. Si el ex-rector observaba con claridad lo que ocurría en Palacio era porque contaba con un informador de lujo, médico de varios miembros de la realeza: Gregorio Marañón (Rabaté, 2009, 426). Aunque buena parte de la prensa nacional y regional comentó que se le había ofrecido la cartera de Instrucción en un futuro gobierno liberal, él también deseó justificar este episodio (Unamuno, *EMV*, 08-03-1923). Alegó que continuaría siendo enemigo de la realeza y, de hecho, cuando el 6 de octubre de 1922, Alfonso XIII y su esposa visitaron Salamanca y colocaron la primera piedra del nuevo cuartel de caballería, don Miguel no asistió.

Al terminar este año Unamuno publicaba el desconsolador editorial “La crisis de la irresponsabilidad”. Había aquí un furioso ataque contra todos los políticos encubridores de la responsabilidad regia en el Desastre: “Lo que es inmoral, profundamente inmoral, es servir en Palacio a una política absolutista o despótica, de irrefrenada actuación personal, y negarse luego en el Parlamento a responder constitucionalmente” (Unamuno, *SVN*, 02-12-1922).

El único camino a seguir, “lo único digno”, era el abandono de Marruecos. De 1919 data su primera reivindicación en esta dirección porque ya entonces estaba muy persuadido Unamuno de que España carecía de sentido de misión histórica:

Eso de Marruecos no ha logrado interesar a los pueblos que habitan España. Y es ello naturalísimo. Eso de Marruecos es, en realidad, un problema internacional, y lo internacional no puede interesar donde falta el sentido de la nacionalidad [...] Lo mejor, pues, es abandonar un mal negocio [...] que a ningún pueblo se le debe imponer gobierno alguno contra su general voluntad (Unamuno, *LLU*, 10-03-1919).

Bochornosa le resultaba la apelación a la “fatalidad” para evadir responsabilidades. Jamás creyó el ex-rector que el Parlamento pudiese hacer efectiva la depuración de las mismas porque el régimen se encontraba totalmente corrompido. En este punto se distanciaba de su amigo Prieto: “El expediente que es una síntesis de claridad admirable [...] saca a la luz del sol las lacras y vicios que corroen a la institución militar” (Prieto, *ESO*, 13-11-1922). Algo más, eso sí, confió Unamuno en la voluntad del general Aguilera y en las gestiones del Consejo Supremo de Guerra y Marina (Unamuno, *ESO*, 06-04-1923; Unamuno, *EMV*, 24-04-1923).

Se sostiene, a tenor de lo expuesto, que el deseo último de Unamuno, como propagandista de raza que fue, consistió en convencer para vencer, para retornar a la opinión pública el poder del que estaba siendo despojada. Eso sí, una opinión a la que él se sentía moralmente obligado a guiar, ilustrar y fortalecer. Quizás por este motivo, presidió en Salamanca la manifestación pro-responsabilidades, celebrada el 31 de diciembre de 1922.

A modo de conclusiones para este capítulo, debe señalarse que en Salamanca, el Desastre de Annual ofreció una magnífica oportunidad para constatar que la tan reiterada apacibilidad de sus vecinos era una percepción errónea. La reacción salmantina ante la derrota militar fue, al contrario, sumamente visceral y estuvo alimentada por un fuerte sentimiento de compromiso. La ciudad meseteña destacó como una de las capitales más volcadas en

obsequiar a sus soldados, sin reparar apenas en si competía al Estado o al pueblo suplir las carencias del Ejército de África; no obstante, también fue una urbe muy implicada en el movimiento de exigencia de responsabilidades y, sobre todo, de la pronta repatriación de tropas.

¿Podemos por ello afirmar que la sociedad salmantina estaba profundamente escindida entre “belicosos” y “abandonistas”? Sí que se encuentran en Salamanca irreconciliables opiniones, como las de Veloz y Unamuno. Pero también hubo entre la opinión local ideas muy ampliamente compartidas: esa imagen tan negativa del moro, la histórica animadversión hacia Francia, el dolor provocado por la “espinita” de Tánger o la generalizada desconfianza hacia los diplomáticos.

La opinión pública era, y es, intrínsecamente escurridiza; pero maleable. ¿Cómo darle forma? Fabricando héroes y, sobre todo, diseñando monstruos a los que aniquilar. La opinión se convertía así en un instrumento al servicio de la política exterior. No bastaba con lograr el éxito en el campo de batalla; primero había que ganar la guerra sobre el papel. Lippmann, en efecto, ya había intuido esto cuando estudió el conflicto ruso-japonés y lo plantearía por escrito, por primera vez, en 1922. La propaganda, con el tiempo, acabaría siendo inseparable de la práctica de la democracia. Porque el esfuerzo por transmitir a otros las propias convicciones, por hacer creer lo que uno de verdad cree, implica entusiasmo, confianza en el futuro. La propaganda no es dañina *per se*; sí lo es la ausencia de pluralismo ideológico.

Ahora bien, para el caso que nos ocupa, ¿esos monstruos se movían por los peñascos del Rif? ¿O sólo había un ogro que residía en Madrid y llevaba corona? ¿Cuál era el mayor desastre de España? ¿Tener como vecinos a los marroquíes? ¿O el propio régimen de gobierno? Propaganda de guerra y, ¡por fin!, una decidida contra-propaganda, con un discurso muy claro (más si pensamos en Unamuno que en *El Pueblo*) contribuyeron a desperezar a la opinión pública local.

Pero no sólo hubo eso en la prensa salmantina: se abusó de la censura de algunas informaciones (el déficit estatal, las bajas de la campaña, los planes de avance, las motivaciones de Abd-el-Krim), de



la reiteración de otras (la elevada moral de los soldados españoles; la necesidad de cumplir unos compromisos internacionales que no se entendían) y, sobre todo, se saturó a la opinión con los partes de campaña. Todo ello condujo, paradójicamente, a la desinformación. Y por esta razón, la auténtica brecha, esa a la que se aludió más arriba y que sí era detectable con facilidad entre los líderes, donde en realidad se acabó localizando fue entre la opinión publicada y la opinión pública.

El deseo de revancha existió, en efecto, y fue prioritario durante algunos meses. Inicialmente, mientras se prolongó el asedio sobre Monte Arruit y un escalofrío sacudió al país, el más elemental instinto de supervivencia se impuso de modo espontáneo. Ni tan siquiera fue precisa entonces la propaganda de guerra. Pero rendida esta plaza, tal y como temía el incombustible Unamuno, para el gobierno de Maura, empeñado en restaurar el prestigio de las armas, se impuso la necesidad de fomentar la emoción frente a la razón.

¿Cómo fue posible eso? ¿Y hasta cuándo?

El investigador Pablo La Porte, retornamos a la explicación iniciada páginas atrás, señalaba que la sintonía de pareceres entre monarquía, gobierno, militares y opinión pública resultó efectiva hasta finales de 1921. Maura gozó de mayores apoyos que cualquier otro presidente del largo reinado de Alfonso XIII. Y lo mismo ocurrió con Dámaso Berenguer. Las dramáticas circunstancias del momento imperaban. Sin embargo, comenzaron luego, efectivamente al concluir el año, a pasarle factura al gobierno asuntos como el de las responsabilidades y los prisioneros. Y no sólo eso: también generó mucho rechazo, sobre todo entre las filas socialistas, un proyecto de recompensas militares presentado por La Cierva. Por último, pero no menos importante, fue entonces, al acercarse las festividades navideñas, cuando más se recordó a los soldados ausentes.

Prosiguiendo con el razonamiento de La Porte, se conjugaron una multitud de factores para explicar la unanimidad de criterios. A saber: la actitud de las fuerzas políticas, capaces de ofrecer una imagen cohesionada; el papel asumido por la prensa, muy prudente y abnegada; el respaldo de la Iglesia Católica, manifiesto en multitud de actos caritativos; la marcha de los “cuotas” a África, factor al que este

investigador otorga una importancia capital; la relativa pasividad de la CNT y del PSOE (el PCE, recién fundado, tenía muy escasa entidad y operatividad entonces); y, para concluir, el apoyo de las corporaciones municipales y de infinidad de particulares, a través de sus donativos al Ejército.

Evidentemente, todos estos elementos resultan más o menos familiares cuando los aplicamos al caso de Salamanca. En particular, si pensamos en los donativos de las instituciones públicas y privadas: los gestos de la Comisión Patriótica, la ayuda prestada desde la Cruz Roja, las iniciativas de las damas salmantinas, el día de haber del clero, etc.

Pero, ¿por qué razón efectuar donaciones en beneficio de los soldados fue sinónimo de apostar por el desquite? ¿Por qué hay que entender esos gestos como síntoma de respaldo al gobierno? ¿Acaso no fueron los combatientes, simultáneamente, verdugos y víctimas? ¿Y si la prensa burguesa intentó adueñarse del éxito de las suscripciones y demás donaciones? ¿Por eso, tal vez, *El Pueblo* se revolvió contra su concepto de patriotismo? ¿No fue éste instrumentalizado para vender más y más ejemplares, para satisfacer pequeños egos al ver algunos sus nombres, como suscriptores, en letra de molde?

El de La Victoria, y por extensión, todos los soldados de origen salmantino, conformaron el vínculo sentimental más potente entre esta ciudad y Marruecos. El bienestar de los expedicionarios se convirtió casi en una obsesión urbana. Por ello, se procuró sin descanso surtirlos con todo el material personal y bélico imaginable. Asimismo, las despedidas en la estación ferroviaria se convirtieron en actos multitudinarios (aunque con variables grados de entusiasmo). Pero antes que la defensa del honor y decoro patrio o que el cumplimiento de unos compromisos internacionales, a los que machaconamente apeló la prensa local, el más primitivo sentimiento de solidaridad y compasión para con unos conciudadanos fue la semilla de todos estos conmovedores episodios.

En cuanto al papel asumido por la prensa salmantina, las generalizaciones no son válidas en este terreno: *La Gaceta*, ciertamente, no tuvo ningún problema a la hora de respaldar todo

revanchismo; *El Adelanto* también lo hizo, pero tan sólo endureció su posición y se inclinó hacia las tesis militaristas tras experimentar numerosos desengaños. Porque el diario de Núñez Izquierdo buscaba un héroe, un caudillo, si bien se resistía a creer que ése fuese Berenguer. En su lugar, intentó depositar sus esperanzas en los sucesivos Altos Comisarios de carácter civil. Y acabó sintiéndose defraudado; *El Pueblo*, para terminar, renegó siempre del conflicto africano. Pero fue una publicación minoritaria y jamás llegó a sostener una ideología anticolonial.

Finalmente, desde luego, no se considera la movilización de los “cuotas” como un elemento inductor de la calma tras la tempestad, pese a que así quisiese presentarlo *El Socialista*. Al contrario, se trató de una nueva fuente de preocupación para gobernantes y gobernados. Su embarque, además, tampoco constituyó un consuelo para las clases más humildes. Desde el pensamiento obrero salmantino no se aplaudió semejante decisión. Al contrario, se censuró, recuérdese, las estrechas miras de aquellos padres, que únicamente protestaban cuando sufrían en sus carnes la guerra. Unamuno, por su parte, habló de la cobardía de un pueblo, del fracaso en la “nacionalización” del Ejército y del temor a las hordas revolucionarias. En definitiva, de mala conciencia.

El hastío y la indiferencia habían sido las posiciones imperantes entre los vecinos del Tormes con anterioridad a los sucesos de Annual y Monte Arruit. Sobre todo, porque la política de titubeos adoptada ante El Raisuni no se había entendido<sup>59</sup>. Pero julio de 1921 marcó un antes y un después, un punto de inflexión, en la concepción de la campaña. Aquel ya rutinario pero desencantado discurso sobre el Marruecos español, el del imperativo geográfico e histórico, desapareció durante algunas semanas en la prensa burguesa (y pensamos, sobre todo, en *El Adelanto*), cediendo su espacio a

---

<sup>59</sup> Ese agotamiento era, en realidad, una sensación bastante extendida: “Es axiomático que no hay empresa colonial posible sin el amparo de una fe, de una atmósfera favorable en la opinión pública; en nuestro país, jamás se preocupó nadie de crear ese ambiente favorable, ni en las clases populares, ni en las que pudiéramos llamar directoras. Si entre nosotros se ha hablado mucho de Marruecos, hay que reconocer que sólo se hizo con el criterio actualista” (“Juan de España”, 1926, 26-27).

vigorosas y épicas narraciones sobre la conducta del Ejército en África. Más fructífera que cualquier alusión a las glorias del pasado imperial, resultó la difusión de una imagen muy estereotipada del rifeño, como un luchador salvaje y fanático, que merecía un castigo ejemplar.

Difícilmente podía ser escuchado, en aquellas semanas, el discurso abandonista de Unamuno o de *El Pueblo*. La opinión pública salmantina se encontraba afectada por lo que, desde la teoría de la Comunicación Política y la psicología de las masas, se conoce como el síndrome *Rally Round the Flag* (Groeling y Baum, 2008; Baum y Potter, 2008). Nos estamos refiriendo a esa extraña, tan calurosa acogida dispensada al gobierno de concentración de Antonio Maura y posterior a la masacre en Monte Arruit. Sobre ella escribió Jesús Pabón: “En un primer tiempo, no hay cuestión. En todas partes, Annual parece haber producido una unidad de entusiasmo y pareceres [...] apiña, por raro caso, a los españoles en torno al poder público, con edificante unanimidad de entusiasmos y colaboraciones” (Pabón, 1952, 238). Calurosa, sí; pero también efímera.

Así lo apreció ya entonces, y lo empleó interesadamente en su defensa, Eza, durante una sesión en el Congreso el 22 de noviembre de 1921:

Bueno será recordar que en el primer mes que siguió al Desastre de Annual nadie atacó a aquel gobierno [...] Después, y respondiendo al sentimiento muy humano y natural de que cada uno procure descargar en el vecino las culpas que le sean imputadas, comenzó a surgir el rumor conducente a la inculpación contra el ministro de la Guerra (Marichalar, 1923, 483-484).

Un conocido publicista, como fue el *Tebib Arrumi*, escribió: “Hubo una crisis [...] Advino al Poder el señor Maura con un conglomerado político que no dejó de sorprender al país. Y entre estas andanzas de la crisis, se diluyó la atención pública, y aquello de Monte Arruit” (Ruiz Albéniz, 1922, 437).

Por su parte, el investigador Ángel Comalada apuntó, hace muchos años, cuando apenas se empezaba a cuestionar aquello del *Spain is different*, una explicación para la desaparición del consenso:

Diversos factores contribuyeron a ello, auspiciados por la vaguedad informativa y los complejos rasgos de psicología colectiva que aquí, como en otros países meridionales de idénticas estructuras, suelen operar en su lugar en el plano social, y que, cegados los auténticos cauces de participación ciudadana, afloran en los mil canales del rumor, la exageración, la insidia; las reducciones frustradas de la política en las tertulias de café y los corrillos callejeros; la búsqueda de cabezas de turco que personifiquen y paguen las malformaciones de un sistema (Comalada, 1985, 15).

Pero, ¿cómo, después de la triste experiencia en el Barranco del Lobo, cómo tras la Semana Sangrienta barcelonesa, pudo gozar de tantos apoyos el político mallorquín?

Volvamos sobre el *Rally Round the Flag*: en primer término, éste se explicó por el natural empeño de la opinión pública, arrastrada por el pánico, por el miedo en su expresión más extrema, en contemplar al presidente como encarnación de la unidad nacional (Teoría de la Escuela de Patriotismo). En segundo lugar, por la ausencia inicial de críticas desde la oposición política (Teoría del Liderazgo sobre la Opinión). Ambos elementos redundaron, por consiguiente, en un incremento de la popularidad del gobierno. Annual no sólo significó el “sálvese quien pueda” entre las filas del Ejército de África; sino que la dramática muerte de aquellos soldados colocó al país también al borde del precipicio. De ahí la paradoja: la parálisis de la opinión no fue un indicador de conformidad, sino de terror. Por eso utilizamos la palabra visceralidad, aplicándola al comportamiento de la opinión pública salmantina; y de ahí la indignación de Unamuno, primero, ante la “imbecilidad” de su pueblo, y después, frente a la nociva propaganda de la prensa burguesa.

El aspecto más controvertido del fenómeno *Rally Round the Flag* (un “cierren filas” a lo grande, expresado de modo más castizo)

reside, obviamente, en la idea de que la guerra puede ser empleada transitoriamente para obtener réditos políticos, distraendo a la opinión pública de las preocupaciones domésticas. Ciertamente, eso sucedió con Antonio Maura, pero también con la oficialidad africanista y con el mismo Alfonso XIII. ¡Qué visionario fue Unamuno!

Las tesis del profesor lograron mucha resonancia social a medida que se tramitó el asunto de las responsabilidades, cristalizó el conflicto entre junteros y africanistas y se acrecentó la impaciencia por el retorno de los cautivos. Incluso desde el Ayuntamiento de Salamanca, como concejal, Don Miguel encabezó la manifestación pro-responsabilidades. Por primera vez, la ciudad salió a la calle no sólo para protestar por la prolongación de la guerra, sino para exigir el nombre de los culpables. Marruecos únicamente podía contemplarse como un destino fatal porque muchos de los jóvenes que eran despedidos en la estación, se presentía, no regresarían a su provincia natal.

Por esta razón, inútil resultó que casi todos los redactores (y vienen a la cabeza, sobre todo, “A.” y “E.”) endureciesen su discurso argumentando la necesidad de una acción militar contundente. La fractura entre la prensa y la opinión pública salmantina era innegable. Mientras para la primera urgía el desembarco en Alhucemas y la clarificación del Estatuto de Tánger, la segunda únicamente anhelaba la repatriación de los soldados. La desolación, la amargura, el desencanto se acabaron convirtiendo en las notas más destacadas del clima de opinión y finalmente, la dictadura se vislumbró como una solución de urgencia.

El golpe de Primo de Rivera no pareció sorprender en absoluto a Unamuno. En *La Tribuna* fue publicado “Ante el nuevo curso”, donde aconsejaba:

No caigáis, estudiantes españoles, en la dementalidad del carnero, el macho de la oveja, indigentísimo en seso y opulentísimo en sexo. Sea vuestro ideal el discreto y casto don Quijote y no el botarate de don Juan Tenorio, peliculero y héroe de

casino. Es la inteligencia lo que ha de salvar la patria (Unamuno, *LTE*, 30-09-1923).

Durante algunos meses, el pensador fue tratado en la prensa salmantina con bastante indulgencia, porque el censor del gobierno militar sabía que “Unamuno es mucho Unamuno” así que “puede hablar y escribir a su antojo” (Rabaté, 2009, 443). Pero duraría poco; tan poco como se hizo esperar la orden de destierro que conmocionó a Salamanca.

Al margen del tono de sus editoriales, que en bastantes ocasiones rozó lo insultante, los análisis del ex-rector no se habían limitado a injuriar al monarca. No; sus escritos habían puesto en entredicho la legitimidad del sistema –porque había cuestionado sus pilares, con aquella denuncia de la diplomacia clandestina, de la ineficacia judicial y, ante todo, de la inexistencia de una auténtica representatividad parlamentaria–. Además, su tremendo poder de convocatoria pública lo convertía en un personaje temible.

Aunque las ideas abandonistas de Primo de Rivera le habían permitido al dictador disponer de un considerable grado de aceptación social, no tardaría en abdicar de sus propósitos ante las presiones de los africanistas y de la diplomacia francesa.





## **7. EL FINAL DE LA PESADILLA (1923-1927)**

### **7.1. PRIMEROS PASOS DEL DIRECTORIO EN MARRUECOS**

En 1926, un periodista escribía que, llegados a septiembre de 1923, “todo era, en España, Marruecos. La vida entera de la nación se hallaba mediatizada por ese problema” (“Juan de España”, 1926, 36). Puesto que ya ha quedado explicado cómo se desarrolló el pronunciamiento militar en Salamanca, conviene dedicar ahora unas breves palabras a la política marroquí de Primo de Rivera. En lo relativo a la estrategia a seguir en aquel país, se reitera, ante la imposibilidad de retirar a España de sus compromisos internacionales –idea siempre acariciada por el dictador– éste optó por negociar la paz con El Raisuni y con Abd-el-Krim. Así, en octubre de 1923 llegó a un compromiso de colaboración con el jerife de Yebala.

Pero mucho más dificultoso resultó el acercamiento al rebelde de Axdir. Al iniciarse 1924, el general, disponiendo una vez más de la colaboración de Horacio Echevarrieta, lo intentó sin notificárselo a Francia. Pero el Emir del Rif, junto con la independencia y la evacuación de los territorios ocupados, solicitó una indemnización de la friolera de veinte millones de pesetas, la entrega de 15 aviones y 120 baterías de montaña. El dictador, no obstante, únicamente estaba dispuesto a reservar a Abd-el-Krim y a su familia un estatuto especial. No podía ir más allá sin chocar con las pretensiones de su Ejército y de Gran Bretaña.

Vislumbrado el fracaso de estas negociaciones, Primo se dispuso a retirar las tropas coloniales hasta un nuevo frente, la conocida como línea de Estella. Aclaremos, a modo de inciso, que los objetivos de esta operación han hecho correr ríos de tinta entre los historiadores. Según algunos, se trataba de llevar a cabo una campaña de bombardeos con TNT, bombas incendiarias y gases tóxicos. Apartar a las tropas era necesario para protegerlas de los efectos de estas sustancias nocivas (Balfour, 2002, 200). Curiosamente, los militares más entusiastas ante el empleo de gases tóxicos fueron los africanistas ideológicamente más progresistas. Entendieron que ésta

era la forma más humanitaria de hacer la guerra, pero olvidaron que los mayores perjudicados fueron los civiles.

Otros investigadores, en cambio, entienden que lo que el general perseguía era dejar al descubierto el flanco galo para así obligar a Francia, ante un enemigo común, a una colaboración militar (González Calvet, 1987, 198). Por último, hay quien ha apostado por la idea de que lo que se deseaba era una revisión de los acuerdos internacionales: que España consiguiese librarse de parte de su Protectorado a cambio de la cesión de Tánger. Susana Sueiro, principal defensora de esta tesis, defiende que Primo no era un estadista metódico, sino un hombre muy pragmático, que actuaba guiado, en buena medida, por su instinto y por el momento. Desde esta óptica, el semiabandono permitió puntualmente aliviar la tensión militar en el frente occidental y, además, hizo posible la repatriación de millares de soldados, y con ello, el consiguiente aumento de popularidad en beneficio del presidente del Directorio (Sueiro Seoane, 1992, 192).

El plan, siguiendo con la explicación, fue aprobado por el directorio militar en mayo de 1924. La línea de Estella consistió, a la postre, en una sinuosa barrera de posiciones fortificadas que, en el oeste del Protectorado, protegían las comunicaciones entre Tánger y Fez, y también entre Tánger, Tetuán y Ceuta, aunque para ello hubiese que renunciar a la ocupación de Xauen; y en la parte este, significó un retroceso militar de quince kilómetros. Pero el semiabandono no estuvo ni bien planteado ni ejecutado. Además del elevadísimo número de bajas ocasionadas, los rifeños, contemplando esta retirada como una manifestación de debilidad, avanzaron hasta las puertas de Ceuta y bombardearon Tetuán.

Ante el fiasco de la operación y tras el famoso enfrentamiento verbal algunos meses antes entre el dictador y la Legión en Ben Tieb<sup>60</sup>,

---

<sup>60</sup> Se cuenta (las versiones varían ligeramente según el autor) que el 19 de julio de 1924, en una cena de gala que la Legión ofreció al dictador, en Ben Tieb, Franco, que entonces era teniente coronel al mando de esta guarnición, ordenó que se le sirviesen a Primo de Rivera únicamente platos cocinados a base de huevo. Cuando el dictador preguntó el por qué de tan peculiar menú,

se impuso la necesidad de buscar una nueva estrategia. Ésta fue la del desembarco aéreo-naval de Alhucemas y la ocupación de Axdir, sede del recién fundado Estado Rifeño. Además, Francia colaboraría en todo ello. La benevolencia de Lyautey hacia el titulado Emir del Rif, dicho sea de paso, se hallaba bajo mínimos desde el verano de 1923 porque se temía su excesivo envalentonamiento, habida cuenta de su genio militar y habilidad diplomática.

Las primeras informaciones publicadas en la prensa liberal de Salamanca a propósito de los asuntos del Protectorado y con posterioridad al golpe tuvieron una evidente finalidad narcotizadora. Visadas por la censura, todas las conferencias telefónicas de Alfredo Rivera insistían en que la situación en el territorio africano era de tranquilidad (Rivera, *EA*, 04-10-1923). Aizpuru como nuevo Alto Comisario –había sido nombrado pocos días antes del pronunciamiento, cuando Silvela dimitió por sus desacuerdos con el gobierno y tras la liberación de Tifarauin– se complacía además porque la hostilidad de los marroquíes se volcaba contra los franceses (Rivera, *EA*, 09-10-1909). Aunque sus declaraciones quedaban en entredicho al conocerse algunos altercados en las inmediateces de Melilla y Tetuán así como las concentraciones paralelas de fuerzas de reserva en Alicante y Almería (Rivera, *EA*, 14-10-1923).

Aquí, en la ciudad castellana, seguía abierta una suscripción para costearle una medalla al capitán Rodríguez Almeida, el apodado como héroe de Tifarauin. El nuevo gobernador, García Calvo, había anunciado su regreso a la ciudad para finales del mes de octubre y su propósito consistía en dispensarle una entusiasta bienvenida (*EA*, 19-10-1923; *LGR*, 29-10-1923). Mientras tanto, la discusión sobre las responsabilidades parecía languidecer, y una nota oficiosa del Directorio auspiciaba la perseverancia en la política de penetración pacífica (*EA*, 06-11-1923).

Ya al concluir 1923, Alfredo Rivera anunciaba la terminación de unas conversaciones internacionales sobre Tánger habidas en el

---

el futuro dictador le respondió que los que permanecían en el Protectorado no los necesitaban y por ello, se los entregaban a quien veían un poco “falto de hombría”.

Quai D'Orsay (Rivera, *EA*, 19-12-1923). Se estaba negociando un nuevo estatuto para la ciudad. Pero las valoraciones que la redacción recogía sobre esta materia resultaban contradictorias y mientras el corresponsal madrileño aludía a una ordenación armónica de los intereses españoles y franceses (Rivera, *EA*, 24-01-1924), en un editorial sin firma se vertía una opinión bastante más pesimista:

Inglaterra y Francia han acordado entregar la plaza de Tánger a la soberanía del sultán de Marruecos, que, por estar éste sometido a Francia, es lo mismo que haber entregado a ésta la plaza y el puerto tangerinos [...] Todos los españoles estamos también convencidos de que, mientras tengamos esa cuña metida dentro de nuestra zona de influencia, no habrá en ella paz (*EA*, 02-01-1924).

El mensaje parecía obvio: el redactor creía que el régimen no debía refrendar el acuerdo adoptado entre los países de la Entente porque la opinión pública, de la que el mismo periódico se alzaba como portavoz (“todos los españoles estamos convencidos...”), no lo deseaba. Esta forma de adulación de la opinión para “fabricar” un consenso constituía, desde luego, una forma muy efectiva de control de la misma.

La cuestión de Tánger no había salido a relucir ni en Versalles ni en los tratados de Saint-Germain y del Trianon, pero desde principios de 1920 Gran Bretaña se había esforzado en lograr un régimen jurídico que fuera verdaderamente internacional. Sin embargo, la diplomacia francesa había respondido sugiriendo que el Majzén ejerciese nuevamente el poder legislativo y las funciones de administración en la ciudad. Debido a estas diferencias de criterio, el borrador del estatuto no quedó elaborado hasta el 9 de octubre de 1925 y fue firmado el 18 de diciembre del mismo año. La delegación española sólo lo ratificó *ad referendum* dos meses más tarde y después de que los países de la Entente aceptasen algunas pequeñas modificaciones. Aunque el documento, cierto era, no hacía sino consolidar las facultades francesas sobre la ciudad.

Con todo, si al final el dictador tomó esa decisión, quedaba un consuelo para los liberales: la posibilidad de convertir a Ceuta en la

gran cabeza ferroviaria del Magreb. No era una idea baladí, sino que se trataba del comentario de uno de los cronistas más autorizados del momento, Víctor Ruiz Albéniz, el *Tebib Arrumi* (Ruiz Albéniz, *EA*, 04-03-1924). Con su contribución periodística, *El Adelanto* efectuaba un ejercicio de “autobombo” y, además, demostraba la preocupación que el asunto generaba. La renuncia a Tánger se percibía como un ultraje.

Para *La Gaceta Regional*, mucho menos pendiente de Marruecos que *El Adelanto* durante los primeros meses de la dictadura, el contencioso sobre esta ciudad constituyó su máxima preocupación en materia de política exterior. Por ejemplo, Mariano S. de Enciso se pronunció radicalmente en contra del último estatuto elaborado, calificándolo como “atentado histórico, geográfico y jurídico” (Enciso, *LGR*, 15-01-1924). Incluso, el columnista aportó explicaciones de índole cultural: “Nuestra acción expansiva y educadora, se ha extendido a todas las manifestaciones culturales” (Enciso, *LGR*, 23-01-1924). Hubo, así pues, aunque con distintos tonos, coincidencia de pareceres en la prensa salmantina y también, en altas dosis, entre los periódicos nacionales.

Sin embargo, pronto la atención de los salmantinos se desvió, por una parte, hacia la noticia del viaje de Aizpuru a la Corte. Por otro lado, generó una considerable expectación y angustia el recrudecimiento de los combates en Tizzi-Azza, de continuo cercada y con problemas en su avituallamiento. Aunque el gobierno militar intentó salir del paso con una tranquilizadora nota oficiosa, la alarma entre la opinión fue mayúscula (Rivera, *EA*, 04-03-1924). El Directorio, simultáneamente, denunció la existencia de una campaña difamatoria contra sus gestiones en Marruecos. En su defensa, alegaba que se limitaba a hacer frente a un problema heredado. También argumentó que si se había movilizado aquella brigada del litoral, la de Alicante y Almería, creada como reserva, ello obedecía a que anteriormente se habían repatriado 20.000 hombres. Pero lo cierto era que la situación del frente oriental empezaba a adquirir un carácter muy preocupante y se atisbaba un cambio en las directrices militares. Había dos indicios para ello: unas comentadas declaraciones de Primo para el *Daily Mail* sobre una futura colaboración ofrecida por Poincaré (Rivera, *EA*, 21-03-1924); y el nombramiento de Sanjurjo como nuevo Comandante General de Melilla (Rivera, *EA*, 11-05-1924).

Por si no resultara bastante dramática la situación africana, desde mediados de junio de 1924, recobró buena parte de la actualidad informativa la causa contra los generales Berenguer y Navarro en el Senado. Mientras ésta se desarrolló, la sección telefónica de Rivera ofreció una muy pormenorizada y extensa descripción de la misma. Con lo cual, los salmantinos tuvieron noticias muy detalladas sobre los contradictorios testimonios, entre otros, de Fernández Tamarit, Riquelme, Ben Chelal, Núñez de Prada, Sánchez Monje, Jordana, Sanjurjo o Pérez Ortiz. En las páginas de *El Adelanto* quedaron así recogidas varias acusaciones de desidia contra Berenguer; denuncias sobre la ausencia de crédito, la inutilidad operativa de Annual y la pésima instrucción de los refuerzos que llegaron a Melilla después del Desastre; quedó sembrada la duda a propósito del estado de las comunicaciones entre Silvestre, el Alto Comisario y Eza; también se planteó el interrogante de si hubiese sido posible socorrer a Monte Arruit; se discutió acerca de lo ocurrido con el cajón descerrajado del fallecido general, etc. Una mezcla de profunda rabia y vergüenza ajena, por fuerza, hubo de provocar entre la opinión pública la lectura de todas esas interesadas confesiones.

Pero también bastante desconcierto. Porque en contraste con la saturación de testimonios individuales, el capital tema de las responsabilidades únicamente mereció ahora un editorial:

El tiempo transcurrido y el cambio de sistema político han aplacado los apasionamientos [...] No puede haber duda a nadie, porque los hechos están en la memoria de todos, que el general, a raíz del Desastre, actuó con eficacia y fortuna [...] Se le tuvo entonces, no hay que olvidarlo, por el hombre prudente que no quiso arriesgar más vidas [...] Al fin triunfó el buen sentido y se concedió el suplicatorio, habiendo llegado la hora de que el Tribunal Supremo militar haya creído conveniente la vista de esa causa. El prestigio de ese tribunal es indiscutible, y en su fallo debemos confiar todos (*EA*, 19-06-1924).

De nuevo, había en este fragmento un poco disimulado esfuerzo por ganarse el favor de la opinión lectora. ¿Cómo? Contraponiendo los viejos tiempos, los de los profesionales de la

política que impidieron el procesamiento del Alto Comisario, con los nuevos, los de la dictadura justiciera y reparadora. Ahora bien, también se advertía que tras Berenguer, secundando sus actuaciones, había estado todo un país. Y, por tanto, ¿no quedaban así sus posibles responsabilidades diluidas?

No dejaba de constituir éste un pasmoso giro ideológico por parte de *El Adelanto*. ¿Tal vez un cambio impuesto? Al fin y al cabo, sus vacilaciones acerca del antiguo mando habían sido notorias. Pero cuando, finalmente, se hicieron públicas las sentencias contra Berenguer y Navarro, el periódico calló. Mientras se acordó separar al primero del servicio militar, el segundo general resultó absuelto. De inmediato, al conocerse la noticia, Primo de Rivera anunció un nuevo proyecto de amnistía.

También entre las filas conservadoras, a la espera de un plan para gestionar el Protectorado, se sabía que la creciente presión rebelde sobre Tizzi-Azza anunciaba una nueva fase de combates y, desde luego, más sacrificios. El dictador se esmeraba por llamar a la calma con sus demagógicas notas. Y también en este sentido actuaba un redactor salmantino, José Luis:

Las circunstancias de que sea un Directorio militar el que asume hoy las responsabilidades del Poder, constituyen una garantía de aciertos en la marcha de los asuntos de África [...] Para proteger hay que dominar y cuando no se domina por la persuasión, debe dominarse por la fuerza (José Luis, *LGR*, 11-03-1924).

Se requería un esfuerzo final. Además, la dictadura perseguía un lavado de la imagen castrense en lo relativo al asunto de las responsabilidades y a ello se encomendó igualmente este diario. Algún redactor subrayaba que ningún militar se opuso al esclarecimiento de lo ocurrido en Annual, pero sí a que “el supremo interés de la justicia fuera vilmente suplantado por el bajo interés de los enemigos del trono” (*LGR*, 25-01-1924). La tramitación de las causas contra los generales Berenguer y Navarro mereció, desde luego, muy poca atención en las páginas de este diario, nada comparable a la de *El Adelanto*. De hecho, en reiteradas ocasiones Barreto refirió el desinterés del asunto: “Las tribunas están casi desiertas” (Barreto,

*LGR*, 17-06-1924). Y, en otro momento, señaló: “La desanimación por parte del público es igual que en días anteriores” (Barreto, *LGR*, 20-06.1924). También al final de proceso, el corresponsal madrileño se hizo eco, evidentemente sin emitir ningún tipo de juicio, de las sentencias dictadas para ambos mandos militares, así como de la amnistía otorgada (Barreto, *LGR*, 07-07-1924).

La posición de Tizzi-Azza volvería a centrar las miradas en el verano de 1924, cuando los Regulares de Tetuán lograsen romper el cerco rebelde sobre ella. Primo aprovechó el éxito para señalar que se había empezado a estudiar un proyecto de decreto con vistas a la ampliación de facultades del Alto Comisario. Un redactor del diario de Núñez Izquierdo, entretanto, se mostraba bastante esperanzado ante los cambios que se adivinaban:

La persistencia hasta ahora seguida en no tener plan alguno [...] precisaba de una honda y radical transformación [...] No ha detallado el presidente del Directorio el pensamiento del gobierno en esta cuestión, porque sería imprudencia [...] Bueno o malo, ese plan será una norma a que nos atenderemos todos (*EA*, 26-07-1924).

Algunas voces apuntaban hacia un levantamiento general de las cábilas y por ello cundía el pánico: “Todo terminará con un acto de sumisión de los rebeldes... y hasta otra, que no se dejará esperar mucho [...] Mientras que todo eso no se explique, continuará la desorientación en la empresa marroquí [...] Es lo menos que puede pedir el país”(*EA*, 16-08-1924).

Este tan empecinado esfuerzo por contemporizar con los lectores no era más que la prueba del distanciamiento existente entre el Poder, la prensa y la opinión local. No bastarían los halagos para solicitar más sacrificios. Pero este diario estaba preparando el terreno, elaborando un argumento con el que luego poder exigir cuentas al Directorio. En otras palabras, de Primo de Rivera se esperaba una explicación, un proyecto claro, sobre la cuestión marroquí. Pero si éste no llegaba, la prensa tendría un pretexto para empezar a cuestionar el servilismo que se le demandaba e imponía con la censura. A mediados de agosto de 1924, de hecho, saltaba al periódico liberal un primer



comentario crítico: “Los días han pasado y nuestra situación en Marruecos es la misma de antes: las mismas incertidumbres, las mismas sorpresas; en una palabra, la misma falta de plan que desde hace quince años” (*EA*, 19-08-1924).

El Directorio, sin embargo, centraba entonces todos sus esfuerzos en la defensa de Xauen. Las notas oficiosas informaban de la seriedad de los combates, pero no dejaban de subrayar que, por decoro –¡qué concepto tan arraigado en nuestra historia!–, había que hacer frente decididamente contra los rebeldes. Incluso, Primo decidió asumir personalmente el cargo de Alto Comisario el 16 de octubre de 1924.

La alarma de la cancillería inglesa fue, por descontado, inmensa tan pronto se conocieron los planes de retirada. Los intereses de ésta en Tánger se verían amenazados si la rebelión cabileña se generalizaba y por eso temía que, en el fondo, Primo, con el retroceso parcial, estaba presionando a la diplomacia para lograr una revisión de los tratados sobre Marruecos (Rivera, *EA*, 16-12-1924). Más aún, Gran Bretaña recelaba de que si España dejaba un vacío en el norte de Marruecos, Francia aprovecharía para instalar su Ejército muy cerca de Gibraltar.

Barreto, por su parte, al cumplirse el primer aniversario del golpe, ya había presentado la cuestión marroquí como el único tema serio del país. Sobre todo, porque Primo uniría su suerte, al asumir la Alta Comisaría, a la de su resolución. Cabía únicamente, entre los sectores conservadores de la ciudad, apelar a las armas. La argumentación era conocida: “De lo contrario, la actitud decidida del enemigo, el cual está envalentonado porque cuenta con abundantes medios de guerra, no supondría tan sólo la pérdida del territorio, sino que dependerá también la vida de nuestros hermanos” (Barreto, *LGR*, 08-09-1924).

Pero el abandono de Xauen fue, de nuevo, tratado con gran parquedad en las páginas del diario católico (Barreto, *LGR*, 24-11-1924). Lo previsible. Ya que el dictador había unido su fortuna a la terminación de la guerra, a finales de 1924 algún redactor reconocía que se empezaban a escuchar voces demandando el retorno a la normalidad constitucional. Él, el columnista, no obstante, lo

consideraba un paso prematuro, en falso: “Ese retorno debe hacerse escalonadamente” (*LGR*, 16-12-1924). Otro periodista, “Axel”, intentando ganar tiempo, dedicaba algunas palabras de elogio a los cronistas de guerra y sus escritos:

Esta literatura destinada a los periódicos, es influida por motivaciones que para nada tienen que ver con la épica [...] El que quiera hallar la tónica verdadera del pueblo que luchó en África, no tiene sino leer estas crónicas de escaso valor literario, las más de las veces, donde resplandece la sinceridad más escueta, sobre los episodios todos de la campaña (“Axel”, *LGR*, 12-01-1925).

En las notas oficiales, por su parte, el Directorio insistía en que era preciso continuar castigando a los rebeldes. Pretextando que así lo deseaban los españoles, a principios de 1925 Primo aseguraba que no abandonaría el Poder. El periodista Antonio Monedero, al hilo de estas manifestaciones, se empeñaba en demostrar el acierto de la decisión. Diríase que intentaba persuadir a los lectores de que, nunca antes, el sueño marroquí se había contemplado como tan próximo a convertirse en realidad, tan al alcance de la mano:

Es indudable que nuestra zona de influencia, considerada en conjunto, es un hueso inhospitalario y árido [...] Pero reducido [...] esta porción es la menos mala [...] De Larache a Alcazarquivir, en todo el rincón que limita el Atlántico y la frontera francesa hay terrenos de grandísima riqueza (Monedero, *LGR*, 29-01-1925).

El autor sugería, a continuación, la posibilidad de ocupar todo este territorio con vides y olivos. Pero, ¿cuántos salmantinos no creerían que esto se publicaba a destiempo? ¿Cómo pensar en el largo plazo si lo que se presumía era una nueva guerra?

El intento por aproximar posturas con Abd-el-Krim parecía infructuoso y el desembarco sobre Alhucemas se presentaba como la única opción viable. El rebelde de Axdir había empezado a

intensificar su propaganda contra la ocupación en la zona francesa del Uarga, al tiempo que *El Adelanto* se interrogaba sobre la procedencia de sus armas (*EA*, 22-10-1924). Precisamente, esta nueva actitud del cabecilla rifeño sería el detonante del acercamiento hispano-francés. Pero a la espera de una decisión sobre cómo proceder y cuándo, las murmuraciones acerca de El Raisuni, capturado por los rifeños y enfermo, concentraron durante algunas jornadas casi todos los comentarios de la actualidad (Rivera, *EA*, 01-02-1925). Finalmente, en abril de 1925, fallecía el gran caudillo de Yebala.

Apenas pudo provocar cierta conmoción la noticia. Faltando muy poco para que entrase en vigor, tras años de discusión, el Estatuto de Tánger, la tensión militar en ambas zonas del Protectorado alcanzaba cuotas muy preocupantes. Abd-el-Krim amenazaba con avanzar sobre Fez y llamaba a los trabajadores en Argelia para retornar al Rif (Rivera, *EA*, 12-06-1925). Sus hombres se empeñaban en construir aceleradamente líneas, trincheras; diseñaban abrigos subterráneos y montaban redes telefónicas. El ataque se presentía inminente. La colaboración entre Francia y España, aunque objeto de gran misterio, era más real que nunca. A nadie se le ocultaba que se avanzaba hacia una alianza militar y *El Adelanto* se congratulaba por ello. Aunque quedasen heridas por cicatrizar:

Desde hace diez y seis años España ha venido sufriendo las consecuencias, sin atreverse, por decoro, a plantear la cuestión de una colaboración, que, seguramente, en los tiempos difíciles porque hemos pasado en Marruecos, nos habría sido denegada. Es ahora, al tocar Francia esos resultados y tener que soportar la agresión de los rifeños, cuando a la vecina república, por conducto de su prensa y de sus políticos, le parece conveniente el llegar a un acuerdo (*EA*, 26-05-1925).

El prestigio que había adquirido Abd-el-Krim hacía imprescindible una acción común. Por este motivo, para agilizar las

conversaciones con Francia<sup>61</sup>, el dictador regresó a Madrid. Además, tocaba “fabricar” el consenso en torno a esa cooperación militar. Aunque desde una premisa ya muy clara. A saber, la república vecina había de ser la aliada de España, pero no dejaba de constituir también una enemiga en potencia. Porque, incluso, ahora, cuando las tropas galas atravesaban momentos bastante críticos en Marruecos, su prensa seguía censurando la falta de entusiasmo español ante la próxima acción conjunta:

Algunos periódicos franceses se muestran sorprendidos porque, según su juicio, parte de la prensa española no ha acogido con gran entusiasmo la celebración de la conferencia en que se está estudiando una inteligencia entre Francia y España [...] Lo que pasa es que el pueblo español, que viene soportando desde hace diez y seis años la furia rifeña, a costa de imponderables sacrificios cruentos y económicos, sabe muy bien cuáles son las principales causas de la osadía rifeña, y está también percatado de cómo podrían haberse evitado esas causas (EA, 26-06-1925).

Tan sólo a mediados de agosto, después de semanas de secretos a voces, el Directorio admitía que la vía negociadora con el cabecilla de Axdir había sido descartada y convenía ahora “ilustrar a la opinión nacional” ante lo que se avecinaba. Pero, con certeza, la opinión local se hallaba en aquellos días absolutamente conmocionada por el repentino fallecimiento de Federico Anaya.

La táctica dilatoria de Abd-el-Krim había terminado con la paciencia de las cancillerías europeas. Así que la guerra, por fin, se convertía en una obligación impuesta. *El Adelanto*, en particular “A.”, presentía el inicio de una nueva etapa en la historia de España en Marruecos: “La colaboración franco-española, por todos anhelada y tan en poca cuenta tenida hasta ahora por nuestros vecinos los

---

<sup>61</sup> La Conferencia de Madrid se desarrollaría a lo largo de seis sesiones celebradas entre el 17 de junio y el 11 de julio de 1925. Los grandes acuerdos se refirieron a la vigilancia marítima y terrestre, la protección de Tánger, el trazado de las fronteras y un acuerdo político de cooperación.

franceses, ha sido impuesta por las circunstancias” (“A.”, *EA*, 29-07-1925). También este diario advertía:

Conviene prevenir al país que conseguir esto cuesta algunos cientos de millones y algunas bajas europeas, pero conviene prevenir también al país que, de desistir, pueden ocurrir una de estas dos cosas: que Francia, más interesada en el problema, nos sustituya en nuestra zona del Protectorado, o que Francia desista también, y entonces Marruecos se constituya en nación independiente, que sería centro de bolcheviques (Rivera, *EA*, 09-08-1925).

Culminaba de este modo la estrategia propagandística del diario liberal, la misma de siempre, la que había señalado Lippmann como vital para crear un clima propicio a la guerra: la de la falsificación de la historia. Porque otra vez se aparentaba que con la embestida lo que se estaba haciendo, en realidad, era defenderse de unos monstruos.

A finales de marzo de 1925, Barreto había señalado ya en *La Gaceta* que el momento era el propicio para la ofensiva final (Barreto, *LGR*, 24-03-1924). Sin embargo, el entendimiento con Francia no figuraba entre los planes de la redacción conservadora. Impotente, el periódico sabía que había de echar pelillos a la mar. Y se dolía por ello. Así, poco después del fallecimiento de El Raisuni, Pérez Alfonso escribía:

Ni antes ni después de la guerra hemos comprobado que sintiesen los gobiernos de Francia, influidos por un partido colonialista absorbente y ambicioso, no ya deseos vehementes, pero ni aun simples deseos de una inteligencia cordial, y no hay que decir que en los días de nuestro gran infortunio de 1921, si por cortesía se nos alargó la mano, no nos fue mostrado ni un pedacito de corazón (“P. A.”, *LGR*, 02-06-1925).

Tantos años de propaganda francófoba, de acopio de agravios, rencores, tratos desdeñosos y, en suma, de relaciones muy envenenadas habían fomentado un estado generalizado de constantes recelos entre la opinión pública. Entre la prensa nacional, una vez más, la reacción más parecida fue la de *El Debate* (ED, 07-07-1925). Y la más distante con relación a *La Gaceta*, la del órgano que mejor supo asimilar la nueva etapa de cordialidad diplomática, fue la de *La Vanguardia* (Sánchez Pastor, LV, 12-07-1925). En *El Imparcial*, por último, era muy perceptible el esfuerzo por relegar al olvido los incidentes diplomáticos del pasado (López Ballesteros, EI, 04-06-1925).

Ahora tocaba “confeccionar” un cambio de actitud porque Abd-el-Krim, ya sin ambages, se presentaba como un enemigo tremendamente peligroso y carismático. A su lado combatían algunos europeos, muy bien instruidos, y no sólo harqueños “desarrapados” y fanáticos (LGR, 04-06-1925). La tarea de desarmar el Rif, en consecuencia, iba a requerir un considerable esfuerzo, una notable concentración de poderes en el dictador, y por ello, había que preparar al país. Así lo admitía Primo en unas declaraciones, muy comentadas, para *Le Figaro* (Barreto, LGR, 12-06-1925). Lo mismo, con más locuacidad si cabía y agradeciendo la colaboración francesa, hacía en una nota oficiosa a mediados de julio de 1925. Por su parte, “Ariel” reincidía en los mismos argumentos, pero sin pasar por alto las habituales rencillas entre países y en la necesidad de arrojo militar y público, en un sugerente editorial:

Ahora se dice de nosotros que hemos sido la nación más sabiamente colonizadora [...] y que nuestro ejército es modelo de disciplina, de valor y de heroísmo, como lo demuestra lo que viene sufriendo y soportando en África. ¡Muchas gracias, señores! Así, al menos, se dejará de denigrarnos en el extranjero pintándonos como un país moribundo (“Ariel”, LGR, 05-08-1925).

A. de Mirabal fue el columnista que más puso en evidencia estos resquemores y el que más atención dedicó a las conversaciones con la república a propósito de la cuestión marroquí. De hecho, pocos más lo hicieron. Aunque Mirabal hubo de esperar hasta la terminación de las mismas:

Hoy tiene la nación para orientarse y esperanzarse, el vaticinio del general Primo de Rivera, según el cual, dentro de dos meses, el problema marroquí habrá entrado en vía de resolución, para dejar de ser pesadilla en los hogares, amenaza para la tranquilidad nacional y dificultad de gobierno [...] Tenía el Directorio que corregir yerros [...] Quijotescaamente nuestras tropas se habían encerrado en la ratonera de Xauen (Mirabal, *LGR*, 29-07-1925).

No obstante, el mismo columnista se impacientaba ante el retraso de las operaciones y el temor a las lluvias. Y sentenciaba: “No deben asustar, aunque preocupen, las operaciones militares contra los moros rebeldes. Son necesarias” (Mirabal, *LGR*, 17-08-1925).

Piénsese, para terminar este epígrafe, que *El Adelanto* apenas refirió el desarrollo de la Conferencia de Madrid. Y, al contrario, el diario conservador lo que escasamente reseñó, fue la retirada de Xauen. ¿Por qué estos silencios selectivos? Pues porque *El Adelanto* no quería dispensar demasiados halagos a Primo como agente diplomático. Prefería cargar las tintas sobre el tradicional acierto de la opinión pública, partidaria de la acción común. El silencio se convertía, por consiguiente, en un instrumento de rechazo, aunque pasivo y sumiso, hacia el dictador. Mientras *La Gaceta*, aunque entendió y aprobó el repliegue parcial de las tropas, no deseó relatar el desarrollo de una operación nada épica. Prefirió la autocensura a la deshonra militar. Evidentemente, sólo a través de estos comportamientos, tan marginales, la prensa salmantina luchaba por conservar su identidad en un régimen con escasas libertades.

## 7.2. LOS SOLDADOS SALMANTINOS EN MARRUECOS

El cerco sobre Tazarut, la guarida de El Raisuni, se había estrechado mucho en el momento del advenimiento del golpe. Pero aún así, por las mismas fechas, cuando desde Ain-Grana, Ramón Jerez se dirigía a los lectores de *El Adelanto*, lo hacía para comunicarles la sensación de aburrimiento y la nostalgia imperante entre sus compañeros (Jerez, *EA*, 05-10-1923).

Por suerte para los expedicionarios del de La Victoria y sus familias, la acometida final no llegó a producirse. Las primeras actuaciones del Directorio en Marruecos se dirigieron a agilizar la repatriación de los remplazos de 1920 y 1921. Primo estaba muy al corriente del malestar público generado por este asunto, el de la prolongada ausencia de los expedicionarios. Así que mientras se reanudaron las conversaciones con el jerife de Yebala, Salamanca recibió, a mediados de octubre, una formidable noticia: la del retorno de los 492 hombres del primer remplazo y de su oficial al mando, el teniente coronel Serviá (*EA*, 18-10-1923; *LGR*, 19-10-1923).

Inmediatamente se aclaró que el embarque se produciría el día 24 de octubre (*EA*, 19-10-1923); y se rectificó la cifra inicialmente publicada: retornarían 540 hombres a sus hogares (*EA*, 23-10-1923; *LGR*, 23-10-1923). La noticia tuvo que producir una enorme y muy natural satisfacción porque aquellos infortunados habían permanecido en África veintisiete meses, desde agosto de 1921. Pero a pesar de este dato, a la ciudad ya no le restaban fuerzas para las celebraciones. La prensa, en el pasado, había identificado estos actos de bienvenida/despida como explosiones del patriotismo, con relatos más o menos emotivos. Sin embargo, semejante instrumentalización de la más simple compasión se había practicado dentro de unos límites: inicialmente, durante las primeras campañas militares, los periódicos se habían hecho eco de la asistencia masiva de las gentes a la estación, sin más; después de Annual, no obstante, el protagonismo a la hora de organizar estos eventos, así como las donaciones, había recaído, fundamentalmente, en la Comisión Patriótica y en la Cruz Roja; ahora, por último, ese viejo afecto ciudadano hacia el Ejército, como institución, casi ni se apreciaba ni era posible “diseñarlo”. Al contrario, emanaba del propio Poder. La opinión pública salmantina seguía acudiendo, por descontado, a socorrer a sus tropas cuando éstas precisaban su auxilio económico y con motivo de las tradicionales y tan arraigadas campañas en pro del aguinaldo, pero ya no respondía de igual modo cuando se les llamaba para mostrar su satisfacción y agradecimiento ante la labor desempeñada por el Ejército de África.

Desde el diario liberal, la recepción, que tuvo lugar el 26 de octubre, tan sólo se describió como “cordial” (*EA*, 27-10-1923). El pretexto, la llegada escalonada de los mozos motivada por deficiencias en el transporte (*EA*, 28-10-1923). No hubo, además, ninguna palabra



de agradecimiento hacia Primo por la repatriación. La única nota de entusiasmo ciudadano se registró en la Plaza Mayor y sólo porque, he aquí el dato más pintoresco de la historia, los recién llegados vinieron acompañados con un mono que hizo las delicias del público. Desde *La Gaceta*, con un relato algo más efusivo, se recalcó, es cierto, la asistencia de multitud de gente a la estación y su presencia en las calles esperando el desfile (*LGR*, 26-10-1923). Pero se evitó describir las expresiones y actitudes de ese público: “En las calles, llenas de gente, el público se apiña para verlos marchar”.

Lo que no se echó de menos en el periódico conservador salmantino fue, andando el tiempo, el recuerdo de las catorce víctimas de la tragedia de Ain-Hedid (*LGR*, 24-06-1924). Habían pasado dos años desde aquella desgracia y la melancolía se había adueñado del clima de opinión.

Desafortunadamente, ante el recrudecimiento de los combates y la necesidad de cubrir bajas, en agosto de 1924 otras dos compañías del Regimiento del de La Victoria, encabezadas de nuevo por Serviá, marcharon a Larache. Integraban la expedición 421 soldados (*EA*, 19-08-1924; *LGR*, 19-08-1924). La despedida en la estación fue de las más tristes habidas. Así era el relato de *El Adelanto*: “Una vez más Salamanca ha visto marchar a sus soldados a África [...] Tuvo el acto de ayer, serio y breve, sin grandes estruendos ni alharacas, la ejemplaridad de la raza española, de tan fuerte temple como pródigo espíritu de sacrificio” (*EA*, 20-08-1924).

*La Gaceta*, en cambio, prefirió jugar al despiste reproduciendo una extensa arenga del coronel Pérez Fernández a las tropas (*LGR*, 20-08-1924). En octubre, por si no fuera suficiente, otro escuadrón con 150 individuos, en esta ocasión del Albuera, salió para Larache también. Excepcionalmente, el adiós tuvo más relumbrón del acostumbrado porque se hallaba en la capital con motivo de la inauguración del curso escolar, en aquellos días, el príncipe de Asturias (*EA*, 01-10-1924). El diario conservador reparaba en la actitud de los soldados: “Tan animados se hallaban éstos de un gran espíritu militar, y tan llenos de entusiasmo, que uno de ellos [...] abrazó y besó a su coronel, con el encargo que lo transmitiese a su madre, en el supuesto de que él no volviese de África” (*LGR*, 01-10-1924).

Al aproximarse la Navidad, como de costumbre, la nostalgia pesaba como una losa sobre la opinión pública salmantina. Así que de la Cruz Roja surgió la idea de abrir una suscripción para costear una suculenta cena a todos los salmantinos combatientes en Marruecos. Se constituyó, como en 1921, una Junta Patriótica, integrada por el gobernador militar, el presidente de la Diputación y el de la Cruz Roja, pero su poder de convocatoria no fue, ni por asomo, parecido al de entonces. En la prensa ya no aparecieron aquellos largos listados de suscriptores. Tan sólo la recaudación final: 15.000 pesetas (*EA*, 20-12-1924; *LGR*, 19-12-1924)<sup>62</sup>. En cambio, sí que se denunció el desconsuelo de aquellas madres que todavía esperaban el regreso del replazo de 1921 (*EA*, 19-11-1924). Y también se reprodujo la carta de protesta de algunos soldados que, una vez más, por no pertenecer ni al de La Victoria ni al Albuera iban a quedar excluidos del aguinaldo (*EA*, 11-12-1924).

Ramón Jerez, al término de 1924, notificaba a *La Gaceta* que las fuerzas de infantería salmantina iban a iniciar un repliegue (Jerez, *LGR*, 10-12-1924). Y a principios de 1925, ahora en sus crónicas para *El Adelanto*, daba cuenta extensa de cómo se había producido el mismo hasta el campamento de Teffer (Jerez, *EA*, 02-01-1925). Después de esta retirada, a mediados de marzo, al fin, se pudo anunciar la repatriación de la quinta de 1921, con 475 hombres (*LGR*, 16-03-1925).

El 1 de abril llegaban, en efecto, a la capital los expedicionarios, tras casi cuatro años de ausencia. Aunque los andenes de la estación estuvieran repletos de gente, la atmósfera que describió la prensa local fue de “expectación de recogimiento”, no de alegría. Y tampoco en esta ocasión faltó la nota pintoresca, o más bien repulsiva: “Trae el batallón, permítasenos la frase, su especie de mascota, un lindo morito de pocos años, vestido a la usanza de su raza,

---

<sup>62</sup> En la sesión del 15 de noviembre de 1924, el Cabildo Catedralicio decidió contribuir a esta campaña del aguinaldo con la donación de 100 pesetas. Véase *Actas Catedralicias*, n.º 80, años 1919-1945. También desde el Obispado se requirió la colaboración de las parroquias de la provincia, que llegaron a recaudar 6.213 pesetas. Consúltase *Boletín Oficial del Obispado de Salamanca*, 1 de enero de 1925, n.º 1.

que ha estado siempre con el batallón en campaña, que procede del poblado de Tazarut” (EA, 01-04-1925). Efectivamente, con su chilaba, babuchas y el gorro de Regulares, un niño de trece años, Alí, acaparó todas las miradas de los salmantinos. Y también con sus declaraciones, pues a un periodista, con notables dificultades para hacerse entender, le contó que iba a cambiarse el nombre por, nada menos, que el de Manuel Español. La bienvenida, al margen de estos detalles, consistió en la celebración de un *Te Deum* en la plaza de Anaya y un banquete, para los jefes y la oficialidad, en el Hotel Comercio (EA, 02-04-1925). *La Gaceta*, en esta ocasión, intentó salir del paso, evitar toda alusión al clima de la opinión, con una colaboración de Pérez Alfonso, un último intento por justificar la tan duradera contienda: “Para que las generaciones venideras no estampen sobre nuestra tumba el estigma de la ineptitud y falta de previsión” (Pérez Alfonso, LGR, 02-04-1925). Días después, los treinta y tres soldados que más se habían destacado en África fueron obsequiados con cartillas de ahorro, con un valor de 25 pesetas, donadas por la Cruz Roja y el Banco del Oeste.

Apenas un mes después, a principios de mayo, también el Albuera regresó a la capital del Tormes y asimismo el Ayuntamiento procuró que la ciudadanía lo acogiese como correspondía (EA, 07-05-1925; LGR, 08-05-1925). No obstante, cuando los 123 jóvenes llegaron a la ciudad, el 10 de mayo de 1925, el recibimiento tampoco fue todo lo festivo que se esperaba (EA, 10-05-1925; LGR, 09-05-1925). De nuevo, se achacó la discreción del acto a la impuntualidad del tren y a la lluvia (EA, 12-05-1925; LGR, 11-05-1925).

### **7.3. EL DESEMBARCO DE ALHUCEMAS Y EL TÉRMINO DEL CONFLICTO**

Se hallaba Salamanca atestada de gente, expectante ante el inicio de sus tradicionales ferias y comentando el cartel taurino, cuando el 9 de septiembre de 1925 Alfredo Rivera encabezó su sección periodística con un gran titular: “Las tropas españolas desembarcan en territorio de Alhucemas con escasas bajas” (Rivera, EA, 09-09-1925). Y lo propio hacía Barreto, aunque con un tono más efectista, llamando la atención sobre el papel desempeñado por la aviación y el coraje de los combatientes en África. Así, escribía para *La Gaceta*: “Detalles del desembarco en Morro Nuevo; nuestros

soldados entusiasmados se lanzan a la orilla con el agua al cuello” (Barreto, *LGR*, 09-09-1925).

Muy sorprendentemente, sin embargo, de lo que no dio cuenta *El Adelanto* (tampoco el diario conservador) un día antes –el 7 de septiembre– fue de que, una vez más, un batallón del de La Victoria había partido hacia África. Parece improbable, de todos modos, que se pudiese ocultar semejante información, dado que en una ciudad pequeña las noticias corrían de boca en boca. Pero habría que esperar hasta el 24 de septiembre para que Luciano Martín, el soldado-escritor de turno, relatase a los lectores el momento de la despedida, todas las incidencias del viaje en tren hasta Málaga y del traslado hasta la posición de Laucién, ubicada a tan sólo ocho kilómetros de Tetuán, en la carretera hacia Tánger (Martín, *EA*, 24-09-1925). Un ejemplo pasmoso de ocultamiento de noticias, sin duda, para no alertar a la opinión pública local.

Porque lo primero, lo que se antepuso a todo lo demás, fue el triunfo. En efecto, los soldados españoles habían ocupado la bahía de la Cebadilla, en la península de Morro Nuevo, y el júbilo gubernamental parecía del todo indescriptible. Sin embargo, es curioso, en el mismo ejemplar de *El Adelanto*, no había ni la más mínima mención sobre la atmósfera generada por esta sensacional nueva en la ciudad del Tormes.

¡Qué lejos quedaban descripciones como las habidas con motivo de la toma del Gurugú! Pero, ¿por qué? ¿Sería ésta, de verdad, la definitiva campaña en Marruecos?

El “espíritu público” se mostraba ya muy distante de aquel viejo fervor belicoso que tradicionalmente acompañaba a los conquistadores. Pero también, por suerte, más interesado, alertado si se prefiere, por la contienda. Marruecos estaba desempeñando un importante papel en el proceso, siempre lento, de concienciación política de los salmantinos.

Entre los periódicos nacionales, algunos practicaron una cobertura de lo más discreta. Éste fue el caso de *El Socialista*, que se limitó a la inclusión de notas oficiosas. Además, al término de octubre

volvió a apostar públicamente por el abandono, creyendo “interpretar así el máximo anhelo del interés nacional” (*ESO*, 23-10-1925). Rafael Gasset, en *El Imparcial*, sí celebró la toma de Axdir. Pero sin ocultar este comentario: “He creído, y sigo creyendo, que cometimos grave error político abordando empeños económicos superiores a las fuerzas financieras de nuestro país” (Gasset, *EI*, 03-10-1925). Otros como *El Debate* desearon no dejarse arrastrar por la euforia (*ED*, 09-09-1925), limitándose a celebrar el segundo aniversario de Primo en el Poder (*ED*, 13-09-1925). Tras la toma de Axdir, eso sí, la contención disminuyó: “Es inútil que ciertos periódicos, con sugerencias e insinuaciones más o menos hábiles y lícitas, traten de restar importancia a las últimas victorias” (*ED*, 03-10-1925). El *ABC*, de igual modo, no disimuló su alegría (*ABC*, 02-10-1925). *La Vanguardia*, en cambio, se esforzó por disculpar a la opinión: “Marruecos ha pesado en nuestro ánimo como una preocupación angustiosa, y aún hoy mismo, después de una victoria resonante, no se atreve la nación a demostrar todo el júbilo que la toma de Axdir hubiera provocado tres años antes” (*LV*, 04-10-1925).

En efecto, sólo el 3 de octubre de 1925, cuando se produjo la efectiva entrada del Ejército de África en Axdir, las calles salmantinas se engalanaron con colgaduras. Eso sí, después del llamamiento del entonces alcalde, Florencio Sánchez, y del gobernador militar, Daniel Cáceres (*EA*, 04-10-1925). Se habían necesitado tres semanas para vencer la resistencia de los Beni Urriaguel. Además, desde el diario liberal, el mismo columnista terminaba su reseña del “día patriótico” con un oscuro recuerdo: “La victoria definitiva cerrará para siempre las etapas sangrientas registradas en Marruecos, principalmente, desde 1909”. Todo, en resumen, muy comedido.

Consciente del atractivo mediático de la campaña, *El Adelanto* aprovechó la ocasión para recoger en sus páginas las opiniones y crónicas de dos autoridades en la materia, dos de los corresponsales de guerra más reputados de esta época. Dedicémosles un mínimo de atención: uno de ellos fue Antonio de Lezama (1882-1971). Este periodista vasco se había iniciado escribiendo en *El Liberal*, si bien su figura se había consolidado gracias a sus colaboraciones con *La Libertad*, de Luis de Oteyza. De conocidas ideas republicanas, anticlerical y antimilitarista, acabaría exiliándose a Chile durante el

Franquismo, regresaría a su tierra natal en 1970 y fallecería poco después.

Entre las mayores virtudes de sus crónicas destacaron, se cree, las observaciones acerca del proceder de sus colegas. Su primera colaboración con el diario salmantino, redactada en vísperas de la operación anfibia, fue publicada el 12 de septiembre de 1925. Había volado hasta Algeciras con Sanjurjo y, posteriormente, se había desplazado hasta Tetuán. En esta plaza, como en Alhucemas, a la espera de un contraataque rifeño, los preparativos españoles eran incesantes. Y también el ajeteo de los periodistas:

La prensa española ha enviado a estas abominables tierras, redactores especializados, y es ahora cuando, vestidos arbitraria y pintorescamente, nos lanzamos a la aventura, ávidos de emociones, soñando con informar minuciosamente a nuestros periódicos de cuanto por aquí ocurre, sin ocultar nada, haciendo justicia que, si de algo peca, es de benigna y generosa (Lezama, *EA*, 12-09-1925).

Esta avidez por la obtención de noticias pretendía inculcar en el público lector, con seguridad, entusiasmo. Al fin y al cabo, insistía el reportero, en su crónica del día 8, ahora escrita desde un barco frente a Sidi Dris y publicada en Salamanca cinco días más tarde, el nombre de Alhucemas “despierta en nosotros profundas resonancias y no podemos olvidar que alrededor de él ha girado desde hace varios años buena parte, la más importante acaso, de la política española” (Lezama, *EA*, 13-09-1925). Su relato del desembarco, que continuaba en primera persona, hubo de resultar de lo más apasionante:

Tienen prisa por llegar, tanta, que no esperan a que las barcas atraquen y se tiran al agua, porque sus pies ágiles pueden correr más, llevados por su ímpetu heroico, aún hundidos en la arena y con agua hasta más arriba de la cintura.

Ese momento en que los legionarios van saliendo del mar, con el fusil en alto y dando vivas

clamorosos, en tanto truena la metralla por todas partes y la tierra que van a hollar semeja un volcán en erupción, es de una grandeza trágica inenarrable.

Y no sólo eso. El 9 de septiembre, acompañando a dos banderas del Tercio, él mismo arribó a la playa de la Cebadilla: “No puedes imaginarte, lector, de qué modo cantan los legionarios, los niños grandes, los indisciplinados de la vida que voluntariamente se someten a la mayor y más dura disciplina. Cantan con el corazón más que con la garganta” (Lezama, *EA*, 16-09-1925).

De nuevo, el día 13, Lezama remitía otra, y muy extensa crónica a *El Adelanto*. Publicada cinco días después en Salamanca, el cronista confesaba que la improvisación había estado siempre presente en el desarrollo del desembarco porque el ataque de Abd-el-Krim sobre Tetuán había obligado a ello: “Las sucesivas modificaciones del plan de desembarco, efectuadas según repetidamente se ha dicho para desorientar al enemigo, casi terminaron por desorientarnos a nosotros” (Lezama, *EA*, 18-09-1925). En cualquier caso, no sólo la fortuna había acompañado al Ejército de África.

Por eso, otra técnica empleada para generar satisfacción entre la opinión pública salmantina, fue el simple elogio de la más moderna tecnología militar: “La aviación, con sus hidroplanos, y las escuadras, con sus acorazados fuertes y los submarinos, son elementos que garantizan la independencia nacional” (Lezama, *EA*, 15-09-1925). Como consecuencia, evidentemente, las inversiones en la operación quedaban así justificadas.

Por descontado, tampoco faltó el aplauso hacia el heroísmo de la tropa, ensalzado, más si cabía, por la resistencia y preparación del enemigo a batir:

El enemigo no es un grupo de salvajes, sino un Ejército, aunque rudimentariamente organizado, lo bastante numeroso y lo suficientemente inteligente para demostrar que guerrea iluminado por la táctica militar. Entre los rebeldes se encuentran europeos diestros en las artes de la guerra que han aleccionado, y en cierto

modo, civilizado, a los rifeños combatientes. Disponen éstos de material de guerra abundante, cañones, bombas de mano y hasta es posible que hayan intentado poseer aviación propia (Lezama, *EA*, 19-09-1925).

En sus crónicas, además, Lezama seguía esbozando una atmósfera repleta de impaciencia: “El público español, a pesar de lo repetido de la experiencia, mira de nuevo ansiosamente hacia África [...] Espera diariamente la impresión de los cronistas con la esperanza de hallar, en un detalle, en un dato concreto, en una pincelada la sensación cabal de lo que ocurre” (Lezama, *EA*, 20-09-1925). Y advertía a los lectores acerca de las dificultades para desempeñar su oficio:

Característica de esta fase de la campaña de Marruecos es la dificultad con que tropezamos los periodistas que hemos traído aquí la misión de informar [...] Nuestros artículos han de ir “necesariamente” a Melilla por mar y para eso hay que aguardar a que haya ocasión [...] El lector no debe olvidar que entre él y mi pluma existe en todo momento un lápiz rojo (Lezama, *EA*, 23-09-1925).

Diríase que ante las dificultades para avanzar, también el ánimo de este corresponsal de guerra empezaba a decaer. Reconocía sentirse prisionero, aislado del mundo porque “carecemos de telégrafo y el correo es algo inseguro y problemático por el temporal y la falta de barcos” (Lezama, *EA*, 27-09-1925). Denunciaba, asimismo, que muchos colegas de profesión no se desplazaban hasta los lugares peligrosos, limitándose al empleo de partes oficiales.

Pero hasta finales de septiembre no se reanudó la ofensiva europea en el territorio de Alhucemas: “Va a encontrarse el enemigo entre dos fuegos y entre dos potentes Ejércitos que en pleno avance, el francés y el español, van a darse la mano después de aplastar al adversario. Tengamos fe y confianza” (Lezama, *EA*, 24-09-1925). Lezama rápidamente celebró la ocupación completa de Morro Nuevo e, incluso, a pesar de recibir una herida de metralla, emocionado, aseguró: “Lo que ha hecho agolpar las lágrimas en mis ojos es el valor



[...] de estos soldados que asisten a esta lucha cruenta estoicamente” (Lezama, *EA*, 26-09-1925).

Para el diario liberal, las colaboraciones de un célebre cronista como Lezama habían redundado en un incremento de sus ventas. Así que dispuesto a aprovechar el renacido tirón público de la campaña marroquí, el periódico también contrató los servicios de Rafael López Rienda (1887-1928). Además de tratarse de un conocido periodista de *El Defensor de Granada* y *El Sol*, también fue un sargento de los legionarios, voluntario y con una larguísima trayectoria en África (aunque acabaría, paradójicamente, muriendo lejos del frente, en un accidente automovilístico).

Frente a esa tónica escasamente descriptiva de los movimientos militares propia de los trabajos de Lezama, los escritos de López Rienda se definieron por su carácter muy técnico. Por eso, en conjunto, se complementaron bastante bien y permitieron que la cobertura del desembarco, efectuada desde *El Adelanto*, fuese la mejor de la prensa local.

En su primera colaboración, publicada por *El Adelanto* el 29 de septiembre, este otro afamado corresponsal relataba el asalto a Yebel Malmusi, aclarando a los lectores que desde este enclave se podría controlar tanto Morro Nuevo como la Cebadilla (López Rienda, *EA*, 29-09-1925). En la siguiente, dirigía palabras de encomio hacia Abd-el-Kader y reconocía entusiasmado que “la leyenda de Axdir va desapareciendo como una nubecilla, según nuestras guerrillas avanzan” (López Rienda, *EA*, 01-10-1925). Y, ya a principios de octubre, López Rienda se refería a los preparativos para avanzar sobre Axdir, objetivo del tercer gran asalto sobre la bahía de Alhucemas. Los españoles habrían de ocupar el Monte de las Palomas, tradicionalmente conocido por su riqueza en hierro, mientras que a los franceses le correspondía ir estrechando el cerco por tierra sobre la república rifeña (López Rienda, *EA*, 04-10-1925).

En efecto, el asalto de esta posición fue muy celebrado tanto por López Rienda como por un recuperado Lezama (López Rienda, *EA*, 06-10-1925; Lezama, *EA*, 07-10-1925). Asimismo, el prolífico “A.” no desperdició el momento para verter sus juicios sobre los movimientos efectuados:

Bajas muy sensibles nos ha costado la ocupación de Alhucemas [...] Necesitamos permanecer en el Norte de África para que nadie pueda allí suplantarnos [...] Es de suponer que Francia y España llegarán hasta el fin y mantendrán, una vez dominado el enemigo, la inteligencia pactada. No hacerlo así significaría para muy en breve el retorno a la lucha (“A.”, *EA*, 08-10-1925).

López Rienda, además, reparaba durante estos días en la reacción de la opinión pública: “Si España en lo que se refiere a Marruecos, no estuviese ya curtida por el dolor e insensibilizada por el desgaste de esta guerra, la entrada en Axdir la hubiese celebrado jubilosa” (López Rienda, *EA*, 09-10-1925). Y abundaba en las causas del escaso entusiasmo ciudadano posterior a la victoria en otro editorial, uno de los más logrados de entre los publicados por la prensa salmantina:

El pueblo tiene derecho a que se le cuente bien el desarrollo de los acontecimientos africanos [...] El no decirle la verdad muchas veces, despistó a la opinión, desconcertó a los que se interesaban por la marcha de nuestra intervención aquí, como protectores, y terminó aburriendo a todos.

A esto se debe que España acoja ya los triunfos africanos, un poco fríamente. Diríase que recela [...] En este momento en que la opinión se siente regocijada en parte [...] es cuando más necesita de la verdad [...] que no es sino la reducción del problema a un plano más favorable (López Rienda, *EA*, 10-10-1925).

Aunque, en efecto, las hostilidades no habían concluido, al menos, en el campo enemigo empezaban a registrarse los primeros síntomas de desunión. Además, el prestigio del Ejército español había quedado restaurado, o así se aseguraba en este diario salmantino (“A.”, *EA*, 15-10-1925). López Rienda aplaudía el funcionamiento de los servicios sanitarios en Marruecos (López Rienda, *EA*, 16-10-1925). Y con esto, sin más comentarios, terminaba su serie de crónicas para *El Adelanto*.

Por su parte, Antonio de Lezama, más prolífico, insistía también en que la contienda no había finalizado y se indignaba porque creía que algunos periodistas engañaban descaradamente a los lectores, infundiéndoles falsas esperanzas: “Decirle al país que la campaña ha acabado es burlarse de él y jugar con el corazón de las madres” (Lezama, *EA*, 20-10-1925). De regreso ya a Madrid, lo recalaba: “La guerra continúa siendo una obsesión y casi un martirio constante” (Lezama, *EA*, 27-10-1925). Pero no sólo eso, sino que releía sus crónicas y lamentaba:

Me consta que a cuantos fueron como corresponsales de guerra les han mutilado sus artículos o los han suprimido por completo; pero no sé de nadie que haya, en este respecto, sufrido tanto como yo. Mi pobre, pero honrada y verídica labor, es un triste guiñapo de lo que mandé en servicio de mi profesión.

Decepcionado, al poco tiempo, en noviembre de 1925, este cronista se despedía de sus lectores. Primeramente, reseñaba el nombramiento de un nuevo jalifa para la zona española y las designaciones de Sanjurjo para el cargo de Alto Comisario, Castro Girona como nuevo comandante general de Melilla y Federico Berenguer, de Ceuta. Y, luego, añadía:

Se ha abierto un largo compás de espera que será mayor o menor, según sea el cariz del tiempo, más o menos afortunadas las negociaciones políticas o se agudice o no la agresividad de Abd-el-Krim [...] Y como a mí me parece insostenible tan largo calderón, cierro por ahora la boca y doy por terminada mi campaña informativa que, ¡ojalá no se reanude jamás, para bien de España! (Lezama, *EA*, 12-11-1925).

Los cambios políticos en el Protectorado, desde luego, no se hicieron esperar: en la zona francesa Steeg remplazó a Lyautey. Y, tal vez por esto, desde *El Adelanto* se manifestó abiertamente el deseo de que el Directorio Militar desapareciera, sustituido por un régimen civil (“A.”, *EA*, 29-10-1925). Pero ¿encabezado por quién? Pues por el mismo Primo de Rivera, ya que su capacidad de adaptación se presentaba como la mejor baza a su favor: “No ha habido para el

marqués de Estella reparo alguno en rectificar convicciones anteriores [...] fue abandonista en cuanto a Marruecos, y ello le costó la Capitanía General de Madrid, y fue regionalista. Hoy opina todo lo contrario, y se comprende” (“A.”, *EA*, 21-11-1925). *El Adelanto*, en otras ocasiones vacilante, terminaba sucumbiendo a los encantos del dictador, reconociendo sus éxitos.

En el periódico conservador, además de Barreto, Alfredo Pérez Rebollo también se ocupó de elogiar al Ejército de África por su desembarco en la bahía de Alhucemas. En su editorial a propósito de la buena nueva no faltaron las palabras de agradecimiento hacia el dictador: “Que en memorable fecha dio al traste con la repugnante y nefasta política que nos hundía para siempre en el abismo, y ahora llevado de su elevado patriotismo, quiere librarnos de la pesadilla de Marruecos” (Pérez Rebollo, *LGR*, 12-09-1925). Ramón de Olascoaga, de la misma forma, recalca que finalmente se había roto la leyenda acerca de la inaccesibilidad de Alhucemas (Olascoaga, *LGR*, 19-09-1925).

Se guardó silencio, sin embargo, a propósito de la nueva partida de soldados salmantinos hacia África. Tan sólo el 23 de septiembre, por tanto un día antes que *El Adelanto*, Pérez Alfonso les envió un saludo afectuoso:

Los vimos marchar con la frente erguida y el aire marcial del soldado español, a quien no aventaja ninguno del mundo [...] Yo no pude decir públicamente ¡adiós! a nuestros soldados. En tiempo de guerra nos exige la patria una prudencia exquisita. Proceder de otro modo sería favorecer los planes del enemigo. Y es necesario no perder de vista que el marroquí es pérfido, astuto y cruel (Pérez Alfonso, *LGR*, 23-09-1925).

Evidentemente, con ese “yo no pude decir públicamente ¡adiós!”, el columnista estaba reconociendo que el gobierno militar había prohibido entonces la circulación de la noticia.

Al mismo tiempo, no podían faltar las apelaciones al honor nacional resarcido: “Es obligado en los días actuales, el que todo buen

español sienta imbuido el espíritu de satisfacción y de orgullo. De esta manera serán rescatados repetidos pecados de indiferencia hacia la juventud que en África se ha sacrificado por los destinos de la patria” (*LGR*, 03-10-1925).

En *La Gaceta*, sin embargo, no se halla un despliegue periodístico comparable con el de *El Adelanto*. Fue “Teresa de Castilla”, una colaboradora ocasional, quien se ocupó de reseñar, con un discurso bastante encendido, la toma de Axdir: “Tan grande me parecía la noticia, de tanta transcendencia, que no se me alcanzaba que lo dijeran con esa sencillez y llaneza: me parecía a mí que debía ponerse en titulares grandes... enormes, para que los vieran las madres españolas” (“Teresa de Castilla”, *LGR*, 03-10-1925). También Matilde E. Mayor, con un muy semejante estilo, celebraba la conquista de este enclave:

Al pronunciar esta palabra un frío estremecimiento sacude nuestro ser [...] Un Ejército de leones, que así puede y debe considerarse a nuestros soldados, se propuso un día, mientras sentía arder su sangre por un santo sentimiento de venganza, hacer pagar a un traidor todas sus felonías y recobrar el lugar donde sufrieron los rigores del cruel cautiverio un grupo numeroso de españoles (Mayor y López, *LGR*, 13-10-1925).

Mientras, otro columnista de la casa, “P. Y. L.”, un mes después del inicio del desembarco, por primera y única vez en la prensa conservadora, se refirió a la conducta de la opinión pública española: “Tanto y tanto se habla de la aversión con que España mira la pesadilla de Marruecos que un franco desvió por todo lo que aquel país afecta se había apoderado de la pública opinión española” (“P. Y. L.”, *LGR*, 05-10-1925).

Tampoco faltaron los comentarios a propósito del cambio de actitud, para bien, registrado entre las páginas de la prensa francesa. Sobre todo, en el caso de *Le Temps*, que finalmente reconocía la valentía hispana y la acertada dirección de Primo (“Hispanus”, *LGR*, 17-10-1925).

*La Gaceta* concluía 1925 informando sobre los cambios en la dirección del Protectorado (Barreto, *LGR*, 28-10-1925); desmintiendo rumores a propósito de las perseverantes tensiones entre Francia y España (*LGR*, 28-11-1925); y, una vez más, llamando a los posibles colonizadores para acudir a Marruecos:

Asegurada la paz en el territorio ocupado en Marruecos, y llegado el momento de iniciar la acción del protectorado, colonizando aquellas tierras, ¿qué procedimiento se va a seguir? [...] Toda esa corriente emigratoria que va en busca de trabajo y de tierra a la Argelia francesa, o a las repúblicas americanas, bien puede dirigirse al norte africano, prolongación de España [...] Los millones de obreros sin trabajo que en la península luchan con la miseria y con el hambre, acudirían esperanzados a posesionarse de su propiedad y resueltos a defenderla con más tesón, con más energía, con más valor que el moro, que pudiera atacarla. Y una población civil numerosa se crearía en seguida y las distancias entre blocao y blocao irían desapareciendo [...] Porque Marruecos será español (Mirabal, *LGR*, 28-11-1925).

Había terminado, o casi, la sangrienta quijotada (¡qué pocas palabras encierran tanto significado como ésta en castellano!). Y aunque quedaba pendiente el desarme completo de las cábilas, el optimismo ministerial había renacido (Rivera, *EA*, 20-12-1925; Barreto, *EA*, 10-12-1925). Abd-el-Krim terminaría entregándose a los franceses, no a los africanistas, en mayo de 1926 y sería, finalmente, confinado en la isla de Reunión. El término definitivo de las operaciones españolas, sin embargo, no sería anunciado por Sanjurjo hasta el 10 de julio de 1927, tras el completo sometimiento del macizo de Yebel Alam y la recuperación de Xauen. Además, las reivindicaciones españolas sobre Tánger persistirían hasta que en julio de 1928 se ratificase un nuevo estatuto para la ciudad. Así España, por fin, pudo adquirir algunas competencias en el control de actividades subversivas a través de la creación de una Oficina Mixta de Información.

No reinaría, por el contrario, semejante regocijo entre la opinión pública local. Aunque Salamanca tenía algo por lo que alegrarse. A principios de noviembre, oficiosamente, se anunció que la quinta de 1922 del de La Victoria –186 hombres de los algo más de 800 que integraban el batallón– retornaría a su hogar (*EA*, 03-11-1925). Y pocos días antes de las Navidades, se confirmó el regreso, en realidad, de casi todo el batallón (*EA*, 23-12-1925; *LGR*, 02-12-1925). La ciudad, por consiguiente, se dispuso a recibirlos. Con excitación ante el retorno de los seres queridos, pero sin exhibicionismo, sin elogios para el dictador, con sobriedad. Al final, su entrada en la capital del Tormes tuvo lugar el 28 de diciembre de 1925 (*EA*, 29-12-1925; *LGR*, 28-12-1925). Podrían empezar estos hombres el nuevo año en compañía de sus familiares.

En total, volvieron 515 individuos, todos “cuotas” de los remplazos de 1922 a 1924, además de diez oficiales y dos jefes. Los que menos, habían permanecido en África tres meses. Debido a las injusticias del sistema de reclutamiento, sin embargo, una compañía de soldados de “haber” con 270 hombres, los más olvidados, todavía permanecería en Laucién<sup>63</sup>. Seguía habiendo clases.

Sin olvidar a Unamuno, cabe apuntar que a principios de septiembre de 1925, carteándose con su esposa, había reconocido que “ahora todo depende del resultado de la aventura africana” (Rabaté, 2009, 505). E incluso desterrado, siguió arremetiendo también contra “la dementalidad imperialista de los duelistas internacionales” y “el hipócrita y a la vez cínico protectorado de los mercenarios del honor nacional”. Le comentó también a su amigo Cassou que deseaba hacer algo “sobre la concepción pretoriana española de la conquista de Marruecos, sin violencia de lenguaje, pero claro, muy claro” (ápuđ Bécarud, 2001, 35-43). Lamentablemente, no lo llegó a hacer. Temía que le tachasen de bolchevique o comunista. Y, por otro lado, estaba harto de la censura.

Se conformó colaborando con *Hojas Libres*, una revista fundada en Hendaya por Eduardo Ortega y Gasset en abril de 1927. Aquí publicó, en 1928, “De nuevo lo de las responsabilidades”, uno

---

<sup>63</sup> Regresaron a Salamanca a finales de septiembre de 1927.

de los artículos más célebres de toda la historia del periodismo español, además de culminación de su campaña letal contra Alfonso XIII (Unamuno, *HL*, 01-05-1928). Aseguraba el anciano profesor en él que la dictadura impidió esclarecer quién estuvo tras la catástrofe de Annual y, a partir de ahí, describía al régimen como putrefacto e inmoral. El tono, aparte, era absolutamente incendiario, cargado de insultos al general y al monarca.

A raíz de la publicación de este artículo, *Hojas Libres* fue el objeto de un conflicto diplomático con el gobierno francés, ya que el Directorio exigió la supresión de la revista. Sin embargo, las autoridades galas se sentían agradecidas con Unamuno por su colaboración con los aliados durante la Primera Guerra Mundial.

Don Miguel tenía, pues, cubiertas sus espaldas.

A día de hoy, continúa la polémica historiográfica a propósito del significado del golpe y la consiguiente dictadura. Muchos historiadores, sobre todo investigadores extranjeros, consideran la actuación de Miguel Primo de Rivera como una reacción conservadora ante los esfuerzos democratizadores del gabinete de Alhucemas. Esfuerzos tales como la llegada del asunto de las responsabilidades a las Cortes; el establecimiento de la libertad de cultos; la nueva reglamentación del sufragio; la legalización de todas las organizaciones obreras; la reforma del Senado; la reactivación de muchas obras públicas; un proyecto de reforma agraria; o la imposición de un impuesto extraordinario sobre los beneficios generados por la guerra. Al contrario, la idea más aceptada entre la historiografía nacional es la de que el golpe acabó con un sistema ya agotado. El fracaso de la Restauración se materializó en la desacertada política marroquí y el enquistamiento del debate de las responsabilidades; las carencias presupuestarias para cumplir el programa liberal de obras públicas y reformas sociales; y en una crisis interna de la concentración liberal.

Por nuestra parte, consideramos que el golpe militar no generó sorpresa, pero sí expectación. La aceptación popular del mismo fue inicialmente amplia porque el Manifiesto de Primo al país, con un encendido tono regeneracionista, caló entre la opinión. Sirvió como hábil instrumento de distracción. Y antes de que las protestas contra el



régimen se convirtieran en una preocupación recurrente del dictador, éste pudo poner término a la contienda de Marruecos. También, no hay que olvidarlo, su política económica cosechó notables triunfos.

En el terreno estrictamente comunicativo y dada la escasa representatividad del régimen de la Restauración, el papel de los periódicos como órganos de la opinión ha sido reiteradamente puesto en entredicho tanto por historiadores como por periodistas. Es verdad, y así se ha querido reflejar, que las relaciones entre la opinión publicada y la pública fueron muy complejas. Pero no por ello se ha dudado de la existencia de una conexión. Al contrario, todo nuestro esfuerzo se ha orientado precisamente a descifrar las razones de ese nexo en un caso concreto, el de Salamanca. Durante la dictadura, sostenemos, el Poder pretendía sencillamente suplantar a la opinión.

La prensa de esta provincia no plantó una excesiva resistencia. Muy al contrario, los rotativos fueron bastante benevolentes con el dictador. Más, eso sí, *La Gaceta* que *El Adelanto*. Piénsese que éste abogó, aunque sólo momentáneamente, por la supremacía de la autoridad civil en septiembre de 1923 y se impacientó, de modo coyuntural, ante la falta de una solución para el conflicto africano. Pero ni la censura ni la intervención directa del general en los periódicos por medio de sus famosas notas suscitaron el más mínimo reproche. Además, sorprende el enorme paralelismo en la oferta de informaciones, y en sus tiempos. Se trataba de un indicador clarísimo del estrecho control que el Poder ejercía sobre las agencias de noticias.

En cuanto a la problemática marroquí, los dos diarios, aunque más si cabía *La Gaceta*, se conformaron con pasar de puntillas sobre asuntos espinosos tales como la retirada de Xauen, las causas abiertas contra Berenguer y Navarro, las conversaciones con Francia o los tratos con Abd-el-Krim. Apenas merecieron editoriales. La cuestión de Tánger, al contrario, no les dejó indiferentes porque el discurso francófilo había adquirido mucha resonancia entre la opinión publicada y la pública; algo que al Directorio le tocó combatir luego. El despliegue de *El Adelanto* al abordar las operaciones para la dominación de la bahía de Alhucemas fue muy superior al del periódico conservador. En cambio, ésta celebró mucho más la conquista de Axdir. Finalmente, ambos diarios se mostraron bastante parcos a la hora de describir la reacción ciudadana tras el desembarco

y satisfechos, más que orgullosos, al conocerse la noticia de la repatriación de los combatientes salmantinos.

## 8. CONCLUSIONES

En 1909, la campaña de Melilla, presentada ante la opinión pública española e internacional como una rutinaria operación de policía, supuso en realidad el comienzo de una larga y extenuante guerra entre el Ejército español y los resistentes del norte de Marruecos a la dominación extranjera. En aquellos días, el sistema político creado por Antonio Cánovas del Castillo atravesaba sus horas más bajas. Desde la derrota militar ante EEUU en 1898, se había puesto de manifiesto que España era una modesta nación, sin apenas relevancia en el escenario internacional. El Desastre había provocado una honda crisis de la conciencia nacional, un profundo resentimiento entre los militares y el surgimiento de múltiples exigencias de renovación. Por eso, a lo largo del reinado de Alfonso XIII, la política se impregnó de regeneracionismo.

Pero el nuevo tropiezo en el Barranco del Lobo vino a arrojar más leña al fuego, reabriendo viejas heridas entre el gobierno, la milicia y el pueblo. Al fracaso militar se le unía la revuelta, sobre todo catalana, contra la movilización de los reservistas. Además, ante la oleada de protestas internacionales desencadenadas por la ejecución del anarquista Ferrer y Guardia, Antonio Maura perdió la confianza regia. Su célebre “revolución desde arriba” había chocado, al final, con su carácter intransigente.

El año 1912 marcó, asimismo, un hito en esta historia de la presencia colonial española en Marruecos. Fue entonces cuando, a remolque de Francia, el gobierno de José Canalejas obtuvo un protectorado en la desconocida e inhóspita región del Rif. En el momento de gestación de un nuevo orden internacional, el que precedió al estallido de la Gran Guerra, España logró a muy duras penas sumarse a la carrera imperialista por el reparto de África. En este sentido, las relaciones con Francia, siempre plagadas de recelos, y con Gran Bretaña, entorpecidas permanentemente por el contencioso de Gibraltar, ejercieron una descomunal fuerza coercitiva en la gestión de la política exterior. Pese a ello, los gobiernos dinásticos pudieron

suscribir varios tratados internacionales, negociados, casi siempre, con el mayor de los secretismos.

Desde el principio de su andadura, los oficiales africanistas consiguieron un papel hegemónico en el control de la organización política y administrativa del territorio marroquí. Sin embargo, la noción de protectorado suponía la conservación y el respeto de las formas de gobierno tradicionales del imperio jerifiano, tuteladas, eso sí, por los colonizadores a través de la figura del interventor. La realidad, ya se sabemos, resultó muy distante de estos presupuestos teóricos.

Tras años de tropiezos militares, coqueteos con los alemanes y titubeos gubernamentales, sobre todo los exhibidos frente al jerife El Raisuni, en el verano de 1921 la sociedad española se vio brutalmente sacudida por las alarmantes noticias que llegaban desde Annual. Los rifeños habían infligido una colosal derrota a las tropas españolas y se hablaba de que los resistentes sobrevivían, en circunstancias desquiciantes, en Monte Arruit. Se imponía, por consiguiente, frente a Abd-el-Krim sólo una vía de actuación: la del desquite, la misma que conduciría al desembarco hispano-francés en Alhucemas. También la misma que permitiría el afianzamiento en el Poder, una vez aplacada la violencia catalanista y enterrado el expediente Picasso, de Miguel Primo de Rivera.

Desde una perspectiva exclusivamente castrense, si bien la modernidad tecnológica acompañaría al Ejército africanista, en el plano ideológico, la brutalización de la contienda hispano-marroquí sirvió como poso de unos valores profundamente conservadores: los herederos de la frustración, rencor y el aislamiento propios de la generación militar del 98; y los precursores, a su vez, del fascismo. Porque frente a los progresos del socialismo y de los movimientos regionalistas y ante el creciente antimilitarismo de la opinión pública, ellos encarnaron, eso creían, la auténtica identidad nacional.

Antimilitarismo generalizado, sí. Porque éste había sido, primero, la consecuencia del rechazo hacia un injusto sistema de reclutamiento y andando el tiempo, además, el fruto de una larga, cara y sanguinaria historia de desengaños. El anticolonialismo, por el contrario, fue un pensamiento que requirió una más cuidada

elaboración. Ya se ha hecho hincapié en ello páginas atrás. Nada fácil era poner en tela de juicio los fundamentos del darwinismo social cuando esta filosofía triunfaba en buena parte de Europa. La independencia de juicio es un don muy poco frecuente. Y así las cosas, durante años, en un contexto de enorme analfabetismo y con un régimen político caciquil, las campañas más allá del Estrecho toparon con la tradicional indiferencia, o si se prefiere resignación, de gran parte de la prensa y, sobre todo, de la opinión pública. Unamuno, por ejemplo, había comparado la guerra con la lagarta, una más de las calamidades del país

Sin embargo, Marruecos constituía claramente, ya en los años veinte, la pesadilla de miles de españoles. No porque se conociese mejor. Casi nos atreveríamos a decir que precisamente por lo contrario: porque se deseaba vivir de espaldas a ese país. De allí nunca llegaban buenas noticias así que, mientras más y más gentes clamaban a favor del abandono y la depuración de responsabilidades, entre los círculos oficiales, atentos al cumplimiento de los acuerdos con la Entente, acabó imponiéndose la idea de actuar con contundencia frente a los insurrectos. Después vendría la colaboración militar con Francia.

Expuestas estas generalidades, se debe subrayar que la prensa, en verdad, desempeñó un papel crucial en la historia política de todo este periodo y, particularmente, en la “digestión” y “regurgitación” de las luchas africanas. El manejo de periódicos es, por tanto, fundamental para aproximarnos, aunque sea con dificultades, a la opinión pública ante las guerras de Marruecos.

Lejos de constituir aquel pariente pobre de los estudios históricos, la prensa es una fuente preciosa, con su infinidad de editoriales, telegramas y crónicas remitidas desde el frente de batalla. Sirvió en su momento como instrumento al servicio de unas élites y, en menor medida, pero también e incluso visada por la censura, como órgano por antonomasia de la opinión pública. Actuó, en otras palabras, más como faro que como espejo. Pero espejo, al fin y al cabo. Y favoreció, aún con estas trabas, la creciente concienciación política de su clientela y del auditorio de los estrategas de café.

Verdaderamente complejo resulta, de hecho, precisar la naturaleza de ese maridaje entre la opinión publicada y la pública:

porque desde los periódicos se contribuye a moldear una sociedad no a través del poder, sino de la influencia (un poder blando, pero un poder fáctico); se pretende, al seleccionar, jerarquizar e interpretar la noticia, inculcar unos valores que generen confianza, credibilidad, prestigio y, en suma, autoridad. Se busca conformar la fuerza más poderosa de una sociedad abierta: la opinión pública. Pero para que un diario sea escuchado, comercializado y patrocinado por unos anunciantes, necesita interactuar con sus lectores, procurar algo así como una “comunidad de almas”. En esto radica su éxito. En otras palabras, necesita crear una marca de prestigio con profesionales serios; convertirse en un proyecto ideológico con una identidad perfectamente reconocible. Quizás sea el empeño por poner de relieve este fenómeno donde radique la mayor novedad de esta investigación.

Teoría de la bala mágica, espiral del silencio, función *agenda setting*, etc. El método empleado, reparemos en el caso salmantino, que no era el de una sociedad abierta, ha bebido un poco de todas estas propuestas. Únicamente ha consistido en la acumulación, primero, de todas las informaciones publicadas sobre Marruecos en los periódicos de Salamanca más leídos a lo largo de veinticinco años, los comprendidos entre 1902 y 1927.

Se han podido conocer cuáles eran los negocios informativos más boyantes, en cada fase de la intermitente contienda, a partir de los relatos de las sesiones municipales; porque a éstas siempre acudían, y así se plasmaba en las actas y en el propio *El Adelanto* —que por su continuidad nos ha servido siempre como vector para el desarrollo argumental de esta obra—, un corresponsal de cada una de las publicaciones más señeras. Tal vez haya quien se sorprenda por la utilización de este criterio de selección, poco ortodoxo, sin duda, pero lo consideramos más fiable que las incompletas y trampeadas Estadísticas de Prensa. Cuando los directores de las cabeceras eran interrogados a propósito de sus cifras de venta, solían hinchar los números con la esperanza de despertar la envidia de sus competidores. La propaganda, efectivamente, lo invade todo.

En una segunda fase, se ha procurado el análisis comparado de todas esas noticias y su contraste, también, con las informaciones emanadas de algunas instituciones locales (la Iglesia, la Universidad, el Ayuntamiento, la Diputación y la delegación de la Cruz Roja) y con

las opiniones vertidas en los *best-sellers* de la época, es decir, en las crónicas de los más reputados conocedores de las campañas marroquíes. Con esta mecánica de trabajo se ha buscado, por tanto, la combinación de un enfoque longitudinal y transversal para el examen de las opiniones publicadas. Sólo desde este presupuesto hemos buscado un acercamiento, no sabemos si acertado pero sí coherente, a la opinión pública. Sin olvidar, por descontado, el recurso a la bibliografía más reciente.

En ocasiones el procedimiento ha resultado frustrante, debido al carácter tan fragmentado y disociado de la fuente principal. Es preciso conocer y recrearse muchísimo en la opinión publicada para apenas vislumbrar la opinión pública. El propio Unamuno reparó en su momento en esta circunstancia denunciando sobre todo, el “aluvión” confuso de telegramas. Pero aunque en un periódico todo sea subjetivo, y si bien los columnistas jugaron en más ocasiones de las debidas con lo verosímil antes que con lo verdadero, no abundaron los accidentes. Al contrario, las empresas periodísticas más sólidas fueron aquéllas con una visión más pragmática del negocio.

Y no sólo eso. En el apartado de la autocrítica, siempre necesaria por lo que tiene de productiva, hay que señalar también las dificultades que entraña el manejo de información cuantitativa para este periodo. Siempre nos hemos sentido inseguros, miedosos, a la hora de proporcionar cifras referidas al analfabetismo o a la venta de periódicos, los prófugos, el número de fallecidos en campaña, las cantidades en metálico recaudadas, etc. Profundizar en todos estos asuntos habría conducido por derroteros muy distintos a los explorados aquí. Y, del mismo modo, el hecho de deslindar claramente el espacio público, mediático, del privado o doméstico ha hecho que algunos sectores de la opinión queden en estas páginas desdibujados. Piénsese, sobre todo, en el movimiento obrero y en las formas de resistencia a la guerra propias de las zonas rurales. Pero, en contrapartida, el tan ruidoso integrismo, un grupo anti-dinástico cuyo posicionamiento ante las campañas no ha merecido excesiva atención historiográfica, sí queda bien retratado en los capítulos previos.

Somos por completo conscientes de que no es lo mismo centro que periferia; ni norte o sur; importa, además, la estratificación socio-profesional de la localidad de estudio y la fuerza del asociacionismo

(y el tipo de asociacionismo); la presencia o no de una universidad y de intelectuales comprometidos; el desarrollo de una buena o mediocre red de comunicaciones; el funcionamiento del sistema de reclutamiento, el mayor o menor peso del Trust y de la Buena Prensa, etc. Las variables que se dibujan para un estudio comparado, por lo tanto, son numerosas y las combinaciones posibles, también lo son. Pero las ideas de las que se nutrieron los distintos sectores de la opinión, los temas objeto de la discusión, no fueron tantos.

Atrás habían quedado los tiempos en los que se apostaba por la misión sacerdotal del periodismo. Y ello nos lleva, irreparablemente, a pensar en la figura de Walter Lippmann. Porque él fue el primero en formular, por escrito, esa estrecha relación existente entre los medios de comunicación de masas –aunque la salmantina no dejase de constituir, insistimos, un ejemplo muy incipiente–, la política exterior y la opinión pública. Por su condena de la teoría democrática tradicional y enjuiciamiento de la labor de muchos periodistas, este personaje y su obra fueron tachados de antidemocráticos. Sin embargo, Lippmann fue un demócrata convencido, el padre de la columna periodística y alguien que durante casi cuatro décadas trabajó como formidable comentarista, explicando a sus lectores, al hombre de la calle, los pormenores de la realidad en que vivían inmersos.

Junto con las ideas del insigne decano de la prensa americana, y muy vinculadas con ellas, otra gran inspiración metodológica ha sido la tesis del *Rally Round the Flag*. Porque el vocablo “euforia” aplicado a los momentos de mayor tensión bélica no nos complacía en absoluto. Se creía que bajo esas aparentes explosiones de patriotismo subyacía algo más complejo. En particular, se valora de esta tesis – hoy en día bastante en boga entre los politólogos estadounidenses para el estudio de las repercusiones públicas de los ataques terroristas– el acento que pone en el hecho de que las opiniones funcionen con distintas dinámicas en el corto y largo plazo. En el corto plazo el ciudadano responde de forma muy positiva (visceral porque la guerra se hace “con las tripas”) a los compromisos internacionales de los gobiernos; en el largo, no. Se impone entonces el recurso a la propaganda de guerra, la fabricación de héroes y monstruos, la censura y la desinformación.



No queremos dejar de mostrar nuestro convencimiento acerca de que la información se digiere socialmente, más si cabe en las coyunturas dramáticas. De ahí que se haya reparado, para el caso salmantino, en la figura de Unamuno y, en menor medida, puesto que su pensamiento era infinitamente más lineal, en la de Martín Veloz. Ambos desempeñaron un papel vital, estelar, a la hora de canalizar los mensajes periodísticos. Fascinantes son algunos comentarios del primero; sorprendentes sus cambios de criterio; y admirables, algunas de sus deducciones.

El marco local ha sido el instrumento que ha permitido acotar la acción de un sujeto histórico tan apasionante como la opinión pública. Salamanca no era, a principios del siglo XX, una ciudad ajena a los problemas nacionales. Esa imagen de una capital de provincia moribunda y de aspecto desolado, semejante a un “aduar africano”, de hecho, era continuamente desmontada por los testimonios de una prensa de lo más variopinta y por las acciones de algunos de sus grandes hombres. Ciertamente, esta urbe poseía un sector industrial muy arcaico; una Universidad con escasa solvencia económica; topamos con el predominio de unas clases populares sumidas en la precariedad laboral frente a una oligarquía terrateniente; y conocemos sus elevadísimas tasas de emigración, etc. Pero Salamanca también tenía una enorme vitalidad política, mezclándose las viejas y nuevas formas de entender esta actividad, y considerable fuerza intelectual.

La prensa provincial sobre todo destacó en la campaña de ayuda para los soldados, siempre víctimas y verdugos; animó a la participación ciudadana en estos gestos caritativos; alabó algunas iniciativas de las instituciones y particulares; transmitió las informaciones proporcionadas por la Cruz Roja... Pero no sólo eso: como herramienta excepcional para la transmisión de la propaganda de guerra y campo fecundo para las más diversas técnicas de desinformación, la prensa hizo de la opinión pública un instrumento al servicio de la política exterior. Ocurrió así, por ejemplo, en los meses posteriores al Desastre de Annual, cuando tanto se alimentó aquel deseo de revancha. En otras ocasiones, a la inversa, fue la política exterior un instrumento para ganarse el favor de la opinión pública. Piénsese ahora en cómo Primo de Rivera utilizó el repliegue de 1924 para apuntarse el tanto de la soñada repatriación de miles de soldados.

La cobertura del proceso diplomático y militar para el asentamiento de España en Marruecos fue, en cualquier caso, limitada, coaccionada por la discreción de los diplomáticos; irregular; muchas veces carente de pluralismo y siempre condicionada por el partido que ocupase la presidencia del gobierno. Porque el Protectorado sirvió como tema recurrente en la confrontación política. Y así lo supo ver *El Adelanto*, a pesar de sus titubeos; también *El Salmantino*, militarista como ningún otro periódico local; *El Lábaro*, bastante oportunista; un comedido *El Castellano*; *La Gaceta*, muy próxima igualmente a las tesis de los africanistas; *El Pueblo*, con su abandonismo, etc. Por descontado, tampoco a la prensa nacional se le escapó este hecho.

Por las páginas de la prensa local, con menos soporte gráfico que los periódicos de las grandes ciudades, pero sin nada que envidiar en cuanto a contenidos, desfilaron decenas de columnistas más o menos enterados de la marcha de los asuntos africanos y más o menos talentosos: Francisco Romero, “Uno”, “Un Repórter”, “Argos”, “Juan de Salamanca”, Berrueta, “Abel Peregrín”, “E.”, “A.”, “Mirabal”, “Teresa de Castilla”, etc. También merecieron un considerable espacio las informaciones telegráficas de Rivera y, más adelante, Barreto. Por último, no faltaron las colaboraciones de afamados periodistas del momento y expertos en la materia, tales como Peyra Anglada, Leopoldo Alas, Pascual Meneu, Cándido Lobera, el *Tebib Arrumi*, Lezama o López Rienda.

Las polémicas ideológicas y contradicciones entre las opiniones publicadas fueron continuas: afectaron al contenido de los tratados, las intenciones de Maura, el porqué de los vaivenes ante El Rogui o El Raisuni, las pretensiones francesas, la reglamentación del servicio militar, la conveniencia de una acción civil o militar, el mando de Berenguer, el carácter de Silvestre y Abd-el-Krim, el alcance del asunto de las responsabilidades... y tuvieron su efecto.

Las intermitentes campañas de Marruecos ejercieron, en conclusión, un impacto notable sobre la ciudadanía. Por una parte, sirvieron para su creciente concienciación política a costa de muchos desengaños; por otro lado, dejaron también su triste huella en algunos centenares de mozos que hubieron de acudir al frente de la batalla. Eso es lo que hemos buscado plasmar a lo largo de este trabajo. Pero

el deseo de encorsetar a la opinión pública dentro de conceptos como “a favor”, “en contra”, “mayoritaria” y “minoritaria” siempre lo hemos considerado como un esfuerzo vano. No, la opinión pública fue y es una realidad más etérea; inabarcable, como el océano; desmovilizada durante muchos años. Diríase que como ese océano sin olas; aunque peligrosa, igualmente. Porque bajo la superficie, se ocultaban, sin duda, muchas corrientes y remolinos. Se desea haberlo puesto en claro en estas páginas.



## **9. FUENTES Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

### **A. ARCHIVOS CONSULTADOS**

Archivo Catedralicio de Salamanca

Archivo Diocesano de Salamanca

Archivo de la Diputación Provincial de Salamanca

Archivo General de la Universidad de Salamanca

Archivo General Militar de Madrid

Archivo Municipal de Salamanca

Biblioteca General de la Universidad de Salamanca

Biblioteca Nacional Española, Madrid

Casa-Museo Unamuno, Salamanca

Centro de Documentación de la Cruz Roja Española, Madrid

CSIC-Biblioteca Tomás Navarro Tomás, Madrid

### **B. PUBLICACIONES PERIÓDICAS**

*ABC*

*El Adelanto*

*Boletín del Obispado de Salamanca*

*Boletín Oficial de la provincia de Salamanca*

*El Castellano*

*La Ciudad*

*La Cruz Roja. Revista mensual ilustrada*

*El Debate*

*La Época*

*La Gaceta Regional*

*Hojas Libres*

*El Imparcial*

*El Lábaro*

*El Liberal*

*La Libertad*

*La Lucha*

*El Mercantil Valenciano*

*La Nación*

*Nuevo Mundo*

*El Obrero*

*El Pueblo*

*El Salmantino*

*El Socialista*

*El Sol*

*La Vanguardia*

*La Verdad*

### **C. LIBROS, FOLLETOS Y MONOGRAFÍAS**

AYENSA, E. (1930), *Del Desastre de Annual a la presidencia del Consejo*. Madrid: Rafael Caro Raggio.

CAPITÁN X (1910), *Verdades amargas (La campaña de 1909 en el Rif)*. Madrid: Imprenta artística española.

DÍAZ DE VILLEGAS, J. (1930), *Lecciones de la experiencia (enseñanzas de las campañas de Marruecos)*. Toledo: Sebastián Rodríguez.

JUAN DE ESPAÑA (1926), *La actuación de España en Marruecos. Apuntes de historia y estudios sobre la política y situación actual del problema hispano-marroquí*. Madrid: s. n.

FIGUEROA, A. (1923), *Las responsabilidades del Antiguo Régimen, 1875-1923*. Madrid: Renacimiento.

GÓMEZ HIDALGO, F. (1921), *Marruecos: la tragedia prevista*. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo.

MAINAR, R. (1906), *El arte del periodista*. Barcelona: José Gallach Editor.

MARICHALAR, L. (1923), *Mi responsabilidad en el Desastre de Melilla como ministro de la Guerra*. Madrid: Gráficas Reunidas.

MAURA GAMAZO, G. (1905), *La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español*. Madrid: Imprenta de M. Romero.

MUÑOZ OREA, M. (1911), *Datos para la geografía médica de Salamanca*. Barcelona: Tesis doctoral.

PEYRA ANGLADA (1910), *España en el Rif (1909)*. Barcelona: Pons y Compañía.

RUIZ ALBÉNIZ, V. (1922), *Las responsabilidades del Desastre. Ecce Homo (Prueba documental y aportes inéditos sobre las causas del derrumbamiento y consecuencia de él)*. Madrid: Biblioteca Nueva.

UN AFRICANISTA MÁS (1914), *La guerra y el problema de África. Unas cuantas verdades*. Burgos: Tipografía de Marcelino Miguel.

#### **D. BIBLIOGRAFÍA PUBLICADA RECIENTEMENTE**

ALARCÓN, P. A. (2009), *Diario de un testigo de la Guerra de África*. Bilbao: Universidad del País Vasco.

ALONSO BAQUER, M. (1986), “El problema de Marruecos”. En M. Hernández Sánchez-Barba y M. Alonso Baquer, *Historia social de las Fuerzas Armadas Españolas*, vol. 5. *La Restauración*. Madrid: Alhambra, pp. 227-257.

ALLENDESALAZAR, J. M. (1990), *La diplomacia española y Marruecos, 1907-1909*. Madrid: MAE y Agencia Española de Cooperación Internacional.

AZIZA, M. (2003), *La sociedad rifeña frente al Protectorado español en Marruecos, 1912-1956*. Barcelona: Bellaterra.

BACHOUD, A. (1988), *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Madrid: Espasa-Calpe.

BALFOUR, S. (2002), *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona: Ediciones Península (Historia, Ciencia y Sociedad).



- BARRIO JALA, M. (2002), “Reflexiones sobre la Guerra de África”, *Revista de Historia Militar*, 92, 209-255.
- BAUM, M. A. y Potter, P. (2008), “The relationships between mass media, public opinion, and foreign policy: toward a theoretical synthesis”, *Annual Review of Political Science*, 11, pp. 39-65.
- BÉCARUD, J. (2001), “Jean Cassou y Miguel de Unamuno, a través de su correspondencia”. En VVAA, *Jean Cassou y sus amigos*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid, pp. 35-43.
- BOTREL, J. F. (2007), “Propaganda y opinión pública en la España contemporánea: el papel de los ciegos”. En J. M. Nieto Soria et al., *Propaganda y opinión pública en la historia*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 97-101.
- BOUARFA, M. (2002), *Marruecos y España. El eterno problema*. Málaga: Algazara.
- BOUZALMATE, A. (2002), *Marruecos y los intelectuales y publicistas españoles 1912-1923*. Tesis doctoral inédita de la UAM.
- BOYD, C. P. (1990), *La política pretoriana durante el reinado de Alfonso XIII*. Madrid: Alianza.
- CALLE VELASCO, M<sup>a</sup> D. (1997), “Aspectos de la vida cotidiana salmantina a principios del siglo XX”. En C. Kent (coord.), *Salamanca en el siglo XX*. Delaware: Ohio; Salamanca: Librería Cervantes, pp. 53-65.
- CAPELLÁN DE MIGUEL, G. y GARRIDO MARTÍN, A. (2010), “Los intérpretes de la opinión. Uso, abuso y transformación del concepto Opinión Pública en el discurso de la Restauración (1875-1902)”, *Ayer*, 80, pp. 87-114.
- CARASA SOTO, P. y DÍEZ CANO, L. S. (2001), “Epílogo: La Restauración (1875-1898)”. En R. Robledo (coord.), *Historia de Salamanca*, vol. IV, *El siglo XIX*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, pp. 523-535.

- CARASA SOTO, P. y DÍEZ CANO, L. S. (2001), “Caciques, dinero y favores. La Restauración en Salamanca”. En R. Robledo (coord.), *Historia de Salamanca*, vol. V, *El siglo XX*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, pp. 87-158.
- CARDONA, G. (1983), *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*. Madrid: Siglo XXI.
- COMALADA, A. (1985), *España: El ocaso de un Parlamento, 1921-1923*. Barcelona. Ediciones Península.
- CHAPA, A. (1999), *La construcción de los Saltos del Duero, 1903-1970. Historia de una epopeya colectiva*. Pamplona: Ediciones Universidad de Salamanca /Enusa.
- CHOMSKY, N. (2002), *Cómo nos venden la moto. Información, Poder y concentración de medios*. Barcelona: Icaria.
- DADER GARCÍA, J. L. (1992), *El periodista en el espacio público*. Barcelona: Bosch.
- DESVOIS, J. M. (1982), “La prensa frente al Desastre de Marruecos, de Annual a Monte Arruit, 23 de julio a 13 de agosto de 1921”. En VVAA, *Metodología de la prensa española*. Madrid: Siglo XXI.
- DEUTSCH, K. (1970), *El análisis de las relaciones internacionales*. Buenos Aires: Paidós.
- DEZCALLAR, J. (2007), “Una reflexión sobre las relaciones hispano-marroquíes”. En A. Valle y J. Verdú (dirs.), *España y Marruecos en el centenario de la Conferencia de Algeciras*. Madrid: FMV, pp. 31-42.
- DÍEZ CANO, L. S. (2003), “Los estudios de Historia Contemporánea de la provincia de Salamanca”. En P. Carasa Soto (coord.), *La memoria histórica de Castilla y León. Historiografía castellana en los siglos XIX y XX*. Salamanca: Junta de Castilla y León, pp. 268-274.

- DÍEZ ELCUAZ, J. I. (2003), *Arquitectura y urbanismo en Salamanca (1890-1939)*. Salamanca: Colegio Oficial de Arquitectos de León.
- ESTEBAN DE VEGA, M. (1986), “Católicos contra liberales: sobre el ambiente ideológico salmantino de la Restauración”, *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 4, pp. 51-69.
- ESTEBAN DE VEGA, M., GONZÁLEZ GÓMEZ, S. y REDERO SAN ROMÁN, M. (1992), *Salamanca, 1900-1936: la transformación limitada de una ciudad*. Salamanca: Diputación de Salamanca.
- FERNÁNDEZ, R. (2001), *Salamanca. Crónica Siglo XX*. Salamanca: Diputación de Salamanca.
- FERNÁNDEZ TRILLO, M. y MCINIIS, E. (1985), “Implantación obrera: socialistas y comunistas en Salamanca durante la II República”, *Salamanca. Revista de Estudios*, 15, pp. 87-163.
- FERRERA CUESTA, C. (2004), “Formación de la imagen monárquica e intervencionismo regio: los comienzos del reinado de Alfonso XIII (1902-1910)”, *Hispania*, 216, 237-266.
- FUENTES, J. F. y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. (1997), *Historia del periodismo español. Prensa, política y opinión pública en la España Contemporánea*. Madrid: Síntesis.
- GARCÍA BEAUDOUX, V., D’ADAMO, O. y FREIDENBERG, F. (1999), “Opinión pública y comunicación: El doble flujo de la comunicación política”, *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 7, pp. 136-146.
- GARCÍA MORENO, J. F. (1988), *Servicio militar en España (1913-1935)*. Madrid: Servicio de Publicaciones del EME.
- GONZÁLEZ CALVET, M<sup>a</sup> T. (1987), *La Dictadura de Primo de Rivera. El Directorio Militar*. Madrid: El Arquero.

- GROELING, T. y BAUM, M. A. (2008) “Crossing the Water’s Edge: Elite rhetoric, media coverage, and rally-round-the-flag phenomenon”, *The Journal of Politics*, Vol. 70, 4, pp. 1065-1085
- GUTIÉRREZ POCH, M. (1996), “Control de mercado y concentración empresarial: La Papelera Española, 1902-1935”, *Revista de Historia Industrial*, 10, pp. 183-199.
- HABERMAS, J. (1986), *Historia y crítica de la opinión pública*. México: Gustavo Gili.
- HALL, M. C. (2005), *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal, 1902-1923*. Madrid: Alianza.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, C. A. (1997), *A tiros y a alcaldes. Élités políticas y conflictos de poder: la dictadura de Primo de Rivera y su Directorio militar en Salamanca (1923-1925)*. Salamanca: Memoria de licenciatura inédita de la USAL.
- HOISINGTON, W. (1995), *Lyautey and the French conquest of Morocco*. Nueva York: Macmillan.
- JANUÉ I MIRET, M. (2007), “Del ‘prestigio mundial’ al aislamiento: la Conferencia de Algeciras y los errores de la *Weltpolitik* alemana”. En J. A. González Alcantud y E. Martín Corrales (eds.), *La Conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*. Barcelona: Bellaterra, pp. 73-100.
- LAARBI MESSARI, M. (2007), “Reflexiones desde el sur de Tarifa: Algeciras, un hito en la historia de Marruecos”. En J. A. González Alcantud y E. Martín Corrales (eds.), *La Conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*. Barcelona: Bellaterra, pp. 159-169.
- LA PORTE, P. (1997), *El Desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*. Madrid: Tesis doctoral inédita de la UCM.

- LIPPMANN W. (2003), *La opinión pública*. Langre: Madrid.
- LÓPEZ GARCÍA, B. (2007), *Marruecos y España. Una historia contra toda lógica*. Sevilla: RD Editores.
- MADARIAGA, M<sup>a</sup> R. (2005), *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Madrid: Alianza Editorial.
- MÁLAGA GUERRERO, J. (1998), “Unamuno, concejal”, *Salamanca. Revista de Estudios*, 41, pp. 177-194.
- MARTÍN, M. (1973), *El colonialismo español en Marruecos (1860-1956)*. París: Ruedo Ibérico.
- MARTÍN CORRALES, E. (1999), “El Protectorado español en Marruecos (1912-1956). Una perspectiva histórica”. En J. Nogué y J. L. Vilanova (eds.), *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*. Lleida: Editorial Milenio, pp. 145-158.
- MARTÍN CORRALES, E. (2002), *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica: siglo XVI-XX*. Barcelona: Bellaterra.
- MARTÍN DE LA GUARDIA, R. M. y PÉREZ SÁNCHEZ, G. A. (2003), “Opinión pública y medios de comunicación”. En J. C. Pereira (coord.): *La política exterior de España (1800-2003): historia, condicionantes y escenarios*. Barcelona: Ariel, pp. 153-168.
- MAS CHAO, A. (1988), *La formación de la conciencia africanista en el Ejército español (1909-1926)*. Madrid: SGE.
- MENÉNDEZ PÉREZ, J. (1999-2000), “La guerra de Marruecos en la novelística española”, *Estudios Africanos*, 25-26, pp. 125-145.
- MIGUEL, A. (2002), “Qué significa la lectura de periódicos”. En C. Almuiña y E. Sotillos (coords.), *Del periódico a la sociedad de la información*, vol. 2. Madrid: España Nuevo Milenio, pp. 357-362.

- MOGA ROMERO, V. (2008), *La cuestión marroquí en la escritura africanista. Una aproximación a la contribución bibliográfica y editorial española al conocimiento del norte de Marruecos (1859-2006)*. Melilla: Bellaterra.
- MOLINA LUQUE, F. (2001), *Quintas y servicio militar: Aspectos sociológicos y antropológicos de la conscripción (Lleida, 1878-1960)*. Lérida: Tesis doctoral inédito de la Universidad de Lérida.
- MORALES LEZCANO, V. (1976), *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*. Madrid: Siglo XXI.
- MORALES MOYA, A. (1994) “Salamanca y sus hombres: una visión de la ciudad”, *Salamanca. Revista de estudios*, 33-34, pp. 13-28.
- MUÑOZ ALONSO, A. et al. (1990), *Opinión pública y comunicación política*. Madrid: Eudema.
- OTERO CARVAJAL, L. E. (2007), “Las telecomunicaciones en la España Contemporánea, 1855-2000”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 29, pp. 119-152.
- OUIMETTE, V. (1997), *De patriotismo espiritual. Artículos en La Nación de Buenos Aires, 1901-1914*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- PABÓN, J. (1952), *Cambó*. Barcelona: Editorial Alpha.
- PASCUAL MARTÍNEZ, P. (1992), *Escritores y editores en la Restauración Canovista*. Madrid: Tesis doctoral inédita de la UCM.
- PASCUAL MARTÍNEZ, P. (1999), “Prensa, Ejército y Parlamento en la guerra de Marruecos”, *Historia 16*, 276, pp. 63-77.
- PENELL, R. C. (2001), *La Guerra del Rif. Abd-el-Krim el Jattabi y su estado rifeño*. Melilla: Biblioteca de Melilla.

- PÉREZ MOLINA, E. (1986), *El norte de Marruecos, de la Conferencia de Algeciras al Protectorado. Su repercusión en las Cortes española (1906-1912)*. Madrid: Tesis doctoral inédita de la UAM.
- PÉREZ MOLINA, E. (1986), *El norte de Marruecos, de la Conferencia de Algeciras al Protectorado. Su repercusión en las Cortes española (1906-1912)*. Barcelona: Tesis doctoral inédita de la UAB.
- PIZARROSO QUINTERO, A. (1990), *Historia de la propaganda. Notas para un estudio de la propaganda política y de guerra*. Madrid: Eudema.
- PIZARROSO QUINTERO, A. (2002), “Propaganda y propaganda de guerra” en VVAA: *Propaganda en guerra*. Salamanca: Consorcio Salamanca 2002, pp. 21-24.
- PIZARROSO QUINTERO, A. (2008), “Justificando la guerra. Manipulación de la opinión pública en los conflictos más recientes”, *Comunicación. Revista internacional de comunicación audiovisual, publicidad y estudios*, vol. 1, 6, pp. 3-19.
- PONCE MARRERO, J. (2007), “La política exterior española de 1907 a 1920: entre el regeneracionismo de intenciones y la neutralidad condicionada”, *Historia Contemporánea*, 34, 93-115.
- PUELL DE LA VILLA, F. (1986), “Las Fuerzas Armadas en la crisis de la Restauración. Las juntas militares de defensa”. En M. Hernández Sánchez-Barba y M. Alonso Baquer, *Historia social de las Fuerzas Armadas Españolas*, vol. 5. *La Restauración*. Madrid: Alhambra, pp. 81-126.
- PUELL DE LA VILLA, F. (2000), *Historia del Ejército en España*. Madrid: Alianza.

- QUIROGA VALLE, M<sup>a</sup> Gloria (1999), *El papel alfabetizador del Ejército de Tierra español (1893-1954)*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- RABATÉ, J. C. (1997), *1900 en Salamanca*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- RABATÉ, C. y J. C. (2009), *Miguel de Unamuno. Biografía*. Madrid: Taurus.
- RAMIRO DE LA MATA, J. (2001), *Origen y dinámica del colonialismo español en Marruecos*. Ceuta: Ciudad Autónoma de Ceuta, Archivo Central.
- REIG CRUAÑES, J. (2000), *Opinión pública y comunicación política en la Transición democrática*. Tesis doctoral inédita, Universidad de Alicante.
- ROBLEDO, R. (1992), “Salamanca en la Historia Contemporánea: ¿Un desierto historiográfico”. En VVAA, *I Congreso de Historia de Salamanca*, vol. 3. Salamanca: Diputación de Salamanca.
- ROBLEDO, R. (2001), “Dejar el campo, comprar la tierra: economía, población y sociedad (1880-1930)”. En R. Robledo (coord.): *Historia de Salamanca*, vol. V, *El siglo XX*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, pp. 15-85.
- ROBLES, L. (1994), “El arabista castellonense Pascual Meneu, amigo de Unamuno (Cartas inéditas)”, *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 70, pp. 197-240.
- ROBLES, L. (1996), *Epistolario americano (1890-1936)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- ROBLES, L. (2004), “Nuevas aportaciones sobre Meneu”, *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 80, 355-399.



- RODA FERNÁNDEZ, R. (1989), *Medios de comunicación de masas. Su influencia en la sociedad y en la cultura contemporáneas*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- ROSAS LEDEZMA, E. (1981), “Las declaraciones de Cartagena (1907): Significación en la política exterior de España y repercusiones internacionales”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2, pp. 214-229.
- RUBIO CAMPAÑA, A. (2005), *Periodistas españoles en la Guerra del Rif (Marruecos): 1921-1923. Origen del periodismo de investigación en España*. Madrid. Tesis doctoral inédita de la UCM.
- SAHAGÚN, F. (1986), *El mundo fue noticia. Corresponsales españoles en el extranjero: La información internacional en España*. Madrid: Fundación Banco Exterior. Colección Investigaciones.
- SALAFRANCA ORTEGA, J. F. (2001), *El sistema colonial español en África*. Málaga: Algazara.
- SALES, N. (1974), *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*. Barcelona: Ariel.
- SÁNCHEZ SANZ, O. J. (2006), *Diplomacia y política exterior. España (1890-1914)*. Madrid: Tesis doctoral inédita de la UCM.
- SANTAMARÍA, J. L. (1986), “Señora de gran nobleza a la que le huelen los pies. La ciudad de Salamanca a finales del siglo XIX”, *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 4, pp. 87-112.
- SENABRE LÓPEZ, D. (1998), *Salamanca en 1898*. Salamanca: Ayuntamiento de Salamanca.
- SEOANE, M<sup>a</sup> C. y SÁIZ M<sup>a</sup> D. (1996), *Historia del periodismo en España. El siglo XX: 1898-1936*. Alianza: Madrid.

- SERNA, A. (2001), *Al sur de Tarifa: España-Marruecos, un malentendido histórico*. Madrid: Marcial Pons.
- SUEIRO SEOANE, S. (1992), *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y “la cuestión marroquí”, 1923-1930*. Madrid: UNED.
- SZMOLKA, I. (2007), “Marruecos en la prensa española”. En B. López García y M. Hernando de Larramendi (coords.), *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes. Un balance en el cincuentenario de la independencia de Marruecos*. Madrid: Ediciones del Oriente y de Mediterráneo, pp. 433-439.
- TEMSAMANI, A. K. (1999), *País Yebala: Majzén, España y Ahmed Raisuni*. Granada: Universidad de Granada.
- TESSAINER Y TOMASICH, C. F. (1998), *El Raisuni, aliado y enemigo de España*. Málaga: Algazara.
- TORRE DEL RÍO, R. (1990), “La política exterior española en el año de la crisis de 1911 a través de la correspondencia del marqués de Alhucemas”. En VVAA, *Estudios históricos. Homenaje a los profesores José M<sup>a</sup> Jover Zamora y Vicente Palacios Atard*. Madrid, pp. 381-406.
- TORRE DEL RÍO, R. (2007), “Preparando la Conferencia de Algeciras: el acuerdo hispano-francés del 1 de septiembre de 1905 sobre Marruecos”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n<sup>o</sup> extraordinario, pp. 311-320.
- URRUTIA, L. (1971), *Obras Completas*, vol. III y IX. *Nuevos Ensayos*. Madrid: Escelicer.
- VALLE, A. y VERDÚ, J. (2007), *España y Marruecos en el centenario de la Conferencia de Algeciras*. Madrid: FMV.
- VILLALOBOS, F. (2004), *El sueño colonial. Las guerras de España en Marruecos*. Barcelona, Ariel.

- VILLANOVA, J. L. (2006), *Los interventores. La piedra angular del Protectorado de España en Marruecos*. Barcelona: Bellaterra.
- VISCARRI, D. (2004), *Nacionalismo autoritario y orientalismo. La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*. Bolonia: Il Capitello del Sole.
- WOOLMAN, D. S (1971), *Abd-el-Krim y la Guerra del Rif*. Barcelona: Biblioteca Tau.



**PUBLICACIONES DEL INSTITUTO UNIVERSITARIO  
GENERAL GUTIERREZ MELLADO (IUGM)**



## **PATROCINADAS POR EL IUGM**

Puell de la Villa, Fernando, *Gutiérrez Mellado: Un militar del siglo XX (1912-1995)*, IUGM-BIBLIOTECA NUEVA, Madrid, 1997.

## **EDITADAS POR EL IUGM**

VV.AA, *Cuadernos del instituto*, IUGM, Madrid, 2000.

VV.AA, *Papeles del Instituto*, IUGM, Madrid, 2000.

Díaz Fernández, Antonio M. (coord.), *Guía de Recursos para el estudio de la paz, la seguridad y la defensa*, IUGM, Madrid, 2003.

VV.AA, *El Mediterráneo: origen de cultura y fuente de conflictos (XIV edición cursos de verano, año 2003)*, IUGM, Madrid, 2004.

Castro-Rial Garrone, Fanny, Álvaro Jarillo Aldeanueva, Eduardo Trillo de Martín-Pinillos, *Las misiones de observación electoral en la prevención de conflictos*, IUGM, Madrid, 2005.

García Montañó, Juan, *¿Es posible medir la moral? potencial psicológico*, IUGM, Madrid, 2005.

VV.AA, *Seminario sobre Seguridad y Cooperación en el Oeste mediterráneo*, IUGM, Madrid, 2005.

Arteaga Martín, Félix (comp.), *Guía de Investigación sobre la paz, la seguridad y la defensa*, IUGM, Madrid, 2006.

Born, Hans et all., *Control parlamentario del sector de la seguridad*, IUGM, Madrid, 2006.

Díaz Barrado, Cástor Miguel (dir.), *Misiones Internacionales de Paz: Operaciones de Naciones Unidas y de la Unión Europea*, IUGM, Madrid, 2006.

Martí Sempere, Carlos, *Tecnología de la Defensa. Análisis de la situación española*, IUGM, Madrid, 2006.

Sepúlveda, Isidro (ed.), *Democracia y Seguridad en Iberoamérica. Los retos de la gobernabilidad. III Semana Iberoamericana sobre Paz, Seguridad y Defensa*, IUGM, Madrid, 2006.

Vega, Enrique (ed.), *Gestión Internacional de Crisis*, IUGM, Madrid, 2006.

Arteaga Martín, Félix; Fojón Lagoa, Enrique, *El planeamiento de la política de defensa y seguridad en España*, IUGM, Madrid, 2007.

Collado Medina, José (coord.), *Elementos básicos de investigación criminal*, IUGM, Madrid, 2007.

Santamarta del Pozo, Javier (dir.), *La cooperación entre lo civil y lo militar*, IUGM, Madrid, 2007.

Sepúlveda, Isidro (ed.), *Seguridad Humana y nuevas políticas de Defensa en Iberoamérica. IV Semana Iberoamericana sobre Paz, Seguridad y Defensa*, IUGM, Madrid, 2007.

Sepúlveda, Isidro; Alda, Sonia (eds.), *Fuerzas Armadas y políticas de Defensa: transición y modernización*, Vol. 1 Ponencias; Vol 2 Comunicaciones, IUGM, Madrid, 2007.

Vega, Enrique (com.), *Realidades y perspectivas de la Gestión Internacional de Crisis*, IUGM, Madrid, 2007.

Canales Gil, Álvaro; Huerta Barajas, Justo A., *Comentarios sobre la Contratación Pública Comunitaria y la Ley de Contratos del Sector Público*, IUGM, Madrid, 2008.

Collado Medina, José (coord.), *Fundamentos de investigación criminal*, IUGM, Madrid, 2008.

Colom Piella, Guillem, *Entre Ares y Atenea. El debate sobre la Revolución en los Asuntos Militares*, IUGM, Madrid, 2008.



- González Rabanal, Miryam; Huerta Barajas, Justo A. (coord.), *Eficiencia en la gestión de recursos, proyectos y contratos de la Administración Pública. Especial referencia al ámbito de la Defensa*, Vol. 1 y 2, IUGM, Madrid, 2008.
- Sepúlveda, Isidro; Alda, Sonia (eds.), *La Administración de la Defensa en América Latina*, Vol. 1 Normativa y Organización de la Defensa; Vol 2 Análisis de los casos nacionales, Vol. 3 Estudios Comparados, IUGM, Madrid, 2008.
- Sepúlveda, Isidro; Bacas, Ramón (ed.), *El Ministerio de Defensa. Creación, Desarrollo y Consolidación, II Congreso de Historia de la Defensa*, IUGM, Madrid, 2008.
- Vega, Enrique (com.), *Realidades y perspectivas de la Gestión Internacional de Crisis. Adenda 2008*, IUGM, Madrid, 2008.
- Amérigo Cuervo-Arango, Fernando; de Peñaranda Algar, Julio; (com.) *Dos décadas de Posguerra Fría*, IUGM, Madrid, 2009.
- Bacas Fernández, Jesús Ramón; Bordas Martínez, Federico; Gil Pérez, Javier; Regueiro Dubra, Raquel; Sepúlveda Muñoz, Isidro; Vega Fernández, Enrique, *Crisis somalí, piratería e intervención internacional*, IUGM, Madrid, 2009.
- Garrido Rebolledo, Vicente; Isbell, Paul Adam; Malamud Rikles, Carlos; Raggio Cachinero, Benito; Sanahuja Perales, José Antonio; Sepúlveda Muñoz, Isidro; Suárez Pertierra, Gustavo, *Venezuela y la Revolución Bolivariana*, IUGM, Madrid, 2009.
- Gómez Escarda, María; Isidro Sepúlveda Muñoz (eds.), *Las mujeres militares en España* (1988-2008), IUGM, Madrid, 2009.
- Sepúlveda, Isidro (ed.), *España en las operaciones internacionales de pacificación, III Congreso Internacional de Historia de la Defensa*, IUGM, Madrid, 2009.
- Alda Mejías, Sonia (ed.), *Sistemas de enseñanza militar y educación para la defensa en Iberoamérica*, IUGM, Madrid, 2010.

- Canales Gil, Álvaro y Huerta Barajas, Justo Alberto, *Contratación de las Administraciones Públicas en la Ley de Contratos del Sector Público*, IUGM, Madrid, 2010.
- Castro-Rial Garrone, Fanny (dir.), *La Administración Internacional y la consolidación de la paz y el Estado de Derecho*, IUGM, Madrid, 2010.
- Díaz Barrado, Castor M.; Vacas Fernández, Félix (dir.); *Guía del Espacio Iberoamericano de Paz, Seguridad y Defensa*, IUGM, Madrid, 2010.
- Puell de la Villa, Fernando y Alda Mejías, Sonia (eds.), *Los ejércitos del franquismo (1939-1975) IV Congreso de Historia de la Defensa*, Libro y CD, IUGM, Madrid, 2010.
- Requena y Díez de Revenga (ed.), *Luces y sombras de la seguridad internacional en los albores del siglo XXI*, Vol. 1, 2 y 3, IUGM, Madrid, 2010.
- Vega Fernández, Enrique, *Operaciones militares de gestión de crisis. Tipos, evolución y características*, IUGM, Madrid, 2010.
- Vega Fernández, Enrique (coord.); Gil Pérez, Javier; Gutiérrez de Terán, Ignacio; Martos Quesada, Juan; Vallespín Gómez, José Ramón y Vega Fernández, Enrique, *Yemen. Situación actual y perspectivas de futuro*, IUGM, Madrid, 2010.
- Baqués Quesada, Josep, *¿Quo vadis Afganistán?*, IUGM, Madrid, 2011.
- Hernández Suárez-Llanos, Francisco Javier, *La exención por obediencia jerárquica en el Derecho Penal español, comparado e internacional*, IUGM, Madrid, 2011.
- Huerta Barajas, Justo Alberto (coord.); García Castro, Emilio y Sanz Sanz, Ángel, *Elementos técnicos de gestión de recursos y contratos de las administraciones públicas y de la defensa*, IUGM, Madrid, 2011.

Magaz Álvarez, Ricardo (ed.); Cuesta Sahuquillo, María Teresa; González Más, José Luis; Magaz Álvarez, Ricardo; Martínez Delgado, Jerónimo; Morán Rubio, José Luis; Toval Martín, Lucio, *Crimen Organizado Transnacional y Seguridad*, IUGM, Madrid, 2011.

Requena, Miguel (ed.); *La seguridad y la defensa en el actual marco socio-económico: nuevas estrategias frente a nuevas amenazas*, IUGM, Madrid, 2011.

Magaz Álvarez, Ricardo (coord.); Cuesta Sauquillo, María Teresa; Estarellas y López, Juan Carlos; González Más, José Luis; Magaz Álvarez, Ricardo; Morán Rubio, José Luis; Tálens Cerveró, María Nieves; Toval Martín, Lucio; Vivas Prada, José Manuel, *Criminalidad y globalización. Análisis y estrategias ante grupos y organizaciones al margen de la ley*, IUGM, Madrid, 2012.

Regueiro Dubra, Raquel; *La legítima defensa en Derecho Internacional*, IUGM, Madrid, 2012.

## EN COLABORACION

Riquer, Martín de, *Caballeros Medievales y sus armas*, IUGM-UNED, Madrid, 1999.

García Pérez, Rafael, *Política de Seguridad y defensa de la U.E.*, IUGM-UNED, Madrid, 2003.

Palacios, José Miguel, *Transición democrática y postcomunista. Democratización y estabilidad en la Unión Soviética y en Yugoslavia*, IUGM-UNED, Madrid, 2003.

González Enrique, Carmen, *Minorías nacionales y conflictos étnicos en Europa del Este*, IUGM-UNED, Madrid, 2004.

Harto de Vera, Fernando, *Investigación para la paz y resolución de conflictos*, IUGM -TIRANT LO BLANCH, Valencia, 2005.

Olmeda, José A. (coord.), *Democracias Frágiles. Las relaciones civiles-militares en el mundo iberoamericano*, IUGM - TIRANT LO BLANCH, Valencia, 2005.

Ramón Chornet, Consuelo, *La política de seguridad y defensa en el tratado constitucional*, IUGM - TIRANT LO BLANCH, Valencia, 2005.